

La Tienda de Antigüedades

Por

Charles Dickens

***Free*editorial** 

CAPÍTULO UNO

Con frecuencia paseo por la noche. En verano salgo de casa por la mañana y paso el día vagando por campos y veredas; a veces, me ausento varios días o semanas enteras. Pero, si no estoy en el campo, raras veces salgo antes del anochecer. Sin embargo, y doy las gracias al cielo, me encanta la luz del día y, como a todo ser vivo, me llena de alegría verla esparcida sobre la faz de la Tierra.

He adoptado este hábito inconscientemente porque se aviene bien con mi enfermedad y me ofrece más posibilidades de especular sobre el carácter y ocupaciones de quienes van por la calle. La claridad y el trajín del mediodía no se adaptan a este tipo de especulaciones ociosas. El vislumbre de una cara a la luz de una farola o de un escaparate conviene mejor a mi propósito que la revelación a la plena luz del día; y, si debo decir la verdad, la noche es más amable a este respecto que el día, el cual, sin la menor ceremonia ni remordimiento, destruye los castillos construidos en el aire en el momento mismo de ser terminados.

¿No es una maravilla que quienes transitan por calles estrechas puedan soportar, sin la menor impunidad, estas continuas idas y venidas, este perpetuo afanar, este incesante pisar los rudos adoquines, que quedan así lisos y relucientes? Pensemos en un hombre enfermo en Saint Martin's Court escuchando las pisadas y, en medio de su pena y dolor, obligado, a pesar de sí mismo (como un deber que cumplir), a distinguir los pasos de un niño de los de un hombre, al mendigo descalzo del dandi bien calzado, al ocioso del trabajador, los andares cansinos de un paria sin rumbo del paso ágil de un alegre buscador de placeres; pensemos también en el runruneo omnipresente y en el torrente de vida que no se detiene, que se infiltra una y otra vez en los sueños inquietos de este hombre como si estuviera condenado a yacer, muerto pero consciente, en un cementerio ruidoso y no tuviera esperanza de descansar por siglos y siglos.

Así, cuando las multitudes pasan por los puentes (al menos por los libres de peaje), unos se detienen las tardes hermosas a mirar indolentemente el agua con la vaga idea de que esta discurre tranquila entre orillas verdes que se van ensanchando hasta que, al final, se unen al vasto y ancho mar; otros se paran a descargar sus fardos y piensan, mirando más allá del parapeto, que fumar y disfrutar de una vida ociosa tumbado al sol sobre la lona alquitranada de una barcaza lenta y perezosa debe de ser el *súmmum* de la felicidad; y otros finalmente, de una clase muy distinta, dejan allí también sus fardos, mucho más pesados, al recordar haber oído o leído que, de todos los modos de

suicidio, ahogarse no es el más duro, sino el mejor y más fácil.

También hay que ver por las mañanas —ya en primavera, ya en verano— Covent Garden, cuando la fragancia de las flores que impregna el aire disuelve incluso las malsanas emanaciones del desenfreno nocturno y vuelve medio loco de alegría al jilguero de plumaje oscuro, cuya jaula ha colgado toda la noche de la ventana de un desván. ¡Pobre pajarillo! Pero no es el único pequeño cautivo: unos, retrayéndose de las pegajosas manos de compradores borrachos, yacen con la cabeza gacha en el suelo; otros, asfixiados y apretujados, esperan el momento de poder respirar en compañía de humanos más sobrios y de hacer que los viejos empleados que se dirigen a su trabajo se pregunten qué es lo que llena sus pechos de tan campestres visiones.

Pero no es mi propósito extenderme sobre mis paseos. La historia que voy a contar surgió de una de estas caminatas, a las que he querido referirme a modo de prólogo.

Una noche que me había adentrado en la City, caminaba despacio, como de costumbre, cavilando sobre cosas grandiosas, cuando me vi sorprendido por una pregunta que no comprendí, pero que parecía dirigida a mí, formulada por una voz suave y dulce que me resultó muy agradable. Me volví al punto y, a la altura del codo, vi a una linda jovencita que me preguntaba por cierta calle, la cual se hallaba situada a una distancia considerable y en otro barrio de la ciudad.

—Queda muy lejos de aquí, preciosa —contesté.

—Ya lo sé, señor —replicó ella con timidez—. Seguro que queda muy lejos, pues salí al anochecer.

—¿Sola? —inquirí con cierto aire de sorpresa.

—Ah, sí, pero eso no me importa. Ahora estoy un poco asustada porque me he perdido.

—¿Y qué te ha hecho acercarte a mí? Supón que te engaño, ¿eh?

—Estoy segura de que usted no me engañará —manifestó la pequeña—; es usted un señor mayor que anda tan despacio...

No podría describir la impresión que me causaron estas palabras ni la energía con que fueron pronunciadas... hasta el punto de que brotó una lágrima en los claros ojos de la criatura, haciendo que su figura menuda temblara al levantar la vista para mirarme.

—Ven —le dije—, te llevaré hasta tu casa.

Me dio la mano con la confianza de quien te conoce desde la cuna, y así fuimos caminando. Acomodaba sus andares a los míos y parecía ser ella quien

abría el paso y cuidaba de mí, y no yo quien la protegía. Observé que, de cuando en cuando, me lanzaba una mirada curiosa, furtiva, como para asegurarse de que no la estaba engañando, y que estas miradas (particularmente intensas y penetrantes) parecían aumentar su confianza.

Mi curiosidad e interés no eran de menor calibre que los suyos. Era ciertamente una niña, aunque, por lo que pude apreciar, su constitución pequeña y delicada prestaba probablemente a su aspecto un curioso aire juvenil. Vestía con gran sencillez, pero su ropa estaba perfectamente limpia y no denotaba pobreza ni desaliño.

—¿Quién te ha mandado sola tan lejos? —inquirí.

—Alguien que me tiene mucho cariño, señor.

—¿Y qué has estado haciendo?

—Eso no se lo puedo decir —declaró con firmeza.

Había algo en esa respuesta que me hizo mirarla con sorpresa, pues me maravillaba que aquel recado la fortaleciera ante cualquier posible interrogatorio. Sus ojos vivos parecieron leer mis pensamientos, ya que al cruzarse con los míos añadió que no había nada malo en lo que había estado haciendo, pero que era un gran secreto que ni ella misma conocía.

Esto lo dijo sin el menor asomo de astucia ni engaño, con una franqueza directa que llevaba el marchamo de la verdad. Seguía caminando como antes, mostrándome mayor familiaridad conforme avanzábamos y hablando cada vez más alegremente. Pero no me dijo nada sobre su hogar, salvo que íbamos por un camino completamente nuevo para ella y quería saber si no habría otro más corto.

Mientras hablábamos de esta manera, pensé en cien explicaciones diferentes del enigma, que fui descartando una a una. No quería aprovecharme de la candidez o gratitud de la niña a fin de dar pábulo a mi curiosidad. Yo siento simpatía por los pequeños y considero una bendición cuando ellos, que parecen recién salidos de la mano de Dios, nos devuelven esa simpatía. Como su confianza me había encantado desde el principio, decidí merecerla y hacer justicia al talante que la había inducido a confiar en mí.

Sin embargo, no había motivos para que yo me abstuviera de conocer a la persona que tan inconsideradamente la había mandado sola, y de noche, a un lugar tan distante; y como no era improbable que si la niña se encontraba cerca de la casa pudiera despedirse de mí y privarme de dicha oportunidad, evité las calles más rectas y frecuentadas y tomé varios atajos, de manera que hasta que no llegamos a su calle no supo dónde estábamos. Dando palmas de alegría y adelantándose unos pasos, se detuvo ante una puerta y no tocó el timbre hasta

que yo no la hube alcanzado.

La puerta tenía un cristal sin postigo, cosa que no observé al principio, dado que reinaba una gran oscuridad y silencio en su interior y yo esperaba ansioso (al igual que la niña) que alguien respondiera al timbre. Llamamos dos o tres veces más, y se oyó un ruido de alguien que se acercaba. Al final, apareció una débil luz a través del cristal que, a medida que se aproximaba (muy despacio, por cierto, pues el portador se abría paso a través de un montón de artículos esparcidos), me permitió ver no sólo el tipo de persona que era, sino también el tipo de lugar en el que vivía.

Era un anciano de larga cabellera gris. Mientras sostenía la luz sobre la cabeza y miraba avanzando hasta nosotros, pude distinguir su fisonomía. Aunque desmejorado por la edad, creí reconocer en su forma enjuta y delgada algo de ese molde delicado que ya había notado en la niña. Sus relucientes ojos azules se parecían mucho, pero el rostro del anciano estaba tan surcado por la edad y las preocupaciones que el parecido terminaba allí.

El lugar que atravesaba con paso lento era uno de esos almacenes de objetos antiguos y curiosos que parecen cobijarse en los rincones más viejos de esta ciudad y, por recelo y desconfianza, ocultan sus rancios tesoros al ojo público. Por aquí y por allá había armaduras que parecían fantasmas acorazados, fantásticos grabados traídos de monasterios, armas oxidadas de varios tipos, figuras contorsionadas de porcelana, madera, hierro y marfil; en fin, tapices y muebles extraños que parecían concebidos en sueños. El aspecto demacrado del vejete se adecuaba maravillosamente a aquel lugar: habría andado a tientas por viejas iglesias, tumbas y casas abandonadas y reunido todos los despojos con sus propias manos. No había nada en aquella colección que no concordara perfectamente con su persona, nada que pareciera más viejo o más gastado que él.

Mientras giraba la llave en la cerradura, me miró con asombro, que no disminuyó cuando la mirada pasó de mi persona a la de mi acompañante. La puerta se abrió y la niña se dirigió a él llamándolo abuelo y le contó la pequeña historia de nuestro encuentro.

—¡Ah, bendita seas, mi niña! —exclamó el vejete acariciándole la cabeza—. ¡Cómo has podido extraviarte! ¿Y si te hubieras perdido, Nell?

—Habría encontrado la manera de volver a usted, abuelo —contestó la niña con desenvoltura.

Él la besó y, tras volverse hacia mí y pedirme que entrara, lo seguí. Cerró la puerta y echó el cerrojo. Precediéndome con la luz, me condujo por el lugar que ya había entrevisto desde fuera hasta un pequeño salón, en el que una puerta daba a una especie de gabinete, donde vi una pequeña cama en la que

podría haber dormido un hada madrina (tan primorosamente arreglada estaba). La niña tomó una vela y desapareció prestamente en ese cuartillo, dejándonos solos al anciano y a mí.

—Debe de estar cansado, caballero —articuló mientras colocaba una silla junto al fuego—. ¿Cómo puedo agradecersele?

—Teniendo más cuidado de su nieta la próxima vez, mi querido amigo —repliqué.

—¡Más cuidado! —protestó el anciano con voz estridente—. ¡Más cuidado de Nelly! ¡Como si hubiese alguien en el mundo que quisiera a una niña más de lo que yo quiero a Nelly!

Esto lo dijo con un aire de asombro tan grande que no supe qué contestar; además de cierta debilidad e incongruencia en sus modales, había en su rostro signos de un pensamiento profundo y angustiado que me convencieron de que, al contrario de lo que inicialmente me inclinaba a suponer, no podía estar ni chocheando ni diciendo bobadas.

—Creo que no denota suficiente preocupación... —empecé.

—¡Que no me preocupo yo! —protestó de nuevo el anciano, interrumpiéndome—. ¡Que no me preocupo lo suficiente de ella! ¡Ay, qué descaminado anda usted! ¡Ah, mi pequeña Nelly, mi pequeña Nelly!

Sería imposible encontrar a alguien, independientemente de su forma de hablar, que expresara más afecto del que expresó el vendedor de antigüedades con aquella exclamación. Esperé a que volviera a hablar, pero él posó la barbilla sobre una mano y, moviendo la cabeza dos o tres veces, fijó los ojos en el fuego.

Mientras permanecíamos sentados en silencio, se abrió la puerta del gabinete y volvió la niña, con el pelo castaño claro cayéndole sobre el cuello y por la cara, arrebolada por la prisa que tenía por unirse a nosotros. Se puso inmediatamente a preparar una cena y, mientras se ocupaba de ello, noté que el anciano aprovechaba para observarme más detenidamente. Me sorprendió constatar que todo lo hacía ella, y que no parecía haber más personas que nosotros tres en la casa. Aproveché un momento en que la niña se ausentó para aludir a este particular, a lo que el hombre contestó que pocas personas adultas eran más hacendosas y fiables que ella.

—Casi me produce dolor... —empecé, movido por lo que tomé por egoísmo—. Siempre me da pena contemplar la iniciación de los niños en las tareas de la vida cuando apenas han salido de la primera infancia; sofoca su confianza y sencillez, dos de las mejores cualidades que el cielo les concede, y les exige compartir nuestras zozobras antes de poder disfrutar de nuestros

placeres.

—Yo nunca sofoco nada en ella —rebatíó el anciano mirándome fijamente—. Sus manantiales son demasiado profundos. Además, los hijos de los pobres conocen muy pocos placeres; hasta los menores disfrutes de la infancia tienen que comprarlos y pagarlos.

—Perdóneme que le diga, pero no parece que sea usted muy pobre —puntualicé.

—No es mi hija; caballero —precisó el anciano—. Su madre sí era pobre. Yo no ahorro nada, ni un penique, aunque viva como ve usted. Pero —agregó en voz baja poniendo la mano en mi brazo e inclinándose hacia delante— ella será rica uno de estos días, y será toda una dama. No piense mal de mí porque me sirva de su ayuda. Me la otorga de buen grado, como puede ver, y le rompería el corazón si viera que le pido a otra persona que haga para mí lo que sus manitas pueden hacer. ¡Que no me preocupo lo suficiente! —exclamó de nuevo con un tono repentinamente quejumbroso—. Ay, Dios sabe que esa niña que está ahí es lo único en lo que pienso en esta vida y, sin embargo, Él nunca me hace prosperar. No. ¡Nunca!

En este punto volvió la persona de la que hablábamos. El anciano me invitó a acercarme a la mesa, interrumpió la conversación y no dijo nada más.

Apenas habíamos comenzado la cena cuando alguien llamó a la puerta por la que yo había entrado, y Nell, estallando en una risotada —que yo me alegré de oír, pues era infantil y entrañable—, afirmó estar segura de que era Kit, que por fin volvía.

—¡Qué locuela esta Nell! —exclamó el anciano, acariciándole el pelo—. Siempre riéndose del pobre Kit.

La niña volvió a reír con más ganas y yo no pude contener una sonrisa de pura simpatía. El vejete cogió una vela y fue a abrir. Al volver, Kit lo seguía de cerca.

Kit era un zagal desgredado y desgachado, con una boca inhabitualmente grande, carrillos muy rojos, nariz respingona y, ciertamente, la expresión más cómica que yo había visto en mi vida. Se detuvo de repente junto a la puerta al notar la presencia de un desconocido, retorciendo en la mano un viejo sombrero, totalmente redondo y sin el menor vestigio de ala, y descansando sobre una pierna y luego sobre la otra de manera alternativa. Así permaneció un rato, mirando el salón con la expresión más estrambótica que imaginarse pueda. Abrigué un sentimiento de agradecimiento hacia el chico desde el primer momento, ya que sentí que constituía el lado cómico en la vida de la niña.

—Un trayecto muy largo, ¿eh, Kit? —expresó el vejete.

—Sí que estaba lejos, amo —convino Kit.

—Supongo que vienes hambriento.

—Y que lo diga, amo —fue la respuesta.

El mozalbete tenía la curiosa costumbre de hablar de lado, con la cabeza inclinada hacia un hombro, como si no pudiera hacerse oír sin este gesto concomitante. Creo que a cualquiera le habría parecido divertido en cualquier lugar. Pero resultaba conmovedor ver cuánto divertía a la niña su rareza, y era un consuelo pensar que esta lo asociaba con la diversión en un lugar tan poco adecuado para una niña. Pero lo mejor era que el propio Kit se sentía halagado por la impresión que producía; así, tras varios esfuerzos por mantenerse serio, soltó una gran risotada y estuvo un buen rato con la boca abierta de par en par y los ojos casi cerrados, riendo sin parar.

El anciano, que había vuelto a su anterior abstracción, no reparaba en lo que estaba pasando; pero yo noté que, cuando la niña terminó de reír, sus ojos brillantes se velaron con unas lágrimas, provocadas sin duda por su cordial acogida a tan zafio favorito, así como por la pequeña angustia de aquella noche. En cuanto al propio Kit (cuya risa era de esas que se pueden confundir fácilmente con el llanto), se llevó a un rincón sendos trozos hermosos de pan y carne y una jarra de cerveza, de todo lo cual empezó a dar buena cuenta con gran voracidad.

—¡Ay! —suspiró el anciano, volviéndose hacia mí como si yo lo hubiera interpelado—, no sabe lo que dice cuando me acusa de no preocuparme lo suficiente de ella.

—No debe dar demasiada importancia a una observación basada en las primeras impresiones, amigo mío —maticé.

—No —replicó el anciano, pensativo—. No. Ven aquí, Nell.

La pequeña dejó su silla al punto y le echó los brazos al cuello.

—¿Te quiero yo, Nell? —le preguntó—. Dime si te quiero o no, Nell.

La niña contestó con unas caricias al abuelo y posó la cabeza sobre su pecho.

—¿Por qué estás sollozando? —le preguntó, apretándola fuertemente mientras me miraba—. Es porque sabes que te quiero y no te gusta que parezca dudar con estas preguntas, ¿verdad? Vale, vale. Diremos, entonces, que te quiero mucho, mucho.

—Sí, sí, claro que sí —asintió la niña con gran seriedad—. Y Kit lo sabe también.

Kit, que con cada bocado de pan y de carne se tragaba dos tercios del cuchillo con la sangre fría de un faquir, dejó de comer al sentirse interpelado y berreó:

—Sólo alguien muy tonto podría decir que no —pero no pudo seguir hablando porque en ese momento se metió un prodigioso sándwich en la boca.

—Nell es pobre ahora —prosiguió el anciano, acariciando la mejilla de la niña—, pero insisto en que se acerca el momento en que será rica. Hace tiempo que debería haber llegado, pero llegará al fin. Ya hace mucho, mucho tiempo..., pero llegará al fin. Les ha llegado a otros hombres que no hacen más que malgastar el dinero y andar de juerga. ¡Cuándo me llegará a mí!

—Yo soy muy feliz como estoy, abuelo —precisó la pequeña.

—Quia, quia —replicó el anciano—. Tú no sabes, ¡cómo vas a saberlo! —y masculló entre dientes—. Llegará el día. Estoy segurísimo de que llegará. Quien ríe el último, ríe mejor —suspiró y cayó en su anterior estado de ensoñación. Sosteniendo aún a la niña sobre las rodillas, parecía insensible a cuanto le rodeaba. Como sólo faltaban unos minutos para la medianoche, me levanté para irme y él salió de su ensimismamiento.

—Un momento, caballero —articuló—. ¡Kit, ya es casi medianoche y tú todavía aquí! Vete a casa, vete a casa y vuelve puntual mañana por la mañana, pues hay trabajo que hacer. ¡Buenas noches! Vamos, Nell, dale las buenas noches y que se vaya.

—Buenas noches, Kit —profirió la pequeña con los ojos relucientes de alegría y amabilidad.

—Buenas noches, señorita Nell —respondió el chico.

—Y da las gracias a este caballero —intervino el anciano—. De no haber sido por él, podría haber perdido esta noche a mi niña.

—¡No, eso no, amo! —protestó Kit—. Eso no pasará, no.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el anciano elevando el tono.

—Yo la habría encontrado, amo —declaró Kit—. Yo la habría encontrado. Le apuesto a que la encontraba aunque se la tragara la tierra, la encontraba antes que nadie, amo. ¡Ja, ja, ja!

Con la boca abierta, los ojos cerrados y risas estentóreas, Kit fue retrocediendo hasta la puerta sin dejar de berrear.

Fuera ya de la habitación, el chico no tardó en desaparecer. Mientras la niña se ocupaba de limpiar la mesa, el anciano declaró:

—Le puede parecer, caballero, que no le he agradecido lo que ha hecho

esta noche, pero se lo agradezco humildemente y de todo corazón, y ella también, y sus gracias son mejores que las mías. Lamentaría que se marchara pensando que soy poco agradecido con usted o que no me preocupo lo suficiente de ella. Pero no es así en absoluto.

Estaba seguro de ello (le hice saber) por lo que había podido ver.

—Pero —añadí— ¿puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto —contestó el anciano—. Dígame de qué se trata.

—Esta niña delicada, con tanta belleza e inteligencia..., ¿no tiene a nadie más que a usted que la cuide? ¿No tiene otra compañía, otra guía?

—No —proclamó, mirándome con ansiedad—. No, ni ella desea tener a nadie más.

—Pero ¿no teme no llegar a satisfacer las necesidades de una encomienda tan tierna? —insistí—. Estoy seguro de que usted tiene las mejores intenciones del mundo; pero ¿está completamente seguro de poder llevar a cabo semejante empeño? Yo soy viejo, igual que usted, y me mueve la preocupación de un anciano por todo lo que es joven y prometedor. ¿Cree que lo que he visto de usted y de esta criatura esta noche puede dejarme una impresión totalmente exenta de inquietud?

—Caballero —replicó el anciano tras un momento de silencio—, no tengo derecho a sentirme herido por lo que me dice. Es cierto que, en muchos aspectos, yo soy el niño y ella la adulta, como usted ha podido ver. Pero, andando o durmiendo, de noche o de día, en la enfermedad o en la salud, ella es el único objeto de mis cuidados, y si usted supiera hasta qué punto es esto cierto me miraría con otros ojos, estoy seguro. ¡Ay! ¡Qué vida más cansada para un anciano, qué cansada de verdad! Pero hay una gran meta que conseguir y eso es lo que me propongo ahora.

Al ver su estado de excitación e impaciencia, di media vuelta para ponerme el abrigo que me había quitado al entrar en la habitación, resuelto a no decirle nada más. Me sorprendió ver a la niña esperando pacientemente con un gabán en un brazo, y en la mano un sombrero y un bastón.

—No son míos, cariño —le hice saber.

—No —asintió la niña—. Son de mi abuelo.

—Pero él no va a salir esta noche.

—Ah, sí, sí va a salirme contradijo la niña con una sonrisa.

—¿Y qué va a ser de ti entonces, bonita?

—¿Que qué va a ser de mí? Yo me quedo aquí, naturalmente. Como hago

siempre.

Miré con asombro al anciano; pero él estaba —o simuló estar— ocupado arreglándose la ropa. Desvié la mirada para posarla de nuevo en la graciosa figura de la niña. ¡Sola! En aquel lugar sombrío toda una noche larga, triste...

No pareció darse cuenta de mi estupefacción, sino que alegremente ayudó al anciano a ponerse el gabán y, una vez hecho esto, cogió una vela para iluminarnos el camino. Al ver que nos quedábamos algo rezagados, volvió la cabeza y nos esperó sonriendo. El anciano manifestó con su mirada que entendía perfectamente la causa de mi vacilación; pero se limitó a hacerme señas con una inclinación de la cabeza para que saliera de la habitación antes que él, sin decir ninguna palabra. No me quedó más que obedecer.

Al llegar a la puerta, la niña dejó la vela, se volvió para dar las buenas noches y alzó la cara para besarme. Luego corrió hacia el anciano, que la rodeó con los brazos y le deseó todas las bendiciones del cielo.

—Que duermas bien, Nell —le deseó en voz baja—, ¡y que los ángeles guarden tu cama! No te olvides de decir tus oraciones, niña mía.

—No, cómo me voy a olvidar —contestó la niña con ardor—. Me hacen sentirme muy feliz.

—Ya. Ya lo sé. Claro que sí —corroboró el anciano—. ¡Que Dios te bendiga cien veces! Volveré a casa por la mañana temprano.

—No necesitaré llamar dos veces, abuelo —le recordó la niña—. El timbre me despierta siempre aunque esté muy dormida.

Dicho lo cual, se separaron. La niña abrió la puerta (ahora protegida por un postigo que yo había oído al chico colocar antes de marcharse) y, con otro adiós cuya nota clara y tierna he recordado mil veces, la mantuvo entreabierta hasta que salimos. El anciano hizo una pausa mientras la puerta se cerraba suavemente primero y con cerrojo después y, satisfecho con esto, empezó a caminar a paso lento. Se detuvo en la esquina y, mirándome con aire preocupado, me hizo saber que nuestros caminos divergían y que tenía que despedirse de mí. Yo iba a decir algo, pero él, con mayor presteza de la que podría haberse esperado en un hombre de su edad, se alejó a paso ligero. Pude apreciar que volvía la vista dos o tres veces para ver si yo seguía mirándolo, o quizá para asegurarse de que no iba a seguirlo. La oscuridad de la noche favoreció su desaparición, y su silueta se hurtó pronto de mi vista.

Me quedé plantado donde él me había dejado, reacio a irme aunque sin saber por qué debía quedarme. Miré con un tinte de melancolía la calle de la que acabábamos de salir, y unos momentos después volví a ella. Pasé una y otra vez por delante de la casa y me detuve a escuchar en la puerta. Todo

estaba oscuro y más silencioso que una tumba.

Seguí con mi ir y venir, sin poder arrancarme de aquel lugar, pensando en todo el daño posible que podría acontecerle a la niña —un incendio, un robo o incluso un asesinato—, con la sensación de que podría producirse alguna desgracia si yo volvía la espalda a la casa. El ruido producido por una puerta o ventana al cerrarse me llevó ante la casa del anticuario una vez más. Crucé la calle y eché un vistazo a la casa para asegurarme de que el ruido no provenía de allí. No, todo estaba negro, frío, inerte, igual que antes.

Salvo algunos transeúntes ocasionales, la calle estaba triste y lúgubre, casi toda a mi disposición. Unos cuantos rezagados de los teatros se dirigían deprisa a casa, y de vez en cuando tenía que echarme a un lado para no toparme con algún borrachín haciendo eses. Pero estas interrupciones no fueron frecuentes y pronto cesaron. Los relojes dieron la una. Yo seguía pasando una y otra vez por delante de la casa, prometiéndome que esa sería la última, pero siempre faltando a mi promesa con algún pretexto.

Cuanto más pensaba en lo que había dicho el anciano, en sus miradas, en su conducta, menos podía explicarme lo que había visto y oído. Me daba la espina de que su ausencia nocturna no podía tener una finalidad buena. Yo había conocido la situación a través de la inocencia de la niña, y aunque el anciano había estado presente en aquel momento y visto mi sorpresa no disimulada, había mantenido un extraño misterio sobre el asunto sin conato alguno de explicación. Estas reflexiones, naturalmente, me recordaron de nuevo con más fuerza su cara demacrada, su manera de andar, su mirada inquieta y nerviosa. Su afecto por la niña podría no ser incompatible con la bellaquería del peor género; incluso ese mismo afecto era una contradicción extraordinaria. Si no, ¿cómo podría dejarla así? Dispuesto como estaba a pensar mal, de él, no dudaba empero ni un momento de la verdad de su amor por ella. No podía admitir siquiera la duda al recordar lo sucedido entre nosotros y el tono de voz con que la había llamado por su nombre.

«Yo me quedo aquí, naturalmente —había contestado la niña en respuesta a mi pregunta—. Como hago siempre». ¿Qué podía obligar a su abuelo abandonar el hogar de noche, y todas las noches? Evoqué todos los extraños relatos que había oído sobre fechorías oscuras y secretas cometidas en grandes ciudades por delincuentes que habían conseguido esquivar cualquier investigación durante años y años. Eran historias bárbaras, y no conseguí encontrar una que se adaptara a aquel misterio, que se volvía más impenetrable cuanto más intentaba desentrañarlo.

Enfrascado en tales pensamientos, y en muchos otros que convergían en el mismo punto, seguí paseando de un lado a otro de la calle durante dos largas horas. Al final, la lluvia empezó a caer pesadamente. Abrumado por el

cansancio, aunque no menos preocupado que al principio, paré el primer coche de punto que pasó y me fui a casa. Un fuego chisporroteaba alegremente en la chimenea, la lámpara ardía vivamente y el reloj me recibió con su vieja y familiar musiquilla. Todo estaba silencioso y era cálido, acogedor, en nítido contraste con la lobreguez y oscuridad de la otra casa.

Estamos tan acostumbrados a sacar de los objetos nuestras impresiones (estas deberían producirse por la mera reflexión, pero sin ayuda externa a menudo se nos escapan), que no estoy seguro de que hubiera estado tan plenamente poseído por aquel asunto de no haber sido por los montones de cosas fantásticas que había visto apiñadas en el almacén de antigüedades. Estas cosas, apiladas también en mi pensamiento con relación a la niña y reunidas en torno a ella, me la hacían presente y palpable. Yo tenía su imagen, sin ningún esfuerzo de la imaginación, rodeada y acuciada por cuanto era extraño a su naturaleza y opuesto a las simpatías de su sexo y edad. Si hubieran faltado estas ayudas a la imaginación, y me hubiera visto obligado a imaginarla en una habitación corriente, sin nada inusual ni estrambótico, es muy probable que me hubiera impresionado menos su condición solitaria y abandonada. Pero, en aquel estado de cosas, ella parecía existir en una especie de alegoría; y, con aquellas figuras que la rodeaban, había suscitado mi interés tan vivamente que, como ya he observado, no podía apartarla de mi pensamiento, por mucho que lo intentara.

«Sería una curiosa especulación —me dije tras estar un buen rato recorriendo la estancia de un extremo a otro— imaginarla en su vida futura siguiendo un camino solitario en medio de una multitud de compañeros grotescos; ella, único objeto puro, fresco, juvenil, en medio de semejante tropel. Sería curioso buscar...».

Me detuve allí, pues el tema me estaba llevando muy lejos y ya veía ante mí una vasta región en la que no estaba dispuesto a entrar. Convencido de que se trataba de una cavilación ociosa, decidí irme a la cama e intentar olvidarlo todo.

Pero, ya entrado en sueños, toda la noche me asaltaron los mismos pensamientos, y las mismas imágenes tomaron posesión de mi cerebro. Una y otra vez tenía delante de mí las estancias oscuras y tenebrosas; las adustas armaduras con su fantasmal y mudo aspecto; las caras retorcidas, que reían desde la madera o la piedra; el polvo, el orín y el gusano que vive en la madera, y... sola, en medio de tanto mueble viejo, de tanta fea vetustez, la hermosa joven durmiendo apaciblemente, sonriendo en medio de sueños ligeros y radiantes:

CAPÍTULO DOS

Tras casi una semana dándole vueltas, me decidí por fin a visitar de nuevo el lugar descrito en el capítulo anterior y, como quería hacerlo a la luz del día, elegí para ello la mañana.

Pasé por delante de la casa y di varias vueltas por la calle, presa de esa vacilación de quien sabe que la visita es inesperada y puede no resultar del todo grata. Sin embargo, como la puerta estaba cerrada y no parecía probable que me reconocieran desde dentro si seguía paseando de aquel modo, no tardé en superar mi irresolución y presentarme en la tienda de antigüedades.

El anciano se hallaba en la parte posterior departiendo con otra persona. Parecían enzarzados en una discusión, dado que sus voces, elevadas hasta un diapasón muy alto, se pararon de repente al verme entrar. El anciano avanzó rápidamente hacia mí y me dijo en tono trémulo que se alegraba de verme de nuevo.

—Nos ha interrumpido en un momento crítico —manifestó señalando al hombre en cuya compañía se hallaba—. Este individuo me va a asesinar uno de estos días. Lo habría hecho ya hace tiempo si se hubiera atrevido.

—¡Bah! Usted sí que me entregaría a la justicia aunque tuviera que jurar en falso —replicó el otro, después de lanzarme una mirada ceñuda—. Todos lo sabemos.

—Pues yo creo que no me desagradaría —convino el anciano, volviéndose con un ademán desabrido—. Si algún juramento, plegaria o palabra pudiera librarme de ti, claro que lo haría. Qué gran alivio si te murieras.

—Ya lo sé —admitió el otro—. Es lo que había dicho yo, ¿no? Pero ni juramentos ni plegarias ni palabras me van a matar, y aquí estoy, bien vivo, y pienso seguir estándolo.

—¡Y, sin embargo, su madre está muerta! —exclamó el anciano, juntando las manos y mirando al techo—. He aquí la justicia del cielo.

El otro había puesto un pie encima de una silla y estaba mirándolo con ademán despectivo. Era un joven de unos veinte años, bien proporcionado y bastante apuesto, salvo que la expresión de su cara distaba mucho de ser atractiva, pues tenía en común con sus modales, e incluso con su vestimenta, un aire disipado e insolente que repelía a cualquiera.

—Sea justo o no —replicó el joven—, aquí estoy y de aquí no me moveré hasta que yo juzgue oportuno irme, a no ser que pida ayuda para sacarme de aquí, cosa que no se le ocurrirá hacer, lo sé bien. Insisto en que quiero ver a mi hermana.

—¡Tu hermana! —exclamó el anciano con amargura.

—¡Sí, señor, mi hermana! Usted no puede cambiar el parentesco —precisó el otro—. Si pudiera, seguro que ya lo habría hecho hace mucho tiempo. Quiero ver a mi hermana, a la que usted mantiene encerrada aquí, envenenándole la mente con sus taimados secretos y fingiendo afecto por ella a fin de matarla a trabajar y así añadir unos chelines arañados cada semana al montón de dinero que apenas si puede contar. Quiero verla, y la veré.

—¡He aquí un moralista que habla de mentes envenenadas, un espíritu generoso que desprecia chelines arañados! —exclamó el anciano apartando de él los ojos para mirarme a mí—. Un manirroto, señor, que ha perdido todo derecho no sólo de quienes tienen la desgracia de ser de su sangre, sino también de la sociedad, que de él no conoce más que fechorías. Además de ser un mentiroso —añadió en voz baja acercándose a mí—, que sabe lo mucho que yo la quiero y busca herirme también cuando se halla en presencia de desconocidos.

—Los desconocidos me traen completamente al paio, abuelo —replicó el joven—, como yo a ellos, espero. Lo mejor que pueden hacer es ocuparse de sus asuntos y dejar que yo me ocupe de los míos. Por cierto, hay un amigo mío ahí fuera... y, como parece que esto va a alargarse, voy a llamarlo, con su permiso.

Dicho lo cual, salió de la estancia, se detuvo en la puerta de la calle e hizo señales a alguien a quien no se veía, el cual, a juzgar por las impacientes indicaciones del joven, necesitaba de mucha persuasión para decidirse a venir. Por fin se acercó dando saltitos desde el otro lado de la calle, haciendo como que pasaba casualmente por allí. El individuo, que destacaba por una especie de elegancia descuidada, tras pasar un rato frunciendo el ceño y negando con la cabeza en respuesta a la invitación, se decidió a traspasar el umbral y entró acompañado en la tienda.

—Aquí lo tenemos... Es Dick Swiveller —anunció el joven empujándolo—. Siéntate, Swiveller.

—Pero ¿qué va a decir el viejo? —preguntó el señor Swiveller en voz baja.

—Siéntate —insistió su compañero.

El señor Swiveller accedió y, mirando a su alrededor con una sonrisa conciliadora, explicó que la semana anterior había sido muy buena para los patos mientras que esta lo era para el polvo. Asimismo contó que, unos minutos antes, mientras se hallaba junto a la farola de la esquina, había observado un cerdo con paja en la boca saliendo del estanco, lo que indicaba que se acercaba otra buena semana para los patos y que seguramente después vendría la lluvia. Además, aprovechó para disculparse de cualquier

negligencia que pudiera advertirse en su atuendo, pues la noche anterior «el sol le había cegado los ojos», expresión con la que quería hacer notar a sus oyentes de la manera más delicada posible que había estado completamente borracho.

—Pero —prosiguió el, señor Swiveller con un suspiro— ¡qué importa con tal de que el fuego del alma se encienda al calor de la buena compañía y el ala de la amistad no mude ni una pluma! ¡Qué importa con tal de que el espíritu se expanda en virtud del vino rosado y el momento presente sea el más feliz de nuestra existencia!

—No tienes necesidad de hacer aquí de presidente del banquete —le susurró su amigo.

—¡Fred! —exclamó el señor Swiveller, tocándose la nariz—, al sabio le basta con una sola palabra. No digas ninguna sílaba más. Podemos ser felices sin ser ricos. Yo sé lo que digo. La elegancia es la palabra guía. Ah, sólo una preguntita más, Fred: ¿está el viejo de buen humor?

—¡Eso es lo de menos! —contestó su amigo.

—Bien, muy bien —asintió el señor Swiveller—, la precaución es la mejor consejera —tras lo cual, guiñó el ojo como para guardar algún secreto y, plegando los brazos y apoyándose de nuevo en la silla, miró al techo con profunda gravedad.

A tenor de lo ocurrido, tal vez no fuera descabellado sospechar que el señor Swiveller no estaba del todo recuperado de los efectos de la potente luz solar a la que había hecho alusión. Pero si esta sospecha no la hubieran suscitado sus palabras, su pelo áspero, sus ojos tristes y su cara cetrina habrían sido implacables testigos de cargo. Su ropa, como él mismo había reconocido, no se distinguía por su vistosidad; antes bien, su desaliño inducía a pensar que había dormido sin quitársela. Consistía en un traje marrón con muchos botones de cobre por delante y sólo uno detrás, corbata de color llamativo, chaleco de cuadros, pantalones blancos manchados y sombrero fofo, muy usado, que llevaba al revés, de delante atrás, para ocultar un agujero en el ala. En la pechera del gabán tenía un bolsillo del que asomaba la punta limpia de un pañuelo grande y deslucido. Los sucios puños de la camisa los llevaba estirados al máximo y ostentosamente remangados. No gastaba guantes, pero sí un bastón amarillo con una empuñadura de mano de hueso que lucía un anillo en el meñique y asía una bola negra. Con todas estas cualidades personales (a las que podía añadirse un fuerte olor a tabaco y una pátina grasienta), el señor Swiveller se apoyó en el respaldo de la silla con la mirada fija en el techo y, con la voz impostada, regaló a los presentes unos compases de un aire intensamente melancólico para, en medio de una nota, recaer en el silencio anterior.

El anciano se sentó en una silla y, con las manos plegadas, miraba a veces a su nieto y otras a su extraño compañero como si se sintiera completamente impotente y no tuviera más remedio que permitirles hacer lo que quisieran. El joven se reclinó en una mesa no muy lejos de su amigo, aparentemente indiferente a lo que había pasado. Y yo, que me sentía violento por mi intromisión, a pesar de que el anciano parecía mirarme en busca de asistencia tanto con palabras como con miradas, disimulé lo mejor que pude e hice como que examinaba algunos de los artículos expuestos para la venta y prestaba poca atención a las personas que había alrededor.

El silencio no fue de larga duración, ya que el señor Swiveller, tras asegurarnos con sus melodiosas canciones que su corazón vagaba por los montes del norte del país, y que sólo le faltaba un corcel árabe para lanzarse a grandes hazañas caballerescas, apartó la vista del techo y la bajó al prosaico suelo.

—Fred —dijo, deteniéndose bruscamente como si la idea se le hubiera ocurrido de repente y con el mismo tono bajo pero audible de antes—, ¿está el anciano de buen humor?

—¿Y qué importa? —replicó el amigo con displicencia.

—No importa, pero ¿lo está?

—Claro, hombre. Pero ¿qué me importa a mí si lo está o no?

Envalentonado por esta respuesta para abordar una conversación más general, el señor Swiveller decidió captar nuestra atención.

Empezó observando que el agua de soda, en principio una cosa buena, solía enfriar el estómago si no iba acompañada de jengibre o de una pequeña dosis de brandy, bebida que consideraba preferible en todos los casos, si no se atendía a su coste. Como nadie se aventuró a disputar tales opiniones, el señor Swiveller prosiguió diciendo que el pelo humano era particularmente susceptible de impregnarse con el humo del tabaco y que los jóvenes estudiantes de Westminster y Eton, tras ingerir grandes cantidades de manzana para que sus diligentes tutores no descubrieran rastro alguno de olor a puro, eran generalmente delatados por esta curiosa propiedad que posee la cabellera. De donde concluyó que si la Academia de las Ciencias prestara atención a esta circunstancia, y se propusiera encontrar un medio eficaz para impedir revelaciones tan indiscretas, se la podría considerar una gran benefactora de la humanidad. Como estas opiniones eran incontrovertibles, al igual que las ya sostenidas, a continuación nos informó de que el ron de Jamaica, aunque sin duda de gran riqueza y aroma, tenía el inconveniente de permanecer en el paladar hasta el día siguiente. Y, como nadie se aventuró a decir nada sobre esta afirmación, el señor Swiveller se volvió más confiado y más amigable y

comunicativo.

—Es cosa diabólica, caballeros —prosiguió—, que los parentescos se vengan abajo y se desagreguen. Si el ala de la amistad no debe mudarse nunca, el ala del parentesco no debería recortarse jamás, sino mantenerse desplegada de manera venturosa. ¿Por qué un nieto y un abuelo se atacan con violencia recíproca cuando deberían reinar la paz y la concordia? ¿Por qué no darse mejor la mano y olvidar?

—Cállate —le invitó su amigo.

—Caballero —objetó el señor Swiveller—, no interrumpa al orador. Caballeros, ¿de qué se trata aquí? Tenemos a un simpático abuelito, lo digo con el más completo respeto, y un nieto joven, indisciplinado. El simpático abuelito le dice al nieto indisciplinado: «Yo te he criado y educado, Fred; te he puesto en la buena senda para que te abras paso en la vida; pero tú te has apartado de esta senda, como hacen por lo demás los jóvenes; y no vas a tener una nueva oportunidad». El indisciplinado joven contesta de la siguiente guisa: «Usted es suficientemente rico; no ha hecho gastos considerables por mí, está ahorrando montones de dinero para emplearlos en mi hermanita, que vive con usted de manera un tanto secreta, como a hurtadillas, pero sin que ella disfrute de la vida. ¿Por qué no puede hacer algo por su nieto adulto?». El simpático abuelito no sólo se niega a compartir su bolsa con la alegre disposición loable en un caballero de su edad, sino que estalla de rabia, profiere insultos y lo reprende severamente siempre que se encuentran. Se plantea, entonces, la siguiente pregunta: ¿no es una lástima que se mantenga este estado de cosas, y cuánto mejor no sería que el caballero entregase una razonable cantidad para que todo transcurriera de manera pacífica y amigable?

Tras pronunciar este discurso, acompañado de varios aspavientos, el señor Swiveller se metió de repente en la boca la cabeza del bastón como temiendo que, si añadía una palabra más, se diluyera el efecto de su discurso.

—¿Por qué me persigues, por todos los santos del cielo! —exclamó el anciano volviéndose a su nieto—. ¿Por qué traes aquí a tus compañeros de juergas? ¿Cuántas veces te tengo que decir que la mía es una vida laboriosa y abnegada, y que soy pobre?

—¿Y cuántas veces le tengo que decir —replicó el otro, mirándolo fríamente— que yo conozco bien la situación?

—Tú has elegido tu propio camino —sentenció el anciano—. Síguelo. Déjanos a Nell y a mí ganarnos el pan con el sudor de nuestra frente.

—Nell pronto será una mujer —replicó el otro—, y si sólo le escucha a usted se olvidará de mí, su hermano, si no me dejo ver de vez en cuando.

—Ten cuidado —insistió el anciano con ojos centelleantes— de que no se olvide de ti cuando más te gustaría vivir en su recuerdo. Ten cuidado de que no llegue el día en que tú andes descalzo por las calles mientras ella se pasea en su propia carroza.

—Quiere decir cuando ella tenga su dinero, ¿no? —contraatacó el otro—. Vaya con el hombre pobre...

—Y sin embargo... —masculló el anciano como pensando en voz alta—, ¡qué pobres somos, y qué vida esta! Y está en causa la inocencia de una niña que no ha cometido ningún daño ni entuerto a nadie. Y, sin embargo, ¡esto no prospera! ¡Esperanza y paciencia, esperanza y paciencia!

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con una voz demasiado baja para que llegaran a oídos de los jóvenes. El señor Swiveller suponía que implicaban cierta lucha interior fruto de su anterior alocución, pues tocó a su amigo con la cantera del bastón y le susurró que estaba convencido de haber expuesto un «argumento irrefutable», por lo que esperaba cobrar alguna comisión. No obstante, tras descubrir su error un momento después, adoptó un aire amodorrado, descontento, y sugirió la conveniencia de marcharse inmediatamente. Pero en esto se abrió la puerta y apareció la niña.

CAPÍTULO TRES

La niña apareció seguida de cerca por un hombre de edad avanzada, con rasgos duros, aspecto repelente y estatura tan baja que parecía un enano, aunque la cabeza y la cara no habrían desentonado en el cuerpo de un gigante. Sus inquietos ojos negros eran astutos y maliciosos. Tenía boca y barbilla erizadas por una barba hirsuta, y la tez de quien nunca parece limpio ni sano. Pero lo que más contribuía a la expresión grotesca de su semblante era una sonrisa patibularia, que, resultado de su nula relación con sentimientos alegres o complacientes, dejaba ver los escasos colmillos descoloridos que aún le quedaban en la boca, prestándole el aspecto de un perro jadeante. Iba vestido con un abultado sombrero de copa, traje oscuro desgastado, zapatos muy grandes y una sucia corbata blanca, tan fofa y arrugada que revelaba una buena porción de su cuello enjuto y nervudo. El pelo que le quedaba era negro grisáceo, y lo tenía corto y pegado a las sienes, cayéndole por las orejas. Las manos, rudas como el cuero, estaban muy sucias; y sus uñas retorcidas eran largas y amarillentas.

Hubo tiempo suficiente para reparar en estos detalles, pues, además de que eran lo bastante obvios sin necesidad de una atenta observación, pasaron unos

minutos antes de que nadie se decidiera a romper el silencio. La niña avanzó tímidamente hacia su hermano y lo cogió de la mano. El enano (si se nos permite llamarlo así) miraba atentamente a los presentes. Y el comerciante de antigüedades, que manifiestamente no esperaba a este zafio visitante, parecía desconcertado, violento.

—¡Caramba! —exclamó el enano, que con la mano extendida sobre los ojos no dejaba de vigilar al joven—. Este debe de ser su nieto, ¿no, vecino?

—Digamos más bien que no debería serlo —replicó el anciano—. Pero lo es.

—¿Y ese? —prosiguió el enano señalando a Dick Swiveller.

—Uno de sus amigos, tan bien recibido aquí como él —contestó el anciano.

—¿Y este? —inquirió de nuevo el enano, volviéndose y señalándome directamente.

—Un caballero que tuvo la amabilidad de traer aquí a Nell la otra noche cuando se extravió al volver de la casa de usted.

El homúnculo se volvió hacia la niña como para reprenderla o expresar asombro, pero al encontrarla departiendo con el joven se abstuvo de hacerlo e inclinó la cabeza para escuchar.

—Dime una cosa, Nelly —estaba diciendo el joven en voz alta—; aquí te enseñan a odiarme, ¿no es cierto?

—¡No, no, qué horror! ¡Ah, eso sí que no! —protestó la niña.

—¿A amarme, entonces? —abundó el hermano con una risita.

—Ninguna de las dos cosas —replicó ella—. Nunca me hablan de ti. De verdad que nunca me hablan de ti.

—No hace falta que lo jures —contestó él, lanzando una mirada de amargura al abuelo—. No hace falta que lo jures. Ah, eso sí te lo creo.

—Pero yo te quiero mucho, Fred —protestó la niña.

—¡No lo dudo!

—Te quiero de verdad, y siempre te querré —porfió con gran emoción—. Pero si pudieras dejar de ofenderlo y atormentarlo, entonces te querría aún más.

—Ya veo —musitó el joven inclinándose indolentemente sobre la niña y apartándola tras haberla besado—. Vale, vete ahora que ya has recitado la lección. No tienes por qué lloriquear. Nos separamos como buenos amigos, si

es eso lo que te importa.

El joven permaneció en silencio siguiendo a la niña con la mirada hasta que esta entró en su cuartillo y cerró la puerta. A continuación, volviéndose al enano, profirió:

—Escuche un momento, señor...

—¿Se refiere a mí? —preguntó el enano—. Quilp, me llamo Quilp —le informó—. Puede recordarlo fácilmente; se dice enseguida. Daniel Quilp.

—Escúcheme, entonces, un momento, señor Quilp —prosiguió el otro—. Usted tiene algún influjo sobre mi abuelo.

—Alguno —concedió el señor Quilp con énfasis.

—Y conoce alguno de sus misterios y secretos.

—Algunos, sí —asintió el señor Quilp con igual sequedad.

—Entonces, permítame que, a través de usted, le haga saber, de una vez por todas, que entraré y saldré de este lugar cuantas veces me plazca mientras guarde aquí a Nell. Y que, si quiere librarse de mí, debe primero librarse de ella. ¡Qué he hecho yo para convertirme en un ogro y que se me rehúya y tema como a un apestado! Él le dirá que no poseo ningún afecto humano y que me preocupa tan poco de Nell, de su felicidad, como de él. Que diga lo que quiera. Me preocuparé, entonces, de ir y venir a mi antojo para que ella no se olvide de mi existencia. La veré siempre que me plazca. Eso es lo que quería dejar claro. Hoy he venido para eso, y volveré cincuenta veces con el mismo propósito y siempre con el mismo éxito. He dicho que no cejaría hasta haberlo conseguido. Ya lo he conseguido. Y con esto doy mi visita por terminada. Vamos, Dick.

—¡Para! —exclamó el señor Swiveller mientras su compañero se volvía hacia la puerta—. ¡Caballero!

—¡Caballero, soy su humilde servidor! —contestó el señor Quilp, que era el destinatario de la interpelación.

—Caballero, antes de abandonar este lugar tan alegre y festivo, este salón donde reina una claridad deslumbrante —reiteró el señor Swiveller—, quiero que me permita hacer una ligera observación. Caballero, yo he venido hoy aquí con la impresión de que ese anciano se hallaba con buena disposición.

—Prosiga, caballero —le invitó Daniel Quilp, ya que el orador había hecho una súbita pausa.

—Inspirado por esta idea y por los sentimientos que suscita, y sintiendo como amigo de ambos que el hostigamiento y la intimidación no son las actitudes más indicadas para abrir las almas y promover la armonía social

entre las partes en liza, me permito sugerir un método, el único a adoptar en la presente ocasión. ¿Me permitirá que le susurre una palabra, caballero?

Sin esperar el permiso solicitado, el señor Swiveller se acercó al enano y, agachado junto a su hombro para tener su oreja cerca, dijo en un tono de voz perfectamente audible para todos los presentes:

—La consigna con el anciano es... apoquinar.

—¿Es qué...? —inquirió Quilp.

—Es apoquinar, caballero; apoquinar —repitió el señor Swiveller dándose una palmada en el bolsillo—. ¿Lo ha captado, caballero?

El enano asintió con la cabeza. El señor Swiveller retrocedió unos pasos mientras asentía de la misma manera y de esta guisa alcanzó la puerta, donde carraspeó con fuerza para atraer la atención del enano y tener la oportunidad de expresar con un gesto la más íntima confianza y el más inviolable secreto. Tras ejecutar esta pantomima necesaria para la transmisión de tales ideas, siguió los pasos de su amigo y desapareció.

—¡Bah! —exclamó el enano con mirada acre y encogimiento de hombros—. Basta ya de queridos parientes. ¡Gracias a Dios que yo no tengo ninguno que reconozca! Y usted tampoco los necesitaría —añadió volviéndose al anciano— si no fuera más débil que un junco y no estuviera tan desprovisto de entendederas.

—¿Qué quiere que haga? —replicó el anciano con un grito de impotente desesperación—. Es fácil hablar y reírse. ¿Qué quiere que haga?

—¿Qué haría yo si estuviera en su situación? —inquirió el enano.

—Algo violento, seguro.

—Sin duda —respondió el hombrecillo, sumamente gratificado por el cumplido (pues era obvio que como tal lo había tomado) y sonriendo como un diablo mientras se frotaba sus manos sucias—. Pregunte a la señora Quilp, a la linda señora Quilp, la obediente, tímida, amorosa señora Quilp. Pero eso me recuerda que la he dejado sola. Estará nerviosa y no tendrá ni un momento de sosiego hasta que vuelva. Eso le pasa siempre que estoy lejos, aunque no se atreva a decirlo, a no ser que la induzca a ello y le diga que puede hablar libremente, que no me enfadaré con ella. Ah, qué bien adiestrada tengo a la señora Quilp.

El individuo tenía un aspecto horrible con su cabeza monstruosa y su cuerpo pequeño mientras se frotaba las manos despacio una y otra vez (con un aspecto fantástico en la manera de realizar este mero acto), bajaba las espesas cejas, levantaba la barbilla al aire y miraba hacia arriba con una mirada furtiva y jubilosa que podría haberle plagiado cualquier diablillo.

—Tenga —le dijo con la mano en el pecho, acercándose al anciano mientras hablaba—. Lo he traído yo mismo por miedo a algún accidente, dado que, tratándose de oro, la suma era demasiado grande y pesada para que Nell la portara en su bolsa. Tendrá que acostumbrarse a este tipo de peso, pues no le quedará más remedio que llevarlo cuando usted haya muerto, vecino.

—¡Que el cielo le oiga! Eso espero —exclamó el anciano con una especie de quejido.

—¡Eso espero! —repitió el otro acercándose a su oído—. Vecino, me gustaría saber en qué buenas inversiones van a parar estos suministros. Pero usted es un hombre callado que sabe guardar su secreto.

—¡Mi secreto! —exclamó el otro con mirada trasojada—. Sí, tiene razón, sé guardarlo.

No dijo nada más. Tomó el dinero y se retiró con paso lento, incierto, con la mano en la cabeza cual hombre cansado y abatido. El enano lo vio pasar al saloncito y guardar el dinero bajo llave en una caja fuerte encima de la chimenea. Después de meditar unos momentos, el señor Quilp comenzó a despedirse, observando que si no se daba prisa podría darle un ataque a su señora.

—En fin, vecino —agregó—, dirijo mis pasos a la casa, rogándole transmita mis más calurosos saludos a Nelly y esperando que no vuelva a extraviarse, aunque el percance me haya supuesto un honor con el que no contaba —con esto, se inclinó y nos observó con el rabillo del ojo a mí y toda la casa con una mirada inteligente, que parecía abarcar cuantos objetos estaban en su radio de visión. Y se marchó como había venido.

Yo había intentado marcharme también varias veces, pero el anciano siempre se había opuesto, insistiendo en que me quedara. Como renovó expresamente su petición de que nos quedáramos solos, refiriéndose muy agradecido a la anterior ocasión en que habíamos estado juntos, accedí gustoso a sus deseos y me senté, haciendo como que examinaba una curiosa miniatura y unas antiguas medallas que había puesto delante de mí. No necesitó insistir demasiado para que me quedara, pues si mi curiosidad se había excitado ya bastante en el transcurso de mi primera visita, ciertamente no había disminuido ni un ápice ahora.

Nell se nos unió al poco tiempo. Colocó unas labores en la mesa y se sentó junto al anciano. Era agradable observar las flores frescas de la estancia y el pajarillo en su jaula sombreada con una ramita. Un aliento de frescura y juventud parecía revolotear por la vieja y triste casa y sobrevolar alrededor de la niña. Era curioso, pero no tan agradable, apartar la mirada de su belleza y gracia y fijarla en la figura encorvada, la cara preocupada y el aspecto hastiado

del anciano. Cuando este se volviera más débil y frágil, ¿qué sería de esta criatura solitaria?, cavilé. Y si moría el pobre protector, ¿qué suerte correría la protegida?

El anciano casi contestó a mis pensamientos al decir, mientras le cogía una mano a la niña:

—Yo no quiero estar triste, Nell. La fortuna debe de tener algo bueno reservado para ti. No la pido para mí, sino para ti. Sin la buena fortuna caerían sobre tu cabeza inocente tales miserias que estoy convencido de que acabará llegando a fuerza de invocarla.

Nell lo miraba cariñosamente, pero sin decir palabra.

—Cuando pienso —prosiguió— en los muchos años (tantos en tu corta vida) que has vivido conmigo; en esta existencia tan monótona, sin conocer a otros niños de tu edad ni ningún placer infantil; en la soledad en que has crecido hasta ser quien eres, apartada de casi todos tus familiares salvo de este anciano... A veces temo no haberte tratado todo lo bien que debía, Nell.

—¡Abuelo! —exclamó la niña con sorpresa no fingida.

—Sin querer, claro, sin querer —precisó—. Yo siempre he pensado con ilusión en el momento en que te relacionarías con personas alegres y prósperas, y tendrías un puesto entre la gente más elegante. Pero aún conservo la ilusión, Nell. Y si me viera obligado a dejarte, ¿te he preparado para luchar en el mundo?, me pregunto. Ese pobre pajarillo estaría igual de preparado para enfrentarse a él si se le dejara suelto. ¡Un momento! ¿No has oído? Oigo a Kit ahí fuera. Ve a abrirle, Nell.

La niña se levantó y salió corriendo; pero de repente se paró, se dio la vuelta y rodeó con los brazos el cuello del anciano. Después salió nuevamente corriendo, pero más deprisa para ocultar las lágrimas que le habían brotado.

—Una palabra en confianza, caballero —se dirigió a mí el anciano con un susurro apresurado—. Me supo muy mal lo que dijo usted la otra noche, y permítame que me defienda alegando que he actuado de la mejor manera que he podido; que es demasiado tarde para retractarse si se pudiera (que no se puede) y que aún espero triunfar. Todo lo hago por amor a ella. Yo he padecido una gran pobreza y quiero ahorrarle a ella cualquier sufrimiento. Quiero ahorrarle las miserias que padeció su madre, mi querida hija, hasta su temprana muerte. No quiero dejarle unos recursos fácilmente derrochables, sino algo sustancioso que le permita vivir siempre protegida contra la necesidad. ¿Me oye bien, caballero? Ella no tendrá una pitanza, sino una fortuna. ¡Chsss! No puedo decir más, ni ahora ni en otro momento. Ya vuelve.

El nerviosismo con que me dijo esto al oído, el temblor de su mano al

cogerme el brazo, los ojos asombrados y agitados con que me miró, la vehemencia y agitación de que dio muestra me dejaron una sensación de desasosiego. Todo lo que había oído y visto, y una buena parte de lo que él mismo había dicho, me permitían suponer que era un hombre acaudalado. No podía formarme una idea de su carácter, a menos que fuera uno de esos desgraciados que, habiendo logrado el único fin y objeto de sus vidas y conseguido amasar una gran fortuna, se ven constantemente torturados por el miedo a la pobreza, a la pérdida de su patrimonio y a la ruina. Había dicho muchas cosas que no había entendido bien, a no ser a la luz de esta suposición. Al final concluí que debía de pertenecer a esta raza de gente infeliz.

Esta opinión no fue el resultado de una consideración apresurada, que por otra parte no me fue posible formular en aquella ocasión, pues la niña volvió enseguida para darle a Kit una lección de escritura. Al parecer, le daba dos lecciones por semana, una de las cuales era la de aquella noche, para gran alegría y disfrute tanto del instruido como de la institutriz. Se necesitaría sin duda más espacio y tiempo del que merecen estos detalles para relatar cuánto tiempo tuvo que pasar para que la modestia del zagal admitiera sentarse en el salón en presencia de un señor desconocido; cómo, cuando se hubo aposentado, se remangó, clavó los codos y, pegada la cara al cuaderno, bizqueaba horriblemente mientras escribía; cómo, desde el momento en que tuvo la pluma en la mano, se regodeaba echando borrones y manchándose de tinta hasta las raíces de los cabellos; cómo, si por causalidad escribía una letra bien, inmediatamente la emborronaba con el brazo para trazar enseguida otra; cómo, a cada nuevo error, se producía un nuevo estallido de júbilo por parte de la niña y una risa más fuerte y con no menos ganas por parte de Kit; y cómo, a pesar de todo, la niña mantenía todo el tiempo un gentil deseo de enseñar y el niño un serio deseo de aprender. Baste con decir que la lección fue dada; que la tarde pasó y llegó la noche; que el anciano volvió a sentirse inquieto e impaciente, y salió de casa furtivamente a la misma hora que la otra vez; y que la niña se quedó de nuevo sola entre aquellas lúgubres paredes.

Y ahora que he llevado esta historia tan lejos, desempeñando mi propio papel en ella y presentando al lector todos estos personajes, para favorecer la narración me voy a apartar de su curso ulterior y dejar a quienes interpretan papeles más importantes e imprescindibles que hablen y actúen por sí mismos.

CAPÍTULO CUATRO

El señor y la señora Quilp residían en Tower Hill, y esta se había quedado en su casita añorando la ausencia de su señor después de que él la dejara para

ocuparse de los asuntos que acabamos de relatar.

Del señor Quilp no se podía afirmar que ejerciera un oficio o tuviera una profesión particular, pues sus actividades estaban diversificadas y sus ocupaciones eran numerosas. Cobraba el alquiler de barrios enteros situados en los sórdidos callejones aledaños al río, adelantaba dinero a los marineros y suboficiales de la marina mercante, tenía participación en las pacotillas de algunos marineros que hacían la ruta de las Indias Orientales, fumaba puros de contrabando ante las narices de los oficiales de Aduanas y a diario tenía citas en la Bolsa con personajes tocados con sombreros de tela encerada y chaquetas de marinero. En Surrey, junto al río, se encontraba un viejo y sucio taller infestado de ratas llamado «el Muelle de Quilp». En él había una pequeña contaduría de madera hundida en el barro (como si, caída de las nubes, hubiera quedado clavada en el suelo); unos fragmentos de planchas oxidadas; varias anillas grandes de hierro; madera podrida apilada y dos o tres montones de viejas láminas de cobre arrugadas, agujereadas y abolladas. En el Muelle de Quilp, Daniel Quilp ejercía de desguazador de buques, aunque, a juzgar por lo que podía verse, o bien era un desguazador de buques a muy pequeña escala o bien desguazaba por trozos muy pequeños. El lugar tampoco presentaba una vitalidad o actividad especiales, pues el único ocupante humano era un muchacho anfibio con traje de tela cuya única misión consistía en permanecer encaramado en lo alto de una pila de madera y arrojar piedras al barro cuando el agua estaba baja o permanecer con las manos en los bolsillos mirando indolente los movimientos y la agitación del río cuando estaba alta.

La vivienda de Tower Hill del enano comprendía, además de los consabidos aposentos para él y la señora Quilp, una pequeña alcoba para la madre de la señora, que residía con la pareja y se hallaba en guerra perpetua con Daniel, por el que, no obstante, sentía un verdadero pavor. En efecto, este ser tan feo había conseguido inspirar, por un medio u otro —por su fealdad, ferocidad o astucia natural, poco importa—, un temor saludable a la mayor parte de quienes lo trataban habitualmente. Pero nadie sufría tanto su dominación como la propia señora Quilp, una guapa mujercita de palabras suaves y ojos azules, la cual, tras haberse unido en matrimonio con el enano aquejada de una de esas extrañas obcecaciones de las que no escasean ejemplos en este mundo nuestro, cumplía una condigna penitencia por tamaña sandez cada día de su vida.

Hemos dicho que la señora Quilp se hallaba en su casa lamentando la ausencia del marido. Pero no estaba sola, pues, además de su anciana madre, a la que acabamos de aludir, estaban presentes media docena de damas del vecindario, que, por un extraño azar (o digamos por una pequeña complicidad), se habían dado cita allí a la hora del té. Siendo esta una ocasión

favorable para la conversación, y con la habitación llena de frescor, sombra y molicie, y algunas plantas en la ventana abierta que impedían la entrada del polvo y se interponían gratamente entre la mesita de té y la vieja Torre, no es de extrañar que las susodichas damas se sintieran inclinadas a charlar largo y tendido, especialmente teniendo en cuenta los adicionales alicientes de mantequilla y pan frescos, amén de una generosa ración de gambas y berros.

Ahora que las damas se hallaban reunidas en circunstancias tan favorables, era perfectamente natural que la conversación girara sobre la propensión de los hombres a tiranizar al sexo débil y el deber que incumbía al sexo débil de resistirse a dicha tiranía y afirmar sus derechos y su dignidad. Lo cual era natural por cuatro razones. En primer lugar, porque la señora Quilp, que era joven y se hallaba notoriamente bajo la mano de hierro de su marido, debía ser incitada a rebelarse. En segundo lugar, porque se sabía que la madre de la señora Quilp era de disposición resuelta y propensa a resistirse a la autoridad masculina. En tercer lugar, porque cada una de las contertulias deseaba mostrarse a este respecto, y por cuenta propia, superior a la generalidad de su sexo. Y en cuarto lugar, porque, al estar estas mujeres acostumbradas a una maledicencia recíproca cuando se hallaban agrupadas de dos en dos, carecían de su habitual objeto de conversación ahora que se hallaban todas juntas en un pequeño comité amistoso y, por consiguiente, no tenían nada mejor que hacer que atacar al enemigo común.

Movida por estas consideraciones, una señora gorda abrió el fuego preguntando, con aire de preocupación y simpatía, cómo se encontraba de salud el señor Quilp; a lo que la madre de la esposa del señor Quilp contestó inmediatamente:

—¡Ah! Se encuentra bastante bien. Nunca le pasa nada reseñable. La mala hierba siempre prospera.

Todas las damas suspiraron a la vez sacudiendo la cabeza gravemente y mirando a la señora Quilp como a una mártir.

—¡Ay! —exclamó la que había tomado la palabra—. Me gustaría que le diera algunos consejos, señora Jiniwin —(conviene explicar que la señora Quilp se había llamado antes señorita Jiniwin)—. Nadie sabe mejor que usted, señora, lo que una mujer se debe a sí misma.

—Sí que nos debemos —refrendó la señora Jiniwin—. Cuando mi pobre marido, que en paz descansa, tu padre, hija mía, vivía aún, si se le hubiera ocurrido decirme una mala palabra, yo le habría... —la anciana señora no terminó la frase, sino que torció la cabeza a una gamba con tal rencor que aquella acción pareció una especie de sustituto de las palabras. Con ese sentido fue entendido por la interlocutora, que inmediatamente replicó con tono de aprobación:

—Usted me comprende perfectamente, señora. Es justo lo que yo habría hecho.

—Pero a usted nada la obliga a hacerlo —dijo la señora Jiniwin—. Afortunadamente para usted, no tiene más ocasiones para ello que las que yo tuve.

—Ninguna mujer necesita tenerlas si se respeta a sí misma —replicó la señora gorda.

—¿Has oído eso, Betsy? —exclamó la señora Jiniwin con tono de advertencia—. ¡Cuántas veces te he dicho yo estas mismas palabras, casi arrodillándome mientras te las decía!

La pobre señora Quilp, que había paseado su mirada desvalida de una cara de condolencia a otra, sonrió y sacudió la cabeza dubitativamente. Esto fue el desencadenante de un clamor general, que, empezando en un suave murmullo, fue creciendo hasta convertirse en un gran alboroto en el que todo el mundo hablaba a la vez. Y todas coincidieron en que, como mujer joven que era, no tenía derecho a oponer sus opiniones a las experiencias de quienes conocían mejor el asunto; que era una gran equivocación de su parte no seguir el consejo de unas personas que no pensaban en otra cosa que en su bien; que era casi una muestra de ingratitud conducirse de aquella manera; que si no se respetaba a sí misma debería respetar a las otras mujeres, a quienes estaba desafiando con su mansedumbre; que si no respetaba a las otras mujeres, las otras mujeres no le mostrarían respeto a ella; y que lo lamentaría mucho, mucho, podía estar segura. Tras proferir aquellas admoniciones, las damas dieron un nuevo asalto, más decidido, al té, acompañado de pan tierno, mantequilla fresca, gambas y berros, y dijeron que su vejación era tan grande ante semejante conducta que casi les quitaba las ganas de tomar bocado.

—Resulta muy fácil hablar —replicó la señora Quilp con gran naturalidad—, pero yo sé que, si me muriera mañana, Quilp podría casarse con la que quisiera; claro que podría, estoy segura.

Hubo un gran clamor de indignación ante tamaña idea. ¡Casarse con la que él quisiera! Ellas deseaban que tuviera el atrevimiento de hacerles semejante proposición; les habría gustado ver en él un simple ademán de este tipo. Una señora (una viuda) estaba completamente segura de que le clavaría un puñal con sólo oírle expresar semejante sugerencia.

—Estupendo —asintió la señora Quilp—. Pero, como acabo de decir, resulta muy fácil hablar. Repito que sé (estoy segura) que, cuando lo intenta, Quilp tiene tales mañas que la mujer más guapa de aquí no podría negársele si yo me muriera, si ella estuviera disponible y él decidiera cortejarla. ¡Vaya que sí! Mi madre —agregó— sabe que lo que digo es completamente cierto, pues

ella solía decir lo mismo antes de casarnos. ¿No es cierto, mamá?

Aquella pregunta puso a la respetable señora en una situación bastante delicada, ya que era cierto que había contribuido activamente a que su hija se convirtiera en la señora Quilp, toda vez que no redundaba en el crédito de la familia abonar la idea de que se había casado con un hombre con quien nadie más podría casarse. Por otra parte, exagerar las cualidades cautivadoras de su yerno sería debilitar la causa de la rebelión, en la que las energías estaban puestas en este momento. Acuciada por consideraciones tan opuestas, la señora Jiniwin reconoció las habilidades especiales de Quilp, pero negó su derecho a mandar y, hecha esta salvedad a la intención de la señora gorda, la discusión volvió al punto del que se había desviado.

—¡Ah, qué razón llevaba la señora George! —exclamó la vieja señora—. Si las mujeres se respetaran a sí mismas... Pero Betsy no se respeta a sí misma, y es realmente una lástima; siento vergüenza por ella.

—Antes que consentir que un hombre me dé órdenes como Quilp se las da a ella —terció la señora George—, antes que vivir atemorizada por un hombre como ella lo está por él, yo... me quitaría la vida y escribiría antes una carta diciendo que ha sido él el causante de mi muerte.

Como esta observación fue altamente alabada y aprobada, otra dama (de la calle Minories) intervino igualmente:

—El señor Quilp puede que sea un hombre muy galante, y supongo que no hay duda de que lo es, pues la señora Quilp dice que lo es, y la señora Jiniwin dice también lo mismo, y ellas deben de saber más que nadie. Pero no es lo que... lo que se dice un hombre apuesto..., ni tampoco es joven, lo cual podría ser un pequeño atenuante; mientras que su mujer sí es joven, y guapa, y es mujer..., que es, después de todo, lo más importante.

Como esta última frase fue proferida con un patetismo fuera de lo común, suscitó el correspondiente murmullo de las asistentes, estimulado por lo que la dama dijo a continuación; a saber, que si tal marido se enfadara y fuera irrazonable con semejante esposa, entonces...

—¿Si fuera? —interrumpió la madre, dejando la taza de té y quitándose las migajas del regazo, gesto preparatorio para la siguiente declaración—. Es el mayor tirano que se ha visto nunca, hasta el punto de que ni se atreve siquiera a decir que tiene alma propia. La hace temblar con una palabra e incluso con una mirada; la asusta hasta la muerte, y ella no tiene el valor de hacerle la menor observación. ¡Ni una sola!

A pesar de que el hecho había sido de antemano notorio a todas las bebedoras de té y objeto de repetido debate en cada una de estas sesiones en los últimos doce meses, apenas expuesta esta comunicación oficial todas

empezaron a hablar a la vez, rivalizando unas con otras en vehemencia y volubilidad. La señora George observó que la gente se lo había dicho antes, que la señora Simmons, allí presente, se lo había dicho veinte veces, que ella siempre había dicho: «No, Henrietta Simmons, si no lo veo con mis ojos y lo oigo con mis oídos, no lo creeré». La señora Simmons corroboró este testimonio y aportó pruebas contundentes de su propia cosecha. La señora de la calle Minories habló de un método de tratamiento infalible al que había sometido a su marido, el cual, un mes después del matrimonio, pasó de manifestar síntomas inequívocos de ferocidad a parecer tan manso como un cordero. Otra dama relató su propia lucha personal, con triunfo final; pero antes se había visto obligada a llamar a su madre y dos tías y a pasar seis semanas llorando incesantemente noche y día. Una tercera, que en la confusión general no había podido encontrar a otra persona que la escuchara, se arrimó a una joven aún soltera y la conjuró a que, si valoraba su propia paz de espíritu y felicidad, sacase provecho de aquella solemne ocasión y aprendiera de la debilidad de la señora Quilp, y, a partir de entonces, dirigiera todos sus pensamientos al objetivo común de domeñar el rebelde espíritu del hombre. El ruido estaba en su punto máximo (la mitad de las contertulias había elevado la voz hasta un enorme tumulto a fin de ahogar las voces de la otra mitad), cuando se vio a la señora Jiniwin cambiar de color y menear el índice sigilosamente, como exhortándolas a guardar silencio. Entonces, y sólo entonces, fue advertida la presencia en la habitación de Daniel Quilp, causa y ocasión de todo aquel alboroto, que observaba y escuchaba con suma atención.

—Prosigan, señoras, prosigan —las invitó Daniel—. Señora Quilp, por favor, pide a las damas que se queden a cenar y se tomen un par de langostinos con algo ligero y sabroso.

—Yo... yo no las he invitado a tomar el té, Quilp —tartamudeó su mujer—. Ha sido por casualidad.

—Tanto mejor, señora Quilp. Estas fiestas casuales son siempre las más agradables —aseveró el enano, frotándose las manos tan fuertemente que parecía estar fabricando, con el polvo sudoroso con que estaban impregnadas, pequeñas balas para pistolas de juguete—. ¡Qué! No irán a marcharse ahora, seguro.

Sus bellas enemigas agitaron la cabeza ligeramente mientras buscaban sus respectivos sombreros y chales, y dejaban la contienda verbal a la señora Jiniwin, quien, al verse sola ante el peligro, hizo un leve ademán para desempeñar su nuevo papel.

—¿Y por qué no iban a quedarse a cenar, Quilp —preguntó la vieja señora—, si mi hija así lo había dispuesto?

—Ciertamente —asintió Daniel—. ¿Y por qué no?

—No hay nada de malo ni de deshonesto en una cena, espero —insistió la señora Jiniwin.

—Por supuesto que no —asintió nuevamente el enano—. ¿Por qué debería haberlo? Ni nada malsano tampoco, si no se trata de una ensalada con langostinos y gambas que, según me han dicho, resulta indigesta.

—Y a ti no te gustaría que tu mujer sufriera con esto, ni con cualquier otra cosa que pudiera indisponerla, ¿verdad? —preguntó la señora Jiniwin.

—Por nada del mundo —replicó el enano con una sonrisita—. Ni por una veintena de suegras juntas. ¡Qué bendición sería!

—Mi hija es tu esposa, señor Quilp —le informó la vieja señora con una risita nerviosa que pretendía ser satírica y denotar que él necesitaba que se lo recordaran—. Tu legítima esposa.

—Así es, en efecto. Así es —asintió el enano.

—Y tiene derecho a hacer lo que le plazca, espero, Quilp —abundó la anciana temblando en parte con ira y en parte con un miedo secreto al bribón de su yerno.

—Espero que lo tenga —aseveró—. ¡Ah! ¿No sabía usted que lo tiene? ¿No sabe que lo tiene, señora Jiniwin?

—Sé que debería tenerlo, Quilp, y lo tendría si tuviera también mi manera de pensar.

—¿Por qué no piensas igual que tu madre, cariño? —preguntó el enano volviéndose hacia su mujer—. ¿Por qué no imitas siempre a tu madre, cariño? La honra y prez de su sexo. Eso debía de decir tu padre todos los días. Estoy seguro.

—Su padre era una persona bendita, Quilp, y valía veinte mil veces más que otras personas —exclamó la señora Jiniwin—. Veinte mil millones de veces.

—Qué pena que no lo conociera —observó el enano—. No sé si era una persona bendita entonces; pero estoy seguro de que lo es ahora. Fue una feliz liberación. Creo que sufrió durante mucho tiempo.

La anciana hizo un esfuerzo por hablar, pero no salió nada de su boca. Quilp volvió a la carga con la misma malicia en los ojos y la misma sarcástica cortesía en la lengua:

—¿Se siente bien, señora Jiniwin? Parece que se ha excitado un poco hablando... Sí, hablando, que es su debilidad. Váyase a la cama. Váyase a la cama.

—Me iré a la cama cuando me plazca, Quilp; no antes.

—Por favor, váyase ahora. Váyase ahora, por favor insistió el enano.

La anciana lo miró airadamente, pero iba reculando conforme él avanzaba y, dándole la espalda, toleró que le cerrara la puerta y la dejara fuera con las demás invitadas, que ya se habían arremolinado abajo. El hombrecillo, solo con su mujer, que estaba sentada en un rincón con los ojos fijos en el suelo y todo el cuerpo temblando, se le plantó delante, a cierta distancia, y, con los brazos cruzados, la miró sin pestañear durante un buen rato, sin articular palabra.

—¡Oh tú, dulce criatura! —fueron las palabras con las que Quilp rompió el silencio, relamiéndose los labios como si no fueran una figura del lenguaje y ella fuera realmente un confite—. ¡Oh, tú, mi delicia! ¡Oh, tú, deliciosa seductora!

La señora Quilp estaba sollozando; conociendo la naturaleza de su amable señor, parecía extremadamente alarmada por aquellos cumplidos, igual que habría reaccionado ante cualquier demostración de violencia.

—La señora Quilp es... —prosiguió el enano con una espantosa risita— una joya, un diamante, una perla, un rubí, un cofrecito dorado engastado con gemas de toda clase. Es un tesoro. ¡Estoy tan prendado de ella!

La pobre mujer, que estaba temblando de los pies a la cabeza, levantaba de vez en cuando los ojos para mirarlo con gesto suplicante, los bajaba de nuevo y volvía a sollozar.

—Lo mejor que tiene es —porfió el enano avanzando con una especie de saltito que, unido al torcimiento de sus piernas, la fealdad de su cara y lo ridículo de sus ademanes, invitaba a pensar en un duendecillo—, lo mejor que tiene es que es tan dócil, tan suave..., hasta el punto de carecer de voluntad propia, y, para coronarlo todo, tiene una madre tan persuasiva...

Tras decir estas palabras con un regodeo malicioso difícil de superar, el señor Quilp plantó las manos sobre sendas rodillas y, arqueando las piernas todo lo que pudo, fue bajando, bajando, bajando, hasta que, torciendo mucho la cabeza a un lado, la fijó entre los ojos de su esposa y el suelo.

—¿Señora Quilp?

—Sí, Quilp.

—¿Resultado agradable a la vista? ¿Sería el individuo más hermoso del mundo si tuviera mostacho? ¿No soy un buen marido así? ¿Soy un buen marido así, señora Quilp?

La señora Quilp respondió sumisamente:

—Sí, Quilp —hipnotizada por su mirada, permaneció un rato mirándolo tímidamente mientras él le regalaba una sucesión de horribles muecas, como nadie más que él mismo, a no ser en una pesadilla, tenía el poder de esbozar. Mientras duró la representación, que fue una de las más largas, él mantuvo un silencio absoluto, salvo cuando, dando un salto inesperado, hizo que su mujer se echara hacia atrás con un grito irreprimible. Entonces él se rio entre dientes.

—Señora Quilp —expresó al fin.

—Sí, Quilp —respondió ella mansamente.

En vez de proseguir con el tema que tenía en mente, Quilp se levantó, cruzó los brazos de nuevo y la miró más severamente que antes.

—Señora Quilp.

—Sí, Quilp.

—Si vuelves a prestar oídos a esas brujas, te morderé.

Con esta lacónica amenaza, que aderezó con un gruñido que no dejó lugar a dudas de que hablaba completamente en serio, el señor Quilp le ordenó que retirara el servicio del té y trajera el ron. Se llenó un vaso con el ron de una enorme botella forrada de madera, procedente de algún camarote, y se arrellanó en un sillón con la cabezota y la cara echadas hacia atrás y las cortas piernas plantadas sobre la mesa.

—Ahora, señora Quilp —articuló—, me apetece fumar, y probablemente pase fumando toda la noche. Pero quédate sentada donde estás, por favor, por si te necesito.

Su mujer no dio otra respuesta que la esperada («sí, Quilp»), y el pequeño señor de la Creación fumó su primer puro y preparó su primer grog. El sol se puso y las estrellas salieron; la Torre perdió su color para teñirse primero de gris y luego de negro, y la estancia quedó completamente a oscuras, excepto la punta incandescente del puro. Pero el señor Quilp siguió fumando y bebiendo en la misma postura, mirando indolentemente por la ventana con la misma sonrisa perruna, salvo cuando la señora Quilp hacía algún movimiento involuntario producto de la inquietud o del cansancio. Y entonces esta sonrisa se metamorfoseaba en una mueca de delicia.

CAPÍTULO CINCO

Ya diera el señor Quilp unas cabezaditas, ya permaneciera con los ojos abiertos de par en par toda la noche, lo cierto es que estuvo fumando puros sin

parar, encendiendo uno con la colilla del anterior (sin tener que ayudarse con una vela). No le produjeron sueño, al parecer, ni las campanadas de los relojes dando las horas ni las ganas normales de tumbarse en una cama; al contrario, aumentaron su disposición a la vigilia. Prueba de ello fueron, al avanzar la noche, un reprimido borborigmo y un encogimiento de hombros, propio de quien tiene ganas de reír, pero lo hace de manera maliciosa y furtiva.

Finalmente amaneció, y la pobre señora Quilp, tiritando por el frío matutino y estragada por el cansancio y la falta de sueño, fue vista pacientemente sentada en su silla, levantando a intervalos los ojos en dirección a su señor cual muda súplica de compasión y clemencia y recordándole suavemente con una tos ocasional que aún no había sido perdonada y que su penitencia duraba ya más de la cuenta. Pero su diminuto esposo siguió fumando puros y bebiendo ron sin reparar en ella, y hasta que el sol no iluminó del todo el lugar y no se percibió actividad y ruido suficientes en el exterior, no se dignó a reconocer su presencia con una simple palabra o señal. Y podría no haberse dignado de no ser por unos impacientes golpecitos en la puerta, que le indicaron que unos nudillos bastante resistentes buscaban algo resueltamente al otro lado.

—¡Eh, querida! —exclamó mirando alrededor con una mueca de malicia—. Ya es de día. ¡Abre la puerta, mi querida señora Quilp!

Su obediente esposa descorrió el cerrojo, y entró la señora madre.

La señora Jiniwin entró en la habitación con gran impetuosidad, pues, suponiendo a su yerno todavía en la cama, venía a desfogar sus sentimientos con un airado alegato contra su conducta y carácter general. Pero, al verle levantado y vestido, y que la habitación parecía haber estado ocupada todo el tiempo desde que ella la había abandonado por la noche, se detuvo bruscamente, presa de un súbito desconcierto.

Nada escapó al ojo de halcón del feo hombrecillo, quien, adivinando perfectamente lo que pasaba por la mente de la vieja señora, se volvió más feo todavía a causa de su plena satisfacción y le dio los buenos días con una sonrisita triunfal.

—Pero ¡cómo, Betsy! —exclamó la anciana—, tú has estado... No irás a decirme que has estado...

—¿Levantada toda la noche? —articuló Quilp ayudándole a concluir la frase—. En efecto, ha estado levantada.

—¿Toda la noche? —gritó la señora Jiniwin.

—Sí, toda la noche. ¿Está sorda nuestra querida anciana? —preguntó Quilp con una sonrisa acompañada de un fruncimiento del ceño—. ¿Quién ha

dicho que marido y esposa forman una mala compañía? Ja, ja. El tiempo ha pasado volando.

—¡Qué brut...!

—Vamos, vamos —expresó Quilp fingiendo haber entendido mal—. No debe insultarla. Es una mujer casada, ya lo sabe. Y porque haya conseguido que el tiempo pase tan rápido que no me he acordado de irme a la cama no debe ser tan tiernamente solícita conmigo como para estar de mal humor con ella. ¡Bendita anciana señora! ¡Brindo por su salud!

—¡Muchas gracias! —respondió la anciana, testimoniando por cierta agitación de las manos un deseo vehemente de asestarle a su yerno un puñetazo matronil—. ¡Ah! Te estoy muy agradecida.

—¡Alma agradecida! —exclamó el enano—. Señora Quilp.

—Sí, Quilp —contestó la tímida sufriente.

—Ayuda a tu madre a preparar el desayuno, señora Quilp. Esta mañana voy al muelle, y cuanto antes, mejor. Sé rápida.

La señora Jiniwin hizo un leve amago de rebelión sentándose en una silla junto a la puerta con los brazos cruzados, como en firme determinación de no hacer nada. Pero unas palabras susurradas por su hija y una especiosa pregunta de su yerno sobre si se sentía mal (recordándole que había abundancia de agua fría en la habitación contigua), acabaron con sus síntomas de rebelión y la decidieron a ocuparse con diligencia, aunque a regañadientes, de los preparativos ordenados.

Mientras madre e hija se ocupaban de estas tareas, el señor Quilp se retiró a la habitación contigua y, bajándose el cuello del abrigo, se pasó por la cara una toalla mojada que distaba mucho de estar limpia, lo que le dejó la tez más sucia todavía. Pero, mientras se hallaba ocupado, su desconfianza y curiosidad no lo abandonaron; al contrario: más atento y astuto que nunca, escuchaba la conversación de la habitación contigua, que trataba presumiblemente de él.

—¡Ah! —exclamó tras unos momentos con el oído atento—. No era el roce de la toalla en los oídos. Sabía que era otra cosa. Yo soy, un miserable jorobado y un monstruo, ¿no es cierto, señora Jiniwin? ¡Ah!

El placer de este descubrimiento le hizo esbozar su inveterada sonrisa perruna. Cuando terminó de sonreír, se sacudió como un perro que salé del agua y fue a unirse a las señoras.

El señor Quilp se acercó a un espejo y, cuando estaba poniéndose la corbata, la señora Jiniwin, que se había colocado detrás de él, no pudo resistir la tentación de agitar el puño contra su tirano yerno. Fue un gesto fugaz, pero, al estar unido a una mirada amenazadora, se cruzó con la mirada del otro en el

espejo, la mirada reflejada de una cara horriblemente grotesca y desfigurada, con la lengua colgando. Un instante después, el enano, volviéndose con una expresión perfectamente tranquila y plácida, preguntó con tono afectuoso:

—¿Cómo se encuentra ahora mi queridísima anciana?

Aquel incidente, pese a su ridiculez e intrascendencia, le hizo parecer un hombrecillo tan diabólico y un individuo tan astuto y taimado que la anciana sintió demasiado miedo para emitir una sola palabra y se dejó conducir con extraordinaria cortesía a la mesa del desayuno. Allí tampoco disminuyó la impresión que el hombrecillo le acababa de producir, pues este comió huevos duros con cáscara incluida, devoró gambas gigantescas con cabeza y cola, masticó a la vez con la misma ansia tabaco y berros, bebió té hirviendo sin pestañear, mordió el tenedor y la cuchara hasta que los combó y, en fin, realizó tantos actos horribles y estrambóticos que las mujeres a punto estuvieron de desmayarse de terror y empezaron a dudar de hallarse ante un ser realmente humano. Después, tras realizar estos actos strafalarios y otros muchos que también formaban parte de su sistema, el señor Quilp las dejó reducidas a un estado de obediencia y humildad y se encaminó a la orilla del río, donde tomó una barca hacia el muelle que ostentaba su nombre.

Había marea alta cuando Daniel Quilp se sentó en el trasbordador para alcanzar la otra orilla. Una flotilla de barcasas se deslizaba perezosamente sobre el agua, unas al bies, otras con la proa en cabeza, todas moviéndose de manera ciega, obstinada, topándose contra embarcaciones más grandes, corriendo bajo las proas de los barcos de vapor, derivando hacia todo tipo de recovecos y rincones donde no tenían nada que hacer, y crujiendo en todos los choques como cáscaras de nuez; cada barcaza, luchando con su par de remos y salpicando agua, parecía un pez enfermo moviéndose pesadamente. En unos barcos anclados, todas las manos se ocupaban de recoger gúmenas, extender velas a secar, cargar o descargar mercancías; en otros no se veía alma viviente, salvo dos o tres mozos o tal vez algún perro que ladraba corriendo de un lado a otro de cubierta o irguiéndose para mirar por la borda y ladrar más fuerte aún a cuanto veía. Avanzando despacio en medio de aquel bosque de mástiles se deslizaba un gran barco de vapor percutiendo el agua con breves golpes impacientes con sus pesados remos como si buscara espacio para respirar y arrastrando su enorme casco cual monstruo marino entre los pececillos del Támesis. En ambas orillas se hallaban anclados, en negra formación, barcos carboneros, entre los cuales maniobraban lentamente algunos barcos con las velas reluciendo al sol y cuyos crujidos a bordo reverberaban a lo lejos. El agua denotaba un movimiento activo: todo danzaba, flotaba, borboteaba mientras la vieja Torre gris y los edificios macizos de la orilla, coronados por finas agujas, parecían mirar el río con frialdad, como desdeñando su trajín y alboroto.

Daniel Quilp, que sólo se alegraba de una hermosa mañana por ahorrarle la molestia de llevar paraguas, pidió que lo dejaran en la orilla, no lejos del muelle, hacia donde dirigió sus pasos por un camino estrecho, el cual, participando del carácter anfíbio de quienes lo frecuentaban, contenía en su composición tanta agua como barro, y de todo en abundancia. Cuando llegó a su destino, el primer objeto que se presentó a su vista fue un par de pies mal calzados que se agitaban en el aire y enseñaban las suelas, un espectáculo notable relacionado con el chico del que se habló antes, quien, dotado de una naturaleza excéntrica y especialmente aficionado a las acrobacias, se hallaba cabeza abajo contemplando el río en esa posición tan inusual. Al oír la voz de su amo, se puso rápidamente de pie y, tan pronto como su cabeza recuperó la posición normal, el señor Quilp, a falta de un verbo mejor, empezó a darle golpes.

—Jo, por qué no me deja tranquilo —exclamó el chico intentando esquivar las acometidas de Quilp con los dos codos alternativamente—. Cogerá algo malo como no me deje, se lo advierto.

—¡Cacho perro! —gritaba Quilp—, te pegaré con una barra de hierro, te arañaré con un clavo oxidado y te sacaré un ojo si sigues hablando... ¡Vaya si lo haré!

Tras proferir estas amenazas, apretó el puño de nuevo y, apartando con destreza los codos del chico y agarrándolo de la cabeza, que se movía de lado a lado, le propinó tres o cuatro golpes secos. Después de haberse despachado, y hacerle ver lo que quería, lo dejó marchar.

—No volveré a hacerlo —protestó el agredido agachando la cabeza y echándose hacia atrás con los codos nuevamente en ristre, preparado para lo peor...

—No te vayas, cacho perro —le conminó Quilp—. No te zurraré de nuevo porque ya lo he hecho todas las veces que he querido. Toma. Toma la llave.

—¿Por qué no se mete con uno de su tamaño? —preguntó el chico acercándose muy despacio.

—¿Dónde hay alguien de mi tamaño, cacho perro? —espetó Quilp—. Toma la llave ahora mismo si no quieres que te abra la cabeza con ella —agregó mientras le propinaba un golpe con la punta—. Vamos, abre la contaduría.

El chico obedeció a regañadientes, al principio murmurando algo, pero desistiendo al mirar alrededor y ver que Quilp no le quitaba la mirada de encima. Y de este incidente puede colegirse que entre el chico y el enano existía una extraña simpatía recíproca. No viene al caso explicar cómo podía darse tal simpatía, alimentada con golpes y amenazas por un lado e insultos y

desafíos por el otro. Ciertamente, Quilp no habría tolerado que nadie más que el chico le llevara la contraria, y seguramente este no se habría dejado golpear así por nadie más que por Quilp, pues habría podido salir corriendo en el momento que quisiera.

—Ahora —avisó Quilp, entrando en la contaduría— vigila bien el embarcadero. Otra vez cabeza abajo, y te arranco un pie.

El chico no contestó, pero, en cuanto vio que Quilp se había encerrado, se puso cabeza abajo delante de la puerta, caminó con las manos hasta la parte trasera, volvió a la puerta y repitió la operación varias veces. La contaduría tenía cuatro lados, pero él evitaba el de la ventana por si Quilp miraba por ella. Una buena medida de precaución, pues el enano, conociendo la extraña afición del chico, se había escondido a poca distancia de la ventana provisto de un palo rugoso, con picos y lleno de clavos, que podría haberlo dejado malherido.

La contaduría era un cuchitril sucio, con una mesa destartalada, dos sillas, una sombrerera, un antiguo almanaque, una escribanía sin tinta, una pluma partida y un reloj al que se daba cuerda cada siete días, pero que llevaba al menos dieciocho años sin funcionar y cuyo minuterio alguien había torcido para usar de palillo higiénico. Daniel Quilp se caló el sombrero hasta las cejas, se subió encima de la mesa (que tenía una superficie lisa) y, extendiendo su pequeña talla sobre ella, se quedó dormido con la facilidad de quien lo hace a menudo y la pretensión sin duda de compensar la privación del descanso de la noche anterior con un sueñecito largo y reparador.

Pudo haber sido reparador, pero en modo alguno fue largo, pues apenas llevaba dormido un cuarto de hora cuando el chico abrió la puerta y asomó la cabeza, que se asemejaba a un paquete de estopa deslavazado. Como Quilp tenía el sueño ligero, se irguió enseguida.

—Hay alguien que pregunta por usted —le informó el chico.

—¿Quién?

—No lo sé.

—Pues pregunta —apostrofó Quilp, cogiendo el palo antes mencionado y arrojándoselo con tal destreza que, si el chico no hubiera retirado la cabeza, se la habría lastimado a ciencia cierta—. ¡Pues pregunta, cacho perro!

Renuente a aventurarse otra vez en el radio de acción del proyectil, el chico dejó discretamente que ocupara su lugar la persona que había causado la interrupción del sueño, la cual se presentó en la puerta.

—Pero ¡si es Nelly! —exclamó Quilp.

—Sí —asintió la niña no sabiendo si entrar o retirarse, pues el enano, con el pelo alborotado y un pañuelo amarillo anudado a la cabeza, parecía tan

excitado que resultaba un espectáculo horrible a la vista—. Soy yo, señor.

—Entra —la invitó Quilp sin bajarse de la mesa—. Entra. No te vayas. Mira el embarcadero y dime si hay un chico cabeza abajo con los pies para arriba.

—No, señor —replicó Nell—. Está de pie.

—¿Estás segura? —dudó Quilp—. Bueno, entra entonces y cierra la puerta. ¿Qué nuevas me traes, Nelly?

La niña le entregó una carta. El señor Quilp, sin cambiar de postura más que para volverse un poco de lado y posar la barbilla en la mano, procedió a leer el contenido.

CAPÍTULO SEIS

La pequeña Nell se mantenía a cierta distancia observando el semblante del señor Quilp mientras este leía la carta, mostrando con su mirada que, al tiempo que sentía temor y desconfianza hacia el hombrecillo, contenía las ganas de reírse de su aspecto zafio y su actitud grotesca. Sin embargo, en el rostro de la niña se traslucía una gran ansiedad por la contestación y la conciencia del poder del enano para dar una respuesta desagradable y nefasta, lo que contradecía su impulso a reírse y la frenaba con más fuerza que cualquier esfuerzo que pudiera hacer ella misma.

Saltaba a la vista que al señor Quilp lo estaba dejando perplejo el contenido de la carta. Antes de terminar de leer las dos o tres primeras líneas, abrió los ojos de par en par y frunció el ceño de una manera horrible; las dos o tres siguientes le hicieron rascarse la cabeza con vicioso ardor, y al leer la conclusión soltó un largo y desentonado silbido que indicaba sorpresa y consternación. Dobló la carta, la dejó a un lado y se mordió las uñas de los diez dedos con extrema voracidad; la cogió de nuevo con trepidación y se puso a leerla otra vez. La segunda lectura fue, en todos los sentidos, igual de insatisfactoria que la primera, sumiéndolo en una profunda ensoñación de la que despertó con un nuevo asalto a las uñas y una intensa mirada a la niña, que con los ojos clavados en el suelo esperaba a que se dignara a hablarle.

—¡Eh! —exclamó con una brusquedad que la hizo sobresaltarse, como si hubieran disparado un cañón cerca de sus oídos—. ¡Eh, Nelly!

—Sí, señor.

—¿Conoces el contenido de esta carta, Nell?

—No, señor.

—¿Estás segura, completamente segura, das tu palabra de honor?

—Estoy completamente segura, señor.

—¿Pondrías la mano en el fuego para asegurar que no sabes nada de lo que se dice en ella? —insistió el enano.

—De veras que no sé nada de lo que dice —aseveró la niña.

—Bien —musitó Quilp, tranquilizado por la seriedad de la niña—. Te creo. ¡Qué barbaridad! ¡Todo ha volado! ¡Volado en veinticuatro horas! ¿Qué diablos ha podido hacer? ¡Ahí está el misterio!

Esta reflexión le hizo rascarse la cabeza y morderse las uñas una vez más. Mientras lo hacía, sus rasgos se fueron relajando paulatinamente hasta esbozar la que en él, era una sonrisa alegre, pero que en cualquier otro hombre habría sido una espantosa mueca de dolor. Cuando la niña alzó de nuevo la mirada, descubrió que la estaba observando con una expresión de extraordinario favor y complacencia.

—Estás muy guapa hoy, Nelly, realmente encantadora. ¿Estás cansada, Nelly?

—No, señor. Tengo prisa por volver, pues se preocupa mucho cuando estoy fuera.

—No hay ninguna prisa, pequeña Nell, no hay ninguna prisa —repitió Quilp—. ¿Qué dirías si te propongo ser mi número dos, Nelly?

—¿Ser su qué, señor?

—Mi número dos, Nelly, mi segunda, mi señora Quilp —aclaró el enano.

La niña lo miró asustada, todavía sin comprender; por lo que el señor Quilp se apresuró a aclarar el significado:

—Ser la segunda señora Quilp cuando la primera señora Quilp haya muerto, mi dulce Nell —explicó Quilp, entrecerrando los ojos e indicándole con el índice doblado que se acercara un poco—, ser mi esposa, mi esposita de mejillas sonrosadas y labios rojos. Supongamos que la señora Quilp vive cinco años, o sólo cuatro. Entonces tú tendrás la edad adecuada para ser mi esposa. Ja, ja. Sé buena chica, Nelly, una buena chica y uno de estos días te convertirás en la señora Quilp de Tower Hill.

Lejos de sentirse animada y estimulada por esta deliciosa perspectiva, la niña se retrajo temblando violentamente. El señor Quilp, ya fuera porque el mero acto de asustar a cualquiera le proporcionaba una especie de placer innato, ya fuera porque le seducía la idea de la muerte de la señora Quilp

número uno y la elevación de la señora Quilp número dos a tal puesto y título, o porque estaba convencido de que su proposición resultaría agradable y sería bien acogida llegado el momento, empezó a reírse y fingió no dar importancia a la alarma producida en la niña.

—Ven conmigo a mi casa de Tower Hill y verás a la señora Quilp —la tranquilizó el enano—. Tú le caes muy bien, Nell, aunque menos bien que a mí. Ven a casa conmigo.

—Tengo que volver, de veras —respondió la niña—. Me ha dicho que vuelva en cuanto tenga una contestación.

—Pero no tienes ninguna contestación, Nelly —le hizo saber el enano—, y no la tendrás, ni puedes tenerla, hasta que yo no llegue a casa. Así que ya ves que, para hacer tu recado, debes venir conmigo. Alcánzame el sombrero, preciosa, y vamos allá directamente —dicho lo cual, empezó a desenrollarse paulatinamente sobre la mesa hasta tocar el suelo con sus cortas piernas y se encaminó hacia el embarcadero. La primera imagen que se presentó a su vista al salir de la contaduría fue el chico que había estado cabeza abajo y otro jovencito de su misma estatura, los dos rodando juntos por el barro, enlazados en un estrecho abrazo y propinándose puñetazos con igual ardor.

—¡Es Kit! —gritó Nelly, juntando las manos—. ¡Pobre Kit, que ha venido para acompañarme! ¡Oh, sepárelos, por favor, señor Quilp!

—¡Vaya que si los separaré! —exclamó Quilp entrando súbitamente en la pequeña contaduría y volviendo con un palo grueso—. ¡Vaya que si los separaré! Separaos ya, jovencitos, o lucharé contra los dos a la vez.

Lanzado el desafío, el enano esgrimió la cachiporra y, moviéndose alrededor de los combatientes y pisándolos y saltando sobre ellos como impulsado por un resorte diabólico, empezó a lanzar golpes a un lado y a otro, siempre apuntando a las cabezas y atacando con un salvajismo sin par. Este terrible asalto, con el que los jóvenes beligerantes no habían contado, enfrió rápidamente su ánimo, de modo que recuperaron su compostura pidiendo una tregua.

—¡Os haré papilla, cacho perros! —profirió Quilp, acercándose a ambos para asestarles un golpe definitivo—. Os zurraré hasta que quedéis molidos, os romperé la cara hasta desfiguraros. Os aseguro que lo haré.

—Vamos, suelte ese palo, que será peor para usted —le sugirió su mozo mientras lo rodeaba para intentar inmovilizarlo—. Suelte el palo.

—Acércate un poco más y te esclafaré el cráneo, cacho perro —exclamó Quilp con ojos relucientes—. Acércate un poquito, otro poquito más...

El chico declinó la invitación, pero, cuando creía que su amo estaba con la

guardia baja, se le acercó de un salto y, asiendo el arma por un extremo, trató de arrebatársela. Quilp, que era más fuerte que un león, no soltó la presa aunque el otro tiraba con todas sus fuerzas. De repente, Quilp soltó el palo y el chico salió despedido hacia atrás, cayendo violentamente de cabeza. El éxito de esta maniobra enardeció al señor Quilp sobremanera, que se puso a reír y a patalear con un furor y un júbilo indescriptibles.

—Muy bien —expresó el chico, asintiendo con la cabeza y frotándosela al mismo tiempo—. Ya puede esperar sentado si quiere que me vuelva a pelear con alguien porque diga que es usted el enano más feo que se puede ver por dos peniques, ya, ya.

—¿Quieres decir que no lo soy, cacho perro? —replicó Quilp.

—No quiero decir eso —respondió el chico.

—Entonces, ¿por qué te has peleado en mi embarcadero, bribón? —quiso saber Quilp.

—Porque ha dicho que usted lo es —contestó el chico señalando a Kit—, no porque no lo sea.

—¿Y por qué él ha dicho —protestó Kit— que la señorita Nelly es fea y que ella y mi amo tienen que hacer lo que quiera su amo? ¿Por qué lo ha dicho, eh?

—Lo ha dicho porque es un memo, y tú dijiste lo que dijiste porque eres muy sensato y muy listo, casi demasiado para vivir mucho tiempo, si tienes cuidado de tu vida. Kit —prosiguió Quilp con gran suavidad de modales, pero con mayor dosis de sosiego y malicia en ojos y boca—, toma, aquí tienes una moneda de seis peniques para ti, Kit. Di siempre la verdad. Dila en todo momento, Kit. Y tú, cacho perro, cierra la contaduría y tráeme la llave.

El otro chico, a quien iba dirigida la orden, hizo lo que se le dijo y fue recompensado por su amo con un golpe violento propinado en la nariz con la llave, lo que le hizo derramar lágrimas. A continuación, el señor Quilp se embarcó con la niña y Kit mientras el chico se vengaba bailando cabeza abajo sobre el borde del embarcadero durante el tiempo que duró la travesía.

Sólo estaba en la casa la señora Quilp, que no esperaba en absoluto el regreso de su señor y se disponía a descabezar un sueñecito reparador; pero, justo en ese momento, oyó el ruido de sus pasos y simuló que estaba ocupada en una labor de punto. El enano entró acompañado de la niña, tras dejar a Kit en la planta baja.

—Aquí está Nelly Trent, mi querida señora Quilp —le informó su marido—. Un vaso de vino y una galleta, querida, pues tiene por delante un largo camino. Siéntate con ella, amiga mía, mientras yo escribo una carta.

La señora Quilp miró temblando a su esposo, sin saber a qué podía deberse aquella inhabitual cortesía; obediente a un gesto, lo siguió hasta la habitación contigua.

—Atiende bien a lo que voy a decirte —susurró Quilp—. Procura sonsacarle lo que puedas sobre su abuelo: qué hacen, cómo viven, qué cosas le dice él. Tengo mis razones para querer saberlo. Las mujeres habláis entre vosotras con mayor libertad que con nosotros, y lo hacéis con tanta suavidad y afabilidad que conseguís siempre lo que queréis. ¿Me has oído?

—Sí, Quilp.

—Ve, pues. ¿Qué te pasa ahora?

—Querido Quilp —balbuceó su esposa—, yo quiero mucho a esa niña... Si pudieras conseguir lo que quieres sin obligarme a engañarla...

El enano, mascullando un terrible juramento, miró alrededor como buscando un arma con la que infligir el condigno castigo a su desobediente esposa. La sumisa mujercita le pidió enseguida que no se enfadara y le prometió hacer lo que le pedía.

—¿Me has oído bien? —susurró Quilp, pellizcándole y apretándole el brazo—. Introdúctete como puedas en sus secretos. Sé que puedes hacerlo. Yo estaré escuchando, recuerda. Si noto que no la presionas lo suficiente, haré chirriar la puerta. ¡Ay de ti como tenga que hacerla chirriar mucho! ¡Ve ahora!

La señora Quilp se alejó al oír la orden, y su amable marido, escondiéndose detrás de la puerta entreabierta, se aplicó a escuchar con páfida atención.

La pobre señora Quilp, no obstante, dejó pasar unos instantes sin saber cómo empezar o qué tipo de preguntas hacer; y hasta que la puerta, chirriando con urgencia, no la advirtió para que procediera sin contemplaciones, no se oyó el sonido de su voz.

—Últimamente has venido mucho a ver al señor Quilp, ¿verdad, cariño?

—Eso le digo yo muchas veces a mi abuelo —respondió Nell inocentemente.

—¿Y qué te contesta él?

—Suspira e inclina la cabeza, y parece tan triste y desgraciado que si usted lo viera estoy segura de que se echaría a llorar. Le pasaría igual que a mí, lo sé. ¡Cómo chirría esa puerta!

—Chirría a menudo —replicó la señora Quilp con una mirada de aprensión en esa dirección—. Pero tu abuelo antes... no era tan desgraciado, ¿verdad?

—Ah, no —aseveró la niña con viveza—. ¡Antes era tan distinto! Antes éramos muy felices. Él estaba tan alegre y contento... No se puede imaginar cuánto ha cambiado desde entonces.

—Me da mucha, mucha pena oír esto, cariño —se compadeció la señora Quilp—. Lo siento en el alma.

—Gracias —respondió la niña besándole la mejilla—. Usted es siempre tan buena conmigo... Qué gusto hablar con usted. No puedo hablar con nadie más de eso; bueno, menos con el pobre Kit. Yo soy muy feliz, y quizás debería sentirme más feliz de lo que me siento. Pero usted no se puede imaginar cómo me duele a veces verlo tan cambiado.

—Volverá a cambiar, Nelly —le aseguró la señora Quilp—; volverá a ser como antes.

—¡Que Dios la oiga! —exclamó la niña con los ojos inundados de lágrimas—. Pero hace tanto tiempo que empezó a... Creo que he visto moverse la puerta.

—Es el viento —la tranquilizó la señora Quilp con poca convicción—. Hace tanto tiempo que empezó a...

—A parecer tan pensativo y tristón, y a olvidarse de lo bien que lo pasábamos en las largas noches —apostilló la niña—. Yo le leía junto al fuego y él me escuchaba sentado; y, cuando me detenía y nos poníamos a charlar, me hablaba de mi madre, de lo mucho que se parecía a mí y de cómo hablaba como yo cuando era pequeña. Luego me sentaba sobre sus rodillas y trataba de convencerme de que no estaba enterrada, sino que había volado a un país muy hermoso, más allá del cielo, donde nadie muere ni envejece. ¡Éramos tan felices entonces!

—¡Nelly, oh, Nelly! —exclamó la pobre mujer—. No puedo soportar ver tan triste a una persona tan joven como tú. Por favor, no llores.

—Yo no acostumbro a llorar —le confió Nell—, pero esto llevo guardándomelo desde hace tiempo; no estoy muy bien, creo, pues las lágrimas me acuden a los ojos sin poder evitarlo. Pero no me importa contarle mis penas, pues sé que usted no se las cuenta a nadie.

La señora Quilp volvió la cabeza y no contestó.

—Antes —prosiguió la niña—, a menudo nos íbamos a caminar por el campo, entre los árboles verdes, y cuando volvíamos a casa de noche nos gustaba sentirnos cansados para así poder descansar en casa. Y si la casa estaba oscura y triste, no nos importaba: recordábamos el último paseo con mayor placer, y ya estábamos pensando en el siguiente. Pero ahora nunca damos paseos, y la casa está más oscura y parece mucho más triste que antes.

Vaya que sí.

Se detuvo y, aunque la puerta chirrió más de una vez, la señora Quilp no dijo nada.

—No querría que creyera —agregó la niña con seriedad— que mi abuelo es menos amable conmigo que antes. Yo creo que me quiere más cada día que pasa e incluso es más amable y afectuoso que antes. No se imagina lo mucho que me quiere.

—Estoy segura de que te quiere muchísimo —asintió la señora Quilp.

—¡Me quiere incluso más que yo a él! —exclamó Nell—. Pero no le he hablado del mayor cambio de todos, y esto sí que no debe contárselo a nadie. No duerme y sólo descansa cuando se sienta en su sillón, pues todas las noches sale de casa y las pasa casi enteras fuera.

—¡Nelly!

—¡Ssssh! —ordenó la niña llevándose un dedo a la boca y mirando alrededor—. Cuando vuelve por la mañana, que suele ser al amanecer, me levanto a abrirle la puerta. Anoche llegó muy tarde, ya había mucha luz. Tenía la cara pálida como un muerto y los ojos inyectados en sangre, y vi, que le temblaban las piernas al andar. Cuando me acosté otra vez, oí que estaba gimiendo. Me levanté corriendo, me acerqué y le oí decir, sin que él notara que yo estaba allí, que no podría soportar la vida por mucho más tiempo y que, si no fuera por su niña, preferiría morir. ¡Qué puedo hacer! ¡Oh! ¡Qué puedo hacer yo!

Los manantiales de su corazón se abrieron. Desbordada por sus penas y ansiedades —por la primera confidencia de su vida— y por la simpatía con la que su pequeña historia era recibida, la niña ocultó la cara entre los brazos de su desconcertada amiga y rompió a llorar.

Poco después, el señor Quilp entró y expresó su gran sorpresa por encontrarla en tal estado, cosa que hizo con gran naturalidad y admirable y efecto, pues esa actuación resultaba habitual en él de tanto practicarla y se sentía como pez en el agua.

—Está muy cansada, ¿no lo ve, señora Quilp? —se compadeció el enano bizqueando a su fea manera y dando a entender que su esposa debía seguir su misma táctica—. Su casa queda muy lejos de aquí. Además, se ha asustado al ver pelearse a dos jóvenes gamberros, y tenía miedo del agua. Todo esto ha sido demasiado para ella. ¡Pobre Nell!

Sin quererlo, al dar a su joven visitante una palmadita en la cabeza el señor Quilp empleó el mejor medio para hacerla volver en sí. De haber sido tocada por cualquier otra mano, este contacto probablemente no habría producido un

mayor efecto; pero la niña se apartó con brusquedad de aquel remedo de caricia y sintió un deseo tan instintivo de salir huyendo que se levantó al punto y manifestó su deseo de volver a casa inmediatamente.

—Pero es mejor, que esperes y cenas con la señora Quilp y conmigo; —le aconsejó el enano.

—Llevo demasiado tiempo lejos de casa, señor —respondió Nell, secándose los ojos.

—Está bien, Nelly —aceptó el señor Quilp—; si has decidido irte, pues no se hable más. Aquí tienes la nota. Sólo dice que no lo veré hasta mañana, o tal vez pasado mañana, y que no podré encargarme hoy de ese pequeño asunto del que me habla. Adiós, Nelly. Y usted, señor, cuide de ella, ¿me oye?

Kit, que había aparecido al oírse llamar, no se dignó a contestar a tan innecesaria recomendación y, tras lanzar a Quilp una mirada amenazadora, creyéndolo la causa de las lágrimas vertidas por Nelly y dispuesto a vengarse en su momento, se giró y siguió a su joven ama, que ya se había despedido de la señora Quilp y se había marchado.

—No eres muy hábil preguntando, ¿verdad, señora Quilp? —dijo el enano, volviéndose hacia ella cuando se quedaron solos.

—¿Qué más podía hacer? —replicó su mujer mansamente.

—¿Que qué más podías hacer? —gruñó Quilp—. ¿No podías haber hecho un poco menos? ¿No podías haber hecho lo que tenías que hacer sin necesidad de fingir lágrimas de cocodrilo, amiguita?

—Es que me da mucha pena la niña, Quilp —se sinceró su esposa—. Creo haber hecho lo suficiente. La he inducido a contar su secreto haciéndola creer que estábamos solas. Y tú, mientras, ahí al lado... Que Dios me perdone.

—¿Que la has inducido? ¡Vaya, hombre! —exclamó Quilp—. ¿Qué te he dicho de la puerta cuando chirriara? Has tenido suerte de que, por lo que ha dado a entender la niña, hayamos conseguido algún indicio de lo que buscaba, pues, de no haber sido así, te habrías enterado de lo que es bueno, te lo aseguro.

La señora Quilp, que estaba plenamente convencida de ello, no contestó. Su marido añadió con cierta exultación:

—Pero puedes dar las gracias a tus afortunados astros, los mismos que te convirtieron en la señora Quilp, puedes agradecerles que me encuentre sobre la pista del viejo, que tenga un nuevo rayo de luz. Así que no digamos más de este asunto, ni ahora ni en ningún otro momento, y no prepares nada especial para la cena, que no voy a quedarme en casa.

Dicho lo cual, se puso el sombrero y se despidió, y la señora Quilp, que estaba muy triste por el papel que acababa de representar, se encerró en su habitación y, escondiendo la cabeza entre las sábanas, lloró más amargamente su falta que muchas personas de corazón menos tierno que cometen ofensas mucho mayores; pues, en la mayor parte de los casos, la conciencia es una cosa muy elástica y flexible, que puede estirarse sin fin y adaptarse a una gran variedad de circunstancias. Algunas personas, con mucha prudencia, se la quitan poco a poco como un chaleco de franela cuando hace calor e incluso consiguen, con el paso del tiempo, dispensarse completamente de ella. Pero la mayoría se pone la prenda y se la quita a placer; y eso, al resultar más conveniente y cómodo, está hoy muy en boga.

CAPÍTULO SIETE

—¡Fred! —exclamó el señor Swiveller—. Recuerda la vieja canción popular «Adiós, viejas cuitas». Aviva la mortecina llama de la hilaridad con el ala de la amistad y pasa el vino rosado.

El señor Richard Swiveller tenía su morada en el céntrico barrio de Drury Lane, con la ventaja añadida de que debajo había un estanco, lo que le permitía aspirar rapé reparadoramente en cualquier momento sólo asomándose a la escalera y ahorrarse así la preocupación de procurarse una tabaquera, con el gasto consiguiente. En este alojamiento el señor Swiveller empleó las expresiones arriba referidas para consuelo y exultación de su abatido amigo. Y no carece de interés ni de utilidad anotar que estas breves observaciones participaban doblemente del lenguaje figurado y del carácter poético de la mente del señor Swiveller; así, el vino rosado no era en realidad más que un vaso de agua fría con ginebra, que se rellenaba según requería la ocasión con una botella y una jarra que había encima de la mesa y que el uno pasaba al otro dada la escasez de vasos, hecho que, como quiera que el señor Swiveller estaba alojado en calidad de soltero, puede exponerse sin rubor. Con otra semejante y grata ficción, su única habitación se mencionaba siempre en plural. Cuando esta estuvo disponible, el estanquero la había anunciado en la ventana como «apartamentos» para caballero soltero, y el señor Swiveller, abonando esta plural idea, se refería a ella como sus habitaciones, sus cuartos o sus aposentos, transmitiendo al oyente la sensación de espaciosidad y dejando vagar a placer su imaginación a través de una serie de elegantes estancias.

Para este vuelo de la fantasía, el señor Swiveller se encontraba asistido por un mueble equívoco que, en realidad, era una cama, pero parecía una librería,

la cual ocupaba una posición destacada en su habitación y desafiaba cualquier conato de sospecha o investigación. No cabe duda de que, de día, el señor Swiveller creía firmemente que esta pieza de mobiliario era una librería: sus ojos no veían la cama, negaba tajantemente la existencia de las sábanas y expulsaba el almohadón de sus pensamientos. Con sus amigos más íntimos nunca se decía una palabra sobre su verdadero uso, no se reconocía su servicio nocturno ni se hacía la menor alusión a sus propiedades particulares. El primer artículo de su credo era una fe implícita en el engaño. Para ser amigo de Swiveller había que rechazar las pruebas más evidentes, así como toda razón, observación y experiencia, y creer ciegamente en la librería. Era su debilidad preferida, que mimaba en grado sumo.

—¡Fred! —exclamó de nuevo al advertir que su anterior petición no había producido efecto alguno—. Pásame el rosado.

Con un gesto de impaciencia, el joven Trent empujó el vaso hacia él para recaer en la actitud apática de la que había sido sacado en contra de su voluntad.

—Fred —enunció su amigo agitando la mezcla—, te daré un pequeño aviso muy apropiado para la ocasión. Aquí está mayo el...

—¡Paparruchas! —interrumpió el otro—. Me aburres a muerte con tu palabrería. Cómo te las apañas para estar alegre en cualquier circunstancia...

—Pues sí, señor Trent —refrendó Dick—. Hay un proverbio que habla de ser alegres y sabios. Hay personas que pueden ser alegres y no sabias, y otras que pueden ser sabias (o creer que lo son), pero no alegres. Yo soy de los primeros. Si estamos ante un buen proverbio, supongo que es mejor ser la mitad que nada; en cualquier caso, yo prefiero ser alegre y no sabio que ser como tú, que no eres ni una cosa ni otra.

—¡Paparruchas! —persistió su amigo de mal humor.

—Con todo el corazón —empezó el señor Swiveller—, creo que en los círculos de buena educación este tipo de exclamaciones no suele dirigirse a un caballero en sus propios aposentos; pero no importa. Considérese usted en su casa a esta respuesta añadió la observación de que su amigo tenía un carácter un tanto «caprichoso».

Richard Swiveller terminó el rosado, se preparó otro y, después de saborearlo con gran delectación, propuso un brindis a una compañía imaginaria.

—Señores, deseo éxito, si no les desagrada, a la antigua familia de los Swiveller, y buena suerte al señor Richard en concreto, al señor Richard, señores —agregó con un énfasis especial—, que gasta todo su dinero con sus

amigos y es recompensado con un «¡paparruchas!» por sus esfuerzos. ¡Préstenme atención, señores!

—¡Dick! —expresó el otro volviendo a su asiento tras haber recorrido la habitación varias veces de un lado a otro—, ¿puedes hablar un poco en serio durante dos minutos si te muestro la manera de hacer fortuna con' muy poco esfuerzo?

—Ja, ¡me has enseñado tantas! —replicó Dick—. Y de todas ellas siempre he salido con los bolsillos vacíos.

—No dirás lo mismo de esta antes de que pase un minuto —le aseguró su compañero acercando la silla a la mesa—. Has visto a mi hermana Nell, ¿no?

—¿Qué ocurre con tu hermana? —preguntó a su vez Dick.

—Tiene una cara bonita, ¿no es cierto?

—Bueno, pues sí —respondió Dick—. Debo decir en su favor que no existe un gran aire de familia entre ella y tú.

—¿Tiene una cara bonita? —repitió su amigo impacientemente.

—Sí —contestó de nuevo Dick—. Tiene una cara bonita, muy bonita. Bueno, ¿y qué?

—Pues te lo diré —aseguró su amigo—. Es probable que el viejo y yo nos llevemos como el perro y el gato hasta el final de nuestras vidas, y que yo no pueda esperar nada de él. Con esto estás de acuerdo, ¿no?

—Un murciélago podría verlo también a pleno sol —respondió Dick.

—Es asimismo evidente que el dinero que el viejo gurrumino (¡que el diablo lo confunda!) prometió que yo compartiría a su muerte con mi hermana será todo de ella, ¿no es cierto?

—Eso diría yo —respondió Dick—, a no ser que el modo en que me dirigí a él el otro día le haya hecho alguna mella, lo cual creo posible. Fue un discurso muy elocuente, Fred. «Aquí tenemos a un simpático abuelito», fue una frase a la vez contundente, amistosa y natural. ¿No te pareció así a ti también?

—No le impresionó lo más mínimo —respondió el otro—. Así que mejor no hablemos de eso. Ahora escucha lo que te voy a decir: Nell va a cumplir pronto catorce años.

—Preciosa para su edad, pero pequeña aún —matizó Richard Swiveller.

—Si quieres que siga hablando, estate callado un minuto —replicó Trent, irritado por el escaso interés que el otro le mostraba—. Ahora iré al grano.

—Adelante —lo animó Dick.

—La chica tiene unos afectos fuertemente arraigados y, educada como está, puede, a su edad, ser fácilmente influida y persuadida. Si me encargo de ella, con unos pocos halagos y veladas amenazas conseguiré doblegar su voluntad. Para no perder más tiempo (pues se necesitaría una semana para detallar las ventajas del plan), la pregunta es: ¿qué impediría que te casaras con ella?

Richard Swiveller, cuya mirada no había abandonado el borde del vaso mientras su compañero le hacía tales observaciones con tono enérgico y serio, tan pronto como oyó la pregunta sufrió una gran consternación y apenas pudo formular el monosílabo:

—¡Qué!

—He dicho —reiteró el otro con el mismo tono serio, consciente por larga experiencia del efecto que surtiría sobre su compañero— que ¿qué impediría que te casaras con ella?

—Pero ¡si aún no tiene catorce años! —gritó Dick.

—No quiero decir que te cases ahora —replicó el hermano con tono airado—. Digamos dentro de dos, tres o cuatro años. ¿Crees que al viejo le quedan muchos años de vida?

—No parece que le queden muchos —constató Dick sacudiendo la cabeza—; pero de estos viejos no hay que fiarse, Fred. Una tía mía que vive en Dorsetshire se iba a morir cuando yo tenía ocho años, y todavía no ha cumplido su palabra. Fred, estos viejos son tan incordiantes, tan inmorales y tan resentidos que, si no hay una apoplejía hereditaria de por medio, no se puede hacer cálculos con ellos, y aunque los hagas te siguen engañando.

—Consideremos, entonces, el asunto por el lado malo —formuló Trent con la misma pertinacia y manteniendo la mirada fija en su amigo—. Supongamos que vive.

—Eso seguro —aseveró Dick—. Ahí está el problema.

—Digo yo... —siguió su amigo—, supongamos que vive y que yo persuadiera o (si te parece más apropiada la palabra) que obligara a Nell a casarse en secreto contigo. ¿Qué piensas de ello?

—Una familia y unos ingresos anuales ridículos para mantenerla —contestó Richard Swiveller después de reflexionar unos instantes.

—Te digo —volvió a la carga el otro con creciente seriedad, la cual, ya fuera real o simulada, surtió gran efecto en su compañero— que él vive para ella, que todas sus energías y pensamientos se centran en ella y que es más

difícil que la desherede a ella por un acto de desobediencia que me acoja a mí de nuevo en su favor por cualquier acto de obediencia o de virtud de mi parte. Eso no lo haría nunca. Tú y cualquier otro con dos ojos en la cara puede verlo si quiere.

—Parece improbable, en efecto —asintió Dick con aire pensativo.

—Parece improbable porque es improbable —apuntilló su amigo—. Si le ofreces un motivo adicional para perdonarte, por ejemplo, una ruptura irreconciliable, una disputa terrible, entre tú y yo (hablo, por supuesto, en un plano ficticio), él perdonaría enseguida. En cuanto a Nell, una gota constante desgasta una piedra; sabes que puedes confiar en mí por lo que a ella respecta. Así, viva o muera él, ¿qué importa al final? Tú te convertirás en el único heredero de la fortuna de este rico carcamal, nos gastaremos juntos el dinero y, de propina, tú te llevarás una preciosa y joven esposa.

—Supongo que no existe ninguna duda de que es rico —articuló Dick.

—¿Duda? ¿No oíste lo que dio a entender el otro día cuando estuvimos allí? ¡Duda! ¿Cuál es tu siguiente duda, Dick?

Resultaría tedioso referir el resto de la conversación en todas sus artificiosas revueltas o desarrollar los elaborados abordajes con los que se fue ganado el corazón de Richard Swiveller. Basté con saber que la vanidad, el interés, la pobreza y demás consideraciones relativas a la prodigalidad lo empujaron a considerar la propuesta con una actitud favorable y que, aunque faltaran otros motivos, la habitual debilidad de su carácter fue determinante para inclinar la balanza. A estos impulsos debe añadirse el poderoso influjo que su amigo llevaba mucho tiempo ejerciendo sobre él, un influjo tristemente ejercido a expensas de la bolsa y de los vicios de su amigo, el cual, nueve de cada diez casos, era considerado su demonio tentador cuando no era más que su instrumento dócil y descerebrado.

Los motivos, por otro lado, eran más profundos de lo que Richard Swiveller podía columbrar o entender, pero dejaremos que se desarrollen por sí solos, sin exigir por el momento elucidación alguna. La negociación concluyó de manera sumamente grata, y el señor Swiveller estaba en situación de afirmar en términos floridos que no tenía ninguna objeción insuperable para casarse con una persona abundantemente dotada de dinero u otros bienes muebles, y dispuesta a aceptarlo, cuando se vio interrumpido por un golpe en la puerta y la consiguiente perentoriedad de tener que gritar: «¡Adelante!».

La puerta se abrió, pero no dejó entrar más que un brazo enjabonado seguido de un fuerte olor a tabaco. El olor a tabaco procedía de la tienda de abajo, y el brazo enjabonado del cuerpo de una criada, que, ocupada en aquel momento en fregar las escaleras, acababa de sacarlo de un cubo con agua

caliente para tomar la carta que sostenía ahora en una mano proclamando en voz alta, con esa percepción de los apellidos tan propia de su clase, que era para el señor Snivelling.

Dick miró en aquella dirección con una cara a la vez pálida y embobada, expresión que aumentó cuando abrió la carta, constatando así primero una de las desventajas de tener una amiga y segundo que resultaba muy fácil hablar como habían estado hablando sin acordarse para nada de ella.

—¿Ella? ¿Quién? —preguntó Trent.

—Sophy Wackles —dijo Dick.

—¿Y quién es?

—Es tal y como mi fantasía la ha pintado, señor, así es como es —respondió el señor Swiveller tomando un largo trago de «rosado» y mirando gravemente a su amigo—. Es adorable, es divina. Tú la conoces.

—La recuerdo —asintió su compañero con indiferencia—. ¿Qué ocurre con ella?

—Pues bien, señor mío —respondió Dick—, entre la señorita Sophia Wackles y el humilde individuo al que se concede ahora el honor de dirigirle la palabra se han engendrado unos sentimientos cálidos y tiernos, unos sentimientos de la más honorable y poética índole. La diosa Diana, señor mío, que grita cuando va a cazar, no es más escrupulosa de conducta que Sophia Wackles. Eso se lo puedo asegurar.

—¿Debo creer que hay algo de verdad en lo que dices? —preguntó su amigo—. No querrás decir que media una relación amorosa.

—Una relación amorosa, sí. Una promesa, en absoluto —respondió Dick—. No puede haber ninguna acción por violación de compromiso; eso es un consuelo. Yo nunca me he comprometido por escrito, Fred.

—¿Y qué dice la carta, si se puede saber?

—Es para recordarme, Fred, que esta noche hay una pequeña fiesta de veinte personas, lo que suma doscientos fantásticos dedos de los pies, suponiendo que cada dama y cada caballero tengan los debidos. Yo debo asistir, aunque sólo sea para iniciar la ruptura... Lo haré, no tengas miedo. Me gustaría saber si ha dejado el billete ella misma. Si lo ha dejado ella, inconsciente de cualquier obstáculo a su felicidad, resulta conmovedor, Fred.

Para solucionar esa cuestión, el señor Swiveller llamó a la criada y averiguó que, en efecto, la señorita Sophy Wackles había dejado la carta de su propia mano, así como que había venido acompañada, naturalmente por mor del decoro, por otra más joven señorita Wackles y que, al saber que el señor

Swiveller se hallaba en casa y, tras haber sido invitada a subir, había mostrado gran indignación y declarado que antes prefería morir. El señor Swiveller oyó este relato con una admiración no del todo coherente con el proyecto en el que acababa de embarcarse; pero su amigo dio muy poca importancia a su conducta, sin duda consciente de que podía ejercer sobre Richard Swiveller un influjo lo bastante grande para controlar sus acciones en este o cualquier otro asunto, siempre que juzgara oportuno ejercerlo para la promoción de sus fines.

CAPÍTULO OCHO

Concluido el trato, una voz interior recordó al señor Swiveller que se acercaba la hora del almuerzo y, para que su salud no sufriera menoscabo por una larga abstinencia, envió recado al restaurante más próximo para que le suministrasen guiso de buey con verdura para dos. Petición que el restaurante, que conocía sobradamente al cliente, declinó aceptar, con la descortés respuesta de que, si el señor Swiveller se hallaba en propinqua necesidad de buey, por qué no tenía la amabilidad de acudir en persona al local, trayendo con él, para que los alimentos quedaran debidamente bendecidos, la cantidad que desde hacía tiempo permanecía pendiente de pago. En absoluto intimidado por este rechazo, sino más bien aguzado en su ingenio y apetito, el señor Swiveller remitió el mismo mensaje a otro restaurante más alejado, añadiendo, a modo de codicilo, que se veía inducido a hacer este pedido tan lejos de su morada no sólo por la gran fama y popularidad de su buey, sino además por la extrema dureza del buey suministrado por el restaurante más próximo, impropia no sólo para la comida de un caballero, sino para el consumo humano. El buen efecto de esta formulación quedó demostrado por la rápida llegada de una pequeña pirámide de peltre formada por platos recubiertos, donde el buey guisado constituía la base y una jarra de cerveza espumeante, el ápice o corona. Tras dividir esta estructura en sus partes constituyentes, el señor Swiveller y su amigo procedieron a disfrutar de tan buena comida, a la que se aplicaron con especial dedicación y deleite.

—¡Pueda ser el momento presente —apostrofó Dick clavando el tenedor a una patata bien horneada— el peor de nuestras vidas! Me gusta comerlas con la piel, extraer una patata de su elemento nativo (si puedo expresarme así), al que los ricos y los poderosos son adversos. ¡Ah! Qué poco necesita el ser humano aquí abajo, y por tan poco tiempo... ¡Qué verdad encierra esto... después de comer!

—Espero que el hostelero cobre poco y que no lo quiera enseguida —comentó su compañero—. Sospecho que no tienes medios para pagarlo.

—Pasaré enseguida a pagar —lo tranquilizó Dick guiñando el ojo de manera expresiva—. El hostelero ya no puede hacer nada. Los alimentos se han esfumado, Fred. He aquí la verdad.

Diríase que el camarero había presentido tan contundente verdad, pues, al volver por los platos vacíos y ser informado por el señor Swiveller, con digna desenvoltura, de que él mismo pasaría a pagar en cuanto saliera de casa, cosa que haría en breve, mostró cierta perturbación anímica y musitó algunas observaciones sobre «pagar a la entrega», «no se fía» y otras frases desagradables; pero finalmente se contentó con preguntar a qué hora probable pasaría el caballero a abonar la cuenta, ya que, siendo el responsable del buey, la verdura y demás accesorios, estaría esperándolo en la puerta. El señor Swiveller, tras calcular mentalmente sus compromisos con estudiada meticulosidad, replicó que efectuaría el pago entre las seis menos dos minutos y las seis y siete minutos. Y cuando el hombre se fue con este leve consuelo, Richard Swiveller sacó un grasiento cuaderno del bolsillo para hacer una anotación.

—¿Es un recordatorio por si te olvidas de ir a pagar? —preguntó Trent con una risita.

—No exactamente, Fred —contestó un imperturbable Richard mientras seguía garabateando con aire de hombre de negocios—. Anoto en este cuadercito los nombres de las calles por las que no puedo pasar cuando las tiendas están abiertas. Esta comida de hoy me cierra Long Acre. La semana pasada compré unas botas en Great Queen Street, lo que me la cerró igualmente al tránsito. Sólo me queda una vía abierta para llegar al Strand, que se me cerrará esta noche cuando compre un par de guantes. Las calles se me están cerrando tan deprisa en todas las direcciones que, dentro de un mes, si mi tía no me envía un giro, tendré que mudarme a cuatro o cinco kilómetros de la ciudad para poder circular con tranquilidad.

—¿No tienes miedo de fracasar en tus planes? —preguntó Trent.

—¿Por qué? Espero que no —replicó el señor Swiveller—. El promedio de cartas que necesito para ablandarla es de seis, y esta vez voy ya por la octava, sin resultado aún. Escribiré otra mañana por la mañana. Pienso mancharla ligeramente echándole encima un poco de agua con pimienta para que así parezca más sincera y penitente. «Me hallo en un estado anímico tal que apenas sé qué escribirte (borrón). Si pudieras verme en este momento vertiendo lágrimas por mi mala conducta pasada (pimienta)..., me tiembla la mano de sólo pensarlo (otro borrón)». Si eso no produce el efecto deseado, todo se habrá ido al garete.

Cuando el señor Swiveller terminó su anotación, metió el lápiz en la fundita y cerró el cuaderno con un gesto perfectamente grave y, serio. Su

amigo creyó llegado el momento de atender cierto compromiso, y Richard Swiveller se quedó solo, en compañía del vino rosado y de sus propias cavilaciones que atañían a la señorita Sophy Wackles.

«Es todo tan repentino —se dijo Dick sacudiendo la cabeza con una mirada de sabiduría infinita y lanzándose (como estaba acostumbrado) a recitar poesía a modo de prosa apresurada—. Cuando el corazón de un hombre está deprimido y bañado en lágrimas, la neblina se despeja ante la presencia de la señorita Wackles, una joven tan agradable... Es como una rosa roja recién florecida en junio (quién podría negarlo); se asemeja también a una melodía dulcemente interpretada. ¡Ay, es todo tan repentino! El asunto de la hermanita de Fred no me obliga a volverme repentinamente frío; no es necesario ir demasiado lejos. Pero, si debo enfriarme, mejor empezar enseguida, de eso no cabe duda. Existe la posibilidad de una acción legal por ruptura, eso es algo a tener en cuenta. Existe la posibilidad de que Sophy se busque otro marido; eso es otra cosa. Existe también la posibilidad de... no, de eso no hay posibilidad alguna; es mejor no exponerse».

Esta posibilidad no desarrollada, que Richard Swiveller intentaba ocultarse hasta a sí mismo, era la de no poder resistirse a los encantos de la señorita Wackles y, en cierto momento de debilidad, uniendo su fortuna a la de ella, decir adiós al notable proyecto tan prestamente adoptado. Por estas razones, decidió pergeñar una pelea con la señorita Wackles sin más demora y, buscando un pretexto, se inclinó a favor de unos celos infundados. Alcanzada así una decisión sobre tan importante punto, pasó varias veces el vaso de la mano derecha a la izquierda (y viceversa) con especial destreza para poder desempeñar su papel con la mayor discreción y, tras unos retoques a su aspecto personal, dirigió los pasos hacia el lugar poetizado por el bello objeto de sus meditaciones.

El lugar era Chelsea, donde residía la señorita Sophia Wackles con su madre viuda y sus dos hermanas, con quienes regentaba un minúsculo externado para señoritas de proporciones igualmente minúsculas; circunstancia que se daba a conocer al vecindario mediante un letrero oval colocado encima de las ventanas del primer piso, sobre las cuales aparecía, con florida caligrafía, las palabras «Pensionado de señoritas», y que ulteriormente se publicitaba y proclamaba entre las nueve y media y las diez de la mañana por una solitaria joven de corta edad que, de puntillas sobre el limpiabarros, hacía fútiles intentos de alcanzar la aldaba con un abecedario en la mano. Las distintas disciplinas impartidas en este establecimiento se repartían de la siguiente manera: gramática inglesa, composición, geografía y ejercicios gimnásticos, la señorita Melissa Wackles; redacción, aritmética, danza, música y buenos modales en general, la señorita Sophia Wackles; labores de costura, bordado, muestras y motivos, la señorita Jane Wackles;

castigo corporal, ayuno y otras torturas y penas, la señora Wackles. La señorita Melissa Wackles era la hija mayor, a la que seguían la señorita Sophy y la señorita Jane. La señorita Melissa, que debía de haber visto ya unas treinta y cinco primaveras por lo menos, rozaba el ocaso; la señorita Sophy era una joven de veinte años, fresca, jovial y con una delantera exuberante; y la señorita Jane apenas tenía dieciséis años. La señora Wackles era una excelente pero algo venenosa señora de sesenta años de edad.

A este pensionado de señoritas, pues, dirigió apresuradamente sus pasos Richard Swiveller con designios nocivos para la paz de la bella Sophia, la cual, ataviada de blanco virginal, no embellecida por otro adorno que una rosa roja, lo recibió en medio de elegantes, por no decir brillantes, preparativos, como el salón adornado con las pequeñas macetas que ponía siempre en el alféizar de la ventana si no hacía viento, en cuyo caso se dejaban en el suelo (el adorno del salón era un favor concedido a las alumnas); o como los insólitos rizos de la señorita Jane Wackles, que todo el día anterior había mantenido el pelo enroscado con una cartulina amarilla, o la solemne urbanidad y el elegante porte de la anciana dama y su hija mayor, que le parecieron algo extrañas, pero nada más.

La verdad es —y, como sobre gustos no hay nada escrito, también este gusto extraño puede registrarse sin considerarlo un invento maliciosamente premeditado—, la verdad es que ni la señora Wackles ni su hija mayor en ningún momento habían favorecido particularmente las pretensiones del señor Swiveller, como demuestra el hecho de que se refirieran a él con la liviana expresión de «el alegre caballero» y suspiraran y sacudieran la cabeza ominosamente cuando se mencionaba su nombre. Y como la conducta del señor Swiveller con la señorita Sophy había sido de ese género vago y dilatorio que no suele denotar una clara intención matrimonial, la joven había empezado, desde hacía cierto tiempo, a considerar altamente deseable que se llegase a una decisión al respecto uno de esos días. De ahí que hubiera consentido enfrentar a Richard Swiveller con un maduro jardinero que estaba dispuesto a presentarse como candidato a la menor indicación; y, como esta ocasión había sido especialmente consagrada a dicho fin, se entenderá fácilmente el especial interés por la presencia de Richard Swiveller. No era otro el motivo que la había empujado a dejarle en su casa la nota antes mencionada. «Si tiene alguna esperanza o medio de mantener debidamente a una esposa —había dicho la señora Wackles a su hija mayor—, que nos lo diga ahora o nunca». «Si realmente le intereso —pensó la señorita Sophy—, debe hacérmelo saber esta noche».

Pero como estos dichos, hechos y pensamientos eran desconocidos para el señor Swiveller, no le afectaron lo más mínimo. Él se hallaba cavilando sobre la mejor manera de ponerse celoso y haciendo votos para que Sophy estuviera

en esta ocasión mucho menos guapa de lo que en realidad era, o que fuera su propia hermana, lo que habría servido a sus planes igual de bien, cuando llegaron los invitados, entre ellos el jardinero, que se llamaba Cheggs. Pero el señor Cheggs no llegó solo o sin apoyo, pues prudentemente se había hecho acompañar de su hermana, la señorita Cheggs, quien rápidamente se lanzó al encuentro de la señorita Sophy y, cogiéndola por las dos manos y besándola en ambos carrillos, expresó con un susurro audible su preocupación por haber llegado tal vez demasiado pronto.

—¡Demasiado pronto..., oh, no! —replicó la señorita Sophy.

—Ay, querida —repuso la señorita Cheggs en el mismo tono susurrado—. He estado tan atormentada, tan preocupada, que es una gracia del cielo que no nos hayamos presentado a las cuatro de la tarde. ¡Alick estaba tan impaciente por venir! Imagínate que ya se había vestido antes de comer y no ha dejado de mirar el reloj y meter prisa. Todo por tu culpa, so bruja.

La señorita Sophy enrojeció y el señor Cheggs (que era tímido en presencia de las damas) se puso también colorado; la madre y hermanas de la señorita Sophy, para impedir que el señor Cheggs se pusiera más colorado todavía, le prodigaron sus cortesías y atenciones solamente a él, quedando Richard Swiveller abandonado a sí mismo. Pero esto era precisamente lo que él quería: una buena causa, razón y fundamento para mostrarse enfadado. No obstante, pese a haber sido esta causa, razón y fundamento lo que venía expresamente a buscar, sin esperar encontrarlo, se enfadó muy en serio y se preguntó qué demonios había pretendido Cheggs con aquella insolencia.

Sin embargo, el señor Swiveller obtuvo la mano de la señorita Sophy para la primera cuadrilla (las contradanzas estaban proscritas a causa de su vulgaridad) y así ganó ventaja sobre su rival, quien permaneció sentado en un rincón asaz cariacontecido observando cómo la gloriosa figura de la joven dama se movía a través de aquellas figuras laberínticas. No fue esta la única ventaja que tuvo el señor Swiveller sobre el jardinero; determinado a mostrar a la familia a qué hombre tan valioso estaba menospreciando, e influido tal vez por sus recientes libaciones, realizó tales proezas de agilidad y tales vueltas y piruetas que todos los asistentes se llenaron de asombro, en especial un caballero muy espigado que bailaba con una alumna muy bajita, el cual quedó petrificado de asombro y admiración. Incluso la señora Wackles se olvidó por el momento de regañar a tres jovencitas que porfiaban en mostrar su júbilo y no pudo reprimir el pensamiento de que tener a semejante bailarín en el seno de la familia sería un motivo de verdadero orgullo.

En aquel instante crítico, la señorita Cheggs demostró ser una aliada vigorosa y útil, pues, no contentándose con expresar con sonrisas desdeñosas su gran desprecio por las habilidades del señor Swiveller, aprovechó la

oportunidad para susurrar al oído de la señorita Sophy expresiones de condolencia y simpatía al verla preocupada por tan ridículo personaje y declaró estar muy asustada ante la eventualidad de que Alick se le echara encima y lo golpeará arrebatado por la ira; asimismo, pidió a la señorita Sophy que reparara en cómo los ojos del susodicho Alick brillaban de amor y de odio, pasiones estas que, como podía verse, al ser demasiado grandes para sus ojos, se desbordaban hasta su nariz, imprimiéndole una coloración carmesí.

—Tienes que bailar con la señorita Cheggs —propuso la señorita Sophy a Dick Swiveller después de que ella misma hubiera bailado dos veces con el señor Cheggs, alentando así sus galanterías—. Es una joven muy agradable, y su hermano es encantador.

—¿Encantador, dices? —expresó Dick—. Encantado también, diría yo, por la manera en que no deja de mirar a este lado.

Aquí la señorita Jane (previamente instruida para la ocasión) interpuso sus profusos rizos y susurró a su hermana que observara lo celoso que estaba el señor Cheggs.

—¿Celoso? ¡Insolente, diría yo más bien! —proclamó Richard Swiveller.

—¿Insolente, señor Swiveller? —protestó la señorita Jane meneando la cabeza—. Tenga cuidado de que no le oiga, caballero, o podría lamentarlo.

—Oh, por favor, Jane... —medió la señorita Sophy.

—¡Cómo que por favor! —protestó su hermana—. ¿Por qué no puede el señor Cheggs estar celoso si así lo desea? A mí eso me gusta, de veras. El señor Cheggs tiene el mismo derecho a estar celoso que cualquier otra persona, y puede que tenga más derecho pronto, si no lo tiene ya. Tú conoces mejor el asunto, Sophy.

Aunque se trataba un complot amañado entre la señorita Sophy y su hermana, originado con las mejores intenciones y con el objeto de inducir al señor Swiveller a declararse de una vez, fracasó en su efecto, pues, al ser la señorita Jane una joven prematuramente taimada y gruñona, dio una importancia tan indebida a su intervención que el señor Swiveller se retiró de mal humor, cediendo a su amante al señor Cheggs mientras le lanzaba una mirada desafiante, que este devolvió con aire indignado.

—¿Me ha hablado a mí, caballero? —dijo el señor Cheggs siguiéndolo hasta un rincón—. Tenga la amabilidad de sonreír, caballero, para que no nos convirtamos en objeto de sospecha. ¿Me ha hablado a mí, caballero?

Esbozando una sonrisa altanera, el señor Swiveller fijó la mirada en los pies del señor Cheggs, luego la subió hasta los tobillos, desde ahí hasta las espinillas, luego hasta la rodilla, y así gradual y sucesivamente a lo largo de la

pierna derecha, hasta alcanzar la cintura, donde siguió subiendo los ojos de botón a botón hasta la barbilla y, viajando directamente hasta la mitad de su nariz, llegó por fin a los ojos, momento en el que dijo bruscamente:

—No, caballero, no le he hablado a usted.

—Ejem —exclamó el señor Cheggs, mirando por encima del hombro—, tenga la bondad de volver a sonreír, caballero. Tal vez usted deseaba hablar conmigo, caballero.

—No, caballero, tampoco deseaba eso.

—¿Es posible que ahora no tenga nada que decirme, caballero? —insistió el señor Cheggs elevando el tono.

En respuesta a estas palabras, Richard Swiveller retiró la mirada de la cara del señor Cheggs y, viajando por el centro de la nariz, la bajó por el chaleco y toda la pierna derecha hasta alcanzar otra vez los pies, donde se detuvo especialmente; hecho lo cual, alzó de nuevo la vista y, pasando a la otra pierna, y de ahí aproximándose a la cintura como antes, dijo, mirándole a los ojos:

—No, caballero, ahora no tengo nada que decirle.

—Ah, muy bien, caballero —repuso el señor Cheggs—. Me alegra oír eso. Usted sabe dónde me puede encontrar, supongo, en caso de que tenga algo que decirme, ¿no es cierto?

—Puedo informarme fácilmente cuando desee saberlo.

—Creo que no hay nada más que necesitamos decir, ¿verdad, caballero?

—Nada más, caballero —con lo cual, cerraron el terrible diálogo sin dejar de mirarse con el ceño fruncido. El señor Cheggs se apresuró a tender la mano a la señorita Sophy, y el señor Swiveller se sentó en un rincón con cara de enfado.

Cerca de este rincón se hallaban sentadas, observando el baile, la señora y la señorita Wackles, a las que acudía la señorita Cheggs (cuando su compañero de baile estaba ocupado con una figura) para hacer algún comentario que resultaba un auténtico cáliz de amargura para el alma de Richard Swiveller. Dos de las alumnas, sentadas muy tiesas e incómodas sobre una banqueta muy dura, miraban a la señora y a la señorita Wackles en busca de alentadora aprobación, y cuando la señorita y la señora Wackles sonreían, buscaban ganarse su favor sonriendo igualmente; pero, en graciosa recompensa a dicha atención, la anciana señora las miró con severidad y dijo que, si se atrevían a incurrir de nuevo en semejante impertinencia, serían enviadas inmediatamente a sus respectivas casas. Esta amenaza hizo que una de las jóvenes, de temperamento débil y nervioso, rompiera a llorar, delito por el que las dos

fueron despedidas con una prontitud tal que sembró el terror en los ánimos de las demás escolares.

—Tengo una noticia que darles —anunció la señorita Cheggs acercándoseles una vez más—. Alick está diciéndole a Sophy cosas muy importantes. Palabra de honor que está hablando en serio.

—¿Qué le está diciendo, querida? —preguntó, la señora Wackles.

—¡Ah! Toda suerte de cosas —respondió la señorita Cheggs—. No puede imaginar la franqueza con que se está expresando.

Richard Swiveller juzgó oportuno no seguir oyendo más y, aprovechando una pausa en el baile y que el señor Cheggs se acercó a rendir sus honores a la anciana señora, se dirigió a la puerta con la cabeza bien alta, afectando la más completa indiferencia hacia la señorita Jane Wackles, la cual, en toda gloria de sus rizos, estaba flirteando (lo que hacía a modo de práctica cuando no había a mano nada mejor) con un señor mayor que se había retirado a un rincón. Junto a la puerta estaba sentada la señorita Sophy, aún agitada y confusa por las atenciones tributadas por el señor Cheggs, y Richard Swiveller, al pasar a su lado, se detuvo un momento para dirigirle unas palabras de despedida.

—Mi barca está en la orilla y mi barco en alta mar, pero antes de traspasar esta puerta te diré adiós —murmuró Dick con una mirada lúgubre.

—¿Te vas? —preguntó la señorita Sophy con el corazón atribulado a resultas de su estratagema, pero afectando indiferencia a pesar de todo.

—Me voy —musitó Dick con amargura—. Sí, me voy. ¿Algo que decir?

—Nada, salvo que es muy temprano —contestó la señorita Sophy—. Pero eres muy dueño de tus actos, por supuesto.

—Ojalá hubiera sido mi propio dueño —suspiró Dick— antes de pensar en usted. Señorita Wackles, yo la creía honesta y viví feliz con esta creencia. Pero ahora lamento haber conocido a una joven tan bella como engañosa.

La señorita Sophy se mordió los labios y afectó mirar con interés al señor Cheggs, quien, más allá, estaba ingiriendo una limonada con deleite.

—Había venido —expresó Dick, algo olvidadizo del propósito que lo había traído— con el pecho henchido, el corazón dilatado y los sentimientos igualmente expandidos. Me voy con unos sentimientos que pueden concebirse pero no describirse, sintiendo dentro de mí la verdad desoladora de que esta noche mis mejores afectos han sufrido un definitivo golpe de gracia.

—Estoy segura de que no sabe lo que dice, señor Swiveller —manifestó la señorita Sophy con la mirada baja—. Lamento profundamente que...

—Lamenta, señora... —repitió Dick—, ¡lo lamenta en los brazos de un tal

Cheggs! Le deseo muy buenas noches, pero no sin antes regalarle esta pequeña observación: actualmente está creciendo una joven que no sólo posee grandes atractivos personales, sino también una gran fortuna, y que ha rogado a su pariente más próximo que pida mi mano, a lo que, por atención a algunos miembros de su familia, he consentido gustosamente. Es una circunstancia gratificante, que usted probablemente se alegre de conocer, el que una muchacha joven y adorable esté haciéndose mujer expresamente para mí y acumulando igualmente dinero para mí. He creído oportuno hacérselo saber. Ahora sólo tengo que disculparme por haber acaparado durante tanto tiempo su atención. Buenas noches.

«Hay algo bueno en todo esto —se dijo Richard Swiveller cuando, ya de vuelta en casa, se disponía a acostarse con el apagavelas en la mano—, y es que ahora colaboro con Fred con toda mi alma, con todas mis fuerzas, en sus planes sobre la pequeña Nelly. Qué contento estará cuando sepa que actúo con tanta resolución. Se enterará de todo mañana; entretanto, como ya es bastante tarde, voy a abandonarme en brazos del dios Hipnos».

El dios Hipnos acudió a sus ruegos casi tan pronto como fue invocado. A los pocos minutos, el señor Swiveller había caído profundamente dormido, y soñó que se había casado con Nelly Trent y accedido a su propiedad, y que su primer acto como hombre potentado era arrasar el vivero del señor Cheggs y convertirlo en una fábrica de ladrillos.

CAPÍTULO NUEVE

En sus confidencias con la señora Quilp, la niña había descrito vagamente la tristeza y el pesar de sus pensamientos, los nubarrones que se cernían sobre su hogar y proyectaban sombras oscuras en el fuego de la chimenea. Resultaba muy difícil transmitir a una persona no íntimamente familiarizada con su vida una idea adecuada de su tristeza y soledad; el temor, en cierto modo, a comprometer u ofender al anciano, a quien estaba tan tiernamente vinculada, había frenado la efusión de su corazón y no le había permitido hacer más que una tímida alusión a la principal causa de su angustia y desolación.

Pues lo que había hecho que Nell rompiera a llorar no eran los días monótonos privados de compañía alegre o agradable; no eran las oscuras y sombrías tardes ni las largas y solitarias noches; no era la ausencia de los sencillos placeres que hacen palpar un corazón joven ni no conocer de la infancia más que la debilidad y la viva sensibilidad. Ver al anciano agobiado por algún pesar oculto, observar su estado de agitación constante, abrigar a veces el horrible temor de que pudiera perder el juicio (y detectar en sus

palabras y miradas el inicio de una triste locura); vigilar, esperar y escuchar la confirmación de estas cosas día tras día, y sentir y conocer que, ocurriera lo que ocurriera, los dos estaban solos en el mundo sin nadie que les ayudara, aconsejara o cuidara..., estas causas de abatimiento y angustia podrían haber tenido graves efectos en un ánimo más maduro con múltiples ocasiones para alegrarlo y contentarlo. Pero ¡cómo pesaban en el ánimo de una jovencita que las tenía siempre presentes y estaba rodeada de tales pensamientos mantenidos en constante fermento!

En la mente del anciano, Nell seguía siendo la misma. Cuando, en algún momento, apartaba su pensamiento del fantasma que lo acosaba y obsesionaba, ahí estaba la niña sonriéndole, con las mismas palabras serias, la misma risa alegre, el mismo amor y solicitud que, tocándole profundamente el alma, parecían haber estado presentes toda su vida. Y así seguía viviendo, contento de leer el libro del corazón de Nell desde la primera página (sin reparar en la historia oculta en las otras páginas), murmurando que, al menos, la niña era feliz.

Lo había sido en otro tiempo cuando recorría cantando las oscuras estancias y se deslizaba con alegres y ágiles pasos entre sus polvorientos tesoros, haciéndolos más viejos con su joven vida y más negros y tétricos con su presencia alegre y jovial. Pero ahora las habitaciones eran frías y lúgubres, y cuando la niña abandonaba su cuartito para pasar muchas horas sentada en otra estancia, permanecía callada, inmóvil, como aquellos huéspedes inanimados, sin voluntad para despertar con su voz los ecos enronquecidos del largo silencio.

En aquella estancia había una ventana que daba a la calle, donde la niña se sentaba muchas tardes hasta entrada la noche, sola y pensativa. Nadie siente más angustia que quien vigila y espera, y en estas ocasiones las lúgubres fantasías acudían a su espíritu en tropel, en multitudes.

Nell se aposentaba, pues, en el crepúsculo a contemplar a la gente de la calle o a la que se asomaba a las ventanas de las casas de enfrente, preguntándose si sus habitaciones serían tan solitarias como las suyas y si esas personas se sentirían acompañadas al verla sentada allí, igual que ella se sentía acompañada al verlas asomarse y meter la cabeza de nuevo. En un tejado había un confuso montón de chimeneas que contemplaba a menudo y le parecían caras feas que la miraban ceñudamente tratando de espiar el interior de su habitación. Nell se alegraba cuando ya era demasiado tarde para distinguir las, pero luego se entristecía cuando el sereno encendía las farolas de la calle, pues eso significaba que ya era tarde y la oscuridad sería mayor en la casa. Entonces volvía la cabeza para contemplar la habitación y comprobar que todo estaba en su sitio (y nada se había movido); y, asomándose a la calle de nuevo, tal vez veía pasar a un hombre con un ataúd al hombro y dos o tres

personas detrás en silencio dirigiéndose a la casa del muerto, y esto la hacía estremecerse y recordaba la cara y los gestos cambiados del anciano, lo que añadía una nueva serie de temores y especulaciones: Si él se moría, si le sobrevení­a alguna enfermedad repentina, si no regresaba con vida a casa; si volvía una noche, y la besaba y bendecía como de costumbre, y ella se iba a la cama y se quedaba dormida con un sueño plácido y alegre, y él se quitaba la vida y su sangre se derramaba hasta la puerta de su dormitorio, hasta los pies de su cama... Estos pensamientos eran demasiado terribles para detenerse en ellos, y entonces volvía a contemplar la calle, apenas transitada en esa hora y más oscura y silenciosa. Las tiendas se cerraban con prisa y las luces se encendían en las habitaciones superiores conforme los vecinos iban acostándose. De manera gradual, las luces se apagaban o eran sustituidas por una débil lamparilla de aceite que ardía toda la noche. Todavía quedaba, no muy lejos, una tienda que se resistía a cerrar y proyectaba un rojizo resplandor sobre la acera, prestándole un aspecto festivo y alegre. Pero, al poco tiempo, ésta también cerraba, la luz se extinguía y todo parecía triste y silencioso, salvo cuando unos pasos resonaban en la acera o un vecino, retrasándose más de la cuenta, llamaba enérgicamente a la puerta de su casa despertando a los que ya dormían.

Cuando llegaba la noche de este modo (y raras veces antes), la niña cerraba la ventana y bajaba suavemente las escaleras pensando que, si salía a su encuentro una de esas horribles caras de la tienda que a menudo se mezclaban con sus sueños, haciéndose visible mediante alguna extraña luz propia, se llevaría un susto tremebundo. Pero estos temores desaparecían ante la apacible luz de la lámpara y la familiaridad de su cuarto. Después de rezar fervorosamente y llorar a lágrima viva por el anciano, y una vez restauradas la paz de espíritu y la felicidad que habían disfrutado en otro tiempo, reposaba la cabeza sobre la almohada y, se dormía entre leves sollozos. Pero con frecuencia se despertaba de nuevo antes de amanecer con el oído atento al timbre y a la llamada imaginaria que la había sacado de su sueño.

Una noche, la tercera después de la entrevista de Nelly con la señora Quilp, el anciano, que se había sentido débil y delicado todo el día, anunció que no saldría aquella noche. Los ojos de la niña brillaron ante el anuncio, pero su alegría se apagó al ver su rostro ajado y enfermo.

—Dos días —exclamó el anciano—. Han pasado dos días enteros y aún sin noticias tuyas. ¿Qué fue lo que te dijo exactamente?

—Nada más que lo que le dije, abuelito.

—Cierto —asintió el anciano con voz débil—. Cierto, pero dímelo otra vez, Nell. La cabeza me falla. ¿Qué fue lo que te dijo? ¿Sólo que me vería mañana, o al día siguiente? Eso es lo que decía la nota.

—Nada más —convino la niña—. ¿Quiere que vaya mañana otra vez, abuelito? Mañana temprano iré y estaré de vuelta antes del desayuno.

El anciano sacudió la cabeza y, suspirando lúgubrementemente, la atrajo hacia él.

—No serviría de nada, corazón, absolutamente de nada. Pero si me abandona en este momento, Nell..., si me abandona ahora cuando, con su ayuda, podría verme recompensado por todo el tiempo y dinero perdidos y por toda la angustia padecida que me ha reducido al estado en que me ves, estaré arruinado y, peor, mucho peor que eso, te habré arruinado a ti, por quien lo había arriesgado todo. Si nos vemos obligados a mendigar...

—¿Y eso qué importaría? —exclamó la niña con atrevimiento—. Seamos mendigos... y seremos felices.

—¡Mendigos y felices! —exclamó a su vez el anciano—. ¡Pobre niña!

—Querido abuelo —articuló la joven con tanta energía que se le arreboló el rostro, pero con voz temblorosa y gesto desapasionado—, no es una niñada lo que pienso, pero, si lo fuera, hágame caso y seamos mendigos o trabajemos en caminos o en el campo para ganar un poco de dinero con que ir tirando, y así no tendremos que vivir como estamos viviendo ahora.

—¡Nelly! —apostrofó el anciano.

—Sí, sí, sería mejor que vivir como estamos viviendo ahora —reiteró la niña muy seria—. Si está triste, dígame por qué y así estaré triste yo también. Si se está consumiendo y se vuelve más pálido y más débil día tras día, deje que sea su enfermera y trate de consolarlo. Si es pobre, seamos pobres juntos. Pero déjeme estar con usted, déjeme estar con usted. No quiero verlo tan cambiado sin saber la razón, pues se me partirá el corazón y me moriré. Abuelito querido, dejemos este lugar tan triste mañana mismo y vayamos a pedir limosna de puerta en puerta.

El anciano se tapó la cara con las manos y la ocultó en el cojín del sofá en el que estaba recostado.

—¡Seamos mendigos! —repitió la niña rodeándole el cuello con un brazo—. No tengo miedo de no encontrar de qué vivir, estoy segura de que lo encontraremos. Cruzaremos los pueblos y dormiremos en los campos, debajo de un árbol, y no pensaremos nunca más en el dinero ni en cualquier otra cosa que lo ponga triste; pero descansaremos por la noche y el sol y el viento nos acariciarán la cara de día y daremos gracias a Dios en buena compañía. Nunca pondremos, el pie en habitaciones oscuras ni en casas melancólicas, no, nunca más; caminaremos por donde nos guste y, cuando estemos cansados, usted se parará a descansar en el lugar más agradable que encontremos y yo iré a pedir limosna por los dos.

Sus sollozos le ahogaron la voz mientras escondía la cabeza en el cuello del anciano. No lloraba sola.

Estas no eran palabras para ser escuchadas por otros oídos, ni esta era una escena para ser presenciada por otros ojos. Y, sin embargo, otros oídos y ojos estaban allí, absorbiendo ávidamente cuanto se decía y sucedía: eran, ni más ni menos, los oídos y ojos del señor Quilp, que, habiendo entrado sin ser visto en el preciso momento en que la niña acudía al lado del anciano, se abstuvo —actuando, a buen seguro, movido por la más pura delicadeza— de interrumpir la conversación y presenció la escena esbozando su sonrisita acostumbrada. Sin embargo, como permanecer de pie le resultaba fatigoso a un caballero cansado de caminar, y como el enano era de ese tipo de personas que se siente por doquier como en casa propia, enseguida vio una silla y, con inusual agilidad, se sentó sobre el respaldo con los pies sobre el asiento, de modo que así podía ver y oír con mayor comodidad y satisfacer ese gusto por lo estrambótico y simiesco de que hacía gala con tanta frecuencia. Y así permaneció sentado, con una pierna encima de la otra, la barbilla en la palma de una mano, la cabeza vuelta un poco de lado y la cara atravesada por una mueca complacida. Y en esa postura el anciano, que en cierto momento miró en aquella dirección, lo descubrió para su descomunal asombro.

La niña exhaló un grito reprimido al ver tan simpática figura. Ante tan sorprendente visión, tanto el anciano como ella, sin saber qué decir y dudando de lo que veían sus ojos, mostraron cierto retraimiento. Pero Daniel Quilp, en absoluto desconcertado por este recibimiento, mantuvo la misma postura, asintiendo dos o tres veces con condescendencia. Por fin, el anciano lo interpeló para saber cómo había llegado hasta allí.

—Por la puerta —contestó Quilp, señalando con el pulgar por encima del hombro—. No soy tan pequeño como para introducirme por la cerradura. Ojalá pudiera. Quiero charlar con usted, en particular y en privado. Sin que nadie más esté presente, vecino. Adiós, pequeña Nelly.

Nell miró al anciano, que asintió y la besó en la mejilla.

—¡Oh! —exclamó el enano dando varios besos al aire—. ¡Qué beso tan bonito, justo en la zona sonrosada! ¡Qué beso tan excelente!

Esta observación hizo que Nell saliera más deprisa todavía. Quilp la siguió con una mirada de admiración; cuando la puerta se cerró, felicitó al anciano por los encantos de la nieta.

—¡Ah, vecino, qué capullo tan fresco, floreciente, modesto! —exclamó Quilp, acariciándose una de sus cortas piernas y guiñando los ojos repetidas veces—. Ah, la pequeña Nell, tan mofletuda, rosada, exquisita...

El anciano contestó con una sonrisa forzada, luchando en su interior con un

sentimiento de viva y atormentada impaciencia. Lo cual no le pasó inadvertido a Quilp, que parecía complacido en torturarlo, a falta de otra persona.

—Es tan... —prosiguió Quilp, hablando muy despacio y fingiendo estar completamente absorto— tan pequeña, tan compacta, tan bellamente modelada, tan hermosa, de venas tan azules y piel tan transparente, de pies tan pequeños y modales tan atractivos... Pero ¡que Dios me perdone, usted está muy nervioso! ¿Por qué vecino, qué le ocurre? Le juro —continuó el enano, bajándose de la silla y sentándose con una lentitud estudiada muy distinta a la rapidez con la que se había encaramado antes sin ser notado—, le juro que no tenía la menor idea de que la sangre vieja corriera tan deprisa o se mantuviera tan caliente. Creía que era inerte en su curso y fría, completamente fría. Estoy bastante seguro de que debería ser así. La suya debe de estar estropeada, vecino.

—Creo que así es —gimió el anciano, atenazándose la cabeza con ambas manos—. Siento una fiebre ardiente, y de vez en cuando algo a lo que temo dar nombre.

El enano no pronunció palabra, sino que observó a su compañero recorrer la habitación de cabo a rabo y luego volver prestamente a su asiento. Allí permaneció un rato con la cabeza hundida en el pecho. Después, levantándola de repente, dijo:

—Le preguntaré por fin: ¿me ha traído algo de dinero?

—¡No! —contestó Quilp.

—Entonces... —musitó el anciano apretándose las manos desesperadamente y levantando la cabeza—, la niña y yo estamos perdidos.

—¡Vecino! —exclamó Quilp mirándolo con gravedad y golpeando varias veces la mesa con la mano para fijar su errática atención—. Le seré claro, y jugaré un juego más limpio que el suyo cuando usted tenía todas las cartas en la mano y yo sólo las veía por detrás, y nada más. Usted ya no tiene secretos para mí.

El anciano levantó la mirada, temblando.

—Vaya, parece sorprendido —prosiguió Quilp—. Bueno, tal vez sea natural. Usted ya no guarda ningún secreto para mí, se lo aseguro, ninguno. Ahora sé que todas esas sumas de dinero, todos esos préstamos y adelantos y suministros varios que había obtenido de mí han ido a parar a... ¿diré la palabra?

—Sí —exclamó el anciano—. Dígala si lo desea.

—A la mesa de juego —enunció Quilp—, su guarida nocturna. Este era su preciado plan para hacer fortuna, ¿verdad? Esa era la secreta fuente de riqueza

en la que se iba a sumergir mi dinero, si yo hubiera sido el imbécil que usted creía que era. Esta es su inagotable mina de oro, su El Dorado, ¿no?

—Sí —aceptó el anciano mirándolo a la cara con ojos relucientes—. Era, es y será hasta que muera.

—¿Que haya sido engañado —exclamó Quilp mirándolo con desdén— por un estúpido tahúr!

—¿Yo no soy ningún tahúr! —protestó el anciano con energía—. Pongo al cielo por testigo de que nunca jugué para mi provecho ni por amor al juego, que en cada apuesta me susurraba el nombre de esa huérfana e invocaba al cielo para que bendijera la aventura, cosa que nunca ha hecho. ¿A quién ha favorecido? ¿Con quiénes me he jugado el dinero? Hombres dados a la mala vida, a la disipación, a la corrupción, que malgastan el dinero en el mal y propagan el vicio y la perversión. Si yo les ganara, mis ganancias irían destinadas hasta el último penique a una joven inmaculada cuya vida ellos endulzarían y harían feliz. ¿Qué busca esa gente? ¿Los caminos de la corrupción, de la abyección, de la miseria? ¿Quién no habría creído en una causa como la mía? Contésteme. ¿Quién no habría creído, como yo creí?

—¿Cuándo empezó esa loca carrera? —preguntó Quilp, con su actitud burlona atemperada ligeramente por el dolor y desesperación del anciano.

—¿Que cuándo empecé? —repitió pasándosela mano por la frente—. ¿Cuándo, cuándo empecé? Debió de suceder cuando comencé a pensar en lo poco que había ahorrado, en la gran cantidad de tiempo necesario para hacer dinero, en el poco tiempo de vida que me quedaba dada mi avanzada edad, y en que ella quedaría abandonada a la inmisericorde merced del mundo, con apenas dinero para mantenerse alejada de los peligros que acechan a la pobreza. Fue entonces cuando empecé a pensar en ello.

—Después de acudir a mí para intentar mandar allende los mares a su precioso nieto, ¿no? —preguntó Quilp.

—Poco después —asintió el anciano—. Pensé en ello durante mucho tiempo y lo estuve soñando durante varios meses. Entonces empecé. No encontraba placer en ello, ni esperaba ninguno. ¡Qué me ha reportado sino días de angustia y noches en blanco! Nada más que la pérdida de la salud y de la paz de espíritu, angustia y desvelos.

—Primero perdió todo el dinero que tenía ahorrado y después acudió a mí. Cuando yo creía que estaba haciendo fortuna (como me aseguró que la estaba haciendo), usted estaba convirtiéndose en un mendigo, ¿no? ¡Ay, pobre de mí! Y así, después de todo, sólo tengo en mi poder los avales que me fue garabateando y un título de expropiación de toda... de toda su fortuna y bienes —apostilló Quilp poniéndose en pie y mirando a su alrededor, como para

asegurarse de que no se habían llevado ningún objeto—. Pero ¿no ganó nunca?

—Nunca —gimió el anciano—. Nunca recuperaré las pérdidas.

—Yo creía —observó con desdén el enano— que, si un hombre juega el tiempo suficiente, está seguro de ganar alguna vez o, en el peor de los casos, de no perder lo que ha jugado.

—¡Y así es! —gritó el anciano de repente, saliendo de su estado de postración y pasando a la más violenta excitación—. Así es. Eso lo sentí desde el principio. Yo siempre lo he sabido, lo he visto, pero nunca tan fuertemente como lo siento ahora. Quilp, yo he soñado, tres noches seguidas, que ganaba una suma enorme, un sueño que antes nunca había tenido aunque lo intenté con frecuencia. No me deje ahora que tengo esta posibilidad. Usted es mi último recurso. Deme una oportunidad, déjeme esta última esperanza.

El enano se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Escuche, Quilp, bondadoso Quilp —expresó el anciano, sacando unos trozos de papel del bolsillo con mano temblorosa y sujetando al enano por el brazo—. Sólo mire esto. Mire estas cifras, el resultado de muchos cálculos y de una dolorosa y dura experiencia. Voy a ganar, estoy segurísimo. Sólo necesito una pequeña ayuda más, unas libras más, tan sólo unas cuarenta libras, querido Quilp.

—El último anticipo fue de setenta —especificó el enano—, y se fue en una noche.

—Ya lo sé —aceptó el anciano—, pero eso fue por la peor de las suertes; el momento no había llegado todavía. Quilp, piénselo, ¡piénselo! —gritó el anciano temblando tanto que los papeles empezaron a revolotear como si los moviera el viento—. ¡Esa huerfanita! Si yo estuviera solo, podría morirme contento. Tal vez incluso habría podido prevenir los golpes de la suerte que se reparte tan desigualmente, pues favorece a los soberbios y felices, y abandona a los necesitados y afligidos y a cuantos la invocan en su desesperación. Pero lo que yo he hecho ha sido por ella. Ayúdeme por amor a ella, se lo imploro. ¡No por mí, sino por ella!

—Lo siento. Tengo una cita en la City —declaró Quilp consultando su reloj con perfecta parsimonia—; de lo contrario, habría estado muy contento de pasar media hora con usted para ver si se recupera.

—¡No, Quilp, mi buen Quilp! —jadeó el anciano cogiéndolo por el faldón—. Usted y yo hemos hablado más de una vez de la historia de su pobre madre. Es eso lo que ha suscitado mi miedo a verla hundirse en la pobreza. No sea duro conmigo, y tenga esto en cuenta: usted ganará mucho conmigo. ¡Oh,

présteme dinero para esta última esperanza!

—En realidad, no puedo —respondió Quilp con inusual cortesía—. Pero le diré algo, y este algo merece tenerse en cuenta, ya que muestra cómo los más astutos de entre nosotros pueden ser engañados a veces: me dejé engañar por las estrecheces que pasaban usted y Nelly...

—Yo lo hacía todo para ahorrar dinero y tentar a la suerte, y para que así el triunfo de la niña fuera mayor —exclamó el anciano.

—Sí, sí, eso lo entiendo ahora —asintió Quilp—; pero iba a decir que me dejé engañar por sus hábitos ruines, por su reputación de rico entre quienes le conocen y por las repetidas promesas de su parte de que convertiría mis anticipos en el triple o cuádruple del interés establecido, que yo le habría adelantado, incluso ahora, lo que desea, contentándome con la simple nota que me hizo llegar..., si no me hubiera enterado inesperadamente de su secreto estilo de vida.

—¿Quién es? —preguntó el anciano desesperadamente—. ¿Quién, a pesar de todas mis precauciones, se lo hizo saber? Vamos. Dígame el nombre..., la persona.

El astuto enano, reparando en que revelar el nombre de la niña supondría poner al anciano sobre la pista del artificio por él tejido, con lo que no iba a ganar nada, se contuvo en su respuesta y preguntó a su vez:

—Y ¿quién cree usted que es?

—Kit. Ha debido de ser ese chico. Él me espío y usted lo ha manejado —dedujo el anciano.

—¿Qué le ha llevado a pensar en él? —preguntó el enano en un tono de gran conmiseración—. Sí, ha sido Kit. ¡Pobre Kit!

Dicho lo cual, asintió de manera amistosa y se despidió. Cuando hubo franqueado la puerta exterior, se detuvo a unos pasos de la tienda y se dijo con una risita de regusto:

«¡Pobre Kit! Creo que fue él quien dijo que yo era el enano más feo que se podía ver en el mundo por dos peniques. ¿No fue él? ¡Ja, ja, ja! ¡Pobre Kit!». Y con esto prosiguió su camino, riéndose para sus adentros mientras se alejaba.

CAPÍTULO DIEZ

Daniel Quilp fue observado tanto al entrar en la casa del anciano como al

salir de ella. A la sombra de uno de los numerosos soportales de la calle principal, vigilaba un individuo que, desde la hora del crepúsculo, se mantenía en su puesto con paciencia no disminuida, apoyado en la pared con la postura de quien dispone de todo el tiempo del mundo. Como estaba acostumbrado a aquella actividad, parecía completamente resignado y apenas cambió de postura durante varias horas.

Este paciente vigía callejero ni llamaba la atención de los viandantes ni les prestaba tampoco atención alguna. Sus ojos estaban clavados en un objeto concreto: la ventana de la habitación en que la niña acostumbraba a sentarse. Si los apartaba un momento era sólo para consultar el reloj de una tienda cercana y luego mirar a la casa vieja con una seriedad y atención incrementadas.

Ya se ha observado que este personaje no sentía cansancio en el rincón donde se ocultaba. Pero, en esta ocasión, a medida que pasaba el tiempo fue manifestando cierta inquietud y sorpresa, mirando el reloj, con frecuencia y la ventana con cada vez menos esperanza. Después, unos postigos envidiosos le privaron de la visión del reloj y más adelante los campanarios de la iglesia dieron las once de la noche, y más tarde las once y cuarto... hasta que se abrió paso en su mente la convicción de que no serviría de nada demorarse más tiempo.

Que esta convicción le resultaba dolorosa, y en modo alguno deseaba plegarse a ella, quedó sobradamente probado por su renuencia a abandonar el lugar, así como por los pasos lentos con los que se fue alejando, mirando por encima del hombro en dirección a la misma ventana y volviendo precipitadamente al lugar cuando un ruido imaginado, o la cambiante e imperfecta luz, lo inducían a suponer que la ventana se había abierto ligeramente. Finalmente, perdió toda esperanza por aquella noche y echó de repente a correr, como obligándose a sí mismo a alejarse y no mirar atrás para no caer en la tentación de volver.

Sin relajar la marcha ni detenerse para tomar aliento, este misterioso individuo enfiló una serie de callejones y caminos estrechos hasta llegar a un patio pavimentado, donde redujo el paso para acercarse a una casita de cuya ventana salía una luz. Levantó el pestillo de la puerta y entró.

—¡Que Dios me bendiga! —exclamó una mujer volviéndose repentinamente—. ¿Quién es? ¡Ah, eres tú, Kit!

—Sí, madre, soy yo.

—¿Por qué...? ¡Qué cansado pareces, hijo mío!

—El viejo amo no ha salido de casa esta noche —le informó Kit—. Por eso ella no se ha asomado a la ventana —dicho lo cual, se sentó junto a la

chimenea y se quedó mirando el fuego con aire descontento y triste.

La habitación en la que se sentó Kit inmerso en estos pensamientos era sumamente modesta, pobre incluso, pero con ese aspecto de comodidad que (a no ser que el lugar sea realmente miserable) casi siempre prestan la limpieza y el orden. A pesar de la hora tardía que mostraba el reloj de pared, la pobre mujer seguía trabajando afanosamente con ropa para planchar. Un niño pequeño dormía en una cuna junto al fuego y, completamente despierto, otro niño regordete de dos o tres años, con un gorro de dormir muy apretado a la cabeza y un camisón demasiado pequeño para él, estaba sentado completamente erguido en un cesto de la ropa mirando por encima del borde con sus grandes ojos redondos, como decidido a no dormir en toda la noche. Lo cual, como el niño ya había renunciado a su descanso habitual (y había sido sacado de la cama en consecuencia), favorecía las posibilidades de una alegre velada familiar. Era una familia muy curiosa: Kit, su madre y los niños se parecían mucho.

Kit venía predispuesto al enfado, como le puede pasar a cualquiera; pero miró al niño más pequeño que dormía profundamente, luego al hermano del cesto de la ropa y de este pasó a mirar a la madre, que llevaba trabajando sin quejarse desde la mañana, y juzgó más oportuno, y más amable por su parte, mostrarse de buen humor. Así, empezó a mecer la cuna con un pie y le hizo una mueca al rebelde del cesto. Esto le hizo cambiar de humor y ponerse a hablar y parecer agradable.

—¡Madre querida! —articuló Kit abriendo su navaja al asalto de un pedazo de pan y de carne que esta le había preparado horas antes—, ¡qué buena eres! No hay muchas como tú, eso seguro.

—Espero que haya bastantes mucho mejores, Kit —replicó la señora Nubbles—, y las hay, o debería haberlas, según lo que dice el ministro en la iglesia.

—¡Qué sabrá él de eso! —replicó Kit con desdén—. Espera a que sea viudo y trabaje como tú, y consiga tan poco trabajando tanto, a ver si conserva el buen ánimo igual que tú. Entonces le preguntaré qué hora es y confiaré en su respuesta hasta en los minutos y segundos.

—Ah, mira, Kit —dijo la señora Nubbles cambiando de conversación—, ahí tienes la cerveza, junto al guardafuego.

—Ya la veo —asintió el hijo cogiendo la jarra—. Brindo por ti, madre, y por la salud del ministro también, si eso te gusta. Yo no tengo nada contra él.

—Me has dicho que tu amo no ha salido esta noche, ¿no? —preguntó la señora Nubbles.

—Eso es —respondió Kit—. Mala suerte.

—Deberías decir buena suerte, pienso yo —replicó la madre—, pues así la señorita Nelly no se ha quedado sola.

—Ya —convino Kit—, no había tenido eso en cuenta. He dicho mala suerte porque he estado desde las ocho de la tarde mirando la ventana sin ver ni rastro de ella.

—Me pregunto qué diría ella —observó la madre, e hizo una pausa en su labor y miró alrededor— si supiera que todas las noches, cuando, pobrecita, se sienta sola a la ventana, tú estás vigilando en medio de la calle por si le pasa algo malo, y nunca dejas tu puesto ni te vas a la cama por muy cansado que estés hasta que no crees que ella se ha acostado.

—No me importa lo que pudiera decir —replicó Kit, con su tosca cara repentinamente colorada—. Ella nunca sabrá nada y, por tanto, nunca dirá nada.

La señora Nubbles siguió planchando un rato más en silencio. Al acercarse al fuego para coger otra plancha, miró furtivamente a Kit mientras la frotaba sobre una tabla y la desempolvaba con un paño, pero no dijo nada hasta que volvió a la mesa. Entonces, con la plancha a una distancia del cuello alarmanamente corta —para comprobar la temperatura— y mirando alrededor con una sonrisa, manifestó:

—Yo sí sé lo que dirían algunas personas, Kit.

—Tonterías —interrumpió Kit presintiendo lo que iba a seguir.

—Ya, pero lo dirían a pesar de todo. Algunas personas dirían que te has enamorado de ella. Seguro que lo dirían.

A esto, Kit masculló con cierto azoramiento un «pero qué dices» y esbozó diversas y extrañas figuras con las piernas y los brazos, todo ello acompañado por simpáticas muecas de la cara. No habiendo sacado de'' estos ejercicios el alivio que buscaba, propinó un inmenso bocado al pan y a la carne y tomó un rápido trago de cerveza negra, buscando así atragantarse y evitar seguir hablando del tema.

—Hablo en serio, Kit —insistió la madre al cabo de unos minutos—. Por supuesto, antes sólo bromeaba. Lo que haces es bueno y considerado, y es mejor que nadie lo sepa, aunque algún día, espero, ella acabará sabiéndolo, y estoy segura de que sabrá agradecerlo y apreciarlo. Es muy cruel mantener a la pobre niña encerrada así. No me extraña que el anciano quiera mantenerla alejada de ti.

—Él no lo considera cruel, por nada del mundo —aseveró Kit—; de lo contrario, no_ lo haría. Creo, madre, que no lo haría por todo el oro y plata del

mundo. No, no, él no lo haría. Lo conozco bien.

—Entonces, ¿por qué lo hace y lo mantiene en secreto? —preguntó la señora Nubbles.

—Eso no lo sé —respondió el hijo—. Si no hubiera intentando mantenerlo en secreto, yo nunca lo habría descubierto, pues ha sido su empeño en despedirme al anochecer y mandarme a casa más temprano de lo habitual lo que ha hecho que me pregunte qué se trae entre manos. ¡Eh, un momento! ¿Qué es eso?

—Hay alguien ahí fuera.

—Alguien está cruzando el patio y viene hacia aquí —dijo Kit poniéndose en pie para escuchar mejor—. Y viene muy deprisa. No puede ser que él haya salido de la casa después de marcharme yo y que la casa se haya incendiado, ¡ay, madre!

El chico permaneció unos momentos paralizado por la aprensión que se había apoderado de él. Los pasos se acercaban; la puerta se abrió con una mano apresurada y la niña, pálida y sin aliento, y expeditivamente envuelta en unas telas, entró precipitadamente en la habitación.

—¡Señorita Nelly! ¿Qué ocurre? —exclamaron madre e hijo a la vez.

—No puedo quedarme más que un minuto —fue la respuesta—. Mi abuelo está muy enfermo. Lo he encontrado sin sentido en el suelo.

—Voy a llamar a un médico —profirió Kit cogiendo su sombrero sin ala—. Estaré allí en un momento, voy...

—¡No, no! —gritó Nell. Ya hay un médico allí. Tú..., a ti ya no te quiere ver. No debes acercarte a la casa nunca más.

—¿Qué? —bramó Kit.

—Nunca más —confirmó la niña—. No me preguntes por qué, pues no lo sé. Por favor, no me preguntes por qué y no te enfades conmigo. Yo no tengo nada que ver con esto, ¡de verdad!

Kit la miró con los ojos como platos, y abrió y cerró la boca muchas veces, pero sin poder articular palabra.

—Se queja y despotrica de ti —abundó la niña—. No sé qué has hecho, pero espero que no sea muy malo.

—Que yo he hecho...

—Dice a gritos que tú has causado toda su desgracia —respondió la niña con los ojos llenos de lágrimas—. No deja de gritar y maldecir, farfullando que no debes acercarte a él, o se morirá. No debes volver con nosotros nunca

más. He venido yo a decírtelo. He creído que era mejor que viniera yo y no un extraño. Oh, Kit, ¿qué has hecho? ¡Tú, en quien yo confiaba tanto y que eras casi el único amigo que tenía!

El desafortunado Kit miraba a su joven ama fijamente y con ojos cada vez más abiertos. Pero se había quedado completamente inmóvil y mudo.

—Le he traído el dinero de la semana —declaró la niña mirando a la mujer y dejándolo encima de la mesa— y... y... un poco más, porque él ha sido siempre muy bueno conmigo. Espero que se arrepienta y que le vaya bien en otro sitio y no se lo tome muy a pecho. Me da mucha pena separarme de él así, pero no puede ser de otro modo. Tiene que ser así. ¡Buenas noches!

Con lágrimas surcándole la cara, y su ágil figura temblando por la agitación de la escena que había protagonizado, por el terrible golpe encajado, por el recado que acababa de hacer y por mil dolorosos y profundos sentimientos, la niña se dirigió apresuradamente hacia la puerta y desapareció con la misma rapidez con la que había venido.

La pobre mujer, que no tenía motivos para dudar de su hijo, sino que, confiaba en su honradez y sinceridad, estaba, no obstante, perpleja por el hecho de que no hubiera proferido ni una palabra en su defensa. Visiones de locuras amorosas, bellaquerías, robos y ausencias nocturnas de casa (tan extrañamente explicadas y tal vez ocasionadas por algún motivo inicuo) acudieron en tropel a su pensamiento y le quitaron el valor de preguntarle nada. Se sentó en una mecedora, donde empezó a retorcerse las manos y a llorar amargamente. Pero Kit no hizo ningún intento por consolarla, presa de una absoluta perplejidad. El bebé de la cuna se despertó y empezó a llorar. Su hermano mayor cayó al suelo con el cesto encima, que lo tapó por completo. La madre lloró con más fuerza y siguió meciéndose a un ritmo más rápido. Pero Kit, insensible al estruendo y al tumulto, seguía sumido en el más completo desconcierto.

CAPÍTULO ONCE

El silencio y la soledad ya no iban a reinar más bajo el tejado que cobijaba a la niña. A la mañana siguiente, el anciano tenía una fiebre altísima, con períodos de delirio, estado en que se mantuvo varias semanas con grave riesgo para su vida. La casa estaba muy bien vigilada, pero por gente extraña y ávida de enriquecerse que, en los largos espacios de tiempo en que no asistían al enfermo, se reunían en abominable compañía a comer, beber y divertirse; la enfermedad y la muerte eran sus dioses tutelares.

Sin embargo, en medio de tanto trasiego y tanto ruido, la niña estaba más sola que nunca. Sola en espíritu, sola en su devoción hacia quien se consumía en su lecho de enfermo, sola en su tristeza no fingida y cariño no calculado. Día tras día y noche tras noche, permanecía pegada a la almohada del doliente, adivinando sus deseos, oyendo sus llamadas y viendo su angustia y preocupación por ella, siempre presente en sus enfebrecidos delirios.

La casa ya no les pertenecía. La habitación del enfermo estaba ocupada merced al incierto favor del señor Quilp. Al poco de enfermar el anciano, el enano había tomado posesión formal de la casa y de cuanto contenía en virtud de ciertos poderes legales a dicho efecto, que pocos entendían y nadie ponía en tela de juicio. Asegurada esta circunstancia tan importante con la asistencia de un hombre de leyes, el enano se estableció en la casa con dicho asistente legal, como para afirmar sus derechos frente a eventuales terceros, y procedió a acondicionar el lugar a su antojo.

El señor Quilp plantó sus reales en el salón trasero y, para poner coto a cualquier negocio ulterior, decidió cerrar la tienda. Tras rebuscar entre los viejos muebles, mandó traer a esta habitación la silla más bonita y cómoda que encontró (la cual se reservó para su propio uso) y otra particularmente fea e incómoda (que consideradamente destinó al acomodo de su amigo), y se instaló con toda majestad. Aunque esta parte de la casa se hallaba muy alejada de la habitación del anciano, el señor Quilp juzgó prudente, como medida preventiva contra un posible contagio a causa de la fiebre, y como medio eficaz de fumigación, no sólo ponerse a fumar él mismo sin parar, sino invitar a que su amigo el abogado hiciera lo propio. Además, envió un correo urgente al chico acrobático del muelle, quien llegó a toda prisa y recibió al punto la orden de sentarse en otra silla junto a la puerta y fumar ininterrumpidamente en una gran pipa que el enano le reservó a tal fin (y no retirarla de los labios bajo ningún pretexto, ni siquiera un minuto). Hechas estas disposiciones, el señor Quilp miró a su alrededor con aire complacido y observó que allí se podía estar muy cómodamente.

El hombre de leyes, cuyo melodioso nombre era Brass, podría haberse sentido también muy cómodo de no haber sido por dos grandes inconvenientes: en primer lugar, porque, por mucho que lo intentaba, no lograba sentarse normalmente en la silla, pues tenía el asiento duro, anguloso, resbaladizo e inestable; y, en segundo lugar, porque el humo del tabaco le producía náuseas. Pero como era, por así decir, una criatura del señor Quilp y tenía mil razones para ganarse su favor, trataba de darle gusto y agasajarlo con la mejor sonrisa que era capaz de esbozar.

El tal Brass era un picapleitos de Bevis Marks, en plena City londinense. Alto, delgado, nariz en forma de lupia, frente prominente, ojos hundidos y pelo muy rojo. Vestía un abrigo negro que le llegaba casi a los tobillos,

pantalones negros cortos, botines y calcetines de algodón gris azulado. De modales serviles pero voz áspera, su suave sonrisa resultaba tan repelente que, con tal de no soportarla, uno prefería verlo constantemente ceñudo y enojado.

Quilp miró a su consejero jurídico y, viendo que este no dejaba de guiñar los ojos por la desazón que le producía la pipa (a veces tiritaba al inhalar el humo, que se abanicaba en cuanto podía), se mostró muy contento y se frotó las manos de satisfacción.

—Tú sigue fumando, cacho perro —espetó Quilp volviéndose al chico—. Llena la pipa otra vez y fúmla deprisa hasta la última calada, o la pongo a calentar en el fuego y te meto por la boca la cera fundida.

Afortunadamente, el chico estaba avezado en estas lides y se habría fumado un pequeño horno de cal si alguien se lo hubiera regalado. Por eso rezongó un simple y breve desafío en dirección a su amo e hizo lo que se le había ordenado.

—¡Hmm, excelente, Brass! Un aroma muy agradable. ¿No se siente como el Gran Turco? —le preguntó Quilp.

El señor Brass pensó que, si se hubiera sentido como el Gran Turco, este no habría sido una persona envidiable en absoluto, pero contestó que el tabaco era estupendo y que, a no dudarlo, se sentía como dicho potentado.

—Es la mejor manera de ahuyentar la fiebre —aseguró Quilp—. Es la mejor manera de ahuyentar cualquier calamidad. Nunca dejaremos de fumar mientras estemos aquí. ¡Sigue fumando, cacho perro, o te tragarás la pipa!

—¿Y estaremos aquí mucho tiempo, señor Quilp? —inquirió su amigo abogado al oír esta gentil advertencia dirigida a su mozo.

—Estaremos aquí, supongo, hasta que se muera el anciano de ahí arriba —replicó Quilp.

—¡Ji, ji, ji! —se rio el señor Brass—. ¡Ah, muy bien!

—¡No deje de fumar! —le gritó Quilp—. ¡No pare nunca! Puede hablar mientras fuma. No hay que perder tiempo.

—¡Ji; ji, ji! —exclamó Brass débilmente mientras fumaba la odiosa pipa—. Pero ¿y si mejorara, señor Quilp?

—En ese caso, estaremos aquí hasta entonces, y no más —respondió el enano.

—¡Qué amabilidad por su parte, caballero, esperar hasta entonces! —dijo Brass. Algunas personas habrían vendido o retirado los artículos, seguro, en el instante mismo en que la ley lo hubiera permitido. Algunas personas, señor mío, habrían mostrado una actitud pedernalina. Algunas personas, señor mío,

habrían...

—Algunas personas se habrían ahorrado un cotorreo como el suyo — interrumpió el enano.

—¡Ji, ji, ji! —se rio de nuevo Brass—. ¡Qué buen humor tiene usted!

El fumador que vigilaba la puerta interrumpió la conversación; sin quitarse la pipa de los labios, ladró:

—¡La chica está bajando!

—¿La qué, cacho perro? —preguntó Quilp.

—La chica —replicó el mozo—. ¿Está sordo?

—¡Ah! —exclamó Quilp aspirando con fuerza como si sorbiera una sopa—. Tú y yo tenemos una cuenta pendiente; tengo varios arañazos y pescozones preparados para ti, mi joven amiguito. ¡Hombre, Nelly! Mi perla, mi diamante, ¿cómo se encuentra?

—Se encuentra muy mal —contestó la niña llorando.

—¡Qué preciosa, la pequeña Nell! —exclamó Quilp.

—¡Oh, muy guapa, señor mío, muy guapa! —asintió Brass—. Encantadora.

—¿Ha venido a sentarse en las rodillas de Quilp —expresó el enano con un tono que pretendía ser seductor— o se va a la cama de su cuartito, ahí dentro? ¿Qué irá a hacer la pobre Nelly?

—¡Qué manera tan exquisita de tratar a las niñas! —musitó Brass como si le hiciera una confidencia al techo—. Doy mi palabra de que es un verdadero regalo oírlo hablar.

—No voy a estar nada de tiempo —respondió tímidamente Nell—. Sólo quiero recoger unas cuantas cosas y después... después ya no bajaré más.

—¡Primoroso cuartito, en efecto! —exclamó el enano, mirando el interior mientras la niña entraba—. Un precioso nido. ¿Estás segura de que no vas a usarlo, estás segura de que no vas a volver, Nelly?

—Segura —aseveró la niña, alejándose deprisa con la poca ropa que había cogido—. Nunca más. Nunca más.

—Es muy sensible... —musitó Quilp, observándola—. Demasiado sensible. Da pena. La cama es aproximadamente de mi tamaño. Creo que pasará a ser mi habitacioncita.

El señor Brass aplaudió esta idea (como aplaudía cualquiera que emanara de la misma fuente), y el enano entró para hacer realidad sus palabras. Se

arrojó de espaldas sobre la cama con la pipa en la boca, las piernas al aire y fumando violentamente mientras el señor Brass contemplaba la escena con total aquiescencia. Y como la cama era blanda y confortable, el señor Quilp decidió utilizarla para dormir por la noche y como diván de día; y, con objeto de certificar esto último, se quedó allí hasta que terminó de fumar el resto de la pipa. En cuanto al hombre de leyes, que para entonces estaba algo mareado y tenía la mente confusa (efecto del tabaco en su sistema nervioso), aprovechó la oportunidad para salir a tomar aire fresco, lo que hizo que volviera con mejor cara. Pero, presionado por el malicioso enano a fumar hasta el embotamiento, cayó redondo sobre un diván, donde estuvo durmiendo hasta la mañana.

Tales fueron las primeras gestiones del señor Quilp al acceder a su nueva propiedad. Durante algunos días, sus negocios le impidieron dedicarse a sus travesuras favoritas, pues tenía todo su tiempo ocupado en (asistido por el señor Brass) hacer el exacto inventario de todas las antiguallas del lugar, amén de vacar a otras tareas que felizmente lo mantenían ausente varias horas. Pero, ahora que su avaricia y su recelo se habían exacerbado, no se ausentaba de la casa ni una sola noche. Y como su ansia por que se produjera una solución, buena o mala, en la enfermedad del anciano iba en rápido aumento con el paso del tiempo, no tardó en empezar a murmurar y a desahogarse con exclamaciones de impaciencia.

Nell rehuía tímidamente cualquier propuesta de conversación del enano (rehuía el sonido mismo de su voz). En cuanto a las sonrisitas del abogado, no le eran menos desagradables que las muecas del otro. Vivía en tan constante temor y aprensión de toparse con uno u otro en la escalera o en el pasillo si se alejaba de la habitación de su abuelo, que raras veces la abandonaba hasta entrada la noche, cuando el silencio la alentaba a aventurarse a respirar el aire puro de otra habitación.

Una noche, tras acercarse cautamente a la ventana, como de costumbre, para ahogar allí sus penas (pues el anciano se había sentido peor aquel día), de repente le pareció oír a alguien pronunciar su nombre en la acera. Miró y reconoció a Kit, cuyos esfuerzos por atraer su atención consiguieron sacarla de sus tristes reflexiones.

—¡Señorita Nell! —susurró el chico.

—Sí —replicó la niña dudando si debía mantener una conversación con el presunto culpable, pero finalmente la balanza se inclinó del lado de su antiguo favorito—. ¿Qué quieres?

—Hace tiempo que quería decirle unas palabras —se explicó el chico—. Pero los que viven debajo me dicen que me vaya; no quieren que pase a verla. Usted no pensará, espero que no, que merezco ser tratado de esta manera, ¿verdad que no, señorita?

—Pues debería pensarlo —replicó la niña—. Si no, ¿por qué mi abuelo iba a estar tan enfadado contigo?

—Eso no lo sé —replicó Kit—. Pero puedo asegurarle que nunca he merecido eso ni de él ni de usted. Se lo puedo asegurar por lo que más quiero en el mundo. Y luego..., que a uno le cierren la puerta cuando sólo viene a preguntar cómo está su antiguo amo...

—Nunca me han hablado de eso —le aseguró la niña—. No lo sabía, de veras. Yo nunca lo habría permitido.

—Gracias, señorita —respondió Kit—. Me alegra oírle decir eso. Ya me decía yo que eso no podía ser cosa suya.

—Eso es cierto —asintió la niña con la mayor seriedad.

—¡Señorita Nell! —profirió el chico acercándose más a la ventana y hablando en un tono más suave todavía—. Aquí abajo hay nuevos amos. Eso supone un gran cambio para usted.

—Desde luego que lo supone —corroboró ella.

—Y también lo supondrá para él cuando mejore —agregó el chico, señalando a la habitación del enfermo.

—Si mejora alguna, vez... —añadió la niña incapaz de reprimir las lágrimas.

—Ah, seguro que va a mejorar —expresó Kit—. Estoy seguro de eso. No debe estar tan triste, señorita Nell. Por favor, no esté tan triste.

Estas palabras de aliento y consuelo eran escasas y dichas de manera ruda, pero conmovieron a la niña y le hicieron verter más lágrimas todavía.

—Se pondrá bien pronto —dijo el chico con ardor— si usted no cae en el desánimo y no enferma también; eso lo haría empeorar justo ahora que está recuperándose. Cuando se recupere, háblele en mi favor, ¡se lo ruego, señorita Nell!

—Se me ha dicho que ni siquiera debo mencionar tu nombre durante mucho, mucho tiempo —repuso la aludida—. No me atrevo. Y aunque pudiera, ¿de qué serviría una palabra amable en tu favor, Kit? Nosotros somos ahora muy pobres. Apenas tenemos de qué comer.

—No es para volver a trabajar con él —especificó el chico— por lo que le pido el favor. No es para conseguir comida y dinero por lo que he estado esperando tanto tiempo, con la esperanza de verla. Yo no vendría en momentos como estos para hablarle de esas cosas.

La niña le lanzó una mirada de agradecimiento y cariño, pero esperó a que

terminara de hablar.

—No, no es eso —prosiguió Kit con voz vacilante—. Es algo muy distinto. Yo no soy nada del otro mundo, lo sé, pero si pudiera hacerle creer que le he sido un criado fiel, haciendo siempre todo lo mejor que he podido y que nunca he pensado en causarle ningún mal, tal vez podría...

Aquí Kit se detuvo tanto tiempo que la niña le pidió que hablara claro y deprisa, pues era muy tarde y tenía que cerrar la ventana.

—Tal vez no le parecería demasiado atrevido de mi parte si le digo... Bueno, lo diré —profirió Kit súbitamente envalentonado—. Esta casa ya no es de usted ni de él. Mi madre y yo tenemos una más pobre, pero es mejor que estar aquí, con estas personas que hay ahora. ¿Por qué no vienen a mi casa, hasta que su abuelo pueda encontrar algo mejor?

La niña no dijo nada. Kit, aliviado tras hacer su propuesta, aprovechó que se le había soltado la lengua para seguir hablando:

—Usted pensará que es pequeña e incómoda. Lo es, pero está muy limpia. Pensará que es ruidosa; pero no hay patio más tranquilo en todo el barrio. No tenga miedo por los niños. El bebé casi nunca llora y el otro es muy bueno. Además, yo me ocupo de ellos. No la molestarán mucho, estoy seguro. Inténtelo, señorita Nell. Inténtelo. La pequeña habitación de arriba que da al patio es muy agradable. Se puede ver un poco del reloj de la iglesia a través de las chimeneas, y casi la hora también. Mi madre dice que sería lo mejor para usted, y yo estoy seguro de ello. Mi madre les atendería a los dos, y yo trabajaría de recadero. No buscamos dinero, ¡no lo quiera el cielo! ¡Que no se le pase eso por la cabeza! ¿Lo va a intentar, señorita Nell? Dígame sólo que lo va a intentar. Procure que venga el amo, su abuelo, y pregúntele antes qué es lo que le he hecho yo. ¿Me lo promete, señorita Nell?

Antes de que la niña pudiera responder a tan encarecida petición, se abrió la puerta de la calle y el señor Brass asomó la cabeza, tocada con el gorro de dormir.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con voz agria.

Kit se escabulló inmediatamente y Nell, cerrando la ventana suavemente, se retiró al interior de la habitación.

Antes de que el señor Brass repitiera la pregunta por tercera vez, el señor Quilp, también tocado con el gorro de dormir, emergió por la misma puerta y miró atentamente a todo lo largo de la calle; después pasó a la acera de enfrente y examinó las ventanas de la casa. Tras comprobar que no había nadie a la vista, volvió a la casa con su amigo el leguleyo, expresando a voz en grito (cosa que la niña oyó desde la escalera) que había una conjura y un complot

contra él; que estaba en peligro inminente de que le robara y saqueara una banda de malhechores que merodeaba alrededor de la casa a todas horas; y que tomaría disposiciones cuanto antes para vender el inmueble y regresar de nuevo bajo su pacífico techo. Tras proferir estas cosas, y otras muchas amenazas de parecida índole, se hizo un ovillo otra vez en la camita de la niña, la cual, por su parte, desapareció sin hacer ruido escalera arriba.

Era perfectamente natural que su breve e inacabado diálogo con Kit dejara una fuerte impresión en el ánimo de la niña y se mezclara en su sueño de aquella noche con sus recuerdos durante mucho, mucho tiempo. Rodeada de acreedores insensibles y enfermeros mercenarios, y no encontrando en el colmo de su angustia y aflicción ninguna consideración ni simpatía ni siquiera por parte de las mujeres que la frecuentaban, no es de extrañar que el afectuoso corazón de la niña se conmoviera ante un espíritu amable y generoso, por rudo que fuera el templo en que habitaba. Gracias al cielo, los templos de tales espíritus no están hechos con las manos, y aparecen más dignamente adornados con pobres andrajos que con púrpura y finos ropajes.

CAPÍTULO DOCE

Al final, el anciano superó su grave crisis de salud y empezó a recuperarse. De manera lenta y gradual, fue recobrando el conocimiento; pero la mente seguía debilitada, pues sus funciones habían quedado afectadas. Durante largos períodos, se mostraba paciente y tranquilo, a menudo caviloso, pero no desanimado. Cualquier cosa bastaba para divertirlo, incluso un rayo de sol en la pared o en el techo. No se quejaba de que los días fueran largos o las noches aburridas. En realidad, parecía haber perdido toda noción del tiempo y toda sensación de angustia o fatiga. Permanecía sentado horas y horas con la manita de Nell en la suya, jugando con sus dedos y alisándole el pelo o besándola en la frente. Y cuando veía que las lágrimas iluminaban los ojos de la niña, miraba extrañado alrededor en busca de la causa y se olvidaba en ese mismo momento de su extrañeza.

El anciano y la niña hicieron una salida esporádica en coche, él apoyado en almohadones y ella atenta a su lado. Iban cogidos de la mano, como de costumbre. El ruido y el movimiento de la calle fatigaban al principio el cerebro del anciano, pero no se advertía en él ni sorpresa ni curiosidad ni placer ni irritación. Cuando ella le preguntaba si recordaba esto o aquello, contestaba: «Ah, claro, muy bien. ¿Por qué no?». A veces volvía la cabeza y, con la mirada seria y el cuello alargado, se fijaba en algún desconocido hasta que lo perdía de vista. Pero, a la pregunta de por qué lo hacía, no contestaba.

Un día, estando sentado en su sillón, y Nell en un taburete a su lado, un hombre preguntó al otro lado de la puerta si podía entrar.

—¡Sí! —contestó sin emoción—. Sé que es Quilp. Él es el amo ahora. Por supuesto que puede entrar.

Y entró.

—Me alegra verlo recuperado por fin, vecino —profirió el enano sentándose frente a él—. ¿Qué, ya se siente con fuerzas?

—Sí —contestó el anciano con voz débil—. Sí.

—No quiero meterle prisa, ¿sabe, vecino? —expuso el enano elevando la voz, pues los sentidos del anciano se habían embotado—. Pero cuanto antes aclare su futuro, mejor.

—Cierto —asintió el anciano—. Mejor para todas las partes.

—Verá usted... —prosiguió Quilp tras una breve pausa—, una vez retiradas las mercancías, esta casa resultaría muy incómoda, por no decir inhabitable.

—Dice bien —asintió el anciano—. Pero pobre Nelly. ¿Qué va a ser de ella?

—Cierto, cierto —farfulló el enano, asintiendo con la cabeza—. Muy buena observación. Así que pensará usted en esto, ¿verdad, vecino?

—Sí, claro —replicó el anciano—. No nos quedaremos aquí.

—Eso suponía —repuso el enano—. Ya he vendido las cosas. No han rendido tanto como me esperaba, pero no ha estado mal, nada mal. Hoy es martes. ¿Cuándo se van a mudar? No hay prisa. ¿Esta tarde, por ejemplo?

—Digamos el viernes por la mañana —precisó el anciano.

—Muy bien —asintió el enano—. Digamos, pues, el viernes, dejando bien claro que bajo ningún concepto se va a superar ese plazo.

—Descuide —lo tranquilizó el anciano—. Lo tendré en cuenta.

El señor Quilp pareció algo sorprendido de la manera extraña, resignada, con que todo aquello fue dicho. Pero en cuanto el anciano asintió con la cabeza y repitió «el viernes por la mañana..., lo tendré en cuenta», el enano, sin ninguna excusa más para entretenerse, se despidió cortésmente entre profusas expresiones de buena voluntad y repetidos cumplidos a su amigo por el buen aspecto que tenía, y bajó las escaleras para comunicar el resultado de la conversación al señor Brass.

Aquel día, y al día siguiente, el anciano permaneció en el mismo estado.

Anduvo de un lado a otro de la casa y entró en varias habitaciones con la vaga intención de decirles adiós; pero ni se refirió directamente a ella ni hizo ningún tipo de alusión a la entrevista de la mañana ni a la necesidad de encontrar otro alojamiento. Parecía confuso. Consciente de que la niña estaba afligida y necesitada de ayuda, a menudo la estrechaba contra su pecho y le pedía que alegrara la cara, asegurándole que ninguno de los dos dejaría nunca al otro. Pero, incapaz de ver la situación de una manera más clara, seguía en el mismo estado indolente, impertérrito a las verdaderas causas de su sufrimiento.

A esto lo llamamos infantilismo, pero es una pobre mofa, como la muerte del sueño. ¿Dónde, en los apagados ojos de quienes chocean, están la luz risueña y la vida de la infancia, la alegría que no ha conocido freno alguno, la franqueza que no se enfría por nada, la esperanza que nunca se pierde, los gozos que se marchitan en flor? ¿Dónde, en los marcados rasgos de la rígida y fea muerte, está la tranquila belleza del sueño, que habla del descanso de las horas de vigilia pasadas y de la dulce y tierna esperanza por las horas venideras? Pongamos la muerte y el sueño codo con codo y veamos si podemos encontrarles alguna afinidad. Pongamos juntos a la niña y al hombre añorado, y nos sonrojaremos del orgullo que difama nuestro antiguo estado de felicidad y da el mismo nombre a una imagen tan fea y distorsionada.

Llegó el jueves, y no se apreció ningún cambio en el anciano. Pero aquella noche, mientras los dos estaban sentados en silencio, ocurrió algo nuevo.

En un pequeño patio oscuro debajo de la ventana había un árbol verde y florido (demasiado para aquel lugar) que, cuando el aire movía las hojas, proyectaba una sombra trémula sobre la pared blanca. El anciano permanecía sentado observando los movimientos en aquella zona de luz hasta que el sol se ponía; y cuando anochecía, y la luna subía por el horizonte, aún seguía sentado en el mismo lugar.

Para una persona que había pasado tanto tiempo agitada en una cama de enfermo, estas pocas hojas verdes y esta luz tranquila, aunque languidecientes entre las chimeneas y los tejados, resultaban sumamente agradables: sugerían lejanos lugares silenciosos, descanso y paz.

La niña veía que su abuelo se conmovía en esas ocasiones y se abstenía de interrumpirlo. Pero ahora estaba llorando a lágrima viva, y esta visión conmovió su corazón dolorido. El anciano, como si fuera a ponerse de rodillas, le pidió que le perdonara...

—¿Perdonar? —objetó Nell sin dejarle proseguir—. Oh, abuelito, ¿qué tengo yo que perdonar?

—Todo lo que ha pasado, todo lo que te ha pasado a ti, Nell, todo lo que se

ha cumplido en ese sueño tan desgraciado —contestó el anciano.

—No diga eso —protestó la niña—. Por favor, no diga eso. Hablemos de otra cosa.

—Sí, sí, hablaremos de otra cosa —asintió él—. De lo que hablamos una vez hace mucho tiempo, hace meses, semanas o días, no recuerdo bien. ¿De qué fue, Nell?

—No le entiendo —se asombró la niña.

—Me ha venido hoy a la cabeza. Me ha venido cuando nos hemos sentado aquí. Y te bendigo por ello, Nell.

—¿Por qué, abuelito querido?

—Por lo que dijiste un día, Nell, de que nos convirtiéramos en mendigos. Shhh, hablemos bajito, pues, si nos oyen hablar los de ahí abajo, podrían alegar que me he vuelto loco y te separarían de mí. No nos quedaremos aquí ni un día más. Nos iremos lejos.

—Sí, vámonos —profirió la niña con brío—. Vámonos de este lugar y no volvamos nunca, no pensemos nunca más en él. Antes caminar descalzos por el mundo que quedarnos aquí.

—Sí, eso haremos —asintió el anciano—. Caminaremos por los campos, los bosques, las márgenes de los ríos, y nos confiaremos a Dios en los lugares donde Él habita. Mejor dormir de noche al raso, debajo de un cielo como ese (fíjate qué brillante está) que en habitaciones cerradas llenas de inquietud y de sueños atormentados. Tú y yo juntos, Nell, podemos ser aún alegres y felices, y aprender a olvidar lo pasado, como si no hubiera sucedido nunca.

—Seremos felices —exclamó la niña—. Nunca podremos serlo aquí.

—No, aquí nunca podremos, nunca, nunca. Eso es verdad —corroboró el anciano—. Nos iremos sin hacer ruido mañana muy temprano, sin que nadie se dé cuenta, y sin dejar rastro, para que nadie pueda seguirnos. ¡Pobre Nell! Tienes los carrillos pálidos y los ojos hinchados de tanto cuidarme y llorar por mí; sí, lo sé, por mí. Pero estarás bien otra vez, y alegre, cuando nos encontremos lejos de aquí. Mañana por la mañana, cariño, daremos la espalda a este escenario de dolor y aflicción y seremos más libres y felices que las aves.

El anciano puso las manos sobre la cabeza de la niña y, con voz quebrada, prometió que, a partir de aquel momento, vagarían juntos y no se apartarían el uno del otro hasta que la muerte los separara.

El corazón de la niña latía fuertemente, henchido de esperanza y confianza. En absoluto pensaba en el hambre, el frío, la sed, el sufrimiento. En aquel

proyecto no columbraba más que la vuelta a los placeres sencillos que habían disfrutado en otro tiempo, el fin de la triste soledad en que habían vivido, perder de vista a las personas sin corazón que los habían rodeado en aquellos días de tribulación, la restauración de la salud y la paz del anciano, y una vida llena de tranquila felicidad. Sol, ríos, prados, días de verano..., todo esto resplandecía ante sus ojos, sin encontrarle ninguna mácula a tan esplendoroso cuadro.

El anciano llevaba varias horas profundamente dormido, y ella aún estaba atareada en la preparación de la huida. Cogería algo de ropa para ella y para él: se decidió por ropa vieja, como correspondía a su condición de pobres, y un bastón para los débiles pasos de su abuelo. Pero con esto no concluyó su tarea: quería ver las viejas habitaciones por última vez.

¡Qué diferente era esta despedida de la que se había imaginado! ¡Cómo había podido pensar alguna vez en despedirse de manera triunfal! El recuerdo de tantas horas solitarias y tristes pasadas allí embargó su corazón emocionado y le hizo sentir ese deseo como una especie de crueldad. Permaneció sentada junto a la ventana donde había pasado tantas noches —mucho más oscuras que aquélla—, y en su mente se agolparon vivamente todos los pensamientos de esperanza o alegría que había tenido en aquel lugar, borrando por un instante sus dolorosas y lúgubres asociaciones.

Y luego estaba su cuartito, y su pobre pajarillo, cuya jaula colgaba de la pared. Lloró amargamente la pérdida de aquel animalito. Pero después se le ocurrió, sin saber cómo ni por qué, que podría caer en manos de Kit, quien lo cuidaría pensando tal vez que ella lo había dejado allí con la esperanza de que él lo cuidase, en prueba y testimonio de fidelidad. Este pensamiento la sosegó y consoló; y se fue a descansar con el corazón más ligero.

Tuvo varios sueños (por ejemplo, que vagaba por lugares luminosos y soleados, con algún objetivo inalcanzable), de los que se despertó para descubrir que era aún de noche y las estrellas seguían centelleando en el cielo. Al cabo, el día empezó a clarear y las estrellas a palidecer. Al ver que ya estaba amaneciendo, se levantó y se vistió para el viaje.

El anciano seguía durmiendo; como no quería molestarlo, lo dejó dormir un poco más hasta que salió el sol. Deseoso de escapar de la casa sin dilación, el anciano se declaró dispuesto a emprender la marcha.

La niña lo cogió de la mano y, con paso ligero y cauteloso, iniciaron la bajada de la escalera, temblando cada vez que crujía una madera y deteniéndose para escuchar. El anciano había olvidado su hatillo, la ligera carga que le tocaba llevar. El tiempo que tardó en volver pareció una eternidad.

Al final llegaron al pasillo de la planta baja, donde los ronquidos del señor Quilp y de su amigo el abogado infundieron más terror a sus oídos que el rugido de unos leones. Los cerrojos de la puerta estaban oxidados, y no fue fácil recorrerlos sin hacer ruido. Una vez conseguido, descubrieron que la puerta estaba cerrada con llave y, lo que era peor, que la llave había desaparecido. Entonces la niña recordó lo que una de las enfermeras le había dicho una vez: que Quilp siempre cerraba las dos puertas de noche y que guardaba las llaves en la mesa de su dormitorio.

Temblando de miedo, la pequeña Nell se quitó los zapatos y, deslizándose por el salón de la tienda de antigüedades, donde el señor Brass (el mueble más feo de cuantos allí había) estaba durmiendo sobre un colchón, pasó a su cuartito.

Se detuvo unos instantes aterrorizada al ver al señor Quilp, que tenía buena parte del cuerpo colgando de la cama, hasta el punto de que apoyaba la cabeza en el suelo, y, ya fuera por la incomodidad de la postura, ya por una de sus costumbres más agradables, jadeaba con fuerza y gruñía con la boca completamente abierta, con el blanco (o más bien con el sucio amarillo) de los ojos perfectamente visible. Sin embargo, no era el momento más indicado para preguntarle si le dolía algo. Así, apoderándose de la llave después de una apresurada mirada alrededor y pasando de nuevo por delante del señor Brass, que seguía durmiendo, volvió adonde estaba el anciano sin mayor dificultad. Tras conseguir abrir la puerta sin ruido, salieron a la calle, donde se detuvieron un instante.

—¿Por dónde? —preguntó la niña.

Con aire irresuelto y desvalido, el anciano miró primero a la niña, a continuación a derecha e izquierda y después a ella de nuevo, y sacudió la cabeza. La niña sintió que, a partir de aquel momento, debía ser su guía y capitana (sentimiento que no le produjo ninguna aprensión) y, tomándolo de la mano, se lo llevó suavemente de allí.

Era uno de los primeros días de junio. El cielo, no manchado por ninguna nube, destilaba un azul profundo. En la calle no había casi ningún transeúnte, las casas y tiendas estaban cerradas, y el saludable aire de la mañana vertía su hálito angelical sobre la ciudad dormida.

El anciano y la niña atravesaron aquel gozoso silencio henchidos de esperanza y deleite. Estaban solos otra vez. Cada objeto les parecía resplandeciente y nuevo. Nada les recordaba, salvo por contraste, la monotonía y angustia dejadas atrás. Las torres y agujas de las iglesias, ceñudas y sombrías en otras ocasiones, brillaban con el sol. No había esquina ni rincón, por humildes que fueran, que no se alegraran con aquella luz. El cielo, oscurecido sólo por la inmensa distancia, arrojaba su plácida sonrisa sobre

cuanto había allí debajo.

Los dos pobres aventureros, peregrinos sin rumbo, iniciaron así su salida de la ciudad, mientras esta aún dormía.

CAPÍTULO TRECE

Daniel Quilp, de Tower Hill, y Sampson Brass, del bufete Bevis Marks, en la City, distinguido caballero, uno de los procuradores de Su Majestad en los tribunales del King's Bench y en los Common Pleas de Westminster, además de abogado en el alto tribunal de la Chancery, siguieron durmiendo sin notar ni sospechar nada especial hasta que unos golpes en la puerta de la calle, repetidos varias veces y que de ligeros toquecitos se transformaron en un intenso tamborileo, producidos en largas descargas con breves intervalos, hicieron que el susodicho Quilp recuperara, no sin esfuerzo, la postura horizontal y mirara al techo con aire somnoliento e indiferente, denotando así que oía el extraño ruido, pero que, al mismo tiempo, era incapaz de prestarle la debida atención.

Pero como, en vez de amoldarse a aquel estado de somnolencia, los golpes aumentaron en intensidad y se volvieron más inoportunos (como severo reproche por seguir dormido ahora que ya había abierto los ojos), Daniel Quilp empezó paulatinamente a sopesar la posibilidad de que hubiera alguien en la puerta y, así, de manera gradual, se acordó primero de que era viernes por la mañana y después de que había ordenado a la señora Quilp presentarse a una hora temprana.

En cuanto al señor Brass, tras contorsionarse en unas posiciones muy extrañas, arrugó la cara y los ojos como quien acaba de comerse una ración de grosellas verdes. Al ver que el señor Quilp se estaba poniendo la ropa, se apresuró a vestirse, pero poniéndose los zapatos antes que los calcetines, enfilando las piernas en las mangas del abrigo y cometiendo otras pifias no inusuales en quienes se visten deprisa y se angustian cuando los han despertado de repente. Mientras el abogado estaba así ocupado, el enano palpó debajo de la mesa y, acto seguido, se puso a lanzar imprecaciones contra su persona, contra la humanidad en general y, de propina, contra todos los objetos inanimados. Lo cual movió al señor Brass a preguntarle:

—¿Qué ocurre?

—La llave —expresó el enano mirando con enojo a su alrededor—. La llave de la puerta, eso es lo que ocurre. ¿Sabe algo al respecto?

—¿Cómo podría yo saber algo al respecto, señor mío? —se disculpó el

señor Brass.

—¿Que cómo podría? —repitió Quilp con una risita—. Usted es un buen abogado, ¿no? ¡Vaya tipo más idiota!

No queriendo, al verlo tan malhumorado, contestar al enano que la pérdida de una llave no tenía por qué afectar a sus conocimientos jurídicos en ningún grado, el señor Brass sugirió humildemente que la llave debía de haberse quedado puesta la noche anterior y que, por consiguiente, y sin duda, seguiría todavía en su correspondiente cerradura. A pesar de que el señor Quilp estaba convencido de lo contrario, pues recordaba haberla retirado de la cerradura por precaución, se avino a admitir que era posible y, acercándose entre gruñidos a la puerta, la encontró efectivamente allí.

Ahora bien, en el momento preciso en que el señor Quilp ponía la mano en la cerradura y constataba con asombro que los cerrojos estaban descorridos, llamaron de nuevo a la puerta con mayor irritación y violencia, y la luz del sol que entraba por el ojo de la cerradura quedó tapada por un ojo humano. El enano se exasperó sobremanera y, dispuesto a volcar sobre otra persona su enfado, decidió salir de repente con cajas destempladas y dar a la señora Quilp un cordial recibimiento.

Tomada la decisión, giró la llave despacio y, abriendo la puerta del repente, se abalanzó sobre la persona que estaba en el otro lado, que en aquel momento levantaba la aldaba para un nuevo intento; y contra dicha persona tropezó el enano con la cabeza por delante, agitando pies y manos y tableteando los dientes con rabia y alevosía.

Sin embargo, en vez de precipitarse sobre una persona que no le ofrecía ninguna resistencia e imploraba su merced, el señor Quilp, tan pronto como se vio entre los brazos de dicha persona confundida con su esposa, fue saludado por dos contundentes golpes en la cabeza y dos más, de las mismas características, en el pecho; y en el cuerpo a cuerpo que se entabló recibió tal lluvia de puñetazos que bastó para convencerlo de que estaba en manos hábiles y experimentadas. Pero, antes que amilanarse ante semejante recibimiento, se agarró con fuerza a su adversario y empezó a morderle y a golpearlo con tal ardor y tenacidad que pasarían al menos dos minutos antes de que el otro pudiera soltarse. Entonces, y no antes, Daniel Quilp, sonrojado y despeinado, descubrió que se hallaba en medio de la calle y que el señor Richard Swiveller, ejecutando una especie de danza a su alrededor, le estaba preguntando «si quería más».

—Hay más ahí en esa tienda —le aseguraba el señor Swiveller avanzando y retirándose en actitud pugilística—; yo tengo siempre a mano un variado surtido. Se atienden con prontitud y celeridad los pedidos desde cualquier punto del país. ¿Quiere un poco más, caballero? No diga que no. ¡Déjese de

cumplidos!

—Creí que era otra persona —expresó Quilp sacudiéndose los hombros—. ¿Por qué no dijo quién era?

—¿Por qué no dijo usted, más bien, quién era —replicó Dick— en vez de salir de la casa como un poseso?

—Fue usted quien..., quien llamó a la puerta —dijo el enano, levantándose con un leve quejido—, ¿no es cierto?

—Sí, yo en persona —confirmó Dick—. Esa dama había empezado a llamar cuando yo llegué, pero lo hacía con demasiada suavidad, y decidí relevarla —mientras decía esto, señaló en dirección a la señora Quilp, que estaba temblando a corta distancia.

—Brrrr —gruñó el enano, lanzando una mirada airada a su mujer—. Creí que era culpa tuya. Y usted, señor..., ¿no sabe que hay alguien enfermo aquí y que usted ha llamado a la puerta como si quisiera echarla abajo?

—¡Vaya! —contestó Dick. Será por eso por lo que he llamado tan fuerte. Porque creía que aquí vivía un muerto.

—Usted ha venido por algún motivo, supongo —dijo Quilp cambiando de asunto—. ¿Qué es lo que desea?

—Quiero saber cómo está el anciano —respondió el señor Swiveller— y oírlo de labios de la propia Nell, con quien deseo mantener una pequeña conversación. Soy amigo de la familia, caballero; al menos, soy amigo de uno de los miembros de la familia, lo cual equivale a lo mismo.

—Entonces, es mejor que entre —decidió el enano—. Entre, caballero, entre. Y entre, señora Quilp. Detrás de usted, señora.

La señora Quilp vaciló, pero el señor Quilp insistió. No se trataba de un concurso de cortesías ni de una cuestión de modales, pues ella sabía muy bien que su marido quería que entrara en la casa por este orden para poder infligirle unos cuantos pellizcos en el brazo, lo que solía dejarle marcas negras y azules. El señor Swiveller, que no estaba en el secreto, se sorprendió un tanto al oír un grito reprimido y, mirando a su alrededor, vio a la señora Quilp dar unos saltitos; pero no dio mayor importancia a este particular y pronto lo olvidó.

—Muy bien, señora Quilp —le dijo el enano una vez en la tienda—. Ahora suba, si le parece, a la habitación de Nell y dígame que hay alguien que desea verla.

—Parece como si estuviera usted aquí en su propia casa —observó Dick, que no estaba al corriente de las nuevas prerrogativas de Quilp.

—No lo parece; es que estoy en mi propia casa, joven caballero —

puntualizó el enano.

Mientras Dick ponderaba lo que podían significar aquellas palabras, así como la presencia en la casa del señor Brass, la señora Quilp bajó las escaleras apresuradamente declarando que las habitaciones superiores se hallaban vacías.

—¿Vacías, estúpida? —apostrofó el enano.

—Te doy mi palabra, Quilp —contestó la esposa temblando—, de que he revisado todas las habitaciones y no hay un alma en ninguna de ellas.

—Lo cual —terció el señor Brass dando palmas con energía— explica el misterio de la llave...

Quilp miró fija y ceñudamente al señor Brass, a su mujer y a Richard Swiveller de manera consecutiva sin recibir iluminación de ninguno de ellos y se lanzó precipitadamente escaleras arriba, de donde volvió a bajar al poco con la misma precipitación, confirmado en lo que se le había anunciado.

—Curiosa manera —dijo mirando a Swiveller, harto curiosa en efecto, de irse sin comunicarlo a un amigo tan íntimo como yo. ¡Bueno! Me escribirá sin duda; aunque lo haga Nell en su lugar. Sí, sí, Nell escribirá. Me tiene mucho aprecio. ¡Qué preciosa es Nell!

El señor Swiveller, boquiabierto, seguía sin entender nada. Quilp lo miraba furtivamente. Se volvió hacia el señor Brass y, con disimulada indiferencia, opinó que aquello no tenía por qué interferir en la retirada de las mercancías.

—Sabíamos que pensaban irse hoy —añadió—, pero no que se irían tan temprano ni tan sigilosamente. En fin, sus razones tendrán. Sus razones tendrán...

—¿A dónde diablos se han ido? —quiso saber Dick.

Quilp sacudió la cabeza y frunció los labios, dando a entender que lo sabía pero no podía decirlo.

—Y por cierto —volvió a preguntar Dick mirando al batiburrillo de cosas que se amontonaban a su alrededor—, ¿qué quiere decir con lo de la retirada de las mercancías?

—Que las he comprado yo, caballero —contestó Quilp—. ¿Algo que alegar?

—O sea, que el viejo zorro ha hecho fortuna y se ha ido a vivir a un lugar tranquilo y agradable con una lejana vista sobre el cambiante mar, ¿no? —preguntó Dick con aire de no entender nada.

—Sí, manteniendo oculto su lugar de retiro para que no pueda ser visitado

por afectuosos nietos o devotos amigos, seguro —añadió el enano restregándose las manos con ahínco—. No es que lo diga yo, pero ¿no es eso lo que ha querido decir usted?

Richard Swiveller estaba consternado ante el imprevisto vuelco de las circunstancias, que amenazaba con echar por tierra un proyecto en el que él representaba un papel tan importante y que parecía ahogar sus perspectivas de futuro. Tras enterarse la noche anterior por mediación de Frederick Trent de la enfermedad del anciano, había acudido a hacerle a Nell una visita de condolencia (y de investigación) como primera entrega de una fascinante serie de excursus destinados a encender el corazón de la joven. Pero ahora, tras reflexionar sobre toda suerte de caballerosas aproximaciones (y sobre la manera de vengarse de Sophy Wackles), resultaba que Nell, el anciano y todo el dinero se habían esfumado, sin saberse adónde, como anticipándose a este plan y mandándolo al garete en el punto mismo de partida, antes de que hubiese dado el primer paso.

En el fondo de su ser, Daniel Quilp se sentía a la vez sorprendido y turbado por dicha huida. A su ojo avizor no se le había escapado que algunas prendas de vestir indispensables habían desaparecido con los fugitivos y, conociendo el débil estado mental del anciano, se preguntó cuál podría ser el motivo por el que se había procurado tan deprisa el concurso de la niña. No debía suponerse (o habría sido una gran injusticia para el señor Quilp) que lo torturara alguna desinteresada cuita por el viejo o por la niña. Su inquietud surgía de cierta sospecha de que el anciano tuviera escondido dinero en algún lugar que él desconocía; y la posibilidad de que se le escapara de las manos le hacía mortificarse e infligirse reproches de todo tipo.

Con este estado de ánimo, le resultó un consuelo descubrir que, por razones diferentes, Richard Swiveller se sentía irritado y defraudado por la misma causa. Era obvio, pensó el enano, que había acudido allí en nombre de su amigo para, camelando o amedrentando al anciano, sacarle una porción de la fortuna que le suponían. Por lo cual, era un alivio para Quilp atormentar a Swiveller pintándole las riquezas que atesoraba el anciano y la astucia de este al conseguir rehuir la mirada de los importunos.

—Bueno —suspiró Dick con la mirada perdida—, supongo que ya no tiene ningún sentido que me entretenga aquí.

—En efecto —convino el enano.

—¿Le importaría hablarles de mi visita? —preguntó Dick.

El señor Quilp dijo que no le importaba en absoluto, que les hablaría de ello cuando los viera.

—Y dígales también —añadió el señor Swiveller—, dígales, señor mío,

que he venido aquí transportado por la alada concordia; que he venido para retirar, con el rastrillo de la amistad, las semillas de la violencia y la acritud recíprocas y sembrar en su lugar la simiente de la armonía social. ¿Tendrá la bondad de transmitirles esta embajada, caballero?

—¡No lo dude ni un momento! —proclamó Quilp.

—Y, abusando de su amabilidad, ¿puedo solicitarle otro favor, caballero? —abundó Dick sacando una pequeña tarjeta mustia—. Dígales que esta es mi dirección y que se me puede encontrar en casa todos los días por la mañana. Dos golpes separados bastarán para que aparezca la criada al instante. Mis amigos más íntimos, caballero, están acostumbrados a emitir un estornudo cuando la puerta está abierta, dándome así a entender que se trata de amigos, que por tanto no tienen motivos interesados para preguntar si estoy en casa. Disculpe, caballero, ¿me permite echarle un vistazo de nuevo a esa tarjeta?

—Por supuesto, por supuesto —se avino Quilp.

—Por un ligero y naturalísimo error, caballero —se disculpó Dick sustituyendo la tarjeta por otra—, le he dado la de un selecto círculo llamado «los Gloriosos Apolos», de los que tengo el honor de ser el presidente perpetuo. He aquí el documento apropiado, caballero. Que tenga muy buen día.

Quilp le deseó también un buen día. El gran maestro perpetuo de los Gloriosos Apolos, quitándose el sombrero en honor de la señora Quilp, se lo colocó de nuevo negligentemente en un lado de la cabeza y desapareció con un ringorrango.

Para entonces, ya habían llegado unos furgones para el traslado de las mercancías, y varios hombres robustos con gorras en la cabeza transportaban cómodas y otros muebles de parecida índole y realizaban otras hazañas musculares que elevaban considerablemente el color de su tez. Para no ser menos en medio de tan frenética actividad, el señor Quilp se puso a trabajar con sorprendente diligencia empujando y azuzando, cual espíritu maligno, a todas las personas de su alrededor, encomendando a la señora Quilp toda suerte de tareas arduas e impracticables, subiendo y bajando él mismo grandes pesos sin ningún esfuerzo aparente, dando patadas al chico del embarcadero siempre que lo tenía a su alcance y, con los bultos que llevaba, infligiendo chichones y empellones al señor Brass, que se hallaba en los escalones de la puerta respondiendo a las preguntas de vecinos curiosos, según el cometido que se le había asignado. Su presencia y ejemplo infundieron tal premura a los empleados que, a las pocas horas, la casa ya estaba completamente vacía, salvo por trozos de felpudo, jarras de cerveza vacías y paja esturreada.

Sentado como un jefe africano en uno de estos trozos de felpudo, el enano

estaba regalándose en el salón con pan, queso y cerveza cuando observó, pero sin dar muestras de percatarse, que un mozalbete andaba curioseando junto a la puerta. Convencido de que era Kit, aunque no le había visto más que la nariz, el señor Quilp lo llamó por su nombre. El chico se acercó y preguntó qué quería.

—Acérquese, caballero —exclamó el enano—. Vaya, así que su antiguo amo y su joven ama se han ido, ¿no?

—¿Adónde? —preguntó Kit mirando alrededor.

—¿Quieres decir que no lo sabes? —preguntó a su vez Quilp con brusquedad—. ¿Adónde han ido? ¡Vamos!

—No lo sé.

—Vamos —insistió Quilp—, déjate de pamplinas. ¿Quieres decir que no sabes adónde se han marchado sigilosamente en cuanto ha amanecido esta mañana?

—No —contestó el chico con evidente sorpresa.

—¿No lo sabes? —gritó Quilp—. ¿Acaso no sé que andabas merodeando por la casa la otra noche como un ladrón, eh? ¿Seguro que no te han dicho nada?

—Seguro —repitió el chico.

—¿Qué te dijeron entonces, de qué hablasteis entonces? —volvió a la carga Quilp.

Kit, que no tenía ninguna razón para mantener el secreto, le reveló por qué había acudido allí en aquella ocasión y la propuesta que había hecho.

—¡Ah! —expresó el enano tras una breve reflexión—. Entonces, creo que irán a tu casa pronto.

—¿Cree que irán? —preguntó Kit con ansiedad.

—Sí, eso creo —repitió el enano—. Ahora bien, cuando vayan me lo dices, ¿me oyes? Que yo lo sepa; y te daré algo. Yo quiero ayudarles, pero eso no puedo hacerlo a menos que sepa dónde están. ¿Oyes bien lo que te digo?

Kit habría dado una respuesta nada agradable a su irascible interrogador si el chico del embarcadero, que estaba rebuscando en las cosas dejadas por los fugitivos, no hubiera gritado:

—¡Aquí hay un pájaro! ¿Qué hacemos con él?

—Retorcerle el pescuezo —respondió Quilp.

—¡Oh, no! No haga eso —suplicó Kit dando un paso adelante—. Démelo

a mí.

—¡Sí, hombre, a ti te lo voy a dar! —contestó el otro chico—. ¡A ti qué te importa esta jaula! Voy a retorcerle el pescuezo, ¿te enteras? Ha dicho que lo haga. Esta jaula no es tuya, ¿te enteras?

—Dádmela a mí, ¡dádmela, par de perros! —bramó Quilp—. Pelead por ella, par de perros, o seré yo quien le retuerza el pescuezo.

Los dos chicos no necesitaron oír más: se lanzaron el uno sobre el otro con uñas y dientes mientras Quilp, sosteniendo la jaula con una mano y con la otra clavando una navaja —como extasiado— en el suelo, los azuzaba con pullas y gritos para que pelearan con más ahínco. Fue un combate muy igualado, en el que rodaron por el suelo intercambiando golpes que distaban mucho de ser juveniles, hasta que Kit, asestando un derechazo en el pecho de su adversario, se liberó de él, saltó con agilidad y, arrebatándole la jaula a Quilp, salió corriendo con el trofeo en la mano.

No se detuvo hasta llegar a su casa, donde su cara ensangrentada asustó a todos, en especial al hermanito mayor, que se puso a aullar horriblemente.

—¡Dios bendito!, Kit, ¿qué te ha pasado, qué has estado haciendo? —gritó la señora Nubbles.

—No te preocupes, madre —contestó el hijo secándose la cara con la toalla que había colgada detrás de la puerta—. No estoy herido, no temas nada. Me he peleado por un pájaro y me lo he llevado; no ha pasado nada más. ¡Deja de gritar, Jacob! Nunca he visto a un niño más gritón en mi vida.

—¡Has estado peleando por un pájaro! —exclamó su madre.

—Sí, madre, por un pájaro —contestó Kit—. Aquí está. Es el pájaro de la señorita Nell, madre, e iban a retorcerle el cuello. Pero yo lo he impedido, ¡ja, ja, ja! Querían torcerle el cuello delante de mí, ja, ja. Eso querían, madre, ni más ni menos. ¡Ja, ja, ja!

Kit reía con tantas ganas, enseñando entre la toalla su cara hinchada y magullada que hizo reír al pequeño Jacob, y luego a la madre, y a continuación el bebé se puso a canturrear y a dar patadas de alegría, y al final todos rieron a coro, en parte por el triunfo de Kit y en parte porque se querían mucho. Terminado el ataque de risa, Kit enseñó el pajarillo a los dos niños, como si se tratara de un animal raro y precioso —era un simple pardillo— y, descubriendo en la pared un clavo suelto, utilizó de andamio una mesa y una silla y lo arrancó con entusiasmo.

—Mmm, dejadme que vea —exclamó el chico—. Creo que lo colgaré en la ventana; hay más claridad y más alegría, y puede ver el cielo siempre que quiera mirar. Es de los que cantan, ¡os lo puedo asegurar!

Y, utilizando de nuevo el andamio, Kit se sirvió del atizador para clavar el clavo y colgó de él la jaula, para inconmensurable alborozo de toda la familia. Cuando, tras varios intentos, la equilibró debidamente, se retiró hasta la chimenea para ver cómo quedaba y, con la anuencia general, decidió que había quedado estupendamente.

—Y ahora, madre —articuló el chico—, antes de descansar voy a ver si encuentro algún caballo del que cuidar y después compro un poco de alpiste para el pájaro y algo bonito para ti.

CAPÍTULO CATORCE

Como Kit se convencía fácilmente de que la casa vieja le quedaba de camino, pues este podía tomar cualquier rumbo, volver a pasar por allí le pareció un asunto de perentoria necesidad, que no podía sino aceptar, y no el resultado de un deseo personal. No es inhabitual que personas mucho mejor alimentadas e instruidas que Christopher Nubbles consideren imperativas inclinaciones personales de dudosa moralidad y se vanaglorien de la abnegación con la que se entregan.

Ya no había razones para extremar la precaución ni para temer que se produjera un nuevo combate con el mozo de Daniel Quilp. La casa, completamente desierta, parecía llevar varios meses polvorienta y lóbrega. Un oxidado candado mantenía cerrada la puerta, jirones de tela y de cortinas descoloridas colgaban de las ventanas superiores medio abiertas y por las rendijas de los postigos de la planta baja se entreveía la oscuridad que reinaba en el interior. Algunos cristales de la ventana a la que había mirado tantas veces se habían roto en medio del trajín de aquella mañana, y la habitación parecía más solitaria y oscura que ninguna otra. Un grupo de chiquillos ociosos había tomado posesión de los escalones de la puerta; unos jugando con la aldaba y prestando oído, deliciosamente asustados, a los sonidos que reverberaban por toda la casa vacía, y otros apiñados junto a la cerradura para observar, medio en broma, medio en serio, al «fantasma» surgido de la oscuridad e inactividad recientes, acrecentadas por el misterio que rodeaba a los anteriores habitantes. La casa, la única de una calle bulliciosa que parecía desocupada y cerrada, ofrecía un cuadro de desolación; y Kit, recordando los alegres momentos junto al alegre fuego las noches de invierno y las no menos alegres risas que habían resonado en la pequeña habitación, se alejó embargado por un sentimiento de profunda tristeza.

Conviene observar, para ser justos con el pobre Kit, que no era en modo alguno un chico de temperamento sentimental (y tal vez ni siquiera había oído

este adjetivo en su vida). Era un mozuelo de corazón bueno y agradecido, pero desprovisto de galanura y modales corteses. En consecuencia, en vez de volverse a casa con su dolor y dar una patada a los niños e insultar a la madre (como cierta gente bien educada que cuando está enfadada quiere ver a todo el mundo igualmente descontento), buscó la manera de hacerlos lo más felices posible.

¡Santo cielo! ¡Cuántos jinetes cabalgando de un lado a otro, pero qué pocos estaban dispuestos a dejar que alguien cuidara sus caballos! Por el número de los que pasaban a caballo, un especulador de la City o el miembro de alguna comisión parlamentaria podría haber calculado, de manera bastante aproximada, la cantidad de dinero que se ganaba en Londres en el transcurso de un año solamente cuidando de caballos. Sin duda habría sido una cantidad muy grande si sólo la vigésima parte de los caballeros sin criado hubieran puesto pie en tierra; pero no era el caso, y con frecuencia una circunstancia tan miserable como esta echa a perder los cálculos más ingeniosos del mundo.

Kit seguía andando, a veces rápido y otras lento, o deteniéndose cuando algún jinete aflojaba el paso de su caballo y miraba alrededor, y con mucha rapidez si vislumbraba a alguno acercándose perezosamente al lado en sombra de la calle con intención de detenerse junto a una puerta. Pero todos, uno tras otro, proseguían su camino, y no consiguió ni un penique. «Me pregunto — pensó— si tal vez alguno de estos caballeros, al saber que no hay nada en la despensa de mi casa, se detendría adrede para que yo pudiera ganarme algo».

Estaba bastante cansado de tanto andar, y sobre todo de tanto desengaño, y decidió sentarse en un escalón a descansar un rato; y en esto se acercó un pequeño coche que, chirriando y castañeteando, iba tirado por un poni obstinado y de pelo áspero, conducido por un vejete de cara plácida. Junto al vejete iba sentada una viejecita, también regordeta y de aspecto igualmente plácido. El poni avanzaba a su antojo cumpliendo el cometido que se le había asignado. Si el anciano le regañaba tirando de las riendas, él replicaba sacudiendo la cabeza. Era evidente que lo máximo que el poni toleraba era ir por la calle por la que su amo quería transitar, pero parecía un pacto convenido que el animal avanzaría a su antojo, o no avanzaría.

Al pasar por donde Kit estaba sentado, este miró con tantas ansias el pequeño carruaje que el anciano caballero reparó en él. Kit se levantó y se llevó la mano a su sombrero, y el anciano caballero le indicó al poni que deseaba detenerse, propuesta a la que el animal (que raras veces ponía objeciones a este tipo de sugerencias) accedió de buen grado.

—Disculpe, señor —dijo Kit—. Siento haberlo detenido. Sólo quería saber si quiere que me ocupe de su caballo.

—Paro en la siguiente calle —repuso el viejo caballero—. Si quieres

seguirnos, puedes ocuparte de él.

Kit le dio las gracias y obedeció muy contento. El poni salió disparado formando un ángulo agudo para inspeccionar una farola de un lado de la calle y luego se lanzó por la tangente hacia otra farola en el lado opuesto. Satisfecho de que fueran del mismo modelo y material, se detuvo con aire meditabundo.

—¿Quiere seguir el señor —le preguntó el anciano caballero gravemente— o debemos quedarnos parados aquí y llegar tarde a nuestra cita?

El poni permaneció inmóvil.

—¡Malvado Whisker! —apostrofó la anciana señora—. ¡Vete al diablo! Estoy avergonzada de semejante conducta.

Al poni debió de impresionarle aquella apelación a sus sentimientos, dado que se puso a trotar al punto, aunque no con muchas ganas, y ya no se detuvo hasta llegar a una puerta en la que había una placa de metal con la inscripción «Witherden - Notario». El anciano caballero se apeó y ayudó a bajar a la anciana señora; a continuación sacó de debajo del asiento un ramillete parecido, en forma y dimensiones, a un calentador de cama con el mango recortado, que la anciana señora llevó a la casa con aire adusto y ceremonioso, seguida a unos pasos por el anciano caballero, que tenía un pie zopo.

Como se podía deducir por las voces, entraron al salón principal, que parecía un despacho. Como el día era cálido y la calle se hallaba silenciosa, las ventanas estaban abiertas de par en par, por lo que resultaba fácil oír la conversación a través de las persianas.

Al principio hubo apretones de manos y arrastre de pies, seguidos del ofrecimiento del ramillete, pues una voz, que al oyente le pareció la del señor Witherden, el notario, se deshacía en elogios como: «¡Oh, maravilloso, qué perfume!», y una nariz, que cabía imaginar propiedad del mismo caballero, inhaló el perfume con varios husmeos de inexpresable placer.

—Lo he traído para festejar la ocasión, caballero —proclamó la anciana señora.

—Ah, y muy buena ocasión, en efecto, señora, una ocasión que me honra, que me honra sobremanera, señora —corroboró el notario Witherden—. Yo he tenido aquí a muchos caballeros, señora, a muchos. Algunos nadan actualmente en la abundancia, sin reparar en su antiguo compañero y amigo, señora, pero otros han conservado la costumbre de venir a verme de cuando en cuando y decirme: «Señor Witherden, algunas de las horas más agradables de mi vida las he pasado en este despacho, sentado en esta misma silla, de veras». Pero de entre todas estas personas, por grande que fuera el aprecio que les tributara, a ninguna le auguro un futuro tan brillante como el que le auguro a

su único hijo.

—¡Oh, caballero —profirió la anciana señora—, qué feliz nos hace con esto que dice, de veras!

—Esto lo creo y lo digo, señora —prosiguió el señor Witherden—, como hombre honrado que me considero, que, como observa el poeta, es la obra más excelsa de cuantas ha creado Dios. Convengo plenamente con el poeta en esta apreciación, señora. Los Alpes montañosos, por una parte, o el ruiseñor, por la otra, son poca cosa frente a la obra maestra de la Creación que es el hombre honrado, o la mujer honrada, claro está.

—Cualquier cosa que el señor Witherden pueda decir de mí —expresó suavemente una voz tranquila— yo la puedo decir de él redoblada, no me cabe la menor duda.

—Es una circunstancia feliz, muy feliz —prosiguió el notario— que sea también hoy su vigésimo octavo aniversario, extremo que espero saber apreciar. Confío, señor Garland, estimado señor, que podamos felicitarnos mutuamente en tan venturosa ocasión.

A lo que el anciano caballero replicó diciendo que no deseaba otra cosa. A continuación, pareció repetirse otro apretón de manos, y después el anciano caballero dijo que, aunque no estaba bien que lo dijera él, creía que ningún hijo había deparado nunca mayor consuelo a sus padres que Abel Garland a los suyos.

—Casarnos, señor, como nos casamos mamá y yo, en una fase tardía de la vida, después de esperar tantos años hasta hallarnos económicamente desahogados..., uniéndonos cuando ya no éramos jóvenes y luego siendo bendecidos con la llegada de un hijo que ha sido siempre tan atento y cariñoso..., es una verdadera fuente de felicidad para los dos, créame, señor mío.

—Por supuesto que lo es. De eso no me cabe la menor duda —convino el notario desbordando simpatía—. Es la contemplación de estas cosas lo que me hace deplorar mi condición de soltero. En otro tiempo, caballero, hubo una señorita, la hija de un armador de la máxima respetabilidad...; pero hablar de eso denota debilidad de mi parte. Chuckster, trae el contrato de aprendizaje del señor Abel.

—¿Sabe una cosa, señor Witherden? —expresó la anciana señora—. Abel no se ha educado como la mayoría de los jóvenes. Siempre se ha complacido en cultivar nuestra sociedad, siempre ha estado con nosotros. Abel nunca se ha alejado de nosotros, ni un solo día; ¿verdad, querido?

—Nunca, querida —respondió el anciano caballero—, salvo cuando fue a

Margate un sábado con el señor Tomkinley, el maestro de su escuela, y no volvió hasta el lunes siguiente. Pero después estuvo enfermo, ¿recuerdas, querida? Fue un pecadillo de disipación.

—No estaba acostumbrado, ya lo sabes —señaló la anciana señora—; no lo soportó, esa es la verdad. Además, no disfrutó allí sin nuestra compañía, no tenía a nadie con quien hablar o distraerse.

—Eso ya pasó —terció la misma voz suave que había hablado antes—. Yo estaba muy lejos, mamá, muy triste pensando que se interponía el mar entre nosotros. ¡Ay, nunca olvidaré la impresión que me produjo saber que él mar se interponía entre nosotros!

—Nada más natural en semejantes circunstancias —abundó el notario con tono exculpatorio—. Los sentimientos del señor Abel hacen honor a su carácter, como hacen también honor al carácter de usted, señora, y al carácter de usted, su padre, y a la naturaleza humana en general. Yo veo esta misma corriente fluir en toda su conducta tranquila y honesta. Voy a firmar, presten atención, al pie del contrato de aprendizaje, de la que el señor Chuckster será testigo; y colocando el dedo sobre este sello azul romboidal, me veo obligado a observar, con voz clara y distinta (no se alarme, señora, es una pura formalidad jurídica) que ejecuto esto como un acta notarial libre y voluntariamente. El señor Abel pondrá su nombre junto al otro sello repitiendo las mismas palabras cabalísticas, y asunto concluido. ¡Ja, ja, ja! ¿Ven con qué facilidad se hacen estas cosas?

Se produjo un breve silencio mientras el señor Abel cumplimentaba la formalidad requerida. Después se oyeron nuevos apretones de manos y arrastres de pies, y a continuación el tintineo de vasos de vino y una animada cháchara de todos los presentes. Aproximadamente un cuarto de hora después, el señor Chuckster (con una pluma detrás de la oreja y la cara iluminada por el vino) aparecía en la puerta y, dirigiéndose condescendentemente a Kit con el jocosos apelativo de «pilluelo», le informó de que los visitantes iban a salir.

Y así fue: primero, el señor Witherden, que era bajito, regordete, con los pómulos colorados, activo y pomposo, conduciendo a la anciana señora con suma cortesía, y el padre y el hijo siguiéndoles detrás cogidos del brazo. El señor Abel, que aparentaba más años de los que tenía, parecía en efecto casi de la misma edad que su padre: se le asemejaba muchísimo en los rasgos y en la fisonomía, aunque carecía de su aplomo y jovialidad, en su lugar, exhibía una tímida reserva. En todos los demás aspectos, en lo aseado del vestido, e incluso en el pie zopo, el anciano caballero y él eran prácticamente idénticos.

Después de asegurarse de que la anciana señora estaba cómodamente instalada en su asiento (tras ayudarle a ponerse el sobretodo y entregarle un pequeño cesto que constituía una porción indispensable de su equipaje), el

señor Abel se sentó en un pequeño banco colocado expresamente para él y sonrió a todos los presentes, empezando por su madre y terminando por el poni. A continuación se produjo una pequeña zaragata cuando el poni se resistió a levantar la cabeza para que le sujetaran las riendas. Conseguido al fin, el anciano caballero, después de tomar asiento y coger las riendas, se llevó la mano al bolsillo para darle una moneda de seis peniques a Kit.

Pero no tenía seis peniques, ni tampoco la anciana señora ni el señor Abel ni el notario ni el señor Chuckster. Manifestó que un chelín le parecía demasiado, pero, con todo, como no había en la calle ninguna tienda para cambiar, le dio la moneda al chico.

—Escucha, jovencito —le dijo bromeando—, vuelvo el lunes que viene a la misma hora; así que procura estar aquí para hacerte merecedor de la moneda.

—Gracias, señor —expresó Kit—. Estaré aquí, descuide.

Kit habló completamente en serio, pero todos se rieron de buena gana al oírle decir aquello, especialmente el señor Chuckster, a quien la broma le hizo desternillarse de risa. En cuanto al poni, presintiendo que iba a casa, o determinado a no ir a ninguna otra parte (lo que equivalía a lo mismo), se alejó al trote. Kit no se lo pensó dos veces y se fue de allí también. Gastó su tesoro en cosas que, sabía, serían bien recibidas en casa, sin olvidar algunas simientes para el maravilloso pajarillo. Tras lo cual, volvió a casa corriendo, contento por su éxito y buena estrella, pero más contento aún porque creía que Nell y el anciano iban a llegar antes que él.

CAPÍTULO QUINCE

La mañana de la partida, mientras recorrían las calles silenciosas de la ciudad, la niña temblaba con una mezcla de esperanza y miedo cuando, ante una figura entrevista en la lejanía, su imaginación le sugería que podría ser el bueno de Kit. Pero, aunque le habría encantado darle la mano y agradecerle lo que le había dicho en su último encuentro, sentía alivio al descubrir, cuando la figura se iba acercando, que no se trataba de él, sino de un extraño; pues, aunque esta visión no hubiera producido en su compañero de viaje el efecto que temía, sentía que decir adiós ahora a cualquiera, y en especial a un amigo que había sido tan fiel y sincero, le resultaría insoportable. Ya bastaba con haber dejado atrás tantos objetos, cosas que no le producían ni afecto ni tristeza. Decir adiós a su único amigo en el umbral de aquel largo viaje le habría destrozado el corazón.

¿Por qué soportamos mejor despedirnos con el espíritu que con el cuerpo, y tenemos fuerzas para irnos, pero no para despedirnos? En la víspera de los largos viajes o de una ausencia de muchos años, los amigos íntimos se separan con la mirada habitual, el apretón de manos habitual, fijando un último encuentro para la mañana siguiente, aunque ambos saben que no es más que un simple engaño para ahorrarse el dolor de decir adiós, y que ese encuentro no, tendrá nunca lugar. ¿Es más duro soportar la posibilidad que la certeza? No abandonamos nunca a nuestros amigos moribundos; no despedirnos propiamente de alguien a quien hemos querido mucho podría dejarnos un gran sinsabor por el resto de nuestras vidas.

La ciudad se alegraba con la luz matutina, lugares que parecían lúgubres y siniestros durante la noche se mostraban ahora sonrientes, y los refulgentes rayos del sol, bailando sobre las ventanas y penetrando por las persianas y cortinas hasta los ojos de los durmientes, inundaban de luz los sueños y expulsaban las sombras de la noche. Las aves, en sus pajareras calientes pero aún tapadas y oscuras, sentían la llegada del día y se impacientaban e inquietaban en sus pequeñas celdas. Los ratones, de ojos brillantes, volvían a sus minúsculas madrigueras, donde se recogían tímidamente; el lustroso gato, olvidado de su presa, se sentaba parpadeando para captar los rayos de sol que entraban por el ojo de la cerradura y por la ranura en la puerta, ansiando la carrera saludable y el cálido baño de sol cuando le dejaran salir. Los animales más nobles seguían confinados en sus cuadras, inmóviles detrás de los barrotes y mirando, con ojos en los que se reflejaban antiguas forestas, las ramas meciéndose y el sol que se filtraba por algún ventanuco; pisaban impacientemente el suelo que sus patas prisioneras ya habían desgastado y seguían mirando. Las flores que duermen de noche abrían sus bellas corolas y las volvían hacia la claridad. La luz, el alma de la Creación, reinaba por doquier, y todas las cosas reconocían su virtud.

Los dos peregrinos, apretándose la mano o intercambiando una sonrisa o mirada alegre, proseguían su camino en silencio. Aquella resplandeciente y hermosa mañana había algo solemne en las calles largas, desiertas, de las que, como cuerpos sin almas, habían desaparecido el carácter y la expresión habituales, no dejando más que una uniforme y muerta quietud, que lo hacía todo igual. Todo estaba tan silencioso en aquella hora temprana que la escasa y ojerosa gente con que se cruzaban parecía tan inadecuada como una lamparilla dejada arder toda la noche, débil e impotente ante la gloriosa plenitud del sol.

Al poco de adentrarse en el laberinto de calles que aún se interponían entre ellos y la periferia, este aspecto empezó a ceder su lugar al ruido y al bullicio. Primero, unas carretas y carruajes que avanzaban cansinamente rompieron el encanto; luego, otras; después, otras aún más ruidosas y, finalmente, una multitud. Al principio era asombroso ver el escaparate de una tienda abierta;

después, ver una cerrada. El humo subía despacio de las chimeneas mientras saltaban los cierres de las ventanas y se abrían las puertas. Y las criadas, mirando en todas las direcciones menos a sus escobas, arrojaban nubes marrones de polvo a los ojos de los transeúntes que intentaban esquivarlo, o escuchaban embobadas a los lecheros que hablaban de ferias campestres, de carretas con toldos engalanados y, por si fuera poco, de mozos bizarros, a los que irían a ver por la tarde.

Pasado este barrio, llegaron a una zona de comercio y gran tráfico, adonde acudían muchas personas y que ofrecía una gran actividad. El anciano observó a su alrededor con una mirada atemorizada y perpleja, pues quería evitar esos lugares. Se llevó el índice a los labios y empujó a la niña por estrechos patios y caminos tortuosos, y no cejó hasta alejarse de aquella zona, volviendo con frecuencia la cabeza mientras murmuraba que la ruina y el suicidio anidaban en aquellas casas y que ellos dos podrían convertirse en víctimas si no aceleraban el paso.

Pasado también este barrio, llegaron a un vecindario de casas humildes, divididas en cubículos, que tenían las ventanas parcheadas con jirones de tela y cartón, lo que expresaba elocuentemente la pobreza general que allí reinaba. Las tiendas ofrecían mercancías que sólo la pobreza podía comprar, y los vendedores y compradores se empujaban y a veces incluso se agarraban del cuello. Había calles pobres de clase media caída en desgracia que intentaba, con poco espacio y recursos miserables, convertirlas en su última y melancólica parada; pero el recaudador de contribuciones y el acreedor acudían allí como a cualquier otro sitio, y la pobreza, con algún conato de resistencia, no era menos escuálida y manifiesta que la que, resignada desde hacía tiempo, se había dado por vencida.

Enfilaron una calle ancha, pero su carácter seguía siendo el mismo (pues los humildes seguidores de la riqueza del campo plantan la tienda en su entorno). Casas podridas por la humedad, unas en alquiler, otras aún en construcción, otras a medio construir o desmoronadas; viviendas donde era difícil saber quiénes necesitaban más de la piedad, los arrendadores o los que vivían del alquiler; niños mal alimentados y mal vestidos en mitad de la calle; madres regañonas arrastrando ruidosamente los zuecos; padres harapientos acudiendo con aire abatido al trabajo que les reportaría el «pan de cada día» y poco más; mujeres que lavaban la ropa batiéndola con palos, zapateros remendones, sastres y candeleros que ejercían su oficio en cuartos de estar, cocinas, habitaciones interiores y buhardillas, todos apiñados bajo el mismo techo; fábricas de ladrillo, ennegrecidas y desconchadas por las llamas, que rodeaban jardines vallados con estacas de viejos toneles o de madera saqueada en casas derruidas; montones de hierbajos cenagosos, ortigas, malas hierbas y conchas de ostras amontonadas en desorden; pequeñas capillas disidentes

empeñadas en enseñar, ciegas a lo que veían, las miserias de la tierra, y numerosas iglesias nuevas erigidas con riqueza superflua para mostrar el camino del cielo.

En los extremos de las calles había menos casas, con pequeñas manchas de vegetación a los lados y alguna que otra mansión solariega desprovista de pintura, construida con madera vieja o con restos de barco, verdes como las coles que crecían alrededor y con hongos y caracoles incrustados en las juntas. A estas les sucedían edificaciones más coquetas, de dos en dos, con un terreno en la entrada de arriates angulares rodeados de tupido aligustre y con estrechos caminos de acceso, donde el pie no se aventuraba a pisar la gravilla. Luego venía un hostel, recién pintado de verde y blanco, con patio y bolera de hierba, desdeñoso de su viejo vecino, con un abrevadero donde se detenían los carromatos. Después, el campo. Y más allá, unas casas aisladas de considerable tamaño con zonas de césped, algunas con una casita aneja donde vivían el portero y su mujer. Luego, una barrera de peaje. Luego, más campo con árboles y almiar. Luego, una colina, donde el viajero podía detenerse en lo alto y volver la vista a la vieja catedral de San Pablo, que surgía a través del humo, con la cruz asomando por encima de la nube (si el día estaba despejado) y resplandeciendo al sol. Allí el viajero, deteniéndose a mirar esta Babel, sobre la que sobresalía la cruz, hasta las avanzadillas más alejadas del ejército del ladrillo y el mortero, ahora a sus pies, podía decir que, finalmente, había salido de Londres.

En un lugar así, en medio de un ameno prado, el anciano y su pequeña guía (si guía puede llamarse a quien no sabe a dónde se dirige) se sentaron a descansar. Como la niña había tenido la previsión de llenar el cesto con unas rebanadas de pan y carne, allí tomaron un frugal desayuno.

El frescor de la mañana, el canto de las aves, la belleza de la hierba ondulada, las hojas de un verde intenso, las flores silvestres y los mil olores y sonidos exquisitos que flotaban en el aire —grandes alegrías para la mayoría de nosotros, pero sobre todo para quienes viven engullidos por una multitud o solitariamente en grandes ciudades, como en el cubo de un pozo humano— henchían sus pechos de alborozo. La niña repitió una vez más aquella mañana sus sencillas oraciones, más en serio quizá que en otras ocasiones. El anciano se quitó el sombrero y, como no sabía recitarlas, dijo amén y añadió que allí se estaba maravillosamente bien.

En un estante de la casa había un viejo ejemplar del Progreso del peregrino, con láminas muy extrañas, que la niña había leído absorta tardes enteras, preguntándose si era cierto lo que allí se decía y dónde estarían aquellos remotos países de nombres tan curiosos. Al volver la mirada hacia el camino, mil recuerdos le volvieron al pensamiento.

—Querido abuelo —dijo—, con la salvedad de que este lugar es más bonito y mucho mejor que el del libro, siento que somos dos cristianos que hemos dejado sobre esta hierba nuestras preocupaciones y problemas; nunca volveremos a tenerlos, ¿verdad?

—No, nunca, nunca —refrendó el anciano agitando la mano en dirección a la ciudad—. Tú y yo ya nos hemos librado de eso, Nell. Nunca conseguirán convencernos para que volvamos.

—¿Está cansado, abuelo? —preguntó la niña—. ¿Está seguro de que no le sienta mal tanto caminar?

—Ya no me sentiré mal, sobre todo ahora que ya nos hemos ido de allí —fue su respuesta—. Movámonos, Nell. Debemos alejarnos más, más, mucho más. Aún estamos demasiado cerca para detenernos a descansar. ¡Vamos!

Había en el prado un estanque de agua limpia en el que la niña se lavó las manos y la cara y se refrescó los pies antes de ponerse en marcha. Dispuesta a que el anciano se refrescara de la misma manera, le hizo sentarse sobre la hierba, le echó agua con las manos y lo secó con su sencillo vestido.

—Ya no puedo defenderme por mí mismo, cariño —le confesó su abuelo—. No sé cómo he llegado a esto; antes podía defenderme, pero ese tiempo ya ha pasado. No me dejes, Nell; dime que no me dejarás. Yo te he querido siempre, lo sabes bien. Si te pierdo a ti, cariño..., moriré.

Posó la cabeza sobre el hombro de la niña con gemidos lastimeros. Días antes, la niña no habría podido contener las lágrimas y habría llorado con él. Pero ahora lo consoló con palabras amables y tiernas, sonrió ante la idea de que pudieran separarse alguna vez y consiguió que él también se riera. El anciano se tranquilizó enseguida y, canturreando para sí como un niño, acabó durmiéndose.

Se despertó con nuevos bríos, y prosiguieron la marcha. El camino era agradable; discurría entre lozanos pastizales y trigales, donde, suspendida en el cielo azul, una alondra gorjeaba alegremente. El aire llegaba cargado de fragancia, y las abejas, embriagadas por aquel hálito perfumado, zumbaban con monótona satisfacción.

Llegaron a un campo abierto. Había pocas casas muy separadas, a menudo por varios kilómetros de distancia. Encontraron un puñado de casas rústicas, unas con la puerta atrancada con una silla o mesa para impedir que los niños salieran a la carretera, otras cerradas a cal y canto mientras la familia trabajaba en el campo. Estas casuchas marcaban el comienzo de una pequeña aldea; poco después, avistaron el chamizo de un carretero (o quizá la fragua de un herrero); luego, una granja próspera con vacas somnolientas que pacían en la hierba y potros que asomaban la cabeza sobre la valla de piedra y salían

corriendo cuando los caballos enjaezados pasaban por la carretera, cual triunfal celebración de su libertad. Había también cerdos obstinados removiendo la tierra en busca de un bocado exquisito que emitían gruñidos monótonos mientras hozaban solos o se cruzaban con otros congéneres; palomas gordas que revoloteaban por los aleros de los tejados; y patos y gansos, engreídos pero graciosos, que caminaban torpemente por el borde del estanque o se deslizaban por la superficie del agua. Pasado aquel corral había una pequeña venta, una taberna más humilde todavía y la tienda del pueblo; por allí estarían el abogado y el párroco, cuyos meros nombres eran el terror de la taberna. La iglesia sobresalía modestamente sobre un soto de árboles; seguían unas cuantas casas de labranza, un recinto para animales perdidos y, cosa que ya habían visto a la vera del camino, un profundo y polvoriento pozo viejo. Finalmente, campos perfectamente cercados y la carretera sin fin.

Tras caminar todo el día, aquella noche durmieron en un pequeño mesón, que alquilaba camas a los viajeros. A la mañana siguiente, se pusieron de nuevo en camino, y aunque sin ganas al principio y algo cansados, se recuperaron enseguida y reanudaron la marcha a buen ritmo.

A menudo se paraban a descansar, pero, apenas unos minutos. Sólo habían tomado un ligero refrigerio desde la mañana. Eran casi las cinco de la tarde cuando se acercaron a otro puñado de chamizos. La niña los miraba atentamente, sin atreverse a pedir permiso para descansar un poco y comprar algo de leche.

No le resultó fácil decidirse, pues era tímida y, sobre todo, temía encontrarse con un bufido. Aquí había un niño que lloraba, allí una matrona ruidosa. En esta casa, la gente parecía demasiado pobre; en esa otra, había demasiados ocupantes. Finalmente se detuvo en una casa con la familia sentada alrededor de la mesa, porque había allí un anciano en una silla con cojín junto a la chimenea y le pareció que podía ser un buen abuelo, igual que el suyo.

También estaban el labriego y su mujer, más los tres hijos, robustos y morenos como bayas. La solicitud de la niña fue atendida al instante. El hijo mayor fue por un poco de leche, el mediano llevó dos banquetas a la puerta y el más joven reptó hasta la falda de su madre mirando a los extraños a través de los dedos de su mano, curtida por el sol.

—Dios le guarde, jefe —expresó el viejo labriego con voz atiplada—. ¿Va muy lejos?

—Sí, señor, muy lejos —contestó la niña, ya que el abuelo le había hecho señas.

—¿Desde Londres? —preguntó el anciano.

La niña contestó afirmativamente.

¡Ah! Él había estado en Londres muchas veces; había ido allí a menudo con sus carretas. Hacía casi treinta y dos años desde la última vez, y oía que la ciudad había cambiado mucho. ¡Nada de extraño! También él había cambiado mucho desde entonces. Treinta y dos años era mucho tiempo, y ochenta y cuatro era mucha edad, aunque había conocido a uno que había vivido cien años, pero nunca había estado tan sano como él; ah, eso sí que no.

—Siéntese en el sillón, jefe —ofreció el anciano, golpeando con el bastón el suelo de ladrillo con la mayor fuerza posible—. Sacad una pizca de esa tabaquera. Yo no tomo mucho, porque sale muy caro, pero a veces me parece que me despierta, y usted es un zagal comparado conmigo. Yo debería tener un hijo casi de la misma edad que usted, pero lo enrolaron como soldado y volvió con una sola pierna. Siempre decía que quería ser enterrado cerca del reloj de sol, adonde se subía cuando era pequeño. Y sus deseos fueron cumplidos, pobre hijo mío. Puede ver usted el lugar con sus propios ojos. Desde entonces cuidamos el césped.

Sacudió la cabeza y, mirando a su hija con los ojos bañados en lágrimas, le dijo que no se preocupara, que no iba seguir hablando de eso. No quería entristecer a nadie, y si lo había hecho, pues perdía perdón y se acabó.

La leche llegó, la niña sacó su cestita, seleccionó los mejores trozos para su abuelo e hicieron una comida abundante. El mobiliario de la habitación era muy humilde, por supuesto: unas pocas sillas rudimentarias y una mesa, una rinconera con su pequeño surtido de loza y porcelana, una bandeja de té chillona que representaba a una dama de pelo reluciente paseando con una sombrilla azulada, unos cuantos cuadros de tema bíblico en la pared y la chimenea, un viejo armario ropero muy bajo, un reloj con cuerda para ocho días, unas cuantas sartenes relucientes y un calentador de agua. En eso consistía todo el mobiliario. Pero todo estaba muy limpio y aseado, y cuando la niña miró alrededor la embargó la misma sensación de tranquilidad y de consuelo a la que había estado acostumbrada durante tanto tiempo.

—¿A qué distancia queda de aquí el siguiente pueblo o aldea? —preguntó la niña al marido.

—Hay unos ocho kilómetros al menos, bonita —fue la respuesta—. Pero no irán a seguir caminando esta noche...

—Sí, sí, Nell —medió apresuradamente el anciano, apremiándola también mediante signos—. Seguiremos, seguiremos, cariño. Caminaremos hasta la medianoche.

—Hay un buen establo cerca de aquí, jefe —le informó el hombre—, y hay alojamiento para viajeros en el Plow an'Harrer. Discúlpeme, pero me parece

que está usted un poco cansado para seguir, y si no tiene mucha prisa en llegar...

—Sí, sí tenemos prisa —insistió el anciano con el mismo apresuramiento—. Tenemos que seguir, querida Nell, tenemos que seguir.

—Tenemos que seguir, de verdad —corroboró la niña plegándose a la impaciencia de su abuelo—. Les estamos muy agradecidos, pero no podemos detenernos tan pronto. Estoy lista, abuelo.

Pero, al ver moverse a la joven caminante, la mujer había observado que tenía uno de los pies lleno de ampollas y rozaduras, y como buena mujer y madre que era, no permitió que se fuera hasta habérselo lavado y haberle aplicado un remedio casero, lo que hizo con tanto tacto y presteza —pese a lo endurecidas y encallecidas que tenía las manos de tanto trabajar— que la niña se conmovió y no pudo por menos de expresarle un ferviente «que Dios la bendiga», ni pudo después mirar hacia atrás ni pudo hablar hasta que no se alejaron lo suficiente de la casa. Al volver la cabeza, vio que toda la familia, incluido el anciano abuelo, había salido a la carretera para verlos marchar. Y así, entre muchos saludos con la mano y asentimientos con la cabeza (y con varias lágrimas vertidas al menos por su parte), se alejaron de allí.

Habían avanzado, más despacio y más penosamente, otro kilómetro y medio más o menos, cuando oyeron el ruido de unas ruedas detrás de ellos; volviendo la cabeza vieron que un carro vacío se acercaba con bastante celeridad. Al llegar a su altura, el conductor detuvo el caballo y miró atentamente a Nell.

—¿No son ustedes quienes han parado a descansar en aquella casa? —preguntó.

—Sí, señor —respondió la niña.

—¡Ah! Bien. Me han pedido que los recoja —se explicó el hombre—. Yo voy también en esta dirección. Deme la mano y suba, jefe.

Qué gran alivio, pues estaban muy cansados y apenas podían seguir andando... Aquel traqueteante carro les pareció un carruaje de lujo, y el viaje una verdadera delicia. Apenas se hubo sentado Nell sobre un pequeño montón de paja en un rincón, cayó dormida por primera vez en todo el día.

Se despertó al detenerse el carro, que iba a girar para tomar otro camino. El carretero se apeó amablemente para ayudar a la niña y, señalando unos árboles a media distancia, dijo que la aldea empezaba allí y que debían tomar el camino que atravesaba el camposanto. Y hacia allá encaminaron sus fatigados pasos.

CAPÍTULO DIECISÉIS

El sol se estaba poniendo cuando llegaron al portillo donde arrancaba el sendero y, como la lluvia cae por igual sobre justos y pecadores, teñía de rojo también los lugares de reposo de los muertos, alimentándoles la esperanza de que volverían a verlo salir a la mañana siguiente. La iglesia, vieja y gris, tenía los muros y el pórtico cubiertos de hiedra; y esta evitaba las tumbas de postín y se arrastraba sobre los túmulos, donde yacían hombres humildes, tejiendo para ellos las primeras guirnaldas ganadas en su vida, guirnaldas menos susceptibles de marchitarse y más duraderas que las excavadas en piedra y mármol, que hablaban con pompa de virtudes mansamente ocultas durante muchos años y sólo reveladas a los ejecutores testamentarios y a los desconsolados legatarios.

El caballo del párroco, avanzando a trompicones entre las tumbas con un ruido sordo, mordisqueaba la hierba, procurando un clerical consuelo a los feligreses fallecidos y confirmando el último texto dominical según el cual ese era el destino reservado a la carne. Un burro famélico, que intentaba transmitir el mismo mensaje (sin estar cualificado ni ordenado para ello), metía las orejas en un cercano hoyo reseco mirando con ojos hambrientos a su sacerdotal vecino.

El anciano y la niña dejaron el camino de grava y merodearon entre las tumbas, pues por allí el terreno era más blando y suave para sus pies cansados. Al pasar por detrás de la iglesia, oyeron unas voces y se dirigieron a averiguar a quiénes pertenecían.

Eran las de dos hombres cómodamente sentados en la hierba y tan absortos en lo que estaban haciendo que no repararon en los intrusos. No resultaba difícil adivinar que se trataba de unos feriantes, de unos titiriteros que interpretaban las gestas de Polichinela, pues, encaramado con las piernas cruzadas sobre una lápida, se hallaba el monigote de ese héroe, con su nariz y barbilla ganchudas y su cara reluciente conocidas en todo el mundo. Tal vez nunca se había puesto tan en evidencia como ahora su carácter imperturbable, dado que conservaba su habitual sonrisa, a pesar de su postura harto incómoda: tenía el cuerpo dislocado, arrugado y fofo, mientras que su alargada gorra de pico, desigualmente equilibrada respecto de sus piernas muy ligeras, amenazaba con caerse al suelo en cualquier instante.

Había también otros personajes, unos desparramados por el suelo a los pies de los dos hombres y otros revueltos en una caja alargada. No faltaba nadie: la mujer del héroe, su hijo, el caballo de madera, el médico, el extranjero que, al no estar familiarizado con el lenguaje, es incapaz de expresar sus ideas de otra

manera que repitiendo tres veces la palabra shallalah, el vecino reacio a admitir que una campana de hojalata pueda ser un órgano, el verdugo y el diablo. Los propietarios habían venido claramente a este lugar para hacerles algunas reparaciones necesarias, ya que uno estaba tratando de ajustar con hilo bramante un pequeño patíbulo y el otro, con la ayuda de un pequeño martillo y unas tachuelas, fijaba una peluca negra sobre la cabeza del vecino obstinado, pelada por tantos porrazos recibidos.

Al acercarse el anciano y su joven compañera, alzaron los ojos y, haciendo una pausa en el trabajo, los miraron con curiosidad. Uno de ellos, sin duda el titiritero principal, era un hombrecito de rostro alegre con ojos relucientes y nariz sonrosada, al que parecía habersele contagiado el carácter de su héroe. El otro, que se encargaba de recoger el dinero, tenía una mirada más retraída y desconfiada, sin duda resultado de su trabajo.

El hombre de cara alegre, asintiendo con la cabeza, fue el primero en saludar a los extraños; se fijó en la mirada del anciano y se dio cuenta de que era la primera vez que este veía a Polichinela fuera del retablo (conviene señalar que Polichinela parecía estar apuntando con la punta del gorro a un epitafio rimbombante y riéndose de él a mandíbula batiente).

—¿Por qué vienen a hacer los arreglos aquí? —preguntó el anciano sentándose a su lado y mirando los títeres con especial deleite.

—Porque —contestó el hombrecillo— esta noche damos una función en esa posada de ahí, y no estaría bien que nos vieran haciendo remiendos.

—¿Ah, no? —profirió el anciano haciendo signos a Nell para que escuchara—. ¿Y por qué no?

—Porque destruiría toda la ilusión y todo el interés, ¿no cree? —se explicó el hombrecillo—. No pagarían ni medio penique por ver a un lord canciller con ropa de casa y sin peluca.

—¡Ah, claro! —exclamó el anciano aventurándose a tocar uno de los muñecos; luego, retirando la mano con una risotada, añadió—. ¿Va a haber función esta noche, dice?

—Esa es la idea, maestro —replicó el otro—, y, si no me equivoco, Tommy Codlin está calculando en este mismo momento lo que hemos perdido por charlar con ustedes. Alegra esa cara, Tommy, que no debe de ser mucho.

El hombrecillo acompañó estas últimas palabras con un guiño, dando a entender que no tenía mucha idea del estado de las finanzas del viajero.

A esto el señor Codlin, que tenía un carácter hosco y gruñón, comentó mientras recogía sin miramientos a Polichinela y lo lanzaba al interior de la caja:

—No me interesa si hemos perdido algún penique, pero sí puedo afirmar que eres demasiado derrochador. Si observaras desde el telón las caras del público, como yo hago, conocerías mejor la naturaleza humana.

—¡Ay, Tommy, cómo te has echado a perder desde que te dedicas a eso! — exclamó su compañero—. Cuando interpretabas al fantasma en las funciones de la feria, creías en todo menos en fantasmas. Pero, ahora ya no crees absolutamente en nada. Nunca he visto a un hombre tan cambiado.

—No te preocupes por mí —repuso el señor Codlin con aire de filósofo descontento—. Ya he visto muchas cosas de la vida, tal vez demasiadas.

Volviéndose a los títeres de la caja, como alguien que los conocía bien y despreciaba, sacó uno y lo sostuvo para que el otro lo inspeccionara.

—Mira. El vestido de Judy se ha descosido otra vez. Tú no tendrás aguja e hilo, supongo.

El hombrecillo sacudió la cabeza y se la rascó con aire pesaroso mientras contemplaba el triste estado del vestido de la actriz principal. La niña, al verlos sin saber qué hacer, dijo tímidamente:

—Señor, en mi cesta yo tengo aguja e hilo. Si quiere, puedo hacerle el remiendo. Creo que se me daría mejor a mí.

El señor Codlin no opuso ninguna objeción a una propuesta tan razonable. Nelly, arrodillándose junto a la caja, se puso enseguida a coser y realizó la labor con mucho primor.

Mientras estaba así ocupada, el hombrecillo alegre la observó con un interés que no disminuyó al observar también a su desvalido compañero. Terminado el trabajo, dio las gracias a la niña y le preguntó a dónde se dirigían.

—No muy lejos... por esta noche, creo —balbuceó mirando a su abuelo.

—Si necesita un lugar donde dormir —ofreció el hombre—, yo le aconsejaría la misma posada donde paramos nosotros. Es esa de ahí, esa casa blanca, alargada y baja. Es muy barata.

El anciano, a pesar de su cansancio, habría pasado en el camposanto toda la noche si sus recién conocidos se hubieran quedado allí también. Así pues, aceptó la sugerencia con un presto y entusiasta asentimiento, y todos se levantaron y marcharon juntos, él cerca de la caja de los títeres que tanto le gustaban, el hombrecillo alegre cargando con dicha caja en bandolera, Nelly cogida de la mano de su abuelo y el señor Codlin trotando detrás mientras dirigía a la torre de la iglesia y a los árboles circundantes las mismas miradas que, cuando estaba en la ciudad, dirigía a los cuartos de estar y a las ventanas de los cuartos de los niños en busca de un lugar propicio para plantar el

tenderete.

La posada la regentaban un hombre grueso de avanzada edad y su mujer, que se mostraron encantados de recibir a nuevos huéspedes y alabaron la belleza de Nelly, que se ganó su favor desde el primer momento. En la cocina sólo estaban los dos titiriteros, y la niña se sintió muy contenta de haber ido a parar a un lugar tan bueno. La dueña se mostró muy asombrada al oír que habían hecho a pie todo el camino desde Londres y mostró una no menor curiosidad sobre el lugar al que se dirigían. La niña esquivó sus preguntas lo mejor que pudo, lo que no le resultó difícil, pues la anciana, al verla un poco nerviosa, desistió de su intento.

—Estos dos señores han pedido cena para dentro de una hora —le dijo llevándosela a la barra—; yo creo que lo mejor que podríais hacer es cenar con ellos. Entretanto, te daré algo de beber que estoy segura de que te sentará muy bien después de todo lo que has pasado hoy. Ah, no te preocupes por el anciano, que también se lo daré a él.

Pero, como nada podía inducir a la niña a dejar solo a su abuelo ni a probar nada que él no hubiera probado antes, la anciana se vio obligada a servir primero al anciano. Tomado este refrigerio, todos los que estaban en la posada fueron a un establo vacío donde se había colocado el teatrillo y donde, a la luz de unas velas fijadas a un aro colgado del techo con una cuerda, se iba a representar la función.

El señor Thomas Codlin, el misántropo, tras soplar la zampoña hasta quedarse sin aliento, tomó posición a un lado del telón de cuadros que ocultaba al manipulador de los títeres y, con las manos en los bolsillos, se dispuso a responder a todas las preguntas y observaciones de Polichinela y a fingir de mala gana que era su más íntimo amigo, que creía en él de manera plena e ilimitada, que disfrutaba día y noche de una existencia alegre y espléndida en aquel cubículo y que en todo momento y circunstancia era la misma persona inteligente y alegre que estaban contemplando los espectadores. Todo esto lo hizo el señor Codlin con el aire de un hombre que espera lo peor y se ha resignado completamente. Durante las rápidas y enérgicas réplicas, observaba la cara de los espectadores para ver el efecto producido, sobre todo la expresión de los dueños de la posada, lo cual podía ser importante para la cena.

Sin embargo, no vio motivos para preocuparse, pues toda la función estuvo acompañada de aplausos resonantes, y los abundantes regalos fueron una prueba suplementaria del contento general. En cuanto a las risas, ninguna fue mayor que la del anciano. La risa de Nell no se oyó, pues la pobre niña se había quedado dormida, con la cabeza apoyada en el hombro de su abuelo, y no se despertó a pesar de los esfuerzos del anciano para que participara en su

regocijo.

La cena fue muy buena, pero Nell se sentía demasiado cansada para tomar nada y no quería dejar al anciano hasta que este no se fuera a la cama y le diera un beso. El anciano, feliz e insensible a toda cuita y ansiedad, permaneció escuchando con una sonrisa vacía y una cara de admiración todo lo que decía su nuevo amigo. Y hasta que los dos no se retiraron bostezando a su habitación, él no quiso subir a acostarse.

Iban a descansar en una buhardilla dividida en dos compartimentos; estaban muy contentos de aquel alojamiento, pues no se habían esperado algo tan bueno. El anciano sintió cierta inquietud al acostarse y le pidió a Nell que se sentara un rato junto a su cama, como había hecho en otras ocasiones. La niña estuvo a su lado hasta que se durmió.

En la habitación de la niña había un ventanuco, una pequeña abertura practicada en la pared; lo abrió y se quedó maravillada del silencio reinante. La visión de la vieja iglesia y las tumbas a la luz de la luna, y de los sombríos árboles alrededor movidos por la brisa, la pusieron más pensativa que nunca. Cerró el ventanuco y, sentada en la cama, imaginó la vida que les esperaba.

Tenía un poco de dinero, pero cuando lo gastaran tendrían que ponerse a mendigar. Aunque no era mucho, en una emergencia su valor podría verse multiplicado por cien. Mejor esconder la moneda y no volver a sacar la, salvo en un caso realmente desesperado, cuando no les quedara más remedio.

Tomada esta resolución, se cosió la moneda al vestido; se acostó y, con el corazón más aliviado, cayó profundamente dormida.

CAPÍTULO DIECISIETE

La luz de otro hermoso día penetró por el ventanuco y, solicitando la compañía de los ojos de la niña, igual de luminosos, acabó despertándola. Al ver el extraño cuarto y los inusuales objetos, la niña se incorporó alarmada, preguntándose cómo había llegado allí desde su habitación familiar, en la que creía haber dormido la noche anterior. Pero un nuevo vistazo al cuarto le recordó dónde estaba, y saltó de la cama llena de confianza.

Como aún era temprano y el anciano seguía durmiendo, bajó al camposanto. Pisó el rocío que centelleaba entre la hierba, desviándose donde era más alta para evitar pisar alguna tumba. Sentía un placer extraño al andar entre aquellas casitas de los muertos; leía los epitafios de las personas buenas (allí había enterradas muchas personas buenas) e iba de una tumba a otra movida por un interés creciente.

Era un lugar silencioso, como deben ser tales lugares, salvo por el graznido de los grajos que habían construido sus nidos en las ramas de los viejos árboles altos y se llamaban unos a otros en el aire. Un pájaro lustroso volaba cerca de su nido destartado y sacudido por el viento lanzando gritos roncós, al parecer completamente al azar y en un tono sobrio, como si hablara consigo mismo. Otro pájaro le contestó. Volvió a trinar más fuerte que antes. Otro pio, y luego otro; irritado por estas réplicas, el primero porfiaba cada vez con mayor energía. Otros picos, antes silenciosos, entraron en liza desde todas las ramas, a la derecha y a la izquierda, y desde las copas de los árboles. Y otros pájaros, recién llegados de las torres de la iglesia gris y del viejo campanario, se unieron al clamor general, que se elevaba, decaía, se inflaba, volvía a desinflarse, y así constantemente. Esta ruidosa algarabía, este descomunal revuelo, cambiaba de lugar y satirizaba la antigua inquietud de quienes yacían silenciosos bajo el musgo y la hierba, y las luchas inútiles en que habían malgastado sus vidas.

La niña, elevando los ojos hacia los árboles de donde provenían tantos sonidos, que para ella convertían el camposanto en un lugar más silencioso todavía, iba de tumba en tumba, deteniéndose para recolocar con esmero la zarza desprendida de algún túmulo verde, mirando por una ventana baja enrejada el interior de la iglesia, con carcomidos libros alineados sobre los bancos y la descolorida sarga cayéndose a pedazos que dejaba a la vista la madera. Después venían los bancos de los pobres, desgastados y pálidos como sus ocupantes; la ruda pila bautismal, donde los niños recibían sus nombres, el altar modesto donde se arrodillarían en el futuro y los sencillos caballetes negros que cargarían en su última visita a la vieja y umbrosa iglesia. Todo hablaba allí de un largo uso y de una silenciosa y lenta decadencia; en el pórtico, la cuerda de la campana estaba asimismo desgastada por el frecuente roce.

Se detuvo junto a la lápida humilde de un joven muerto a los veintitrés años (hacía ya de eso cincuenta y cinco años) y al rato oyó unos pasos vacilantes. Miró alrededor y vio a una mujer, encorvada por el peso de los años, agachándose junto a esa tumba, y le pidió que le leyera el epitafio.

La anciana le agradeció el favor y le explicó que en otro tiempo se sabía de memoria lo que decía, pero ahora ya no podía verlo.

—¿Es usted su madre? —preguntó la niña.

—No, querida: su esposa.

¿La esposa de un joven de veintitrés años? ¡Ah, claro: de aquello hacía cincuenta y cinco años!

—Te extrañará oír esto —prosiguió la anciana, meneando la cabeza—. No

eres la primera en extrañarse. Muchas personas mayores que tú me han preguntado lo mismo. Sí, yo era su esposa. La muerte no nos cambia más que la vida, querida.

—¿Viene usted aquí a menudo? —preguntó la niña.

—Vengo a sentarme aquí a menudo en verano —contestó—. Antes venía para llorar a mi marido, pero de eso hace ya tiempo, gracias a Dios. Cojo los lirios florecidos y me los llevo a casa —prosiguió después de un breve silencio—. Son las flores que más me gustan, y que más me han gustado en estos cincuenta y cinco años. ¡Cómo pasa el tiempo! Ya me estoy haciendo vieja.

Luego, poniéndose locuaz, le contó —aunque quien la escuchaba no era más que una niña— cómo entonces había llorado e implorado al cielo que se la llevara a ella también, y cómo la primera vez que acudió allí —una joven abrumada por el amor y el dolor— creyó que el corazón se le iba a partir. Pero aquellos días ya habían pasado y, aunque seguía sintiendo tristeza cuando acudía a la tumba, ahora podía sobrellevarlo, hasta el punto de que ya no sentía dolor, sino un placer sereno, como un deber que había aprendido incluso a saborear. Y habiendo transcurrido cincuenta y cinco años, hablaba del hombre muerto como si hubiera sido su hijo o nieto, sintiendo una gran lástima por su juventud truncada, una lástima fruto de su avanzada edad. Exaltó la fuerza y belleza masculina del difunto, que contrastaba con su propia debilidad y decadencia; y hablaba de él como si continuara siendo su marido, y veía su relación con él tal como había sido en otro tiempo y no como era ahora, y le aseguró que se reencontrarían los dos en otro mundo como si él acabase de morir y ella, olvidada de su anterior yo, sólo pensara en la felicidad de la linda joven que parecía haber muerto con él.

La niña la dejó recogiendo las flores que crecían junto a la tumba y, grave y pensativa, volvió por donde había venido.

El anciano ya estaba levantado y vestido. El señor Codlin, obligado a contemplar perpetuamente la dura realidad de la existencia, estaba recogiendo en una tela los cabos de vela todavía útiles de la función de la noche anterior, mientras su compañero recibía la felicitación de los ociosos que ocupaban el patio de la posada, quienes, incapaces de separarlo de Polichinela en su imaginación, le daban casi la misma importancia que a ese alegre bribón y lo amaban con la misma medida. Cuando creyó haber disfrutado lo suficiente de su popularidad, acudió al desayuno, donde se hallaban todos reunidos.

—¿Y a dónde se dirigen hoy? —preguntó el hombrecillo a Nell.

—La verdad es que no lo sé, aún no lo hemos decidido —contestó la niña.

—Nosotros vamos a las carreras —la informó el hombrecillo—. Si ese es vuestro camino y no os desagrada nuestra compañía, podemos viajar juntos. Si

preferís ir solos, no tenéis más que decirlo y no os molestaremos.

—Iremos con vosotros —dijo el anciano—. Nell, iremos con ellos, con ellos.

La niña reflexionó unos instantes y, recordando que pronto tendrían que mendigar, y que difícilmente encontrarían un lugar mejor que donde se congregaba una multitud de damas y caballeros ricos con ganas de divertirse, decidió acompañar a aquellos hombres. Agradeció debidamente el ofrecimiento al hombrecillo y, mirando tímidamente a su amigo, preguntó si no habría alguna objeción a que los acompañaran hasta la ciudad de las carreras...

—¿Objeción? —exclamó el hombrecillo—. Vamos, Tommy, muéstrate afable por una vez y di que te gustaría que vinieran con nosotros. Yo sé que te gustaría. Vamos, Tommy.

—Trotters —enunció el señor Codlin hablando despacio y comiendo deprisa, como si esa fuera la costumbre de filósofos y misántropos—, eres demasiado irreflexivo.

—Pero ¿qué puede haber de malo en ello? —inquirió el otro.

—No hay nada de malo en este caso concreto —precisó el señor Codlin—. Pero es un peligroso precedente, y eres demasiado irreflexivo, repito.

—Bien, van a venir con nosotros, ¿sí o no?

—Sí, sí van a venir —sentenció el señor Codlin—. Pero tú podrías habérselo planteado como un favor, ¿no crees?

El hombrecillo se llamaba en realidad Harris, nombre que había devenido paulatinamente en el menos eufónico de Trotters, el cual, precedido del adjetivo Short, le había sido conferido por tener las piernas demasiado cortas. Sin embargo, como Short Trotters era un nombre compuesto y poco usual en lenguaje familiar, el destinatario de tal apelación era conocido entre sus amigos con el simple nombre de «Short» o de «Trotters», siendo raras las veces —por ejemplo, en ocasiones formales— que lo llamaban con el nombre más largo de Short Trotters.

Short, pues, o Trotters, como guste el lector, dio a la protesta de su amigo, el señor Thomas Codlin, una respuesta jocosa para calmar su descontento y, atacando con ganas el rosbif frío, acompañado de té y pan con mantequilla, aconsejó encarecidamente a sus compañeros que hicieran lo propio. El señor Codlin, por su parte, no necesitó de semejante recomendación, dado que ya había zampado cuanto podía llevarse a la boca y se humedecía el gaznate con una cerveza de alta graduación, de la que tomaba tragos profundos silenciosamente paladeados, sin invitar a nadie y corroborando así, una vez

más, el lado misántropo de su carácter.

Concluido el desayuno, el señor Codlin pidió la cuenta e, incluyendo su cerveza en la misma (práctica que corroboraba su misantropía), dividió la suma total en dos partes iguales, una pagadera por su amigo y él y otra por Nelly y su abuelo. Abonado el importe, y con todo listo para la partida, se despidieron de los dueños y reanudaron el viaje:

Y entonces quedó en evidencia la falsa posición del señor Codlin en la sociedad y el efecto que esta producía en su espíritu ulcerado, pues, si la noche anterior Polichinela lo había tratado de «mi señor», dando a entender al público por inferencia que lo mantenía para su satisfacción personal, ahora caminaba penosamente bajo el peso del teatrillo de ese personaje, cargando con él en un día bochornoso por un camino polvoriento. El radiante Polichinela, en lugar de animar a su patrón con alguna ocurrencia o con una somanta de palos en la cabeza de sus parientes y conocidos, se hallaba ahora sin espina dorsal, completamente fofo y descompuesto en una caja oscura, con las piernas dobladas alrededor del cuello, desprovisto de todas sus cualidades sociales.

El señor Codlin caminaba cansinamente, intercambiando de cuando en cuando unas frases con Short y deteniéndose a descansar y a lanzar improperios. Short iba delante con la caja plana, su equipaje personal (que era escaso) atado en un lío y la trompeta de latón en bandolera. Nell y su abuelo iban a su lado, cogidos de la mano, y Thomas Codlin cerraba el cortejo.

Cuando llegaban a algún pueblo o aldea, o a alguna casa aislada de buen aspecto, Short soplabla en su trompeta de latón y tocaba un fragmento de esas alegres musiquillas características de los Polichinelas y compañía. Si la gente abría pronto la ventana, el señor Codlin plantaba el teatrillo, corría deprisa el telón, escondía dentro a Short, se llevaba a la boca la zampoña y desgranaba unas notas. Y a continuación comenzaba la función; era competencia del señor Codlin decidir su longitud y alargar o acortar el tiempo del triunfo del héroe sobre el enemigo de la humanidad, según juzgara la colecta cuantiosa o escasa. Una vez recolectado el último ochavo, recogían los bártulos y reanudaban el viaje.

A veces tenían que pagar el peaje de un puente o de un trasbordador. En cierta ocasión, el guardián de una garita, borracho y muerto de aburrimiento, les ofreció un chelín para que interpretaran la función para él solo. En otra ocasión, sus expectativas se vieron malogradas cuando un personaje de la obra, que lucía un encaje dorado en la vestimenta y una cabeza de madera, fue considerado una burla del alguacil, y las autoridades les ordenaron abandonar el lugar de inmediato. Pero generalmente eran bien recibidos, y raras veces abandonaban un pueblo sin una recua de chiquillos harapientos gritando tras

ellos.

A pesar de las interrupciones, avanzaron mucho camino aquel día, y aún seguían caminando cuando la luna ya brillaba en el cielo. Short mataba el tiempo con cancioncillas y bromas, y todo lo veía por el lado bueno. El amargado señor Codlin, que no dejaba de maldecir su suerte y todas las vanidades de la tierra (y a Polichinela en especial), avanzaba renqueante con el teatrillo a cuestas.

Se sentaron a descansar bajo el poste de una encrucijada, en la que confluían cuatro caminos; el señor Codlin, dando pábulo a su innata misantropía, tiró al suelo el telón y se acurrucó en el fondo del teatrillo, invisible a ojos mortales y desdeñoso de la sociedad de sus acompañantes; y en esto vieron dos sombras espectrales que se acercaban por donde ellos habían venido. La niña se llevó un gran susto al ver a aquellos fantasmagóricos gigantes, pues eso parecían conforme avanzaban con sus premiosas zancadas a la sombra de los árboles. Pero Short les dijo que no había nada que temer y se oyó un clarín, que al punto fue contestado con un grito de alegría.

—Es la compañía Grinder, ¿no? —exclamó a voz en grito.

—Sí —contestó un par de voces agudas.

—Venid, pues, que os veamos —les invitó Short—. Sabía que erais vosotros.

La «compañía Grinder» se les acercó con redoblada velocidad y pronto se juntaron las dos compañías.

La denominada compañía Grinder constaba de tres miembros: un jovencito y una jovencita sobre sendos zancos y el propio señor Grinder, que utilizaba sus piernas naturales para caminar, cargando con un bombo a la espalda. Los dos jóvenes se presentaban al público con el típico traje escocés, pero, como la noche era húmeda: y fría, el chico llevaba encima de la falda de cuadros un chaquetón de marino que le llegaba a los tobillos y un sombrero satinado, y la chica iba también vestida con un viejo abrigo de tela y un pañuelo anudado en la cabeza. Sus gorros escoceses, adornados con plumas de un negro azabache, los había colocado el señor Grinder sobre el instrumento que acarrea.

—Vais a las carreras, ¿no? —dijo el señor Grinder jadeando—. Nosotros también. ¿Qué tal estás, Short?

Se dieron la mano amistosamente. Los jóvenes, al estar demasiado altos para dar también la mano a Short, lo saludaron de otra manera: el chico levantó el zanco derecho y le acarició con él la espalda, y la chica tocó la pandereta con redoblado brío.

—¿Qué, practicando, no? —preguntó Short, señalando los zancos.

—No —contestó Grinder—. Tienen que elegir entre caminar con ellos o llevarlos a cuestas. Prefieren caminar con ellos. Además, se ve mejor el paisaje. ¿Por qué camino vais? Nosotros, por el más corto.

—Bueno, la verdad es —contestó Short— que nosotros vamos por el más largo, pues pensamos parar en un albergue para pasar la noche, a dos kilómetros y medio de aquí. Pero cuatro o cinco kilómetros andados esta noche..., eso que nos ahorraremos mañana, y, si vosotros seguís, creo que lo mejor es que os acompañemos.

—¿Dónde está tu socio? —preguntó Grinder.

—¡Aquí está! —gritó el señor Thomas Codlin, asomando la cabeza por el proscenio y presentando una cara raras veces vista en aquel escenario—. Y tendrán que asarlo vivo para conseguir que siga caminando esta noche. Eso es lo que dice.

—Bueno, no te pongas tan trágico, hombre —le intimó Short—. Respeta la asociación, Tommy, aunque tú quieras cortarla bruscamente.

—Bruscamente o suavemente —reiteró el señor Codlin golpeando con la mano en el pequeño estribo donde Polichinela acostumbraba a exhibir sus piernas en equilibrio y sus medias de seda a la admiración popular—, bruscamente o suavemente esta noche no andaré más de dos kilómetros y medio. Yo me paro en el Jolly Sandboys, y en ningún otro albergue. Si te gusta ir allí, de acuerdo. Si te gusta ir por tu cuenta, pues vas por tu cuenta y prescindes de mí, si puedes.

Dicho esto, el señor Codlin salió del teatrillo, lo cargó a las espaldas con renovados bríos y se marchó con notable presteza.

Como no había nada más que discutir, Short se dispuso también a despedirse del señor Grinder y sus alevines y a seguir a su malhumorado compañero. Después de pararse unos minutos junto al cruce para ver a los zancudos alejarse a la luz de la luna seguidos por el anhelante portador del bombo, tocó unas notas con la trompeta a modo de despedida y salió tras los pasos del señor Codlin. Con esta intención, dio la mano no ocupada a Nell pidiéndole que alegrara la cara, pues pronto dejarían de caminar, y animó también al anciano con palabras parecidas; así, con paso ligero, los guio hacia su destino, al que tenía especiales ganas de llegar, pues la luna estaba cubierta por unas nubes que amenazaban lluvia.

CAPÍTULO DIECIOCHO

El Jolly Sandboys era un pequeño y antiguo mesón con un letrero que se bamboleaba y crujía sobre un poste situado al otro lado de la carretera; representaba, como su nombre indica, a tres vendedores de arena que rubricaban su alegría con jarras de cerveza y bolsas de oro. Como los viajeros habían observado muchos indicios de que cada vez estaba más cerca la ciudad de las carreras —campamentos de gitanos, carretas con mesas de juegos de azar con sus correspondientes aditamentos, feriantes itinerantes de variada condición y mendigos y vagabundos de diversa gradación, todos dirigiéndose al mismo destino—, el señor Codlin temía encontrar el mesón ocupado; temor que iba en aumento conforme disminuía la distancia que se interponía. Así pues, aceleró el paso y, a pesar de su carga, mantuvo un buen ritmo de marcha hasta el umbral del mesón. Allí descubrió con satisfacción que su aprensión era infundada, pues encontró al mesonero apoyado en la puerta mirando perezosamente la lluvia, que para entonces había empezado a caer con gran intensidad; además, nadie tocaba la desvencijada campanilla, ni dentro se oían gritos de gente bebiendo.

—¿Estáis solos? —preguntó el señor Codlin, dejando la carga en el suelo y secándose la frente.

—Sí, por ahora —respondió el mesonero, mirando al cielo—, pero tendremos más compañía esta noche, espero. ¡Eh, chavales, que uno lleve este teatrillo al granero! —gritó—. Entra deprisa, Tom, y sécate, que estás empapado. Cuando empezó a llover, les dije que encendieran la chimenea, y hay un fuego maravilloso en la cocina: ven a ver.

El señor Codlin lo siguió gustoso y comprobó con satisfacción lo que el mesonero le decía. Un espléndido fuego ardía y subía por la espaciosa chimenea con un ruido muy alegre, potenciado por un gran caldero de hierro que cocía lentamente sobre el mismo fuego. La estancia presentaba una coloración rojiza. El mesonero atizó el fuego, haciendo brotar las llamas, y levantó la tapadera del caldero, del que salió un olor muy apetitoso mientras arreciaba el sonido burbujeante y un vapor untuoso flotaba por encima de sus cabezas, como una deliciosa neblina. El señor Codlin se enterneció al verlo, se sentó en un rincón junto a la chimenea y sonrió.

Siguió un buen rato sonriendo en el rincón de la chimenea, sin quitar el ojo al mesonero, el cual, con una expresión picarona, levantó la tapadera y, como si eso fuera necesario para la buena marcha de la cocina, permitió que el delicioso vapor cosquilleara la nariz de su huésped. El fuego brillaba en la cabeza calva del mesonero, en su ojo reluciente, en su boca ansiosa, en su cara llena de granos y en su figura oronda. El señor Codlin se restregó la boca con una manga y preguntó con un tono susurrante:

—¿Qué es?

—Es un guiso de casquería —contestó el mesonero, relamiéndose los labios—, de pata de vaca —volvió a relamérselos—, de tocino —se los relamió otra vez—, de filetes —se los relamió por cuarta vez— y de guisantes, coliflor, patatas nuevas y espárragos, todo mezclado para formar, una salsa deliciosa —llegado a este clímax, se relamió los labios varias veces más y, aspirando con delicia la fragancia que envolvía toda la estancia, colocó de nuevo la tapadera con un gesto que indicaba que sus penas en esta tierra se habían terminado.

—¿A qué hora estará listo? —preguntó el señor Codlin suavemente.

—Estará en su punto —respondió el mesonero, mirando el reloj (con una gran esfera barnizada de blanco, parecía expresamente fabricado para los alegres vendedores de arena del letrero)— a las once menos veintidós minutos.

—Entonces —decidió el señor Codlin—, tráeme una pinta de cerveza caliente y, hasta que llegue la hora, que nadie traiga a la habitación ni un trozo de bizcocho.

Asintiendo con la cabeza, para dar a entender que aprobaba una decisión tan recia, el mesonero fue a tirar la cerveza y volvió enseguida con ella, poniéndola a calentar en un pequeño recipiente de estaño en forma de embudo, fácilmente colocable en el fuego, donde más calor hacía. A los pocos minutos, se la ofreció al señor Codlin, coronada por esa espuma cremosa que es uno de los más felices rasgos de la malta recalentada.

Reconfortado por la reparadora poción, el señor Codlin pensó en sus compañeros e hizo saber al hostelero del Sandboys que su llegada iba a producirse en breve. La lluvia, ahora torrencial, golpeaba las ventanas con violencia, y el señor Codlin se sentía tan amable que expresó la esperanza de que no fueran tan necios como para mojarse demasiado.

Finalmente llegaron con un aspecto hartamente lamentable, casi sin resuello por el apresuramiento y empapados, pese, a que Short había tapado a la niña lo mejor que pudo con los faldones de su abrigo. El mesonero, que los había esperado impacientemente apostado en la puerta, en cuanto los vio asomar por la carretera se precipitó hacia la cocina y levantó la tapadera. El efecto fue eléctrico. Los caminantes hicieron su entrada con rostros sonrientes, calados hasta los huesos. Lo primero que dijo Short fue:

—¡Qué bien huele!

¡Qué fácil resulta olvidar la lluvia y el barro al amor de un buen fuego, en una habitación acogedora! Se les suministraron zapatillas y la ropa seca que pudo encontrarse en el mesón o en sus propios hatillos, y se acomodaron,

como ya había hecho el señor Codlin, en el rincón más caliente junto a la chimenea. Pronto olvidaron las penalidades pasadas, o si las recordaron fue para recalcar el delicioso momento presente. Nelly y el anciano, vencidos por el cansancio y reconfortados por el calor, cayeron dormidos al poco de sentarse.

—¿Quiénes son? —susurró el mesonero.

Short sacudió la cabeza y contestó que ya le gustaría saberlo a él también.

—¿Tú no los conoces? —preguntó de nuevo el anfitrión, volviéndose al señor Codlin.

—No —contestó—. No son gente buena, supongo.

—No hacen daño a nadie —protestó Short—. Yo creo una cosa..., que el anciano no parece estar en su sano juicio.

—Si eso es todo lo que has conseguido saber de ellos —refunfuñó el señor Codlin, mirando el reloj—, mejor nos centramos en la cena y olvidamos el asunto.

—Escúchame, ¿quieres? —apostrofó su amigo—. Resulta bastante obvio que no están hechos a este tipo de vida. No me digas que esa niña tan preciosa está acostumbrada a vagar por ahí como en estos dos o tres últimos días. Yo sé lo que me digo.

—¿Y quién te ha dicho lo contrario? —gruñó el señor Codlin mirando el reloj y el caldero—. ¿No puedes pensar en algo más adecuado para el momento presente en vez de decir una cosa y después la contraria?

—Me gustaría que te sirvieran ya la cena —replicó Short—, pues parece que no habrá paz hasta que no te pongas a comer. ¿No has notado lo nervioso que está el anciano con lo de seguir y seguir caminando, siempre adelante y más adelante? ¿No has notado eso?

—Sí, ¿y qué? —musitó Thomas Codlin.

—Pues yo te lo diré —apostilló Short—: ha dejado plantados a sus amigos. Fíjate en lo que te digo: ha dejado plantados a sus amigos y ha persuadido a esta delicada criatura, que le tiene mucho cariño, para que sea su guía y compañera de viaje... Hacia dónde..., él no lo sabe mejor que el hombre de la luna. Pues bien, yo no voy a tolerarlo.

—¿Tú no vas a tolerar qué? —levantó el tono el señor Codlin, mirando de nuevo el reloj y tirándose del pelo con las dos manos, presa de un ataque de locura; ataque que no se sabía bien si estaba ocasionado por la observación de su compañero o por el lento transcurrir del tiempo—. ¡En qué mundo nos ha tocado vivir!

—He dicho —repitió Short con empatía y lentitud— que no estoy dispuesto a tolerarlo. No estoy dispuesto a ver a esta bella niña caer en malas manos y mezclarse con personas para las que no está hecha, por lo mismo que esas personas no están hechas para frecuentar la compañía de ángeles. Así que, cuando decidan separarse de nosotros, tomaré las medidas oportunas para detenerlos y devolverlos a sus amigos, que, me atrevo a decir, ya habrán plasmado su desconsuelo en todas las paredes de Londres.

—Short —dijo el señor Codlin, que, con la cabeza en las manos y los codos en las rodillas, se balanceaba con impaciencia dando ocasionalmente una patada al suelo y ahora levantaba la mirada con ojos ansiosos—; es posible que por esta vez lleves razón. Si tal fuera el caso, y hubiera alguna recompensa, recuerda, Short, que somos socios en todo.

Su compañero sólo pudo asentir brevemente a estas palabras, pues la niña acababa de despertarse. Los feriantes, que se habían aproximado durante el anterior cuchicheo, se separaron rápidamente y, con cierta torpeza, intercambiaron alguna que otra observación en su tono habitual hasta que los interrumpió la llegada de unos extraños perros.

Eran cuatro perros deplorables, que entraron chapoteando uno tras otro, encabezados por un viejo perro patizambo de aspecto particularmente patibulario, el cual, deteniéndose en la puerta hasta que llegó el último de sus seguidores, se irguió sobre las patas traseras entre sus colegas, que inmediatamente se irguieron también sobre las suyas formando una fila grave y melancólica. Y no fue esta la única curiosidad de estos canes; todos lucían un vestidito de color chillón salpicado de lentejuelas deslustradas, y uno iba tocado con un gorro atado por debajo del mentón, que, caído sobre la nariz, le tapaba completamente un ojo; si añadimos a esto que los vestidos chillones estaban mojados y descoloridos por la lluvia, y que sus portadores venían empapados y sucios, podremos formarnos alguna idea del singular aspecto de estos visitantes del Jolly Sandboys.

Sin embargo, ni Short ni el mesonero ni Thomas Codlin mostraron sorpresa ante esta aparición, limitándose a confirmar que eran los perros de Jerry y que este no podía andar muy lejos. Los canes permanecieron parpadeando pacientemente, con la mirada fija en el puchero hirviendo, hasta que apareció el mencionado Jerry y entonces bajaron las patas y entraron en la habitación con normalidad. Posición que no mejoró mucho su aspecto general, pues las dos colas —la corporal y la del vestido, ambas magníficas a su manera— no se avenían en absoluto.

Jerry, el amo de los perros bailarines, con mostacho negro y abrigo de terciopelo, amigo del mesonero y de los huéspedes, fue recibido con gran cordialidad. Desembarazándose de un organillo, que colocó sobre una silla, y

sujetando un pequeño látigo con el que mantenía a raya a la tropa canina, se acercó al fuego para secarse y enseguida entabló conversación.

—Tu gente no suele viajar vestida, ¿verdad? —preguntó Short, señalando a los perros—. Te saldría por un ojo de la cara, supongo.

—No —contestó Jerry—, no suele ir vestida. Pero hemos dado una pequeña representación cerca de la carretera y saldremos con un nuevo vestuario en las carreras; por eso no creo que valga la pena molestarme en desvestirlos. ¡Abajo, Pedro!

Esta orden iba dirigida al perro que llevaba gorra, el cual, como era nuevo en la compañía y no estaba seguro de sus obligaciones, mantenía su ojo no tapado fijo en el amo y se alzaba constantemente sobre las patas traseras sin razón aparente para posarse luego sobre las cuatro patas.

—Ah, tengo aquí un animalito —dijo, llevándose una mano al bolsillo de su abrigo y hundiéndola como para sacar una naranja, manzana o fruta parecida—, un animalito que creo que tú conoces bien, Short.

—¡No me digas! —exclamó Short—. Veamos, pues.

—Aquí está —anunció Jerry, sacando un pequeño terrier del bolsillo—. Antes era el Toby de vuestro Polichinela, ¿no?

En algunas versiones del gran drama de Polichinela hay un perrito —una innovación moderna—, supuestamente de este caballero y que se llama siempre Toby. En su candidez, este Toby, robado siendo un cachorro a otro caballero y fraudulentamente vendido al héroe, no sospechaba que los demás eran unos bribones; pero Toby, que conservaba un grato recuerdo de su antiguo amo y no quería seguir a otro, no sólo se negaba a fumar en pipa a petición de Polichinela sino que, para dejar clara su antigua fidelidad, le mordía la nariz y se la retorció con violencia, un afecto canino que conmovía a los espectadores de manera especial. Tal era el personaje representado por el pequeño terrier en otro tiempo. Si hubiera habido alguna duda, él la habría despejado rápidamente con su conducta; en efecto, al ver a Short, no se limitó a darle la más ferviente muestra de reconocimiento y agradecimiento: al ver también la caja plana, empezó a ladrar con furor a la nariz de cartón que adivinaba dentro de la caja y su amo tuvo que recogerlo del suelo y meterlo en el bolsillo de nuevo, para gran alivio de la concurrencia.

El mesonero se dispuso a extender el mantel, proceso al que el señor Codlin ayudó gustosamente colocando su propio cuchillo y su tenedor en el lugar más estratégico y asentando sus reales enfrente. Una vez puesta la mesa, el mesonero retiró la tapadera por última vez, y de ella brotó la promesa de una cena tan excelente que si la hubiera colocado otra vez en su sitio o insinuado un aplazamiento, habría sido sacrificado en su propio fogón.

Pero no hizo nada de eso, sino que, asistido por una fornida criada, volcó el contenido del caldero en una gran sopera, actividad que los perros, a prueba contra las salpicaduras calientes que cayeron sobre sus hocicos, observaron con una terrible avidez. Finalmente, colocada la comida en la mesa, con varias jarras de cerveza alrededor, la pequeña Nell recitó una oración y empezó la cena.

En ese momento, los pobres perros se irguieron sobre sus patas traseras y la niña, compadecida de ellos, se dispuso a echarles unos trozos de su plato antes de probarlos, a pesar del hambre que tenía. Pero el amo de los perros se interpuso al instante:

—No, querida, no, por favor, ni una pizca de manos que no sean las mías. Ese perro —señalaba al viejo cabecilla de la jauría, hablando con voz apocalíptica— ha perdido hoy medio penique y se quedará sin cenar.

El desafortunado animal posó inmediatamente en el suelo las patas delanteras, movió la cola y miró a su amo con ojos suplicantes.

—Debes tener más cuidado, caballero —empezó a amonestarlo Jerry, dirigiéndose impasible hacia la silla donde había colocado el organillo, cuyo mecanismo accionó—. Ven aquí. Y ahora, caballero, tocarás sin parar mientras nosotros cenamos, y que no se te ocurra moverte de aquí.

El perro se puso al instante a girar el manubrio con aire melancólico. El amo, tras mostrarle el látigo, volvió a su asiento y llamó a los otros, que se irguieron y pusieron en fila bajo su militar dirección.

—Ahora, caballeros —dijo Jerry, mirándolos atentamente—, el perro al que llame por su nombre comerá. Y a los que no nombre se quedarán firmes. ¡Carlo!

El feliz individuo que respondía a este nombre atrapó el bocado que se le lanzó, pero ningún otro movió un músculo. Y de esta manera, a la discreción de su amo, fueron alimentados. Entretanto, el perro caído en desgracia seguía dando vueltas a la manivela, unas veces con ritmo rápido y otras con ritmo más lento, pero sin dejar de tocar ni un instante. Cuando los cuchillos y tenedores hacían mucho ruido, o alguno de sus camaradas se llevaba a la boca un trozo de tocino inusualmente grande, acompañaba la música con un breve aullido, que inmediatamente reprimía ante la mirada de su amo, y seguía tocando con renovado ardor la melodía del salmo 100.

CAPÍTULO DIECINUEVE

La cena no había concluido cuando llegaron al Jolly Sandboys otros dos viajeros que habían caminado bajo la lluvia varias horas; calados hasta los huesos, acudieron a este remanso de paz. Uno de ellos era dueño de un gigante y de una damisela sin piernas ni brazos arribados a bordo de un carronato; el otro, un silencioso caballero que se ganaba la vida haciendo trucos con las cartas y se había desfigurado la cara a fuerza de meterse rombitos de plomo en los ojos y sacárselos luego por la boca, una de sus mayores proezas. El nombre del primero era Vuffin y el del segundo, probablemente en jocosa sátira a su fealdad, era Sweet William (Guillermo el Lindo). Para que se sintieran lo más a gusto posible, el mesonero se afanó al máximo, y en un santiamén ambos fueron debidamente servidos.

—¿Cómo está el gigante? —preguntó Short cuando todos se hallaban sentados fumando alrededor del fuego.

—Flojea de las piernas —respondió el señor Vuffin—. Empiezo a temer que acabe andando de rodillas.

—Vaya, mala cosa —comentó Short.

—Ya, mala cosa —convino el señor Vuffin, suspirando en dirección al fuego—. Cuando un gigante empieza a renquear, al público le importa menos que un rábano sin hojas.

—¿Qué pasa con los gigantes viejos? —preguntó Short de nuevo con aire reflexivo.

—Generalmente se quedan en la caravana para servir a los enanos —contestó el señor Vuffin.

—Su mantenimiento debe de resultar bastante caro; quiero decir, cuando no se les puede exhibir, ¿no es cierto? —observó Short con mirada dubitativa.

—Ya, pero es mejor que dejarlos en una parroquia o vagando por las calles —respondió el señor Vuffin—. Si la gente se acostumbrase a ver gigantes por la calle, no pagaría por verlos en una feria. Mira los patas de palo. Si sólo hubiera un hombre con pata de palo, valdría su peso en oro.

—¡Cierto! —asintieron el mesonero y Short a la vez.

—En cambio —prosiguió el señor Vuffin—, si representaras a Shakespeare solamente con actores con pata de palo, me parece que no sacarías ni seis peniques.

—Cierto, cierto —convino Short. Y el mesonero opinó lo mismo.

—Lo que demuestra, ¿no? —prosiguió el señor Vuffin, agitando la pipa con ademán oratorio—, lo que demuestra la conveniencia de mantener a los gigantes inservibles en la caravana, donde tienen garantizada la comida y el

alojamiento gratis de por vida; en general, esto les suele gustar. Recuerdo un gigante, un negro, que dejó su caravana hace unos años para pasear por Londres un letrero anunciando coches de punto, y que fue así más visto que un barrendero. Murió. No estoy insinuando nada contra nadie —agregó el señor Vuffin, mirando solemnemente a su alrededor—; pero estaba arruinando el negocio, y murió.

El mesonero, respirando con dificultad, miró al propietario de los perros, que asintió y dijo hoscamente que se acordaba.

—Sé que te acuerdas, Jerry —dijo el señor Vuffin remarcando bien sus palabras—. Sé que te acuerdas, Jerry, y la opinión general es que le estuvo bien empleado. Por cierto, me acuerdo de los veintitrés carromatos del viejo Maunders, cuando los tenía en un terreno de Spa Fields durante el invierno, con la temporada ya terminada; ocho enanos varones y hembras sentados a la mesa todos los días, servidos por ocho viejos gigantes con abrigos verdes, calzones rojos, calcetines azules de algodón y botines. Y había un enano viejo y maligno que, cuando su gigante no le servía suficientemente deprisa, le clavaba un alfiler en la pierna, al no poder clavárselo más arriba. Esto es cierto, pues me lo contó Maunders en persona.

—¿Y qué pasa con los enanos cuando se hacen viejos? —preguntó el posadero.

—Cuanto más viejo se hace un enano, más vale —respondió el señor Vuffin—. Un enano con el pelo cano y muchas arrugas está más allá de toda sospecha. Pero un gigante flojo de piernas, que no se mantiene tieso de pie..., mejor guardarlo en la caravana y no exhibirlo nunca por mucho que intenten convencerte de lo contrario.

Mientras el señor Vuffin y sus dos amigos pasaban el tiempo en esta conversación fumando sendas pipas, el hombre silencioso permanecía sentado en un rincón caldeado, tragando o haciendo que tragaba seis monedas de medio penique a modo de práctica, al tiempo que mantenía en equilibrio una pluma sobre la nariz y ensayaba otras habilidades semejantes sin prestar la menor atención a los presentes, los cuales tampoco le prestaban demasiada atención. Al cabo, la niña, que estaba muy cansada, convenció a su abuelo para que se retiraran, y dejaron así a los demás al amor del fuego, con los perros medio dormidos a cierta distancia.

Tras dar las buenas noches al anciano, Nell se retiró a su humilde buhardilla, pero apenas hubo cerrado la puerta cuando alguien llamó suavemente. La abrió enseguida y le sorprendió ver al señor Thomas Codlin, a quien acababa de dejar abajo, según todos los indicios, profundamente dormido.

—¿Ocurre algo? —preguntó la niña.

—Nada en especial, querida —respondió el visitante—. Quiero que sepas que soy tu amigo. Tal vez no lo hayas pensado, pero soy tu amigo, no él.

—¿Y quién es él? —quiso saber la niña.

—Short, querida. Te diré una cosa —encareció Codlin—, aunque él tenga una manera de ser que te pueda gustar, yo soy un hombre leal y, sincero. Puede que no lo parezca, pero lo soy.

La niña empezó a alarmarse y supuso que tanto autobombo se debía al exceso de cerveza ingerida por el señor Codlin.

—Short puede parecerte una persona amable —abundó el misántropo—, pero él exagera; yo, no.

Sin duda, si alguna carencia se notaba en la conducta habitual del señor Codlin era que escatimaba, en vez de aumentar, su amabilidad con quienes le rodeaban. La niña, perpleja, no sabía qué contestar.

—Sigue mi consejo —le intimó Codlin—. No me preguntes por qué, pero síguelo. Mientras viajes con nosotros, mantente lo más cerca de mí que puedas. No se te ocurra dejarnos, por ningún motivo; procura ir siempre pegada a mí, y di que soy tu amigo. ¿Lo tendrás en cuenta, querida, y dirás siempre que yo soy tu verdadero amigo?

—¿Decirlo dónde y cuándo? —preguntó la niña inocentemente.

—Bueno, en ningún sitio concreto —contestó Codlin un poco desconcertado por la pregunta—. Simplemente deseo que me consideres así y que se me haga justicia. No imaginas el gran interés que siento por vosotros. ¿Por qué no me cuentas tu pequeña historia... sobre ti y el pobre anciano? Yo soy el mejor consejero que puedes tener, y te aseguro que estoy muy interesado por ti..., mucho más que Short. Bueno, creo que ya se están despidiendo ahí abajo; ya sabes, no hay necesidad de decirle a Short que hemos hablado. Que Dios te bendiga. Recuerda quién es tu verdadero amigo. Codlin es tu amigo, no Short. Short puede parecerte un buen hombre, pero el verdadero amigo soy yo, Codlin; no Short.

Apoyando estas palabras con miradas benévolas y protectoras y gestos igualmente amigables, Thomas Codlin se alejó de puntillas, dejando a la niña extremadamente sorprendida. Aún se hallaba cavilando sobre tan curiosa conducta cuando el suelo carcomido de las escaleras y del rellano crujió bajo los pasos de los huéspedes que se dirigían a la cama. Cuando pasaron todos y el ruido de sus pasos se hubo apagado, uno de ellos volvió y, tras una leve vacilación y cierto frufrú en el pasillo, como si dudara, llamó a su puerta.

—¿Sí? —preguntó la niña desde dentro.

—Soy yo, Short —anunció este por el ojo de la cerradura—. Sólo quería decirte, querida, que nos iremos mañana temprano, pues, si no salimos antes que el de los perros y el prestidigitador, en las aldeas no sacaremos ni un penique. ¿Pensáis levantaros temprano y venir con nosotros? Yo te llamaré.

La niña contestó afirmativamente y, devolviéndole las buenas noches, oyó cómo se alejaba cautelosamente. La súbita solicitud de los dos hombres le produjo cierta desazón, que aumentó al recordar su cuchicheo junto a la chimenea y la confusión que mostraron cuando ella se despertó; así, no pudo librarse de la idea de que no eran los mejores compañeros que podía haber encontrado. Sin embargo, su aprensión era poca cosa comparada con su cansancio, y el sueño se encargó enseguida de hacérsela olvidar.

A una hora muy temprana del día siguiente, Short cumplió su promesa y, llamando suavemente a su puerta, le dijo que se levantara, pues el propietario de los perros roncaba todavía, y si no perdían tiempo podrían adelantarse tanto a él como al prestidigitador, que estaba hablando en sueños (por lo que había podido oírle, estaba sosteniendo un burro en el aire). La niña se levantó de la cama de un salto y despertó al anciano con tanta diligencia que los dos se declararon listos enseguida, para satisfacción y alivio de Short.

Después de un desayuno apresurado y muy poco ceremonioso, cuyos elementos básicos fueron beicon, pan y cerveza, se despidieron del mesonero y abandonaron el Jolly Sandboys. La mañana era hermosa y cálida, el suelo estaba frío después de la lluvia, los setos se veían más alegres y verdes, el aire era límpido y todo parecía fresco y saludable. Animados por el paisaje, el camino les resultó sumamente agradable.

No habían andado mucho cuando la niña se vio sorprendida otra vez por la conducta del señor Thomas Codlin, quien en vez de caminar aparte y refunfuñando, como había hecho hasta ahora, se mantenía cerca de ella y, en cuanto tenía la oportunidad de mirarla sin ser visto por su compañero, le recordaba con miradas furtivas y movimientos de cabeza que no debía confiar en Short, sino reservarle a él todas sus confianzas. Y no se limitaba a miradas y gestos, pues, cuando su abuelo y ella caminaban junto a Short, y ella hablaba con su acostumbrada alegría sobre lo primero que se le ocurría, Thomas Codlin testimoniaba sus celos y desconfianza arrimándose y rozándole ocasionalmente los tobillos con las patas del teatrillo, produciéndole dolor.

Este extraño proceder hizo que la niña se, volviera más vigilante y suspicaz, y pronto observó que cuando se paraban para actuar en el patio de una cervecería o algún otro lugar, el señor Codlin, mientras desempeñaba sus funciones en el espectáculo, no les quitaba ojo a ella y al anciano o, como muestra de amistad y consideración, invitaba a este último a apoyarse en su

brazo, teniéndolo así vigilado hasta que terminaba la representación y reemprendían la marcha. También Short parecía haber cambiado; mezclaba con su habitual buen carácter cierto deseo de tenerlos a los dos bien custodiados. Eso aumentó la aprensión de la niña y la puso más nerviosa e inquieta.

Ya se acercaban a la población donde se iban a celebrar las carreras al día siguiente, pues, al pasar junto a numerosos grupos de gitanos y vagabundos que iban en la misma dirección tras aparecer por caminos secundarios y atajos varios, confluyeron en una riada de gente, unos caminando junto a carretas entoldadas, otros a caballo, otros a lomos de burros, otros cargando pesados bultos a la espalda, y todos dirigiéndose al mismo punto. Las tabernas de la carretera, vacías y silenciosas en otras zonas, aquí resonaban con ruidos y gritos y se cubrían de nubes de humo; y, desde las ventanas neblinosas, grupos de gruesas caras rojas miraban la carretera. En cada parcela en barbecho o terreno comunal, un pequeño apostador había plantado su negocio ruidoso e invitaba a detenerse a los ociosos transeúntes a probar su suerte. La multitud se volvía más espesa y ruidosa. En puestos con mantel se vendía pan de jengibre dorado, también expuesto al polvo. Y a menudo pasaba apresurado un carruaje de cuatro caballos, oscureciendo todos los objetos con la nube de arena que levantaba, dejando a todos aturdidos y ciegos.

Ya estaba oscuro cuando llegaron a la ciudad; los últimos kilómetros se les habían hecho muy largos. Allí reinaba un gran tumulto y confusión: las calles estaban abarrotadas de gente. Se notaba la abundancia de forasteros por la extrañeza que se dibujaba en sus rostros. Las campanas de la iglesia repiqueteaban alegres, y miles de banderas ondeaban en ventanas y tejados. En los grandes patios de los mesones, los camareros revoloteaban de un lado a otro y se entrechocaban, los caballos trapaleaban sobre las piedras desiguales, los estribos de los carruajes se bajaban de golpe y de muchas mesas venían olores desagradables (una pesada y tibia exhalación para el olfato). En las tabernas más pequeñas, los violines sonaban frenéticamente y a contratiempo de la gente que bailaba; numerosos borrachos, olvidados de la melodía, se unían en una especie de alarido frenético que ahogaba hasta el repiqueteo de las campanas y los hacía ansiar más alcohol todavía; grupos de ociosos se apiñaban cerca de las puertas para ver bailar a alguna vagabunda y unir sus gritos al chirriante flautín y al ensordecedor tambor.

Nell, que, asustada y disgustada por lo que veía, conducía a su aturdido abuelo por aquel escenario delirante, agarrada a él y temiendo quedarse sola si los empujones y apreturas los separaban, aceleró el paso. Al fin salieron de la ciudad y se dirigieron al hipódromo, situado sobre una elevación, a aproximadamente un kilómetro y medio de la ciudad.

Aunque allí había también mucha gente, no muy selecta ni bien vestida,

clavando estacas en el suelo para plantar las tiendas, corriendo de un lado a otro con los pies llenos de tierra y blasfemando —aunque había niños llorando de sueño sobre montones de paja entre las ruedas de los carros, y numerosos caballos delgados y burros paciendo entre los hombres y las mujeres, y mil cacharros de loza y hojalata, y fuegos a medio encender y cabos de vela que se consumían rápidamente—, a pesar de todo esto la niña estaba contenta de haberse alejado de la ciudad y de respirar un aire más limpio. Después de una cena escasa, que redujo el exiguo caudal a unas pocas monedas con las que apenas podrían desayunar al día siguiente, la niña y el anciano se echaron a descansar en el rincón de una tienda y se durmieron, pese a los ruidosos preparativos, que no cesaron en toda la noche.

Había llegado el momento de ponerse a pedir, a mendigar el pan. Poco después de amanecer, la niña salió de la tienda sin hacer ruido y se dirigió a un campo a coger rosas silvestres y otras flores con la intención de hacer pequeños ramilletes y ofrecerlos a las damas que acudieran a las carreras a bordo de sus tálburis. Pensó otras cosas mientras se ocupaba de aquello; así, cuando volvió y se sentó junto al anciano en el rincón de la tienda para componer ramilletes (mientras los dos hombres seguían durmiendo en otro rincón), le tiró de la manga y, mirando hacia los hombres con precaución, le dijo en voz baja:

—Abuelo, no mire a estos hombres y haga como si le estuviera hablando de estas flores. ¿Qué fue lo que me dijo antes de salir de la casa vieja? Que si se enteraban de adónde nos dirigíamos, dirían que usted estaba loco y nos separarían, ¿no?

El anciano la miró con auténtico terror, pero ella lo disipó con una mirada, le pidió que sostuviera las flores mientras ella las ataba y, acercando así los labios a su oreja, prosiguió:

—Eso fue lo que me dijo. No necesita repetírmelo, abuelito querido. Lo recuerdo muy bien. No podría olvidarlo. Abuelito, estos hombres sospechan que hemos abandonado en secreto a nuestros amigos y pretenden llevarnos ante alguna autoridad que nos retenga y nos obligue a volver. Si no deja de temblarle la mano, no podremos nunca escapar de ellos; pero si se muestra tranquilo, lo conseguiremos fácilmente.

—¿Cómo, mi querida Nelly? —musitó el anciano—, ¿cómo? Me encerrarán en una celda oscura y fría, y me encadenarán a la pared. Me azotarán, Nell, y no dejarán que te vea nunca más.

—Está temblando otra vez —le reprendió la niña—. Manténgase cerca de mí todo el día. No les haga caso, no los mire a ellos, sino a mí. Ya encontraré el momento en que podamos huir: Cuando lo encuentre, se agarra a mí sin detenerse ni pronunciar palabra. Shh. Nada más.

—¿Qué? ¡Hola! ¿Qué estás haciendo, querida? —inquirió el señor Codlin levantando la cabeza y bostezando. Y, viendo que su compañero seguía profundamente dormido, añadió susurrando—. Codlin es tu amigo, recuérdalo. No Short.

—Estoy haciendo unos ramilletes —contestó la niña—. Voy a ver si vendo algunas flores en los tres días de carreras. ¿Quiere usted una, de regalo?

El señor Codlin se habría levantado para coger la flor, pero la niña se adelantó y se la puso en una mano. Él la enfiló en un ojal con aire de inefable complacencia para un misántropo y, esbozando una mirada triunfal a la intención de Short, que no sospechaba nada, musitó recostándose otra vez:

—Tom Codlin es tu amigo, ¡por todos los demonios!

Con el paso de la mañana, las tiendas adquirieron un aspecto más alegre y brillante, con largas hileras de carruajes que no dejaban de llegar rodando suavemente sobre la hierba. Hombres que habían pasado la noche anterior en blusón y polainas de cuero lucían chalecos de seda y sombreros con penacho, y hacían de juglares o saltimbanquis o aparecían como criados de voz suave ataviados con magníficas libreas delante de casetas de apuestas o con trajes de honrados granjeros que invitaban a participar en juegos ilegales. Gitanas de ojos negros, con la cabeza envuelta en vistosos pañuelos, se ofrecían para decir la buenaventura, y pobres y delgadas mujeres de cara pálida seguían a ventrílocuos y prestidigitadores contando los peniques con avidez antes de haberlos ganado. A los niños que podían recoger —niños con todas las marcas de la suciedad y la pobreza— se los acomodaba entre los burros, las carretas y los caballos, y los que no cabían correteaban por los lugares más insospechados, colándose entre las piernas de la gente y las ruedas de los carros y apareciendo milagrosamente ilesos debajo de los cascos de los caballos. Los perros bailarines, los zancudos, la enana y el gigante, y todas las demás atracciones, acompañadas de organillos y bandas de música, fueron emergiendo de los agujeros y rincones en los que habían pasado la noche y se mostraban lozanos al sol.

Short se abrió paso en medio de la pista aún abarrotada tocando la trompeta de latón y gritando con su voz de Polichinela; detrás, Thomas Codlin llevaba el teatrillo sin quitarles ojo a Nelly y a su abuelo si estos se quedaban rezagados. La niña, con su pequeño cesto en el brazo lleno de flores, a veces se detenía, con aire tímido y recatado, para ofrecer una flor a los alegres ocupantes de los carruajes. Pero, ay, había demasiados mendigos más atrevidos que ella, gitanas que prometían maridos y otros muy duchos en su oficio, y aunque unas damas le sonreían gentilmente mientras sacudían la cabeza y otras gritaban a los caballeros sentados a su lado: «Mirad, ¡qué cara tan bonita!», todas dejaban atrás a la bonita niña sin reparar en lo cansada y

hambrienta que estaba.

Sólo hubo una dama que pareció comprender a la niña; estaba sentada sola en un elegante carruaje mientras dos mozos con trajes relucientes, que acababan de bajarse, hablaban y reían ruidosamente a poca distancia, sin reparar en la niña. Había muchas damas alrededor, pero todas le volvían la espalda o miraban a otro lado, o a los dos citados jóvenes (no de manera desfavorable), y ninguna prestaba atención a Nelly. La dama apartó a una gitana que insistía en decirle la buena ventura alegando que ya se la había dicho años atrás, llamó a la niña y, cogiendo todas las flores, puso el dinero en su mano temblorosa y le dijo que se fuera a casa y se quedara allí, por el amor de Dios.

Siguieron de un lado a otro por aquellas hileras largas, largas, viendo de todo menos caballos y carreras. Cuando sonaba la campana para despejar la pista, descansaban entre las carretas y los burros, de donde no salían hasta que hubiera pasado el calor. Polichinela hizo alarde en muchas ocasiones de su excelente humor, pero Thomas Codlin no les quitó en ningún momento el ojo de encima, frustrando así cualquier intento de huida.

Finalmente, cuando ya caía la noche, el señor Codlin plantó el teatrillo en un sitio estratégico y la gente no tardó en congregarse alrededor del escenario. La niña, sentada detrás del anciano, pensaba en qué extraño era que los caballos, unos animales tan hermosos y tan nobles, fueran también vagabundos entre la gente, cuando una risotada general, suscitada por el ocurrente señor Short, que estaba haciendo alusión a ciertas circunstancias de la jornada, la sacó de su ensoñación y le hizo mirar a su alrededor.

Si querían irse sin ser vistos, este era el momento. Short repartía mandobles a troche y moche, empujando a los personajes contra las paredes del teatrillo, los espectadores miraban con caras risueñas y el señor Codlin parecía relajado y sonriente con la atenta mirada fija en la gente que se palpaba los bolsillos del chaleco en busca de alguna moneda de seis peniques. Si querían irse sin ser vistos, este era el momento. Lo aprovecharon y huyeron.

Se abrieron paso a través de los puestos, los carruajes y el gentío sin detenerse a mirar atrás. La campana repicaba y la pista estaba despejada cuando llegaron a las cuerdas, que franquearon prestamente, insensibles a los gritos y alaridos que les dirigían por haber violado la santidad de la barrera. Finalmente, bajando con paso rápido por la ladera, salieron al campo abierto.

CAPÍTULO VEINTE

Día tras día, cuando volvía a casa tras un nuevo intento por encontrar empleo, Kit elevaba los ojos hacia la ventana de la habitacioncita donde tantas veces había saludado a la niña, esperando encontrar algún indicio de su presencia. Este gran deseo, unido a la promesa que le había hecho Quilp, le hizo creer que vendría a reclamar el humilde cobijo que él le había ofrecido, y esta esperanza, que moría cada noche, renacía a la mañana siguiente.

—Seguro que vienen mañana. ¿Usted qué opina, madre? —preguntó Kit, dejando el sombrero con aire cansado y exhalando un suspiro—. Llevan ya una semana fuera. Seguro que no aguantan por ahí más de una semana, ¿no cree?

La madre sacudió la cabeza y le recordó los numerosos chascos que ya se había llevado.

—En esto —reconoció Kit— lleva razón, como siempre, madre. Sin embargo, yo creo que una semana es demasiado para andar vagando por ahí, ¿no le parece?

—Sí, bastante tiempo, Kit, demasiado. Pero eso no te garantiza, que vayan a volver.

Kit estuvo a punto de enfadarse con aquella réplica, que, sin embargo, él mismo ya había anticipado y consideraba justa. Pero se quedó en un impulso pasajero, y antes de llegar a la otra punta de la habitación su mirada ya se había vuelto afable.

—¿Qué cree que habrá sido de ellos, madre? No me irá a decir que se han embarcado.

—No los veo de marineros, no —repuso la madre con una sonrisa—. Pero no tendría nada de extraño que se hubieran ido a un país extranjero.

—¡Por favor, madre! —gritó Kit con aire desolado—. ¡No diga esas cosas!

—Pues me temo que esa es la verdad —abundó—. Es lo que dicen los vecinos, y algunos aseguran haberlos visto a bordo de un barco; ellos podrían decirte el nombre del lugar adonde han ido, que a mí me resulta demasiado difícil de pronunciar, cariño.

—¡No me lo creo! —profirió Kit—. No me creo ni una palabra de esa historia. Una panda de ociosas cotorras, ¡eso es lo que son!

—Puede que se equivoquen, por supuesto —replicó la madre—. Yo no puedo decir ni que sí ni que no, aunque puede que tengan razón, pues también se dice que el anciano se ha llevado una suma de dinero de la que nadie tenía conocimiento, ni siquiera ese enano feo del que me has hablado. ¿Cómo se llama? Ah, sí, Quilp. Y que se ha ido con la señorita Nell a vivir al extranjero, donde no le puedan quitar ese dinero ni le moleste nadie. No parece muy

descabellado, ¿no crees?

Kit se rascó la cabeza con aire abatido, en renuente admisión de que efectivamente no le parecía descabellado. Trepó hasta el viejo clavo donde había colgado la jaula, la bajó y se dispuso a limpiarla y a alimentar al pajarillo. Sus pensamientos pasaron entonces de dicha ocupación al viejecito que le había dado el chelín y recordó que era exactamente el día, y casi la misma hora, en que el viejecito le había dicho que volvería a la casa del notario. Sin tiempo que perder, volvió a colgar la jaula y, tras explicar apresuradamente la índole de su recado, salió disparado hacia el lugar señalado.

Kit llegó con dos minutos de retraso, pues la casa del notario se hallaba a una distancia considerable de la suya; pero, para su suerte, el viejecito no había llegado aún; al menos, no había ningún tálburi con poni a la vista, ni era probable que hubiera llegado y se hubiera ido en tan breve espacio de tiempo. Aliviado al descubrir que no había faltado a la cita, se apoyó en la farola para recobrar el aliento y esperó la llegada del poni y su remolque.

Al poco tiempo asomó el poni trotando por la esquina; con la obstinación de un poni, movía las patas eligiendo los puntos más limpios sin dar muestras de apresurarse excesivamente. Detrás del poni iban sentados el viejecito y la viejecita, y esta llevaba exactamente el mismo ramillete que la ocasión anterior.

El anciano, la anciana, el poni y el tálburi avanzaron plácidamente hasta que se encontraron en la sexta puerta antes de llegar a la del notario, en cuyo punto el poni, confundido por la placa de cobre del sastre, se detuvo manteniendo un silencio pertinaz, dando así a entender que aquella casa era la que buscaban.

—Por favor, señoría, ¿tendría usted la bondad de proseguir? Este no es el lugar —le rogó el anciano.

El poni miraba una toma de agua y parecía completamente absorto en su contemplación.

—Ay, querido, qué Whisker tan perverso —exclamó la anciana—. ¡Se había portado tan bien hasta ahora! Me avergüenzo de él. No sé qué vamos a hacer con él. Realmente no lo sé.

El poni, satisfecho de la naturaleza y propiedades de la toma de agua, buscaba a sus viejas enemigas las moscas y, como en aquel momento una le hacía cosquillas en la oreja, sacudió la cabeza y meneó la cola, tras lo cual volvió a sumirse en sus reflexiones, pero ahora más a gusto y más sosegado. El anciano, agotados sus poderes de persuasión, se apeó y lo condujo con la mano; a lo que el poni, tal vez porque considerara esto una concesión

suficiente, tal vez porque sus ojos repararon en otra placa de cobre o tal vez porque sufrió un ataque de despecho, salió disparado con la anciana detrás y se detuvo en la casa adecuada, dejando rezagado al anciano, que llegó poco después corriendo y sin aliento.

Kit se presentó delante del poni, llevándose la mano al sombrero mientras esbozaba una sonrisa.

—¡Hombre! —gritó el anciano—. ¡El chico está aquí! Querida, ¿no lo ves?

—Le dije que estaría aquí, señor —articuló Kit, acariciándole el cuello a Whisker—. Espero que hayan tenido un viaje agradable, señor. Es un poni muy simpático.

—Querida mía —profirió el anciano—, este es un chico fuera de lo común; es un buen chico, estoy seguro.

—También yo estoy segura —refrendó la anciana—. Y estoy segura de que es un buen hijo.

Kit respondió a estos testimonios de confianza llevándose de nuevo la mano al sombrero y poniéndose muy colorado. El anciano ayudó a la anciana a apearse y, mirando a Kit con una sonrisa de aprobación, entraron en la casa hablando del joven, el cual no pudo evitar oírlos. Al poco, el señor Witherden, con la nariz pegada al ramo de flores, se asomó a la ventana para mirarlo, y después fue el señor Abel quien se asomó para mirarlo, y después se asomaron el anciano y la dama para mirarlo de nuevo, y finalmente se asomaron todos a la vez. Kit, algo violento, hacía como si no se diera cuenta y acariciaba el poni con mayor intensidad, libertad que al poni no le parecía mal.

Las caras seguían en la ventana cuando apareció en la acera el señor Chuckster con su vestimenta oficial (y el sombrero colgándole de la cabeza como podía colgar del perchero) para comunicarle que querían que entrara y que entretanto él se ocuparía del tálburi. Hecha la comunicación, el señor Chuckster aún dudaba de si Kit era un ingenuo o un picaruelo, aunque por cierto además de desconfianza dio a entender que se inclinaba por la última opción.

Kit entró en el despacho con aire amedrentado, pues no estaba acostumbrado a la compañía de unas damas y unos caballeros tan extraños, ni a aquellas cajas de hojalata y resmas de papeles polvorientos de aspecto tan austero y venerable. En cuanto al señor Witherden, era un personaje ruidoso que hablaba fuerte y deprisa. Todas las miradas se dirigieron a Kit, que se sentía cohibido por la pobreza de su vestimenta.

—Bien, muchacho —empezó el señor Witherden—. Has venido para acabar de ganarte el chelín, no para llevarte otro, ¿verdad?

—Así es, señor —contestó Kit, armándose de valor para levantar la mirada—. Nunca he pensado otra cosa.

—¿Tienes padre? —preguntó el notario.

—Falleció, señor.

—¿Y tu madre vive?

—Sí, señor.

—¿Se ha vuelto a casar?

Sin poder ocultar cierta indignación, Kit contestó que era una viuda con tres hijos y que, respecto a lo de casarse de nuevo, si el caballero la conociera no habría preguntado tal cosa. Ante esta contestación, el señor Witherden hundió la nariz en las flores y le susurró al anciano que le parecía un muchacho cabal.

—Oye una cosa —le dijo el señor Garland después de varias preguntas más—. No pienses que te voy a dar nada.

—Gracias, señor —contestó Kit perfectamente en serio, pues este anuncio lo libraba de la sospecha sugerida por el notario.

—Sin embargo —reanudó al anciano—, creo que me gustaría saber algo más de ti. Dime dónde vives, que lo voy a anotar en mi cuaderno. Kit se lo dijo y el anciano anotó la dirección con un lápiz. De repente, se oyó un gran alboroto en la calle. La anciana se precipitó hacia la ventana y dijo que Whisker se había escapado; al oír esto, Kit salió disparado a buscarlo, y los demás le siguieron.

Al parecer, el señor Chuckster había permanecido todo aquel tiempo con las manos en los bolsillos al lado del poni, pero sin vigilarlo, y ocasionalmente reprendiéndolo con admoniciones como «estate quieto», «silencio», «ihho» y otras imprecaciones semejantes, que un poni que se precie no podría tolerar. Por consiguiente, el poni, sintiéndose libre de cualquier obligación u obediencia, y al no tener a nadie que lo vigilara, había echado a trotar y se hallaba ahora en mitad de la calle. El señor Chuckster, con el sombrero caído y una pluma detrás de la oreja, iba agarrado detrás del tálburi, intentando en vano pararlo, para la inenarrable admiración de los curiosos. Pero hasta en las escapadas se comportaba Whisker de un modo perverso, pues se detuvo de repente y, antes de que nadie lo hiciera volver, empezó a recular a un paso casi tan rápido como el que había llevado hacia delante. De este modo, de una manera muy poco gloriosa, el señor Chuckster volvió reculando hasta el despacho, agotado y maltrecho.

La anciana se instaló en su asiento, y el señor Abel (a quien habían ido a recoger) en el suyo. El anciano, después de sugerir al poni lo impropio de su

conducta y de presentar sus mejores disculpas al señor Chuckster, tomó también asiento. Tras despedirse del notario y de su empleado, se alejó, volviéndose para saludar con la cabeza a Kit, que se había quedado en medio de la calle viéndolos partir.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Kit se marchó y pronto se olvidó del poni, el carruaje, la viejecita, el viejecito y el joven, preocupado por lo que podría haberles pasado a su antiguo amo y a su adorable nieta, centro principal de sus pensamientos. No lograba explicarse por qué no aparecían, y estaba convencido de que regresarían pronto. Así pues, dirigió los pasos hacia su casa pensando en terminar la tarea que su compromiso había interrumpido y en salir después una vez más en busca de fortuna.

Pero he aquí que, al llegar a la esquina del patio de la casa, vio al poni de nuevo. Sí, allí estaba el cuadrúpedo con aire más obstinado que nunca; y, a bordo del tílburí, vigilando todos sus movimientos, se hallaba sentado el señor Abel, quien, al levantar la mirada y ver llegar a Kit, lo saludó con un movimiento de cabeza tan fuerte que pareció que se le iba a descoyuntar.

Kit se extrañó de ver al poni a la puerta de su casa y se preguntó con qué fin habría ido allí y dónde estarían la anciana y el anciano. La respuesta le vino al levantar el pestillo y entrar en la casa, donde se hallaban sentados en amigable conversación con su madre. Con aire cohibido, Kit se quitó el sombrero e hizo una reverencia.

—Aquí nos tienes, Christopher —prorrumpió el señor Garland sonriendo.

—Muy bien, señor —expresó Kit, mirando a su madre en busca de una explicación.

—Este caballero ha tenido la amabilidad, cariño —dijo ella en respuesta a la muda interrogación—, de interesarse por si tienes un buen puesto, o si tienes alguno; y cuando le he dicho que no tenías ninguno, ha tenido la bondad de decirme que...

—Buscamos a un chico cabal para nuestra casa —concluyeron el anciano y la anciana a la vez—, y tal vez podríamos encontrarlo aquí, si quedamos satisfechos de nuestras pesquisas.

Como «encontrarlo aquí» significaba que pensaban seriamente en contratar a Kit, este compartió la inquietud de su madre y sintió una gran agitación; pues los viejecitos eran unas personas muy metódicas y prudentes, y le harían

muchas preguntas, de manera que empezó a temer por el éxito de su contratación.

—Comprenderá usted, querida señora —dijo la señora Garland a la madre de Kit—, que es preciso andarse con mucho cuidado y mucho tiento en un asunto como este, pues somos sólo tres de familia y además unas personas muy tranquilas y de costumbres muy regulares, por lo que sería muy de lamentar que cometiéramos un error y nos encontráramos con algo diferente a lo que queremos.

La madre de Kit contestó que eso era muy cierto, sensato y apropiado, y que ella de ningún modo se negaría, ni tenía motivos para negarse, a cualquier pesquisa sobre su carácter o el de su hijo; que su hijo era un muchacho excelente, aunque qué iba a decir una madre, y que se atrevía a decir que se parecía mucho a su padre, el cual no sólo había sido un buen hijo de su padre, sino también el mejor de los maridos y el mejor de los padres, lo que, estaba segura, Kit podía corroborar, y el pequeño Jacob y el bebé, si estos tuvieran suficiente edad, lo que por desgracia no era el caso, aunque no ser conscientes de la gran pérdida padecida tal vez fuera mejor para ellos, dado lo jóvenes que eran. La madre prosiguió su narración, secándose los ojos con el delantal de vez en cuando y acariciando la cabeza del pequeño Jacob, que estaba meciendo la cuna y mirando con la mayor atención a tan extraña dama y tan extraño caballero.

Cuando la madre de Kit terminó de hablar, la anciana retomó la palabra y le dijo que la consideraba una mujer muy honrada y respetable, pues de lo contrario no habría podido expresarse de aquella manera, y que ciertamente el aspecto de sus hijos y la limpieza de la casa merecían su aplauso y reconocimiento, a lo que la madre de Kit reaccionó con una reverencia y una sensación de gran consuelo. A continuación, se lanzó a un prolijo relato de la vida y anécdotas varias de Kit, desde su más tierna infancia hasta el momento presente, sin omitir su milagrosa caída por una ventana cuando era muy pequeño o su inhabitual sufrimiento cuando pasó el sarampión, atestiguado por la manera quejumbrosa en la que, día y noche, pedía pan tostado y agua diciendo: «No llores, madre, que me pondré bueno pronto»; y para corroborar aquellas afirmaciones, mencionó a la señora Green, la inquilina de la lechera de la esquina, y a otras damas y caballeros de distintas partes de Inglaterra y Gales (así como a un tal señor Brown, que entonces era cabo en las Islas Occidentales y al que ahora se podía encontrar con facilidad), todos los cuales podían dar fe de lo referido. Terminado el relato, el señor Garland le hizo algunas preguntas a Kit con respecto a sus cualidades y habilidades en general. Mientras, la señora Garland observaba a los niños y, oyendo a la madre de Kit relatar ciertas circunstancias notables que habían concurrido en el nacimiento de cada uno de sus hijos, relató ella misma también ciertas circunstancias

notables que habían concurrido asimismo en el nacimiento de su hijo, el señor Abel, de lo que se traslució que tanto la madre de Kit como ella se habían visto —por encima y más allá de las demás mujeres de cualquier condición o edad— particularmente asaltadas por todo tipo de asechanzas y peligros. Finalmente, se formularon preguntas sobre la naturaleza y variedad del guardarropa de Kit, y se concedió un pequeño anticipo para su mejora. Kit quedó así formalmente contratado con unos ingresos anuales de seis libras, más comida y alojamiento, por el señor y la señora Garland, de la finca de Abel, en Finchley.

Resultaría difícil decir quiénes quedaron más contentos con el acuerdo, el cual se estipuló acompañado de miradas afables y sonrisas alegres por ambos lados. Se convino que Kit se presentaría en su nuevo destino dos días después, por la mañana. Finalmente, los dos viejecitos, tras hacer entrega de una reluciente media corona al pequeño Jacob y de otra al bebé, se despidieron escoltados hasta la calle por su nuevo doméstico, quien sujetó las riendas del terco poni mientras sus nuevos amos tomaban asiento; y así los vio alejarse con el corazón rebotante de alegría.

—¡Qué bien, madre! —exclamó Kit, volviendo deprisa a la casa—. Creo que la fortuna me ha tocado con su varita.

—Eso diría yo también, Kit —convino la madre—. ¡Seis libras al año! ¡Quién lo iba a decir!

—¡Qué bien! —repitió Kit, tratando de mantener la gravedad que exigía la consideración de semejante suma, pero sonriendo con delicia—. ¡Somos ricos!

Kit exhaló un profundo suspiro, hundió las manos en los bolsillos como si contuvieran el sueldo de un año y miró a su madre imaginando que ya nadaban en la abundancia.

—¡Quiera Dios, madre, que se convierta en toda una dama los domingos y Jacob en un buen estudiante y el bebé en un buen chico, y que tengamos una bonita habitación ahí arriba! ¡Seis libras al año!

—¿Quéee? —graznó una voz extraña—. ¿Qué es eso de seis libras al año? ¿Qué es eso de seis libras al año, eh? —mientras resonaba en el aire la pregunta apareció Daniel Quilp con Richard Swiveller a sus talones—. ¿Quién ha dicho que va a ganar seis libras al año? —preguntó Quilp mirando inquisitivamente a todos los presentes—. ¿Lo ha dicho el anciano o la pequeña Nell? ¿De dónde ha sacado él ese dinero, y dónde están, eh?

La buena mujer se asustó tanto ante la repentina aparición de aquel consumado dechado de fealdad que cogió al bebé de la cuna y se lo llevó al rincón más apartado de la estancia mientras el pequeño Jacob, sentado en su silla con las manos en las rodillas, lo miraba fijamente, como hipnotizado,

llorando desafortadamente. Por su parte, Richard Swiveller visualizó rápidamente a toda la familia por encima de la cabeza del señor Quilp, el cual, con las manos en los bolsillos, no dejaba de sonreír por haber sido el causante de semejante conmoción.

—No se asuste, señora —la tranquilizó Quilp tras una pausa—. Su hijo me conoce. Yo no como bebés. No me gustan. Pero sería conveniente detener el llanto de ese jovencito para que no me vea tentado a hacerle alguna barrabasada. ¡Eh, caballero! ¿Quieres estarte un poco callado?

El pequeño Jacob contuvo las lágrimas que estaban empezando a brotarle y se quedó callado, presa de terror.

—¡Mucho cuidado con volver a llorar otra vez, granuja —lo amenazó Quilp mirándolo con severidad—, o de lo contrario te haré unas muecas que te harán temblar, te lo aseguro! En cuanto a usted, señor —se dirigió ahora a Kit—, ¿por qué no ha venido a verme tal y como me prometió?

—¿Para qué iba a ir a verle? —replicó Kit—. Yo no tengo ningún negocio con usted, como tampoco lo tiene usted conmigo.

—Escúcheme, señora —dijo Quilp apartando la mirada de Kit y dirigiéndose a su madre—: ¿cuándo fue la última vez que el viejo vino aquí o mandó a alguien? ¿Está aquí ahora? Si no, ¿a dónde ha ido?

—No ha estado aquí en ningún momento —contestó ella—. Me gustaría saber a dónde han ido, ya que eso tranquilizaría mucho a mi hijo. Si es usted el caballero llamado Quilp, pues... yo creía que usted lo sabía, y eso mismo le he dicho hace poco a mi hijo.

—Hmm —murmuró Quilp evidentemente defraudado, pues estaba convencido de que la mujer decía la verdad—. Eso mismo le puede contar también a este caballero, ¿no es cierto?

—Si el caballero me va a hacer la misma pregunta, no le podré contestar ninguna otra cosa, señor. Ya me gustaría poder darle otra respuesta, por nuestro propio bien —fue la contestación.

Quilp miró a Richard Swiveller, que había llegado casi al mismo tiempo, y dedujo que había venido también en busca de información sobre los fugitivos. ¿Suponía bien?, le preguntó.

—Sí —contestó Dick—. Ese era el objeto del presente desplazamiento. Creía que sería posible..., pero me temo que tocan campanas de misa de difuntos. Yo iré el primero.

—Parece usted muy decepcionado —observó Quilp.

—Un chasco fenomenal, señor —contestó Dick—. Me he lanzado a una

aventura que ha resultado un terrible chasco, y así todo un dechado de luz y de belleza será inmolado en el altar de Cheggs. Eso es todo, señor.

El enano contempló a Richard con una sonrisa sarcástica, pero este, que había tomado un almuerzo bastante fuerte con un amigo, no lo miró y siguió deplorando su suerte con aire compungido y desesperado. Quilp discernió que había cierta razón secreta para aquella visita y aquel inhabitual chasco y, con la esperanza de servirse de ello para alguna de sus diabluras, decidió descubrir el secreto. Tomada esta resolución, imprimió a su rostro toda la sinceridad de que fue capaz y trató de simpatizar con el señor Swiveller.

—Yo estoy también decepcionado —expresó Quilp—, si se considera la gran amistad que me unía a ellos; pero usted tiene razones reales, razones personales de las que yo no dudo, de donde colijo que su chasco debe de ser más grande que el mío.

—¿Cómo? Por supuesto que es más grande —apostillo Dick con acritud.

—Créame que lo lamento en el alma. Yo también estoy abatido. En fin, como somos compañeros de adversidad, ¿por qué no unirnos para encontrar el mejor modo de olvidarla? Si usted no tiene ahora ningún asunto especial que lo requiera en otra parte —le instó Quilp, tirándole de la manga y mirándolo maliciosamente por el rabillo del ojo—, yo conozco un local junto al Támesis que tiene la mejor ginebra Schiedam que se puede beber en el mundo; al parecer, es de contrabando, pero que eso quede entre nosotros. El dueño me conoce. Hay una casita en la orilla del río, donde podríamos tomar una copa del delicioso licor con un poquito de tabaco excelente (lo tengo en esta caja, y es de la más exquisita calidad, se lo puedo asegurar) y pasar un rato a gusto y contentos. ¿Le parece bien o tiene otras ocupaciones a las que vacar, eh, señor Swiveller?

Conforme hablaba el enano, el enojo de Dick se fue transmutando en una sonrisa de anuencia y su frente desfrunciéndose paulatinamente. Cuando Quilp terminó de hablar, Dick lo miró de la misma manera taimada y cómplice, por lo que ya no quedaba otra cosa que dirigirse al local en cuestión. Lo que hicieron enseguida. En el momento en que volvieron la espalda, el pequeño Jacob despertó de su hipnotismo y reanudó el llanto en el punto en que lo había dejado.

La casita de la que hablaba el señor Quilp era una barraca de madera destartalada y podrida, construida sobre el fango del río, que amenazaba con precipitarse en él. La taberna era una construcción decrepita y llena de ratas, mantenida en pie por unos maderos que apuntalaban sus paredes, que en las noches ventosas crujían como si todo el tinglado fuera a venirse abajo. La casa se mantenía en pie —aunque más que tenerse en pie parecía ladearse— sobre una parcela de terreno baldío y ennegrecido por el insalubre humo de las

fábricas, donde reverberaba el ruido de las poleas y de las aguas impetuosas. El interior era un fiel reflejo de lo que prometía el exterior. Las habitaciones eran bajas y húmedas, las paredes estaban llenas de grietas y agujeros, el suelo podrido se había desfondado y las vigas empezaban a desencajarse, advirtiéndole al forastero que lo mejor era no acercarse demasiado.

A este lugar tan delicioso condujo el señor Quilp a Richard Swiveller y le invitó a entrar a contemplar sus bellezas. Sobre la mesa, donde habían grabado cadalsos e iniciales, apareció pronto un barrilete de madera lleno del ponderado licor. El señor Quilp lo trasegó a los vasos con mano experta y, mezclándolo con un tercio de agua, asignó a Richard Swiveller su parte y a continuación encendió su pipa con el cabo de una vela de un farol viejo y abollado, se esclafó sobre una silla y pegó una calada.

—¿Qué, es bueno o no? —preguntó Quilp mientras Richard Swiveller se relamía los labios—. Es fuerte y quema la garganta, ¿no? Le hace a uno parpadear, ahogarse, llorar y corta el aliento, ¿no?

—Vaya que sí —asintió Dick, derramando parte del contenido para añadir más agua—. Amigo, no me hará creer que se va a beber todo este fuego líquido.

—¡Cómo! ¿No se lo bebe? Míreme a mí. Uno. Dos. Y tres. ¡No beber esto! —mientras hablaba, Daniel Quilp se escanció y bebió tres vasitos del licor a palo seco, y después, esbozando una horrible mueca, pegó varias caladas a la pipa mientras echaba el espeso humo por la nariz. Realizada esta gesta, retomó su postura anterior y soltó una risotada—. ¡Brindemos —gritó, tamborileando en la mesa con el puño y el codo alternativa y rítmicamente— por una mujer, por una belleza! Brindemos por una belleza y apuremos los vasos hasta la última gota. ¡Su nombre, vamos!

—Si quiere el nombre —contestó Dick—, helo aquí: Sophy Wackles.

—¡Sophy Wackles! —gritó el enano—. La señorita Sophy Wackles que será... la señora de Richard Swiveller. Eso será. ¡Ja, ja, ja!

—¡Ay! —exclamó Dick—. Yo podría haber dicho eso hace unas semanas; pero ahora ya no, tunante. Se va a inmolar en el altar de Cheggs.

—Envenenemos, entonces, a Cheggs y cortémosle las orejas —propuso Quilp—. No quiero oír hablar de Cheggs. Ella se llamará Swiveller o no se llamará nada. Beberé otra vez a su salud, y a la de su padre, y de su madre, y de todas sus hermanas y hermanos; en fin, a la salud de la gloriosa familia Wackles. Todos los Wackles en un solo vaso. ¡Lo apuraré hasta la última gota!

—¡Caramba! —exclamó Richard Swiveller, deteniéndose de repente cuando se iba a llevar el vaso a los labios. Miró al enano con una especie de

estupor mientras este hacía aspavientos con los brazos y las piernas—. Es un tipo alegre; le aseguro que de todos los tipos alegres que he visto en mi vida es usted el más extraño y el más extraordinario. Le doy mi palabra.

Esta cándida declaración aumentó, en vez de refrenar, las excentricidades del señor Quilp, y Richard Swiveller, asombrado de su talante tan jaranero, y bebiendo no poco para hacerle compañía, de manera imperceptible se volvió más sociable y confidencial, hasta que, hábilmente conducido por el señor Quilp, se mostró completamente confiado. Conseguido esto, y sabiendo ya qué cuerda pulsar en caso de duda, Daniel Quilp tenía una tarea relativamente fácil. Así, pronto se encontró con todos los detalles del plan tramado entre el manejable Dick y su intrigante amigo.

—¡Un momento! —exclamó Quilp—. La cosa es factible, la cosa es factible. Se puede llevar a cabo, y se llevará a cabo. Aquí tiene mi mano; yo soy su amigo a partir de este momento.

—¿Qué? ¿Cree que todavía hay posibilidad? —preguntó Dick, repentinamente esperanzado.

—¿Posibilidad? —repitió el enano—. ¡Certeza! Sophy Wackles puede convertirse en una Cheggs o en cualquier otra cosa que desee, pero no en una Swiveller. ¡Ah! Usted es un tipo con suerte. El viejo es más rico que cualquier judío vivo. ¡Qué afortunado es usted! Yo no lo veo más que como marido de Nelly, nadando en oro y plata. Yo le ayudaré. La cosa se hará realidad. Escuche bien lo que le digo: se hará realidad.

—Pero ¿cómo? —quiso saber Dick.

—Hay tiempo de sobra —contestó el enano—. Se hará realidad. Nos sentaremos a hablar de ello en otra ocasión, más tranquilamente. Llène ahora su vaso mientras me ausento un momento. Estaré de vuelta enseguida, enseguida —con estas apresuradas palabras, Daniel Quilp se retiró a una desmantelada bolera situada detrás de la taberna, donde, tirándose al suelo, se puso a gritar y a revolcarse como un poseso.

—¡Qué divertido! —gritó—. ¡Esto es lo más divertido que he visto en mi vida! ¡Qué bien me ha salido! Ahora sólo me queda disfrutar. Este tipejo hizo que me dolieran los huesos el otro día, ¿no? ¿No fue su amigo y compañero de intrigas, el señor Trent, quien en cierta ocasión contempló con mirada lánguida a la señora Quilp y no le quitaba los ojos de encima, eh? Después de preparar laboriosamente durante dos o tres años su precioso plan, al final se encuentra con una pordiosera, ¡y uno de ellos atado de por vida! ¡Ja, ja, ja! Se casará con Nell. La tendrá, y yo haré de testigo cuando unan sus vidas para siempre, para recordarles lo que han ganado y el papel que yo he desempeñado. Así ajustaremos viejas cuentas, y será el momento de recordarles lo buen amigo

que he sido y cómo les ayudé a llevarse a esta heredera. ¡Ja, ja, ja!

En el culmen de su éxtasis, el señor Quilp se encontró con una sorpresa desagradable; mientras se desternillaba de risa cerca de una perrera desvencijada, vio un perrazo enfurecido, el cual, de no ser porque la cadena era muy corta, le habría dado una nefasta bienvenida. Pero, aprovechando esta circunstancia, el enano siguió acostado boca arriba, azuzando al perro con sus horribles muecas y burlándose de él al ver que no podía avanzar ni un centímetro más.

—¿Por qué no me muerdes, por qué no me despedazas, eh, cobarde? —profería Quilp con silbidos y gritos enloquecedores—. ¡Tienes miedo, matón asqueroso, tienes miedo!

El perro tiraba y tiraba de la cadena con ojos desencajados y ladridos ensordecedores mientras el enano chasqueaba los dedos con gestos de desafío y desprecio. Terminada esta actuación, se levantó y, con los brazos en jarras, comenzó una especie de baile demoníaco alrededor de la perrera, hasta el límite mismo de la cadena, dejando al perro al borde de un infarto. Lograda así una disposición anímica de lo más agradable, volvió junto a su compañero, que no sospechaba nada y contemplaba el río con aire grave, pensando en el oro y la plata que el señor Quilp le había mencionado.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

El resto del día, y todo el día siguiente, fue de gran trajín para la familia Nubbles, para la que todo lo relacionado con el equipaje y partida de Kit revestía tanta importancia como si se fuera al interior de África o fuese a emprender una vuelta al mundo. Sería difícil encontrar un baúl tantas veces abierto y cerrado en veinticuatro horas como el que contenía su ropa y demás objetos personales; y ciertamente nunca ha habido uno que presentara a los ojos de un niño tanta variedad de ropa como la que este contenía (tres camisas y el correspondiente surtido de calcetines y pañuelos) frente a la asombrada mirada del pequeño Jacob. Al cabo, fue llevado al transportista, a cuya casa de Finchley pasaría Kit a recogerlo al día siguiente. Trasladado el baúl, sólo quedaban dos cuestiones a considerar: si el transportista perdería el baúl, o malévolamente fingiría perderlo, durante el trayecto; y si la madre de Kit sabría cuidarse en ausencia del hijo.

—No creo que pueda extraviarse, aunque los transportistas a menudo sienten la tentación de fingir que pierden cosas, desde luego —opinó la señora Nubbles con cierta aprensión respecto al primer punto.

—Desde luego —convino Kit con mirada seria—. Reconozco, madre, que no ha sido muy acertado dejar allí el baúl. Alguien debería vigilarlo.

—Ya no podemos remediarlo —suspiró la madre—; pero ha sido una verdadera sandez. No debería tentarse así a la gente.

Kit resolvió interiormente que en lo sucesivo nunca volvería a tentar a un transportista, a no ser con un baúl vacío; y, tomada tan cristiana determinación, dirigió sus pensamientos a la segunda cuestión.

—Sabe que le conviene mantenerse animada, madre, y no quedarse sola en casa cuando yo me haya ido. Me pasaré por aquí siempre que venga a la ciudad y de vez en cuando le mandaré una carta; y al finalizar el trimestre tendré, naturalmente, unos días libres; y entonces ya verá si no llevamos al pequeño Jacob al teatro y le enseñamos lo que son las ostras.

—Espero que ir al teatro no sea pecado, Kit; tengo miedo —expresó la señora Nubbles.

—Sé quién ha estado metiéndole esas ideas en la cabeza —repuso su hijo casi enfadado—. Ha sido otra vez la secta de la Pequeña Bethel. Por favor, madre, le ruego que no vaya por allí tan a menudo, pues... como vea su alegre cara, que tanta alegría da a este hogar, convertida en una cara triste, y al bebé convertido también en un chico triste tachado de joven pecador (que Dios lo bendiga) y de hijo del diablo (lo que sería un insulto para su padre, que en paz descansa); como yo vea esto y vea también triste al pequeño Jacob, me lo tomaré muy a pecho y le aseguro que me enrolo en la milicia y me lanzo de cabeza contra la primera bala de cañón que pase cerca.

—Ay, Kit, no digas esas cosas.

—Lo haría, madre, y, si no quiere que me sienta mal y desgraciado, debe conservar en el sombrero ese lazo que la semana pasada había pensado quitarse. ¿Acaso hay algún daño en parecer alegres, todo lo alegres que permitan nuestras humildes circunstancias? ¿Hay algo en mi carácter que me empuje a ser un tipo llorón, afectado o que murmura por lo bajinis y se arrastra sin poder evitarlo, o que hable gangosamente? ¿No veo yo que, al contrario, existen todas las razones del mundo para no ser así? Escuche bien esto: ¡ja, ja, Ja! ¿No es tan natural como el andar, además de buenísimo para la salud? ¡Ja, ja, ja! ¿No es tan natural como el balido de una oveja, el gruñido de un cerdo, el relincho de un caballo o el canto de un pájaro? ¡Ja, ja, ja! ¿No es así, madre?

La risa de Kit debía de ser contagiosa, pues su madre, seria hasta entonces, empezó primero a sonreír y luego se unió tan de buena gana a la risa de su hijo que este confirmó que efectivamente era de lo más natural, y reía con más fuerza aún. Las risas despertaron al bebé, que, viendo un ambiente tan jovial y agradable, empezó también a reír alegremente en cuanto se vio en brazos de su

madre. Este nuevo respaldo a su argumentación cosquilleó tanto a Kit que se cayó de la silla de puro agotamiento, señalando al bebé con una mano y conteniéndose la barriga con la otra hasta que logró sentarse de nuevo. Después de recuperarse de los ataques de risa dos o tres veces, volvió a sufrirlos otras tantas; finalmente, se secó los ojos, bendijo la mesa y todos disfrutaron de una cena frugal, pero muy alegre.

Después de muchos besos, abrazos y lágrimas, muchos más de los que numerosos jóvenes caballeros (que al partir dejan atrás unos hogares bien provisionados) juzgarían apropiados (en caso de rebajarse a cosas tan nimias), Kit dejó su casa muy temprano al día siguiente y encaminó sus pasos hacia Finchley, lo suficientemente orgulloso de su aspecto para garantizarse la excomunión de la secta de la Pequeña Bethel, en caso de haber sido miembro de tan triste y lúgubre congregación.

Si alguien siente curiosidad por saber cómo iba vestido Kit, podemos observar brevemente que no llevaba ninguna librea, sino una chaqueta color sal y pimienta, chaleco amarillo y pantalón gris hierro; además de estas gloriosas prendas, llevaba unas relucientes botas nuevas y un sombrero rígido y brillante que, de haber sido golpeado con los nudillos, habría sonado como un tambor. Y con este atavío, y preguntándose por qué llamaba tan poco la atención (atribuyendo dicha circunstancia al estado semidormido de los madrugadores), dirigió sus pasos hacia la finca de Abel.

Sin otra cosa reseñable que su encuentro con un joven con sombrero sin ala, la exacta antítesis del suyo, a quien dio la mitad de los seis peniques que llevaba, Kit llegó debidamente a la casa del transportista, donde, para loa de la naturaleza humana, encontró el baúl a salvo. La esposa de este hombre intachable le facilitó la dirección de la casa del señor Garland, y él se dirigió hacia allí sin más dilación, con el baúl a cuestas.

Era una bonita casa solariega con tejado de paja, pequeñas agujas en los hastiales y vidrieras en las ventanas, no más grandes que un libro de bolsillo. A un lado de la casa había un pequeño establo lo suficientemente grande para albergar al poni, con una habitación pequeña arriba lo suficientemente grande para albergar a Kit. Cortinas blancas ondeaban al viento y en las ventanas cantaban varios pájaros en jaulas tan relucientes que parecían de oro. Había plantas a cada lado del camino, y un montón junto a la puerta. El jardín resplandecía con flores lozanas que expandían un olor dulce a su alrededor y seducían a quien las miraba por su elegancia. Todo dentro de la casa y fuera de ella parecía un dechado de limpieza y de orden. En el jardín no se veía un solo hierbajo y, a juzgar por algunos aperos, un cesto y unos guantes dejados en uno de los senderos, el anciano señor Garland debía de haber trabajado allí aquella misma mañana.

Kit miró embobado en todas las direcciones varias veces antes de resolverse a volver la espalda para tocar el timbre. Tuvo tiempo suficiente para mirarlo bien todo, pues sus llamadas a la puerta fueron infructuosas. Después de varios intentos, decidió sentarse en el baúl a esperar.

Tocó el timbre de nuevo, pero nadie salió a abrirle. Finalmente, mientras seguía sentado en el baúl imaginando castillos de gigantes, princesas con el pelo sujeto con horquillas y dragones irrumpiendo detrás de puertas, más otros episodios semejantes que suelen acontecerles a jóvenes de baja condición en su primera visita a casas extrañas, la puerta se abrió suavemente y apareció una joven criada, muy primorosa, modesta y recatada, pero muy bonita.

—Supongo, señor, que es usted Christopher —dijo.

Kit se levantó del baúl y dijo que, en efecto, era él.

—Mucho me temo que ha estado usted llamando varias veces —se lamentó—; pero no le oíamos porque estábamos atrapando al poni.

Kit se preguntó qué podría significar aquello; pero, como no podía quedarse allí parado haciendo preguntas, se echó el baúl al hombro y siguió a la joven hasta el vestíbulo, donde, a través de una puerta trasera, divisó al señor Garland conduciendo triunfalmente a Whisker por el jardín después de que (como se enteró después) el testarudo poni hubiera hecho correr a la familia durante una hora y tres cuartos por la pequeña pradera situada en la parte trasera.

El anciano caballero lo recibió con abundantes muestras de cordialidad, y lo mismo la anciana, cuya buena opinión sobre él se vio reafirmada al verlo restregarse las botas en el felpudo hasta dejar las suelas completamente limpias. A continuación lo hicieron entrar en el salón, donde contemplaron detenidamente su nueva indumentaria. Kit se giró varias veces, y cuando ellos quedaron satisfechos de su aspecto, fue conducido al establo, donde el poni le tributó una amigable acogida, y de allí a la pequeña habitación que él ya había observado antes, que era muy limpia y confortable; y de allí al jardín, donde el anciano caballero le anunció que le enseñaría algunas tareas y le habló también de las cosas que debía hacer para sentirse a gusto y contento, si lo encontraban digno de ello. A todas estas amabilidades respondió Kit con repetidas muestras de gratitud, y se levantó tantas veces el sombrero que al final el ala quedó doblada. Cuando el anciano caballero dijo todo lo referente a promesas y consejos, y Kit todo lo concerniente a garantías y agradecimientos, pasó a manos de la anciana, la cual, llamando a la joven criada, que se llamaba Bárbara, le dijo que bajara con él a servirle algo de comer y beber, ya que debía de tener apetito después de tanto caminar.

Kit bajó, pues, a la cocina, que era una habitación como nunca antes había

visto, excepto en los escaparates de las tiendas de juguetes. Todo en ella estaba tan radiante, reluciente y pulcro como la propia Bárbara. Kit se sentó a una mesa blanca como un mantel, donde comió carne fría y bebió cerveza ligera, y usó el cuchillo y tenedor con torpeza, intimidado por la desconocida, Bárbara, que lo estaba observando.

No parecía, sin embargo, que hubiera nada terrible en esta extraña Bárbara, la cual, además de haber llevado una vida muy tranquila, se sonrojaba mucho y probablemente se sentía tan violenta, sin saber qué debía decir o hacer, como el propio Kit. Cuando este llevaba algún tiempo sentado, atento al tictac del sobrio reloj, se aventuró a mirar el aparador, donde, entre platos y fuentes, se hallaba la pequeña caja de labores de Bárbara, con una tapa deslizante para guardar allí los ovillos de algodón, el devocionario de Bárbara, el salterio de Bárbara y la Biblia de Bárbara. El pequeño espejo de Bárbara colgaba bien iluminado junto a la ventana, y el sombrero de Bárbara pendía de un clavo detrás de la puerta. La mirada de Kit pasó de estos signos mudos de la presencia de Bárbara a la propia Bárbara, la cual, sentada igual de silenciosa que dichos objetos, quitaba las vainas a los guisantes y los echaba en un plato. Pero justo cuando Kit estaba mirando sus pestañas y preguntándose —con toda la sencillez de su corazón— de qué color serían sus ojos, se dio la perversa casualidad de que Bárbara levantó ligeramente la cabeza para mirarlo, y los dos pares de ojos se apartaron apresuradamente. Kit se encorvó sobre su plato y Bárbara sobre sus guisantes, cada cual turbado por haber sido sorprendido por el otro.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Mientras el señor Richard Swiveller se dirigía a casa desde el páramo (tal era el nombre, harto apropiado, dado a la guarida favorita de Quilp y su entorno) haciendo eses y tropezando cada cuatro pasos, deteniéndose a mirar a su alrededor, avanzando otro poco y parándose de nuevo con la cabeza bamboleante, haciendo todo esto de manera espasmódica sin ser consciente de sus movimientos; mientras el señor Richard Swiveller se dirigía a casa de esta manera, considerada por hombres de mente perversa el equivalente a una intoxicación y en absoluto a un estado de profunda sabiduría y reflexión, como consideraba que se encontraba el sujeto en cuestión, se le ocurrió que tal vez había depositado su confianza de manera un tanto precipitada y que el enano no era la persona más indicada para confiarle un secreto tan delicado e importante. Y, llevado por estos penosos pensamientos a un estado que los susodichos malpensados denominarían de ebriedad o de sensiblería, el señor Swiveller tiró el sombrero al suelo y empezó a gemir y a decir en voz alta que

era un huérfano infeliz y que, _de no haber sido tal, las cosas nunca habrían llegado a aquel punto.

—¡Fui abandonado por mis padres cuando era muy pequeño! —gemía el señor Swiveller, lamentando su triste suerte—. Arrojado al vasto mundo en mi más tierna infancia y ahora a la merced de un enano embaucador, ¿quién podría extrañarse de mi debilidad? He aquí un huérfano miserable. ¡He aquí —repitió elevando la voz al máximo, pero con una mirada somnolienta— un huérfano miserable!

—Pues, entonces —dijo alguien cerca de él—, permítame ser su padre.

El señor Swiveller, que se tambaleaba para mantener el equilibrio y veía a través de una espesa neblina, percibió dos ojos que parpadeaban vagamente y después descubrió que se hallaban próximos a una nariz y una boca. Bajó la mirada hasta ese punto en que, cuando hablamos de un ser humano, solemos encontrar unas piernas, y observó que la cara tenía un cuerpo a ella pegado; al mirar más detenidamente, comprobó que la persona en cuestión no era otro que el señor Quilp, que lo había acompañado, pero a quien creía haber dejado unos dos kilómetros detrás.

—Ha engañado usted a un huérfano, señor —profirió el señor Swiveller con tono jeremíaco.

—¿Yo? Yo soy un segundo padre para usted —proclamó Quilp.

—¿Usted mi padre, señor? —objetó Dick—. Mire, señor, como no necesito a nadie, le pido que me deje solo, y al instante.

—¡Qué tipo más curioso es usted! —expresó Quilp.

—¡Váyase, señor! —reiteró Dick, apoyado en un poste y agitando la mano—. ¡Váyase, embaucador, váyase! Algún día, tal vez despierte usted de su placentero sueño para conocer el dolor de los huérfanos desamparados. ¿Quiere hacer el favor de irse, señor?

Como el enano no parecía dispuesto a obedecerle, el señor Swiveller se le acercó con intención de infligirle el condigno castigo. Pero, olvidando su propósito, o cambiando de opinión, le cogió una mano y le juró amistad eterna, declarando con agradable franqueza que a partir de ese momento serían hermanos en todo menos en el parecido. Entonces le volvió a contar su secreto, aludiendo con especial patetismo a la señorita Wackles, la cual, dio a entender al señor Quilp, era la causa de la ligera incoherencia que tal vez había apreciado en sus palabras, atribuible sólo a la fuerza de su afecto y no al vino rosado ni a ningún licor fermentado. Y así fueron caminando cogidos del brazo, como dos buenos amigos.

—Yo soy más avisado que una avispa —le dijo Quilp al despedirse— y

más astuto que una zorra. Tráigame a Trent. Dígale que yo soy su amigo, aunque me temo que él desconfía un poco de mí (no sé por qué, no lo he merecido), y les aseguro a los dos que habrán hecho fortuna..., en perspectiva.

—Eso es lo malo —replicó Dick. Estas fortunas en perspectiva parecen... muy a largo plazo.

—Parecen más pequeñas de lo que realmente son, por ese motivo —precisó Quilp apretándole el brazo—. No tendrán ustedes una idea cabal del valor de la presa hasta tenerla entre las manos. Repare bien en esto.

—¿Eso cree? —preguntó Dick.

—Eso creo, y estoy seguro de lo que digo —porfió el enano—. Traiga a Trent a mi casa. Dígale que soy amigo suyo y de usted. ¿Por qué no voy a serlo?

—No hay motivo para que no vaya a serlo, en efecto —concedió Dick—, y tal vez existan muchos para que usted lo sea. Al menos, no debería haber nada extraño en que usted quisiera ser mi amigo si fuera usted un espíritu selecto; pero usted sabe que no es un espíritu selecto.

—¿Que yo no soy un espíritu selecto? —protestó Quilp.

—Ni por asomo, señor —contestó Dick—. Un hombre de su aspecto no podría serlo. Si algún espíritu hay en usted, señor, es un espíritu maligno. Los espíritus selectos —apuntilló, sonriendo para sus adentros— son gente completamente diferente, se lo puedo asegurar, señor.

Quilp reaccionó a la franqueza de su amigo con una expresión a la vez de astucia y disgusto; apretándole la mano al mismo tiempo, le dijo que era un personaje bastante curioso, pero que podía contar con su más sin cera estima. Y con eso se despidieron, el señor Swiveller a su casa para dormir y recuperarse de la borrachera, y Quilp para meditar sobre el descubrimiento que acababa de hacer y recrearse en las perspectivas de disfrute y represalias que se abrían ante él.

A la mañana siguiente, el señor Swiveller, con la cabeza dándole vueltas por los efluvios etílicos de la famosa Schiedam, se dirigió, no sin cierta renuencia y aprensión, a la casa de su amigo Trent, una buhardilla situada en una vieja posada que parecía habitada por fantasmas, a contarle minuciosamente todo lo acontecido el día anterior entre Quilp y él. El amigo reaccionó con gran sorpresa y se preguntó por los probables motivos de Quilp, lamentando la sandez de Swiveller de haberse fiado de él.

—No me defiendo, Fred —reconoció Richard con tono compungido—, pero ese individuo es tan artero que... me hizo creer que no había ningún daño en contarle todo, y al final me lo sonsacó. Si lo hubieras visto beber y fumar

como yo lo he visto, no habrías podido ocultarle nada. Es una salamandra, te lo aseguro; sí, eso es lo que es.

Sin preguntar si las salamandras eran necesariamente dignas de confianza, o si un hombre a prueba de fuego debía ser digno de confianza, Frederick Trent se sentó en una silla y, con la cabeza apoyada en las manos, intentó dilucidar los motivos que habían inducido a Quilp a ganarse la confianza de Richard Swiveller, pues el hecho de que Quilp buscara la compañía de Swiveller y se lo llevara a un lugar apartado mostraba a las claras que no había sido el primero quien había descubierto el secreto, sino el segundo quien se lo había revelado espontáneamente.

El enano había visto a Swiveller dos veces en el transcurso de sus pesquisas sobre los fugitivos. Y, como este no había mostrado antes ninguna preocupación por ellos, eso bastaba para despertar la sospecha en el pecho de un individuo tan celoso y desconfiado por naturaleza, aparte de la curiosidad derivada de la manera incauta que tenía Dick de portarse. Pero, conociendo el plan tramado por ellos, ¿por qué debía el enano ofrecerse a secundarlo? Esta era una pregunta de difícil solución; pero, como los truhanes generalmente se engañan a sí mismos imputando a los demás sus propios designios, a Fred le vino la idea de que alguna desavenencia entre Quilp y el anciano, surgida de sus secretas transacciones y relacionada tal vez con su repentina desaparición, había vuelto al primero deseoso de vengarse del segundo tendiendo una trampa al único objeto de su amor y solicitud; ¿cómo?, relacionándolo con alguien por quien él sabía que sentía temor y odio. Como él mismo (Fred), sin tener en cuenta en absoluto los intereses de su hermana, estaba empeñado en conseguir este objetivo, sólo subordinado a sus esperanzas de ganar dinero, le pareció este el más probable motivo de la actuación de Quilp. Una vez asignado al enano un interés personal en ayudarlos, un interés que les serviría para conseguir sus objetivos, resultaba fácil creerlo sincero y cordial; y como no podría haber duda de que les sería sumamente útil, decidió aceptar la invitación e ir a su casa aquella misma noche, y si lo que decía y hacía confirmaba su suposición, le dejarían compartir las fatigas de la empresa, pero no las ganancias.

Después de dar vueltas y vueltas al asunto hasta llegar a dicha conclusión, comunicó al señor Swiveller parte de sus cavilaciones —este se habría contentado con mucho menos— y, tras dejar que se recuperara de la juega salamandresca de la noche anterior, lo acompañó al atardecer a la casa del señor Quilp.

Este se mostró sumamente contento cuando los vio llegar, o al menos eso dijo; y se mostró incluso muy educado con la señora Quilp y la señora Jiniwin, si bien fue particularmente intensa la mirada que dirigió a la primera para ver cómo reaccionaba ante la presencia del joven Trent. La señora Quilp, al igual

que su madre, no sintió ninguna emoción, ni dolorosa ni agradable, al verlo, pero como la mirada de su marido la intimidaba y turbaba (no sabía qué hacer ni qué se esperaba de ella), el señor Quilp atribuía su turbación a lo que él tenía en mente y, al tiempo que celebraba su perspicacia, se sentía corroído por los celos.

Nada de esto se traslució; al contrario, el señor Quilp fue un ejemplo de mansedumbre y suavidad, y presidió el escanciado del ron con extraordinaria cordialidad.

—Bueno, bueno —empezó Quilp—. Debe de hacer casi dos años que nos conocemos, ¿no?

—Casi tres, creo —aventuró Trent.

—¡Casi tres ya! —se asombró Quilp—. ¡Qué deprisa pasa el tiempo!

—¿Le parece a usted tanto tiempo, señora Quilp?

—Sí, creo que hace justo tres años, Quilp —fue la desafortunada respuesta.

«¡Ah, qué precisión, señora! —pensó Quilp—. Debe de haber sentido usted mucha nostalgia, ¿no? ¡Qué precisión, señora!».

—Parece que fue ayer cuando partió usted para Demerara en el Mary Anne —dijo Quilp—, ayer mismo. Bueno, a mí me gusta que la gente haga locuras de vez en cuando. Yo también las hacía antes.

El señor Quilp acompañó estas palabras con un guiño tan espantoso, indicando viejas escapadas y francachelas, que la señora Jiniwin se indignó y no pudo por menos de observar en voz baja que podría haber aplazado sus confesiones hasta la ausencia de su esposa; acto de atrevimiento e insubordinación que castigó debidamente el señor Quilp dirigiéndole una mirada intimidante y bebiendo a su salud ceremoniosamente.

—Yo sabía que volvería usted pronto, Fred. Siempre lo pensé —aseguró Quilp dejando el vaso—. Y cuando el Mary Anne volvió con usted a bordo, en vez de con una carta de usted arrepentido y feliz por su nuevo empleo..., ah, cómo me divertí, cómo me divertí. ¡Ja, ja, ja!

El joven sonrió, pero no porque el asunto fuera de su especial agrado; y por esa razón Quilp siguió abundando en él.

—Yo siempre diré —reanudó— que cuando un pariente rico tiene a dos jóvenes (hermanas o hermanos, o un hermano y una hermana) a su cargo y se aficiona a uno, con perjuicio del otro, obra mal.

El joven hizo un movimiento de impaciencia, pero Quilp prosiguió con la misma calma que si estuviera debatiendo una cuestión abstracta que no interesara a nadie.

—Es cierto —prosiguió Quilp— que su abuelo lo acusó repetidas veces de falta de consideración, de ingratitud, disipación, extravagancia y demás; pero yo le decía: «Esos son defectillos corrientes». «Pero es un granuja», replicaba él. «Concediendo eso», decía yo (para que prestara atención a mi razonamiento, por supuesto), «¡muchísimos jóvenes nobles y caballeros son también unos granujas!». Pero no lo convencí.

—Me asombra lo que dice, señor Quilp —señaló el joven sarcásticamente.

—Pues eso es lo que yo le decía entonces —insistió Quilp—; pero él se mantenía en sus trece. En cierto modo era mi amigo, pero era demasiado obstinado y cabezón. La pequeña Nell es una chica encantadora, pero usted es su hermano, Frederick. Usted es su hermano, después de todo; como usted dijo la última vez que lo vio, eso él no lo puede cambiar.

—Lo cambiaría si pudiera. Que Dios lo confunda por eso y por otras amabilidades parecidas —profirió el joven impacientemente—. Pero este tema no viene a cuento ahora, así que hablemos de otra cosa.

—De acuerdo, de acuerdo —convino Quilp—. Pero ¿por qué he aludido a ello? Sólo para mostrarle, Frederick, que yo he sido siempre su amigo. Usted no sabía quién era su amigo y quién su enemigo. ¿Lo sabe ya? Usted creía que yo estaba en su contra y por eso ha habido frialdad entre nosotros, pero esta se debía exclusivamente a usted. Démonos la mano otra vez, Fred.

Con la cabeza hundida entre los hombros, y una fea risita insinuándosele en la cara, el enano se levantó y alargó su corto brazo sobre la mesa. Tras un momento de vacilación, el joven alargó el brazo; Quilp le apretó los dedos con tal fuerza que por un momento le cortó la circulación, y llevándose la otra mano a los labios y frunciendo las cejas en dirección a Richard, que no sospechaba nada, soltó la mano de Fred y se sentó.

Esta acción no pasó desapercibida para Fred, quien, sabiendo que Richard Swiveller era un mero instrumento en sus manos y de sus planes no sabía más que lo que él le había comunicado, comprendió que el enano estaba al corriente de su posición y del carácter de su amigo. Era algo que había que valorar, aunque proviniera de un bribón. Este silencioso homenaje a sus superiores capacidades, así como el poder que el enano le había atribuido desde el primer momento, inclinó la balanza hacia aquel feo personaje y lo decidió a aprovecharse de su ayuda.

Juzgando ahora oportuno el señor Quilp cambiar de tema para que Richard Swiveller, conocida su inconsciencia, no revelara algo que no les conviniera saber a las mujeres, propuso una partida de cartas de cuatro; la suerte quiso que la señora Quilp se emparejara con Frederick Trent, y Dick con Quilp. La señora Jiniwin, que era muy aficionada a las cartas, quedó excluida por su

yerno de la partida; su única tarea consistiría en rellenar los vasos de ron. Y el señor Quilp la mantuvo constantemente vigilada para que no encontrara modo de probarlo, castigando así a la desgraciada señora (tan aficionada a la botella como a las cartas) por partida doble y de una manera sumamente ingeniosa.

Pero el señor Quilp no sólo controlaba a la señora Jiniwin, ya que otros asuntos exigían su constante vigilancia. Entre sus hábitos excéntricos tenía el de hacer trampas a las cartas, lo que le obligaba no sólo a seguir atenta mente el juego y contar los puntos con exactitud, sino también, mediante guiños y patadas debajo de la mesa, a mantener al tanto de sus jugadas a Richard Swiveller, quien, ante la rapidez con la que se repartían las cartas y circulaban las fichas por el tablero, no dejaba de expresar sorpresa e incredulidad. Como la señora Quilp era la compañera del joven Trent, por cada mirada y palabra que se cruzaban y cada carta que jugaban, el enano mantenía los ojos y los oídos en estado de máxima alerta. Y no sólo se ocupaba de lo que sucedía encima de la mesa, sino también de las señales que podían intercambiarse por debajo, y para detectarlas tendía todo tipo de trampas; por ejemplo, pisaba un pie a su esposa para ver si gritaba o permanecía silenciosa, en cuyo caso quedaba claro que Trent le había pisado antes el pie. Y, para, colmo de preocupaciones, no le quitaba ojo a la vieja señora: cuando esta acercaba subrepticamente una cucharilla a un vaso próximo (lo que hacía a menudo) para probar su contenido, Quilp le daba un manotazo en el momento mismo en que iba a disfrutar de su triunfo y le imploraba con burla que velara por su preciosa salud. Quilp no bajó nunca la guardia ni flaqueó en el transcurso de la velada en el desempeño de sus tareas de vigilancia.

Al final, después de muchas partidas y de dar buena cuenta de la botella de ron, el señor Quilp aconsejó a su señora que se retirara a descansar. Esta obedeció mansamente, seguida de su indignada madre. Poco después cayó dormido el señor Swiveller, y el enano aprovechó para mantener en voz baja una charla con el invitado que quedaba.

—Mejor no decir más que lo indispensable a nuestro digno amigo —susurró Quilp, haciendo una mueca en dirección al dormido Dick—. Es un asunto entre nosotros dos, ¿no, Fred? ¿Se casará con el tiempo con la sonrosada Nell?

—Parece que usted tiene también algún interés en el asunto —respondió el otro.

—Por supuesto que lo tengo, querido Fred —afirmó Quilp, sonriendo ante las descaminadas sospechas de su nuevo amigo—. Tal vez sea venganza, tal vez mero capricho. Pero tengo medios, Fred, tanto para secundar el proyecto como para oponerme. ¿Cómo debo actuar? Hay dos platillos en la balanza, y tengo que inclinarme por uno.

—Inclínese por el mío, entonces —propuso Trent.

—Hecho está, Fred —respondió Quilp, extendiendo su mano cerrada y abriéndola como si hubiera soltado algún peso—. La balanza se inclina ahora de su lado. No lo olvide.

—¿A dónde han ido? —preguntó Trent.

Quilp sacudió la cabeza y dijo que ese punto lo desconocía, pero que podría conocerse fácilmente. Una vez conocido, empezaría las gestiones preliminares. Él visitaría al anciano, aunque también podría hacerlo Richard Swiveller, y afectando una profunda preocupación por él, y pidiéndole que se estableciera en alguna buena casa, induciría a la niña a que mirara a Dick con gratitud y favor. Gracias a esta buena impresión, sería fácil ganarla en un par de años; pues ella suponía que el anciano era pobre, y ya se sabe que la celosa política de este (como la de muchos avaros) es fingir y decir a todos que es pobre.

—Ha fingido a menudo ante mí —convino Trent.

—¡Ah! ¡Y ante mí también! —repuso el enano—. Cosa en verdad extraordinaria, pues yo sé lo rico que es realmente.

—Supongo que debe saberlo —dijo Trent.

—Supone bien, en efecto —convino el enano; y en esto, al menos, decía la verdad.

Tras unas cuantas palabras más susurradas, volvieron a la mesa; el joven despertó a Richard Swiveller y le informó de que era hora de irse. Dick recibió esta noticia con agrado, pues se levantó al punto. Tras intercambiar unas palabras con Quilp para reafirmar su confianza en el resultado del proyecto, le desearon buenas noches y él hizo lo propio con una sonrisita.

Quilp reptó hasta la ventana en el momento en que ellos salían a la calle y arrimó el oído. Trent estaba haciendo una apología de su esposa, y los dos se preguntaron por qué clase de encantamiento podía esta haber se dejado seducir por semejante feto. Con una sonrisa mayor aún, el enano vio cómo sus sombras se alejaban y, en medio de la oscuridad, se deslizó sigilosamente hasta su cama.

Al urdir su plan, ni Trent ni Quilp habían dedicado un solo pensamiento a la felicidad o desdicha de la pobre e inocente Nell. Habría sido extraño que el descerebrado libertino, que era el instrumento de los dos, se hubiera inquietado por consideraciones de esa índole; pues la alta opinión que tenía de sus méritos y valía personales hacía el proyecto más que justificable; y, al haber sido visitado por un huésped tan insólito como la reflexión, siendo un bruto que sólo buscaba la gratificación de sus apetitos, tranquilizaba su

conciencia pensando que no pretendía golpear ni matar a su esposa, pues, después de todo lo dicho y hecho, no habría sido sino un marido del montón, perfectamente soportable.

CAPITULO VEINTICUATRO

Agotados, sin poder mantener el ritmo emprendido en su huida del hipódromo, el anciano y la niña se detuvieron a descansar en la linde de un bosquecillo. Aunque ya no se veía la pista de las carreras, se oían levemente los gritos lejanos, el zumbido del vocerío y el redoble de tambores. Desde la elevación que se interponía entre ellos y el hipódromo, la niña divisó banderas al viento y los techos blancos de las casetas, pero a ninguna persona próxima, por lo que pudieron disfrutar de un descanso solitario y tranquilo.

Hasta que no transcurrió un buen rato no pudo la niña tranquilizar a su tembloroso compañero o devolverle un mínimo de serenidad: su imaginación desordenada le mostraba una multitud de personas deslizándose hacia ellos entre la sombra de los arbustos, acechando en cada zanja y observándoles desde las ramas de árboles susurrantes. En su angustia, temía ser llevado prisionero a algún lugar oscuro, donde lo encadenarían y azotarían y, lo peor de todo, donde Nell no podría verlo, salvo a través de barrotes de hierro y de celosías. Sus terrores conmovían a la niña. La separación de su abuelo era el mayor mal que podía imaginar; y, creyendo que, fueran a donde fueran, serían perseguidos y sólo podrían sentirse seguros escondiéndose, se sintió presa del desánimo.

Al ser tan joven y estar tan poco acostumbrada a las escenas presenciadas últimamente, su desaliento no tenía nada de sorprendente. Pero a menudo vemos corazones valientes y nobles en pechos débiles —las más de las veces, loado sea Dios, en pechos de mujer—, y cuando la niña, fijando sus ojos lacrimosos en el anciano, vio lo débil que estaba y lo indefenso que estaría si ella le faltaba, sintió que se le henchía el corazón y recobraba el ánimo.

—Ya está a salvo, abuelito; ya no tenemos nada que temer —lo tranquilizó.

—¡Nada que temer! —repitió el anciano—. ¡Nada que temer si me quieren separar de ti! ¡Nada que temer si nos separaran! Nadie me dice la verdad. No, nadie. Ni siquiera tú, Nell.

—Ay, no diga eso —contestó la niña—, pues si alguien le ha sido fiel alguna vez, ese alguien soy yo. Y estoy segura de que lo sabe bien.

—Entonces —se quejó el anciano, mirando con miedo alrededor—, ¿cómo puedes pensar que estamos a salvo si me están buscando por todas partes y

pueden encontrarnos incluso ahora mismo, mientras estamos hablando?

—Porque estoy segura de que no nos han seguido —contestó la niña—. Compruébelo por sí mismo, abuelito. Mire a su alrededor y fíjese en qué tranquilo está todo. Estamos los dos solos, y podemos ir a don de queramos. ¡Que no estamos a salvo! ¿Podría yo estar tranquila..., me he sentido tranquila cuando algún peligro le ha amenazado?

—Cierto, cierto —contestó, apretándole la mano, pero todavía mirando con nerviosismo alrededor—. ¿Qué ruido ha sido ese?

—Un pájaro —contestó la niña—, que huye al bosque y nos marca el camino a seguir. ¿Recuerda lo que dijimos el otro día, que podríamos caminar felices por los bosques, los campos y las riberas de los ríos? ¿Lo recuerda? Pero ahora, mientras el sol brilla sobre nuestras cabezas y todo resplandece a nuestro alrededor, nos quedamos sentados aquí tristes y perdiendo tiempo. Mire qué camino tan agradable, y mire ese pájaro, el mismo de antes, que ha volado a otro árbol y se ha posado para cantar. ¡Vamos!

Cuando se levantaron y tomaron la senda umbrosa que conducía a través del bosque, la niña se adelantó, dejando con sus pasitos una impronta en el musgo, que se elevaba elástico bajo su leve presión y la restituía, como hacen los espejos con la respiración; y así, con frecuentes miradas hacia atrás y alegres ademanes, ora apuntaba furtivamente a algún solitario pájaro que se había posado a piar en una rama atravesada en el camino, ora se detenía a escuchar los cantos que rompían el feliz silencio o a mirar el sol estremecido entre las ramas filtrándose por los troncos cubiertos de hiedra de árboles viejos y robustos que abrían avenidas de luz. Tras haber avanzado un buen trecho, apartando las ramas que se arracimaban en su camino, la serenidad simulada de la niña empezó a calar en su pecho seriamente. El anciano ya no lanzaba atrás miradas de miedo, sino que se sentía a gusto y alegre, pues, cuanto más se adentraban en la profunda sombra verde, más sentían el apacible espíritu de Dios, que los impregnaba de su paz.

Finalmente, el sendero, ahora menos intrincado, los llevó al final del bosque y a una carretera comarcal. Después de una corta distancia, abocaron a un sendero sombreado por ramas que se entrelazaban sobre sus cabezas formando una arcada sobre el estrecho camino. Un desvencijado cartel anunciaba una aldea a cuatro kilómetros y medio de distancia; y hacia allá dirigieron sus pasos.

Los kilómetros se les hacían tan largos que creyeron haberse desviado del camino. Pero al final, para su gran alegría, este iniciaba una pendiente pronunciada, a cuyos lados discurrían sendas veredas; abajo, en un hoyo boscoso, se arracimaban las casas de la aldea.

Era una pequeña aldea. Varios hombres y niños jugaban al críquet en un prado; y como había personas observando a los jugadores, se movieron arriba y abajo, a derecha e izquierda, sin saber a quién preguntar por un alojamiento barato. Vieron a un anciano en el jardincito delantero de su pequeña casa, pero no se atrevieron a acercarse a él, pues era el maestro de la escuela; en efecto, encima de la ventana aparecía escrito «Escuela» con letras negras sobre una madera blanca. Era un hombre pálido, de aspecto sencillo y constitución enjuta; sentado entre sus flores y colmenas en el pequeño porche, fumaba una pipa.

—Háblale tú, cariño —susurró el anciano.

—Casi me da miedo molestarlo —respondió la niña tímidamente—. No parece que nos haya visto. Tal vez si esperamos un poco..., puede que mire hacia aquí.

Esperaron, pero el maestro no miró en aquella dirección; seguía sentado en silencio, sumido en sus pensamientos. Tenía un rostro amable. Parecía pálido y demacrado, con su viejo traje negro. Creyeron descubrir un aire solitario en él y en la casa, acaso porque los demás se hallaban alegremente congregados en el prado y él parecía el único hombre solo de la aldea.

Estaban muy cansados, y la niña se habría atrevido a abordar al maestro de escuela de no haber sido porque algo en sus modales parecía denotar que se hallaba incómodo o triste. Mientras se decidían, vieron que, tras permanecer un rato sentado completamente ensimismado, el hombre dejaba a un lado la pipa, daba unas vueltas al jardín, se acercaba a la puerta, miraba en dirección al prado, cogía de nuevo la pipa con un suspiro, se volvía a sentar y se sumía en sus reflexiones.

Como no aparecía nadie y pronto iba a ser de noche, Nell se armó de valor y, cuando el maestro volvió a sentarse y a empuñar la pipa, se aventuró a acercarse, llevando a su abuelo de la mano. El leve ruido producido al levantar el cerrojo del portillo le hizo al maestro levantar la mirada. Los miró con amabilidad, pero también con aire de desencanto, pues sacudió ligeramente la cabeza.

Nell hizo un amago de reverencia y le dijo que eran viajeros pobres que buscaban alojamiento, por el que pagarían según les permitieran sus medios. El maestro la miró seriamente, dejó a un lado la pipa y se levantó de inmediato.

—Si pudiera indicarnos alguna dirección, señor —suplicó la niña—, le estaríamos muy agradecidos.

—Han caminado bastante —observó el maestro.

—Sí, señor, hemos caminado mucho —asintió la niña.

—Eres una viajera muy joven, pequeña —dijo, poniendo suavemente una mano sobre su cabeza—. Es su nieta, ¿verdad, amigo mío?

—Sí, señor —exclamó el anciano—, y el báculo de mi vejez.

—Entren —les invitó el maestro.

Sin más preámbulos, los hizo entrar en la pequeña aula escolar, que era salón y cocina al mismo tiempo, y les indicó que podían quedarse allí hasta la mañana siguiente. Antes de que le dieran las gracias, ya había extendido sobre la mesa un rústico mantel blanco y colocado cuchillos y platos; sacó un poco de pan, carne fría y una jarra de cerveza, y los invitó a comer y beber.

La niña miró alrededor mientras se sentaba a la mesa. Había un par de bancos llenos de rayajos y manchas de tinta; una pequeña cátedra de madera rústica apoyada sobre cuatro patas, en la que debía sentarse el maestro; en una estantería, unos pocos libros con las puntas de las hojas dobladas, y junto a ellos una variopinta colección de peonzas, bolas, cometas, cañas de pescar, canicas, manzanas a medio comer y otros chismes confiscados a los menos aplicados. De la pared colgaban —con todo su terror— la vara y la regla, y más allá, en una pequeña estantería, había un capirote hecho de viejos periódicos y decorado con obleas grandes y relucientes. Pero los mayores y mejores adornos estaban en las paredes: sentencias morales copiadas con buena letra y algunas sencillas operaciones de sumar y multiplicar, manifiestamente obra de la misma mano, con el doble propósito, sin duda, de dar testimonio de la excelencia de la escuela y de mover a digna emulación a los alumnos.

—Sí —expresó el viejo maestro al observar que la niña tenía la atención puesta en aquellos escritos—. Todo está muy bien escrito, pequeña.

—Sí, señor, muy bien —corroboró la niña modestamente—. ¿Es de usted?

—¿Que si lo he escrito yo? —contestó, sacando las gafas del estuche y poniéndoselas para ver mejor aquellas proezas tan queridas para él—. Yo no podría escribir así hoy día. No. Todo eso lo han escrito unas manos muy pequeñas, más jóvenes que las tuyas, pero muy hábiles.

Mientras decía aquello, el maestro descubrió una pequeña mancha de tinta en la pared; sacó un cortaplumas del bolsillo y, estirándose un poco, la raspó cuidadosamente. Cuando terminó, se echó un poco hacia atrás para admirar el resultado, como si estuviera contemplando un bello cuadro, pero con algo de tristeza en la voz y el ademán, lo que impresionó a la niña, aunque no estaba al corriente de la causa.

—Una mano muy pequeña, desde luego —reiteró el pobre maestro—. El

niño adelantaba a todos sus compañeros en los trabajos de clase y también en el juego... ¡Cómo me quería! Que yo le tuviera cariño no tiene nada de extraño, lo extraño es que él me lo tuviera a mí... —el maestro se quitó las gafas para limpiarlas, como si se le hubieran empañado, y no dijo más.

—Espero que no sea nada grave, señor —expresó Nell con inquietud un poco después.

—No creo que tal sea el caso, querida —repuso el maestro—. Esperaba haberlo visto en el prado esta tarde. Es siempre el mejor de todos. Pero estará allí mañana.

—¿Está enfermo? —preguntó Nell con la rápida simpatía de una niña.

—No demasiado. Han dicho que ayer estuvo delirando, el pobre, lo mismo que anteaer. Pero eso es normal en ese tipo de dolencias. No tiene por qué ser una mala señal —la niña guardó silencio. El maestro se dirigió a la puerta y miró melancólicamente. Las sombras de la noche se habían vuelto más espesas, y reinaba un gran silencio—. Si alguien lo ayudara, vendría a mí, lo sé —afirmó mientras volvía al aula—. Siempre viene al jardín a darme las buenas noches. Tal vez ha mejorado, pero ya es demasiado tarde para salir a la calle, pues hay mucha humedad y abundante rocío. Es mejor que no venga esta noche.

El maestro encendió una vela y fue a cerrar los postigos y la puerta. Pero, tras permanecer sentado un rato, cogió el sombrero y dijo que se iba a verlo para quedarse tranquilo, y preguntó si Nell querría esperar a que volviera. La niña aceptó de buen grado, y él salió.

Nell se quedó sola media hora o más, ya que había convencido al anciano para que se fuera a dormir. El lugar le parecía especialmente extraño y solitario; no se oía más que el tictac de un viejo reloj y el silbido del viento entre los árboles. Cuando volvió el maestro, llevó la silla hasta un rincón de la chimenea, donde permaneció en silencio un buen rato. Al fin, volvió a donde estaba ella y le pidió con un tono muy afable que por favor rezara una oración aquella noche por un niño enfermo.

—¡Mi alumno favorito! —exclamó el pobre maestro, dando una calada a su pipa, que se había olvidado de encender, y mirando lúgubrementemente a las paredes—. Es su manita la que ha hecho todo eso, ¡y que la consuma la enfermedad! ¡Una mano tan pequeñita!

CAPÍTULO VEINTICINCO

Después de un descanso reparador en la buhardilla (ocupada al parecer durante unos años por el sacristán, que la había dejado libre recientemente al irse a vivir a otra casa con su mujer), la niña se levantó temprano y bajó a la habitación donde había cenado la noche anterior. El maestro de escuela había salido, y ella se dispuso a dejar la estancia limpia y confortable; al poco tiempo, volvió su amable anfitrión.

Este le dio las gracias efusivamente y le dijo que la mujer que hacía la limpieza había ido a atender precisamente al pequeño alumno de quien le había hablado el día anterior. La niña le preguntó cómo estaba el niño, esperando que se encontrara mejor.

—No —contestó el maestro, meneando la cabeza con aire pesaroso—, no está mejor. Dicen incluso que está peor.

—Lo siento muchísimo, señor —expresó la niña.

El pobre maestro le agradeció mucho sus sentidas palabras y agregó con tristeza que hay personas nerviosas que a menudo magnifican un mal y lo hacen mayor de lo que en realidad es.

—En fin —concluyó con tono sosegado y paciente—, espero que no sea así. No creo que pueda ir a peor.

La niña le pidió permiso para preparar el desayuno; su abuelo bajó de su habitación y los tres desayunaron juntos. El anfitrión aprovechó para decirle al anciano que lo encontraba particularmente cansado y que tal vez necesitara descansar.

—Si el viaje que va a hacer es muy largo —apostilló—, y puede permitirse perder un día, ¿por qué no se queda a pasar otra noche aquí? Estaré sumamente complacido, mi buen amigo.

Notó cómo el anciano miraba perplejo a Nell, pues no sabía si aceptar o declinar el ofrecimiento, y añadió:

—Me alegrará tener a su joven compañera un día entero conmigo. Si quiere hacer una buena acción con un hombre solitario y aprovechar para descansar, hágala. Pero si tiene que proseguir su viaje, les deseo lo mejor del mundo, y haré un pequeño trecho con ustedes antes de que comience la escuela.

—¿Qué hacemos, Nell? —preguntó el irresuelto anciano—; dime qué hacemos, cariño.

No hizo falta más para que la niña contestara que era mejor aceptar la invitación y quedarse. Esta quiso mostrar su agradecimiento al amable maestro de escuela ocupándose de todas las faenas domésticas. Cuando las terminó, cogió su cesto de labores y se sentó en un taburete junto al enrejado, donde se

entrelazaban los tiernos tallos de la madre selva llenando la habitación de un delicioso aroma. Su abuelo salió a tomar el sol, a respirar el perfume de las flores y a ver pasar las nubes, empujadas por el ligero viento veraniego.

El maestro de escuela, tras colocar debidamente los dos bancos, tomó asiento detrás de su mesa para preparar la clase; la niña, que no quería molestar, le dijo que se retiraba a la pequeña buhardilla. Pero él no lo permitió, pues, dijo, estaba encantado de tenerla allí.

—¿Tiene muchos alumnos, señor?

El pobre maestro meneó la cabeza y dijo que apenas llenaban los dos bancos.

—¿Y son aplicados? —volvió a preguntar mientras miraba los trofeos de la pared.

—Son buenos chicos —respondió el maestro—, son buenos chicos, querida; pero nunca llegarán a eso.

Un niño de pelo rubio con cara tostada por el sol apareció en la puerta, hizo un remedo de saludo y entró y se sentó en uno de los bancos. Después de ponerse sobre las rodillas un libro abierto con las puntas de las páginas dobladas, metió las manos en los bolsillos, sacó unas canicas y se puso a contarlas, mostrando, por la expresión de su cara, una notable capacidad para abstraerse por completo del abecedario que tenía delante. Al poco tiempo entró corriendo otro niño de pelo rubio, y después un chico pelirrojo, y después dos rubios más, y después otro de pelo castaño claro, y así sucesivamente hasta que los bancos quedaron ocupados por una docena de niños, con el pelo de todos los colores, salvo el gris, y con edades comprendidas entre los cuatro y los catorce años, o más, pues las piernas del más joven quedaban muy lejos del suelo cuando se sentaba en el banco, y el mayor era un grandullón algo bobo, que le sacaba al maestro media cabeza por lo menos.

El extremo del primer banco —el puesto de honor de la escuela— estaba vacío: pertenecía al pequeño alumno enfermo; y, en la fila de perchas en que se colgaban los sombreros, o gorros, el primero estaba también vacío. Ningún niño intentaba violar la santidad del asiento o de la percha, pero más de uno trasladó la mirada desde los espacios vacíos hasta el maestro y susurró algo al ocioso vecino tapándose la boca con la mano.

Entonces empezó el consabido ronroneo de repasar las lecciones aprendidas de memoria, de bromas susurradas y juegos a hurtadillas, más el habitual jaleo de la escuela. En medio de esta barahúnda, el pobre maestro imagen misma de la mansedumbre y la sencillez, trataba en vano en su sillón de centrarse en los deberes del día y olvidar a su pequeño amigo. Pero el

aburrimiento de su labor no hacía sino recordarle con mayor intensidad al estudioso pupilo, de modo que se notaba claramente que sus pensamientos no estaban con sus alumnos.

Nadie sabía esto mejor que los niños menos aplicados, los cuáles, volviéndose más atrevidos a causa de la impunidad, empezaron a jugar a pares o nones bajo el ojo del maestro, a comer manzanas como si tal cosa, a pellizcarse en broma o en serio sin ningún reparo y a tallar sus nombres en las patas de la mesa. El zopenco que había salido a recitar la lección no miró al techo en busca de inspiración, sino que se acercó hasta el mismísimo codo del maestro para mirar en su libro; el gracioso de la clase guiñaba el ojo y hacía muecas (al niño más pequeño, por supuesto) sin taparse la cara con el libro, y los demás se extralimitaban en su alborozo. Si el maestro se levantaba y prestaba atención a la clase, el ruido cesaba unos momentos y todos afectaban una pose estudiosa y recatada. Pero, en el instante en que volvía a enfrascarse en sus pensamientos, el jaleo empezaba de nuevo y se multiplicaba por diez.

¡Ah! ¡Qué anhelo tenían los menos aplicados por salir! ¡Miraban la puerta y la ventana abierta queriendo escaparse por las bravas, adentrarse en los bosques y volverse salvajes al instante! Estos pensamientos rebeldes volaban hasta el río umbroso (donde las ramas de los sauces acariciaban el agua) y tentaban al alumno grandote, que, despatarrado y con el cuello de la camisa desabotonado, se abanicaba la cara con un cuaderno de escritura, soñando que era una ballena, un pez espino, una mosca o cualquier cosa menos un escolar en un día tan bochornoso. ¡Qué calor! Preguntadle a ese niño del asiento pegado a la puerta, que tiene más oportunidades de deslizarse hasta el jardín y hacer a sus compañeros desternillarse de risa metiendo la cabeza en el cubo del pozo y echándose a rodar por la hierba; preguntadle si habrá otro día como este, en que hasta las abejas se zambullen en el cáliz de las flores para quedarse allí, como si hubieran decidido retirarse del negocio y no volver a fabricar miel. El día parecía hecho para la pereza, para estar tumbados boca arriba en la hierba mirando al cielo hasta que su brillo le obligara a uno a cerrar los ojos y dormirse. ¿Era este el momento más indicado para estudiar libros rancios en un aula oscura, desdeñada incluso por el sol? ¡Qué monstruosidad!

Nell estaba sentada junto a la ventana concentrada en su labor, intimidada también por el ruido infernal. Terminadas las lecciones, llegó la hora de la escritura; y como no había otra mesa que la del maestro, los niños se sentaban a ella por turnos esforzándose en copiar lo mejor que podían mientras el maestro se paseaba de un lado al otro del aula. Esta fue la hora más tranquila, pues el maestro se acercaba al que escribía, le miraba por encima del hombro y le decía mansamente que observara cómo una determinada letra estaba escrita en la pared, alabando el trazo que debían tener de modelo. Luego llamó

la atención de la clase para transmitir lo que el niño enfermo le había dicho por la noche —¡cómo le habría gustado estar con ellos de nuevo!—. El pobre maestro habló con un tono tan amable y afectuoso que los niños parecieron de pronto compungidos por haberlo molestado tanto, y durante unos minutos permanecieron en completo silencio sin comer manzanas, sin grabar nombres en los bancos, sin pegarse pellizcos ni hacer muecas raras.

—Creo, queridos niños —anunció cuando el reloj dio las doce—, que excepcionalmente os voy a dar la tarde libre.

Al oír aquello, los niños, capitaneados por el chico grandote, dieron un grito tan grande que no se oyó lo que decía el maestro. No obstante, cuando levantó la mano pidiendo silencio, fueron lo bastante considerados para callarse —sin duda porque los más ruidosos se habían quedado ya sin voz—.

—Pero antes tenéis que prometerme —precisó el maestro— que no alborotaréis, y si lo hacéis, será fuera de la aldea. Estoy seguro de que no queréis molestar a vuestro compañero de clase y de juegos.

Hubo un murmullo general de aprobación, sin duda sincero, pues, en el fondo no eran más que niños, y el grandote, no menos sincero que los demás, puso de testigos a los que tenía al lado de que él había gritado muy bajito.

—Entonces, por favor, no olvidéis lo que os he dicho, mis queridos alumnos —les encareció de nuevo—, lo que os he pedido, y hacedlo como un favor especial. Divertíos todo lo que podáis y no os olvidéis de que tenéis la suerte de estar sanos. ¡Adiós a todos!

«Gracias, señor maestro» y «adiós, señor, maestro» fueron dos frases pronunciadas repetidamente con una variedad de tonos mientras los niños salían despacio y en orden. Pero el sol brillaba y los pájaros cantaban, como sólo brilla el sol y cantan los pájaros en las vacaciones y en las tardes libres. Los árboles agitaban sus hojas invitando a los niños a subirse a sus ramas frondosas; el heno los tentaba para que lo esparcieran por el aire puro; el grano verde invitaba gentilmente a ir al bosque y al río; el suelo, más llano por la mezcla de luces y sombras, invitaba a correr, a saltar y a dirigirse a Dios sabe dónde. Aquello era más de lo que un niño podía soportar, y, en medio de un formidable clamor, toda la pandilla salió disparada y se dispersó por todas partes, gritando y riendo por donde pasaba.

—¿Acaso hay algo más natural? ¡Que Dios los bendiga! —exclamó el pobre maestro mientras los veía alejarse—. Me alegro de que no me hayan acompañado en mi pena.

Pero, como es difícil contentar a todo el mundo, como sabemos por propia experiencia sin necesidad de conocer la fábula que encierra esa moraleja, en el transcurso de la tarde varias madres y tías de los alumnos acudieron a expresar

su decidida desaprobación del método del maestro. Unas se limitaron a hacer alusiones, como por ejemplo preguntar educadamente si aquel día estaba marcado con letra roja o qué santo del almanaque era; otras, las cabezas más políticas de la aldea, sostenían que constituía un desprecio trono y una afrenta a la Iglesia y al Estado —amén de oler a principios revolucionarios— conceder la tarde libre en una ocasión menos importante que el nacimiento del monarca. Pero la mayoría basaba su descontento en motivos privados y con términos simples decían que dar a los alumnos sólo media ración de escuela era un robo y un fraude. Y una anciana, que no conseguía inflamar o irritar al pacífico maestro, salió de su casa y, durante media hora, se puso a hablar a gritos junto a la ventana de la escuela con otra vieja, diciendo que por supuesto se deduciría esta media vacación de sus emolumentos semanales y que esperaba que se incoara un procedimiento judicial en su contra; que en aquel vecindario no faltaban ociosos (aquí la vieja levantó la voz) y que hasta los más gandules para ser maestros de escuela podían ver que había otras personas mejores que ellos, y que ella velaría para que esas personas cumplieran debidamente con su obligación. Pero ninguna de aquellas burlas y vejaciones consiguieron sacarle una palabra al manso maestro, que permaneció sentado con la niña, algo más abatido tal vez, pero en completo silencio y sin quejarse.

Al atardecer, apareció una anciana jadeando en el jardín y, encontrando al maestro en la puerta, le dijo que fuera rápidamente a casa de la señora West, y que por favor se adelantara. La niña y el maestro estaban a punto de salir de paseo cogidos de la mano. Sin soltarla, el maestro salió disparado, y la mensajera los siguió fatigosamente.

Se detuvieron en la puerta de una casa, a la que el maestro llamó suavemente con la mano. La abrieron enseguida. Entraron en una habitación donde un pequeño grupo de mujeres rodeaba a otra más anciana que estaba llorando desconsoladamente, retorciéndose las manos y meciéndose nerviosa en la silla.

—¡Ay, señora! —exclamó el maestro, acercándose a la silla—. ¿Tan mal está?

—Se nos está yendo —se lamentó la anciana—; mi nieto se está muriendo. Y todo por culpa de usted. Usted no debería entrar a verlo ahora si no fuera porque él lo desea. Esto es lo que le ha traído aprender tanto. ¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¡Qué voy a hacer yo ahora!

—No diga que yo tengo la culpa —protestó el maestro sin alzar la voz—. Pero no le echo nada en cara, señora. No, no. Usted está abrumada por el dolor y no sabe lo que dice. Estoy seguro de que no lo sabe.

—¡Sí que lo sé! —replicó la anciana—. Me confirmo en lo que he dicho.

Si no hubiera estudiado tanto por miedo a usted, ahora estaría sano y alegre. Estoy segura.

El maestro miró a las, otras mujeres como para recabar una palabra en su favor; pero todas menearon la cabeza y mascullaron que no veían nada bueno en aprender tantas cosas, y que aquello las confirmaba en su postura. Sin decir ninguna palabra, ni lanzarles ninguna mirada de reproche, siguió a la anciana que lo había avisado (y que ya se había unido a ellos) hasta otra habitación, donde su querido alumno estaba acostado en una cama medio vestido.

Era un niño muy joven; un niño muy pequeño. Los rizos del pelo le caían por la cara y los ojos le brillaban; pero era un brillo del cielo, no de la tierra. El maestro se sentó junto a él e, inclinándose sobre la almohada, susurró su nombre. El niño se incorporó al oírlo, le acarició la cara con la mano y le echó los brazos alrededor del cuello, llamándolo entre sollozos su buen y querido amigo.

—Espero haberlo sido siempre. Sabe Dios que nunca he deseado otra cosa —expresó el pobre maestro.

—¿Quién es? —preguntó el niño al ver a Nell—. Me da miedo besarla, no vaya a contagiarse. Dígale que me estreche la mano.

La niña, que estaba sollozando, se le acercó y tomó la lánguida manita en la suya. Soltándola, el niño se dejó caer en la cama suavemente.

—Recuerdas el jardín, ¿verdad, Harry? —susurró el maestro, deseoso de animarlo, pues el niño parecía tener cada vez menos fuerzas—, lo agradable que era al atardecer. Tienes que darte prisa para volver al jardín, pues las flores te echan de menos y no están tan alegres como antes. Vendrás pronto, muy pronto, ¿verdad que sí, querido?

El niño sonrió levemente —muy levemente— y apoyó la mano en la cabeza gris de su amigo. Movié los labios, pero ningún sonido salió de ellos no, ni un solo sonido.

En el silencio que siguió, el ruido de voces lejanas transportadas por el aire vespertino entró flotando por la ventana abierta.

—¿Qué es eso? —preguntó el niño enfermo abriendo los ojos.

—Los chicos, que están jugando en el campo.

El niño sacó un pañuelo de debajo de la almohada y trató de agitarlo por encima de la cabeza. Pero el débil brazo cayó impotente.

—¿Lo hago yo? —preguntó el maestro.

—Por favor, sáquelo por la ventana —fue la débil respuesta—. Átelo al enrejado. Alguno podrá verlo. Tal vez piensen en mí y miren aquí.

El niño levantó la cabeza y paseó la mirada desde la señal ondeante hasta el ocioso bate que estaba sobre la mesa de la habitación, junto a la pizarra, el libro y otros cachivaches infantiles. Después volvió a tenderse suavemente en la cama y preguntó si la niña seguía ahí, pues no la veía.

Nell se acercó y apretó la mano que yacía sobre el cobertor. Luego, los dos viejos amigos y compañeros —pues tales eran, aunque fueran hombre y niño— se enlazaron en un largo abrazo, tras lo cual el pequeño alumno volvió la cara a la pared y cayó dormido.

El pobre maestro siguió sentado en el mismo lugar, con la manita fría dentro de la suya para calentarla. Era la mano de un niño muerto. Él se había dado cuenta, pero seguía calentándola, sin poder soltarla.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Con el corazón casi destrozado, Nell salió de la casa en compañía del maestro y se fue con él a la escuela. En medio del dolor y las lágrimas, procuró ocultar la verdadera causa al anciano, pues el niño muerto era también un nieto que había dejado a una pariente de edad avanzada llorando su prematura desaparición.

Se fue a la cama enseguida y, una vez sola, dio rienda suelta a su congoja. La triste escena que había presenciado le había dado una lección de entusiasmo y gratitud; de entusiasmo, porque la fortuna le permitía disfrutar de salud y libertad, y de gratitud, por tener a su lado al único pariente y amigo a quien amaba y por vivir y moverse en un mundo hermoso cuando tantos jóvenes —tan llenos de esperanzas como ella— caían víctimas de alguna enfermedad y se los tragaba la tumba. ¡Cuántos túmulos del viejo camposanto se cubrían de hierba sobre las tumbas de niños! Y aunque no reparaba lo suficiente en la brillante y feliz existencia a la que son llamados los que mueren jóvenes ni en que, con la muerte, no conocen el dolor de ver morir a otros seres queridos y ver sepultarse esos afectos de sus corazones (así los viejos mueren muchas veces en el transcurso de su vida), Nelly supo sacar la lección de lo que había visto aquella noche y grabarla en su espíritu.

Sus sueños versaron sobre el pequeño alumno, no encerrado en un ataúd, sino rodeado de ángeles y sonriendo feliz. Despertada por los alegres rayos del sol, ya no le quedaba sino despedirse del pobre maestro y proseguir la marcha.

Cuando recogieron sus cosas, listos para la partida, la escuela ya había empezado. En el aula oscurecida, el ruido del día anterior había vuelto de nuevo: un poco más atemperado tal vez, pero muy poco. El maestro se levantó

de la mesa y los acompañó hasta el portillo.

La niña le ofreció con mano temblorosa el dinero que una señora le había dado en las carreras por las flores, y le dio las gracias balbuceando y ruborizada al pensar en la insignificancia de la suma ofrecida. El maestro le rogó que se guardara el dinero, se inclinó para besarla en la cara y volvió a la escuela.

Apenas habrían dado media docena de pasos cuando el maestro salió de nuevo a la puerta; el anciano volvió sobre sus pasos para estrecharle la mano, y la niña hizo lo mismo.

—¡Que la suerte y la felicidad les acompañen! —expresó el pobre maestro—. Yo soy ahora un hombre solitario. Si alguna vez pasan de nuevo por aquí, no se olviden de esta pequeña escuela.

—Nunca la olvidaremos, señor —prometió Nell—; y siempre le estaremos agradecidos por su amabilidad.

—He oído a menudo estas mismas palabras de labios de muchos niños —se lamentó el maestro, meneando la cabeza y sonriendo pensativamente—. Palabras pronto olvidadas. Yo había cogido cariño a un joven amigo, mi mejor amigo pese a ser tan joven... Pero ahora todo ha terminado. ¡Que Dios les bendiga!

Se despidieron de él varias veces, y reanudaron el camino despacio y volviendo la mirada a menudo hasta que dejaron de verlo. Finalmente, la aldea quedó tan atrás que incluso perdieron de vista el humo que se elevaba sobre los árboles. Ahora caminaban a buen paso, resueltos a tomar la carretera principal y seguirla a la buena de Dios.

Pero las carreteras principales llevan muy, muy lejos. A excepción de un par de caseríos por donde pasaron sin detenerse y de una taberna solitaria junto, a la carretera, donde se procuraron algo de pan y queso, el camino no los llevó a ninguna parte —ya era mediodía— y, a lo lejos, siempre se divisaba la misma carretera tediosa, serpenteante, que habían seguido a lo largo del día. Pero como no tenían más remedio que seguir caminando, eso hicieron, cada vez más despacio, pues estaban muy, muy cansados.

El mediodía se había convertido en una hermosa tarde cuando llegaron a un punto en el que la carretera describía una curva pronunciada y atravesaba un espacio verde. En el borde de este espacio, y cerca de la valla que lo separaba de los campos de cultivo, había una caravana detenida; contra ella, dada su situación, se toparon sin poder evitarlo.

No era un carromato viejo ni desvencijado, sino una casita coqueta sobre ruedas, con cortinas blancas de bombasí en las ventanas y postigos verdes

encuadrados por paneles de un rojo vivo, un feliz contraste de colores que imprimía al conjunto un aspecto muy vistoso. Ni tampoco era una pobre caravana tirada por un burro o un caballo famélico, sino por un par de caballos, de muy buen aspecto, que pastaban en la hierba fresca. No era, pues, ninguna caravana de gitanos, dado que en la puerta abierta (adornada con una brillante aldaba dorada) estaba sentada una señora fornida y de aspecto saludable, tocada con un gran gorro adornado con muchos lazos. Y que no era la caravana de un indigente resultaba obvio por la ocupación de la dama, que grata y reconfortantemente tomaba el té. El juego de té, más una botella un tanto sospechosa y una loncha de jamón, se hallaba sobre un tambor cubierto con un mantel blanco. Y allí, como a la mesa más confortable del mundo, tomaba su té aquella mujer itinerante disfrutando del paisaje.

Sucedió que, en el momento en que esta se llevaba a los labios la taza (que para no desentonar con el resto era una taza grande de desayuno) y levantaba los ojos al cielo como para disfrutar al máximo del delicioso té, mezclado posiblemente con alguna gotita de la sospechosa botella —pero esto es mera especulación, no un hecho histórico demostrado—, no reparó en los viajeros que se le acercaban. Hasta que no se dispuso a dejar la taza, y cuando iba a exhalar un gran suspiro tras el esfuerzo de beber su contenido, la mujer de la caravana no vio al anciano y a la niña, que la miraban con ojos a la vez sorprendidos y hambrientos.

—¡Eh! —gritó la mujer de la caravana, recogiendo las migas del regazo, llevándoselas a la boca y limpiándose a continuación—. Sí, es ella. ¡Eh, niña! ¿Quién ganó la medalla de la gran carrera?

—¿Que quién ganó qué, señora? —preguntó Nell.

—El premio de la gran carrera, niña..., la carrera disputada el segundo día.

—¿El segundo día, señora?

—¡El segundo día, sí, el segundo día! —repitió la señora visiblemente impaciente—. ¿No sabes contestar a una pregunta cuando te la hacen educadamente?

—No lo sé, señora.

—¡No lo sé! —remedó la mujer de la caravana—. Pues tú estuviste allí. Te vi con mis propios ojos.

Nell se alarmó no poco al oír aquello pensando que la mujer podría mantener buenas relaciones con la empresa de Short y Codlin; pero lo que siguió contribuyó a tranquilizarla.

—Y bien que lamenté —prosiguió la mujer de la caravana— verte en compañía de Polichinela, ese parlanchín rastrero, egoísta, vulgar. No sé cómo

no le da vergüenza a la gente ver a ese individuo.

—Yo no estuve allí por voluntad propia —se defendió la niña—. No conocíamos el camino; además, los dos fueron muy amables con nosotros y nos dejaron viajar con ellos. ¿Los conoce usted, señora?

—¡Que si los conozco! ¡Qué pregunta! —gritó, o, mejor dicho, chilló la mujer de la caravana—. ¡Que si los conozco! Pero tú eres muy joven e inexperta, y se te puede disculpar que me hagas esa pregunta. ¿Tengo yo aspecto de conocerlos? ¿Tiene la caravana aspecto de conocerlos?

—No, señora, no —se disculpó la niña, temiendo haber cometido alguna falta grave—. Le pido perdón.

Este le fue concedido inmediatamente, aunque la mujer aún parecía alterada y conturbada por tan degradante suposición. La niña le explicó que habían dejado las carreras el primer día y que querían llegar por la carretera hasta la siguiente población, donde pensaban pasar la noche. Como el semblante de la fornida señora empezó a despejarse, se aventuró a preguntarle si quedaba muy lejos. La respuesta, que la robusta mujer dio no sin antes aclarar que había acudido a las carreras el primer día a bordo de una calesa y para su simple esparcimiento —que su presencia no obedecía a ningún negocio o beneficio—, fue que la población se hallaba a trece kilómetros de distancia.

Aquella información desalentó no poco a la niña, que no pudo reprimir una lágrima al mirar por la carretera cada vez más oscura. Su abuelo no emitió ninguna queja, pero suspiró profundamente al apoyarse en su bastón y tratar de discernir el final de la polvorienta carretera.

La mujer de la caravana se dispuso a recoger el servicio del té antes de despejar la mesa, pero, notando la agitación de la niña, vaciló y se detuvo. La niña hizo una reverencia, le agradeció la información y, dando la mano al anciano, empezó a andar. Pero apenas habían avanzado unos cincuenta metros, cuando la mujer de la caravana les gritó que volvieran.

—¡Venid, acercaos! —gritó, haciendo señas a la niña para que subiera las escaleras—. ¿Tienes hambre, niña?

—No demasiada, pero estamos muy cansados, y el camino es tan largo...

—Bueno, tengáis mucha hambre o poca, tomad un poco de té con algo —ofreció la nueva conocida—. Supongo que usted, caballero, no tendrá nada que objetar, ¿verdad?

El abuelo se quitó humildemente el sombrero y le dio las gracias. La mujer de la caravana le pidió entonces que subiera también a la plataforma, pero como el tambor parecía una mesa poco apropiada para dos personas, les

aconsejó que se bajaran de nuevo y se sentaran en la hierba, pidiéndoles que se llevaran al mismo tiempo la bandeja del té, pan con mantequilla, jamón y, en una palabra, todo lo que ella había estado tomando, salvo la botella, que ya se había cuidado de guardársela en el bolsillo.

—Pon la bandeja junto a las ruedas, niña; es el mejor sitio —aconsejó la mujer, supervisando la operación desde arriba—. Pásame la tetera para que eche un poco más de agua caliente y una pizca más de té. Y luego comed y bebed todo lo que os apetezca, sin reparar en nada. Es lo único que os pido.

Tal vez la niña y su abuelo no habrían cumplido los deseos de la mujer si esta los hubiera expresado con menor franqueza o no los hubiera expresado. Pero como aquellas palabras los liberaban de cualquier amago de delicadeza o cohibición, comieron abundantemente y recuperaron el buen ánimo.

La mujer de la caravana bajó y, con las manos detrás, y su gran gorro temblando visiblemente, empezó a caminar de un lado a otro con pasos medidos y ceremoniosos, mirando la caravana de vez en cuando con un aire de sosegada delicia y alegrándose especialmente de los paneles rojos y de la aldaba metálica. Después de un rato ejercitándose de esta guisa, se sentó en la escalera y gritó: «¡George!», a lo que un hombre con blusón de carretero, parapetado hasta entonces detrás de un seto viendo lo que pasaba sin ser visto, apartó las ramas que lo ocultaban y se mostró sentado en el suelo, con un plato de guiso y una botella de loza de medio galón sobre las piernas; en la mano derecha, un cuchillo; en la izquierda, un tenedor.

—Sí, señora —respondió George.

—¿Qué tal estaba la empanada fría, George?

—No estaba mal, señora.

—Y la cerveza —prosiguió la mujer de la caravana, más interesada en esta pregunta que en la anterior— es pasable, ¿no, George?

—Parece mejor de lo que es en realidad —matizó George—, pero se deja beber.

Para tranquilizar a su ama, pegó un trago (de aproximadamente una pinta) a la botella de gres, se limpió los labios, guiñó el ojo y asintió con la cabeza. Sin duda con el mismo loable deseo, empuñó inmediatamente el cuchillo y el tenedor, como para asegurarle que la cerveza no le había quitado el apetito.

—¿Has terminado ya?

—Casi, señora —en efecto, después de rebañar bien el plato y llevarse a la boca el último trozo del guiso, y de pegarle a la botella de loza un trago tan científico que, poco a poco y de forma casi imperceptible, fue echando la cabeza hacia atrás hasta quedar tendido en el suelo cuan largo era, este

caballero declaró haber terminado y procedió a abandonar su reservado.

—Espero no haberte metido prisa, George —expresó su ama, que parecía haber seguido con simpatía sus últimos movimientos.

—Si acaso —replicó este, reservándose sabiamente para cualquier contingencia favorable que pudiera presentarse—, nos resarciremos la próxima vez, simplemente.

—No vamos muy cargados, ¿verdad, George?

—Eso es lo que dicen siempre las mujeres —contestó el hombre, mirando alrededor como si apelara a la Naturaleza en general contra tan monstruosas suposiciones—. Cuando una mujer lleva las riendas, nunca tiene quieto el látigo: el caballo nunca va lo bastante deprisa para ella. Si las bestias llevan su carga adecuada, nunca se puede convencer a una mujer de que no pueden cargar más. ¿Por qué me pregunta eso?

—¿Supondrían estos dos viajeros demasiada carga para los caballos si los llevamos con nosotros? —preguntó su ama, sin responder a la disquisición filosófica de George y señalando a Nell y al anciano, preparados ya con ademán triste para reanudar el camino a pie.

—Supondrían una diferencia, por supuesto —respondió George obstinadamente.

—¿Mucha diferencia? —insistió su ama—. No pueden pesar mucho.

—El peso de los dos, señora —estimó George mirándolos como quien calcula un peso media onza arriba o abajo—, equivaldría aproximadamente al de Oliver Cromwell.

Nell se mostró sorprendida de que aquel hombre estuviera tan familiarizado con el peso de un personaje que, según sus lecturas, había vivido en una época muy anterior a la suya, pero rápidamente olvidó su sorpresa al oír que iban a proseguir el camino a bordo de la caravana. Así, dio las gracias a la señora con sincera seriedad, ayudó con diligencia a recoger el servicio del té y otras cosas que había de por medio y, como los caballos ya estaban debidamente enganchados, subió al vehículo, seguida de su complacido abuelo. La patrona cerró la puerta y se sentó junto a su tambor al lado de una ventana abierta. Levantada la escalerilla por George y guardada bajo el carruaje, se alejaron de allí con gran ruido de lonas, ejes y ruedas, mientras la reluciente aldaba de metal, que nadie tocaba nunca, iba repiqueteando a lo largo de la ruta.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Cuando ya habían recorrido cierta distancia, Nell se aventuró a echar un vistazo a la caravana y a observarla detenidamente. La mitad, donde la propietaria se hallaba cómodamente sentada, estaba alfombrada y albergaba en un extremo un pequeño dormitorio —parecido a la cabina de un barco—, resguardado, al igual que las ventanitas, por unas bonitas cortinas blancas. Tenía un aspecto muy confortable, aunque con qué tipo de ejercicio gimnástico conseguiría la dueña de la caravana introducirse en la litera resultaba un misterio insondable. La otra mitad, que servía de cocina, estaba equipada con una estufa con una pequeña chimenea atravesando el techo. Contenía también una despensa, varios armarios, un gran tonel de agua y unos cuantos utensilios de cocina y cacharros de loza. Estos últimos enseres colgaban de las paredes, las cuales, en la parte dedicada a la dueña de la caravana, tenían unos adornos alegres y ligeros, como un triángulo y un par de panderetas manoseadas.

La dueña de la caravana iba sentada junto a una ventana, rezumando el orgullo y la poesía de aquellos instrumentos musicales, y la pequeña Nell y su abuelo en el otro lado, en el humilde ámbito del calentador de agua y de las sartenes, mientras el vehículo se arrastraba desplazando lentamente el paisaje que se oscurecía. Al principio, los dos viajeros hablaron poco, y sólo entre susurros, pero conforme fueron familiarizándose con el habitáculo, empezaron a conversar con mayor libertad sobre los lugares por los que pasaban y los diferentes objetos que se presentaban a su vista, hasta que el anciano cayó dormido. Entonces la dueña de la caravana invitó a Nell a sentarse a su lado.

—Bien, pequeña —empezó— ¿qué te parece esta manera de viajar?

Nell contestó que le parecía muy agradable, a lo que la mujer observó que lo era para las personas que tenían un temperamento alegre. Por su parte, precisó, a ella le preocupaba un decaimiento que exigía un constante estimulante; aunque, si dicho estimulante provenía de la sospechosa botella o de otra fuente, no lo dijo.

—Es la suerte que tenéis los jóvenes —continuó—. Vosotros no sabéis qué es estar triste. Además, siempre tenéis buen apetito, lo cual es un gran consuelo.

Nell pensó que, por su parte, la mujer podía prescindir perfectamente del apetito, toda vez que no había nada en su aspecto ni en su manera de tomar el té que invitara a la conclusión de que su gusto natural por la carne y la bebida le faltase en absoluto. Pero asintió en silencio, por educación, a lo que dijo la señora y esperó a que hablara de nuevo.

Pero esta, en vez de hablar, permaneció un buen rato en silencio junto a la niña; luego, levantándose, sacó de un rincón un rollo grande de lienzo de

aproximadamente un metro de ancho, que dejó en el suelo y extendió con el pie hasta que este ocupó prácticamente todo el suelo de la caravana.

—Aquí tienes, pequeña —dijo—, lee esto.

Nell se movió hasta la parte inicial del rollo y leyó en voz alta las enormes letras negras, que decían: «Museo de cera de Jarley».

—Léelo otra vez —pidió la mujer, complacida.

—Museo de cera de Jarley —repitió Nell.

—Esa soy yo —indicó la mujer—. Yo soy la señora Jarley.

Con una mirada alentadora, intentó tranquilizar a la niña y hacerle saber que, aunque se hallaba en presencia de la Jarley original, no tenía por qué sentirse intimidada. A continuación, la dueña de la caravana desplegó otro rollo, en el que había escrito: «Cien figuras de tamaño natural», y luego otro en el que se leía: «La única y excelente colección de verdaderas figuras de cera del mundo», y luego varios rollos más pequeños con inscripciones como «Actualmente en exposición», «La auténtica y única Jarley», «La colección sin par de Jarley», «Jarley es la delicia de la grande y pequeña nobleza», «La familia real apadrina a Jarley». Cuando hubo exhibido estos anuncios mastodónticos a la sorprendida niña, sacó unos especímenes de escritura en forma de folletos, algunos formulados a modo de parodia de melodías populares, como por ejemplo: «Creedme: todas las figuras de Jarley son realmente admirables», «Yo vi la exposición en la flor de mi juventud», «Crucemos el río para ver a Jarley», y, para satisfacer todos los gustos, otros se dirigían a espíritus más ligeros y jocosos, como por ejemplo una parodia de la famosa canción «Si yo tuviera un burro», que empezaba así:

Si mi burro no quisiera

ver las figuras de cera,

a palos yo lo moliera.

Si mi burro no quieres ser,

el museo Jarley has de ver.

Tenía también varias composiciones en prosa que pretendían ser diálogos entre el emperador de China y una ostra, o entre el arzobispo de Canterbury y un disidente (sobre la cuestión de los diezmos de la Iglesia), todos con la misma moraleja, a saber, que el lector debía apresurarse a ir a ver las figuras de Jarley, y que los niños y criados podían entrar a mitad de precio. Cuando hubo mostrado a su joven compañera todos aquellos testimonios de su importante posición en la sociedad, la señora Jarley los volvió en enrollar y, una vez colocados en su sitio, se sentó y miró a la niña con aire triunfal.

—No vuelvas a frecuentar a ese vulgar Polichinela —le encareció.

—Yo nunca he visto ninguna figura de cera, señora —señaló Nell—. ¿Son más divertidas que Polichinela?

—¡Más divertidas! —exclamó la señora Jarley con tono estridente—. ¡No son nada divertidas!

—¡Oh! —exclamó Nell con toda la humildad posible.

—No son nada divertidas —repitió la señora Jarley—. Respiran tranquilidad y, ¿qué palabra emplear: críticas? No, son clásicas, eso es. Es un espectáculo tranquilo y clásico. No hay cachiporrazos ni empellones, no hay chistes ni gritos como en tu precioso Polichinela; siempre lo mismo, con un aire invariado de frialdad y distinción. Igual que las personas; que si las figuras de cera hablaran y anduvieran, costaría trabajo notar la diferencia. Yo no diría que haya visto figuras de cera exactamente iguales que las personas, pero sí que he visto alguna persona exactamente igual que una figura de cera.

—¿Están aquí, señora? —preguntó Nell, cuya curiosidad se había despertado con aquella descripción.

—Están aquí... ¿quiénes, pequeña?

—Las figuras de cera, señora.

—¡Dios te bendiga, pequeña, qué cosas se te ocurren! ¿Cómo semejante colección podría estar aquí, donde no ves más que el interior de un pequeño aparador y unas pocas cajas? Ha sido trasladada en los otros carromatos hasta las salas donde será expuesta pasado mañana. Tú vas a la misma población, y seguramente la verás. Es natural que desees verla; no me cabe la menor duda de que la verás. No podrías irte de la ciudad sin verla, ni aunque te lo propusieras.

—Creo, señora, que no estaré en la ciudad —manifestó la niña.

—¿Que no estarás? —gritó la señora Jarley—. ¿Y dónde estarás, entonces?

—No lo sé exactamente. No podría decirle...

—¡No me digas que estáis viajando sin saber a dónde vais! —exclamó la dueña de la caravana—. ¡Qué curiosa pareja! ¿A qué os dedicáis en realidad? A mí me parecisteis en las carreras completamente fuera de vuestro elemento, como si hubierais caído allí por casualidad.

—Acudimos allí por pura casualidad —confirmó Nell, confusa por aquellas preguntas tan repentinas—. Nosotros, señora, somos personas pobres que andamos vagando de un sitio a otro. No tenemos nada que hacer. ¡Ojalá no fuera así!

—Me asombráis cada vez más —expresó la señora Jarley tras permanecer un rato tan muda como una de sus figuras—. No me dirás que os consideráis unos mendigos...

—En realidad, señora, no sé qué otra cosa somos —contestó la niña.

—¡Dios me perdone! —exclamó la dueña de la caravana—. En mi vida he visto nada semejante. ¡Quién lo habría dicho!

Después de aquella exclamación permaneció tanto tiempo en silencio que Nell la creyó arrepentida de prestar protección y conversación a una gente tan pobre, e irreparablemente herida en, su dignidad. Creencia confirmada por el tono con que rompió el silencio:

—Y, sin embargo, sabes leer y escribir, estoy segura, ¿no?

—Sí, señora —contestó la niña, temerosa de volver a ofenderla con aquella confesión.

—Las cosas de la vida... —reconoció la señora Jarley—. Pues yo no sé.

Nell dijo: «¿De veras?», en un tono que podía implicar que estaba razonablemente sorprendida de encontrar a la auténtica y única Jarley, la delicia de la grande y pequeña nobleza y favorita particular de la familia real, desprovista de habilidades tan corrientes o que presumía de ser una dama tan exquisita que podía perfectamente prescindir de las mismas. El caso es que, fuera cual fuera la manera en que la señora Jarley recibió su respuesta, ya no hizo más preguntas ni más observaciones, pues cayó en un silencio reflexivo y permaneció en dicho estado tanto tiempo que Nell se retiró a la otra ventana al lado de su abuelo, que para entonces ya se había despertado.

Al final, la dueña de la caravana despertó de su profunda meditación y, ordenando al cochero que se acercara a la ventana junto a la que estaba sentada, mantuvo una larga conversación con él en voz baja, como si le pidiera consejo sobre una cuestión importante y barajase los pros y los contras. Concluida la conferencia, metió la cabeza de nuevo e hizo señas a Nell para que se acercara.

—Y el anciano también —solicitó la señora Jarley—, pues quiero intercambiar unas palabras con él. ¿Quiere usted una buena situación para su nieta, jefe? Si es así, yo puedo contribuir a que la tenga. ¿Qué dice a eso?

—Yo no puedo dejarla, jamás —fue la respuesta. No podemos separarnos. ¿Qué sería de mí sin ella?

—Yo diría que a su edad usted ya debería haber aprendido a cuidar de sí mismo —respondió la señora Jarley con tono seco.

—No puede cuidar de sí mismo —expresó la niña susurrando con tono

serio—. Temo que nunca podrá. Por favor, no sea dura con él. Le estamos muy agradecidos —añadió en voz alta—, pero ninguno de los dos se separaría del otro ni por todo el oro del mundo.

La señora Jarley quedó algo desconcertada ante aquella contestación a su propuesta y miró al anciano (quien había tomado tiernamente la mano de Nell) convencida de que la niña podría prescindir perfectamente de su compañía o de su existencia misma. Tras una pausa algo violenta, sacó de nuevo la cabeza por la ventana y mantuvo otra conferencia con el cochero sobre algún punto en el que parecieron estar aún menos de acuerdo que en el anterior. Después, la señora Jarley se dirigió al abuelo:

—Si desean realmente encontrar un empleo —dijo—, habría también trabajo para usted: ayudando a quitar el polvo a las figuras, cobrando las entradas, etcétera. Para lo que yo quiero a su nieta es para enseñar las figuras al público. Aprendería muy pronto. Ciertamente, iré detrás de mí, pero tiene un carácter que a la gente no le desagradaría. Siempre las he mostrado yo sola a los visitantes, y debería seguir haciéndolo; pero el cuerpo me pide ya más reposo. No es una oferta que se haga todos los días, téngalo en cuenta —subrayó elevando el tono, con la inflexión con que solía dirigirse a los espectadores—. Son las figuras de cera Jarley, recuerde. El cometido es muy sencillo y muy agradable, el público es particularmente selecto y la muestra tiene lugar en salones de actos, ayuntamientos, grandes albergues o en salas de subasta. Con Jarley se acabaron los vagabundeos al aire libre, recuérdelo; y ya no habrá entoldados ni serrín ni nada de eso. Todo lo prometido en los folletos se cumple al pie de la letra, y todas las figuras componen la colección más brillante jamás expuesta en este reino. Recuerde que el precio de la entrada es de sólo seis peniques y que esta oportunidad tal vez no se le presente nunca más.

Una vez alcanzado este punto sublime, la señora Jarley bajó a cuestiones más prosaicas y señaló que, con referencia al salario, no podía prometer una suma específica hasta no haber comprobado las habilidades de Nell y haberla observado en el desempeño de sus obligaciones. Pero que se comprometía a asegurarles pensión completa, tanto para ella como para el abuelo, y además les daba su palabra de que la comida sería siempre de buena calidad y abundante.

Nell y su abuelo se consultaron. Mientras tanto, la señora Jarley paseaba con las manos a la espalda de un lado a otro de la caravana, igual que hiciera sobre la hierba, con inusual dignidad y alta estima de sí misma. Este particular es digno de mención, ya que la caravana iba dando tumbos y ninguna otra persona con parecida majestad natural y gracia adquirida habría podido mantenerse tan recta sin tambalearse.

—Bien, pequeña, ¿qué contestas? —preguntó la señora Jarley elevando la voz y dejando de pasearse al ver que Nell se había vuelto hacia ella.

—Le estamos muy agradecidos, señora —contestó Nell, y aceptamos con mucho gusto su ofrecimiento.

—Algo que nunca lamentarás —repuso la señora Jarley—. Estoy segurísima de eso. Bueno, y ahora, concluido este asunto, cenemos un poco.

Entretanto, la caravana siguió dando tumbos como si también hubiera bebido cerveza fuerte y estuviera mareada; al final desembocó en las calles pavimentadas de una ciudad libre de transeúntes y completamente silenciosa, pues ya era cerca de la medianoche y sus habitantes estaban en la cama. Como era demasiado tarde para ir a la sala de exposición, se quedaron a pasar la noche en un descampado junto a la vieja puerta de la ciudad, cerca de otra caravana que, a pesar de llevar un cartel con el nombre de Jarley en letras grandes y de transportar las figuras de cera que eran el orgullo de su país, estaba marcada con la vulgar contraseña municipal de «vehículo ferial» y un número correspondiente —siete mil cien— ¡como si su preciosa carga fuera simple harina o carbón!

Como este vehículo tan poco valorado por la municipalidad estaba vacío (pues había depositado su carga en la sala de la exposición y pararía ahí hasta que fueran requeridos de nuevo sus servicios), fue asignado al anciano como lugar de descanso para la noche. Entre sus paredes de madera, Nell le hizo la cama lo mejor que pudo con los materiales que encontró a mano. En cuanto a ella, dormiría en el carruaje de la señora Jarley, como testimonio de su favor y confianza.

Después de despedirse de su abuelo, cuando volvía al otro carruaje se sintió tentada por el frescor de la noche y decidió pasear un poco. La luna brillaba sobre la vieja puerta de la ciudad y el pasaje bajo el arco estaba oscuro. Con una mezcla de curiosidad y de miedo, se acercó despacio a esta puerta y se detuvo a contemplarla, extrañándose de su aspecto lóbrego y frío.

Había un nicho vacío, cuya estatua había debido de caerse o había sido robada cientos de años atrás, y la niña se hallaba pensando en la gente extraña que la estatua habría visto cuando estaba allí y en las luchas y los asesinatos que se habrían producido en un sitio tan silencioso, cuando, de repente, emergió un hombre de la sombra negra del arco. La niña lo reconoció al instante. ¡Quién no habría reconocido al feo y deforme Quilp!

La calle era tan estrecha y la sombra de las casas era tan negra que parecía emergido de las entrañas de la tierra. Pero allí estaba. La niña se apartó a un rincón oscuro y lo vio pasar cerca de ella. Llevaba un bastón en la mano y, cuando hubo atravesado la oscuridad de la vieja puerta, se apoyó en él, miró

atrás —directamente, al parecer, hacia donde ella estaba— e hizo una señal.

¿A ella? ¡Ah, no, gracias a Dios, no a ella! Pues, mientras estaba allí, muerta de miedo, sin saber si gritar para pedir ayuda o abandonar el escondite y salir corriendo, antes de que el enano pudiera acercársele, vio salir del arco a otra figura, un mozo que llevaba a cuestas un baúl.

—¡Más deprisa, bribón! —gritó Quilp, mirando a la vieja puerta; a la luz de la luna, parecía una estatua monstruosa fuera del nicho para echar un último vistazo a su vieja casa—. ¡Más deprisa!

—Es un baúl muy pesado, señor —protestó el muchacho—. Mire que ya voy bastante deprisa, dese cuenta.

—¿Que me dé cuenta de que vas deprisa? —replicó Quilp—. Te vas arrastrando a la velocidad de un reptil, bribón; mides la distancia como un gusano. Escucha el reloj: la media.

Tras detenerse a escuchar, se volvió hacia el muchacho de una manera tan repentina y feroz que lo hizo estremecerse y le preguntó a qué hora pasaba el coche de Londres por la curva de la carretera. El muchacho le contestó que a la una.

—¡Más deprisa, entonces! —le conminó Quilp. De lo contrario, no voy a llegar a tiempo. Más deprisa, ¿me oyes? Más deprisa.

El mozo aceleró el paso todo lo que pudo y Quilp siguió delante, volviéndose constantemente para amenazarlo y pedirle que fuera más deprisa. Nell no se atrevió a moverse hasta que dejó de oírlos; entonces salió corriendo hasta donde había dejado a su abuelo, convencida de que la simple proximidad del enano lo habría llenado de alarma y terror. Pero lo vio profundamente dormido, y se retiró sin hacer ruido.

Al ir a la cama, decidió no contar nada de aquella aventura, ya que, fuera cual fuera el motivo por el que el enano se hallaba allí (ella temía que se debiese a que había ido buscarlos), estaba claro, por su pregunta sobre el coche de Londres, que regresaba a la gran ciudad, y, como ya habría hecho sus pesquisas aquí, era razonable suponer que el lugar les ofrecía más seguridad que cualquier otro. Estas reflexiones no lograron disipar su alarma, pues se había asustado demasiado para poder estar serena; sentía como si la hubiera acosado una legión entera de Quilps, y el aire mismo estuviera plagado de ellos.

La señora Jarley, delicia de la grande y pequeña nobleza y favorita de la familia real, por algún método de contracción conocido sólo por ella se había introducido en su cama ambulante, donde roncaba pacíficamente mientras su gran sombrero, cuidadosamente dejado sobre el tambor, revelaba sus glorias a

la luz de una lamparilla que colgaba del techo. La cama de la niña ya estaba hecha en el suelo. Al acostarse, le produjo un gran alivio oír que retiraban la escalerilla de la puerta: toda comunicación entre cualquier extraño y la aldaba de metal quedaba por este expediente eficazmente cortada. Asimismo, por ciertos sonidos guturales que de vez en cuando ascendían por el piso de la caravana, y un frufurú de paja añadido, concluyó que el cochero se había acostado en el suelo, lo que contribuyó a reforzar su sensación de seguridad.

A pesar de estas protecciones, tuvo un sueño bastante agitado toda la noche: temía que Quilp tuviera algo que ver con el museo de cera, o que él mismo fuese una figura de cera, o que se tratase de la señora Jarley convertida en figura de cera; o él mismo, la señora Jarley, una figura de cera y un organillo todos en uno, pero tampoco ninguno de estos. Finalmente, cuando empezó a despuntar la aurora, le sobrevino ese profundo sueño que sucede al cansancio y al exceso de vigilancia, y que no tiene conciencia de ninguna otra cosa que no sea una abrumadora e irresistible sensación de placer.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

El sueño mantuvo cerrados los párpados de la niña tanto tiempo que, cuando los abrió, la señora Jarley Ya estaba tocada con su gran sombrero y activamente ocupada en la preparación del desayuno. Recibió con buen humor las disculpas que le presentó Nell por haberse despertado tan tarde y le dijo que no se preocupara, que podía haberse levantado a las doce del mediodía si hubiera querido.

—¿Por qué no, si te sienta bien? —apostilló la dueña de la caravana. Cuando estás cansada, lo mejor es dormir todo lo que puedas; así te despiertas como nueva. Esta es otra bendición de los jóvenes: poder dormir profundamente.

—¿No ha dormido bien, señora? —preguntó Nell.

—Raras veces duermo bien, pequeña —replicó la señora Jarley con aire de mártir—. A veces me pregunto cómo podré soportarlo.

Al recordar los ronquidos provenientes del compartimento donde la propietaria del museo de cera había pasado la noche, Nell pensó que tal vez había soñado que estaba despierta. Pero le dijo que sentía mucho oír eso sobre su estado de salud y se sentó a desayunar con ella y su abuelo. Terminada la colación, ayudó a lavar las tazas y los platos y a colocarlos en su sitio; realizadas estas tareas domésticas, la señora Jarley se puso un chal muy elegante, pues quería pasear por las calles de la ciudad.

—La caravana seguirá detrás, con las cajas —explicó la señora Jarley a Nell—. Mejor tú te quedas aquí, pequeña. Yo estoy obligada a pasear, muy a mi pesar; la gente espera eso de mí, y las personas públicas no son sus propios amos en asuntos de esta índole. ¿Qué aspecto tengo, pequeña?

Nell dio una respuesta satisfactoria a la señora Jarley, la cual, tras prender numerosos alfileres en distintas partes de su figura, y tras varios intentos fallidos por verse la espalda entera, se declaró finalmente satisfecha de su aspecto y se alejó con paso majestuoso.

La caravana la seguía a poca distancia, dando tumbos sobre el empedrado. Nell iba mirando por la ventana, curiosa por saber en qué lugar estaban exactamente, y a la vez con miedo de encontrar en cualquier esquina la abominable cara de Quilp. Era una población bastante grande, con una plaza abierta que atravesaron despacio y que presidía el Ayuntamiento, con torre de reloj y veleta. Había casas de piedra, casas de ladrillo rojo, casas de ladrillo amarillo, casas de listones y yeso, y casas de madera, muchas de las cuales eran muy viejas, con gárgolas en la punta de las vigas que miraban a la calle. Estas últimas tenían ventanas muy pequeñas, casi sin luz, y puertas arqueadas, y, en las calles más estrechas, el tejado sobresalía hasta cubrir la acera. Las calles, limpias y muy soleadas, estaban vacías y daban sensación de aburrimiento. Unos cuantos ociosos holgaban a la puerta de dos albergues, en la plaza del mercado vacía y a la puerta de las tiendas, y algunos viejos dormitaban en sillas a la sombra de un asilo. Pero apenas se veía a nadie que pareciera dispuesto a ir a alguna parte o con algún objetivo in mente; y, si por casualidad había alguien, el eco de sus pisadas en la acera caliente y brillante apenas duraba unos minutos. Nada parecía funcionar, salvo los relojes, y estos tenían unas caras tan somnolientas, unas manecillas tan pesadas y perezosas, y una voz tan cascada que seguramente también iban con retraso. Todos los perros parecían asimismo dormidos, y las moscas, borrachas del jarabe de la tienda de alimentación y olvidadas de sus alas y de su vivacidad, se cocían en los polvorientos rincones de las ventanas.

Con su característico ruido, la caravana se detuvo en el lugar de la exposición, donde Nell se apeó en medio de un grupo de niños curiosos, que evidentemente a ella la suponían un importante elemento del espectáculo y a su abuelo una ingeniosa figura de cera. Las cajas fueron sacadas con la mayor prontitud posible y llevadas dentro para que las abriera la señora Jarley, quien, asistida por George y otro hombre con calzones de fieltro y sombrero grisáceo adornado con billetes de entrada, esperaba para disponer de su contenido (que consistía en festones rojos y otros muebles ornamentales) con vistas a la mejor decoración de la sala.

Se pusieron manos a la obra sin perder tiempo, pues había mucha faena. Como la magnífica colección se hallaba aún envuelta en lienzos —para que el

insidioso polvo no hiriera la tez de los personajes—, Nell ayudó diligentemente en el embellecimiento de la sala, al que su abuelo contribuyó también lo mejor que pudo. Como los dos hombres eran diestros en el oficio, el trabajo cundió mucho. Entretanto, la señora Jarley les servía clavos de una bolsa de lino —como de cobrador de peaje— que se ponía para la ocasión mientras daba ánimos a todos.

En esto, apareció por la puerta sonriendo afablemente un caballero muy alto, de nariz aguileña y pelo negro, con un abrigo militar muy corto y ajustado en las mangas —en otro tiempo adornado con pasamane ría y alamares, y ahora tristemente desprovisto de toda guarnición y completamente raído—, unos viejos pantalones grises también excesivamente ajustados y dos esarpines ya en el invierno de su existencia. Como la señora Jarley le daba la espalda, el caballero de aire militar agitó el índice indicando a los presentes que no la advirtieran de su presencia y, acercándose a ella por detrás, le dio una palmadita en el cuello, gritando jocosamente:

—¡Buuu!

—¡Caramba, el señor Slum! —exclamó la dueña del museo—. ¡Santo cielo! ¡Quién iba a esperar encontrarlo aquí!

—Por mi alma y mi honor —respondió el señor Slum—, qué buena observación. Por mi alma y mi honor, qué sabia observación. ¡Quién lo iba a esperar! ¡George, mi preciado amigo! ¿Qué tal está?

George recibió este saludo con arisca indiferencia, observando que de salud estaba bastante bien, pero sin dejar de martillar tenazmente.

—He venido... —declaró el caballero, volviéndose a la señora Jarley—. Por mi alma y mi honor, que apenas sé por qué he venido. Sería muy complicado explicarlo, ¡pardiez! Buscaba un poco de inspiración, de refrigerio, cambiar un poco de ideas y, por mi alma y mi honor —agregó el caballero de aspecto militar, interrumpiéndose y mirando alrededor de la sala —, ¡qué diabólicamente clásico es esto! ¡Pardiez, es completamente minerviano!

—Quedará muy bien cuando esté terminado —precisó la señora Jarley.

—¡Muy bien! —convino el señor Slum—. ¿Me creerá si le digo que la mayor delicia de mi vida es haberme aficionado a la poesía, y pensar que he ejercitado mi pluma en este tema tan encantador? Por cierto, ¿algún pedido?, ¿alguna cosita que pueda hacer por usted?

—Tengo muchos gastos, señor —contestó la señora Jarley—, y además no creo que sirva de mucho.

—¡Shhh! ¡No, no! —replicó el señor Slum, elevando la mano—. Nada de

bromas. No quiero oír hablar de eso. No diga que no serviría de mucho. No diga eso. Yo sé bien lo que me digo.

—No creo que sirva de mucho —insistió la señora Jarley.

—¡Ja, ja! —rió el señor Slum—. Usted cede, usted se vuelve razonable. Pregunte a los perfumistas, pregunte a los fabricantes de betún, pregunte a los sombrereros, pregunte a los viejos loteros, pregunte a cualquiera qué les ha reportado mi poesía y, repare en mis palabras, cada cual bendecirá el nombre de Slum. Si es un hombre honrado, elevará los ojos al cielo y bendecirá el nombre de Slum, repare en mis palabras. ¿Conoce usted la abadía de Westminster, señora Jarley?

—Sí, claro.

—Entonces, por mi alma y mi honor, señora, encontrará en el recodo de una triste columna llamado el Rincón de los Poetas unos nombres menos célebres que el de Slum —declaró el caballero, dándose expresiva mente un golpecito en la frente como para indicar que había una pizca de cerebro detrás—. Tengo algo aquí dentro —prosiguió, quitándose el sombrero, que estaba lleno de trozos de papel—, algo aquí dentro escrito en un momento de inspiración, que yo diría es exactamente lo que se necesita para prender fuego a la ciudad. Es un, acróstico con el nombre de Warren; y la idea es adaptable, parece concebida expresamente para Jarley. Tome este acróstico.

—Supongo que es muy caro —señaló la señora Jarley.

—Cinco chelines —respondió el señor Slum, usando el lápiz como palillo de dientes—. Más barato que cualquier composición en prosa.

—Yo no podría dar más de tres —repuso la señora Jarley.

—Más seis peniques —sugirió Slum—. Vamos. Tres chelines y seis peniques.

La señora Jarley no estaba hecha a prueba de bomba contra la manera insinuante del poeta, y el señor Slum apuntó en un pequeño cuaderno la cantidad de tres chelines y seis peniques. Acto seguido se retiró para modificar el acróstico, no sin antes despedirse muy atentamente de su madrina y de prometer volver tan pronto como pudiera con una copia en limpio para el impresor.

Como su presencia no había interferido ni interrumpido los preparativos, estos se hallaban muy avanzados después de su partida. Cuando los festones estuvieron dispuestos con el mayor gusto posible, se procedió a descubrir la magnífica colección. Y entonces, sobre una plataforma a unos dos pies del suelo, alrededor de toda la sala y separada del rudo público por una cuerda carmesí a la altura del pecho, aparecieron diversas efigies de personajes

célebres, solos o en grupos, ataviados con trajes relucientes, de varios climas y épocas, y erguidos más o menos establemente sobre sus piernas, con los ojos bien abiertos, las cavidades nasales hinchadas, los músculos de las piernas y brazos muy marcados, y el semblante expresando gran sorpresa. Los caballeros tenían el pecho sacado y muy azulada la zona de la barba; las damas tenían talles milagrosos; y tanto las damas como los caballeros miraban fijamente a ninguna parte, miraban con extraordinaria seriedad a la nada.

Una vez que Nell hubo salido de su asombro, de su éxtasis ante tan gloriosa visión, la señora Jarley ordenó a todos que salieran para hablar con ella a solas. Sentada en un sillón en el centro, la señora Jarley invistió formalmente a Nell con una varita de sauce que usaba para señalar a los personajes, y se empleó a fondo en instruirla en su nuevo cometido.

—Esa —indicó la señora Jarley en el tono en que se dirigía al público mientras Nell tocaba una figura de la plataforma— es una desdichada dama de honor de la época de la reina Isabel, que se pinchó mortalmente un dedo por haber trabajado en domingo. Se puede ver la sangre que le baja por el dedo, así como la aguja de oro con la que trabajaba.

Nell repetía todo esto dos o tres veces, señalando el dedo y la aguja en el momento justo, para después pasar a la figura siguiente.

—Y este, damas y caballeros —prosiguió la señora Jarley—, es Jasper Packlemerton, de atroz recuerdo, quien cortejó y se casó con catorce viudas y las destruyó a todas haciéndoles cosquillas en las plantas de los pies cuando dormían en la seguridad e inocencia de su virtud. Preguntado en el cadalso si se arrepentía de lo que había hecho, respondió que sí, que se arrepentía de haberlas matado con una muerte tan suave y que esperaba que todos los maridos cristianos le perdonaran su delito; que aquello sirviera de advertencia a las jóvenes damas para que se mostraran exigentes en cuanto al carácter de los caballeros que elegían. Obsérvese que sus dedos están curvos, como listos para hacer cosquillas, y que en su cara se aprecia un guiño, el mismo que hacía cuando cometía sus bárbaros asesinatos.

Cuando Nell aprendió todo sobre el señor Packlemerton y pudo recitarlo sin titubear, la señora Jarley pasó al hombre gordo, al hombre delgado, al hombre alto, al hombre bajo, a la anciana que murió bailando con ciento treinta años, al niño salvaje de los bosques, a la mujer que envenenó a catorce familias con nueces en salmuera y a otros personajes históricos e interesantes, pero descarriados. Nell aprovechó tan bien sus instrucciones y las memorizó con tanta precisión, que al cabo de dos horas ya se conocía al dedillo la historia de toda la colección y estaba perfectamente preparada, pues, para ilustrar a los visitantes.

La señora Jarley no tardó en expresar su admiración por el feliz resultado y

llevó a su joven amiga y aprendiz a inspeccionar el resto del ordenamiento interno, en virtud del cual el pasillo se había convertido en una especie de galería verde decorada con una inscripción que ella ya había visto (obra del señor Slum) y se había colocado en la misma entrada una mesa muy adornada que estaría presidida por la señora Jarley, donde esta se encargaría de cobrar la entrada en compañía de Su Majestad el rey Jorge III, el payaso Grimaldi, la reina María de Escocia, un anónimo caballero de confesión cuáquera y el señor Pitt, que sostenía una impecable copia del proyecto de ley sobre la tasa a las ventanas. También se cuidaron los preparativos de la entrada: una monja muy atractiva recitaba el rosario en el pequeño pórtico junto a la puerta y un bandido de pelo negrísimo y tez clarísima se paseaba por la ciudad a bordo de un carruaje con el retrato de una dama en la mano.

Ya no quedaba más que repartir juiciosamente las composiciones del señor Slum, hacer llegar sus patéticas efusiones a las casas privadas y a los comercios, y que la parodia que comenzaba con «Si yo tuviera un burro» se difundiera por las tabernas y circulara entre los escribanos de los abogados y otros espíritus distinguidos del lugar. Cuando se hizo todo esto y la señora Jarley hubo visitado en persona los internados con un folleto compuesto expresamente para ellos donde se dejaba perfectamente claro que las figuras de cera pulían la mente, cultivaban el gusto y ampliaban el alcance de la comprensión humana, nuestra infatigable dama se sentó a comer y a beber de la sospechosa botella y brindó por la campaña que iba a comenzar.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Incuestionablemente, la señora Jarley tenía un carácter inventivo. Entre sus diversos métodos para atraer visitantes, no se olvidó de la pequeña Nell. La carreta en la que el bandolero daba sus paseos fue decorada con banderas y gallardetes, con el bandolero dentro contemplando la miniatura de su amada, y Nell sentada a su lado, adornada con flores artificiales. Y de este ceremonioso modo, acompañada de un tambor y una trompeta, recorría la ciudad todas las mañanas repartiendo los volatines que llevaba en una cesta. La belleza de la niña, unida a su gentil y delicado porte, produjo una gran sensación en aquella ciudad de provincias. El bandolero, hasta entonces fuente de exclusivo interés, pasó a un segundo plano, mero sucedáneo de un espectáculo del que ella constituía la principal atracción. Los adultos empezaron a interesarse por aquella joven de ojos brillantes, y algunos mozos se enamoraron perdidamente y, cuando salía del museo de cera, le lanzaban a los pies envoltorios llenos de nueces y manzanas con una nota redactada en perfecta caligrafía.

Esta óptima impresión no pasó desapercibida a la señora Jarley, la cual, temerosa de que Nell se devaluara por exceso de exposición, mandó al bandolero a pasear solo de nuevo, guardándola a ella en el museo, donde se dedicaba a describir las figuras cada media hora, para satisfacción del público admirador. Un público también de calidad, pues incluía varios pensionados de señoritas, para los que la señora Jarley se había desempeñado de manera especial; había modificado la cara y el atuendo del payaso Grimaldi para que representara, al señor Lindley Murray en trance de componer su gramática inglesa, y había convertido a una asesina de renombre en la señora Hannah More; el gran parecido de estas fue debidamente reconocido por la señorita Monflathers, directora del principal internado de la ciudad, que tuvo la condescendencia de realizar una visita privada acompañada de ocho selectas señoritas, que quedaron asimismo sorprendidas del consumado parecido. El señor Pitt, con gorro y bata de noche, pero sin botas, representaba al poeta Cowper con perfecta exactitud; y la reina María de Escocia, con su peluca negra, cuello de camisa blanco y traje de hombre, era una imagen tan exacta de lord Byron que las señoritas se maravillaron al verlo. Sin embargo, la señorita Monflathers reprimió su entusiasmo y aprovechó para reprender a la señora Jarley por no ser más cauta en la selección de las figuras; así, señaló que su señoría había expresado ciertas opiniones completamente incompatibles con el honor de un museo de cera, y añadió algo relacionado con el respeto debido a la Iglesia, que la señora Jarley no comprendió.

Aunque Nell trabajaba mucho, la dueña de la caravana le parecía una persona muy amable y atenta, que no sólo se preocupaba de su propia comodidad, sino también de la de cuantos la rodeaban; esto último, debe observarse, más raro e inusual que lo primero, incluso en personas que viven en lugares más elegantes que una caravana, y de ningún modo lo segundo consecuencia necesaria de lo primero. Como la popularidad de Nell le valía muchas propinas de las que su patrona no cobraba ningún tributo, y como su abuelo se sentía bien tratado y útil, no tenía ningún motivo de preocupación, salvo el que le producía el recuerdo de Quilp, y su temor a que este volviera un día y se encontraran de repente.

Quilp era, en efecto, una verdadera pesadilla para la niña, que se sentía constantemente acosada por la visión de su cara fea y su figura contrahecha. Para su mayor seguridad y la de su abuelo, ella dormía en la sala de las figuras de cera, y nunca se acostaba sin torturarse —no podía remediarlo— imaginando, en alguna de las caras espectrales, un parecido especial con el enano; fantasía que llegaba al punto de creer que él había retirado la figura y se había metido en su ropa. Entonces veía muchas de las figuras con los mismos ojos vidriosos, y las que rodeaban su cama parecían seres tan vivos, aunque tan distintos en su lúgubre inmovilidad y silencio, que la invadía una especie de terror y, a menudo, después de acostarse, se veía obligada a

levantarse y encender una vela o ir a sentarse junto a la ventana abierta, donde se sentía acompañada por el brillo de las estrellas. En tales ocasiones, se acordaba de la vieja casa y de la ventana a la que solía sentarse sola; y también del pobre Kit y de lo amable que había sido con ella, hasta que la cara se le inundaba de lágrimas y esbozaba al mismo tiempo una sonrisa.

A menudo, en esta hora silenciosa y atormentada, sus pensamientos volvían a su abuelo, y se preguntaba cuántas cosas recordaría él de su antigua vida y si alguna vez se preocuparía del nuevo tipo de vida que llevaba y de su desvalimiento e indigencia. Cuando vagaban por los caminos, ella raras veces pensaba en esto, pero ahora no podía dejar de pensar en lo que sería de ellos si él caía enfermo o si a ella le faltaban las fuerzas. Él parecía paciente, voluntarioso y contento de poder ayudar en lo que fuese. Pero seguía mostrándose apático, sin hacer ninguna propuesta: era como un niño, una pobre criatura sin pensamientos, un anciano amable e inocuo, capaz de sentir amor tierno y consideración por ella, así como de impresiones agradables y dolorosas; pero nada más. Le daba pena cuando lo veía sentado, indolente, a su lado —sonriendo y asintiendo cuando ella miraba alrededor— o acariciar a algún niño y llevarlo de paseo durante horas, perplejo ante sus preguntas sencillas, y a la vez paciente a causa de su debilidad, consciente de esta y casi humillado de mostrarse así delante de un niño pequeño. Le, daba tanta pena que rompía a llorar y entonces se retiraba a algún lugar secreto, caía de rodillas y rezaba para que se pusiera de nuevo bien.

Pero aunque le daba pena verlo así, al menos lo veía contento y, pese a que su estado se hallaba alterado, y ello constituía una dura prueba para un corazón tan joven como el suyo, hay que decir que la pena más profunda y más grave estaba aún por llegar.

Una tarde, una tarde que tenían libre, Nell y su abuelo salieron a dar un paseo. Llevaban varios días sin salir y, como el tiempo era bueno, recorrieron un buen trecho. Fuera de la ciudad, enfilaron un sendero que atravesaba algunos campos floridos, convencidos de que desembocaría en la carretera que habían dejado y podrían volver fácilmente por el mismo camino. Sin embargo, el camino se alargaba más de lo previsto y se vieron tentados a seguir hasta la puesta de sol, momento en que llegaron a la carretera que buscaban y se detuvieron a descansar.

El cielo se había ido cubriendo poco a poco y estaba oscuro y encapotado, salvo donde la gloria del sol poniente acumulaba unas masas doradas y llameantes, cuyas ascuas caían aquí y allí a través del velo negro y dejaban manchas carmesíes sobre la tierra. El viento gemía con murmullos cada vez más sordos conforme el sol se ponía, llevándose su alegre luz a otras regiones; y un tren de nubes grises se iba acercando, amenazando tormenta. Grandes gotas de lluvia empezaron a caer y, cuando pasaban unos nubarrones, otros

venían a ocupar el vacío y se extendían por el cielo. Entonces redobló un trueno distante, un relámpago zigzagueó y toda la oscuridad de una hora pareció concentrarse en un instante.

Temerosos de cobijarse bajo un árbol o una valla, el anciano y la niña aceleraron el paso carretera adelante, esperando encontrar alguna casa en la que poder resguardarse de la tormenta, que ya estaba en pleno auge y cada vez era más violenta. Empapados por la lluvia torrencial, confundidos por los truenos ensordecedores y asustados por el brillo del relámpago zigzagueante, habrían pasado de largo de una casa solitaria, sin verla, si un hombre que estaba a la puerta no los hubiera llamado a voces para que entraran.

—Sus oídos deben de ser mejores que los de otras personas, desde luego, si le dan tan poca importancia a la posibilidad de quedarse ciegos —articuló mientras se retiraba de la puerta y se tapaba los ojos con las manos para que no lo deslumbrara un nuevo relámpago—. ¿Por qué pasaban de largo, eh? —añadió mientras cerraba la puerta y los conducía por un pasillo hasta el salón.

—No vimos la casa, señor, hasta que no le oímos a usted —respondió Nell.

—No me extraña —convino el hombre—, estos relámpagos te dejan cegado. Les convendría arrimarse al fuego y secarse. Pueden pedir lo que quieran si necesitan algo. Si no necesitan nada, no están obligados a tomar nada. No se sientan cohibidos. Después de todo, esto es un albergue. El Valiant Soldier es muy conocido en toda la comarca.

—¿Se llama el Valiant Soldier, señor? —preguntó Nell.

—Creí que todo el mundo lo conocía —respondió el dueño—. ¿De dónde han salido que no conocen el Valiant Soldier? Este es el Valiant Soldier, de James Groves, o Jem Groves, el honrado Jem Groves, hombre de intachable moralidad, que tiene una buena bolera que no se moja. Si algún hombre tuviera algo que decir contra Jem Groves, que se lo diga al propio Jem Groves, y Jem Groves le apostará el dinero que quiera y se lo ganará.

Con estas palabras, el hombre se dio una palmadita en el chaleco para proclamar que él era ese Jem Groves tan excelsamente elogiado, abofeteó —pero con cuidado— el retrato de Jem Groves, que abofeteaba a su vez a la sociedad en general desde un marco negro sobre la repisa de la chimenea, y, llevándose a los labios un vaso con licor y agua, lo bebió a la salud de Jem Groves.

Como la noche era templada, se había colocado una mampara para dividir la habitación a modo de barrera contra el calor de la chimenea. Parecía como si alguien al otro lado de la mampara hubiera expresado alguna duda sobre las proezas del señor Groves, dando con ello origen a estas proclamas autoidólatras, pues el señor Groves dio por terminado su desafío propinando

con los nudillos un fuerte golpe en ella y haciendo una pausa en espera de respuesta al otro lado.

—No hay nadie —informó el señor Groves—, nadie responde. ¿Quién se aventuraría a insultar a Jem Groves bajo su propio techo? Sólo hay un hombre, lo sé bien, con suficiente valor para ello, y ese hombre vive a más de ciento sesenta kilómetros de aquí. Un hombre que vale por una docena, y por eso le dejo decir de mí lo que se le antoje. Él lo sabe.

En respuesta a este cumplido, una voz ronca respondió al señor Groves: «Deja de hacer ruido y enciende una vela». Y la misma voz observó a continuación: «No necesitas perder saliva en bravatas, pues la mayoría de la gente sabe de sobra de qué pasta estás hecho».

—Nell, ahí están... ahí están jugando a las cartas —susurró el anciano, repentinamente interesado—. ¿No los oyes?

—¡Date prisa con la vela! —gritó la voz—. Apenas logro ver los palos de la baraja con esta luz. Y cierra los postigos cuanto antes, ¿quieres? Tu cerveza sabrá peor con tanto trueno. ¡Gané! Setenta y seis peniques para acá, viejo Isaac. Se acabó esta mano.

—¿No los oyes, Nell, no los oyes? —susurró el anciano de nuevo con mayor seriedad mientras las monedas resonaban en la mesa.

—No había visto una tormenta igual —expresó una voz cascada y muy desagradable cuando remitió el redoble de un trueno tremendo— desde la noche en que el viejo Luke Withers ganó trece veces seguidas jugando al rojo. Todos dijimos que había sido cosa del diablo, y como la noche era ideal para que el diablo anduviera por ahí de negocios, supongo que si alguien hubiera podido verlo, lo habría sorprendido mirando por encima de los hombros.

—¡Ah! —repuso la voz ronca—, mucho o poco, el viejo Luke no ha dejado de ganar en los últimos años. Pero recuerdo cuando era el más infeliz y desafortunado de los hombres. Nunca jugaba a los dados o a las cartas sin que lo dejaran más pelado que a un pavo en Nochebuena.

—¿Oyes lo que dice? —susurró el anciano—. ¿Oyes eso, Nell?

La niña vio con asombro y alarma que el aspecto de su abuelo había sufrido un cambio repentino. Tenía la cara roja de avaricia, los ojos tensos, los dientes entrechocados y el aliento entrecortado, y la mano que reposaba en su hombro temblaba tan violentamente que también ella se puso a temblar.

—¡Tú eres testigo —musitó el abuelo, mirando hacia el techo— de que yo lo decía, lo sabía, soñaba con ello, sentía que era verdad y qué debía ser así! ¿Cuánto dinero tenemos, Nell? ¡Vamos! Ayer te vi con dinero. ¿Cuánto dinero tenemos? ¡Dámelo!

—No, no, deje que yo lo guarde, abuelo —suplicó la niña, asustada—. Vámonos de aquí. No importa la lluvia. Por favor, vámonos.

—¡Dámelo, he dicho! —insistió el anciano con tono temible—. Vamos, vamos, no llores, Nell. Si he hablado duramente, cariño, no ha sido mi intención. Es por tu bien. Yo te he hecho mucho daño, Nell, pero ahora lo voy a reparar, te lo aseguro. ¿Dónde está el dinero?

—No lo coja —rogó la niña—. Por favor, no lo coja, abuelito. Por el bien de los dos, deje que lo guarde yo, o que lo arroje lejos. Mejor arrojarlo lejos que dárselo a usted ahora. Vámonos de aquí. Vámonos.

—¡Dame el dinero! —reiteró el anciano—. Debo tenerlo yo. ¡Ah, mi querida Nell! Te compensaré un día, mi niña. Te compensaré, no temas.

Nell sacó del bolsillo una bolsita. El anciano la cogió con la misma impaciencia con que estaba hablando y se dirigió rápidamente al otro lado de la mampara. La niña, que no había podido detenerlo, sufrió un nuevo ataque de temblor.

El dueño había colocado una vela sobre la mesa y estaba corriendo la cortina de la ventana. Los dos hombres a los que habían oído hablar tenían una baraja y algo de dinero sobre la mesa, y en la misma mampara anotaban con tiza el resultado de las partidas. El hombre de la voz ronca era un tipo fornido de mediana edad, bigote grande y negro, mofletes, boca gruesa y cuello de toro, que tenía casi completamente al aire, pues sólo lo cubría un pequeño pañuelo rojo. Tenía puesto el sombrero, que era de color marrón claro, y a un lado reposaba una garrota nudosa. El otro hombre, a quien su compañero había llamado Isaac, era de complexión más delgada, cargado de espaldas, de cara muy poco favorecida y con un estrabismo de lo más siniestro e intimidante.

—Oiga, señor —protestó Isaac, levantando los ojos—, ¿acaso nos conoce a alguno de los dos? Este lado de la mampara es privado, señor.

—Espero no causarles ninguna molestia —respondió el anciano.

—Pardiez, pues sí molesta, señor mío —expresó el otro sin dejarle terminar—, pues está interrumpiendo a dos caballeros que se encuentran muy ocupados.

—Yo no tenía ninguna intención de ofender —repuso el anciano, mirando con ansiedad las cartas—. Yo pensaba que...

—Pues no tenía derecho a pensar, señor —cortó el otro—. ¿Qué diablos tiene que pensar un hombre de su edad?

—¡Alto ahí, bravucón! —le reconvino el hombre fornido, levantando los ojos de las cartas por primera vez—, ¿quieres dejarme hablar?

El dueño, que sin duda había resuelto permanecer neutral hasta saber qué partido tomaría el hombre fornido, metió baza y dijo:

—¡Vaya, no sé por qué te empeñas en no dejarlo hablar, Isaac List!

—¿Que yo me empeño en no dejarlo hablar? —protestó Isaac con su voz estridente, remedando burlescamente las palabras del dueño—. Claro que puedo dejarlo hablar, Jemmy Groves.

—Bien, déjalo hablar entonces —insistió el dueño.

El estrabismo del señor List había empezado a asumir un carácter ominoso, amenazando con prolongar la controversia, cuando su compañero, que había estado observando atentamente al anciano, le puso un oportuno freno.

—¡Quién sabe...! —expresó con mirada pícar—. Puede que el caballero sólo quisiera preguntar educadamente si podía tener el honor de echar una partida con nosotros...

—¡Eso quería yo decir precisamente! —exclamó el anciano—. Eso es lo que quería. ¡Eso es lo que quiero ahora!

—Eso había supuesto yo —confirmó el mismo de antes—. Así que quién sabe si el caballero, adivinando nuestra objeción a jugar sin arriesgar nada, desee jugar educadamente con dinero.

El anciano contestó agitando la bolsita con mano febril, posándola sobre la mesa y recogiendo las cartas cual avaro que agarra una bolsa con oro.

—¡Ah, bueno! —exclamó Isaac—. Si eso es lo que quería decir el caballero, le pido disculpas. ¿Es esta la bolsa del caballero? Una bolsita muy cuca, desde luego. Algo ligera —añadió lanzándola al aire y recogéndola hábilmente—, pero suficiente para distraer a un caballero durante media hora aproximadamente.

—Echaremos una partida a cuatro, en la que participará también Groves —decidió el hombre fornido—. Vamos, Jemmy.

El dueño, bien habituado a este tipo de situaciones, se acercó a la mesa y tomó asiento. La acongojada niña llevó a su abuelo a un lado y le imploró nuevamente que se alejara de allí:

—Vámonos, que podríamos ser muy felices —expresó la niña.

—No podríamos, seremos muy felices —corrigió el anciano rápidamente—. Déjame jugar, Nell. El camino de la felicidad pasa por las cartas y los dados. Debemos ir progresando de estas pequeñas ganancias a otras más grandes. Hay poco que ganar aquí; pero la gran ganancia vendrá con el tiempo. Sólo voy a recuperar lo mío, que es para ti, cariño.

—¡Que Dios nos proteja! —exclamó la niña—. ¡Ay, qué mala fortuna nos ha traído aquí!

—¡Chitón! —replicó el anciano, poniéndole la mano en la boca—. La fortuna no soporta reproches. No debemos reprocharle nada, o nos rehuirá. Es algo que he aprendido por experiencia.

—¡Bueno, maestro! —exclamó el hombre fornido—. Si no va a venir, denos las cartas, ¿quiere?

—Ya voy —contestó el anciano—. Siéntate aquí, Nell, siéntate a mirar. Sé buena chica, es todo para ti, todo, hasta el último penique. Yo no se lo diré a ellos, no, no, pues entonces no jugarían temiendo que la suerte apoyara mi buena causa. Míralos. Mira lo que son ellos y lo que eres tú. ¿Quién duda de que debemos ganar?

—¡Vaya, parece que el caballero se lo ha pensado mejor y no vendrá! —exclamó Isaac, haciendo amago de levantarse de la mesa—. Siento que el caballero se haya echado atrás; ya se sabe: quien no arriesga, no pesca. Pero el caballero sabrá lo que hace.

—¡Cómo que no iré! Estoy preparado. Ninguno de ustedes está más preparado que yo —declaró el anciano—. Me gustaría saber quién tiene más ganas de empezar que yo.

La niña se sentó a un lado y observó el desarrollo del juego con la mente turbada. Indiferente a los caprichos de la suerte y pensando sólo en la descontrolada pasión que se había apoderado de su abuelo, le daba igual ganar que perder. Exultante por algún breve triunfo o abatido por un descalabro, allí estaba su abuelo, hasta tal punto fuera de sí, inquieto, enfebrecido, ansioso, hambriento del miserable dinero, que casi habría tolerado antes verlo muerto. Sin embargo, ella era la causa inocente de toda aquella tortura. Su abuelo, con una sed de ganar que no había tenido nunca ni el jugador más insaciable, no se movía por un objetivo egoísta...

Por su parte, los otros tres —truhanes y tahúres de oficio— parecían fríos y tranquilos, absortos en el juego, como si todas las virtudes se hubieran dado cita en sus pechos. A veces, uno alzaba la vista para sonreír a otro, o mirar la débil vela, o ver un relámpago refulgir a través de la ventana abierta y de la cortina ondeante, o para escuchar algún trueno especialmente fuerte con momentánea impaciencia, como si lo hubiera descentrado. Pero allí seguían, perfectamente indiferentes a todo menos a sus cartas, filósofos en apariencia, con la misma ausencia de pasión y excitación que si estuvieran esculpidos en piedra.

La tormenta rugió furiosamente durante tres horas enteras. Después, los relámpagos se volvieron más débiles y menos frecuentes. Los truenos, que

habían retumbado y estallado sobre sus cabezas, se fueron alejando paulatinamente hasta una hosca distancia. Pero el juego proseguía, con la angustiada niña olvidada en un rincón.

CAPÍTULO TREINTA

Por fin terminó el juego, y el señor Isaac List se erigió como único ganador. Su compañero y el dueño sobrellevaron la derrota con temple profesional. Isaac se embolsó su ganancia como si hubiera sabido desde el principio que iba a ganar, por lo que no se mostró ni sorprendido ni particularmente contento.

La bolsita de Nell se hallaba vacía al lado de su abuelo. Pero, aunque los otros jugadores ya se habían levantado de la mesa, este permaneció en su sitio mirando detenidamente las cartas; de repente, se puso a barajarlas y a repartirlas con el fin de, levantadas de los diferentes montones, ver qué cartas habrían correspondido a cada cual si hubieran seguido jugando. Mientras seguía ocupado y totalmente absorto en aquello, la niña se le acercó, le puso una mano en el hombro y le dijo que ya eran cerca de las doce.

—Mira, Nell, esta es la maldición de la pobreza —se lamentó, señalando las cartas que había extendido sobre la mesa—. Si hubiera podido seguir un poco más, sólo un poco más, la suerte se habría puesto de mi lado. Sí, las cartas lo dejan ver a las claras. Mira aquí, y aquí, y aquí.

—Deja ya las cartas —le pidió la niña—. Intenta olvidarte de ellas.

—¡Intentar olvidarme de ellas! —replicó, levantando su cara demacrada y mirando a la niña con aire de incredulidad—. ¡Olvidarme! ¿Cómo vamos a hacernos ricos si me olvido de ellas?

La niña no pudo hacer otra cosa que sacudir la cabeza.

—No, no, Nell —insistió el anciano, dándole una palmadita en la mejilla—. No debo olvidarme de ellas. Tenemos que recuperar esto lo antes posible. Paciencia, paciencia, y ya verás cómo todavía te hacemos justicia, te lo prometo. Pierdes hoy, ganas mañana. Nada puede ganarse sin zozobra y preocupación. Nada. Vámonos, estoy preparado.

—¿Sabes qué hora es? —preguntó el señor Groves, que estaba fumando con sus amigos—. Las doce y media de la noche.

—Y está lloviendo —añadió el hombre fornido.

—El Valiant Soldier de James Groves tiene buenas camas. Y alojamiento

barato para hombres y animales —proclamó el señor Groves, citando la propaganda de la puerta—. Son ya las doce y media.

—Es muy tarde —asintió la niña con inquietud—. Ojalá nos hubiéramos ido antes. ¡Qué pensarán de nosotros! Serán las dos cuando llegemos. Señor, ¿cuánto nos costaría pasar la noche aquí?

—Dos camas buenas, chelín y medio; cena y cerveza, un chelín. Total, dos chelines y medio —contestó el Valiant Soldier.

Nell, que conservaba todavía la moneda de oro cosida al vestido, pensó, por un lado, en lo tarde que era, en que la señora Jarley solía acostarse pronto y en el susto tan grande que le darían a la buena señora si llamaban a su puerta de madrugada, y, por otro, en que si se quedaban allí y se levantaban por la mañana temprano, podrían volver antes de que ella se despertara y aducir como excusa la tormenta tan terrible que los había sorprendido en medio del camino; y al final, no sin vacilar, decidió, quedarse. Así, se llevó a su abuelo aparte y, tras comunicarle que aún le quedaba suficiente dinero para costear el importe del alojamiento, le propuso que pasaran allí la noche.

—¡Ah, si hubiera tenido antes ese dinero de que me hablas! De haberlo sabido unos minutos antes... —musitó el anciano.

—Hemos decidido quedarnos, si no tiene inconveniente —anunció Nell, volviéndose hacia el dueño.

—Creo que es una decisión muy juiciosa —opinó el señor Groves—. Tendrán la cena dentro de poco.

El señor Groves terminó de fumar su pipa y, tras sacudir las cenizas, la colocó con cuidado en un rincón de la chimenea, con la cazoleta hacia abajo. A continuación trajo pan, queso y cerveza mientras se deshacía en elogios sobre la calidad de sus viandas e invitaba a sus huéspedes a acomodarse y servirse. Nell y su abuelo comieron poco, pues los dos estaban sumidos en profundas reflexiones; en cuanto a los demás presentes, para los cuales la cerveza era un líquido demasiado suave y ligero, se consolaron con licores y tabaco.

Como querían dejar la casa muy temprano por la mañana, la niña insistió en pagar la comida y el alojamiento antes de retirarse a la cama. Pero como quería también ocultarle a su abuelo su pequeño tesoro, y tenía que cambiar la moneda de oro, la sacó en secreto de su escondite y, a la primera oportunidad, siguió al dueño fuera de la sala y se la entregó en el pequeño mostrador.

—¿Puede darme el cambio ahora, por favor? —le pidió la niña.

El señor James Groves, evidentemente sorprendido, miró la moneda, la hizo sonar, observó a la niña y de nuevo la moneda, preguntándose cómo

había llegado ésta a sus manos. Pero como era auténtica y se cambiaría en su casa, creyó que no era competencia de un buen hostelero hacer ulteriores pesquisas. Así pues, contó el cambio y se lo dio a la niña. Mientras esta volvía a la habitación donde habían pasado la tarde, le pareció ver una figura deslizarse cerca de la puerta. Como no había más que un largo y oscuro pasillo entre esta puerta y el lugar donde había cambiado la moneda, y además estaba segurísima de que ninguna persona había entrado o salido mientras ella estaba allí, le entró la sospecha de que la hubieran espiado.

Pero ¿quién? Cuando volvió a la habitación, encontró a sus ocupantes exactamente igual que los había dejado, el tipo fornido ocupando dos sillas, con la cabeza descansando en una mano, y el hombre bizco con una postura parecida en el lado opuesto de la mesa. Entre los dos se hallaba sentado su abuelo, que no dejaba de mirar al ganador con una especie de ávida admiración, suspendido de sus palabras como si lo considerara un ser superior. Nell permaneció unos instantes confundida por la sorpresa y luego miró alrededor para ver si había alguien más. No. Entonces preguntó a su abuelo en voz baja si alguien había salido del salón estando ella ausente. «No —fue la respuesta—. Nadie».

Sería su imaginación, entonces. Sin embargo, qué extraño que, sin ninguna razón, lo hubiera imaginado con tanta claridad. Se hallaba aún preguntándose y pensando en aquello cuando vino una joven con una luz para acompañarla a su habitación.

El anciano se despidió también de los presentes y juntos subieron las escaleras. Era una casa grande, laberíntica, con pasillos sombríos y escaleras amplias que el resplandor de las velas volvía más fantasmales todavía. Dejó a su abuelo en su habitación y siguió a la joven hasta la suya, situada al final del pasillo, a la que se accedía subiendo media docena de escalones crujientes. La habían preparado especialmente para ella. La joven se entretuvo un poquito a charlar y contarle sus penas. No tenía un buen empleo, le confió. El sueldo era bajo, y el trabajo muy duro. Lo dejaría dentro de dos semanas, le aseguró. ¿No sabía de otro sitio que pudiera recomendarle?, le preguntó. Temía que fuera difícil conseguir otro después de haber vivido allí, pues la casa no gozaba de buena fama: se jugaba demasiado a las cartas, más otras cosas por el estilo. Dudaba de que quienes frecuentaban aquel lugar fueran gente honrada, pero por favor que no contara a nadie nada de lo que habían hablado. Después de algunas alusiones incoherentes a un enamorado rechazado, que la había amenazado con alistarse en el ejército, prometió llamar a su puerta por la mañana temprano y se despidió con un «buenas noches».

La niña se sintió preocupada al quedarse sola. No dejaba de pensar en el personaje que se había deslizado por el pasillo de la planta baja; y lo que la joven le había dicho tampoco había contribuido a tranquilizarla. Por su parte,

aquellos hombres parecían tener muy mala catadura. Tal vez vivían de robar y asesinar a viajeros. Quién sabe...

A pesar de sus esfuerzos por creer en lo infundado de sus temores o por olvidarse de ellos unos instantes, no la abandonaba el desasosiego por lo acaecido. En el pecho de su abuelo se había despertado de nuevo la vieja pasión por las cartas, y sólo el cielo sabía de qué ulteriores tentaciones podía ser objeto. Por otra parte, la ausencia de ambos podría haber ocasionado ya un gran revuelo. Incluso podría haber varias personas buscándolos a aquella hora. ¿Serían perdonados a la mañana siguiente o se verían de nuevo en la calle, a la deriva? ¡Ay! ¡Por qué se habrían detenido en aquel lugar tan extraño! Habría sido mejor, sin ningún género de dudas, seguir caminando.

Al final, el sueño se apoderó paulatinamente de ella, un sueño interrumpido, agitado; soñó que se caía de una torre muy alta y se despertó a continuación sobresaltada, aterrorizada. A lo que siguió un sueño profundo, y después... ¿Qué ocurría? ¡Una figura en su habitación!

Allí había una figura. Sí, Nell había subido la persiana para que entrara la luz al amanecer; pero allí, a los pies de la cama y la ventana aún oscura, alguien reptaba y se deslizaba, palpando los objetos sin hacer ruido y rodeando la cama sigilosamente. A Nell le falló la voz para pedir ayuda. No podía moverse. Sólo seguir observando en silencio aquella figura fantasmal.

Esta siguió avanzando silenciosa y sigilosamente hasta la cabecera de la cama. Nell tenía el aliento ya tan cerca que se echó hacia atrás por miedo a que las manos tocasen su cara. La figura se dirigió de nuevo hacia la ventana, y después volvió la cabeza hacia ella.

Aquella masa oscura no era más que una mancha en la parte menos oscura de la habitación; pero Nell percibió una cabeza que se volvía, y sintió y supo que había unos ojos que miraban y unos oídos que escuchaban. La figura permaneció un rato tan inmóvil como ella. Al final, sin apartar la cara de ella, metió las manos en alguna bolsa, y se oyó el ruido de unas monedas.

Luego el fantasma avanzó de nuevo, silencioso y sigiloso como antes, y, colocando en su sitio la ropa que había cogido de la cama, se echó al suelo y se alejó a gatas. ¡Qué despacio se movía ahora que podía oírlo arrastrarse, pero no verlo! El fantasma alcanzó la puerta y se incorporó. Los peldaños crujieron bajo sus pasos; el fantasma había desaparecido.

El primer impulso de la niña fue huir, alejarse del terror que le producía aquella habitación, buscar la compañía de alguien, no estar sola; sólo así podría recuperar el habla. Sin saber cómo, de repente se encontró en la puerta.

Allí estaba la temible sombra, haciendo una pausa en el último peldaño.

Nell no podía adelantarla; habría podido hacerlo aprovechando la oscuridad, pero se le helaba la sangre de sólo pensarlo. La figura se había detenido, y ella también se detuvo; no por osadía, sino por necesidad, pues volver a la habitación era tan espantoso como seguir allí de pie.

La lluvia seguía cayendo con furia, percutiendo contra el tejado de paja. Un insecto de verano, sin poder escapar al exterior, volaba ciegamente de un lado a otro, golpeándose contra las paredes y el techo y llenando el espacio silencioso con su zumbido. La figura se movió de nuevo. La niña hizo lo mismo involuntariamente. Una vez en el cuarto de su abuelo, estaría a salvo.

La figura fue arrastrando los pies a lo largo del pasillo hasta llegar a la puerta que ella tanto ansiaba alcanzar. La niña, al verse tan cerca, estuvo a punto de adelantarla corriendo, entrar en la habitación y cerrarla detrás de ella; pero, en ese instante, la figura se detuvo de nuevo.

De repente le vino una idea: ¿y si la figura entraba también con la intención de matar al anciano? Creyó que, iba a desmayarse. ¡La figura entró! Había luz dentro. La figura estaba ahora en el interior. La niña se quedó mirando, sin voz y casi sin conocimiento.

La puerta se había quedado entreabierta. Sin saber qué haría, pero decidida a impedir que mataran a su abuelo, o a ella misma, se acercó titubeando... y miró.

¿Y qué fue lo que vieron sus ojos?

La cama estaba sin deshacer, lisa y vacía. Y a la mesa estaba sentado el anciano, el único ser vivo allí, contando el dinero que acababa de robarle, la cara pálida y afilada por la avaricia que volvía sus ojos sobrenaturalmente brillantes.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

La niña se retiró de la puerta y volvió a tientas a su cuarto con paso, más vacilante e incierto que antes, cuando se acercó a la habitación de su abuelo. El terror sentido entonces no era nada comparado con el que ahora la oprimía. Ningún ladrón, ningún mesonero pérfido cómplice del robo a sus huéspedes o que se deslizara hasta sus camas para matarlos mientras dormían, ningún merodeador nocturno..., por terribles y crueles que fueran, habrían podido despertar en su pecho la mitad del pavor que le produjo el reconocimiento de su espectral visitante. El anciano de pelo canoso que entraba cual fantasma en su cuarto y le robaba creyéndola profundamente dormida, y luego se llevaba su botín y se inclinaba sobre él con horrible exultación, era peor —

inconmensurablemente peor y mucho más espantoso— que cualquier cosa que su fantasía más desafortunada pudiera columbrar. Podía volver —no había llave ni cerrojo en la puerta—, temiendo haberse dejado algún dinero atrás, para llevárselo también; le producía espanto y horror la idea de que pudiera entrar de nuevo con paso silencioso y volver la cara hacia la cama vacía, mientras ella se agazapaba para rehuir su contacto. Se sentó y aguzó el oído. ¡Qué oía! Unos pasos en las escaleras y la puerta que se abre despacio... 'No: era pura imaginación, pero una imaginación grávida con los terrores de la realidad y, por tanto, mucho peor, pues en la realidad se habría ido corriendo y habría terminado, pero en la imaginación todo venía sin parar y nunca se iba.

Era un terror vago, incierto. Nell no tenía miedo de su querido abuelo, que había contraído aquella enfermedad mental por amor a ella. Pero el hombre al que había visto aquella noche obsesionado por un juego de azar, que había entrado a hurtadillas en su cuarto y había contado el dinero iluminado por una trémula luz, parecía otro ser, la monstruosa distorsión de su imagen, un ser evitable y temible porque era igual que su abuelo y estaba con ella. Apenas podía relacionar a su afectuoso compañero con este anciano, tan parecido y tan distinto. Había llorado antes al verlo tan indolente y silencioso. ¡Cuánto más motivo no tenía ahora para llorar!

Siguió pensando en aquellas cosas hasta que el fantasma se volvió en su mente tan tremebundo y terrorífico que creyó que sería un alivio oír la voz del anciano o, si estaba dormido, simplemente contemplarlo y espantar así los terrores asociados a su imagen. Bajó sigilosamente las escaleras y enfiló el pasillo de nuevo. La puerta seguía entreabierta, tal y como la había dejado, y la vela todavía ardía.

Con su propia vela en una mano, iba dispuesta a decirle, si lo encontraba despierto, que estaba nerviosa y no podía dormir, y que había venido a ver si la vela seguía encendida. Asomó la cabeza, lo vio acostado tranquilamente en la cama y se armó de valor para entrar.

Profundamente dormido. Ni rastro de pasión en la cara ni de avaricia ni de ansiedad, ni de ningún deseo salvaje; un semblante amable, sosegado, en perfecta paz. Este no era el jugador ni la sombra que había entrado en su habitación; no era tampoco el hombre agotado y abatido cuya cara había visto tan a menudo a la grisácea luz de la mañana. Era su querido viejo amigo, su inofensivo compañero de fatigas, su bueno y amable abuelo.

No le daba miedo contemplar sus rasgos dormidos, pero sentía una gran pesadumbre, que encontró alivio en las lágrimas.

—¡Que Dios lo bendiga! —exclamó, inclinándose ligeramente para besar su plácida mejilla—. Veo ahora con bastante claridad que nos separarían sin miramientos si nos descubrieran, y a él lo privarían de la luz del sol y del

cielo; no tiene a nadie más que a mí que lo pueda ayudar. ¡Que Dios nos bendiga a los dos!

Encendió la vela y volvió tan silenciosamente como había salido. Ya en su cuarto, permaneció sentada el resto de aquella noche tan larga y aborrecible.

Finalmente, el día hizo palidecer el cabo de la vela, y cayó dormida. Al poco, fue despertada por la joven sirvienta que la había conducido a su cuarto, se vistió y bajó para reunirse con su abuelo. Pero antes comprobó su dinero y vio que había desaparecido. ¡No le quedaba ni un penique! Como el anciano ya estaba listo, a los pocos segundos se pusieron en camino. A la niña le pareció que rehuía su mirada, como temiendo que fuera a hablarle del dinero desaparecido. Creyó que debía contárselo para que no sospechara la verdad.

—Abuelo —empezó con voz trémula cuando ya habían caminado alrededor de un kilómetro y medio—, ¿cree que los de esa casa eran gente honrada?

—¿Por qué? —preguntó a su vez el anciano, temblando—. ¿Que si los creo honrados? Sí, jugaron limpio.

—Le diré por qué se lo pregunto —abundó Nell—. Anoche perdí algún dinero, fuera de mi cuarto, seguro. A no ser, abuelo, que alguien me lo cogiera en broma, sólo en broma; me produciría mucha risa si me enterara...

—¿Quién iba a coger dinero en broma? —repuso el anciano algo azorado—. Quien coge dinero lo hace para quedárselo. No me hables de bromas.

—Entonces, me lo han robado de mi cuarto, abuelito —expresó la niña, cuya última esperanza había quedado rota por su respuesta.

—Pero ¿no te queda nada más, Nell? —preguntó el anciano—. ¿No te queda más en ninguna parte? ¿Te lo han quitado todo, hasta el último penique, y ya no te queda nada?

—Nada —respondió la niña.

—Tenemos que conseguir más —porfió el anciano—. Tenemos que ganarlo, Nell, atesorarlo, amontonarlo, conseguirlo de alguna manera. No te preocupe esta pérdida. No le hables a nadie de esto, y tal vez podamos recuperarlo. No me preguntes cómo. Podremos volver a tenerlo, y mucho más. Pero no se lo digas a nadie; nos podría traer mala suerte. Así que alguien se lo ha llevado de tu cuarto mientras estabas dormida —agregó en tono compasivo, muy distinto al tono reservado, astuto con el que le había hablado antes—. ¡Pobre Nell, pobrecita Nell!

La niña bajó la cabeza y se echó a llorar. El tono afable con el que le había hablado era completamente sincero; estaba segura de ello. La afligía especialmente saber que todo lo había hecho por ella.

—Ni una palabra a nadie más que a mí —insistió el anciano—. Bueno, y ni siquiera a mí —agregó rápidamente—, pues puede traer mala suerte. Ninguna pérdida puede ser nunca digna de tus lágrimas, cariño. Además, vamos a recuperar todo el dinero.

—Olvidémonos de la pérdida —profirió la niña, levantando la cabeza—. Olvidémonos de cualquier pérdida de una vez por todas. No derramaré ni una lágrima más aunque cada penique valga mil libras.

—Bien, bien —susurró para sí el anciano como reprimiendo una respuesta impetuosa—. Ella no sabe nada. Debería estarle agradecido por ello.

—Pero escúcheme —encareció la niña con seriedad—. ¿Quiere escucharme?

—Sí, sí, claro que quiero escucharte —contestó el anciano sin mirarla a la cara—. Qué voz tan bonita. Siempre me ha sonado tan dulce... Siempre me sonó tan dulce cuando era la voz de su madre..., ¡pobre criatura!

—¡Ah, pues a ver si entonces logro convencerle —exclamó la niña— para que no vuelva a pensar en ganancias o pérdidas! No busquemos más fortuna que la que logremos juntos.

—Lograremos este objetivo juntos —repuso su abuelo mirando a otra parte, y como si hablara solo—. ¿Cuál será la imagen que santifica el juego?

—¿Hemos estado mal alguna vez —reanudó la niña— desde que usted olvidó sus preocupaciones y viajamos juntos? ¿No estamos mucho mejor y somos más felices ahora sin un hogar que nos cobije que cuando estábamos en aquella casa tan triste, cuando las preocupaciones no le dejaban en paz?

—Tienes razón —murmuró el anciano en el mismo tono—. No es de mi agrado, pero tienes razón.

—Recuerde cómo hemos vivido desde aquella mañana radiante en que volvimos la espalda a la casa por última vez —prosiguió Nell—. Recuerde cómo hemos vivido desde que estamos libres de esas miserias, los días pacíficos y las noches tranquilas que hemos tenido, los momentos agradables que hemos conocido, la felicidad de que hemos disfrutado. Si hemos sufrido fatiga o hambre, nos hemos recuperado pronto y hemos dormido profundamente. Piense en las cosas tan bonitas que hemos visto, y en lo contentos que hemos estado. ¿Y a qué se ha debido este cambio tan afortunado?

Su abuelo la detuvo con un movimiento de la mano y le pidió que no siguiera hablando, pues estaba reflexionado. Un rato después, la besó pidiéndole aún silencio, y siguieron caminando. Él miraba a lo lejos, y a veces se detenía a mirar al suelo con el ceño fruncido, como si estuviera tratando

dolorosamente de ordenar los pensamientos. Una vez, la niña vio lágrimas en sus ojos. Después de marchar así durante algún tiempo, el abuelo le cogió la mano como solía hacer antes, sin la violencia y agitación de las últimas horas, y así, de manera gradual e imperceptible, recuperó su estado anímico tranquilo y sosegado, dejándose llevar adonde ella quisiera.

De vuelta al magnífico museo, descubrieron, como Nell había imaginado, que la señora Jarley no se había levantado todavía y que, aunque se había mostrado algo intranquila e incluso los había esperado hasta las once y media de la noche, al final se retiró convencida de que la tormenta los habría sorprendido lejos de la casa y habrían buscado refugio en el lugar más próximo, por lo que no volverían hasta la mañana siguiente. Nell se aplicó inmediatamente a decorar y preparar la sala, terminó la tarea a tiempo y se puso la ropa adecuada antes de que la protegida de la familia real bajara a desayunar.

—En todo el tiempo que llevamos aquí —comentó la señora Jarley cuando hubo terminado el desayuno— no nos han visitado más que ocho alumnas de la señorita Monflathers, y son treinta y seis, según me dijo la cocinera cuando le hice un par de preguntas y la apunté en la lista de los que entran gratis. Tenemos que intentar atraerlas con un paquete de folletos nuevos: llévalo tú, querida, y observa qué efecto les produce.

Como aquella misión revestía una importancia excepcional, la señora Jarley ajustó el sombrero de Nell con sus propias manos y, tras declarar que estaba muy guapa y hacía honor al museo, la despidió con muchas recomendaciones y las indicaciones necesarias sobre dónde debía torcer a la derecha y dónde no debía torcer a la izquierda. Nell no tuvo, así, ninguna dificultad en dar con el pensionado, que era una casa grande, con una tapia muy alta y, junto a la gran puerta del jardín, una placa metálica y un enrejado a través del cual la portera de la señorita Monflathers inspeccionaba a los visitantes antes de dejarles entrar; pues ningún hombre —no, ni siquiera el lechero— podía, sin una autorización especial, franquear aquella puerta. Incluso al recaudador de contribuciones, que era un hombre gordo, con gafas y sombrero de ala ancha, se le entregaba el dinero a través del enrejado. La puerta de la señorita Monflathers, más dura que una puerta de diamante o de metal, miraba ceñudamente a toda la humanidad. El propio carnicero la consideraba una puerta misteriosa, y dejaba de silbar cuando pulsaba el timbre.

Al acercarse Nell a la temible puerta, esta giró despacio sobre sus goznes con un ligero chirrido. Del fondo de una bien cuidada avenida de árboles venía una larga fila de jóvenes damas, de dos en dos, todas con libros abiertos en la mano y algunas provistas también de parasoles. Al final de la solemne procesión venía la señorita Monflathers llevando asimismo un parasol de seda

color lila y escoltada por dos profesoras sonrientes, cada una mortalmente envidiosa de la otra y ambas atentísimas a la señorita Monflathers.

Confundida por las miradas y los susurros de las alumnas, Nell bajó los ojos y dejó pasar la procesión hasta que se acercó la señorita Monflathers. Tras hacerle una reverencia, le presentó el paquetito, a la recepción del cual la señorita Monflathers ordenó detenerse a la fila.

—Tú eres la del museo de cera, ¿no? —preguntó la señorita Monflathers.

—Sí, señora —contestó Nell, ruborizándose en extremo, pues las alumnas se habían congregado a su alrededor y ella era ahora el centro de todas las miradas.

—¿A ti no te parece que tiene, que ser indecorosa —espetó la señorita Monflathers, que tenía un carácter algo agrio y no perdía ninguna oportunidad para inculcar verdades morales a las tiernas mentes de sus alumnas— cualquier jovencita que trabaje en un museo de figuras de cera?

La pobre Nell, que no veía su trabajo bajo aquella luz, no sabiendo qué contestar, permaneció en silencio y se ruborizó más aún, si ello fuera posible.

—¿No sabes acaso —prosiguió la señorita Monflathers— que la tuya es una ocupación indecorosa y poco femenina, que repugna a las cualidades que nos han sido sabia y benignamente legadas, cuyos poderes expansivos deben suscitarse mediante el condigno cultivo?

Las dos profesoras murmuraron en respetuosa aprobación por aquel ataque directo y miraron a Nell como para hacerle ver la importancia de lo que la señorita Monflathers acababa de decirle. A continuación sonrieron y observaron a la señorita Monflathers; después, sus ojos se encontraron e intercambiaron unas miradas que decían claramente que cada cual se consideraba la más autorizada para sonreír a la señorita Monflathers y que, si la otra lo hacía, cometía pecado de lesa presunción e insolencia.

—¿No ves lo indecoroso que es por tu parte —reanudó la señorita Monflathers— trabajar con figuras de cera cuando podrías sentirte orgullosa de ayudar, en la medida de tus capacidades infantiles, a las manufacturas de tu país, de mejorar tu mente con la constante contemplación de la máquina de vapor y de tener un confortable e independiente medio de subsistencia, desde dos chelines y nueve peniques hasta tres chelines a la semana? ¿No sabes que cuanto más duro trabaja uno, más feliz es?

—Como hace la abejita... —murmuró una de las profesoras, citando al doctor Watts.

—¿Eh? —dijo la señorita Monflathers, volviéndose rápidamente—. ¿Quién ha dicho eso?

Por supuesto, la profesora que no lo había dicho señaló a la rival que lo había dicho, a la que la señorita Monflathers pidió ceñudamente que se mantuviera callada, provocando con esto en la profesora informante un raptó de alegría.

—La abejita trabajadora —recitó la señorita Monflathers, irguiéndose más — sólo se puede parangonar con las niñas decorosas. «Libros, labores, juegos sanos». Esto es lo decente y adecuado; y el trabajo consiste en pintar sobre terciopelo y realizar labores bonitas con el ganchillo. En casos como este — concluyó mientras apuntaba a Nell con el parasol—, y pensando sobre todo en los hijos de los pobres, deberíamos leer el poema así:

En el trabajo, trabajo constante
demuestre yo mi valía.

Que de cada hora y de cada instante
dé yo cuenta cada día.

Un profundo murmullo de aprobación provino no sólo de las dos profesoras, sino también de todas las alumnas a coro, asombradas de oír a la señorita Monflathers improvisar poesía con tan brillante estilo; pues, aun que hacía tiempo que se la admiraba por sus dotes políticas, nunca antes se había revelado como una poetisa original. En aquel momento, una, de las alumnas descubrió que Nell estaba llorando, y todos los ojos se dirigieron a ella.

En efecto, las lágrimas habían acudido a sus ojos; al sacarse el pañuelo para enjugárselas, se le cayó al suelo. Antes de poder recogerlo, una alumna de unos quince o dieciséis años, que estaba un poco apartada del grupo, como excluida del mismo, se agachó y se lo dio en la mano. Cuando se estaba retirando tímidamente, se vio frenada por la directora.

—Ha sido la señorita Edwards quien ha hecho eso, lo sé perfectamente — afirmó la señorita Monflathers hablando como un oráculo—. Estoy segura de que ha sido la señorita Edwards.

Había sido la señorita Edwards, y todo el mundo dijo que era la señorita Edwards, y la propia señorita Edwards reconoció que había sido ella.

—Señorita Edwards, ¿no resulta particularmente extraño —profirió la señorita Monflathers, bajando el parasol para tener una visión más severa de la infractora— que usted sienta hacia las clases inferiores un apego especial, que siempre la lleva a ponerse de su lado? O, expuesto más claramente, ¿no es sumamente extraordinario que nada de lo que yo digo y hago la enajene de propensiones que su condición original en la vida ha tornado desgraciadamente habituales en usted, una joven de espíritu tan notoriamente vulgar?

—No pretendía hacer daño a nadie, señorita —expresó una voz dulce—. Ha sido un impulso momentáneo, se lo aseguro.

—¡Un impulso! —remedó la señorita Monflathers con retintín—. Me maravilla que usted se atreva a hablarme a mí de impulsos —las dos profesoras asintieron—. Me asombra sobremanera —ambas profesoras se asombraron sobremanera—. Supongo que es un impulso que la induce a tomar partido por cuanta persona rastrera y degradada se cruza en su camino —ambas profesoras suponían lo mismo—. Pero debería hacerle saber, señorita Edwards —volvió a la carga la directora con un tono de creciente severidad—, que a usted no se le puede permitir, aunque sólo sea para ejemplo y decoro de esta institución, que a usted no se le puede permitir, y no se le va a permitir, faltar a sus superiores de esta manera tan acusadamente grosera. Si usted no tiene motivos para sentir digno orgullo ante la empleada de un museo de cera, hay aquí jóvenes damas que sí los tienen, y usted debe o bien mostrar deferencia para con estas jóvenes damas o bien abandonar la institución, señorita Edwards.

Esta alumna, huérfana y pobre, que había sido acogida por el internado, era instruida gratis, enseñaba gratis a otras lo que aprendía y era despreciada y tenida en muy poca cosa por todas las moradoras de la casa. Las mujeres de servicio también la percibían como alguien inferior, ya que eran mejor tratadas: eran libres de ir y venir, y estaban consideradas en su condición con mucho mayor respeto. Por su parte, las profesoras eran infinitamente superiores, pues habían pagado en otro tiempo por ir a la escuela y ahora eran debidamente retribuidas. Finalmente, las alumnas tampoco tenían buen concepto de una compañera que nunca contaba nada interesante sobre su familia y carecía de amigas que acudieran a verla en elegantes carruajes —y fueran agasajadas con pasteles y vino por la directora—, y de sirvientas que la atendieran con deferencia y fueran a recogerla al comienzo de las vacaciones. Pero ¿por qué la señorita Monflathers vejaba a la pobre alumna y la tomaba siempre con ella? ¿Por qué?

Porque la pluma más elegante del sombrero de la señorita Monflathers y la gloria más brillante de la escuela de la señorita Monflathers era la hija de un baronet —la auténtica hija viva de un baronet auténticamente vivo—, la cual, por alguna extraordinaria inversión de las leyes de la naturaleza, no solamente tenía un físico poco atractivo, sino que además era lenta de entendimiento, mientras que la alumna pobre tenía a la vez un ingenio rápido y una cara y figura bonitas. Parecía increíble. Aquí estaba la señorita Edwards —cuya pequeña aportación se había gastado hacía mucho tiempo—, dejando en la sombra nada menos que a la hija de un baronet, la cual tomaba lecciones fuera de programa, sin gran provecho, y cuyo pupilaje semestral doblaba el de cualquier otra alumna de la escuela, sin tener en cuenta el honor y el lustre

derivados de tener en la institución a semejante pupila. Por esta razón, y por considerarla dependiente de ella, la señorita Monflathers sentía hacia la señorita Edwards una profunda aversión, un profundo despecho y un fuerte agravio, y por eso, cuando la vio compadecerse de la pequeña Nell, se lanzó contra ella y trató de humillarla, como acabamos de ver.

—Hoy no saldrá a tomar el aire, señorita Edwards —anunció la señorita Monflathers—. Así que tenga la bondad de retirarse a su habitación y no la abandone sin previa autorización.

La pobre joven se alejaba ya a toda prisa cuando, de repente, en frase náutica, fue «pairada» por un atenuado chillido de la señorita Monflathers.

—¡Ha pasado por delante de mí sin saludarme! —exclamó la directora elevando los ojos al cielo—. ¡Ha pasado por delante de mí sin reconocer lo más mínimo mi presencia!

La alumna se volvió e hizo una reverencia. Nell vio cómo levantaba sus ojos oscuros hasta la cara de la directora y cómo su expresión, y toda su actitud en aquel instante, era una protesta muda pero conmovedora contra aquel trato tan injusto. La señorita Monflathers se limitó a menear la cabeza en respuesta, y la gran puerta se cerró sobre un corazón destrozado.

—En cuanto a ti, niña indecorosa —profirió la señorita Monflathers, volviéndose a Nell—, dile a tu ama que, como vuelva a tomarse la libertad de mandarte aquí otra vez, escribiré a las autoridades competentes para que le pongan el cepo o la obliguen a desagraviarme envuelta en una sábana blanca; y tú puedes estar segura de que te aplicaremos el castigo de la rueda como te atrevas a asomarte por aquí. Y ahora, señoritas, prosigamos.

La procesión se puso en marcha, de dos en dos, con los libros y parasoles por delante, y la señorita Monflathers, tras llamar a la hija del baronet para que paseara a su lado y le sosegara el ánimo alterado, despachó a las dos profesoras, que habían cambiado para entonces las sonrisas por miradas de simpatía, y las dejó pira que vigilaran la retaguardia y se odieran mutuamente un poco más al verse obligadas a pasear juntas.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

La ira de la señora Jarley al oír el relato de Nell sobre el cepo y la sábana fue indescriptible. ¡La auténtica e irrepetible Jarley expuesta al oprobio público, convertida en el hazmerreír de niños y alguaciles! ¡La delicia de la grande y pequeña nobleza despojada de un sombrero que cualquier señora alcaldesa suspiraba por llevar y cubierta con una sábana blanca para su

mortificación y humillación! ¡Cómo se había atrevido esa Monflathers a conjurar imágenes tan degradantes!

—Cuando pienso en ello —expresó la señora Jarley rebotando ira, pero sin medios de venganza suficientes—, casi me entran ganas de hacerme atea.

Pero, en vez de optar por este tipo de venganza, la señora Jarley lo pensó mejor y, sacando la botella sospechosa, pidió que pusieran varios vasos encima de su tambor favorito, se sentó en una silla detrás de él, llamó a sus satélites y les fue relatando, palabra por palabra, las afrentas de las que había sido objeto. Al terminar, les pidió con un tono patético que bebieran. A continuación rio, lloró, echó un traguito, lloró de nuevo, tomó otro poquito más; y así, paulatinamente, la digna dama fue incrementando las sonrisas y disminuyendo las lágrimas hasta que, al final, ya no podía reírse más de la señorita Monflathers, la cual, sin dejar de resultarle odiosa, le parecía ahora el personaje más triste y ridículo del mundo.

—¿Cuál de las dos ocupa mejor posición —preguntó la señora Jarley—, ella o yo? Después de todo, es pura palabrería eso de que le gustaría verme con un cepo. Vamos a ver, ¿por qué no podría decir yo lo mismo de ella, pero riéndome más? ¡Señor, Señor, qué importancia tiene después de todo!

Alcanzada esta conclusión tan cómoda (para lo cual se vio eficazmente asistida por ciertas observaciones interjectivas del filosófico George), la señora Jarley consoló a Nell con palabras amables y le pidió, como favor personal, que cuando pensara en la señorita Monflathers procurara reírse durante el resto de su vida.

Fue así como concluyó la ira de la señora Jarley, mucho antes de que se pusiera el sol. La angustia de Nell, empero, era de mayor calado, y los nubarrones que se cernían sobre su alegría no se podían ahuyentar tan fácilmente.

Aquella noche, como había temido, su abuelo se escabulló y no volvió hasta muy tarde. Exhausta como estaba, cansada en mente y cuerpo, se sentó en un rincón a contar los minutos hasta que volviera; y volvió, pelado y hastiado, pero enfebrecido todavía por la pasión que lo dominaba.

—¡Consígueme dinero! —le instó bruscamente mientras se despedía para ir a descansar—. Tengo que conseguir dinero, Nell. Se te retribuirá un día con el condigno interés; pero todo el dinero que caiga en tus manos debes dármelo. No es un dinero para mí, sino para invertirlo en ti. Recuérdalo, Nell, ¡para invertirlo en ti!

Sabiendo lo que sabía, ¿qué podía hacer la niña sino darle hasta el último penique que caía en sus manos para evitar así que se viera tentado a robárselo a su benefactora? Si contaba la verdad (pensaba la niña), su abuelo sería

tratado como un loco; si no le daba el dinero, se lo procuraría por su cuenta, y si se lo daba estaría alimentando en él el fuego que lo quemaba y estaría impidiendo tal vez su recuperación. Enfrascada en estos pensamientos, aplastada por el peso de la tristeza que no se atrevía a confesar, torturada por una terrible aprensión siempre que el anciano se ausentaba y temiendo por igual tanto que se quedara como que se ausentara, sus mejillas se quedaron sin color, sus ojos perdieron brillo y su corazón cayó en el más profundo desconsuelo. Todas sus angustias volvieron de nuevo, aumentadas por nuevos temores y dudas: de día, le roían el alma; de noche, sobrevolaban la almohada y la atormentaban en sueños.

Nada más natural que, en medio de tanta aflicción, su pensamiento volviera a menudo a aquella dulce alumna de la que sólo había captado una mirada rápida, pero cuya simpatía, expresada en un breve gesto, pervivía en su recuerdo de manera indeleble. Pensaba a menudo que, si hubiera tenido una amiga como aquella para contarle sus penas, cuán más ligero no tendría ahora el corazón, y cuán más feliz no sería si pudiera volver a oír aquella voz... Luego pensó que, si tuviera una posición más acomodada, si no fuera tan pobre y humilde, tal vez se atrevería a dirigirse a ella sin miedo a ser rechazada; y entonces sentía que se interponía una distancia inconmensurable entre las dos y perdía la esperanza de que la joven pudiera pensar en ella alguna vez.

Como era la época de vacaciones, las alumnas de la escuela se habían marchado a casa. Nell oyó decir que la señorita Monflathers deslumbraba en Londres y hacía estragos en los corazones de los caballeros de mediana edad; pero nadie decía nada de la señorita Edwards: si se había ido a casa —en caso de que tuviera alguna adonde ir—, si estaba todavía en la escuela, o cualquier otra noticia. Sin embargo, una tarde, cuando Nell volvía de su paseo solitario, pasó por delante del albergue donde se detenían las diligencias y justo en aquel momento se detuvo una; y allí estaba la bella y joven alumna que tan bien recordaba, corriendo a abrazar a una niña a la que estaban ayudando a bajar de la imperial.

Era su hermanita —mucho más joven que Nell—, a la que no veía (como se supo después) desde hacía cinco años. Para que pudiera venir había estado ahorrando todo aquel tiempo. Nell sintió que se le partía el corazón al verlas juntas. Se apartaron un poco del corrillo de gente que se había formado en torno a la diligencia y se fundieron en un largo abrazo, sin dejar de sollozar y llorar de alegría. La sencilla manera en que iban vestidas, el largo viaje que la pequeña había hecho sola, su agitación y felicidad y las lágrimas vertidas contaban su propia historia.

Después, recuperaron un poco la compostura y se alejaron cogidas de la mano; no, estrechamente agarradas.

—¿Eres feliz, hermana? —preguntó la pequeña cuando pasaron junto a Nell.

—Muy feliz ahora, sí —contestó.

—¿Y antes? —preguntó de nuevo—. Ay, hermanita, ¿por qué vuelves la cara?

Nell se sintió impelida a seguirlas a poca distancia. Iban a la casa de una vieja nodriza, donde la hermana mayor había alquilado una habitación para la pequeña.

—Vendré a verte todas las mañanas temprano —le aseguró la primera— y podremos pasar juntas todo el día.

—¿Por qué no la noche también, hermanita? ¿Se van a enfadar por eso?

¿Por qué los ojos de la pequeña Nell se humedecieron aquella noche, con lágrimas parecidas a las de las hermanas? ¿Por qué sentía alegría por verlas juntas y a la vez pena al pensar que se separarían pronto? No se trataba de una referencia egoísta —por inconsciente que pueda ser— a sus propias penas lo que despertó aquella simpatía, sino que, gracias a Dios, las alegrías inocentes de los demás pueden conmovernos profundamente y, pese a nuestra naturaleza caída, poseemos una fuente de emoción pura que debe ser premiada por el cielo.

Con el alegre resplandor de la mañana, pero más aún a la suave luz del atardecer, Nell, con el respeto que le imponía la breve y feliz unión de las dos hermanas, lo que le impedía acercarse para expresarles una palabra de agradecimiento, aunque ansiaba hacerlo, las seguía a distancia en sus paseos y excursiones, se detenía cuando ellas se detenían, se sentaba en la hierba cuando ellas se sentaban, se levantaba cuando ellas proseguían su camino y sentía una gran alegría por estar tan cerca de ellas. El paseo vespertino lo hacían a la orilla del río. Nell acudía también todas las noches sin que ellas la vieran ni sospecharan que estaba allí, pero ya las consideraba amigas, como si las tres compartieran las mismas confidencias —y la pesadumbre que la embargaba desapareciera por unos momentos— e intercambiaran sus penas hallando en ello consuelo recíproco. Era sólo una fantasía tal vez, la fantasía infantil de una criatura joven y solitaria; pero, noche tras noche, las hermanas acudían al mismo lugar y ella las seguía con el ánimo aliviado.

Al volver una noche, se enteró de que la señora Jarley había mandado redactar un comunicado notificando que la magnífica colección sólo permanecería un día más en su presente emplazamiento; por lo tanto, y en cumplimiento de dicha amenaza (pues ya se sabe que todos los comunicados relacionados con los espectáculos públicos suelen ser inaplazables), la magnífica colección cerraría sus puertas al día siguiente.

—¿Nos vamos de aquí, señora? —preguntó Nell.

—Espera un momento —le respondió la señora Jarley—. Mira esto —y sacó otro comunicado en el que se decía que, a consecuencia de las numerosas peticiones cursadas a la puerta del museo de cera y de las multitudes que se quedarían con ganas de entrar, la exposición se prolongaría una semana más, por lo que se volverían a abrir las puertas al día siguiente—. Ahora que las escuelas han dado vacaciones y los visitantes habituales ya han saciado su curiosidad —prosiguió—, queremos llegar al público en general, para lo cual debemos estimular su interés.

A mediodía del día siguiente, la señora Jarley se sentó detrás de su adornada mesa, asistida por las distinguidas efigies anteriormente mencionadas, y mandó que se abrieran las puertas para la readmisión de un público entendido e ilustrado. Pero los resultados del primer día no fueron en absoluto buenos, pues el público en general, si bien manifestaba un vivo interés por la señora Jarley y por sus satélites de cera, que se podían ver gratis, no sentía ningún impulso especial por pagar seis peniques por cabeza. Así, a pesar de que mucha gente acudía a la entrada a contemplar las figuras expuestas —donde permanecía haciendo gala de perseverancia durante horas y horas—, a oír sonar el organillo y a leer los folletos; y a pesar de la cortesía de recomendar a los amigos la contemplación de la exposición de la misma manera, tanto que la entrada solía quedar bloqueada por la mitad de los habitantes de la población, quienes al irse eran sustituidos por la otra mitad, ni el dinero recaudado fue muy abundante ni las perspectivas del museo muy alentadoras.

En aquel estado de depresión del mercado, la señora Jarley hizo esfuerzos extraordinarios para fomentar el gusto popular y despertar la curiosidad popular. Ciertas piezas del mecanismo de la monja colocada sobre la marquesina fueron desempolvadas y éste puesto en marcha, de manera que la figura sacudía la cabeza como un parálítico durante todo el día, para gran admiración del barbero de la esquina, borracho pero muy protestante, que consideraba aquel movimiento parálítico un efecto degradante producido en la mente humana por los ritos de la Iglesia católica y disertaba sobre el tema con gran elocuencia y moralidad. Los dos carreteros entraban y salían constantemente de la sala de exposición con distintos disfraces proclamando que la visita valía más dinero que cualquier otra cosa que pudieran contemplar en su vida, al tiempo que instaban a los curiosos, con lágrimas en los ojos, a que no se perdieran un espectáculo tan esplendoroso. La señora Jarley permanecía sentada a la mesa de las localidades, desde el mediodía hasta la noche, haciendo sonar monedas de plata y convocando solemnemente a la gente a reparar en que la entrada valía sólo seis peniques y que el término de la exposición, que debía viajar para ser vista por las cabezas coronadas de

Europa, estaba improrrogablemente fijado para dentro de siete días.

—¡No se la pierdan, que el tiempo se acaba! —aconsejaba la señora Jarley al final de sus alocuciones—. Recuerden que es la magnífica colección Jarley, con más de cien figuras, y que, comparadas con esta colección, única en el mundo, todas las demás son pura impostura y engaño. ¡No se la pierdan, que el tiempo se acaba!

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Como el decurso de este cuento exige que nos familiaricemos de vez en cuando con ciertos detalles relacionados con la economía doméstica del señor Sampson Brass, _y probablemente no se presente otro lugar más idóneo que este, el narrador tomará al amistoso lector de la mano y, saltando con él por los aires, y surcándolos a una mayor velocidad con la que viajaron don Cleofás Leandro Pérez Zambullo y su familiar, aterrizará con él en la acera de Bevis Marks.

Los intrépidos aeronautas tomarán tierra delante de una casita oscura, la morada del señor Sampson Brass.

De la ventana del salón de esta casa, que estaba tan pegada a la acera que los transeúntes rozaban a menudo el cristal con la manga de la chaqueta —limpiándolo de paso, pues estaba muy sucio—, colgaba una cortina verde descolorida por el sol, tan raída por sus largos servicios que parecía menos un medio para obstaculizar la visión de la habitacioncita oscura que para transparentar con exactitud lo que en ella acontecía. Aunque no había gran cosa que contemplar: una mesa desvencijada, con montones de papel amarillento y desgastado a fuerza de llevarse en el bolsillo, ostensiblemente desplegado; un par de sillas a cada lado de este mueble desvencijado; un traicionero sillón viejo junto a la chimenea, cuyos brazos marchitos habían abrazado a muchos clientes y ayudado a exprimirlos en toda regla; una caja de pelucas de segunda mano, usada como receptáculo para documentos sin legalizar, atestaciones y otros pequeños formularios jurídicos (en otro tiempo el único contenido de la cabeza que pertenecía a la peluca que pertenecía a la caja y que ahora se había refugiado en la misma caja); dos o tres libros corrientes de práctica forense; un tintero, una polvera, una escobilla vieja para la ceniza, una alfombra raída que aún se aferraba desesperadamente a las tachuelas que la sujetaban al suelo. Tales eran, junto con el zócalo amarillo de la pared, el techo descolorido por el humo del tabaco, el polvo y las telarañas, los elementos decorativos más importantes del despacho del señor Sampson Brass.

Pero todo esto pertenecía a la naturaleza muerta, al igual que la placa «Brass, abogado», que relucía en la puerta, y el letrero «Primer piso, se alquila a soltero», que estaba atado a la aldaba. El despacho solía contener dos ejemplares de naturaleza animada, que vienen más a cuento nuestro y que tendrán para el lector un interés más vivo.

Uno de ellos era el señor Brass, que ya ha hecho acto de presencia en estas páginas. El otro, su empleada, asistenta, casera, secretaria, maquinadora confidencial, consejera, intrigante y hábil incrementadora de la cuenta de gastos: la señorita Brass, una especie de amazona de la jurisprudencia, de quien no está de más ofrecer una sucinta descripción.

La señorita Sally Brass era una dama de treinta y cinco años aproximadamente, de figura chupada y huesuda. Tenía un aire enérgico que no sólo reprimía las emociones más dulces del amor y mantenía a los admiradores a distancia, sino que inspiraba un sentimiento afín al terror en los pechos de los extraños que tenían la felicidad de acercarse a ella. De cara era asombrosamente parecida a su hermano, Sampson, hasta tal punto que si la modestia virginal y la gentil feminidad de la señorita Brass le hubieran permitido ponerse la ropa de su hermano y sentarse a su lado, a modo de chanza, hasta al más viejo amigo de la familia le habría resultado difícil determinar quién era Sampson y quién Sally, habida cuenta, además, de que la dama exhibía sobre el labio superior ciertas rojeces que, unidas a la impresión producida por la indumentaria, podrían haberse confundido fácilmente con un bigote. Sin embargo, estas no eran, con toda probabilidad, sino las pestañas que se habían equivocado de lugar, ya que los ojos de la señorita Brass estaban completamente libres de cualquier impertinencia natural de semejante índole. La tez de la señorita Brass era cetrina —de un cetrino más bien sucio, hay que señalar—, pero este matiz se veía agradablemente aliviado por el saludable brillo que cubría la punta de su nariz al reír. Su voz era impresionante, profunda y rica en calidad, y, una vez oída, no se la podía olvidar con facilidad. Su vestimenta habitual consistía en un sayal verde, de color no distinto al de la cortina de la ventana, ajustado al talle y terminado en el cuello, donde un botón particularmente grande y macizo lo cerraba por detrás. Convencida, a no dudarlo, de que la sencillez era el alma de la elegancia, la señorita Brass no llevaba collares ni pañuelos, salvo en la cabeza, que iba invariablemente adornada con un pañuelo de gasa marrón, como el ala del vampiro de la fábula, y que, retorcido de la forma más inimaginable, constituía un tocado fácil y gracioso.

Así era la señorita Brass físicamente. En lo mental, poseía un carácter fuerte y vigoroso. Desde joven se había dedicado, con ardor poco común, al estudio del Derecho; sin desperdiciar sus especulaciones en altos vuelos, que por lo demás son raros, seguía atentamente los vericuetos que trazan su

camino. Tampoco se había limitado, como tantas personas de gran intelecto, a la sola teoría ni se había detenido en la utilidad práctica; antes al contrario, sabía extender documentos, copiar en limpio, rellenar formularios con suma exactitud y, en fin, tramitar cualquier asunto del despacho, incluso alisar una piel de pergamino o arreglar una pluma. Resulta difícil comprender cómo, en posesión de estos atractivos, seguía siendo la señorita Brass; pero, ya fuera por haber endurecido el corazón frente a la humanidad, ya porque quienes pretendían cortejarla se veían disuadidos pensando que, al ser experta en Derecho, conocía al dedillo los estatutos que regulan la violación de la promesa de matrimonio, lo cierto es que seguía en estado de celibato y todos los días ocupaba su silla frente a la de su hermano Sampson. Y es igualmente cierto, dicho sea de pasada, que entre estas dos sillas muchas personas se habían venido abajo.

Una mañana, el señor Sampson Brass copiaba cierto procedimiento jurídico, hundiendo tenazmente la pluma en el papel, como si escribiera en el corazón mismo de la adversidad, mientras la señorita Sally Brass preparaba su pluma para redactar una declaración jurada, que era su ocupación favorita. Ambos permanecieron sentados en silencio un buen rato hasta que la señorita Brass rompió el silencio de la siguiente manera:

—¿Has terminado ya, Sammy? —preguntó, pues en sus labios suaves y femeninos el nombre de Sampson se transformaba en Sammy, y todas las cosas se suavizaban de repente.

—No —contestó el hermano—. Habría terminado si me hubieras ayudado en su debido momento.

—¡Ah, claro, por supuesto! —exclamó la señorita Sally—. Así que necesitas mi ayuda, ¿verdad? ¡Por eso vas a contratar a un escribano!

—¿Voy a contratar a un escribano por gusto o por mi propio deseo, bribona provocadora? —espetó el señor Brass llevándose la pluma a la boca y mirando con desdén a su hermana—. ¿Por qué te sienta tan mal que quiera contratar a un escribano?

Puede observarse en este punto, por si el hecho de llamar el señor Brass bribona a una dama pudiera ocasionar extrañeza o sorpresa, que estaba tan acostumbrado a tenerla a su lado desempeñando una ocupación masculina que había acabado dirigiéndose a ella como si fuera un hombre. Sentimiento este, por lo demás, tan perfectamente recíproco que no sólo el señor Brass llamaba a menudo bribona a la señorita Brass, e incluso ponía otro epíteto delante de bribona, sino que la propia señorita Brass consideraba este extremo algo natural y se impresionaba tan poco como si a otra dama la hubieran llamado «ángel mío».

—¿Por qué te sienta tan mal que quiera contratar a un empleado después de haber estado hablando de esto anoche durante más de tres horas? —el señor Brass sonrió de nuevo con la pluma en la boca, que parecía la cimera de un noble o un gentilhomme—. ¿Es acaso culpa mía?

—Lo único que sé —se explicó la señorita Sally con una sonrisa seca, pues nada le complacía tanto como irritar a su hermano— es que si todos y cada uno de tus clientes nos van a obligar a contratar a un escribano, lo necesiten o no, más te valdría dejar los negocios, darte de baja en el registro de abogados y presentar la liquidación cuanto antes.

—¿Tenemos algún otro cliente como él? —preguntó Brass—. ¿Tenemos algún otro cliente como él ahora? ¿Quieres contestarme a esto?

—¿Qué quieres decir?, ¿con la misma cara? —preguntó a su vez la hermana.

—¡Con la misma cara! —se sonrió burlonamente Sampson Brass, y alargó la mano para coger el libro de las asignaciones, que se puso a hojear deprisa—. Mira aquí: señor Daniel Quilp, señor Daniel Quilp, señor Daniel Quilp, por todas partes. ¿Debo aceptar o no a un escribano que él me recomienda diciendo: «Este es el hombre para usted»? ¿Quieres que lo pierda todo, eh?

La señorita Sally no se dignó contestar; esbozó una sonrisita y prosiguió su trabajo.

—Pero yo sé de qué se trata —reanudó Brass tras breve silencio—. Tienes miedo de no poder seguir haciendo y deshaciendo a tu antojo, como estás acostumbrada. ¿Crees que no lo he adivinado?

—El negocio no funcionaría mucho tiempo sin mí, permíteme que te diga —replicó su hermana serenamente—. No seas imbécil y no me provoques, Sammy, y céntrate en lo que estás haciendo.

Sampson Brass, que le tenía mucho miedo a su hermana, se inclinó cariacacontecido sobre sus papeles para escuchar sin mirarla lo que ella tenía que decir:

—Si yo decidiera que no viene el escribano, por supuesto que no vendría. Lo sabes perfectamente, así que no digas tonterías.

El señor Brass recibió esta observación con aumentada mansedumbre y sólo observó, para sí mismo, que no le gustaba ese género de bromas y que la señorita Sally sería «una socia más simpática» si se abstuviera de zaherirlo. Cumplido al que contestó la señorita Sally diciendo que sentía un gusto especial por divertirse y que no tenía ninguna intención de prescindir de tal gratificación. Como, al parecer, el señor Brass no tenía ganas de seguir discutiendo, los dos se pusieron a escribir a gran velocidad y con ello terminó

la discusión.

Mientras escribían aplicadamente, la ventana se oscureció de repente, como si hubiera alguna persona impidiendo la entrada de la luz. El señor Brass y la señorita Sally levantaron la vista para averiguar la causa y vieron que el marco superior era bajado diestramente desde fuera, tras lo cual Quilp asomó la cabeza.

—¿Hola? —exclamó subido al alféizar de la ventana para escrutar el interior de la habitación—. ¿Hay alguien en casa? ¿Hay aquí alguna mercancía del diablo? ¿Cómo se cotiza nuestro Brass, al alza o a la baja?

—¡Ja, ja, ja! —se rio el abogado con afectado júbilo—. ¡Qué bueno, señor Quilp! ¡Sí, muy bueno, de veras! ¡Qué excéntrico! ¡Ay, Señor, qué humor tiene este hombre!

—¿Es esta mi Sally? —graznó el enano, comiéndose con los ojos a la bella señorita Brass—. ¿No es la justicia misma, con la venda quitada y sin la espada y la balanza? ¿No es el brazo implacable de la ley? ¿No es la virgen de Bevis?

—¡Qué ingenio tan torrencial! —exclamó Brass—. A fe mía que esto no se ha visto ni oído nunca.

—Abra la puerta —solicitó Quilp—. Lo traigo conmigo. Un escribano para usted, Brass, un fénix de los ingenios, un as de oros. Dese prisa en abrir la puerta o algún abogado de por aquí cerca podría asomarse a la ventana y quitárselo ante sus narices, le advierto.

Es muy probable que la pérdida del fénix de los escribanos, incluso a favor de un profesional de la competencia, no hubiera partido el corazón del señor Brass; pero, fingiendo suma prontitud, se levantó de la silla, se dirigió a la puerta, volvió y presentó a su cliente, que traía de la mano nada menos que al señor Richard Swiveller.

—¡Hela aquí! —exclamó Quilp, deteniéndose de golpe en la puerta y arrugando las cejas mientras miraba en dirección a la señorita Sally—. He aquí la mujer con la que yo debería haberme casado, he aquí la bella Sarah, he aquí la fémina que reúne todos los encantos de su sexo y ninguna de sus debilidades. ¡Ah, Sally, Sally!

A esta efusión amorosa la señorita Brass respondió con un breve: «¡Qué cargante!».

—Dura como el metal del que toma el apellido —articuló Quilp—. ¿Por qué no hace pequeñas monedas, derrite el metal y toma otro nombre?

—¡Basta de bobadas, señor Quilp, por favor! —repuso la señorita Sally con una sonrisa sombría—. No sé cómo no le da vergüenza delante de un

joven desconocido.

—El joven desconocido —replicó Quilp empujando a Dick— es lo suficientemente sensible para comprender lo que digo. No es otro que el señor Swiveller, mi íntimo amigo, caballero de buena familia con un futuro brillante, pero que, habiendo cometido una locura juvenil, accede durante cierto tiempo a desempeñar la humilde condición de escribano, humilde pero aquí sumamente envidiable. ¡Qué ambiente tan delicioso!

Si el señor Quilp hablaba en sentido figurado y quería decir que el aire respirado por la señorita Sally Brass quedaba dulcificado y refinado por tan exquisita criatura, tenía buenas razones para decir lo que decía. Pero si se refería al aire que se respiraba en el despacho del señor Brass en sentido literal, debía de tener un olfato muy peculiar, ya que la habitación olía a cerrado y humedad, y, además de estar frecuentemente impregnada con un fuerte olor a prendas de vestir de segunda mano, compradas probablemente en Duke's Place y en Houndsditch, desprendía un desagradable tufo a ratas, ratones y moho. Alguna duda respecto a la susodicha delicia debió de albergar el señor Swiveller, pues rezongó un par de veces mientras miraba con incredulidad al enano, que sonreía.

—Señorita Sally —agregó Quilp—, el señor Swiveller, que en su práctica de la agricultura es experto en la siembra de avena silvestre, opina, muy juiciosamente, que es mejor la mitad de una rebanada de pan que nada. Y que alejarse del camino tortuoso es también mejor, por lo que acepta la oferta de su hermano. Brass, el señor Swiveller es todo suyo.

—Estoy muy contento, señor —expresó el señor Brass—, muy contento de veras. El señor Swiveller tiene mucha suerte de contar con su amistad. Puede estar muy orgulloso de contar con la amistad del señor Quilp.

Dick murmuró algo sobre que nunca había carecido de un amigo ni de una botella que ofrecerle, y también balbuceó su alusión favorita al ala de la amistad que nunca muda de plumas como el ala de un pájaro; pero sus facultades parecían concentradas en la contemplación de la señorita Sally Brass, a la que lanzaba unas miradas de absoluto asombro, lo que hacía las delicias del enano. En cuanto a la divina señorita Sally, se frotó las manos como hacen los hombres de negocios y empezó a pasear de un lado a otro del despacho con la pluma detrás de la oreja.

—Supongo —enunció el enano, volviéndose de repente hacia su amigo abogado— que el señor Swiveller asume sus obligaciones ahora mismo, ¿no? Es lunes por la mañana.

—Ahora mismo, señor, si tal es su deseo, por supuesto —contestó Brass.

—La señorita Sally le enseñará Derecho, el delicioso estudio del Derecho

—afirmó Quilp—. Ella será su guía, su amiga, su compañera, su Blackstone, su Coke disertando sobre Littleton, el vademécum del joven abogado.

—¡Qué elocuencia! —exclamó Brass con aire abstraído y mirando al tejado de la casa de enfrente, con las manos en los bolsillos—. ¡Qué torrencial flujo de lenguaje! ¡Qué bonito!

—En compañía de la señorita Sally —prosiguió Quilp— y de las bellas ficciones del Derecho, los días del señor Swiveller pasarán como minutos. Las encantadoras creaciones de los poetas John el Demandante y Richard el Demandado, cuando le abran sus primeras auroras, le abrirán al mismo tiempo un mundo nuevo que propiciará el ensanchamiento de su mente y la mejora de su corazón.

—¡Oh, qué bonito, sublime incluso! —exclamó Brass—. Un auténtico regalo para los oídos.

—¿Dónde se sentará el señor Swiveller? —preguntó Quilp, observando el mobiliario de la habitación.

—¿Que dónde? Bueno, compraremos otra silla —contestó Brass—. Señor, no habíamos pensado tener a un caballero con nosotros hasta que usted tuvo la amabilidad de sugerirlo. Como ve, nuestro despacho no es muy amplio. Buscaremos una silla de segunda mano, señor. Entretanto, si el señor Swiveller quiere ocupar mi asiento, y probar su mano haciendo una bonita copia de esta acta de expropiación... Voy a estar fuera toda la mañana.

—Vámonos juntos —sugirió Quilp—. Tengo un par de cosas que decirle sobre un asunto pendiente. ¿Puede dedicarme algún tiempo?

—¿Que si puedo dedicarle algún tiempo paseando con usted, señor? Está bromeando, señor, está bromeando conmigo —profirió el abogado, poniéndose el sombrero—. Estoy listo, señor, completamente listo. Extremadamente atareado debería estar yo si no tuviera tiempo para caminar con usted. Señor, no todo el mundo tiene la oportunidad de mejorarse a sí mismo conversando con el señor Quilp.

El enano miró sarcásticamente a su parlanchín amigo, tosió levemente y se volvió para decir adiós a la señorita Sally. Después de una despedida muy galante, correspondida por otra muy fría y masculina por parte de ella, saludó con la cabeza a Dick Swiveller y se retiró con el abogado.

Dick, sentado a la mesa del despacho, se hallaba en un estado de completa estupefacción: contemplaba fijamente a la bella Sally como si fuera un animal curioso, único en su especie. Cuando el enano ya estaba en la calle, se subió al alféizar de la ventana y miró el interior del despacho con una mueca, como quien mira el interior de una jaula. Sally lo miró a su vez, pero sin dar

muestras de reconocerlo. Y, mucho después de que Quilp hubiera desaparecido, Dick seguía contemplando fijamente a la señorita Sally Brass, sin pensar en ninguna otra cosa, sin moverse de su sitio.

Como la señorita Brass estuvo todo este tiempo enfrascada en la relación de gastos, no reparó en absoluto en Dick, sino que siguió garabateando con pluma firme, trazando los caracteres con evidente delicia y trabajando como una máquina de vapor. Allí estaba Dick, mirando alternativamente al sayal verde, al tocado marrón de la cabeza, a la cara, a la pluma veloz, en un estado de estúpida perplejidad, preguntándose cómo había acabado en compañía de aquel monstruo tan extraño y si era un sueño del que fuera a despertar alguna vez. Al final exhaló un profundo suspiro y, muy despacio, empezó a quitarse el sobretodo.

El señor Swiveller plegó el sobretodo ceremoniosamente sin dejar de mirar a la señorita Sally; luego se puso una chaqueta azul con doble fila de botones dorados, que originalmente le había servido para expediciones acuáticas y que se había traído aquella mañana para el eventual trabajo de oficina; y, sin quitarle el ojo a la señorita Sally, se dejó caer en la silla del señor Brass. Pero entonces sufrió una recaída en el desaliento y, reposando la barbilla en la mano, abrió tanto los ojos que pareció imposible que pudiera cerrarlos en el resto de su vida.

Cuando Dick hubo mirado tanto tiempo que ya no veía nada, apartó los ojos del bello objeto de su asombro, pasó las hojas del borrador que iba a copiar, mojó la pluma en el tintero y, por fin, y tras lentas intenciones, empezó a escribir. Pero no había escrito ni media docena de palabras cuando alargó la mano hacia el tintero para mojar de nuevo la pluma y levantó los ojos: allí seguía el intolerable tocado marrón, el sayal verde; allí estaba, en una palabra, la señorita Sally Brass, ataviada con todos sus encantos y más tremenda que nunca.

Esto ocurrió tantas veces que el señor Swiveller empezó a sentir gradualmente que un extraño influjo se apoderaba de él, un deseo terrible de aniquilar a Sally Brass, un impulso misterioso de quitarle el paño de la cabeza y ver qué aspecto tenía sin él. Había una regla muy grande en la mesa; una regla grande, negra, brillante. El señor Swiveller la cogió y empezó a rascarse la nariz con ella.

Rascarse la nariz con la regla para agitarla con la mano e imprimirle evoluciones a la manera de un tomahawk se reveló una transición fácil y natural. En algunas de estas evoluciones, la regla pasó cerca de la cabeza de la señorita Sally; los flecos deshilachados del tocado aleteaban con el aire agitado. De haberse acercado un centímetro más, el gran nudo marrón habría caído al suelo. Sin embargo, la soltera seguía trabajando sin darse cuenta de

nada, sin levantar la vista.

Aquellos ensayos aliviaron sobremanera a Dick. Escribiría con tenacidad hasta la desesperación, y luego cogería la regla y la agitaría rápidamente alrededor del tocado marrón con la intención de poder quitársela. ¿Por qué no retirar la regla y rascarse con ella la nariz cuando la señorita Sally fuese a levantar los ojos y volver a las evoluciones atrevidas cuando viera que seguía absorta? Con estas divertidas cavilaciones, el señor Swiveller calmó sus agitados sentimientos hasta que su fijación con la regla se volvió menos feroz, y pudo así llegar a escribir media docena de líneas consecutivas sin recurrir a dicho objeto, lo que resultó una gran victoria.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Al cabo, es decir, tras un par de horas aproximadamente de diligente aplicación, la señorita Brass concluyó su tarea, lo que sancionó secándose la pluma en el sayal verde y tomando una pizca de rapé de una pequeña tabaquera redonda que llevaba en el bolsillo. Tras el moderado refrigerio, se levantó de la silla, ató los papeles debidamente con cinta roja y, colocándolos bajo el brazo, salió del despacho.

El señor Swiveller acababa de levantarse de la silla para entregarse a una danza frenética —tal era la alegría que sentía al verse de nuevo solo— cuando se vio interrumpido por la apertura de la puerta y la reaparición de la cabeza de la señorita Sally.

—Voy a salir —dictaminó esta.

—Muy bien —respondió Dick. «Y no se dé prisa en volver», añadió para sus adentros.

—Si viene alguien al despacho por algún asunto, tome el recado y diga que el caballero que se ocupa del bufete se halla ausente, ¿le parece? —apostilló la señorita Brass.

—Me parece —convino Dick.

—No tardaré mucho —agregó la señorita Brass mientras se retiraba.

—Cuánto lo lamento —repuso Dick cuando la puerta se hubo cerrado—. Espero que la retenga algún asunto inesperado. Y si la atropellan, pero no de gravedad, mejor.

Tras proferir perfectamente serio semejantes expresiones de buena voluntad, el señor Swiveller se sentó en el sillón del cliente a reflexionar,

después dio unos cuantos paseos por la habitación y finalmente volvió al sillón.

«Con que soy el escribano de Brass, ¿eh? —farfullaba Dick—. El escribano de Brass, ¿eh? Y el escribano de la hermana de Brass, es decir, el escribano de una dragona. Muy bien, muy bien. ¿Y qué voy a ser después? Voy a ser un convicto con gorro de fieltro y traje gris trotando por un muelle con el número bien cosido al uniforme y la Orden de la Jarretera en la pierna, sin poder atarme un pañuelo en el tobillo para protegerlo de las rozaduras. ¿Seré eso? ¿Estará eso bien, o será demasiado suave? Lo que más le guste, caballero; lo que más le guste, por supuesto».

Como el señor Swiveller estaba completamente solo, puede suponerse que dirigía estas reflexiones ya a sí mismo, ya al destino, al que, como sabemos por los libros, es costumbre que los héroes se quejen amarga e irónicamente cuando se ven en situaciones desagradables. Esto era muy probable, dada la circunstancia de que el señor Swiveller dirigía sus observaciones al techo, donde se supone que habita el destino, a menos que estemos en un teatro, en cuyo caso los personajes miran a la gran araña del techo.

—Quilp me ofrece este puesto y dice que me lo puede asegurar —volvió Dick a musitar tras un silencio reflexivo para a continuación enumerar con los dedos, una a una, las circunstancias de su posición—. Fred, quien, juraría yo, no habría querido ni oír hablar de semejante cosa, respalda a Quilp, para mi gran asombro, y me insta a aceptar el puesto: ¡bofetada número uno! Mi tía, desde la provincia, me corta los suministros y me escribe una nota afectuosa diciendo que ha hecho un nuevo testamento y que me deshereda: ¡bofetada número dos! Nada de dinero ni de crédito ni de apoyo por parte de Fred, que parece haberse vuelto muy serio de repente. Notificación para abandonar el viejo piso: ¡bofetadas número tres, cuatro, cinco y seis! Bajo semejante acumulación de bofetadas, nadie puede considerarse un ser libre. Nadie se pone a sí mismo una zancadilla. Si tu destino te la pone, es el destino el que debe levantarte del suelo. Yo estoy contento de que el mío se haya puesto en esta situación; nada me importará y haré todo lo que pueda para despreciarlo. Así que sigue así, bellaco —expresó el señor Swiveller, despidiéndose del hecho con un asentimiento significativo—, ¡y ya veremos quién de los dos se cansa antes!

Decidido a no pensar más en su caída, con unas reflexiones que sin duda eran muy profundas y no del todo desconocidas en ciertos sistemas de filosofía moral, el señor Swiveller se sacudió el desánimo y adoptó la postura alegre y confiada de un escribano irresponsable.

Para alcanzar dicho estado de serenidad y dominio de sí mismo, acometió un examen minucioso del despacho, ahora que tenía tiempo. Registró la caja

de pelucas, consultó los libros y manipuló el tintero; desató e inspeccionó todos los papeles; grabó unas cuantas siglas en la mesa con la hoja afilada del cortaplumas del señor Brass y escribió su nombre en el interior del carbonero de madera. Tras tomar posesión formal, por así decir, de su escribanía en virtud de dichos procedimientos, abrió la ventana y permaneció asomado indolentemente hasta que vio pasar a un repartidor de cerveza, a quien pidió que dejara la bandeja y le sirviera una pinta de porter suave, que bebió y pagó en el acto, con la vista puesta en allanar el camino para un sistema de crédito futuro y sentar las bases para tal fin sin pérdida de tiempo. Después atendió a tres o cuatro niños que traían recados de tres o cuatro colegas de Brass, a los que despachó con una pose más profesional y un entendimiento más correcto y cabal del oficio que el que habría mostrado un payaso que se hubiera visto en circunstancias similares. Hechas y concluidas estas cosas, volvió a sentarse en la silla y se puso a dibujar varias caricaturas de la señorita Brass con pluma y tinta, silbando jovialmente todo el tiempo.

Mientras se ocupaba de esta divertida tarea, se detuvo un carruaje junto a la entrada, y justo después llamaron con fuerza dos veces a la puerta. Como aquel no era su negocio, y la persona no había tocado el timbre del bufete, el señor Swiveller prosiguió su diversión con perfecto aplomo, pese a estar convencido de que no había nadie más que él en la casa.

Sin embargo, estaba equivocado. En efecto, después de repetirse los golpes con una impaciencia cada vez mayor, la puerta se abrió y alguien con andares muy pesados subió las escaleras y entró en la habitación de la planta de arriba. El señor Swiveller se preguntó si no se trataría de otra señorita Brass, gemela de la dragona, y salió de dudas al oír unos golpes con los nudillos en la puerta del despacho.

—¡Adelante! ¡No se ande con rodeos! El trabajo me va a desbordar como haya muchos clientes. ¡Adelante!

—¡Por favor, señor! —se oyó una tímida vocecita en el vestíbulo—. ¿Le importaría venir a enseñar la habitación?

Dick se inclinó sobre la mesa y divisó a una niñita desaliñada con delantal y babero sucios, que no dejaban ver de ella nada más que la cara y los pies. Para el caso, habría podido ir vestida con el estuche de un violín.

—¿Eh?, ¿quién eres? —preguntó Dick.

Pero la única respuesta fue:

—Por favor, señor, ¿quiere venir a enseñar la habitación?

Nunca había visto a una niña cuyo aspecto y modales se parecieran tanto a los de un adulto. Debía de llevar trabajando desde la cuna. Parecía tan

intimidada delante de Dick que este no supo cómo reaccionar.

—Yo no tengo nada que ver con esa habitación —se explicó Dick—. Dígale que vuelva más tarde.

—Por favor, ¿quiere venir a enseñar la habitación? —reiteró la niña—. Son dieciocho chelines la semana, poniendo nosotros vajilla y sábanas. La limpieza del calzado y de la ropa se paga aparte, y la chimenea durante el invierno son ocho peniques al día.

—¿Por qué no se la enseñas tú? Pareces bastante enterada —sugirió Dick.

—La señorita Sally dijo que —no lo hiciera, pues la gente puede pensar que el servicio no es bueno si ve lo pequeña que soy.

—Bueno, la gente acabará viendo lo pequeña que eres, ¿no? —expresó Dick.

—Ya, pero para entonces la habitación ya llevará dos semanas alquilada —repuso la niña con mirada pícaro—. Y a la gente no le gusta mudarse otra vez después de haberse instalado.

—¡Qué extraño es todo esto! —musitó Dick, levantándose—. ¿Quién se supone que eres tú, la cocinera?

—Bueno, cocino cosas sencillas —contestó la niña—. Soy también la criada. Hago todo el trabajo de la casa.

«Supongo que Brass, la dragona y yo somos la parte más sucia de la casa», pensó Dick. Y podría haber reflexionado sobre muchas más cosas, dado su estado de ánimo dubitativo y vacilante, de no ser porque la niña volvió a insistirle y porque ciertos golpetazos misteriosos en el pasillo y escaleras daban sobrada fe de la impaciencia del aspirante a inquilino. Así pues, Richard Swiveller se acomodó una pluma detrás de la oreja y otra en la boca, como muestra de prestancia y celo por la profesión, y salió de prisa para atender al caballero soltero.

Se llevó una gran sorpresa al constatar que los golpetazos se debían al baúl que el caballero soltero empujaba hacia arriba, baúl que, al ser casi dos veces tan ancho como la escalera, y muy pesado, exigía un esfuerzo supremo por parte del caballero soltero y del cochero juntos. Pero allí estaban, aplastándose el uno al otro y empujando y tirando con todas sus fuerzas, para conseguir que el baúl subiera por los ángulos más imposibles. Como el señor Swiveller no podía pasar por delante de ellos, los siguió despacio, echando pestes en cada escalón contra semejante manera de allanar la casa del señor Sampson Brass.

El caballero soltero no hizo caso de estas protestas y, una vez depositado el baúl en el dormitorio, se sentó encima y se secó con el pañuelo el sudor de la calva y la cara. Estaba sudando, y con razón, pues, aparte del esfuerzo de subir

el baúl por las escaleras, iba forrado con ropa de invierno, pese a que el termómetro había marcado todo el día una temperatura elevada a la sombra.

—Me parece, caballero —expresó Richard Swiveller, quitándose la pluma de la boca—, que desea echar un vistazo a la habitación. Es encantadora, con una vista muy amplia a... la calle, y se encuentra a un minuto andando de... de la esquina. Hay cerveza muy cerca de aquí, así como otras muchas amenidades.

—¿Cuánto es el alquiler? —preguntó el caballero soltero.

—Una esterlina a la semana —contestó Dick, encareciendo el precio.

—Lo tomo.

—La limpieza de calzado y ropa va aparte —precisó Dick—, y la chimenea en invierno es...

—Es... estoy de acuerdo con todo —proclamó el caballero soltero.

—Dos semanas mínimo —agregó Dick— son...

—¡Dos semanas! —gruñó el caballero soltero, mirándolo de los pies a la cabeza—. ¡Dos años! Yo pasaré aquí dos años. Aquí tiene diez esterlinas. Trato hecho.

—Bueno, verá usted —especificó Dick—. Yo no soy Brass, y...

—¿Y quién ha dicho que lo sea? Yo no soy Brass..., ¿y qué?

—Es como se llama el dueño de la casa —explicó Dick.

—Me alegra saberlo —repuso el caballero soltero—. Es un buen nombre para un abogado. ¡Cocheo, ya puede irse! Y usted también, caballero.

El señor Swiveller no supo qué hacer al verse despachado por el caballero soltero de aquella manera y se lo quedó mirando casi con la misma intensidad con que había mirado a la señorita Sally. El caballero soltero, sin embargo, no pareció en modo alguno afectado por dicha circunstancia, sino que, con perfecta calma, se quitó la bufanda que le apretaba el cuello y, después, las botas. Liberado de estos estorbos, se despojó de las otras prendas, que fue plegando y metiendo luego en el baúl. Finalmente, bajó las persianas, corrió las cortinas, dio cuerda al reloj y, de manera pausada y metódica, se metió en la cama.

—Quite el letrero —fueron sus palabras de despedida, sacando la cabeza entre las cortinas— y que nadie me llame hasta que yo no haga sonar la campanilla.

Con esto, cerró las cortinas y empezó a roncar de inmediato.

—¡Qué casa tan curiosa, por no decir sobrenatural! —musitó el señor Swiveller mientras volvía al despacho con el letrado en la mano—. ¡Una dragona en el bufete que se conduce como un profesional, una cocinera de un metro de altura que aparece como por arte de magia, un forastero que se mete en la cama sin permiso ni licencia en pleno día! Si al final resultara ser uno de esos tipos milagrosos que se quedan dormidos durante dos años seguidos, ¡en menudo lío me he metido! Pero es mi destino, y espero que a Brass le guste. Lamentaré que no sea así. Pero eso no es asunto mío... ¡Yo no tengo nada que ver con todo eso!

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Al volver a casa, el señor Brass escuchó el relato de su escribano, que lo dejó sumamente complacido y satisfecho, y le pidió el billete de diez libras, que, tras examinarlo minuciosamente, resultó ser de curso legal —del gobernador de la Compañía del Banco de Inglaterra—, con lo que su buen humor aumentó considerablemente. Estaba tan desbordante de liberalidad y condescendencia que, en la plenitud de su exultación, invitó al señor Swiveller a compartir un tazón de ponche en ese remoto e indefinido período que se llama vulgarmente «uno de estos días» y le tributó repetidos cumplidos por la inusual aptitud para los negocios que su desempeño en el primer día de trabajo había puesto de manifiesto de manera tan fehaciente.

El señor Brass tenía la máxima de que tributar cumplidos mantenía lubricada su lengua sin gasto alguno; y, como este miembro tan útil nunca debía oxidarse ni crujir al girar sobre sus goznes tratándose de un buen intérprete de la ley, el cual debía poseer siempre una especial facilidad de palabra, él mismo aprovechaba cualquier oportunidad para entregarse a discursos bellos y expresiones laudatorias. Ello se había vuelto tan habitual en él que, si no podía afirmarse que tuviera la lengua en las puntas de los dedos, sí podía decirse que la tenía en cualquier sitio menos en la cara; la cual, siendo ruda y repulsiva, como ya hemos visto, no se lubricaba fácilmente y permanecía ceñuda incluso en las conversaciones apacibles, cual almenara puesta allí por la naturaleza para aconsejar a quienes navegan por los bajíos y tempestades del mundo, o por el proceloso mar de la ley, que busquen puertos menos traicioneros y prueben fortuna en otra parte.

Mientras el señor Brass colmaba de cumplidos a su escribano e inspeccionaba el billete de diez libras, la señorita Sally mostraba escasa emoción —o, en todo caso, una emoción nada agradable—, pues como su tendencia en la práctica jurídica había consistido en concentrarse en las

pequeñas ganancias y las rapiñas, y en aguzar y afilar su sabiduría natural, no le ocasionó poco desencanto que el caballero soltero hubiera obtenido la habitación por tan módico precio, convencida de que, viéndosele tan interesado por la misma, se le debería haber cargado por lo menos el doble o triple del alquiler habitual, y, en proporción directa al interés mostrado, el señor Swiveller habría debido pedirle más. Pero ni la buena opinión del señor Brass ni la insatisfacción de la señorita Sally impresionaron lo más mínimo al joven caballero, quien, delegando en su aciago destino la responsabilidad de cualquier otro acto y posteriores hechos hacederos, estaba completamente resignado e imperturbable, prácticamente preparado para lo peor y filosóficamente indiferente para lo mejor.

—Buenos días, señor Richard —deseó Brass al señor Swiveller el segundo día de su escribanía—. Sally le ha conseguido un taburete de segunda mano; fue ayer por la noche, en Whitechapel. Es una mujer única en su género para el regateo, le puedo asegurar, señor Richard. Le parecerá un taburete de primera mano, estoy segurísimo.

—Pues parece un tanto cascado, a primera vista —repuso Dick.

—Cuando se haya sentado, le parecerá un taburete sumamente cómodo, puede creerme —le contradijo el señor Brass—. Lo compró en el mercadillo que hay frente al hospital y, como ha estado expuesto a los elementos uno o dos meses, ha cogido algo de polvo y está un poco tostado por el sol, nada más.

—Espero que no haya cogido ninguna fiebre ni nada por el estilo —expresó Dick, sentándose con pocas ganas entre el señor Sampson y la casta Sally—. Una de las patas parece más larga que las otras.

—Luego le pondremos un taco, caballero —prometió Brass—. ¡Ja, ja, ja! Le pondremos un taquito, caballero; he ahí otra ventaja derivada de que mi hermana vaya al mercado. La señorita Brass, señor Richard, es...

—¿Quieres callarte? —interrumpió el bello tema de estas observaciones, levantando la vista de los papeles—. ¿Cómo quieres que trabaje si no dejas de hablar?

—¡Qué rara eres! —exclamó el abogado—. Unas veces sólo quieres charlar; otras, sólo trabajar. Nunca sabe uno de qué humor va a encontrarte.

—Ahora tengo humor de trabajo —replicó Sally—; así que no me molestes, por favor. Y no lo distraigas a él tampoco —agregó la señorita Sally apuntando con la pluma a Richard—. Me huele que no va a hacer gran cosa.

El señor Brass sintió evidentemente una fuerte inclinación a dar una airada respuesta, pero se vio disuadido por razones de prudencia o timidez, pues sólo

musitó algo sobre «circunstancias agravantes» y «vagabundo», sin relacionar los términos con ningún individuo en concreto, sino con alguna idea abstracta que le había pasado por la mente. Escribieron en silencio durante bastante tiempo, un silencio tan insoportable que el señor Swiveller (que necesitaba un poco de distracción para poder trabajar) se quedó dormido varias veces y, con los ojos cerrados, escribió varias palabras extrañas con caracteres desconocidos hasta que, finalmente, la señorita Sally interrumpió la monotonía del bufete sacando del bolsillo la tabaquera y esnifando una pizca de rapé, para después expresar la opinión de que la culpa era del señor Richard Swiveller.

—¿La culpa de qué, si se puede saber? —preguntó Richard.

—Como sin duda sabe —contestó la señorita Brass—, el inquilino no se ha levantado aún, ni se ha visto ni oído nada de él desde que se encamó ayer a mediodía.

—Muy bien, señorita —replicó Dick—. Supongo que si ha desembolsado diez libras es para poder dormir en paz y tranquilidad, si así le place.

—Pues yo empiezo a pensar que no se va a despertar nunca —repuso la señorita Sally.

—Es una circunstancia muy curiosa —terció Brass; posando la pluma—; realmente curiosa. Señor Richard, si a este caballero lo encontráramos ahorcado en el poste de la cama o si se produjera cualquier accidente del género, ¿recuerda, señor Richard, que este billete de diez libras le fue entregado en pago parcial por dos años de alquiler? Señor Richard, le convendría tomar nota de este extremo en caso de que alguna vez lo citaran para prestar declaración.

El señor Swiveller tomó una cuartilla y, con semblante de profunda gravedad, se dispuso a hacer una anotación en un ángulo.

—Nunca es uno demasiado prudente —incidió el señor Brass—. Hay mucha maldad en el mundo, mucha maldad. ¿Le dijo por casualidad el caballero...? Pero no se preocupe de esto ahora. Termine esa pequeña anotación.

Dick así lo hizo y se la entregó al señor Brass, quien se había levantado de la silla y estaba paseando de un lado a otro de la estancia.

—Oh, esta es la anotación, ¿verdad? —preguntó Brass, repasando el documento—. Muy bien. Ahora, señor Richard, quiero saber una cosa: ¿le dijo el caballero algo más?

—No.

—¿Está seguro, señor Richard —insistió Brass con tono solemne—, de que el caballero no dijo nada más?

—Ni una palabra más —respondió Dick.

—Recapacite de nuevo —volvió a la carga Brass—. Es mi obligación, dada mi posición y como honorable miembro de la institución togada, la primera institución de este país, o de cualquier otro, o de cualquiera de los planetas que brillan sobre nosotros de noche y que se supone que están habitados..., es mi deber, digo, como honorable miembro de dicha institución, no hacerle una pregunta capciosa en un asunto de especial sutileza e importancia. ¿Dijo el caballero, a quien a usted alquiló ayer a mediodía la habitación del primer piso, y que portaba un baúl de su propiedad, dijo algo más de lo que figura en esta anotación?

—Anda, no digas tonterías —expresó la señorita Sally.

Dick la miró primero a ella, después a Brass, después de nuevo a la señorita Sally, para volver a decir:

—No.

—¡Buah! ¡Que el diablo se lo lleve, señor Richard! ¡Qué aburrido es usted! —exclamó Brass, relajándose con una sonrisa—. ¿Dijo algo sobre dicha propiedad?

—Esa manera de plantearlo me parece ya mejor —opinó la señorita Sally, asintiendo a lo que decía su hermano.

—¿Dijo, por ejemplo...? —apostilló Brass con un tono relajado y familiar —, cuidado, no estoy diciendo que lo dijera, sólo le estoy pidiendo que refresque la memoria; ¿dijo, por ejemplo, que era forastero, que no tenía ganas o no estaba en condiciones de ofrecer referencias, que creía que teníamos derecho a exigir las, y que, en caso de que le ocurriera algo, en cualquier momento, deseaba particularmente que cualquier propiedad que tuviera aquí se considerara mía, como pequeña recompensa por la molestia y engorro que yo pudiera padecer...?, ¿y no se vio usted, en una palabra —añadió Brass con un aire más relajado y familiar que antes—, no se vio usted inducido a aceptarlo en mi nombre como inquilino bajo estas condiciones?

—Ciertamente, no —respondió Dick.

—Entonces, señor Richard —prosiguió Brass, lanzándole una mirada desdeñosa y acusadora—, permítame que le diga que se ha equivocado de profesión y que no entenderá nunca de leyes.

—Ni aunque viviera mil años —encareció la señorita Sally.

Dicho lo cual, el hermano y la hermana esnifaron cada cual una pizca de rapé de la tabaquera y se sumieron en un estado de profunda reflexión.

No pasó nada más hasta la hora del almuerzo del señor Swiveller, que fue a

las tres de la tarde, pero que a él le pareció que nunca llegaría. A la primera campanada, el nuevo escribano desapareció. A la última campanada de las cinco, reapareció, y el despacho se llenó, como por ensalmo, de una fragancia a ginebra y cáscara de limón.

—Señor Richard —profirió Brass—, ese hombre no se ha levantado todavía. Nada lo va a despertar. ¿Qué hemos de hacer?

—Yo lo dejaría dormir hasta que se harte —respondió Dick.

—¡Hasta que se harte... —repitió Brass—, si lleva ya veintiséis horas durmiendo! Hemos arrastrado todos los armarios habidos y por haber, hemos dado el doble de golpes en la puerta de la calle, hemos tirado a la criada por las escaleras varias veces (pesa poco y no se ha hecho demasiado daño), y nada lo ha despertado.

—Tal vez con una escalera de mano —sugirió Dick— se podría acceder por la ventana del primer piso...

—Pero hay una puerta de por medio; además, ¡qué dirían los vecinos! —se opuso Brass.

—¿Qué me dice de subir al tejado de la casa por la trampilla y descender por la chimenea? —sugirió Dick.

—Esa sería una idea excelente si hubiera alguien... —opinó Brass mirando fijamente al señor Swiveller— lo bastante amable, entregado y generoso para llevar a cabo esa tarea. Seguro que la empresa no es tan desagradable como se puede suponer.

Dick había hecho esta sugerencia pensando que su ejecución sería incumbencia de la señorita Sally. Como Dick no decía nada y no parecía darse por aludido, el señor Brass propuso que subieran todos a la planta de arriba e hicieran un último esfuerzo para despertar al inquilino por algún medio menos violento, y que sólo si esto fracasaba se recurriría a medidas más contundentes. El señor Swiveller se mostró de acuerdo, cogió el taburete y la regla grande y se dirigió con el abogado a la escena de la acción, donde la señorita Brass ya estaba haciendo sonar una campanilla con todas sus fuerzas, sin producir, empero, el menor efecto en el misterioso huésped.

—¡Esas son sus botas, señor Richard! —señaló Brass.

—Tienen también el mismo aspecto obstinado —comentó Richard Swiveller.

En efecto, allí había un par de botas muy macizas, tan firmemente plantadas en el suelo como si las piernas de su propietario siguieran dentro; con sus suelas anchas y puntas romas, parecían haber tomado posesión del lugar que ocupaban mediante la fuerza bruta.

—No se divisa más que la cortina de la cama —informó Brass, mirando por el ojo de la cerradura—. ¿Es un tipo fuerte, señor Richard?

—Bastante —contestó este.

—Sería muy desafortunado verlo salir de repente, con cajas destempladas —expresó Brass—. Mantendremos despejada la escalera. Yo me enfrentaría a él, por supuesto; pero, como dueño de la casa, debo respetar las leyes de la buena hospitalidad. ¡Eh, oiga! ¿Hay alguien ahí? —vociferó.

Mientras el señor Brass, con el ojo pegado a la cerradura, gritaba de esta manera a fin de llamar la atención del inquilino, y mientras la señorita Brass se desvivía tocando la campanilla, el señor Swiveller colocó el taburete junto a la puerta, se subió encima bien pegado a la pared —de modo que si el inquilino salía de improviso pasara por su lado sin verlo— e inició una endiablada batahola dando reglazos sobre los paneles superiores de la puerta. Cautivado por su propio ingenio y confiado en su posición prepotente, que había copiado de los individuos forzudos que abren las puertas del patio de butacas y de tribuna de los teatros las noches muy concurridas, el señor Swiveller aporreó la puerta con tanto furor que el ruido de la campanilla quedó completamente ahogado, y la pequeña criada, que se había acurrucado en un rincón de la escalera, lista para huir a la primera señal de alarma, se vio obligada a taparse los oídos para no quedarse sorda de por vida.

De repente, la puerta se abrió por dentro con violencia. La criada salió a refugiarse en la carbonera, la señorita Sally se encerró en su alcoba y el señor Brass, que no se distinguía por ser particularmente corajudo, salió corriendo hasta la esquina de la calle y, al ver que nadie lo había seguido, armado como iba con un atizador u otro objeto contundente, se metió las manos en los bolsillos y volvió silbando como si tal cosa.

Entretanto, el señor Swiveller, encaramado al taburete y siempre pegado a la pared, miraba, no sin preocupación, al caballero soltero, quien había aparecido en la puerta gruñendo y maldiciendo de manera espantosa y, con las botas en la mano, parecía tener la intención de lanzarlas al tuntún escaleras abajo. Cosa que al final no hizo. Cuando volvía de nuevo a su habitación, profiriendo todavía gritos vengativos, sus ojos se cruzaron con los de Richard, que se mantenía en guardia.

—¿Es usted quien ha estado haciendo ese ruido tan espantoso? —preguntó el caballero soltero.

—He colaborado —respondió Dick sin quitarle el ojo y agitando la regla gentilmente en la mano derecha para indicar al caballero soltero lo que se podía esperar si hacía algún amago de violencia.

—¿Cómo se atreve? —espetó el inquilino—. ¿Eh?

A lo que Dick no dio ninguna respuesta; antes bien, preguntó al inquilino si consideraba acorde con la conducta y carácter de un caballero dormir veinticinco horas seguidas, y si la paz de una familia afable y virtuosa no pesaba nada en la balanza.

—¿Y no pesa nada mi paz? —preguntó el caballero soltero.

—¿Y la paz de la familia? —replicó Dick—. No es mi estilo lanzar amenazas, caballero, pues la ley no permite amenazas, que contempla como delito; pero si alguna vez usted hace eso de nuevo, tenga cuidado de que, antes de despertar, el juez de instrucción no haya mandado que lo entierren en el cementerio más próximo. Caballero, nos ha distraído de nuestras ocupaciones el temor a que usted pudiera haber muerto —prosiguió Dick mientras bajaba del taburete— y, sobre todo, no podemos permitir que un señor soltero alquile esta habitación y duerma en ella como dos caballeros, sin pagar también el doble.

—¡No me diga! —exclamó el inquilino.

—¡Sí le digo, caballero! —replicó Dick, plegándose a su destino y decidido a decir lo primero que le viniera a la mente—. Un solo somier y un solo colchón no dan para una doble cantidad de sueño, y si usted tiene intención de dormir de esa manera, debe pagar un alquiler doble. En vez de enfurecerse y rebatir estas observaciones, el inquilino esbozó una amplia sonrisa y miró al señor Swiveller con ojos relucientes. Era un hombre de cara morena, curtida por el sol, que parecía todavía más moreno y curtido por llevar puesto el gorro de dormir. Como saltaba a la vista que debía de ser un tipo colérico en algunos aspectos, el señor Swiveller sintió alivio al comprobar que estaba de buen humor y, para que no abandonara dicha disposición, empezó a sonreír él también.

Al haber sido despertado de una manera tan ruda, el inquilino, furioso, había ladeado el gorro más de la cuenta, lo que, al ser calvo, le prestaba cierto aire excéntrico y canallesco que al señor Swiveller, ahora que podía observarlo mejor, le hizo mucha gracia. Este, deseoso de congraciarse con el caballero, expresó la esperanza de que no siguiera durmiendo y de que, en lo sucesivo, nunca volviera a dormir tanto.

—Entre, descarado bribón —fue la respuesta del inquilino mientras se volvía para entrar en la habitación.

El señor Swiveller lo siguió hasta el interior dejando el taburete fuera, pero conservando la regla por si se producía alguna sorpresa, y se alegró de haber tomado esta medida de prudencia cuando el soltero, sin previo aviso ni explicación de ningún tipo, cerró la puerta con dos vueltas de llave.

—¿Le apetece tomar algo? —fue su siguiente pregunta.

El señor Swiveller contestó que acababa de calmar los tormentos de la sed, pero que estaba abierto a un «traguito» si el líquido se hallaba a mano. Sin ninguna palabra más por ninguna de las partes, el inquilino sacó de su gran baúl una especie de templete reluciente, como de plata fina, y lo colocó cuidadosamente sobre la mesa.

El señor Swiveller observó la escena con sumo interés. En un pequeño compartimento del templete, el inquilino echó un huevo; en otro, un poco de café; en un tercero, un filete crudo, guardado en una caja de hojalata; y en un cuarto echó un poco de agua. A continuación, sacó un fósforo de una cajetilla y lo aplicó a un hornillo situado en la parte baja del mismo templete; después cerró las puertecillas de los tres compartimentos, que volvió a abrir; y poco después, como por arte de magia, el filete estaba hecho, el huevo cocido, el café en su punto y el desayuno listo.

—¡Agua caliente! —profirió el inquilino, ofreciéndosela al señor Swiveller con la misma naturalidad que si se hubieran encontrado en una cocina normal —, ron fuera de serie, azúcar y un vaso de viaje. Mézclelo todo a su gusto. Y hágalo deprisa.

Dick obedeció, mirando alternativamente el templete, que estaba sobre la mesa y que parecía hacerlo todo, y el gran baúl, que parecía contenerlo todo. El inquilino tomó el desayuno con la mayor naturalidad, como si estuviera acostumbrado a aquel tipo de milagros.

—El hombre de la casa es abogado, ¿no es cierto? —preguntó este. Dick asintió con la cabeza. El ron era increíble.

—La mujer de la casa... ¿qué es?

—Una dragona —contestó Dick.

El hombre soltero, tal vez porque se había encontrado en sus viajes con seres semejantes o tal vez porque era efectivamente un caballero soltero, no mostró la menor sorpresa, sino que se limitó a preguntar:

—¿Esposa o hermana?

—Hermana —contestó Dick.

—Mejor así —observó el caballero soltero—. Así se puede librar de ella cuando le parezca.

Tras un breve silencio, agregó:

—Escuche, joven, yo quiero hacer lo que me plazca. Acostarme cuando me plazca, levantarme cuando me plazca, entrar cuando me plazca, salir cuando me plazca. No me gusta que me hagan preguntas ni que me espíen. A este respecto, la servidumbre es peor que el diablo. Sólo hay una criada aquí.

—Es muy pequeña —precisó Dick.

—Es muy pequeña —repitió el inquilino—. Bueno, el lugar me conviene, ¿no?

—Sí —respondió Dick.

—Son unos pajarracos, supongo, ¿no? —preguntó el inquilino.

Dick asintió con la cabeza y vació el vaso.

—Que sepan cómo me las gasto —expresó el caballero soltero, levantándose—. Si me molestan, perderán a un buen inquilino. Que les baste con saber esto. Si tratan de conocer más cosas..., eso equivaldrá a despedirme. Es mejor dejar las cosas bien claras desde el principio. Que tenga usted un buen día.

—Un momento —enunció Dick, deteniéndose antes de alcanzar la puerta, que el inquilino ya había abierto—. «Si aquel que te adora no te deja más que el nombre...».

—¿Qué quiere decir?

—Más que el nombre —repitió Dick. Que diga usted al menos su nombre, en caso de que reciba alguna carta o paquete.

—Yo nunca recibo ese tipo de cosas —replicó el inquilino.

—Pues entonces..., en caso de que alguien venga a visitarlo.

—No vendrá nadie a visitarme.

—Si se produce algún error por no saber cómo se llama, no me eche luego a mí la culpa, caballero —advirtió Dick, resistiéndose aún a salir—. «¡Ah, no inculpen al bardo...!».

—Yo no le echaré la culpa a nadie —espetó el inquilino con tal irascibilidad que al instante Dick se encontró en la escalera, con la puerta cerrada.

El señor Brass y la señorita Sally habían estado espiando; en realidad, sólo se habían apartado del ojo de la cerradura al producirse la abrupta salida del señor Swiveller. Pero, por mucho que lo intentaron, no lograron oír ni una palabra de la entrevista a causa de la disputa que habían mantenido para apropiarse del ojo de la cerradura, una disputa acompañada de empujones, pellizcos y otras pantomimas. Así que hicieron a Dick entrar en el despacho a toda prisa para que les relatara la conversación.

El señor Swiveller contó fidedignamente lo que atañía a los deseos y carácter del caballero soltero, y poéticamente lo que atañía al gran baúl, del que hizo una descripción más notable por el vuelo de la imaginación que por

atenerse a la verdad; declarando, con precisas aseveraciones, que contenía un espécimen de cada alimento y vino conocidos en nuestro tiempo, y que era de género automático —y servía para cualquier cosa que se necesitara—, impulsado por un mecanismo probablemente de relojería. También les comunicó que el aparato de cocción asaba un exquisito filete de solomillo de unas seis libras de peso en dos minutos y un cuarto, como él mismo había podido ver y reconocer por su sentido del olfato; y que, produjérase el efecto como se produjera, había visto hervir y borbotear agua cuando el caballero soltero guiñaba un ojo; de dichos hechos, él (el señor Swiveller) se veía inducido a inferir que el inquilino debía de ser un mago o químico de primer orden, o ambas cosas a la vez, y el que residiera bajo aquel techo no podía por menos de, en algún día futuro, proporcionar gran crédito y distinción al nombre de Brass y aportar un renovado interés a la historia de Bevis Marks.

Hubo un punto sobre el que el señor Swiveller juzgó innecesario extenderse, a saber, sobre el modesto trago que, a causa de su fuerza intrínseca y de haberlo tomado inmediatamente después de la moderada pócima ingerida en el almuerzo, le produjo una ligera fiebre, obligándole a beber dos o tres tragos moderados en la taberna durante el transcurso de la tarde.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Como, transcurridas varias semanas en su calidad de inquilino, el caballero soltero todavía se negaba a relacionarse —ya de palabra, ya por gestos— con el señor Brass o su hermana Sally y elegía invariablemente a Richard Swiveller como canal habitual de comunicación, y como, por otra parte, resultaba en todos los aspectos un huésped ideal, que pagaba todo por adelantado, no causaba ninguna o muy pocas molestias, no hacía ruido y se retiraba temprano, el señor Richard acabó adquiriendo de manera imperceptible una posición importante en la familia al ser el único que tenía influencia en el misterioso inquilino y podía negociar con él, para bien o para mal, toda vez que nadie más se atrevía a acercarse a su persona.

Si se debe decir toda la verdad, las relaciones del señor Swiveller con el caballero soltero eran en realidad algo distantes y experimentaban pocos progresos; pero como raras veces este volvía de una conferencia monosilábica con el desconocido sin citar expresiones tales como «Swiveller, sé que puedo contar con usted», «no tengo duda en decirle, Swiveller, que le profeso cierta consideración» o «Swiveller, usted es mi amigo y estoy seguro de que se pondrá de mi lado», con muchas otras frases breves del mismo tono familiar y comunicativo que el caballero soltero le dirigía de manera habitual, ni al señor

Brass ni a la señorita Sally se les había ocurrido cuestionar la importancia de su influjo, sino que le daban el más pleno e incondicional crédito. Pero, independientemente de esta fuente de popularidad, el señor Swiveller se había hecho con otra, que prometía ser igualmente perdurable y realizaba notablemente su posición.

El señor Swiveller se había ganado el favor de la señorita Sally Brass. Que los escarnecedores de la fascinación femenina no agucen el oído para oír un nuevo cuento de amor que les sirva de rechifla, pues la señorita Brass, por muy conformada que pudiera estar para ser amada, no era de naturaleza amorosa. Esta amable virgen, que se había agarrado a las faldas del Derecho desde su temprana juventud y se había sostenido con su ayuda, por así decir, desde sus primeros pasos sin soltarlas desde entonces, había pasado la vida en una especie de infancia jurídica. Cuando apenas balbuceaba las primeras palabras, ya era experta en imitar los andares y modales de un agente judicial, golpeando en la espalda, como es propio de este personaje, a sus escasos compañeros de juego y encerrándolos en cárceles imaginarias, con una pericia que era el asombro y delicia de cuantos la veían actuar, sólo superada por la manera encantadora en que ejecutaba un embargo en su casa de muñecas, de cuyas sillas y mesas levantaba acta con la mayor exactitud. Estos ingenuos pasatiempos habían aliviado y alegrado naturalmente el declive de su padre viudo, caballero ejemplar como pocos (llamado «viejo zorro» por sus amigos a causa de su extremada sagacidad), quien los alentaba hasta límites indecibles y cuyo principal pesar, cuando vio que se acercaba al camposanto de Houndsditch, fue que su hija no pudiera licenciarse en Derecho ni inscribirse en el registro de abogados. Lleno de este pesar afectuoso y de esta tristeza conmovedora, la había confiado solemnemente a su hijo Sampson cual auxiliar de valor inestimable; y desde el fallecimiento del anciano caballero hasta el período que aquí nos ocupa, la señorita Sally Brass había sido el pilar más importante del bufete.

No tiene nada de extraño, pues, que, habiéndose dedicado desde la infancia a este desempeño, la señorita Brass supiera muy poco de las cosas del mundo no directamente relacionadas con el ámbito del Derecho y que, de una dama dotada de gustos tan elevados, no se pudiera esperar el cultivo de esas artes más gentiles y graciosas en las que destacan, por lo general, las mujeres. Los logros de la señorita Sally eran todos de índole masculina y estrictamente jurídica. Empezaban con la práctica jurídica y terminaban con ella. En una palabra, vivía en una especie de inocencia legal. La ley había sido su nodriza. Y, así como la cojera o alguna otra deformidad física en los niños son achacables a una insuficiente atención por parte de la nodriza, si en una mente tan hermosa como la suya pudiera encontrarse alguna deficiencia o inconveniencia moral, la única culpable habría sido la susodicha nodriza.

Fue en semejante dama, pues, en la que el señor Swiveller hizo irrupción rebosante de frescura, como algo nuevo y hasta entonces nunca soñado. Alegraba este el bufete con alguna que otra canción, hacía malabarismos con tinteros y cajas de galletas, sostenía tres naranjas en una mano, se ponía un taburete sobre la barbilla y un cortaplumas sobre la nariz sin que se le cayeran, y realizaba otras cien proezas con igual habilidad; esparcimientos con los que Richard, en ausencia del señor Brass, solía aliviar asimismo el tedio de su confinamiento. Estas cualidades sociales, que la señorita Sally descubrió al principio de manera accidental, poco a poco dejaron una huella tan profunda en ella que acabó diciéndole al señor Swiveller que se sintiera como en casa, como si ella no estuviera a su lado, a lo que el señor Swiveller accedió con mucho gusto. Así se fue fraguando una amistad entre los dos. El señor Swiveller acabó considerándola como la consideraba su hermano Sampson, y como habría considerado a cualquier otro escribano. Le enseñó incluso algunos juegos —de dados y de cartas— para decidir quién de los dos debía ir a Newmarket por fruta, gaseosa de jengibre, patatas asadas, o incluso una bebida alcohólica, que ella no tenía escrúpulo en compartir. Asimismo, la convencía fácilmente para que ella hiciera parte de su trabajo de escritura, y a veces la recompensaba con una palmadita en la espalda proclamando que era una chica endiabladamente buena, una colega estupenda, etcétera; cumplidos que la señorita Sally recibía de buen grado e incluso con suma satisfacción.

Había algo que turbaba la mente del señor Swiveller sobremanera, y era que la pequeña criada siempre permanecía encerrada en las vísceras de la tierra, bajo Bevis Marks, y nunca emergía a la superficie a no ser que el caballero soltero tocara la campanilla, a cuyo sonido acudía enseguida para volver a desaparecer inmediatamente. Nunca salía ni entraba en el despacho, ni tenía la cara limpia, ni se quitaba el feo delantal, ni se asomaba a ninguna ventana, ni salía a la puerta de la casa a respirar un poco de aire fresco, ni conocía descanso ni goce alguno. Nadie venía nunca a verla, nadie hablaba de ella, nadie se preocupaba por ella. El señor Brass había dicho en cierta ocasión que la creía «hija del amor» (lo que no implicaba necesariamente que fuera una «hija amada»), y esa era la única información sobre ella que Richard Swiveller había podido obtener.

«No servirá de nada preguntarle a la dragona —pensó Dick un día mientras, sentado en su taburete, contemplaba los rasgos de la señorita Sally Brass—. Sospecho que, si le hago alguna pregunta sobre este, tema, nuestra alianza habrá tocado a su fin. Me pregunto si es una dragona o se parece tal vez a una sirena. Tiene un aspecto más bien escamoso. Pero a las sirenas les gusta mirarse en el espejo, y ella nunca lo hace. Y también tienen la costumbre de peinarse el pelo, costumbre que ella no tiene. No, definitivamente es una dragona».

—¿A dónde va, vieja camarada? —preguntó Dick en voz alta a la señorita Sally mientras esta secaba la pluma, como siempre, en su vestido verde y se levantaba de la silla.

—A almorzar —contestó la dragona.

«¡A almorzar! —pensó Dick—. He aquí otro misterio. Sospecho que la pequeña criada nunca tiene nada que comer».

—Sammy no estará en casa —agregó la señorita Brass—. Quédate aquí hasta que yo vuelva. No tardaré mucho.

Dick asintió y siguió a la señorita Brass... con los ojos hasta la puerta y con los oídos hasta un cuarto trasero, donde ella y su hermano tomaban generalmente sus comidas.

«Ahora —se dijo Dick paseando de un extremo a otro con las manos en los bolsillos— daría lo que fuera por saber cómo tratan a esa niña y dónde la tienen encerrada. Mi madre debió de ser una mujer muy curiosa; no me cabe duda de que estoy marcado con un signo de interrogación en alguna parte. Ah, los sentimientos yo los ahogo, pero tú eres la causa de esta angustia... —pensó el señor Swiveller en clave poética mientras se arrellanaba en el sillón del cliente—. Me gustaría saber cómo la tratan».

Después de un buen rato devanándose los sesos, el señor Swiveller abrió suavemente la puerta del bufete con la intención de cruzar rápidamente la calle en busca de una cerveza negra ligera. En ese momento, captó un vislumbre del tocado marrón de la señorita Brass, que bajaba deprisa las escaleras de la cocina.

«¡Por todos los demonios! —pensó Dick—. Seguro que va a dar de comer a la pequeña criada. ¡Ahora o nunca!».

Se asomó por la barandilla, dejando que el tocado desapareciera en la oscuridad, bajó a tientas y se detuvo en la puerta de una cocina trasera después de que la señorita Brass entrará por la misma puerta con una pierna de cordero fría. Era un lugar deprimente, de techo bajo, oscuro y húmedo, con las paredes desfiguradas por mil grietas y desconchones. Por un cubo agujereado se filtraba agua, que un gato famélico lamía con avidez. La parrilla, que era muy ancha, estaba combada y atornillada con fuerza, y apenas contenía cuatro brasas. Todo estaba bien cerrado: la carbonera, la caja de las velas, la caja de la sal, la caja de la carne; todo cerrado con candado. No había nada con lo que un escarabajo hubiera podido desayunar; el aspecto miserable del lugar habría matado igualmente a un camaleón: con el primer bocado, habría comprendido que el aire no era comestible y habría expirado de desesperación.

La pequeña criada estaba frente a la señorita Sally con actitud humilde y la

cabeza inclinada.

—¿Lista? —preguntó la señorita Sally.

—Sí, señorita —respondió una voz débil.

—Aléjate de la pierna de cordero; sé que te lanzarías sobre ella —ordenó la señorita Sally.

La pequeña se retiró a un rincón. La señorita Brass sacó una llave del bolsillo, abrió la fresquera y sacó varios restos de patatas frías, que parecían tan comestibles como Stonehenge. Los colocó delante de la pequeña criada y le mandó que se sentara delante. Después, empuñando un cuchillo grande, se puso a afilarlo contra un tenedor de trinchar.

—¿Ves esto? —preguntó la señorita Brass, cortando dos lonchas finas de cordero frío y sosteniéndolas en la punta del tenedor.

La pequeña criada miró fijamente con unos ojos que parecían comerse cada fibra, cada piltrafa de la carne, y contestó:

—Sí.

—Entonces, no se te ocurra decir nunca —amonestó la señorita Sally— que aquí no hay carne. Toma, come.

Las dos lonchas finas fueron comidas en un santiamén.

—Ahora, ¿quieres un poco más? —preguntó la señorita Sally.

La hambrienta criatura contestó con un débil «no». Evidentemente, seguía un guion previamente establecido.

—Se te ha ofrecido una vez carne —aseveró la señorita Brass resumiendo los hechos—. Has tenido todo lo que puedes comer, te han preguntado si querías más y tu respuesta ha sido «no». Así que no vayas luego diciendo que se te ha negado algo.

Con estas palabras, la señorita Sally retiró la carne, cerró la fresquera y, acercándose a la pequeña criada, la vigiló mientras se terminaba las patatas.

Era evidente que algún rencor extraordinario roía el gentil pecho de la señorita Brass, y que eso fue lo que la impelió, sin ningún motivo aparente, a golpear a la niña con el cuchillo, primero en la mano, luego en la cabeza y después en la espalda, como si le resultara imposible estar tan cerca de ella sin administrarle una tanda de golpecitos. Pero el señor Swiveller quedó no poco asombrado al ver que su colega, después de recular despacio hacia la puerta, como si intentara retirarse de la habitación sin poder conseguirlo, se precipitaba hacia delante y, cayendo sobre la pequeña criada, le propinaba puñetazos a mansalva. La víctima empezó a llorar, pero de una manera

contenida, como temiendo levantar demasiado la voz, y la señorita Brass, tras consolarse con una pizca de rapé, se dispuso finalmente a subir las escaleras; pero para entonces Richard ya había alcanzado el despacho.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Entre otras manías, que eran muchas y a las que cada día suministraba algún nuevo espécimen, el caballero soltero profesaba un interés extraordinario por el espectáculo de Polichinela. Si llegaba a Bevis Marks el eco de la voz de Polichinela, por distante que fuera, el caballero soltero, aunque se encontrara en la cama y dormido, se despertaba al punto y, vistiéndose a toda prisa, se dirigía corriendo al lugar y volvía a la cabeza de una larga procesión de curiosos, con el teatro y sus propietarios en medio. El teatrillo se montaba enseguida delante de la casa del señor Brass; el caballero soltero se acomodaba junto a la ventana del primer piso, y entonces comenzaba el espectáculo, con su excitante acompañamiento de pífano, tambor y gritos, para gran consternación de todos los sobrios negociantes de la silenciosa calle. Hubiera podido decirse que, terminada la representación, tanto los intérpretes cómo el público se dispersaban; pero el epílogo era peor que la obra, pues, en cuanto moría el diablo, el director de los muñecos y su socio acudían a la habitación del caballero soltero, donde eran agasajados con aguardientes de su almacén _privado y mantenían con él largas conversaciones, cuyo contenido habría sido difícil de adivinar para cualquier humano. Pero el secreto de tales conversaciones revestía poca importancia. Baste con saber que, mientras departían, la gente seguía congregada cerca de la casa, los niños aporreaban el tambor con los puños e imitaban a Polichinela con sus tiernas voces, la ventana del bufete quedaba opaca por tanta nariz a ella pegada, el ojo de la cerradura de la puerta de la calle brillaba con ojos curiosos, cada vez que el caballero soltero o uno de sus dos invitados era visto en la ventana del primer piso, o apenas asomaba la punta de la nariz, se producía un estallido de execraciones del populacho, que gritaba y vociferaba sin resignarse hasta que los titiriteros bajaban, para poder seguirlos a otra parte. Baste saber, en suma, que Bevis Marks se revolucionaba con estos movimientos populares y que la paz y el silencio huían del barrio.

A nadie le indignaban más tales acontecimientos que al señor Sampson Brass, quien, no pudiendo en modo alguno permitirse el lujo de perder a un inquilino tan rentable, recibía resignado la afrenta junto con el alquiler; pero importunaba a su vez a las personas que se arremolinaban alrededor de su puerta con cuantos medios de venganza tenía a su disposición. Así, vertía agua sucia sobre sus cabezas sin que lo vieran, arrojaba fragmentos de tejas y

mortero desde el tejado de la casa y chantajeaba a los cocheros de cabriolés para que asomaran de repente por la esquina y se precipitaran sobre las personas concentradas. A primera vista, podría sorprender a una mente irreflexiva que el señor Brass, siendo él mismo miembro de la profesión togada, no presentara una denuncia en regla por tales alteraciones de la paz pública; pero conviene recordar que, al igual que los médicos, que raras veces toman lo que ellos mismos recetan, o que los eclesiásticos, que tampoco practican siempre lo que predicán, los togados suelen ser reacios a recurrir a la ley por cuenta propia, sabedores de que esta es un instrumento muy afilado de incierta aplicación, muy dispendioso en cuanto a su funcionamiento e insustituible para imponer penas, que no siempre se imponen a la persona adecuada.

—¡Vaya! —exclamó el señor Brass después de comer—. Hace dos días que no tenemos a Polichinela. Espero que haya agotado todo el repertorio.

—¿Por qué esperas eso? —preguntó la señorita Sally—. ¿Qué daño hacen?

—¡Eres horrible! —exclamó Brass exasperado, dejando la pluma—. ¡Parece que disfrutas viéndome rabiar!

—Bueno, a ver: ¿qué daño hacen? —insistió Sally.

—¡Qué daño! —gritó Brass—. ¿No es hacer daño producir ese griterío y esa algarabía constantes delante de las narices de uno, distrayéndolo de su trabajo y haciéndole rechinar los dientes por la desesperación? ¿No es hacer daño obligar a uno a estar encerrado y asfixiado, y con la vía pública llena de gritones cuyas gargantas deben de estar hechas de... de...

—¡De brass! —sugirió el señor Swiveller.

—¡Ah! ¿De latón, quiere decir? —expresó el abogado, mirando fijamente a su escribano para asegurarse de que había sugerido dicha palabra de buena fe y sin ninguna referencia directa a su apellido—. ¿No es esto hacer daño, insisto?

El abogado paró en seco su invectiva, aguzó el oído un momento, reconoció la voz tristemente conocida, posó la cabeza sobre una mano, levantó los ojos al techo y musitó débilmente:

—¡Ha vuelto!

La ventana del caballero soltero se abrió en ese instante.

—¡Ha vuelto! —repitió Brass—. Ay, si pudiera lanzar un carruaje de cuatro caballos Marks pura sangre abajo cuando más gente haya... Daría, con gusto, hasta dieciocho peniques.

De nuevo se oyó el griterío. La puerta del caballero soltero se abrió

bruscamente. Bajó corriendo las escaleras como un loco, salió a la calle, pasó junto a la ventana sin sombrero... hacia el lugar de donde procedía el ruido, sin duda con la intención de asegurarse los servicios de los titiriteros.

—Ojalá supiera quiénes son sus amigos —musitó Sampson mientras se llenaba el bolsillo de papeles—. Si se reunieran en el café Gray's Inn con la comisión encargada de detectar a personas locas y me pusieran a mí al frente de ella, no me importaría tener un tiempo la habitación sin alquilar, puedo asegurarlo.

Después, el señor Brass se caló el sombrero hasta los ojos, como para impedir el menor vislumbre de turbamulta, y salió de la casa pitando.

Como el señor Swiveller era decididamente favorable a estas representaciones, pues mirar a Polichinela, o cualquier cosa por la ventana, era para él mejor que trabajar, y como, por tal motivo, se había afanado en despertar en su compañera de escribanía la admiración de las bellezas y múltiples méritos de Polichinela, tanto ella como él se levantaron de común acuerdo y tomaron sendas posiciones junto a la ventana, sobre el alféizar de la cual, como si se tratara de un puesto de honor, damiselas y caballeritos que hacían de niños, y que no querían perderse el espectáculo, ya se habían establecido lo más cómodamente que permitían las circunstancias junto con sus jóvenes encomiendas.

Como el cristal estaba sucio, el señor Swiveller, conforme a una amable costumbre por él iniciada, retiró el tocado marrón de la señorita Sally y lo utilizó para limpiar el cristal esmeradamente. Una vez que se lo hubo devuelto, y su bella portadora se lo hubo puesto de nuevo (lo que hizo con perfecta compostura e indiferencia), el huésped volvió, con el espectáculo y los intérpretes a sus talones, más una notable cantidad de espectadores. El titiritero desapareció a toda velocidad detrás del telón, mientras su socio, estacionado junto al teatrillo, vigilaba al auditorio con una notable expresión de melancolía, que se volvió aún más notable al interpretar un aire de chirimía con ese dulce instrumento musical popularmente conocido con el nombre de armónica, sin que cambiara en absoluto la expresión lúgubre de la parte superior de la cara, aunque tenía la boca y la barbilla espasmódicamente contraídas.

Mientras duró el espectáculo, los espectadores permanecieron fascinados. La sensación que invade al gran público, cuando, tras pasar un rato con la respiración contenida, se ve de nuevo libre de hablar y moverse, estaba aún viva cuando, como de costumbre, el inquilino invitó a los titiriteros a subir a su habitación.

—¡Los dos! —gritó desde la ventana, pues sólo el principal titiritero, un hombre pequeño y regordete, se había preparado para obedecer a la citación

—. ¡Quiero hablar con ustedes! ¡Suban los dos!

—Vamos, Tommy —expresó el hombrecillo.

—A mí no me gusta parlamentar —respondió el otro—. Díselo. ¿Para qué tengo yo que subir a hablar?

—¿No ves que el caballero tiene una botella y unos vasos ahí arriba? —le hizo saber el más pequeño.

—¡Podías haber empezado por ahí! —repuso el otro con alacridad—. Y ahora, ¿qué esperas? ¿Vas a tener al caballero esperando todo el día? ¿Es que no tienes modales?

Con estas amonestaciones, el hombre melancólico, que no era otro que el señor Thomas Codlin, adelantó a su amigo y compañero de fatigas, el señor Harris, también llamado Short o Trotters, y se lanzó en dirección a la habitación del caballero soltero.

—Muy bien, amigos míos —expresó el caballero soltero—. Han actuado ustedes muy bien. ¿Qué desean tomar? ¡Usted, el hombrecillo que está detrás!, ¿quiere cerrar la puerta?

—¡Cierra la puerta, hombre! —espetó el señor Codlin, volviéndose hacia su amigo—. Deberías saber que a los caballeros les gusta tener la puerta cerrada, sin necesidad de que te lo digan, me parece a mí.

El señor Short obedeció mascullando que su amigo parecía inusualmente agrio y expresó el deseo de que no hubiera ninguna lechería en el barrio, pues su humor habría agriado la leche.

El caballero señaló un par de sillas y, con un asentimiento enfático de la cabeza, los invitó a sentarse. Los señores Codlin y Short se miraron, no sin cierta vacilación e indecisión, pero luego se sentaron, cada cual en el borde de su silla y con los sombreros inmóviles en la mano, mientras el caballero soltero llenaba un par de vasos que había sobre la mesa y se los ofrecía cortésmente.

—Ambos están bastante curtidos por el sol —observó el anfitrión—. Han debido de andar por ahí de viaje, ¿verdad?

El señor Short asintió con la cabeza y con una sonrisa. Por su parte, el señor Codlin se sumó al asentimiento con la cabeza y con un breve gemido, como si aún le pesara el templete en las espaldas.

—Por ahí, por ferias, mercados, carreras, etcétera, supongo, ¿verdad? —volvió a preguntar el caballero soltero.

—Así es —respondió Short—, casi por todo el oeste de Inglaterra.

—He hablado con compañeros suyos de profesión que han estado por el norte, el este y el sur —precisó el anfitrión algo precipitadamente—, pero con ninguno que haya estado por el oeste.

—Nuestro circuito de verano suele ser por el oeste, jefe —aclaró Short—. Por ahí nos movemos. Hacemos el este de Londres en primavera y en invierno, y el oeste de Inglaterra en verano. Muchos días caminando con lluvia y con barro, y a veces sin ganar un penique...; así nos ha ido en la parte oeste.

—Permítanme que les llene los vasos de nuevo.

—Muy agradecido, señor. Acepto gustoso —expresó el señor Codlin, acercándole el suyo y apartando el de Short—. Sepa que yo soy el sufridor, señor, de viaje o en casa, en la ciudad o en el campo, con tiempo mojado o seco, con frío o calor. Es siempre Tom Codlin el que más sufre. Pero Tom Codlin no puede quejarse por eso. ¡Ah, no! Short puede quejarse, pero si Codlin refunfuña, aunque sea una sola palabra, entonces «¡abajo Codlin, abajo Codlin!». A Codlin no le corresponde refunfuñar. Nunca.

—Codlin no deja de ser útil —observó Short con una mirada maliciosa—, pero no siempre tiene los ojos abiertos. A veces se queda dormido, ya sabe. Acuérdate, si no, de lo que pasó en las últimas carreras, Tommy.

—¿No vas a dejar nunca de restregármelo por la cara? —se quejó Codlin—. Además, ¿cómo iba a quedarme dormido cuando estaba recogiendo una cantidad superior a los cinco chelines? Yo estaba atendiendo mi negocio y no podía tener los ojos en veinte sitios a la vez como un pavo real, como tú tampoco puedes. Si yo no pude retener a ese viejo y a la niña, tú tampoco pudiste; así que no lo vuelvas a sacar a relucir. Estarás tirando piedras contra tu propio tejado.

—Vale, es mejor dejar ese tema, Tom —asintió Short—. No debe de interesarle mucho al caballero, digo yo.

—Pues no deberías haberlo sacado a relucir —replicó el señor Codlin—. Yo pido perdón al caballero en tu lugar, que eres un charlatán que no hace más que cascar y no se da cuenta de lo que dice.

El anfitrión había permanecido sentado en perfecto silencio desde el comienzo de la discusión, mirando a uno y a otro, como esperando la oportunidad de hacer una nueva pregunta o devolver al asunto del que se habían desviado. Pero, desde el momento en que el señor Codlin fue acusado de falta de atención, su interés por la discusión no dejó de ir en aumento; un interés que ahora había alcanzado su clímax.

—¡Ustedes son las personas que busco! —exclamó—. ¡Las personas que ando buscando desde hace tiempo! ¿Dónde está ese anciano y esa niña de los

que hablan?

—¿Señor? —preguntó Short, vacilando y mirando hacia su amigo.

—El anciano y su nieta, que viajaban con ustedes..., ¿dónde están? Les aseguro que saldrán ganando si me hablan de ellos; ganarán más de lo que imaginan. Los dejaron, dicen, en el transcurso de esas carreras, creo entender. La última vez que se les vio fue en ese lugar, y luego se les perdió la pista. ¿No disponen realmente de ninguna pista, no pueden sugerir nada para dar con ellos de nuevo?

—¿No te he dicho yo siempre, Thomas —exclamó Short volviéndose con una mirada asombrada a su amigo—, que seguro que había una orden de búsqueda de esos dos viajeros?

—¿Que lo decías tú? —objetó el señor Codlin—. ¿No he sido yo quien te ha dicho muchas veces que esa bendita niña es la criatura más interesante que he visto en mi vida? ¿No te he dicho siempre que la amaba y la adoraba? Preciosa criatura... Me parece estar oyéndola ahora. «Codlin es mi amigo», dice con una lágrima de gratitud que le baja por su mejillita. «Codlin es mi amigo», dice, «no Short. Short no es malo. No tengo nada contra Short. Es buena persona, creo; pero Codlin me quiere de verdad, aunque no lo parezca».

Mientras repetía emocionado estas palabras, el señor Codlin se frotó el puente de la nariz con la manga y, sacudiendo la cabeza lúgubrementemente de lado a lado, dejó al caballero soltero inferir que, desde que había perdido de vista su querida encomienda, la paz y la felicidad habían volado de su espíritu.

—¡Cielo santo! —profirió el caballero soltero, paseando de un lado a otro de la estancia—. Por fin encuentro a los hombres que buscaba, pero sólo para descubrir que no me pueden dar ninguna información ni ayudar me. ¡Ay! Mejor haber seguido viviendo como siempre, día tras día, sin haberles encontrado nunca, que ver ahora todas mis esperanzas por los suelos.

—¡Un momento! —exclamó Short—. Hay un hombre que se llama Jerry... Tú conoces a Jerry, ¿no, Thomas?

—¡Ah! No me hables de Jerrys —replicó el señor Codlin—. ¿Qué puede importarme a mí un Jerry cuando pienso en esa preciosa niña? «Codlin es mi amigo», dice ella, «mi querido amigo Codlin, que siempre busca lo bueno para mí. Yo no tengo nada contra Short», dice, «pero siento un afecto especial por Codlin». En cierta ocasión —prosiguió el caballero reflexivamente—, me llamó papá Codlin. ¡Creí que no iba a aguantarlo!

—Caballero, un hombre llamado Jerry —dijo Short, apartando la mirada de su egoísta colega y mirando a su nuevo conocido—, que tiene una compañía de perros bailarines, me dijo un día de pasada que había visto al

anciano viajando con un museo de cera ambulante, al que el tal Jerry no conoce. Como el viejo y la niña se marcharon en secreto, y nadie ha vuelto a verlos en esa parte del país, no me preocupé más del asunto y no le hice más preguntas. Pero puedo hacérselas ahora, si lo desea.

—¿Se encuentra ese hombre en la ciudad? —preguntó impaciente el caballero soltero—. Dígamelo enseguida.

—No, no está, pero estará mañana, pues se aloja en nuestra casa —respondió el señor Short rápidamente.

—Entonces, tráiganmelo aquí —pidió el caballero soltero—. Tomen: una moneda de un soberano. Si logro encontrar a estas personas con su ayuda, esto habrá sido sólo el prelude de lo que vendrá después. Vuelvan mañana a verme, y reflexionen sobre este asunto, aunque no hace falta que yo se lo diga, pues lo harán ustedes por su propio interés. Ahora, denme su dirección y déjenme.

Dada la dirección, los dos hombres partieron, la gente partió tras ellos y, durante dos horas mortales, el caballero soltero paseó con inhabitual agitación de un lado a otro de la habitación, por encima de las cabezas asombradas del señor Swiveller y la señorita Sally Brass.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Kit —pues en este punto de la narración no sólo podemos tomar un respiro para conocer su suerte, sino que además los detalles de sus aventuras se adaptan a nuestra intención de tal modo que no podemos por menos de seguirles la pista—. Kit, decimos, mientras se sucedían los hechos tratados en los últimos quince capítulos, se había ido familiarizando, como el lector puede suponer, con el señor y la señora Garland, el señor Abel, el poni y Bárbara, y gradualmente acabó considerándolos amigos suyos, y la finca de Abel, en Finchley, su propia casa.

Sin embargo, ¡alto! Estas palabras ya están escritas; pero si alguien dedujera de ellas que Kit, al gozar de comida abundante y de alojamiento confortable, había empezado a pensar despectivamente de la pobre comida y mobiliario de su antigua morada, estaría muy equivocado y cometería una injusticia. ¿Quién más que Kit se acordaría de los que quedaban en casa, aunque no fueran más que una madre y dos niños pequeños? Ni el padre más jactancioso, con el corazón henchido, habría relatado jamás las maravillas de su hijo pródigo con el entusiasmo con que Kit le contaba a Bárbara por las noches los mil portentos del pequeño Jacob. ¿Ha habido alguna vez una madre

como la de Kit, al menos según la descripción de su hijo, o una pobreza tan desahogada como la que había en su familia, al menos según el entusiasta relato de Kit?

Y permítaseme detenerme un instante para observar que, si alguna vez el afecto y el cariño domésticos son bellos sentimientos, eso ocurre sobre todo en la casa de los pobres. Los lazos que unen a los acomodados y a los orgullosos con su casa suelen forjarse en la tierra, pero los que unen al hombre pobre con su hogar humilde son de un metal más puro y llevan el sello del cielo. El hombre de alta alcurnia ama las fincas y las tierras de su heredad como parte de sí mismo: son trofeos de su cuna y de su poder; se relaciona con ellas por el orgullo, el dinero y el triunfo. Pero el apego del hombre pobre a su morada, que otros han habitado antes y otros volverán a habitar después, tiene una base más meritoria, arraigada en un terreno más puro. Sus dioses familiares son de carne y sangre, sin añadidos de plata, oro o piedras preciosas; el hombre pobre no tiene más propiedad que los afectos de su corazón; y cuando esos dioses le llevan a amar los suelos y muros desnudos de su casa, a pesar de ir mal vestido, trabajar fatigosamente y comer mal, entonces es de Dios de quien recibe este hombre su amor al hogar, y su humilde cabaña se convierte en un lugar sagrado.

¡Ah! Si aquellos que rigen los destinos de las naciones tuvieran esto presente, si pensarán en lo difícil que es para los pobres engendrar en sus corazones ese amor al hogar del que provienen las virtudes domésticas, pese a vivir en aglomeraciones escuálidas donde se pierde la decencia social, si es que existió alguna vez...; si se olvidaran por un momento de sus amplias avenidas y grandes casas y se esforzaran por mejorar las moradas miserables de los callejones donde reina la pobreza; entonces muchos tejados bajos apuntarían más rectamente al cielo que esas agujas excelsas que, burlándose de ellos por su contraste, se elevan orgullosamente en medio de la culpa, el delito y la horrible enfermedad. Las voces sombrías de las casas de misericordia, de los hospitales y de las cárceles predicán esta verdad día tras día, y así viene predicándose desde hace años. No es un asunto baladí, no es el simple clamor del pueblo trabajador, no es una mera cuestión de salud y bienestar para el pueblo, susceptible de ser objeto de abucheo en el transcurso de una velada parlamentaria. En el amor al hogar se origina el amor al país; y ¿quiénes son mejores patriotas o más templados en los tiempos difíciles, los que veneran al país porque poseen bosques, ríos, tierras y todo lo que producen, o los que aman a su país sin poder vanagloriarse de poseer una pequeña parcela de terreno de tan vastos dominios?

Kit ignoraba estas cuestiones, pero sabía que su antiguo hogar era muy pobre y que el nuevo era muy distinto, aunque constantemente miraba hacia atrás con satisfacción agradecida e inquietud afectuosa, y a menudo escribía

cartas a su madre en las que metía un chelín o dieciocho peniques, u otras pequeñas cantidades que la liberalidad del señor Abel le permitía enviar. A veces, cuando pasaba por el barrio y tenía un poco de tiempo libre, entraba en la casa y ¡qué grande era la alegría y el orgullo de su madre, qué ruidosa la satisfacción del pequeño Jacob y del bebé, y qué cordiales las congratulaciones de todos los vecinos, que escuchaban admirados los relatos acerca de la finca de Abel y no se cansaban de oír tanta maravilla y magnificencia!

Aunque Kit gozaba del favor de la anciana y el anciano, así como del señor Abel y Bárbara, ninguno le mostraba más apego que el famoso poni, el cual dejaba de ser en sus manos el poni más obstinado y terco de la faz de la Tierra para convertirse en el más manso y tratable de los animales. Cierto es que, en la misma proporción en la que se dejaba domesticar por Kit, se volvía ingobernable con cualquier otra persona (como si hubiera decidido que Kit permaneciera en la familia contra viento y marea) e, incluso bajo la guía de su favorito, a veces realizaba rarezas y brincos varios, para la extrema enervación de la anciana dama; pero como Kit siempre alegaba que era una simple muestra de alegría o su manera especial de expresar afecto a sus dueños, la señora Garland adoptó poco a poco la creencia, de la que finalmente se convenció, de que, si en una de estas ebulliciones volcaba el calesín, el poni lo habría hecho con la mejor de las intenciones.

Amén de volverse en poco tiempo experto en todo lo tocante al establo, Kit no tardó en convertirse también en un jardinero bastante apañado, en un camarero habilísimo y en un acompañante indispensable del señor Abel, quien cada día le daba una nueva muestra de confianza y aprobación. El señor Witherden, el notario, lo miraba asimismo con deferencia; y hasta el señor Chuckster a veces condescendía a darle un ligero asentimiento de cabeza o le honraba con esa particular forma de reconocimiento llamada «hacer trompetillas» u otro saludo que combinara jocosidad con paternalismo.

Una mañana que Kit llevó al señor Abel al despacho del notario, cosa que hacía con frecuencia, estaba a punto de dirigirse a un establo cercano cuando el susodicho señor Chuckster emergió de la puerta del despacho y gritó: «¡Auuuuuu!», recreándose en la segunda vocal mucho tiempo a fin de sembrar el terror en el ánimo del poni y proclamar al mismo tiempo la supremacía del hombre sobre los animales.

—¡Para, petimetre! —gritó el señor Chuckster, dirigiéndose a Kit—. Quieren que entres.

—¿Ha olvidado algo el señor Abel? —preguntó Kit mientras se apeaba.

—No hagas preguntas, petimetre —replicó el señor Chuckster—, y ve a ver. ¡Auuuuuu! ¡Tranquilo! Si este poni fuera mío, sabría bien cómo

domarlo.

—Sea amable con él, por favor —le rogó Kit—, o de lo contrario se puede enfadar. Por favor, no le tire de las orejas, que no le gusta.

A esta recomendación, el señor Chuckster contestó dirigiéndose a él con aire de superioridad, llamándolo «jovencito» y pidiéndole que fuera y volviese a toda prisa. El «jovencito» asintió, y el señor Chuckster, metiéndose las manos en los bolsillos, hizo como si no le importara un ardite el poni y se encontrara allí por casualidad.

Kit se limpió los zapatos esmeradamente, pues no había perdido aún el respeto a los venerables legajos y cajas de hojalata, y sólo entonces golpeó en la puerta del despacho, que abrió al punto el notario en persona.

—¡Hombre, Christopher, adelante! —expresó el señor Witherden.

—¿Es este el chico? —preguntó un caballero de cierta edad y porte fornido, campechano, que se encontraba en el despacho.

—Este es —confirmó el señor Witherden—. Se tropezó con mi cliente, el señor Garland, en la puerta misma de la casa. Caballero, tengo motivos para pensar que es un buen chico y que puede usted confiar en él. Permítame presentarle también al señor Abel Garland, su joven amo: mi pasante y amigo muy especial —repitió el notario sacando un pañuelo de seda y aireándoselo alrededor de la cara.

—A su servicio, señor —profirió el forastero.

—Al de usted, señor —contestó el señor Abel con voz aflautada—. Usted deseaba hablar con Christopher, ¿verdad, caballero?

—Sí, en efecto. ¿Tengo su permiso?

—Por supuesto.

—Mi asunto no es ningún secreto, o diría más bien que no tiene por qué serlo aquí —matizó el forastero al ver que el señor Abel y el notario se disponían a retirarse—. Tiene que ver con un vendedor de antigüedades con el que este muchacho vivía y en quien estoy vivamente interesado. Caballeros, he estado fuera de este país muchos años, y si carezco de la debida formalidad y ceremonia espero sepan perdonarme.

—No hay nada que perdonar, caballero, nada en absoluto —replicó el notario, enseguida secundado por el señor Abel.

—He estado realizando algunas pesquisas por el barrio en el que vivía el referido anticuario —explicó el forastero—, y me han dicho que tenía a su servicio a este joven. He visitado la casa de su madre, la cual me ha dicho que aquí probablemente podría encontrarlo. Es el motivo por el que me he

presentado aquí esta mañana.

—Sea cual sea el motivo, caballero —repuso el notario—, me alegra tener el honor de contar con su visita.

—Caballero —replicó el forastero—, usted habla como un hombre de mundo, pero yo lo tengo en mayor estima. Por lo tanto, le ruego no se rebaje a tributarme cumplidos protocolarios.

—¡Ejem! —tosió el notario—. Veo que es usted un hombre al que le gusta hablar con franqueza.

—Y también actuar —abundó el forastero—. Puede que sea mi larga ausencia e inexperiencia lo que me lleva a esta conclusión, pero opino que, si quienes hablan con franqueza son escasos en esta parte del mundo, quienes actúan con franqueza son más escasos todavía. Si mi manera de hablar lo hubiera ofendido, espero, caballero, que mi manera de actuar consiga su benevolencia.

El señor Witherden parecía un poco desconcertado por el modo que tenía el forastero de expresarse; por su parte, Kit lo miraba asombrado, boquiabierto, preguntándose con qué tipo de lenguaje se dirigiría a él cuando hablaba de una manera tan libre y llana a un notario. Sin embargo, no se dirigió a él con dureza, sino con una mezcla de irritabilidad nerviosa y apresurada:

—Si piensas, muchacho —empezó—, que estoy realizando estas pesquisas con cualquier otra intención que la de encontrar y ayudar a quienes estoy buscando, estarás incurriendo en un grave error y te estarás engañando a ti mismo. Te pido, pues, que no te lames a engaño, sino que confíes en mis palabras. El hecho es, caballeros —agregó, volviéndose de nuevo hacia el notario y su pasante—, que me encuentro en una situación muy dolorosa y completamente inesperada. Vine a esta ciudad con la alegre esperanza de no encontrar ningún obstáculo ni dificultad en el logro de mi propósito, pero he aquí que me veo obstaculizado y detenido por un misterio que no puedo desentrañar. Cada esfuerzo en desentrañarlo sólo sirve para tornar lo más oscuro e impenetrable; y a veces temo remover el asunto por miedo a que aquellos a quienes sigo con tanto anhelo huyan todavía más de mí. Les aseguro que si me prestan cualquier tipo de ayuda, no lo lamentarán en absoluto, sabiendo sobre todo cuánto la necesito y el peso que me quitarían ustedes de encima.

La sencillez de esta confidencia suscitó una rápida respuesta del afable notario, quien, con la misma sinceridad, afirmó que el forastero no se había equivocado de interlocutores y que, si podía serle de alguna utilidad, él estaba a su disposición.

El caballero desconocido examinó minuciosamente a Kit en lo tocante a su antiguo amo y a la niña, a su solitario modo de vida y su estricto enclaustramiento. La ausencia del anciano durante la noche, la soledad de la niña, la enfermedad y posterior recuperación del anciano, el embargo de la casa por Quilp y la súbita desaparición del abuelo y la nieta, todos estos particulares fueron objeto de variadas preguntas y respuestas. Finalmente, Kit informó al caballero de que la casa estaba en aquel momento en alquiler y de que un letrado en la puerta remitía a un tal Sampson Brass, abogado, de Bevis Marks, del que tal vez podría obtener alguna información más precisa.

—No mediante preguntas —replicó el caballero, sacudiendo la cabeza—. Yo vivo allí.

—¿Que vive usted en la casa del señor Brass?! —se asombró el señor Witherden, pues tenía referencias de dicho caballero por pertenecer a la misma profesión.

—Sí —fue la respuesta—. Me mudé a esa casa el otro día porque había visto ese mismo letrado. A mí me da igual dónde alojarme, y tenía la remota esperanza de conseguir alguna información allí. Sí, vivo en la casa de Brass. ¿Supone una vergüenza para mí?

—Bueno, eso es cuestionable —respondió el notario, encogiéndose de hombros—. Pero le puedo decir que ese personaje goza de una reputación algo dudosa.

—¿Dudosa? —repitió el otro—. Me alegra oír que existe al menos la duda. Creía que se había labrado una reputación firme desde hacía tiempo. ¿Me permite que intercambie unas palabras con usted en privado?

El señor Witherden accedió y los dos entraron en un cuarto privado, donde departieron durante al menos un cuarto de hora antes de volver al despacho principal. El forastero había dejado el sombrero en el despacho del señor Witherden, y en este breve intervalo parece que se reforzaron sus lazos de amistad.

—No te entretendré más —dijo mientras depositaba una corona en la mano de Kit sin dejar de mirar al notario—. Tendrás pronto noticias mías. Ni una palabra de esto, ya sabes, salvo a tus amos.

—Señor, a mi madre le gustaría saber... —balbuceó Kit.

—Le gustaría saber ¿qué?

—Cualquier cosa... cualquier buena noticia... sobre la señorita Nell.

—¿De veras? Bueno, entonces puedes decírselo siempre y cuando guarde el secreto. Pero, cuidado, ni una palabra de esto a nadie más. No lo olvides. Ándate con mucho cuidado.

—Así lo haré, señor —prometió Kit—. Gracias, señor, y que tenga un buen día.

Pero ocurrió que el caballero, insistiendo a Kit que no contara a nadie lo que habían hablado, lo siguió hasta la puerta de la calle, donde, en ese preciso momento, los ojos del señor Richard Swiveller se volvieron en aquella dirección y descubrieron a su misterioso amigo y a Kit juntos.

Fue completamente por azar, y he aquí cómo: el señor Chuckster, caballero de gusto cultivado y espíritu refinado, pertenecía al círculo de Gloriosos Apolos de los que el señor Swiveller era presidente vitalicio. El señor Swiveller pasaba por esa calle para hacer un recado a la familia Brass y, viendo que un miembro de su gloriosa hermandad estaba vigilando a un poni, cruzó al otro lado de la calle para darle ese saludo fraterno con el que los presidentes vitalicios, en virtud de su oficio, están obligados a animar y alentar a sus discípulos. Apenas le había impartido su bendición, seguida de una observación general sobre la meteorología, cuando, levantando los ojos, divisó al caballero soltero de Bevis Marks en animada conversación con Christopher Nubbles.

—Oiga —dijo Dick—, ¿quién es ese?

—Ha venido a ver a mi jefe esta mañana —contestó el señor Chuckster—; aparte de eso, no tengo la menor idea.

—Al menos sabrá cómo se llama —encareció Dick.

A lo que el señor Chuckster contestó, con la unción verbal propia de un Apolo glorioso, que sería «santificado para la eternidad» si lo supiera.

—Lo único que sé, mi querido amigo —agregó el señor Chuckster, arreglándose el pelo con los dedos—, es que ha sido la causa de que yo haya estado de pie aquí veinte minutos, por lo cual lo odio con un odio mortal e imperecedero y lo perseguiría hasta los confines de la eternidad si tuviera tiempo para ello.

Mientras hablaban de este modo, el sujeto de su conversación (que al parecer no había reconocido al señor Richard Swiveller) volvió a entrar en la casa; entretanto, Kit bajó los escalones y se unió a ellos. El señor Swiveller le hizo la misma pregunta, sin mayor éxito.

—Es un caballero muy amable, señor —contestó Kit—. Eso es lo único que sé de él.

El señor Chuckster montó en cólera al oír esta respuesta y, sin aplicar su observación a ningún caso particular, estatuyó, como verdad general, que sería aconsejable romperles la cabeza a todos los petimetres de la Tierra y retorcerles la nariz. Sin expresar su conformidad con esta opinión, el señor

Swiveller, tras unos momentos de reflexión, le preguntó a Kit qué camino iba a tomar y, una vez informado, declaró que era también el suyo y le preguntó si podía llevarlo. Kit habría renunciado de todo corazón al honor que se le ofrecía, pero, como el señor Swiveller ya se había aposentado a su lado, no hubiera podido negarse de otra manera que recurriendo a la fuerza bruta; así, salió disparado de allí con tanta energía que cortó en seco la despedida entre el señor Chuckster y su gran maestro y propició que los callos del primero fueran pisoteados por el impaciente poni.

Como Whisker estaba cansado de esperar y al señor Swiveller se le había ocurrido la simpática idea de estimularlo con silbidos estridentes y gritos animalescos, viajaron a demasiada velocidad para poder mantener una conversación, especialmente porque el poni, enfurecido por las admoniciones del señor Swiveller, parecía profesar un apego especial a las farolas y a las ruedas de los carromatos y mostró un fuerte deseo de invadir la acera y rozar las paredes de ladrillo. Así pues, hasta que no llegaron al establo, y desatascaron el calesín de una entrada muy pequeña en la que el poni lo había encajado sin poder llevarlo a la cuadra, el señor Swiveller no encontró un momento para hablar.

—¡Qué trabajo tan duro! —comentó Richard—. ¿Qué dirías de una cerveza?

Kit declinó al principio la invitación, pero luego la aceptó; así que ambos se dirigieron al bar más próximo.

—Brindemos a la salud del nuevo amigo..., ¿cómo se llama? —preguntó Dick, sosteniendo la reluciente jarra colmada de espuma—, que ha estado hablando contigo esta mañana. ¿Sabes?, yo lo conozco; es un buen tipo, algo excéntrico, pero... ¿cómo se llamará?

Kit bebió a la salud de ese señor.

—Vive en mi casa —le informó Dick—; al menos, en la casa ocupada por el bufete en el que trabajo como... abogado segundo. Es un tipo al que es imposible sonsacarle nada; pero nos cae bien, nos cae bien.

—Debo irme, señor, si no le importa —anunció Kit, empezando a retirarse.

—No tengas prisa, Christopher —repuso su anfitrión—. Brindemos por tu madre.

—Gracias, señor.

—Una mujer excelente, tu madre, Christopher —aseguró el señor Swiveller—. ¡Oh! ¿Quién corría para cogerme cuando me caía y besaba la zona en la que me había hecho daño? ¡Mi madre! Una mujer excelente. Él es un tipo generoso. Debemos conseguir que haga algo por tu madre. ¿La conoce,

Christopher?

Kit sacudió la cabeza, lanzó una mirada astuta a su interrogador, le dio las gracias y se fue sin dejarle articular otra palabra.

—¡Hmmm! —exclamó el señor Swiveller, reflexionando—. ¡Qué extraño! Nada más que misterio en torno a la casa de Brass. Pero seguiré mi intuición. Todo el mundo ha disfrutado hasta ahora de mis confidencias, pero creo que en lo sucesivo voy a organizar mis asuntos yo solo. ¡Qué extraño todo, qué extraño!

Después de un rato meditando profundamente con cara de sabio eximio, el señor Swiveller bebió otro poco de cerveza y, llamando a un niño que había estado observándolo, derramó las pocas gotas que quedaban, a modo de libación, sobre la arenilla y le pidió que llevara la jarra vacía a la barra, aconsejándole de paso que, sobre todas las cosas, llevara una vida sobria y temperada y se abstuviera de cualquier licor intoxicante y excitante. Después de darle este consejo moral, que, como observó también sabiamente, valía mucho más que medio penique, el presidente vitalicio de los Gloriosos Apolos se metió las manos en los bolsillos y se fue como había venido, sumido en profundas reflexiones.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Durante todo el día, Kit, aunque tuvo que esperar al señor Abel hasta la noche, se mantuvo lejos de la casa materna para no anticipar los placeres del día siguiente, sino dejar que llegaran rebosantes de delicia; pues el día siguiente iba a ser el más esperado de su vida. Era el final del primer trimestre, el día en que iba a recibir, por primera vez, la cuarta parte de sus ingresos anuales, consistentes en la considerable suma de seis libras y treinta chelines. Tendría medio día libre, dedicado a un torrente de diversiones, y el pequeño Jacob sabría lo que eran las ostras e iría al teatro.

Una serie de circunstancias favorables concurría para realzar la ocasión: no sólo el señor y la señora Garland le habían hecho saber que no le deducirían los gastos de guardarropía, sino que le pagarían el sueldo entero; no sólo el caballero desconocido había incrementado su caudal con la aportación de cinco chelines, una verdadera bendición del cielo y una pequeña fortuna; no sólo habían sucedido estas cosas, que nadie habría podido imaginar ni en sus mejores sueños; sino que, además, aquel día era también fin de trimestre para Bárbara, la cual gozaría de media jornada libre como Kit, y la madre de Bárbara iba a unirse también al grupo: acudiría a tomar el té con la madre de

Kit para cultivar la mutua amistad.

En las primeras luces de la mañana, Kit se asomó a la ventana para ver qué rumbo seguirían las nubes, y sin ninguna duda Bárbara se habría asomado a la suya también de no haberse acostado tan tarde la noche anterior, almidonando y planchando pequeñas piezas de muselina, que después plisó y cosió a otras prendas para ir bien vestida al día siguiente. Pero los dos se levantaron temprano pese a todo, no mostraron mucho apetito en el desayuno ni en el almuerzo y estaban muy nerviosos cuando llegó la madre de Bárbara informándoles que hacía un día estupendo (aunque venía provista de un gran paraguas, pues las personas como ella raras veces salen de paseo sin uno) y cuando sonó la campana anunciando que era la hora de recoger el dinero del trimestre: un soberano de oro y dos coronas de plata.

¡Ah! ¿No fue amable el señor Garland cuando dijo: «Christopher, aquí está tu dinero, que te has ganado bien», y no fue amable la señora Garland cuando dijo: «Bárbara, aquí está el tuyo, y estoy muy contenta contigo»; y no firmó Kit con desenvoltura su recibo, y no firmó Bárbara con mano temblorosa el suyo? ¿Y no fue hermoso ver cómo la señora Garland servía a la madre de Bárbara un vaso de vino mientras esta exclamaba: «Que Dios la bendiga, señora, que es una dama excelente, y a usted también, señor, que es un caballero excelente, y brindo también por ti, Bárbara, cariño, y por usted, señor Christopher»; y no pasó tanto tiempo bebiéndolo como si fuera un velicomen, y no parecía toda una señora con los guantes puestos? Y, después, ¿no se rieron muchísimo y conversaron alegremente al recordar todo lo anterior subidos a la imperial del carruaje, y no se compadecieron de la gente que no podía disfrutar de media jornada libre?

Y, sobre la madre de Kit, ¿no habría dicho cualquiera que provenía de muy buena cuna y que había sido una dama desde su nacimiento? Allí estaba ella, lista para recibirlos con un juego de té que habría brillado en una tienda de porcelana. Y, en cuanto al pequeño Jacob y al bebé, estaban tan impecablemente vestidos que su ropita parecía recién comprada, aunque sabe el cielo que era bastante vieja... ¿Y no dijo la madre de Kit, apenas transcurridos cinco minutos, que la madre de Bárbara era exactamente el tipo de señora que había imaginado, y no dijo la madre de Bárbara que la madre de Kit era la imagen misma de lo que había imaginado, y no felicitó la madre de Kit a la madre de Bárbara por Bárbara, y no felicitó la madre de Bárbara a la madre de Kit por Kit, y no se mostró la propia Bárbara completamente fascinada ante el pequeño Jacob, o hubo alguna vez un niño como él que hiciera todo lo que se le pedía en el momento en que se le pedía e hiciera tantos amigos como hizo?

—¡Y las dos somos viudas también! —exclamó la madre de Bárbara—. Parecemos destinadas a conocernos de toda la vida.

—No me cabe la menor duda —asintió la señora Nubbles. ¡Qué pena que no nos hayamos conocido antes!

—Pero ¿sabe una cosa? —dijo la madre de Bárbara—. Es un placer que se haya producido a través de nuestros hijos, ¿no le parece?

A esto la madre de Kit prestó su más completo asentimiento y, retrotrayendo los efectos a las causas, las dos se pusieron a hablar con la mayor naturalidad de sus maridos fallecidos, con cuyas vidas, muertes y entierros cotejaron sus recuerdos y descubrieron varias circunstancias que coincidían con maravillosa exactitud; por ejemplo, que el padre de Bárbara había sido exactamente cuatro años y diez meses mayor que el padre de Kit, o que uno de ellos había muerto en miércoles y el otro en jueves, o que los dos habían sido unos caballeros muy apuestos, más otras coincidencias extraordinarias. Mas, como dichos recuerdos eran propicios para arrojar una sombra sobre la brillantez de un día tan festivo, Kit desvió la conversación hacia temas más generales, y pronto se encontraron todos tan alegres como antes. Entre otras cosas, Kit les habló de su antiguo amo y de la extraordinaria belleza de Nell (de quien ya le había hablado a Bárbara mil veces por lo menos). Pero este asunto no interesó a los oyentes tanto como él había supuesto, e incluso su madre dijo (mirando de pasada a Bárbara al mismo tiempo) que no cabía duda de que la señorita Nell era muy guapa, pero que no era más que una niña después de todo, y que había muchas niñas tan guapas como ella. A lo que Bárbara observó modestamente que era de la misma opinión y que nunca dejaría de creer que el señor Christopher debía de estar equivocado, lo que a Kit maravilló sobremanera, pues no concebía qué motivo podía tener ella para dudar de él. También la madre de Bárbara observó que entre los jóvenes era muy corriente que se produjera un gran cambio hacia los catorce o quince años, y que muchos que habían sido muy guapos se volvían feos después; extremo este que ilustró con varios ejemplos ad hoc, especialmente con el de un joven albañil con mucho futuro que había tributado toda suerte de atenciones a Bárbara, pero hacia quien esta se había mostrado indiferente; lo cual (aunque no quería remover las cosas) creía que había sido una lástima. Kit dijo que así lo creía él también, y se preguntó qué era lo que le haría a Bárbara guardar silencio tan de repente y por qué su madre lo miraba como si no debiera haber dicho aquello.

Pero ya era hora de pensar en el espectáculo, para el que se necesitaba no poca preparación: además de chales y sombreros, había que llenar un pañuelo de naranjas y otro de manzanas, que había que atar muy bien como quiera que la fruta tenía tendencia a escaparse por las puntas. Cuando, al final, todo estuvo a punto, salieron sin perder tiempo la madre de Kit con el bebé, que estaba terriblemente despierto, y Kit con el pequeño Jacob de una mano y con Bárbara cogida del otro brazo, lo que hizo que las dos madres, que iban detrás,

declararan que parecían una familia y que Bárbara se ruborizara y exclamara: «¡Por favor, madre!». Pero Kit le dijo que no debía preocuparse de lo que dijeran (y, en verdad, Bárbara no se habría preocupado tanto de haber sabido lo lejos que estaba Kit de cualquier intento de cortejo. ¡Pobre Bárbara!).

Llegaron al teatro; era el circo de Astley. Apenas dos minutos después de alcanzar la puerta, aún sin abrir, el pequeño Jacob y el bebé ya habían recibido numerosos empujones, el paraguas de la madre de Bárbara se había alejado una cierta distancia y vuelto a ella por encima de los hombros de la gente, y Kit había golpeado a un hombre en la cabeza con el pañuelo de las manzanas por empujar a su madre con una violencia innecesaria, lo que produjo un rifirrafe. Pero, una vez pasada la taquilla, superado el peligro de verse atropellados y, sobre todo, una vez tranquilamente instalados en sus asientos (unas localidades estupendas, que no habrían logrado ni aun eligiéndolas de antemano), lo consideraron todo como parte integrante de un juego divertido.

¡Ah! ¡Qué lugar tan bonito, el teatro Astley, con todas sus pinturas, oropeles y espejos!; el vago olor a caballos que sugería maravillas venideras; el telón que ocultaba emocionantes misterios; el limpio serrín sobre la pista del circo; el público que entraba sin parar para tomar asiento; los violinistas que miraban despreocupadamente al público mientras afinaban sus instrumentos como si no quisieran que empezara la función, que conocían demasiado bien... ¡Qué fulgor deslumbrante cuando las brillantes candilejas fueron subiendo lentamente, y qué excitación febril cuando sonó la campanilla y la orquesta atacó la obertura, acompañada con redobles de tambor y suaves variaciones de triángulos! Bien podía la madre de Bárbara decirle a la madre de Kit que la galería era el mejor lugar para ver el espectáculo y extrañarse de que no fuera más cara que los palcos; y bien podía Bárbara dudar si reír o llorar en su emocionada dicha.

¡Y entonces empezó el espectáculo! Los caballos que el pequeño Jacob creyó que estaban vivos, las damas y los caballeros de cuya realidad no estaba tan convencido al no haber visto ni oído antes nada semejante, el fuego de artificio que obligó a Bárbara a cerrar los ojos, la dama abandonada que la hizo llorar, el tirano que la hizo temblar, el hombre que cantaba con una doncella y bailaba el estribillo que la hizo reír, el poni que se levantó sobre las patas traseras al ver al asesino y que no quiso plantarse sobre las cuatro patas hasta que este no fue detenido y encerrado, el payaso que se permitió ciertas familiaridades con el militar calzado con botas, la dama que saltó por encima de veintinueve cintas y aterrizó sana y salva sobre la grupa de un caballo... ¡Todo era delicioso, espléndido, asombroso! El pequeño Jacob aplaudía hasta que le dolían las manos; Kit pedía a gritos otro bis al final de cada número, incluso cuando terminaron los tres actos; y, en medio del éxtasis, la madre de Bárbara golpeó el suelo con el paraguas tantas veces que desgastó la guinga.

En medio de tanta fascinación, los pensamientos de Bárbara parecían haberse quedado en lo que había dicho Kit a la hora del té, pues, cuando salían del teatro, le preguntó, con una sonrisita algo boba, si la señorita Nell era tan guapa como la dama que había saltado por encima de las cintas.

—¿Tan guapa como ella? —exclamó Kit—. ¡El doble de guapa!

—¡Oh, Christopher! Estoy segura de que es la mujer más bella que hemos visto en nuestra vida —proclamó Bárbara.

—¡Bobadas! —repuso Kit—. No estaba mal, no lo niego; pero piensa en cómo iba vestida y pintada, y en el efecto que eso produce. ¿Por qué? Tú eres muchísimo más guapa que ella, Bárbara.

—¡Oh, Christopher! —expresó Bárbara, bajando los ojos.

—Tú lo eres todos los días —encareció Kit—, y tu madre también.

¡Pobre Bárbara!

¡Pero qué fue aquello —sí, aquello— comparado con la extraordinaria prodigalidad que vino después, cuando Kit, entrando en una ostrería con la desenvoltura de un cliente, y sin mirar al mostrador ni al hombre que había detrás, condujo a toda la tropa hasta el interior de un gabinete, un gabinete privado, equipado con cortinas rojas, mantel blanco y una aceitera-vinagrera, y pidió a un caballero con bigote, que hacía de camarero y que lo había llamado a él, a Christopher Nubbles, «señor», que trajera tres docenas de las ostras más grandes que tuviera y que se diera prisa! Sí, Kit le dijo a aquel caballero que se diera prisa, y este no sólo respondió que se daría prisa, sino que lo obedeció y volvió corriendo con rebanadas recién cortadas, mantequilla fresca y unas ostras enormes, jamás vistas. A continuación, Kit le pidió a este caballero «una jarra de cerveza», así sin más, y el caballero, en vez de contestar: «Señor, ¿se dirige usted a mí?», dijo sólo: «¿Una jarra de cerveza? Sí, señor», y fue a por ella y la puso sobre la mesa en una escudilla semejante a la que los perros de los ciegos llevan en la boca para recoger monedas de medio penique; y tanto la madre de Kit como la madre de Bárbara declararon, cuando el caballero se hubo alejado, que era uno de los jóvenes más atractivos y simpáticos que habían visto en su vida.

Y se pusieron a cenar con gran apetito. Allí estaba Bárbara, la locuela de Bárbara, asegurando que no podía comer más de dos y que necesitó gran insistencia para que comiera cuatro. Pero su madre y la de Kit se portaron mejor y comieron y rieron y lo pasaron tan bien que Kit se alegró mucho de verlas tan contentas y se puso él también a reír y a comer arrastrado por la fuerza de la simpatía. Pero el mayor milagro de la noche fue el pequeño Jacob, que comía ostras como si hubiera venido al mundo sólo con esa misión —echaba pimienta y vinagre con una discreción muy por encima de sus años— y

después se aplicó a construir con las conchas una gruta sobre la mesa. Y todo ello sin olvidar al bebé, que no había cerrado los ojos en toda la velada: había permanecido sentado como un bendito intentando meterse una naranja grande en la boca y mirando fijamente las velas de la araña del techo; y ahora estaba sobre el regazo de su madre mirando el gas sin pestañear y arañándose su blanda carita con una ostra, con un candor que habría enternecido hasta el corazón más férreo. En fin, que nunca hubo una cena más entrañable; y cuando Kit pidió algo caliente en un vaso para poner punto y final a la fiesta, y propuso beberlo a la salud del señor y la señora Garland antes de hacerlo circular, no se habría encontrado en todo el mundo a seis personas más felices.

Pero toda felicidad toca a su fin —de donde nace la ilusión por un próximo comienzo— y, como ya se hacía tarde, acordaron que era hora de volver a casa. Así, después de salirse un poco de su camino para dejar a Bárbara y a su madre en casa de una amiga, donde iban a pasar la noche, Kit se citó con Bárbara para volver a Finchley al día siguiente por la mañana temprano, con muchos planes de esparcimiento para el siguiente trimestre. Tras lo cual tomó al pequeño Jacob a cuestas, dio un beso al bebé y, con su madre cogida del brazo, se encaminaron hacia la casa felices y contentos.

CAPÍTULO CUARENTA

Embargado por ese vago sentimiento de penitencia que suscitan las fiestas a la mañana siguiente, Kit se levantó con el alba y, con la fe en los goces de la noche anterior un poco zarandeada por la fría luz matutina y la vuelta a las obligaciones y ocupaciones cotidianas, recordó que tenía que ir a recoger a Bárbara y a su madre al lugar convenido. Pero tuvo cuidado de no despertar a ninguno de los miembros de su pequeña familia, que aún se reponían de un cansancio desacostumbrado; y así, dejando el dinero sobre la repisa de la chimenea con una nota escrita con tiza en la que llamaba la atención de su madre sobre tal circunstancia y la informaba de que el dinero era de su hijo afectuoso, partió con el corazón algo más pesado que sus bolsillos, pero libre de cualquier opresión.

¡Ah, los días de fiesta! ¿Por qué dejan cierto pesar en el alma? ¿Por qué no podemos desplazarlos en nuestra memoria, aunque sólo sea una semana o dos, para situarlos en esa distancia cómoda donde poder contemplarlos, bien con una calmada indiferencia, bien como un agradable recuerdo? ¿Por qué nos dejan un regusto, como el vino de ayer, que nos produce dolor de cabeza y laxitud, más un acervo de buenas intenciones para el futuro, que, bajo tierra, forman el pavimento perpetuo de un vasto dominio y que, aquí arriba, no

suelen durar más allá de la hora de la cena?

¿Quién se extrañará de que Bárbara tuviera dolor de cabeza o de que la madre de Bárbara se mostrara propensa al enfado, y el espectáculo de Astley le pareciera un poco menos bueno y el payaso más viejo de lo que le había parecido por la noche? A Kit no le sorprendió oírle decir aquello, no. Él mismo pensaba con aprensión que los inconstantes actores de aquella visión tan deslumbrante habían hecho exactamente lo mismo una noche antes de ir él y seguirían actuando aquel día por la noche, y al día siguiente, y durante semanas y meses seguidos, aunque él ya no presenciara el espectáculo. Tal es la diferencia entre el ayer y el hoy. Unos van a la función y otros vienen de ella.

Pero el propio sol es débil cuando sale por la mañana y va cobrando fuerza y ánimo conforme avanza el día. Así, poco a poco, fueron recordando circunstancias cada vez más agradables hasta que, en alegre conversación, llegaron a Finchley de tan buen humor que la madre de Bárbara declaró no haberse sentido nunca mejor en cuerpo y alma. Y lo mismo dijo Kit. Bárbara, que había guardado silencio durante el camino, también dijo lo mismo. Pero ¡pobre pequeña Bárbara! ¡Tenía un aspecto tan dulce y tan sosegado!

Llegaron a la casa de tan buena hora que Kit tuvo tiempo de almohazar al poni y dejarlo más acicalado que a un caballo de carreras antes de que el señor Garland bajara a desayunar; puntualidad y diligencia que fueron debidamente ponderadas y alabadas por la anciana, el anciano y el señor Abel. A esta hora precisa (o más bien a este minuto y segundo precisos, pues era un dechado de puntualidad), el señor Abel salió para coger el coche de Londres, y Kit y el anciano se pusieron a trabajar en el jardín.

No era este el menos agradable de los trabajos de Kit, pues los días que hacía bueno estaba presente toda la familia. La anciana se sentaba cerca con su cesto de costura sobre tina mesita, el anciano cavaba o podaba con unas tijeras grandes o ayudaba a Kit con la mejor disposición del mundo, y Whisker miraba desde el pradillo en plácida contemplación. Como hoy tocaba podar la parra, Kit se subió a una escalera de mano y empezó a tijeletear y martillar mientras el anciano le sostenía encantado los clavos y los trozos de cuerda según los iba necesitando. La anciana y Whisker los miraban, como de costumbre.

—Muy bien, Christopher —articuló el señor Garland—, así que has hecho un nuevo amigo, ¿no es cierto?

—¿Cómo dice, señor? —repuso Kit, mirándolo desde la escalera.

—Que has hecho un nuevo amigo, según he oído decir al señor Abel —respondió el anciano—, en la notaría...

—Ah, sí, señor. Se ha portado muy amablemente, señor.

—Me alegra saberlo —replicó el anciano con una sonrisa—. Y está dispuesto aportarse más amablemente todavía, Christopher.

—¿De veras, señor? Muy amable de su parte, pero no lo necesito, se lo aseguro —dijo Kit martilleando con más fuerza un clavo que se le resistía.

—Está deseando —prosiguió el anciano— tenerte a su servicio. Cuidado, Christopher, que puedes caerte y hacerte daño.

—¿Tenerme a su servicio, señor? —exclamó Kit, que había interrumpido el trabajo y se había vuelto de repente sobre la escalera con la habilidad de un acróbata—. Señor, no creo que haya dicho eso en serio.

—Ah, sí, sí habla en serio, te lo aseguro —aseveró el señor Garland—. Ha hablado también con el señor Abel del asunto.

—Nunca habría imaginado cosa semejante —musitó Kit mirando con poca alegría a su amo y a su ama—. Me extraña mucho. No lo entiendo.

—Escucha, Christopher —encareció el señor Garland, esto es para ti un asunto de suma importancia, que deberías considerar bajo esa luz. Este caballero puede darte más dinero que yo; no creo que tenga unas relaciones de amo y criado más afables y cordiales que las nuestras, pero sí es cierto, Christopher, que te va a dar más dinero.

—Ya —concedió Kit—, pero, señor...

—¡Espera un momento! —interrumpió el señor Garland—. Eso no es todo. Tú fuiste un criado muy fiel con tus antiguos amos, según creo, y si este caballero los recuperara, como es su propósito hacer por todos los medios a su alcance, no me cabe ninguna duda de que, estando a su servicio, encontrarías la recompensa que tanto buscas —agregó el anciano con mayor énfasis—; así tendrías el gusto de volver a comunicarte con aquellos a los que parece que te unen unos lazos tan fuertes y desinteresados. Debes recapacitar sobre todo esto, Christopher, y no precipitarte en la decisión.

Kit, una vez que pasó rápidamente por su mente este último argumento conjurando la realización de todas sus esperanzas y fantasías, sintió una punzada, como un dolor momentáneo frente a la resolución que ya había adoptado. Pero fue una punzada pasajera, y contestó con firmeza que el susodicho caballero debía buscarse otra persona, cosa que, en su opinión, debería haber hecho desde el principio.

—Ese caballero no tiene derecho a pensar que yo puedo dejarlo a usted para irme con él, señor —expresó Kit, volviéndose de nuevo tras un rato martilleando—. ¿Acaso me cree bobo?

—Puede que te crea bobo si rechazas su ofrecimiento, Christopher — afirmó el señor Garland con tono grave.

—Pues que lo crea si quiere, señor —repuso Kit—. ¿Qué me importa a mí, señor, lo que él pueda creer? ¿Por qué debería preocuparme a mí lo que él pueda creer cuando sé que sería un verdadero bobo, y alguna cosa peor aún, si abandonara al amo y a la ama más amables que ha habido jamás, y que puede haber, que me acogieron en la calle siendo un chico muy pobre y hambriento, más pobre y hambriento tal vez de lo que usted podría pensar, para irme con él o con cualquier otra persona? Si la señorita Nell volviera, señora —agregó, volviéndose de improviso a su ama—, bueno, entonces la cosa cambiaría, y tal vez, si ella me necesitara, yo podría pedirle permiso a usted para que me dejara ir trabajar para ella cuando todo estuviera hecho aquí. Pero cuando ella vuelva, yo sé que será muy rica, pues eso dijeron siempre mis antiguos amos que iban a ser, y, claro, si es ahora una joven rica, ¿para qué podría necesitarme a mí? No, no —apostilló, sacudiendo la cabeza con aire triste—, ella nunca volverá a necesitarme y, ¡Dios la bendiga!, espero que nunca me necesite, aunque a mí me gustaría en el fondo que así fuera... —Kit clavó un clavo en la pared con una fuerza mayor de la necesaria y a continuación se volvió para mirarlos—. Y además está el poni, señor —prosiguió—. Señora, ¿cree que Whisker (y él sabe de sobra que estoy hablando de él, pues se ha puesto a relinchar, señor) dejaría que se le acercara alguien que no sea yo? Y luego está el jardín, señor, y el señor Abel, señora. ¿Se separaría fácilmente el señor Abel de mí, señor, y hay alguien que pudiera cuidar el jardín con mayor cariño que yo, señora? Y eso también le partiría el corazón a mi madre, señor; e incluso el pequeño Jacob, que es muy sensible, se echaría a llorar desconsoladamente, señora, si supiera que el señor Abel se iba a separar de mí tan pronto después de haberme dicho, el otro día mismo, que esperaba que estuviéramos juntos muchos años más...

Imposible saber cuánto tiempo habría podido seguir Kit en la escalera dirigiéndose a su amo y a su ama alternativamente (y casi siempre volviéndose a la persona a la que no dirigía sus palabras) si Bárbara no hubiera llegado corriendo en ese momento para anunciar que había llegado de la notaría un mensajero con una nota. La chica, algo sorprendida ante la pose oratoria de Kit, dejó la nota en manos de su amo.

—¡Ah! —dijo el anciano cuando la leyó—. Pídele al mensajero que venga aquí.

Bárbara fue a hacer lo que se le ordenaba, y el señor Garland se volvió hacia Kit para decirle que hablarían del asunto más tarde, y que si él no deseaba separarse de ellos, ellos tampoco deseaban separarse de él, afirmación que la anciana ratificó de su parte.

—Por otra parte, Christopher —agregó el señor Garland, mirando la nota que tenía en la mano—, si el caballero te necesitara de vez en cuando para un par de horas, o incluso un par de días, nosotros accederíamos a su petición, y tú aceptarías que te prestáramos. ¡Ah! Aquí viene el joven caballero. ¿Qué tal está, señor?

El saludo iba dirigido al señor Chuckster, quien, con el sombrero caído a un lado y el pelo suelto, se acercaba pavoneándose.

—Espero se encuentre bien, señor —profirió el caballero—. Espero se encuentre bien, señora. ¡Una finca pequeña, pero encantadora! ¡Delicioso lugar, sin duda!

—Quiere llevarse a Kit con usted, me parece, ¿no? —observó el señor Garland.

—Tengo un cabriolé que me espera a tal fin —respondió el escribano—. Un caballo fuera de serie, señor, si usted entiende de caballos.

El señor Garland, que declinó ir a inspeccionar el magnífico ejemplar alegando que estaba poco familiarizado con tales cuestiones y sólo sabría apreciar imperfectamente sus beldades, invitó al señor Chuckster a compartir un ligero almuerzo. El caballero accedió gustoso, y varias viandas frías, acompañadas de cerveza y vino, fueron rápidamente preparadas para su refrigerio.

En el transcurso de la comida, el señor Chuckster desplegó todas sus habilidades para impresionar a sus anfitriones y convencerlos de la superioridad intelectual de quienes viven en la ciudad. En consecuencia, llevó la conversación al terreno de los pequeños escándalos, en el cual sus amigos lo tenían por un verdadero experto. Así, se dispuso a relatar las circunstancias exactas de la querrela entre el marqués de Mizzler y lord Bobby, al parecer originada a causa de una botella de champán y no un paté de pichón, como erróneamente habían informado los periódicos; lord Bobby no había dicho en absoluto al marqués de Mizzler: «Mizzler, uno de nosotros dos miente, y ese no soy yo», como habían afirmado incorrectamente las mismas fuentes, sino: «Mizzler, usted sabe dónde puede encontrarme, y ¡a fe mía que me encontrará, señor, si tiene algo que decirme!», lo que, por supuesto, cambiaba enteramente el cariz de tan interesante cuestión, situándola bajo una luz muy distinta. También los informó acerca de la exacta cantidad de ingresos asignada por el duque de Thigsberry a Viletta Stetta, de la ópera Italiana, al parecer pagadera trimestralmente y no semestralmente, como al público se le había dado a entender, excluyendo, que no incluyendo (como se había escandalosamente afirmado), la joyería, la perfumería, los polvos para las pelucas de cinco lacayos y dos pares diarios de guantes de cabritilla para un paje. Tras rogar a la anciana y al caballero que no dudaran de la veracidad de tan interesantes

particulares, el señor Chuckster los entretuvo con cotilleos del mundillo del teatro y de la corte, concluyendo así una brillante y fascinante conversación que mantuvo él solo, sin interrupción, durante más de tres cuartos de hora.

—Y ahora que el rocín ha recobrado su aliento —anunció el señor Chuckster, levantándose con donaire—, siento decirles que debo partir.

Ni el señor ni la señora Garland pusieron el menor reparo a su marcha (conscientes, sin duda, de que a semejante hombre no se le podía tener alejado de su esfera de acción), y por consiguiente el señor Chuckster y Kit se pusieron inmediatamente en camino hacia la ciudad, Kit encaramado al asiento del cochero, y el señor Chuckster sentado dentro, con la punta de sus botas asomando por las ventanas delanteras.

Llegados a la casa del notario, Kit entró en el despacho, donde el señor Abel le rogó que se sentara y esperara, pues el caballero que lo requería había salido y tal vez tardaría un poco. Y así fue, pues a Kit le sobró tiempo para comer, tomar el té y leer la materia ligera de la guía forense y de la guía de Londres (y para dar varias cabezadas) antes de que llegara el caballero a quien había visto ya antes. Por fin, este llegó con mucha premura.

Durante un rato estuvo encerrado con el señor Witherden (sesión a la que invitaron también al señor Abel), tras lo cual Kit, que no había dejado de preguntarse para qué lo querrían, fue convocado para unirse a ellos.

—Christopher —lo interpeló el caballero al entrar en la habitación—, he encontrado a tu antiguo amo y a tu joven ama.

—¿De veras, señor? —exclamó Kit, con los ojos relucientes de alegría—. ¿Dónde están, señor? ¿Cómo están, señor? ¿Están... por aquí cerca?

—Bastante lejos de aquí —contestó el caballero, sacudiendo la cabeza—. Pero esta noche misma salgo para traerlos de nuevo aquí, y quiero que tú me acompañes.

—¿Yo, señor? —exclamó Kit lleno de alegría y sorpresa.

—El lugar —manifestó el extraño caballero volviéndose pensativamente hacia el notario—, tal y como ha dicho el hombre de los perros, se encuentra... ¿a qué distancia me ha dicho? ¿A cien kilómetros?

—Entre sesenta y setenta.

—Uhm. Si viajamos con la posta toda la noche, los alcanzaremos mañana por la mañana. Ahora, la pregunta es: dado que no me conocen, y la niña, ¡Dios la bendiga!, puede pensar que soy un forastero que los persigue con la intención de arrebatarse la libertad a su abuelo..., ¿creen que puedo hacer algo mejor que llevarme a este joven, al que los dos conocen, y recordarán perfectamente, una buena garantía para que juzguen amigables mis

intenciones?

—Ciertamente, no —contestó el notario—. Es una buena idea que Christopher lo acompañe.

Disculpe, señor —intervino Kit, a quien se le había alargado la cara mientras escuchaba aquella conversación—, pero si ese es el motivo, temo que yo podría hacer más daño que bien. La señorita Nell, señor, me conoce bien y confiaría en mí, estoy seguro; pero el anciano, no sé por qué, ni nadie lo sabe, señores, no quiere verme de ninguna manera desde que cayó enfermo, y la señorita Nell me dijo que no debía acercarme a él ni dejar que me viera nunca más. Así que echaría a perder todo lo que usted pretende hacer si yo lo acompañara; lo siento. Yo daría lo que fuera por ir, pero creo que es mejor que no me lleve con usted, señor.

—¡Otra dificultad más! —gritó el impetuoso caballero—. ¿Ha habido alguna vez un hombre más zancadilleado que yo? ¿No hay nadie más que los conozca, nadie más en quien ellos confíen? Por muy solitarias que fueran sus vidas, ¿no hay ninguna persona que pueda ayudarme en mi propósito?

—¿Crees que la hay, Christopher? —preguntó el notario.

—No, no hay nadie, señor —contestó Kit—. Bueno..., sí. Está mi madre.

—¿La conocían ellos? —preguntó el caballero soltero.

—Que si la conocían... Mi madre estaba siempre entrando y saliendo de la tienda. Eran tan buenos con ella como conmigo. Imagínese, señor, que está esperando todavía a que vayan a alojarse a su casa.

—Entonces, ¿dónde diablos está esa mujer? —preguntó impaciente el caballero mientras cogía el sombrero—. ¿Por qué no está aquí? ¿Por qué esa mujer no está donde más se la necesita?

En una palabra, que el caballero soltero parecía dispuesto a salir por las bravas del despacho, agarrar de un brazo a la madre de Kit, obligarla a subirse a un carruaje y llevársela con él... cuando, no sin cierta dificultad, esta nueva abducción se vio abortada por los esfuerzos conjuntos del señor Abel y el notario, que redujeron al caballero con la fuerza de sus razonamientos y lo convencieron de que era más conveniente sondear a Kit sobre la probabilidad de que su madre pudiera y quisiera emprender semejante viaje sin previo aviso.

Todo aquello suscitó no pocas dudas en Kit, ciertas manifestaciones violentas en el caballero soltero y muchos discursos aplacadores por parte del notario y del señor Abel. Al final, Kit, tras considerar y sopesar detenidamente el asunto, prometió, en nombre de su madre, que esta se hallaría lista dos horas después (a partir de aquel momento) para emprender la expedición y se

comprometió a llevarla allí mismo debidamente equipada y preparada para el viaje.

Tas comprometerse de aquella manera un tanto temeraria (con pocas posibilidades de volverse atrás), Kit, sin tiempo que perder, salió de la notaría para llevar a término lo que acababa de prometer.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Kit salió corriendo por las calles abarrotadas de gente, que fue sorteando de la mejor manera que pudo, y enfiló callejones y pasadizos sin que nada lo detuviera ni desviara de su camino... hasta que pasó por delante de la tienda de antigüedades, donde se detuvo en parte por costumbre y en parte para recobrar el aliento.

En aquella triste tarde de otoño, el viejo lugar nunca se le había antojado tan lúgubre como en aquel momento, ensombrecido por el crepúsculo. Las ventanas estaban rotas, y los bastidores oxidados traqueteaban en sus marcos. La casa desierta parecía una sombría barrera que dividía en dos largas líneas las luces resplandecientes y el bullicio de la calle; allí estaba, prometiendo desencanto e infortunio, fría, oscura y vacía, melancólico espectáculo que chirriaba con las brillantes perspectivas que el joven deseaba a sus últimos inquilinos. A Kit le habría gustado ver un buen fuego crepitando en las vacías chimeneas, luces centelleando y reluciendo a través de las ventanas, gente moviéndose de un lado a otro, voces en alegre cháchara, más acordes con las nuevas esperanzas que abrigaba. No había esperado que la casa presentara un aspecto diferente, pues sabía que era imposible; pero, lleno como iba de ardientes pensamientos y expectativas, se sintió paralizado, oscurecido por una sombra fúnebre.

Sin embargo, Kit (afortunadamente para él) no era lo bastante culto ni contemplativo para sentirse turbado por presagios tan a largo plazo y, no teniendo gafas mentales que le ayudaran a verlos, no vio nada más que una casa apagada, en incómodo contraste con sus pensamientos anteriores. Así, casi deseando no haber pasado por allí, aunque sin saber por qué, prosiguió su carrera, recuperando, con un poco más de velocidad, el escaso tiempo perdido.

«¿Y si ha salido y no puedo encontrarla? —pensó Kit mientras se acercaba a la pobre morada de su madre—. No quiero ni imaginarme lo alterado que se pondría el impaciente caballero. Una cosa está clara: no se ve luz y la puerta está cerrada. Ahora, que Dios me perdone por decirlo, pero si es por culpa de la Pequeña Bethel, ojalá que esa secta se vaya... al quinto pino». Kit recuperó

la compostura y llamó a la puerta.

Un segundo golpe no produjo tampoco ninguna respuesta, pero hizo que una mujer se asomara a una ventana de enfrente y preguntara quién era el que quería ver a la señora Nubbles.

—Soy yo —contestó Kit—. Está en... en la Pequeña Bethel, ¿supongo bien? —preguntó a su vez, pronunciando el nombre del odioso conventículo con cierta aprensión y poniendo un despechado énfasis en cada sílaba.

La vecina asintió con la cabeza.

—Entonces, dígame por favor dónde se encuentra ese lugar —rogó Kit—, pues se trata de un asunto urgente. Debo hablar con ella, aunque esté subida al púlpito.

No resultó fácil conseguir la dirección del aprisco en cuestión, dado que ninguno de los vecinos frecuentaba dicho redil, y eran pocos los que habían oído hablar de él. Al final, una amiga de la señora Nubbles, que la había acompañado a la capilla en una o dos ocasiones (cuando una gustosa taza de té había precedido a la devoción), le suministró la información requerida. A continuación, Kit reemprendió su carrera.

Si la Pequeña Bethel hubiera estado más cerca, o al final de una gran avenida, el reverendo que presidía la congregación no habría podido hablar, como tanto le gustaba, de las callejas retorcidas por las que se accedía a ella, lo que le permitía compararla con el paraíso por oposición a la iglesia parroquial, a la que se accedía por una calle ancha. Kit la encontró al fin, no sin dificultad, y, tras detenerse en la puerta para recobrar el aliento y la compostura, entró en la capilla.

No andaba descaminado el nombre de la secta en un aspecto: sí, era una Bethel particularmente pequeña, una Bethel de dimensiones mínimas, con un número pequeño de bancos pequeños y un púlpito pequeño, en el que un caballero pequeño (zapatero de profesión, pero eclesiástico de vocación) estaba pronunciando, en un tono de voz en modo alguno pequeño, un sermón en modo alguno pequeño, si se juzgaban sus dimensiones por la condición de los feligreses, que, si su cantidad era pequeña, comprendía un número aún menor de oyentes, ya que la mayoría estaba durmiendo.

Entre ellos se encontraba la madre de Kit, la cual, no pudiendo mantener los ojos abiertos tras las fuertes sensaciones de la noche anterior, toda vez que su inclinación a cerrar los ojos se veía fuertemente secundada por los argumentos del predicador, había sucumbido al sopor que la invadía y se había dormido; aunque no tan profundamente para que, de vez en cuando, no pudiera articular algún ligero y casi imperceptible gemido, a modo de reconocimiento de las doctrinas del orador. El bebé que tenía en el regazo se

había dormido tan deprisa como ella; y el pequeño Jacob, cuya juventud le impedía reconocer a tan prolongado alimento espiritual ni la mitad de interés que a las ostras, estaba alternativamente dormido y despierto, según predominará su inclinación a dormirse o su terror a ser interpelado.

«Cómo voy yo a hacer ahora —pensó Kit, deslizándose en el banco vacío más próximo al de su madre, al otro lado del pequeño pasillo— para acercarme y convencerla de que salga. Ni a ciento cincuenta kilómetros de distancia me sentiría más lejos de ella. Seguro que no se despierta hasta que haya terminado todo: y el reloj no se detiene. Si el pastor dejara de hablar..., o si la gente se pusiera a cantar...».

Pero no parecía que ninguna de las dos cosas fuera a producirse en mucho tiempo. El predicador acababa de comunicar a sus feligreses que no terminaría hasta haberlos convencido a todos, y estaba claro que el cumplimiento de la mitad de su promesa le llevaría al menos un par de horas.

En su agitación y desesperación, Kit observó toda la capilla y, al fijarse en un pequeño asiento delante del púlpito, le costó dar crédito a lo que veía: ¡Quilp!

Se restregó los ojos un par de veces, pero la vista seguía asegurándole que quien estaba allí era Quilp; y allí estaba, en efecto, sentado con las manos sobre las rodillas y, entre ellas, el sombrero sobre un pequeño escabel de madera, su cara sucia surcada por su habitual sonrisita y los ojos clavados en el techo. Ciertamente, no estaba mirando ni a Kit ni a su madre (parecía completamente ajeno a su presencia); sin embargo, Kit no pudo dejar de sentir que la atención del taimado enano se hallaba concentrada en ellos, y en nada más.

Pero, estupefacto por la aparición del enano entre los bethelianos, y temeroso de que fuera el desencadenante de algún sinsabor o fastidio, consiguió atemperar su estupefacción y pensar en alguna medida práctica para llevarse de allí a sus parientes, pues la noche seguía avanzando y el plazo acortándose. Así, cuando se despertó el pequeño Jacob, Kit logró atraer su atención y, cosa que le resultó fácil (bastó un simple estornudo), le hizo señas para que despertara a su madre.

Pero la mala suerte quiso que, justo en aquel momento, el predicador, al hacer especial hincapié en uno de los puntos del sermón, se apoyara sobre el púlpito de tal manera que sólo sus piernas quedaron dentro, y que (mientras, apoyado en la mano izquierda, hacía gestos vehementes con la derecha) mirara directamente, o pareciera mirar, a los ojos del pequeño Jacob, dándole a entender con una mirada y un ademán crispados —o así le pareció al niño— que si movía un solo músculo, él (el predicador) caería sobre él literalmente, y no figuradamente. En esta terrible situación, distraído por la súbita aparición

de Kit y fascinado por la mirada del predicador, el pobre Jacob permaneció sentado completamente erguido, incapaz de moverse, con ganas de gritar, pero con miedo de hacerlo, mirando al pastor con tanta intensidad que parecía que sus ojos infantiles se le iban a salir de las órbitas.

«Si tengo que decirlo delante de todos, ¡lo diré!», pensó Kit, que, deslizándose suavemente por su banco, se sentó en el de su madre y, como habría observado el señor Swiveller si hubiera estado presente, le «requisó» al bebé sin más.

—¡Shhh, madre! —susurró Kit—. Véngase conmigo, que tengo una cosa importante que decirle.

—¿Dónde estoy? —profirió la señora Nubbles.

—En la bendita Pequeña Bethel —respondió su hijo malhumoradamente.

—¡Ay, sí que es bendita! —exclamó la señora Nubbles repitiendo la palabra pronunciada por su hijo—. ¡Ay, Christopher, qué edificada me siento esta noche!

—Sí, sí, lo sé —dijo Kit precipitadamente—, pero ahora debe venir conmigo, madre; todo el mundo nos está mirando. No haga ruido, y tráigase a Jacob. Muy bien.

—¡No te vayas, Satanás, no te vayas! —gritó el predicador mientras Kit se alejaba.

—Este caballero quiere que te quedes, Christopher —susurró su madre.

—¡Detente, Satanás, detente! —vociferó el predicador de nuevo—. No tientes a la mujer que inclina su oído hacia ti, sino presta oído a la voz de Aquel que te llama. ¡Se lleva un cordero del aprisco! —gritó elevando aún más la voz y señalando al bebé—. ¡Se quiere llevar un cordero, un precioso cordero! ¡Se mueve cual lobo que, a la caída de la noche, acude a seducir y robar corderitos!

Kit era tal vez el muchacho más templado del mundo, pero, al oír aquel lenguaje tan violento, y como quiera que estaba algo excitado por las pruebas que estaba sufriendo, miró hacia el púlpito con el bebé en brazos y protestó en voz alta:

—¡No, eso no es cierto! ¡Es mi hermano!

—¡No, que es mío! —gritó el predicador.

—¡No lo es! —rebatía Kit indignado—. ¿Cómo puede decir semejante cosa? Y no insulte, por favor. ¿Qué mal le he hecho yo? Yo no vendría por ellos si no fuera por fuerza mayor; de eso puede estar seguro. Quería hacer lo en silencio, pero usted no me ha dejado. Ahora, tenga la bondad de guardarse

sus insultos para Satanás y los suyos si así le place, señor; pero a mí déjeme en paz, por favor.

Dicho lo cual, Kit salió de la capilla seguido de su madre y el pequeño Jacob. Una vez en la calle, recordó clarísimamente cómo la gente se había despertado y mirado sorprendida, y cómo Quilp había permanecido inmóvil durante toda la escena, sin cambiar de postura, sin retirar los ojos del techo, sin haberse dado cuenta de lo acontecido.

—¡Oh, Kit! —exclamó su madre con el pañuelo en los ojos—. ¡Qué has hecho! No voy a poder volver nunca. ¡Nunca!

—Pues me alegro, madre. ¿Por qué los buenos momentos de ayer le han creado mala conciencia y le han hecho acudir esta noche a hacer penitencia? Siempre pasa lo mismo: si alguna vez está contenta o alegre, siempre viene aquí a decir que se arrepiente delante de ese individuo. Casi me dan ganas de decir que le debería dar vergüenza, madre.

—¡Shhh, no digas eso, cariño! —expresó la señora Nubbles—. Seguro que no quieres decir lo que estás diciendo, lo sé; estás hablando como un pecador.

—¿Que no lo quiero decir? ¡Pues claro que quiero decirlo! —replicó Kit—. Yo no creo, madre, que la alegría inofensiva y el buen humor se consideren más pecado en el cielo que el cuello de fa camisa, y creo que esos individuos no son justos ni inteligentes al condenar lo primero y prohibir lo segundo; eso es lo que creo. Pero no diré nada más al respecto si me promete no llorar, eso me basta. Y coja al bebé, que pesa menos, y deme al pequeño Jacob, y durante el camino (que debemos hacer muy deprisa) le daré la noticia que le traigo, que le sorprenderá bastante, se lo puedo asegurar. Bien, ahora me gusta más. Ahora tiene el aspecto de no haber visto nunca la Pequeña Bethel en toda su vida, cosa que espero no vuelva a suceder nunca más. Y aquí está el bebé. Y tú, pequeño Jacob, súbete a mi espalda y agárrate fuerte al cuello, y siempre que un pastor de la Pequeña Bethel te llame precioso cordero o diga que tu hermano es un cordero, tú le dices que es lo más cierto que ha dicho en doce meses, y que si él mismo hubiera tenido un poco más de cordero y un poco menos de salsa de menta, al no estar tan picante y tan agrio, a mí me gustaría más. Eso es lo que tienes que decirle, Jacob.

Hablando de esta manera, medio en broma, medio en serio, y animando también a su madre, a los niños y a sí mismo con el buen humor de que hizo alarde, Kit los hizo avanzar deprisa y, de camino a casa; relató lo ocurrido en casa del notario y el motivo por el que había interrumpido las solemnidades de la Pequeña Bethel.

Su madre se sorprendió no poco al enterarse del servicio que se le pedía, y de repente notó que se le ofuscaban las ideas, las más importantes de las

cuales eran el gran honor y dignidad que suponía viajar en silla de posta y que le era moralmente imposible privar a sus hijos de su presencia y asistencia. Pero esta objeción y muchas otras (por ejemplo, que ciertas prendas de vestir se estaban lavando en aquel momento o que carecía de ropa idónea para la ocasión), fueron expeditivamente desmontadas por Kit, quien opuso a cada una de ellas el placer y la alegría de recuperar a Nell y de tenerla radiante con ellos de nuevo.

—Sólo quedan diez minutos, madre —informó Kit cuando llegaron a casa—. Hay una sombrerera. Meta en ella lo que quiera, y salgamos enseguida.

Se requeriría más tiempo y espacio del que ustedes y yo disponemos para relatar cómo Kit metió precipitadamente en la caja todo cuanto, por cualquier remota contingencia, podía necesitarse; cómo dejó fuera todo lo que podía ser de menor utilidad; cómo convencieron a una vecina para que viniera a ocuparse de los niños (y cómo estos lloraron al principio desconsoladamente y luego se rieron de buena gana al ver que les prometían toda clase de juguetes imposibles e inauditos); cómo la madre de Kit no dejaba nunca de besarlos, y cómo Kit no podía sentirse enfadado por una conducta tan maternal. Así, pasando por encima todos estos puntos, bástenos con decir que a los pocos minutos de que expiraran las dos horas, Kit y su madre llegaron a la puerta del notario, donde una silla de posta estaba esperando.

—¡Qué ven mis ojos: cuatro caballos! —exclamó Kit boquiabierto ante los preparativos—. Justo a tiempo, madre. Aquí está, señor. Le presento a mi madre. Está lista, señor.

—Eso está bien —repuso el caballero—. Ahora, procure tranquilizarse, señora; estará debidamente atendida. ¿Dónde está el baúl con la ropa nueva y demás para ellos?

—Aquí está —respondió el notario—. Mételo dentro, Christopher.

—Ahora mismo, señor —asintió Kit—. Todo está ya listo, señor.

—Entonces, partamos —expresó el caballero soltero, tras lo cual ofreció su brazo a la madre de Kit, la ayudó a entrar en el carruaje con suma educación y tomó asiento a su lado.

Subidos los peldaños y cerrada la portezuela, las ruedas se pusieron a girar y la posta salió estrepitosamente, con la madre de Kit asomada a la ventanilla saludando con un pañuelo mojado en la mano y lanzando muchos mensajes para el pequeño Jacob y el bebé, de los que nadie, empero, distinguió una sola palabra.

Kit se había quedado en medio de la carretera, los ojos inundados de lágrimas no tanto por la partida presente como por el retorno que tanto

anhelaba. «Se fueron a pie —pensó—, sin nadie que les hablara ni dijera una palabra amable, y volverán empujados por cuatro caballos, con este rico caballero como amigo, y con todas sus zozobras olvidadas. Ella tal vez haya olvidado ya que me enseñó a escribir...».

Fueran cuales fueran las cosas que pensó Kit después, se necesitaría cierto tiempo para relatarlas, pues se quedó mirando las hileras de farolas mucho después de que la silla de posta desapareciera de su vista, y no se dio media vuelta hasta que el notario y el señor Abel, que también se entretuvieron hasta que el sonido de las ruedas dejó de ser perceptible, se preguntaron varias veces qué motivo podía retenerlo tanto.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Es menester dejar por el momento a Kit, pensativo y expectante, para seguir las peripecias de la pequeña Nell, para lo cual reanudaremos el hilo de la narración en el punto en que lo habíamos dejado unos capítulos atrás.

En el transcurso de uno de sus paseos al atardecer, cuando, siguiendo a las dos hermanas a prudente distancia, sentía (en consonancia con ellas y reconociendo en sus penalidades un reflejo de su propia soledad de espíritu) un consuelo tal que convertía dichos momentos en remansos de profunda dicha, aunque el sutil placer que le producían era de esos que viven y mueren entre lágrimas; en uno de sus paseos a la hora tranquila del crepúsculo, en que el cielo, la tierra, el aire, el agua susurrante y el lejano sonido de las campanas sintonizaban con las emociones de la niña solitaria y le inspiraban pensamientos dulces (pero no del mundo infantil ni de sus fáciles alborozos); en una de tales caminatas, que se habían convertido actualmente en su único placer o en alivio de sus penas..., la luz había cedido a la oscuridad y la tarde había sucumbido a la noche. Pero la joven aún se entretenía en medió de las sombras como si se sintiera acompañada por la naturaleza serena y silenciosa, pues las voces ruidosas y las luces deslumbrantes habrían constituido para ella la verdadera soledad.

Las hermanas ya se habían ido a su casa, y la niña estaba sola. Levantó los ojos a las estrellas relucientes, que miraban tan apaciblemente desde los espacios etéreos, y, fijándose bien en ellas, descubrió qué nuevas estrellas se presentaban a su vista, y otras más allá, y otras más allá todavía, hasta que toda la bóveda celeste centelleaba con esferas relucientes elevándose cada vez más en el espacio inconmensurable, eternas en sus números como en su existencia inmutable e incorruptible. Se inclinó sobre el río calmo y las vio reflejadas en el mismo orden majestuoso en que las divisó la paloma del

Diluvio sobre las aguas desbordadas, a un millón de leguas por encima de los picos de las montañas y de la humanidad casi por completo fenecida.

Se sentó en silencio al lado de un árbol, compartiendo el silencioso aliento de la noche y sus maravillas. Aquel momento y aquel lugar invitaban a la reflexión, y pensó con reposada esperanza (menos esperanza, tal vez, que resignación) en el pasado, en el presente y en lo que estaba aún por venir. Entre el anciano y ella se había producido un alejamiento progresivo, más duro de soportar que cualquiera de sus penas anteriores. Cada noche, y a menudo también durante el día, su abuelo se ausentaba; y aunque ella sabía bien a dónde iba y por qué —demasiado bien por sus miradas hurañas y por la constante disminución de su escasa bolsa—, él evadía sus preguntas, mantenía una estricta reserva e incluso rehuía su compañía.

Estaba reflexionando sobre este triste cambio (hablando, por así decir, con todo cuanto la rodeaba) cuando la distante campana de la iglesia dio las nueve. Al oír su tañido, se levantó y se encaminó pensativamente hacia la ciudad.

Al llegar a la altura de un pequeño puente de madera, que enlazaba con la carretera que debía tomar, distinguió de repente un resplandor rojizo; se fijó mejor y vio que procedía de lo que parecía un campamento gitano, con un fuego ardiendo a poca distancia del camino, donde varias personas estaban sentadas o tumbadas. Como era demasiado pobre para tenerles miedo, no alteró su itinerario (lo que habría supuesto un gran rodeo), pero aceleró el paso y siguió adelante.

Pero, estando ya cerca del lugar, un impulso de tímida curiosidad le hizo fijarse en el fuego. Entre ella y el fuego había una figura (su perfil nítidamente recortado sobre la luz) que la obligó a detenerse en seco. Pero, convencida de que no podía tratarse de la persona que había supuesto, prosiguió su camino.

En ese instante, empero, se reanudó la conversación junto al fuego y la voz que hablaba —no podía distinguir las palabras— le sonó tan familiar como la suya propia.

Se giró para mirar. La persona que antes estaba sentada se hallaba ahora de pie, apoyada en un bastón con ambas manos. La postura no le resultaba menos familiar que la voz. Era su abuelo.

El primer impulso fue llamarlo; el siguiente, preguntarse quiénes serían sus interlocutores y con qué fin estaban allí reunidos. Presa de una vaga aprensión, y cediendo a la fuerte inclinación que la suscitaba, se acercó no directamente, sino por detrás de la valla.

Avanzó de esta manera hasta encontrarse a sólo unos centímetros del fuego; escondida tras unos árboles, podía ver y oír sin peligro de ser descubierta.

No había mujeres ni niños, como había observado en otras acampadas de gitanos por las que había pasado en el transcurso de su peregrinar, y para el caso sólo había un gitano, un hombre atlético que, con los brazos cruzados, estaba apoyado sobre un árbol a poca distancia y que, bajo sus pestañas negras, miraba tan pronto el fuego como a los otros tres que había allí con un vivo interés en su conversación que intentaba disimular. Uno de los tres era su abuelo; a los otros dos también los conocía: eran los que habían jugado a las cartas con su abuelo en la taberna la accidentada noche de la tormenta, a uno de los cuales habían llamado Isaac List. Cerca de allí se alzaba una de esas tiendas bajas y arqueadas habituales de los gitanos, pero estaba vacía, o esa impresión daba.

—Bueno, ¿va a ir? —preguntó el hombre fornido mirando desde el suelo, donde estaba recostado, la cara de su abuelo—. Usted tenía mucha prisa hace un minuto. Vaya, pues, si le gusta. Es el dueño de su propia persona, espero, ¿no?

—No te metas con él —amonestó Isaac List, que estaba agachado como una rana al otro lado del fuego lanzando miradas torvas—. Él no pretendía ofenderte.

—Ustedes me dejan sin un penique, me saquean y encima se ríen y se burlan de mí —se quejó el anciano, mirando sucesivamente a uno y a otro—. Quieren que me vuelva loco.

La suma irresolución y debilidad de aquel niño de pelo gris frente a las miradas torvas y astutas de aquellos individuos en cuyas manos se hallaba hirió el corazón de la pequeña. Pero esta se contuvo y esperó mientras examinaba cada mirada y cada palabra.

—¡Que el diablo lo confunda! ¿Qué pretende decir? —profirió el hombre fornido, incorporándose un poco y apoyándose en el codo—. ¡Dejarme sin un penique! No nos pelaría usted si pudiera, ¿eh? Así son todos los jugadores como usted, que gimotean y lloran. Cuando pierden, son mártires. Pero yo no veo que cuando ganan se porten con los demás como usted pide. Y en cuanto a lo del saqueo —prosiguió el individuo levantando la voz—, ¡maldita sea!, ¿qué pretende decir con esa palabrita tan culta, eh?

El que había hablado volvió a tumbarse cuan largo era y dio un par de patadas de rabia, como para refrendar su ilimitada indignación. Era más que evidente que él hacía de malo y su amigo, de bueno, por algún designio concreto; o, digamos más bien, ello habría sido evidente para cualquiera salvo para el débil anciano, pues intercambiaban miradas sin ningún disimulo, tanto entre ellos dos como con el gitano, el cual esbozó una gran sonrisa de aprobación que exhibió el brillo de sus blancos dientes.

El anciano permaneció indeciso durante un rato y luego, volviéndose a su interlocutor, dijo:

—Era usted quien hablaba de saqueo hace poco, lo sabe. No sea violento conmigo. Era usted quien hablaba de eso, ¿no?

—¡No de saqueo entre los aquí presentes! Entre caballeros, debe prevalecer el honor, señor mío —replicó el otro, conteniéndose para no dotar a su frase de una conclusión más brusca.

—No seas duro con él, Jowl —le encareció Isaac List—. Siente mucho haberte ofendido. Vamos, sigue con lo que estabas diciendo.

—Yo tengo el corazón más dulce y tierno que un cordero —proclamó el señor Jowl—. Si no, ¿cómo iba a estar aquí sentado dando consejos cuando sé que no los van a seguir y que no lograré nada más que insultos en pago a mis esfuerzos? Pero así son las cosas de este mundo. La experiencia nunca conseguirá enfriar mi buen corazón.

—Pero él te ha dicho que lo siente mucho, ¿no? —insistió Isaac List—, y que desea que sigas.

—¿Lo desea? —preguntó el otro.

—Sí —gimió el anciano, sentándose y moviéndose de un lado a otro—. Siga, siga. No sirve de nada luchar contra ello; no puedo. Siga.

—Seguiré, entonces —resolvió Jowl—, donde lo dejé cuando usted se puso de pie tan bruscamente. Si está convencido de que ha llegado el momento de tener la suerte de cara (y estoy seguro de que ha llegado) y le parece que no tiene medios suficientes para intentarlo (y ahí está la cosa, pues sabe de sobra que carece de fondos suficientes para pasar una velada jugando), recurra a lo que parece que le sale al paso en el camino. Pida dinero prestado y diga que lo devolverá en cuanto pueda.

—Ciertamente —terció Isaac List—, si esa buena señora que regenta el museo de cera tiene dinero, y lo guarda en una caja de hojalata cuando se va a la cama y no cierra la puerta por miedo al fuego, la cosa parece fácil, como producida por la Providencia, diría yo si no me hubieran educado en los buenos principios cristianos.

—Ya ves, Isaac —enunció su amigo, cada vez más ávido y arrimándose al anciano mientras hacía señas al gitano para que no se les acercara—. Ya ves, Isaac, cualquier forastero puede entrar y salir en cualquier momento del día. Nada más probable que uno de tantos forasteros se deslice bajo la cama de la buena señora o se encierre en el armario; la sospecha recaería sobre mucha gente demasiado lejos del blanco, no lo dudes. Yo le ofrecería la revancha hasta el último penique que tuviera, fuera cual fuera la cantidad.

—¿Tú podrías hacerlo? —instó Isaac List—. ¿Es tu banca lo bastante fuerte?

—¿Que si es lo bastante fuerte? —repitió el otro con fingido desdén—. ¡Oiga, señor, haga el favor de traerme esa caja que hay debajo de la paja! La petición iba dirigida al gitano, quien se arrastró a cuatro patas hasta la tienda baja y, tras registrar un poco, volvió con una alcancía, que el hombre que había hablado abrió con una llave que llevaba encima.

—¿Ves esto? —preguntó, cogiendo el dinero con la mano y dejándolo caer entre los dedos, como agua, en la alcancía—. ¿No lo oyes? ¿No conoces el sonido del oro? Por favor, póngala otra vez en su sitio, y no menciones la banca otra vez, Isaac, hasta que tengas una propia.

Con fingida humildad, Isaac List afirmó que nunca había dudado de la buena fe de un caballero tan honorable como el señor Jowl, y que si había deseado que le enseñara la alcancía no había sido para disipar sus dudas, pues no podía tener ninguna, sino con la inocente intención de verse recompensado con una visión tan suntuosa, la cual, aunque algunos pudieran juzgarla un placer insustancial e imaginario, para alguien como él era una fuente de suma delicia, sólo superable por la de tener dinero propio en el bolsillo propio. Aunque el señor List y el señor Jowl hablaban uno con otro, saltaba a la vista que los dos miraban de reojo al anciano, quien, con los ojos fijos en el fuego, parecía a la vez sumido, en sus pensamientos y escuchar muy atentamente — como se deducía de algún que otro involuntario movimiento de la cabeza o de una contracción de la cara— cuanto estaban diciendo.

—Mi consejo —prosiguió Jowl, tumbándose con aire negligente— es muy sencillo; en realidad, ya lo he dado. Yo actúo como un amigo. ¿Por qué iba yo a ayudar a alguien a ganar todo lo que yo poseo si no lo considerara mi amigo? Es una tontería, tal vez, preocuparse tanto de la riqueza de los demás; pero así es como soy yo, y no puedo remediarlo. Así que no me reproches nada, Isaac List.

—¿Es que yo te he reprochado algo? —replicó el interpelado—. Ni por asomo, amigo Jowl. Ojalá pudiera permitirme ser tan espléndido como tú; además, como tú mismo dices, él te devolverá lo que te debe si gana. Pero si perdiera...

—No debe considerarse esa probabilidad —objetó Jowl. Pero suponiendo que perdiera (y nada es menos probable, según mi experiencia en las vicisitudes del juego), pues bien, es mejor perder el dinero de los demás que el propio, ¿no?

—¡Ah! —exclamó Isaac List, extasiado—. ¡Qué placer, ganar! ¡Qué delicia recoger el dinero, esas relucientes guineas amarillas, y meterlas de

golpe en el bolsillo! ¡La delicia de triunfar al fin y pensar que uno no se paró ni se volvió atrás a mitad de camino, sino que siguió a su encuentro! El... pero ¿no se va usted, caballero?

—Me iré —dijo el anciano, que se había levantado, dado dos o tres pasos y vuelto de nuevo—. Lo conseguiré, hasta el último penique.

—¡Formidable, muy valiente! —exclamó Isaac, saltando y dándole una palmadita en la espalda—. Enhorabuena por tener una sangre tan joven en las venas. ¡Ja, ja, ja! Joe Jowl está ahora casi triste por haberle aconsejado eso. Nos vamos a reír de él. ¡Ja, ja, ja!

—Me ha ofrecido la revancha, ¿no? —expresó el anciano, señalándolo nerviosamente con su mano arrugada—. Han oído bien que apostará hasta la última moneda que tenga en la alcancía, haya muchas o pocas. ¡Recuérdenlo!

—Soy testigo —enunció Isaac—. Yo haré de juez justo entre ustedes dos.

—Yo he dado mi palabra —protestó Jowl con fingido enfado—, y la mantendré. ¿Cuándo va a empezar el combate? Me gustaría que terminara cuanto antes. ¿Esta noche?

—Debo tener el dinero primero —alegó el anciano—, y no podré tenerlo hasta mañana.

—¿Por qué no esta noche? —apremió Jowl.

—Ya se ha hecho tarde, y debería apresurarme más de la cuenta —se excusó el anciano—. Esto debe hacerse sin prisas. No, hoy no; mañana por la noche.

—¡Pues que sea mañana! —proclamó Jowl—. Tomemos algo para celebrarlo, venga. ¡Y suerte para el mejor! ¡Llenemos los vasos!

El gitano sacó tres vasos de hojalata y los llenó de brandy hasta el borde. El anciano se apartó y masculló algo antes de beber. La que escuchaba oyó su propio nombre pronunciado, junto con algún deseo ferviente que el anciano exhaló en angustiada súplica.

«Que Dios tenga piedad de nosotros —imploró la niña para sus adentros— y nos ayude en esta hora tan difícil. ¿Qué podría hacer yo para salvarlo?».

El resto de la conversación transcurrió en un tono de voz más bajo. Sólo se habló de la ejecución del proyecto y de la precaución que convenía observar para no levantar sospechas. Finalmente, el anciano estrechó la mano de sus tentadores y se retiró.

Los hombres observaron su figura encorvada mientras el anciano se retiraba despacio y, siempre que este volvía la cabeza para mirar atrás, cosa que hizo varias veces, le saludaban con la mano o le lanzaban un grito de

aliento. Una vez que su figura desapareció por la carretera, se volvieron para felicitarse mutuamente y soltar una sonora carcajada.

—¡Bien! —exclamó Jowl, calentándose las manos en el fuego—. Al fin lo conseguimos. Se ha necesitado más trabajo de persuasión del esperado. Hace tres semanas que le metimos la idea en la cabeza. ¿Cuánto crees que traerá?

—Traiga lo que traiga, lo repartiremos entre los dos —dijo Isaac List.

El otro asintió con la cabeza.

—Debemos actuar con rapidez —aseveró—, y después tratar de evitar su compañía, pues de lo contrario podrían sospechar de nosotros. La consigna es: «Máxima precaución».

List y el gitano asintieron. Cuando los tres se hubieron divertido no poco con la infatuación de su víctima, cambiaron de tema, un poco hartos ya, y se pusieron a hablar en una jerga que la niña no comprendía. Como hablaban de otros asuntos que también parecían interesarles mucho, la niña creyó que había llegado el momento de alejarse sin ser vista; así, avanzando agachada detrás de los setos y hundiéndose en más de una zanja, emergió al final en la carretera, en un punto donde ya no podían verla. Aceleró el paso todo lo que pudo, lacerada y sangrando por las heridas de los cardos y espinas, pero más lacerada aún en el alma. Al llegar a la casa, se tendió en la cama presa de una gran agitación.

La primera idea que se le pasó por la cabeza fue huir, huir en aquel mismo instante; sacar a su abuelo a rastras de aquel lugar, y antes morir de necesidad a la vera del camino que exponerlo de nuevo a tentaciones tan terribles. Después, recordó que el delito no se cometería hasta la noche siguiente y que había tiempo de sobra para reflexionar y tomar la mejor decisión. Después, fue asaltada por un miedo terrible a ver a su abuelo cometiendo el delito en aquel preciso momento, y a oír chillidos y gritos en medio del silencio de la noche. ¡Qué sería su abuelo capaz de hacer si era sorprendido in fraganti y se tenía que enfrentar a una mujer! Como no podía soportar semejante tortura, se deslizó hasta la habitación donde estaba el dinero, abrió la puerta y miró. ¡Dios sea loado! Él no estaba allí, y ella dormía profundamente.

Volvió a su cuarto y empezó a prepararse para ir a la cama. Pero ¿cómo iba a poder dormir? ¡Dormir! ¿Quién podría reposar en la cama asaltado por tales terrores? A medio vestir, y con el pelo sin peinar, fue adonde estaba durmiendo el anciano, lo cogió por la muñeca y lo despertó.

—¿Qué ocurre? —gritó este, incorporándose en la cama y fijando la mirada en la cara espectral de su nieta.

—¡He tenido una pesadilla horrible! —exclamó esta con una energía que

sólo unos terrores semejantes podían concitar—. ¡Una pesadilla horrible, espantosa! ¡Ya la tuve el otro día! Es sobre unos hombres de pelo cano, como usted, que, entrando de noche en una, habitación oscura, le roban el oro a una persona que está durmiendo. ¡Levántese, levántese!

El anciano sintió una sacudida en todas sus articulaciones y entrelazó las manos como si fuera a rezar.

—¡No a mí! —exclamó la niña—. ¡No a mí, al cielo, para que nos libre de semejantes acciones! Es un sueño demasiado real. No puedo dormir, no puedo quedarme aquí, no puedo dejarle solo bajo este techo donde me asaltan estos sueños. ¡Levántese! Debemos irnos.

El anciano la miró como si fuera un espíritu —podría haberlo sido, pues parecía una resucitada— y empezó a temblar, cada vez con más intensidad.

—No hay tiempo que perder. No pienso perder ni un solo minuto —expresó la niña—. ¡Levántese! Y véngase conmigo.

—¿Esta noche? —farfulló el anciano.

—Sí, esta noche —respondió la niña—. Mañana por la noche será demasiado tarde. El sueño me vendrá otra vez. Sólo huyendo podremos salvarnos. ¡Levántese!

El anciano se levantó de la cama. Con la frente empapada por el sudor frío del miedo, e inclinado delante de la niña como si esta fuera un ángel enviado del cielo para salvarlo, se dispuso a seguirla. Ella lo cogió de la mano y lo sacó de allí. Al franquear la puerta de la habitación que él se había propuesto robar, ella se estremeció y lo miró a la cara. ¡Qué cara tan pálida la suya, y con qué expresión la miró!

La niña se lo llevó a su cuarto y, sin soltarlo de la mano, como si temiera perderlo al menor descuido, recogió las pocas cosas que tenía y se colgó la cesta del brazo. El anciano cogió de manos de la niña su zurrón, que se echó al hombro, y su bastón y partieron.

Se deslizaron con pasos temblorosos por las calles estrechas de la ciudad y las tortuosas callejuelas de los suburbios. Escalaron la colina, coronada por el viejo castillo gris, sin mirar atrás una sola vez.

Cerca de las viejas murallas, vieron la luna en su gloriosa majestad. Desde aquellas ruinas venerables, enguirnaldadas con hiedra, musgo y hierba ondeante, la niña miró hacia atrás, a la ciudad dormida, acurrucada a la sombra del valle, y al río lejano, con su corriente de agua serpenteante y reluciente; y a las colinas lejanas. Durante ese tiempo había ido soltando paulatinamente la mano de su abuelo; de repente, rompió a llorar y se arrojó a su cuello.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Superada su momentánea debilidad, la niña recuperó el temple que la había mantenido en pie hasta ese momento e, intentando afianzarse en su resolución con la idea de que estaban huyendo de una desgracia, de la comisión de un delito, y de que la integridad de su abuelo dependía solamente de su firmeza, sin la ayuda de ningún consejero o una mano amiga, lo instó a seguir adelante y no volver la mirada.

Mientras este, manso y humilde, parecía retraerse ante ella, como quien se amilana y rebaja en presencia de un ser superior, la niña notaba que nacía en su interior un sentimiento nuevo que la elevaba y dotaba de una energía y una confianza que nunca antes había conocido. Ya no hablaría más de responsabilidad compartida; toda la carga de las dos existencias recaería exclusivamente sobre sus espaldas; en adelante, le tocaba a ella pensar y actuar por los dos. «Yo lo he salvado —pensaba—. En todos los peligros y penalidades, sabré recordarlo».

En cualquier otro momento, el pensamiento de haber abandonado a una amiga que les había mostrado tanta amabilidad sin una sola palabra de justificación —se creía culpable, al menos en apariencia, de traición e ingratitud—, e incluso de haberse alejado así de las dos hermanas, la habría llenado de tristeza y pesar. Pero ahora, cualquier otra consideración quedaba diluida en los nuevos interrogantes y afanes de su vida errante, y esta misma desesperación la excitaba y estimulaba.

A la tenue luz de la luna, que prestaba un calor propio a la delicada cara en la que las cuitas se mezclaban con la gracia y simpatía de la juventud, con los ojos brillantes, con la cabeza inteligente, con los labios que se apretaban con tanta resolución y con un corazón valiente, su figura esbelta y, sin embargo, aún tan débil, contaba en elocuente silencio la historia de los dos; pero la contaba al viento que susurraba a su paso, el cual, tomando su fardo, llevaba tal vez a la almohada de alguna madre sueños borrosos de infancia marchitados en flor o soñaba el sueño que no conoce el despertar.

La noche pasó deprisa, la luna se desplomó, las estrellas palidieron y la mañana, fría como ellos, se acercaba despacio. Entonces, detrás de una lejana colina, surgió el noble sol llevándose con él las neblinas espectrales y dejando la tierra despejada hasta que volviera de nuevo la oscuridad. Cuando vieron que subía un poco más en el cielo y sintieron el calor de sus rayos alegres, se echaron a dormir a orillas de un canal.

Pero, mucho después de que el anciano hubiera caído profundamente dormido, Nell siguió agarrada a su brazo, observándolo con ojos vigilantes.

Vencida finalmente por el cansancio, soltó el brazo, volvió a agarrarlo (con menos fuerza), lo soltó de nuevo..., y los dos se durmieron, uno junto al otro.

Un confuso murmullo de voces se mezcló con sus sueños y la despertó. A su lado había un hombre de aspecto hosco, mientras que dos compañeros suyos miraban la escena desde una barcaza que se les había aproximado cuando ellos dormían. La barcaza, sin remos ni vela, era arrastrada por un par de caballos que descansaban en un prado con la cuerda que los sujetaba flotando en el agua.

—¡Eh! —exclamó el hombre bruscamente—. ¿Ha pasado algo aquí?

—Simplemente, estamos durmiendo, señor —respondió Nell—. Hemos pasado toda la noche caminando.

—Hmmm. Dos viajeros muy raros, caminando toda una noche... —observó el hombre—. Uno demasiado viejo para esta clase de actividad y la otra demasiado joven. ¿A dónde se dirigen?

Nell vaciló y dijo al azar que hacia el oeste, a lo cual el hombre preguntó si se refería a una ciudad que nombró. Para evitar más preguntas, Nell contestó:

—Sí, hacia allí nos dirigimos.

—¿De dónde vienen? —fue la siguiente pregunta, más fácil de contestar.

Nell le dio el nombre de la aldea en la que vivía su amigo el maestro de escuela, que seguramente aquellos hombres no conocían y que no invitaba a ulteriores pesquisas.

—Pensé que alguien les había robado o hecho algún daño —profirió el desconocido—. Eso es todo. Que tengan un buen día.

Nell le devolvió el saludo sumamente aliviada por su partida y lo vio montarse en uno de los caballos. La barcaza empezó a moverse. Pero no había ido muy lejos cuando se detuvo de nuevo, y Nell vio que los hombres le hacían señas.

—¿Me llaman a mí? —preguntó corriendo hacia ellos.

—Pueden venir con nosotros si lo desean —propuso uno de los que iban a bordo—. Nosotros también vamos allí.

La niña vaciló mientras pensaba rápidamente. Los hombres a los que había visto con su abuelo podrían seguirlo, ávidos del botín, y volver a apoderarse de su voluntad, lo que echaría por tierra todos sus esfuerzos. Si se iban con aquellos hombres, sus huellas se perderían con toda seguridad en aquel mismo punto. Así que decidió aceptar el ofrecimiento. La barcaza se acercó a la orilla de nuevo y, antes de que Nell tuviera más tiempo para reflexionar, su abuelo y ella ya se encontraban a bordo, deslizándose suavemente por el canal.

El sol se reflejaba alegremente sobre la brillante agua, que unas veces discurría entre árboles y otras por campo abierto, entrecruzándose con arroyos y contemplando colinas arboladas, tierras cultivadas y granjas sombreadas. De cuando en cuando, alguna aldea con su campanario modesto, sus tejados de paja y sus hastiales asomaba entre los árboles; y más de una vez aparecía una población lejana, con las grandes torres de la iglesia vislumbrándose a través de la neblina y con fábricas o talleres elevándose sobre la masa de casas, visiones que, a juzgar por el tiempo que tardaban en borrarse, atestiguaban la lentitud de su progreso. El itinerario discurría en su mayor parte a través de terrenos bajos y llanuras abiertas; y, salvo esos lugares distantes u, ocasionalmente, algunos hombres que trabajaban en los campos o que se detenían en un puente para verlos pasar, nada turbaba su discurrir monótono, solitario.

A Nell se le cayó el alma a los pies cuando la embarcación se detuvo a media tarde en una especie de pontón y oyó decir a uno de los barqueros que no llegarían a su destino hasta el día siguiente y —dirigiéndose a ella— que, si no llevaba provisiones, era mejor que las compraran allí. No le quedaban más que unos peniques, tras haber comprado ya algo de pan, y los necesitaban imperiosamente, pues se dirigían a un lugar completamente desconocido para ellos. Un trozo de pan y otro de queso fue, pues, todo lo que pudo procurarse y todo lo que tomaron al volver a la barcaza, donde permanecieron solos esperando una hora por lo menos a que los hombres volvieran de la taberna.

Volvieron con botellas de cerveza y licor en la mano. Y, con lo que ya habían bebido y lo que siguieron bebiendo, pronto se emborracharon y empezaron a discutir. Nell, para evitar la pequeña cabina, que era muy oscura y sucia, y a la que a menudo los invitaban a ella y a su abuelo, iba sentada al aire libre a su lado, escuchando a sus alborotados anfitriones con el corazón en un puño y casi deseando desembarcar donde fuera, aunque tuvieran que pasar toda la noche caminando.

Eran, en verdad, unos individuos toscos, ruidosos y casi brutales entre ellos, aunque bastante corteses con sus dos pasajeros. Así, cuando estalló una discusión entre el que iba al timón y otro que estaba en la cabina sobre quién había sido el primero en sugerir la conveniencia de ofrecer a Nell un poco de cerveza, y cuando la discusión degeneró en una pelea en la que se zurraron de lo lindo, para el inenarrable terror de Nell, ninguno de los dos la tomó con ella, sino que se contentaron con desfogarse con el adversario, lanzándose, además de los golpes, toda una variedad de cumplidos, que, felizmente para la niña, fueron enunciados con unos términos para ella completamente ininteligibles. La pelea terminó finalmente cuando uno sacó al otro de cabeza de la cabina y tomó el timón en sus manos sin mostrar el menor desconcierto ni causarle ninguno a su amigo, quien, siendo de una constitución bastante fuerte y

estando acostumbrado a tales menudencias, se quedó dormido al punto en la postura en que había quedado tendido, con los pies para arriba. Un par de minutos después, roncaba como una foca.

Para entonces ya se había hecho de noche, y aunque la niña tenía frío (al ir pobremente vestida), sus angustiados pensamientos volaron muy lejos de su sufrimiento o incomodidad, preocupada por su futura subsistencia. El mismo espíritu que la había mantenido fuerte la noche anterior la sostuvo y le dio fuerzas en aquel momento. Su abuelo dormía tranquilamente a su lado, y el delito al que su locura lo había impulsado no se había cometido. Ese era su consuelo.

Cada circunstancia de su vida, breve pero llena de tantas peripecias, atravesó su memoria mientras viajaba. Pequeños incidentes nunca recordados; caras vistas una vez y después olvidadas; palabras a las que había prestado escasa atención; escenas de hacía un año y de ayer mismo mezcladas y entrelazadas; lugares familiares que surgían en la oscuridad desde otros que, cuando se acercaban, eran muy distintos entre sí e inverosímiles. A veces, se establecía en su memoria una extraña confusión cuando se preguntaba si había estado allí, a dónde se dirigía ahora, con qué personas se hallaba en aquel momento. Su imaginación le sugería observaciones y preguntas que resonaban con tal fuerza en sus oídos que se sobresaltó y se volvió, como tentada a contestar. En fin, la asaltaron todas las fantasías y contradicciones que suelen asaltarnos cuando no podemos dormir, estamos nerviosos o cambiando incesantemente.

Ocurrió que, mientras estaba ocupada con estos pensamientos, su mirada se cruzó con la del barquero de cubierta, en el que la fase alborotada de la borrachera había dado paso a otra más sentimental; este, quitándose de la boca una pipa corta, envuelta en una cinta para su mejor conservación, le pidió que le cantara una canción.

—Tienes una voz muy bonita, unos ojos muy dulces y una memoria muy buena —dijo—. De la voz y los ojos, tengo pruebas de sobra, y lo de la memoria es una opinión personal. Pero yo no me equivoco nunca. Anda, cántame una canción.

—Me parece que no me sé ninguna, señor —replicó Nell.

—Tú conoces cuarenta y siete canciones —aseguró el hombre con una gravedad que no admitía réplica—. Cuarenta y siete es el número. Cántame una de ellas, la mejor. Cántame una canción ahora mismo.

Temblando ante la posibilidad de irritar al barquero, la pobre Nell le cantó una cancioncilla que había aprendido en tiempos más felices y que resultó tan del gusto del hombre que a su término le rogó de la misma manera perentoria

que le cantara otra, y después creyó cumplimentarla haciendo de coro desafinado y sin ninguna palabra, lo que compensaba con un brío increíble. El ruido de esta actuación vocal despertó al otro hombre que estaba en cubierta, el cual, tambaleándose y dando la mano a su anterior adversario, juró que aquella canción era su mayor orgullo, alegría y dicha y que no deseaba un entretenimiento mejor. A una tercera invitación, más imperativa que las dos anteriores, Nell se sintió obligada a complacerles, y esta vez el coro corrió a cargo no sólo del susodicho dúo, sino también del otro que iba a caballo, el cual, estando excluido de una participación más propinqua, se puso a rugir con sus compañeros y a desgarrar el aire. De esta manera, con pocas interrupciones y cantando las mismas canciones una y otra vez, la niña, pese a estar cansada y agotada, los mantuvo a todos de buen humor durante la noche; y muchos lugareños, sacados de su profundo sueño por aquel coro discordante que flotaba al viento, escondieron la cabeza debajo de la almohada, aterrorizados ante semejante estruendo.

Al fin llegó la mañana. Pero con la luz del día llegó la lluvia, una lluvia muy pesada. Como la niña no podía soportar los intolerables vapores de la cabina, en pago a sus esfuerzos la taparon con unos trozos de vela y de lona alquitranada, que bastaron para mantenerlos guarecidos a ella y a su abuelo. A medida que el día avanzaba, la lluvia iba también en aumento. Hacia el mediodía, caía de una manera tan inmisericorde y pesada que parecía que nunca iba a amainar.

Ya se iban acercando al lugar de su destino. El agua se había vuelto más espesa y sucia; otras barcasas, que navegaban en sentido contrario, los adelantaban frecuentemente; senderos de escoria y cabañas de ladrillo visto indicaban la proximidad de una gran población industrial; calles y casas diseminadas, así como el humo de chimeneas distantes, indicaban asimismo que ya se hallaban en las inmediaciones. Tejados apiñados y masas de edificios que temblaban con el funcionamiento de las máquinas y resonaban con sus palpitations; chimeneas altas, que vomitaban vapores negros y los expandían en una densa nube maloliente por encima de los tejados, oscureciendo la atmósfera; el ruido seco de martillos batiendo el hierro; el clamor de calles bulliciosas y de gente atareada, en progresivo aumento hasta que todos los sonidos se mezclaron en uno solo y ya ninguno se distinguía por sí mismo... Todo esto marcó el final del viaje.

La barcaza se acomodó para entrar en el muelle. Como los barqueros estaban muy ocupados, la niña y su abuelo, tras esperar en vano para darles las gracias o preguntarles a dónde debían ir, atravesaron un callejón oscuro y salieron a una calle abarrotada de gente. Aturdidos y confusos por el tumulto y la lluvia torrencial, se diría que habían vivido mil años atrás y que, resucitados de repente, habían aparecido allí por obra de un milagro.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

La muchedumbre pasaba deprisa, en dos corrientes opuestas, sin ningún síntoma de pausa o agotamiento, absorta en sus quehaceres; nada la distraía de sus intereses: ni el rugido de carretas y carro matos cargados con mercancías que se entrechocaban, ni el deslizarse de las herraduras de los caballos sobre la calzada mojada y grasienta, ni el repiqueteo de la lluvia sobre los cristales de las ventanas y la tela de los paraguas, ni los empujones de los transeúntes más impacientes ni, en fin, el bullicio en el punto álgido de la jornada. Mientras tanto, los dos pobres forasteros, aturridos y desconcertados por el trajín que observaban, pero en el que no participaban, miraban con ojos llenos de tristeza; entre tanta gente, sentían una soledad semejante a la sed del marinero naufragado que, vapuleado por las olas del inmenso océano, con los ojos enrojecidos de tanto mirar el océano que lo circunda por doquier, no tiene ni una gota de agua para refrescar su lengua ardiente.

Se resguardaron de la lluvia debajo de una arcada baja, desde donde observaban a los transeúntes en busca de un rostro que mostrara un rayo de aliento o esperanza. Unos fruncían el ceño, otros sonreían, otros mascullaban alguna frase, otros hacían un pequeño gesto, como anticipando la conversación que pronto iban a entablar; otros tenían la mirada astuta del regateador o del conspirador; otros parecían ávidos, ansiosos; otros, premiosos y aburridos; en algunos semblantes, en fin, se veía escrita la ganancia y, en otros, la pérdida. Pasar así revista a las caras de la gente fugaz era en cierto modo como invadir su confianza. En los lugares concurridos, donde cada uno persigue un objetivo propio, con la seguridad de que los demás persiguen también el suyo, el carácter y las intenciones están escritos en el semblante. En los paseos públicos y lugares de esparcimiento de una ciudad, la gente se mueve para ver y ser vista, y allí encontramos repetida la misma expresión, con pocas variaciones, una y mil veces. Los semblantes de los días de diario están más cerca de la verdad; se intuye con más claridad.

Sumida en esa abstracción que sólo la soledad suscita, la niña siguió mirando a los que pasaban con un interés maravillado, sinónimo de una amnesia temporal de su propia situación. Pero el frío, la lluvia, el hambre, la falta de sueño y de un lugar donde reposar la cabeza (que le dolía) pronto retrotrajeron sus pensamientos al punto del que se habían desviado. No pasaba nadie que reparara en ellos, o a quien ella se atreviera a dirigirse. Después de cierto tiempo, dejaron su refugio para mezclarse con la gente.

Había empezado a anochecer. Aunque aún se callejeaba en todas las

direcciones, a ellos los embargaba la misma sensación de soledad y de indiferencia hacia todo lo que los rodeaba. Las luces de las calles y las tiendas los hacían sentirse más desolados aún, pues con ellas la noche y la oscuridad parecían caer más deprisa. Estremecida de frío y humedad, enferma físicamente y con el corazón hastiado, la niña tuvo que recurrir a su firmeza y resolución para poder seguir arrastrándose.

¡Por qué habrían ido a aquella ciudad ruidosa cuando había en el campo lugares tranquilos en los que sobrellevar el hambre y la sed con menos sufrimiento! En aquella ciudad no eran más que un átomo en medio de un montón de miserias, cuya visión no hacía sino aumentar aún más su desvalimiento y congoja.

La niña no sólo tenía que soportar aquel cúmulo de penalidades, sino también los reproches de su abuelo, que empezó a quejarse de que lo hubiera sacado de su última residencia y exigía volver. Al no tener dinero, ayuda ni perspectiva de tenerlos, volvieron sobre sus pasos por las calles ya desiertas en dirección al muelle para ver si encontraban la embarcación en la que habían llegado y les permitían pasar la noche a bordo de la misma. Pero sus esperanzas se vieron de nuevo frustradas, pues el portón estaba cerrado y unos perros, que empezaron a ladrar furiosamente al verlos acercarse, los obligaron a retirarse.

—Tenemos que dormir en la calle esta noche, abuelito —expresó la niña con voz débil mientras volvían después de este intento fallido—. Mañana nos iremos a otro lugar más tranquilo para tratar de ganarnos el pan con algún trabajo humilde.

—¿Por qué me has traído aquí? —replicó el anciano con tono enfadado—. No soporto estas calles que no llevan a ningún sitio. Veníamos de un sitio tranquilo. ¿Por qué me obligaste a abandonarlo?

—Porque me iba a asaltar otra vez el sueño del que le hablé, nada más —contestó la niña con una firmeza que duró poco, pues esta se diluyó enseguida en lágrimas—. Ahora debemos vivir entre personas pobres, o el sueño volverá. Abuelito querido, ya sé que es usted mayor y está débil. Pero míreme. Yo nunca me quejaré si usted no se queja; pero sepa que yo también sufro mucho.

—¡Ay, mi pobre niña, sin madre, sin techo, errante por el mundo! —gritó el anciano, cerrando los puños, como reparando por primera vez en la cara angustiada de la niña, en su vestido ensuciado por el viaje y en sus pies magullados e hinchados—. ¡A esto te han llevado todos mis desvelos! ¡Qué feliz fui yo en otro tiempo! ¡Para esto he perdido yo la felicidad y todo lo que tenía!

—¡Ah, si estuviéramos en el campo —profirió la niña con alegría

recuperada mientras seguían caminando en busca de un lugar donde cobijarse —, encontraríamos algún árbol viejo que extendiera hacia nosotros sus brazos verdes invitándonos amorosamente a dormir bajo su follaje susurrante mientras vigilase nuestro sueño! ¡Ojalá volviéramos pronto al campo! Mañana o pasado mañana, como muy tarde. Entretanto, pensemos, abuelito, que ha sido una buena idea venir aquí, dado que en medio de la gente y del bullicio podremos pasar desapercibidos, y si alguien cruel nos persiguiera, seguro que no podría dar con nosotros. Que nos sirva eso de consuelo. Mire ese viejo zaguán; está oscuro, pero completamente seco y parece que también caliente, pues el viento no sopla ahí dentro. Pero ¿qué es eso?

Con un chillido ahogado, retrocedió ante una figura negra que salía de prisa del lugar oscuro en el que pensaban refugiarse y que de repente se quedó quieta, mirándolos.

—¡Habla otra vez! —ordenó la sombra—, pues me parece que conozco tu voz, ¿no?

—No —respondió la niña tímidamente—. Somos unos forasteros que no tenemos dinero para pagar una pensión. Veníamos a refugiarnos aquí para descansar.

A poca distancia había una lámpara con una luz muy débil, la única en el lugar (una especie de patio cuadrado), pero suficiente para mostrar la pobreza y miseria reinantes. La figura les hizo señas para que se aproximaran a la luz, como para mostrarles que no tenía intención de esconderse ni de aprovecharse de ellos. Era un hombre andrajosamente vestido y con la cara tiznada de humo, lo que, tal vez por el contraste con el color natural de su piel, lo hacía parecer más pálido de lo que en realidad era. Su aspecto macilento, demacrado, era la consecuencia de unos carrillos chupados, unos rasgos angulosos y unos ojos hundidos, no menos que de cierto aire de sufrimiento pacientemente sobrellevado. La voz era dura pero sin brutalidad; y aunque su cara, además de poseer la característica ya mencionada, estaba medio oculta por una abundante cabellera oscura, su expresión no era feroz ni cruel.

—¿Cómo se les ha ocurrido que podían descansar aquí? —preguntó—. ¿Cómo es que a esta hora —agregó mirando sobre todo a la niña— buscan un lugar para pasar la noche?

—Nuestros infortunios —contestó el abuelo— son la causa.

—¿No ve usted —prosiguió, mirando aún más atentamente a Nell— lo mojada que está y que las calles mojadas no son un buen lugar para ella?

—Lo sé muy bien, ¡que Dios me asista! —contestó el anciano—. Pero ¡qué puedo hacer yo!

El hombre miró a Nell de nuevo y le palpó gentilmente la ropa, de la que caía agua en pequeños chorros.

—Yo puedo ofrecerles un sitio caliente —afirmó después de una pausa—. Nada más. Mi alojamiento se encuentra en esa casa —añadió, señalando el zaguán abovedado del que había salido—; seguro que ella estará mejor ahí que aquí. El lugar donde está el fuego no es maravilloso, pero pueden pasar la noche tranquilamente, si es que se fían de mí. ¿Ven ese resplandor rojo un poco más allá?

Levantaron los ojos y vieron en el techo un tenue resplandor, la pálida reverberación de algún fuego lejano.

—No queda lejos —explicó el hombre—. ¿Les llevo allí? Ustedes iban a dormir sobre unos ladrillos fríos. Yo puedo ofrecerles un lecho de cenizas calientes. Nada mejor.

Sin esperar otra respuesta que la que vio en sus miradas, cogió a Nell en brazos y pidió al anciano que lo siguiera.

Llevándola con la ternura y facilidad con que se lleva a una niña pequeña, y mostrándose a la vez rápido y seguro, los guio por un camino que parecía encontrarse en la parte más pobre y abandonada de la ciudad, sin apartarse de él para evitar los charcos o tuberías rotas y manteniendo un ritmo constante. Avanzaron de esta manera, en silencio, durante cerca de un cuarto de hora, y cuando, tras deambular por varios callejones, ya habían perdido de vista la claridad que el hombre les había señalado, esta reapareció de repente, elevándose por la alta chimenea del edificio que tenían delante.

—Este es el lugar —indicó, haciendo una pausa en la puerta para bajar a Nell y llevarla de la mano—. No tengan miedo. No hay nadie aquí que pueda hacerles daño.

Se necesitaba una alta dosis de confianza en aquellas palabras para decidirse a entrar, y lo que vieron dentro no contribuyó a disminuir su aprensión y alarma. Era un edificio grande, imponente, apoyado sobre pilares de hierro, con grandes aberturas negras en las paredes superiores por donde entraba el aire; en el techo reverberaba un constante martilleo y el rugido de los hornos, mezclados con el silbido de metal incandescente zambullido en agua y con otros cien ruidos extraños y sobrenaturales jamás oídos. En aquel tenebroso lugar, un puñado de hombres trabajaban como cíclopes y se movían como demonios entre las llamas y el humo; pero sólo se los veía vagamente y a rachas, enrojecidos y azuzados por el fuego eterno. Empuñaban unas herramientas enormes que habrían bastado para aplastar el cráneo de un compañero en caso de utilizarse equivocadamente. Otros estaban tendidos sobre montones de carbón o ceniza, la cara vuelta a la bóveda negra,

durmiendo o reponiéndose del trabajo agotador. Otros abrían las puertezuelas de los hornos incandescentes para arrojar combustible sobre las llamas, las cuales se precipitaban a su encuentro y lo lamían como aceite. Otros arrastraban por el suelo, en medio de un ruido ensordecedor, grandes láminas de acero al rojo vivo, que despedían un calor insoportable y una luz a la vez apagada y llameante, como la que percibimos en los ojos de una bestia salvaje.

A través de aquellas visiones alucinantes y aquellos sonidos ensordecedores, el guía los condujo a donde, en una parte oscura del edificio, un horno ardía noche y día (eso dedujeron ellos al menos del movimiento de sus labios, pues hasta ahora sólo podían verlo hablar, sin oírlo). El operario que alimentaba el fuego, y cuya tarea había terminado por el momento, se retiró contento y los dejó con su amigo, quien, extendiendo el pequeño abrigo de Nell sobre un montón de cenizas e indicándole dónde podía colgarlo para que se secara, les hizo señas a la niña y al anciano para que se echaran a dormir. Él se tendió sobre una basta estera delante de la puertezuela del horno y, con la barbilla posada en las manos, se puso a observar la llama que brillaba a través de las troneras de hierro y las cenizas blancas que caían en la fosa caliente y reluciente.

El calor de aquel lecho, duro y humilde, combinado con el gran cansancio que tenía, pronto hizo que el tumulto se atenuase y le pareciera a la niña más suave a sus oídos embotados, de modo que no tardó en dormirse, con la mano sobre el cuello de su abuelo, que estaba tendido a su lado.

Aún era de noche cuando se despertó, sin saber cuánto tiempo había dormido. Estaba protegida tanto del aire frío que entraba en el edificio como del calor del horno por algunas prendas de vestir pertenecientes a los operarios. Dirigió la mirada hacia su amigo y vio que seguía exactamente en la misma postura, contemplando el fuego con la misma atención y casi sin respirar. A Nell, que se hallaba en un estado intermedio entre el sueño y la vigilia, la impasibilidad de su anfitrión la inquietó hasta el punto de creer que tal vez se había muerto en plena contemplación. Se levantó sin hacer ruido y, acercándose a él, se aventuró a susurrarle algo al oído.

Este se movió y, mirando el sitio que ella acababa de dejar, como para asegurarse de que era de verdad la niña quien estaba a su lado, la miró fijamente a la cara.

—Temía que le hubiera pasado algo —se explicó ella—. Los otros operarios están moviéndose, y usted estaba tan quieto...

—Ellos me dejan a mi aire —contestó él—. Conocen mi humor. Se ríen de mí, pero no se meten conmigo. ¿Ves eso? Ese es mi amigo.

—¿El fuego? —preguntó la niña.

—Está vivo desde que yo nací —fue la respuesta del hombre—. Llevamos toda la noche hablando y pensando juntos.

La niña lo miró sorprendida, pero él había vuelto los ojos adonde antes y se hallaba en la misma actitud meditativa.

—Es como un libro para mí —explicó—, el único libro que sé leer, pero que me cuenta muchas historias. Es como una música que yo reconocería entre mil y que encierra otras muchas voces. También es como la pintura. No sabes cuántas caras extrañas y cuadros diferentes veo en esos carbones ardientes. Ese fuego es mi memoria; me muestra toda mi vida.

La niña, inclinándose para escuchar sus palabras, reparó en lo relucientes que tenía los ojos mientras hablaba.

—Sí —prosiguió con una débil sonrisa—. Es igual que cuando era pequeño y andaba a gatas a su alrededor hasta que caía dormido. Era mi padre quien lo alimentaba entonces.

—¿No ha tenido madre? —preguntó la niña.

—No, murió. Las mujeres trabajan muy duro en esta comarca. Murió trabajando, me dijeron, y, desde que lo supe, el fuego ha dicho siempre lo mismo. Supongo que es cierto lo que me dice. Yo siempre lo he creído.

—¿Se crio usted aquí, entonces? —siguió preguntando la niña.

—Aquí viví en verano y en invierno —contestó—. En secreto al principio, pero, cuando me descubrieron, le dejaron a mi padre tenerme aquí. Así que el fuego fue mi nodriza, el fuego que nunca se ha apagado.

—Le tiene mucho cariño. Claro.

—Por supuesto que le tengo mucho cariño. Mi padre murió antes que él. Yo lo vi caer, justo ahí, donde están ardiendo esas cenizas, y me pregunté, lo recuerdo, por qué el fuego no acudió a ayudarlo.

—Y desde entonces, ¿ha estado usted siempre aquí?

—Siempre he venido a contemplarlo. Hubo un intervalo, bastante frío y triste, por cierto. Pero el fuego siguió ardiendo todo ese tiempo, y rugía y saltaba cuando yo volvía, igual que en nuestros días de juegos. Si me miras, puedes adivinar qué clase de niño fui. A pesar de todas las diferencias que haya entre nosotros, yo fui también niño, como tú, y cuando te vi en la calle anoche, me acordé de cómo era después de morir mi padre, y quise traerte junto al fuego. Al verte durmiendo al lado del fuego, he pensado otra vez en los viejos tiempos. Ahora deberías intentar dormirte otra vez. ¡Échate de nuevo, pobre niña, échate de nuevo!

Dicho esto, la llevó a su rudo lecho y, después de tapparla con la misma

ropa, volvió a su sitio, de donde ya no se movió (permaneciendo inmóvil como una estatua), salvo para alimentar el horno. La niña siguió observándolo un rato, pero pronto cedió al cansancio que la invadía, y, en aquel extraño lugar y sobre aquel montón de cenizas, durmió tan plácidamente como si el lugar hubiera sido una alcoba palaciega y el lecho, un colchón de plumón.

Al despertarse, la claridad del día penetraba a través de las altas aberturas de las paredes; deslizándose con rayos escorados hasta la mitad de la nave, volvía el edificio más oscuro de lo que había parecido por la noche. El ruido metálico y el fragor aún persistían y el impenitente fuego ardía con la misma ferocidad que antes, pues ni el día ni la noche regalaban al lugar un solo minuto de descanso y de silencio.

El hombre repartió su desayuno —un poco de café y pan negro— con la niña y el anciano y les preguntó a dónde se dirigían. Ella le dijo que buscaban un lugar en el campo lejos de ciudades o incluso de pueblos y, tímidamente, preguntó qué camino debían tomar.

—Yo no conozco bien la comarca —contestó sacudiendo la cabeza—, pues la gente como yo se pasa la vida delante del horno y raras veces sale a respirar. Pero sé que hay sitios como los que buscas, lejos de aquí. ¿Muy lejos? —preguntó Nell.

—Sí. ¿Cómo pueden estar cerca de aquí y ser verdes y frescos? La carretera discurre a lo largo de kilómetros y kilómetros iluminada por fuegos como el nuestro; es una extraña carretera negra, que te daría miedo por la noche.

—No podemos seguir aquí, debemos continuar —profirió la niña con determinación, pues había notado que el anciano escuchaba con oídos demasiado atentos.

—Gente ruda, caminos intransitables para pies pequeños como los tuyos, un camino feo, negro. ¿No sería mejor desistir de la idea, niña?

—No nos importa —exclamó Nell, apremiante—. Si puede orientarnos, oriéntenos. Si no, por favor no intente apartarnos de nuestro camino. Es evidente que usted no conoce el peligro del que huimos, ni las razones que nos empujan a huir, ya que de lo contrario no intentaría detenernos, estoy segura.

—¡Dios no lo permita, si es como dices! —expresó su rudo protector, paseando la mirada de la impaciente niña a su abuelo, que, con la cabeza inclinada, miraba al suelo—. Yo os dirigiré desde la puerta lo mejor que sepa. ¡Ojalá pudiera hacer más!

Les indicó la dirección para salir de la ciudad y el camino que debían seguir después. Pero se entretenía tanto en sus indicaciones que la niña, sin

querer oír más y tras darle mil gracias, se puso en marcha.

Pero, antes de que llegaran a la esquina, el hombre volvió a alcanzarlos y, cogiendo la mano de la niña, dejó algo en ella: dos peniques viejos, magullados, ennegrecidos. ¡Quién sabe si brillaban tanto a los ojos de los ángeles como las ofrendas de oro que se colocan en los sepulcros!

Y al final se separaron, la niña llevando su sagrada encomienda más allá de la culpa y la vergüenza, y el operario volviéndose con renovado interés al lugar en el que sus huéspedes habían dormido para leer nuevas historias en el fuego del horno.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

En todo su peregrinar, nunca habían anhelado tan ardientemente la libertad del aire puro y del campo abierto ni pasado tantos sinsabores y penalidades como ahora. No, ni siquiera aquella mañana memorable en que, dejando atrás la antigua morada, se lanzaron a un mundo ajeno y extraño y abandonaron los objetos mudos e inanimados que habían conocido y amado; ni siquiera entonces habían suspirado por las refrescantes soledades del bosque, de las colinas y de los campos tanto como ahora, cuando el ruido, el polvo y los vapores de la gran población industrial que olían a miseria sórdida y a desolación famélica los acuciaban por doquier, excluyendo toda esperanza y haciendo imposible la escapada.

«Dos días y dos noches... —pensó la niña—. Ha dicho que pasaríamos dos días y dos noches en medio de un escenario espantoso. Ay, si pudiéramos vivir lo suficiente para llegar al campo otra vez, librarnos de este lugar horroroso aunque sólo fuera para tendernos en el suelo y morir... ¡Con qué regocijo agradecería a Dios semejante merced!».

Con pensamientos como aquel, y el vago designio de viajar a un lugar distante entre arroyos y montañas donde sólo viviera gente pobre y sencilla, y donde pudieran sustentarse ayudando en las tareas humildes del campo, libres de los terrores de los que huían, la niña, sin más recurso que el regalo que les había hecho el hombre pobre, y sin más aliento que el que emanaba de su corazón y del convencimiento de estar obrando bien, se animó a emprender aquel último viaje.

—Hoy iremos más despacio, abuelito —le dijo mientras avanzaban penosamente por las calles—. Me duelen los pies, y la lluvia de ayer me ha dejado todo el cuerpo dolorido. Recuerdo su mirada de preocupación cuando nos dijo que pasaríamos mucho tiempo en la carretera.

—Sí, ha dicho que sería una carretera muy desagradable —se quejó su abuelo—. ¿No hay otra carretera? ¿Por qué no cogemos otro camino?

—Los lugares que buscamos están más allá —respondió la niña con firmeza—; tenemos que seguir si queremos vivir en paz y no caer en tentaciones. Seguiremos la carretera que nos lleve hasta allí y no nos desviaremos aunque sea cien veces peor de lo que podamos imaginar. No nos desviaremos de nuestro camino, ¿verdad que no, abuelito?

—No —respondió el anciano con voz y ademán poco firmes—. No. Sigamos adelante. Estoy preparado. Estoy preparado, Nell.

La niña caminaba con mayor dificultad de la que le había hecho creer a su compañero, pues los dolores que le martirizaban las articulaciones eran particularmente intensos y cada esfuerzo no hacía sino aumentarlos. Pero no le arrancaron ni una queja ni un gesto de sufrimiento; y así, aunque ambos viajeros caminaban muy despacio, avanzaban al fin y al cabo. Cuando hubieron atravesado la ciudad, se creyeron ya en el buen camino.

Después de una extensa barriada con casas de ladrillo, algunas con trozos de jardín donde el polvillo del carbón y el humo de las fábricas tornaban oscuras las hojas estropajosas y las flores marchitas, y donde la vegetación sucumbía a pesar de sus esfuerzos bajo el caliente aliento de los hornos; después de una barriada alargada, plana, desparramada, que parecía aún más sombría y malsana que la propia ciudad, llegaron a un lugar tétrico donde no crecía ni una brizna de hierba, donde ningún capullo pasaba de promesa de primavera, donde no había rastro de vegetación salvo en la superficie de las pozas de agua estancada, que, junto a la negra carretera, exhalaban vapores pestilentes.

Conforme avanzaban bajo la sombra de ese sombrío lugar, su influjo deprimente se fue infiltrando cada vez más en su espíritu, llenándolo de una gran melancolía. A cada lado, y hasta donde podía verse en la larga y espesa distancia, racimos de chimeneas altas, repitiendo hasta la saciedad esa forma pesada y fea que nos aterroriza en las pesadillas más opresivas, expelían humo pestilente, oscureciendo la luz y haciendo irrespirable el aire melancólico. Junto al camino, sobre montones de cenizas protegidas sólo por rudos tablones o cobertizos podridos, máquinas extrañas giraban y se retorcían como seres torturados, haciendo sonar sus engranajes de hierro, chillando en medio de su incesante torbellino como empujadas por un tormento insoportable y haciendo temblar el suelo en su agonía. Aquí y allá, casas derruidas, inclinadas hacia el suelo, sostenidas por fragmentos de otras ya desmoronadas, sin tejados ni ventanas, ennegrecidas, desoladas y, sin embargo, habitadas. Hombres, mujeres y niños, pálidos y harapientos, se ocupaban de las máquinas alimentando el fuego que las hacía moverse o pedían limosna a la vera del

camino o miraban adustos, medio desnudos desde sus casas sin puerta. Entonces acudieron nuevos monstruos iracundos, que parecían fieras en medio de aquel ambiente salvaje e indómito, chillando y girando en un círculo sin fin; y delante, detrás, a derecha e izquierda, la misma interminable perspectiva de torres de ladrillo con su eterno vómito negro, arruinando todo lo animado o inanimado, ocultando la cara del día y envolviendo aquellos horrores con una nube oscura, densa.

¡La noche en aquel lugar espantoso! La noche, cuando el humo devenía en fuego; cuando las chimeneas vomitaban llamas y las bóvedas que habían sido oscuras durante el día brillaban al rojo vivo con figuras que se movían dentro de sus fauces incendiadas y se llamaban con gritos roncós; la noche, cuando el ruido de cada máquina se volvía más insoportable con la oscuridad, cuando la gente que los rodeaba parecía más salvaje; cuando bandas de obreros desempleados desfilaban por las carreteras o se apiñaban alrededor de la linterna del cabecilla, que les recordaba, con duras palabras, su situación desesperada y los azuzaba con gritos y amenazas temibles; cuando hombres enloquecidos, armados con espadas y antorchas, desdeñaban las lágrimas y súplicas de sus mujeres, que querían contenerlos, y se lanzaban a empresas de terror y destrucción, para no provocar otra ruina mayor que la suya propia; la noche, cuando retumbaban carretones llenos de ataúdes (pues la enfermedad contagiosa y la muerte se habían ensañado con los vivos); cuando los huérfanos lloraban y mujeres enajenadas chillaban y velaban a los muertos; la noche, cuando unos pedían pan y otros agua para ahogar sus angustias, y unos con lágrimas, otros con pies titubeantes y otros con los ojos inyectados en sangre volvían abatidos a casa; la noche, que, a diferencia de la que el cielo envía a la tierra, no traía paz, tranquilidad ni ningún sueño reparador. ¡Quién podría enumerar los terrores de aquella noche para la niña errante!

La niña se tendió en el suelo sin nada entre ella y el cielo que la guareciera, y, sin sentir miedo, pues el miedo ya no hacía mella en su espíritu, elevó una plegaria a favor del pobre anciano. Se sentía tan débil y agotada, tan tranquila y sumisa que se olvidó de su propia miseria, pero no de pedir a Dios que le concediera algún consuelo a su abuelo. Intentó recordar el camino seguido para ver si el fuego junto al que habían dormido la noche anterior aún ardía. Se había olvidado de preguntarle el nombre a su amigo pobre, y, al acordarse de él en su plegaria, le pareció una ingratitud no volver la mirada hacia el lugar en el que él estaría contemplando el fuego.

Un pan de un penique fue lo único que comió aquel día. Aunque era muy poco, no parecía sentir hambre en medio de aquella extraña tranquilidad que invadía sus sentidos. Se tendió despacio y, con una sonrisa apacible en el rostro, cayó dormida. No fue un sueño, o mejor dicho sí, pues si no, ¿cómo iba a pasar toda la noche soñando con el pequeño alumno? Llegó la mañana.

Mucho más débil, disminuida incluso su capacidad de ver y oír, la niña no se quejó. Tal vez no se habría quejado tampoco aunque hubiera resuelto no decir nada. Ya había perdido toda esperanza de escapar de aquel lugar abominable. Tenía el vago presentimiento de que estaba muy enferma, tal vez muriéndose. Pero sin miedo ni angustia.

Una aversión especial a comer, de la que no fue consciente hasta que gastaron el último penique en la compra de otro pedazo de pan, le impidió compartir tan frugal colación. Su abuelo, empero, comió ávidamente, cosa que ella presenció con sumo agrado.

El camino discurría por los mismos escenarios del día anterior, sin variedad ni mejora: el mismo aire espeso, irrespirable; el mismo terreno ennegrecido, el mismo tétrico panorama, la misma miseria y la misma angustia. Los objetos le parecían más borrosos, el ruido menos agudo, el camino más accidentado e irregular; a veces tropezaba, pero sacaba fuerzas de flaqueza para no llegar a caerse. ¡Pobre niña! La causa eran sus pies, que no le obedecían.

Hacia la media tarde, su abuelo se quejó amargamente del hambre que tenía. Ella se acercó a una de las casuchas que había a la vera del camino y llamó a la puerta.

—¿Qué buscas aquí? —espetó un hombre demacrado tras abrirla.

—Una limosna, por caridad. Un trozo de pan.

—¡Mira eso! —respondió el hombre bruscamente, señalando una especie de bulto en el suelo—. Es un niño muerto. Yo, y otros quinientos operarios, fuimos despedidos del trabajo hace tres meses. Es el tercer hijo que se me muere, el último. ¿Crees que se me puede pedir caridad a mí, o que me sobra un trozo de pan?

La niña se alejó de la puerta, que se cerró al instante. Impelida por la fuerte necesidad, llamó a la puerta de al lado, la cual, cediendo a la ligera presión de su mano, se abrió sola.

Al parecer, un par de familias pobres vivían en aquella casucha, pues dos mujeres, cada cual con sus respectivos hijos, ocupaban una zona diferente de la habitación. En el centro se hallaba un caballero adusto vestido de negro, que parecía haber entrado poco antes y llevaba a un niño de la mano.

—Aquí tiene, mujer —dijo—, aquí tiene a su hijo sordomudo. Puede darme las gracias de que se lo devuelva. Me lo han traído esta mañana, acusado de robo. Con cualquier otro niño la cosa no habría ido tan bien, se lo aseguro. Pero me han dado pena sus deficiencias físicas, y he pensado que no podía aprender qué es el bien; por eso se lo he traído. Tenga más cuidado con

él en adelante.

—¿Y a mí no me va a devolver al mío? —preguntó la otra mujer, levantándose al instante y plantándose delante de él—. Señor, ¿no me va a devolver a mi hijo, al que han detenido por el mismo delito?

—¿Es sordomudo, mujer? —preguntó el caballero con severidad.

—¿Es que lo duda, señor?

—Usted sabe que no lo es.

—Sí qué lo es —exclamó la mujer—. Ha sido sordo, mudo y ciego desde la cuna para todo lo bueno y recto. Mi hijo no ha podido aprender qué es el bien. ¿Dónde iba a aprenderlo? ¿Quién le ha enseñado el bien o dónde podía él aprenderlo?

—Cálmese, mujer —le recomendó el caballero—. Su hijo estaba en posesión de sus cinco sentidos.

—Sí —exclamó la madre—, pero por eso era más fácil que se descarriara. Si usted ha perdonado a este niño porque no puede distinguir lo que está bien de lo que está mal, ¿por qué no ha perdonado también a mi hijo, al que nunca le enseñaron a distinguirlo? Si ustedes no tienen derecho a castigar a su hijo, a quien Dios ha mantenido en la ignorancia de los sonidos y de las palabras, tampoco lo tienen para castigar al mío, a quien ustedes mismos mantienen en la ignorancia. ¿Cuántas niñas y niños (ah, y hombres y mujeres también) que llevan delante de ustedes (y de los que no se apiadan) son sordomudos de espíritu y en ese estado cometen equivocaciones y son castigados en cuerpo y alma mientras ustedes pasan el tiempo discutiendo si deberían aprender esto o aquello? Sea un hombre justo, señor, y devuélvame a mi hijo.

—Usted está desesperada —contestó el caballero, sacando una caja de rapé—. Lo siento por usted.

—Sí que estoy desesperada —respondió la mujer—, pero sepa que es usted la causa. Devuélvame a mi hijo para que pueda trabajar por estos niños desvalidos. Sea justo, señor, y lo mismo que ha tenido piedad de este niño, devuélvame a mi hijo.

La niña había visto y oído suficiente para saber que aquel no era un lugar propicio para pedir limosna. Así que apartó al anciano suavemente de la puerta, y prosiguieron su camino.

Nell, con cada vez menos esperanza y menos fuerzas, pero con la misma resolución de no delatar con ninguna palabra o suspiro su estado de debilidad mientras tuviera energías para moverse, se obligó a sí misma durante el resto del día a seguir avanzando, sin detenerse siquiera a descansar con la frecuencia de antes, para compensar así la lentitud a la que se veía obligada a

caminar. Al caer la noche, y sin abandonar el mismo paisaje sombrío, llegaron a una población bulliciosa.

Desfallecidos y exánimes como estaban, las calles les resultaron insoportables. Tras pedir humildemente auxilio en algunas puertas, y haber sido sistemáticamente repelidos, decidieron irse de allí con la mayor rapidez posible, esperando que los inquilinos de alguna casa solitaria del camino mostraran mayor piedad al verlos tan desamparados.

Mientras avanzaban arrastrándose por la última calle, la niña sintió que su estado enfebrecido ya no le permitiría avanzar más. En aquel momento, caminando en su misma dirección, apareció por delante un hombre con una mochila a la espalda que se apoyaba en un sólido bastón para caminar e iba leyendo un libro al mismo tiempo.

No resultaba fácil llegar hasta él para pedirle ayuda, pues caminaba deprisa y les llevaba cierta distancia. Pero al cabo se detuvo, sin duda para leer más detenidamente cierto pasaje del libro. Alentada con aquel respiro, la niña se lanzó hacia delante y, acercándose al forastero pero sin soliviantarlo con el sonido de sus pasos, le imploró ayuda con palabras desmayadas.

El desconocido volvió la cabeza. La niña juntó las manos, exhaló un grito salvaje y cayó sin sentido a sus pies.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Era el pobre maestro de escuela. El maestro de escuela en carne y hueso. Apenas menos emocionado y sorprendido al ver a la niña que ella al verlo a él, permaneció unos instantes en silencio, confundido ante la inesperada aparición, sin presencia de ánimo suficiente para levantarla del suelo.

Pero rápidamente volvió en sí, tiró al suelo el bastón y el libro y, arrodillándose a su lado, procedió, con los simples remedios que se le ocurrieron, a devolverle el conocimiento; mientras, su abuelo, inoperante a su lado, se retorció las manos y le pedía a la niña que por favor le hablara, aunque sólo fuera una palabra.

—Está completamente agotada —afirmó el maestro de escuela, mirándolo a la cara—. La ha dejado usted que supere el límite de sus fuerzas, amigo.

—Está tan débil por pura inanición —repuso el anciano—. No creía que pudiera estar tan débil y tan enferma.

Lanzándole una mirada medio de reproche, medio de compasión, el maestro tomó a la niña en brazos y, pidiendo al anciano que recogiera la cesta

de la niña y lo siguiera, se la llevó de allí con suma celeridad.

Había una pequeña posada un poco más adelante, hacia la que, al parecer, se dirigía cuando se vio tan inesperadamente alcanzado. Hasta allí llevó a su inconsciente carga. Entró en la cocina, pidió a los allí congregados que, por el amor de Dios, hicieran sitio y la dejó reposar sobre un sillón junto al fuego.

Los presentes se levantaron en medio de un gran revuelo al ver entrar al maestro e hicieron lo que suele hacer la gente en tales ocasiones: recomendaron su remedio favorito (sin que nadie se preocupara de ir a buscarlo), pidieron a gritos que se dejara entrar el aire (mientras se le impedía entrar al estar todos apiñados en torno al objeto de su compasión) y se preguntaron por qué nadie hacía lo que más convenía hacer.

Sin embargo, la posadera, que era una persona más dispuesta que todos ellos juntos, y tenía además una afinada percepción de las necesidades del momento, acudió al instante con un poco de brandy y de agua seguida de su sirvienta, con vinagre, médula de cornamenta de ciervo, sales olorosas y otros reconstituyentes, los cuales, al poco de administrados, hicieron que la niña recuperara el conocimiento y pudiera dar las gracias con un hilillo de voz y extender la mano hacia el pobre maestro, que estaba a su lado presa de una gran angustia. Sin dejarle decir una palabra más, ni mover un solo dedo, las mujeres la llevaron inmediatamente a la cama y, después de taparla bien, le bañaron los pies en agua caliente y se los cubrieron con franela; hecho lo cual, mandaron a buscar al médico.

El médico, un caballero con la nariz roja y con un puñado de sellos colgándole de un chaleco de satén negro, llegó a toda prisa y, tomando asiento junto a la cama de la pobre Nell, sacó el reloj y le tomó el pulso. A continuación le examinó la lengua y le tomó el pulso de nuevo mientras lanzaba una mirada abstraída al vaso medio vacío.

—Yo le daría de vez en cuando —decretó al final— una cucharada de té, de brandy caliente o de agua.

—Señor, eso es exactamente lo que acabamos de hacer —proclamó la posadera.

—También —continuó el doctor, que al subir las escaleras había rozado la palangana que había en el rellano—, también —prosiguió con voz de oráculo— le metería los pies en agua caliente y los cubriría con franela. Igualmente —resolvió el doctor con aumentada solemnidad— le daría algo ligero de cena, un ala de pollo asado...

—¡Vaya, qué suerte, señor! Precisamente se está haciendo en la cocina en este momento —exclamó la señora. Y así era, pues el maestro había mandado que asaran un pollo, que el propio médico habría podido oler de haber afinado

un poco el olfato.

—Pueden, en fin —aseveró el médico levantándose gravemente—, darle un vaso de ponche, si le gusta el vino.

—¿Y una tostada, señor? —sugirió la posadera.

—Muy bien —aprobó el médico con el tono de quien se rebaja a hacer una concesión—. Y una tostada... de pan. Pero tenga mucho cuidado de que sea de pan, por favor, señora.

Dadas aquellas últimas instrucciones, despacio y con tono solemne, el médico se marchó, dejando a todos los de la casa admirados de una sabiduría que coincidía con la suya propia. Todo el mundo dijo que era un médico muy perspicaz, que conocía perfectamente las necesidades de cada enfermo; y, al menos en aquel caso, parece que no anduvo muy errado.

Mientras se preparaba su cena, la niña se durmió con un sueño reparador, del que la despertaron cuando aquella estuvo lista. Como mostró una extraordinaria ansiedad al enterarse de que su abuelo estaba en la planta baja, y no quería que estuvieran separados, este cenó con ella. Pareciéndole aún a la niña que seguían muy separados, le prepararon al anciano una cama en una habitación interior, a la que se retiró en breve. Como por fortuna la llave de tal habitación se encontraba al lado de la puerta donde reposaba Nell, esta se levantó para cerrarla por dentro cuando la posadera se hubo retirado y se metió en la cama con el corazón más aliviado.

El maestro de escuela permaneció un buen rato fumando la pipa junto al fuego de la cocina, que se había quedado desierta, cavilando sobre la feliz coincidencia que le había permitido asistir a la niña. Asimismo, hay que decir que salió airoso, en la medida en que su natural modestia se lo permitió, del interrogatorio al que lo sometió la posadera, que mostró una gran curiosidad por conocer cualquier detalle de la vida de Nell. El pobre maestro era tan franco y tan poco versado en la astucia o el engaño que la posadera habría quedado satisfecha en los cinco primeros minutos si él hubiera estado más al corriente de lo que ella quería conocer; y así se lo hizo saber él. La posadera, en modo alguno satisfecha con aquella explicación, que consideró una ingeniosa manera de esquivar sus preguntas, replicó que por supuesto él debía de tener sus buenas razones. Que el cielo la librara de meter las narices en la vida y milagros de sus huéspedes, que no eran asunto suyo, que tenía tantos asuntos propios a los que atender. Simplemente le había hecho unas preguntas educadas, y estaba segura de que recibiría unas respuestas igualmente educadas. Y le hizo saber que había quedado plenamente satisfecha. Tal vez habría preferido que él le hubiera dicho enseguida que no era muy hablador, pues así se habría evitado todo malentendido. Sin embargo, no tenía ningún derecho a sentirse ofendida por su reserva. Él sabía mejor que nadie lo que

tenía que hacer, y tenía perfecto derecho a decir lo que se le antojara; algo que nadie podía disputar de ningún modo. ¡Por supuesto que no!

—Le aseguro, mi buena señora —le encareció el maestro con suma afabilidad—, que le he contado toda la verdad. Como espero salvarme un buen día, le he contado toda la verdad.

—Y yo creo que usted es una persona honrada —repuso la posadera con buen humor—, y lamento mucho haberlo molestado con preguntas impertinentes. Pero la curiosidad, ya sabe, es la maldición de nuestro sexo, y no hay que darle mayor importancia.

El posadero se rascó la cabeza convencido de que a veces la maldición afectaba también al otro sexo, pero se vio impedido de hacer ninguna observación (de haber tenido intención de hacerla) por la inmediata réplica del maestro de escuela:

—Si deseara usted interrogarme durante media docena de horas seguidas, le contestaría pacientemente, si pudiera, por la bondad de corazón que ha mostrado esta noche —observó—. Por favor, cuide de la pobrecilla por la mañana y hágame saber temprano cómo está; ah, y no olvide que yo pagaré por los tres.

Despidiéndose de esta manera cordial (cordialidad tal vez incrementada a causa de estas últimas palabras), el maestro se fue a la cama, y el posadero y la posadera a la suya.

Por la mañana le comunicaron que la niña estaba mejor, aunque aún muy débil, y que necesitaría al menos un día de descanso y una especial atención antes de poder proseguir el viaje. El maestro recibió aquella noticia con gran alivio, sabedor además de que disponía aún de un día —de dos, en realidad— y podía permitirse esperar acontecimientos. Como la paciente iba a levantarse de la cama al atardecer, dejó dicho que acudiría a visitarla entonces; así pues, salió con su libro a pasear y no volvió hasta llegada dicha hora.

Una vez solos los dos, Nell no pudo reprimir las lágrimas; y el pobre maestro, a la vista de su cara pálida y demacrada, también vertió varias lágrimas, si bien hablando al mismo tiempo enérgicamente de lo necio que era llorar y lo fácil que era evitarlo.

—No sé cómo agradecerle toda su amabilidad —expresó la niña—, pero me sabe mal que seamos una carga para usted. ¿Podré agradecérselo alguna vez? Si no lo hubiera encontrado, tan lejos de casa, habría muerto, y él se habría quedado solo.

—No hablemos de muerte, por favor —le rogó el maestro—. y, en cuanto a lo de ser una carga, me han ido bien las cosas desde que dormisteis en mi casa.

—¿De veras? ¡Ah, qué bien! —exclamó la niña, alegrando la cara.

—Pues sí —repuso su amigo—. Me han nombrado secretario y maestro de escuela en un pueblo que está lejos de aquí, y muy lejos de la antigua aldea, como se puede suponer..., con un sueldo de treinta y cinco libras al año. ¡Treinta y cinco libras!

—¡Qué estupenda noticia! —exclamó la niña—. No sabe cómo me alegro.

—Ahora me dirijo hacia allí —prosiguió el maestro de escuela—. Me han concedido viajar gratis en la diligencia, en la imperial del vehículo. A Dios gracias, no están escatimando nada. Como disponía de mucho tiempo antes de la cita, decidí salir a pasear. ¡Qué alegría que se me ocurriera aquella idea!

—¡Y qué alegres estamos nosotros también!

—Sí —asintió el maestro, moviéndose con preocupación en su silla—, es una noticia muy buena. Pero vosotros... ¿a dónde vais, de dónde venís, qué habéis estado haciendo desde que nos despedimos, qué hacíais antes? Cuéntamelo, cuéntamelo, por favor. Yo sé muy poco del mundo, y tal vez tú puedas aconsejarme sobre algunos negocios más que yo a ti. Pero sabes que te hablo con el corazón en la mano y que tengo motivos (no lo habrás olvidado) para quererte. Desde aquel día, siento como si mi amor por el niño que murió se hubiera trasladado a ti, que estuviste al lado de su cama. Si —agregó mirando al cielo— el alma hermosa del pobre niño está renaciendo de sus cenizas, ¡que su paz descienda sobre mí por la ternura y compasión que le tenía!

La afabilidad y sinceridad del bueno del maestro, la afectuosa seriedad de sus palabras y de su actitud, la verdad que vivificaba cada una de sus palabras y miradas, inspiraron en la niña una confianza hacia él que ningún arte del engaño y el disimulo podrían haber despertado jamás en su pecho. Así pues, se lo contó todo: que no tenían amigos ni parientes, que había huido con el anciano para librarlo del manicomio y de cuantos peligros lo acechaban; que en aquel momento huían para salvarlo de sí mismo, y que buscaba un asilo en algún lugar lejano y tranquilo donde no pudiera entrar la tentación ante la cual él sucumbía y donde ella no se viera sometida a las tristezas y tribulaciones que había padecido últimamente.

El maestro la escuchó con oídos y ojos admirados.

«Esta niña —pensó— ha luchado heroicamente contra todas las dudas y todos los peligros, contra la pobreza y el sufrimiento, sostenida solamente por un fuerte afecto y por la conciencia de la rectitud. Sí, el mundo está lleno de estos heroísmos. Yo tengo aún que aprender que las pruebas más duras y mejor sobrellevadas son aquellas que nunca son narradas en ningún libro, pero que se padecen a diario. ¡Cómo no asombrarme ante la historia de esta niña!».

Otras cosas que dijera o pensara, no viene al caso referirlas aquí. Se decidió que Nell y su abuelo lo acompañarían al pueblo al que se dirigía y que él se encargaría de encontrarles alguna humilde ocupación con la que pudieran subsistir.

Seguro que tendremos éxito —expresó el maestro efusivamente—. La causa es demasiado buena para que no prospere.

Así, acordaron emprender el viaje al día siguiente al anochecer, ya que una diligencia se detendría en la posada para el cambio de los caballos, convencidos de que el cochero admitiría a Nell a cambio de una pequeña retribución. En efecto, el acuerdo se alcanzó enseguida cuando llegó la diligencia; la cual salió de la posada con la niña perfectamente acomodada entre los equipajes más blandos y con su abuelo y el maestro de pie junto al cochero. La posadera y toda la buena gente de la posada salieron a la puerta a desearles la mejor de las suertes.

¡Qué dulce, suntuosa y plácida manera de viajar recostada sobre aquel bulto que se movía despacio, escuchando el cascabeleo de los caballos, el ocasional restallar del látigo, el suave girar de las grandes ruedas, el rozamiento del arnés, las alegres «buenas noches» de los que viajaban en carromatos más lentos...! Todo agradablemente indistinto bajo el espeso entoldado, que parecía hecho para permanecer escuchando indolente aquellos sonidos hasta caer dormida... Ya empezaba a dormirse, con la misma idea indistinta, mientras la cabeza se bamboleaba sobre la almohada: proseguir el viaje sin ninguna molestia ni cansancio, oír aquellos sonidos como una música soñada que acuna los sentidos, el lento despertar y descubrirse mirando a través de la cortina sacudida por el viento. Allá en lo alto, el firmamento frío y reluciente con sus incontables estrellas; abajo, la linterna del cochero bailando como el fuego fatuo de un pantano; a los lados, el desfilar de árboles oscuros, severos; delante, la larga y desnuda carretera, que no se acaba nunca..., hasta que se detiene bruscamente en una cresta escarpada como si no hubiera ya camino; y la parada en la posada para que coman los caballos, y verse ayudada a bajar y entrar en una habitación con chimenea y velas, los párpados que se cierran y alguien que recuerda amablemente que la noche es fría, y, para mayor disfrute, pensar que es más fría de lo que en realidad es... ¡Qué delicia viajar en diligencia!

Y seguir viajando, primero tan despierta y poco después tan somnolienta. Despertarse de una cabezadita cuando pasa el coche de postas como un cometa que surca el firmamento, con sus farolas deslumbrantes y el fragor de las herraduras, y la visión del cochero, que se queda detrás para tener los pies calientes, y de un caballero con gorro de piel que tiene los ojos abiertos de par en par, como despavorido; la larga parada en la barrera de portazgo, pues el guarda se ha acostado, y llamar a la puerta hasta que contesta con un grito

ahogado entre las sábanas de la pequeña habitación de arriba, donde hay una tenue luz ardiendo, y, con gorro de noche y tiritando, baja a abrir la barrera y manda al diablo a los carruajes que no viajan de día. El frío intenso en el intervalo entre la noche y la mañana; la lejana franja de luz que se ensancha y extiende, y deja de ser gris para volverse blanca y luego amarilla y luego roja viva. La llegada del día, con la alegría y la vida que trae: hombres y caballos tirando del arado; pájaros posados en árboles y vallas, y niños en campos solitarios que los espantan con carracas. La llegada a una ciudad: la gente que abarrota el mercado, carretas y carruajes en el patio de la posada, vendedores delante de sus tiendas, tratantes paseando sus caballos de un extremo a otro de la calle para venderlos, cerdos que se revuelcan en el lejano fango gruñendo y después salen corriendo con cuerdas atadas a las patas para meterse en las asépticas boticas y ser desalojados a escobazos por los mancebos... La diligencia nocturna y el relevo de los caballos; los pasajeros descontentos, helados, con mala cara, a los que crece una melena de tres meses en una sola noche; el cochero, fresco como una rosa y exquisitamente bello por contraste con los pasajeros. ¡Cuánta agitación, cuántas cosas en movimiento, cuántos incidentes! ¿Cuándo un viaje fue tan delicioso como aquel en diligencia?

Nell, que a veces caminaba unos dos kilómetros para dejar a su abuelo en el interior de la diligencia o convencía al maestro para que ocupara su lugar y descansara un poco, prosiguió el viaje muy contenta hasta que llegaron a una gran ciudad donde la diligencia se detuvo para hacer noche. Pasaron por delante de una iglesia imponente; en las calles había un sinfín de casas viejas, construidas con una curiosa mezcla de tierra y yeso y entrecruzadas con vigas negras que les prestaban un aspecto notable, vetusto. Las puertas, de roble, eran arqueadas y bajas, con bancos muy curiosos donde los antiguos habitantes descansaban en las tardes de verano. Las ventanas lucían pequeñas vidrieras adornadas con plomo, que parecían guiñar a los transeúntes como si fueran cortas de vista. Hacía tiempo que no veían humo ni hornos, salvo en una o dos ocasiones, en que una fábrica plantada en medio del campo llenaba de humo el entorno como una montaña de fuego. Al salir de la ciudad, accedieron de nuevo al campo y empezaron a acercarse ya al lugar de destino.

No estaba tan cerca, empero, pues pasaron otra noche en el camino; no porque fuera necesario, sino porque el maestro, al hallarse tan sólo a unos kilómetros de su pueblo, algo nervioso por el nuevo cargo que iba a desempeñar, no quería presentarse con los zapatos polvorientos y la ropa desaliñada por el viaje. Llegaron por fin a su destino una hermosa, diáfana mañana de otoño; y se detuvieron a contemplar sus bellezas.

—Miren qué iglesia —indicó el maestro en voz baja pero visiblemente encantado—, y ese edificio viejo debe de ser la escuela, estoy seguro. ¡Treinta y cinco libras al año por vivir en este hermoso lugar!

Miraron a su alrededor: el antiguo pórtico gris, las ventanas con parteluz, las venerables tumbas que respunteaban el verde camposanto, el antiguo campanario, la propia veleta, los marrones tejados de paja de las casas, los graneros y granjas que asomaban entre los árboles, el río que murmuraba junto al lejano molino, las azules montañas del país de Gales a lo lejos. Para llegar a aquel lugar, la niña había tenido que atravesar paisajes espesos, oscuros, miserables. Desde su cama de cenizas, y otros lugares espantosos, siempre había imaginado lugares bellos, amenos, aunque no tanto como el que tenía ante sus ojos (le había parecido que se fundían en una distancia vaga y aérea conforme las perspectivas de contemplarlos se hacían cada vez más escasas, aunque no por eso había dejado de desearlos cada vez más).

—He de dejarles unos minutos —se excusó el maestro, rompiendo el placentero silencio que habían mantenido durante un buen rato—. Tengo una carta que presentar y varias gestiones que hacer, ya saben. ¿Dónde les recojo? ¿En aquella pequeña posada?

—No, esperaremos aquí —repuso Nell. La cancela está abierta. Nos sentaremos en el pórtico de la iglesia hasta que regrese usted.

—Un buen sitio, desde luego —asintió el maestro, conduciéndolos hacia allí mientras se desembarazaba de su mochila y la colocaba en un banco de piedra—. Cuenten con que volveré con buenas noticias. No tardaré mucho.

El feliz maestro se enfundó un par de guantes nuevos que llevaba guardados en el bolsillo y se alejó a buen paso lleno de ardor y excitación.

La niña permaneció mirándolo desde el pórtico hasta que el follaje lo hurtó a su vista, y después entraron despacio en el viejo camposanto, tan solemne y silencioso que cada roce de su vestido con las hojas esparcidas por el camino, que amortiguaban el ruido de sus pisadas, parecía una invasión de la paz reinante. Era un lugar muy antiguo, espectral. Junto a la iglesia, construida muchos siglos atrás, debía de haberse alzado en otro tiempo un convento o monasterio, pues aún seguían en pie restos de arcadas, de ventanas ojivales y de muros ennegrecidos, mientras otras partes del viejo edificio, que se había derrumbado, se mezclaban con la tierra del camposanto recubiertas de hierba, como si también ellas quisieran ser enterradas y mezclar sus cenizas con las de los hombres. Junto a aquellas piedras sepulcrales de años idos, y en medio de las ruinas que alguien se había esforzado en hacer habitables, había dos pequeñas casas con ventanas hundidas y puertas de roble, que, vacías y desoladas, amenazaban ruina.

La atención de la niña se centró exclusivamente en aquellas moradas, sin saber muy bien por qué. La iglesia, las ruinas, las viejas tumbas tenían el mismo derecho a ser objeto de los pensamientos de una forastera, pero, desde el momento en que sus ojos se fijaron en aquellas dos moradas, ya no pudo

contemplar nada más. Incluso cuando hubo terminado el recorrido del recinto y, de vuelta al pórtico, se quedó esperando pensativamente a su amigo, incluso entonces se acomodó donde mejor podía contemplarlas, movida por una especie de fascinación.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

La madre de Kit y el caballero soltero, cuya pista es conveniente seguir sin mayor dilación para que no se diga que esta historia es inconstante y abandona a sus personajes en la incertidumbre..., la madre de Kit y el caballero soltero, que avanzaban en el coche de postas tirado por cuatro caballos, de cuya partida en la puerta misma del notario ya dimos cumplida noticia, no tardaron en dejar la ciudad atrás y hacer saltar chispas de las piedras de la gran carretera.

La buena mujer, algo violenta por la novedad de su situación, y con cierta preocupación por que tal vez el pequeño Jacob o el bebé, o ambos, se hubieran precipitado al fuego o caído por las escaleras o golpeado con una puerta o quemado la garganta al intentar calmar la sed bebiendo por el pitorro del calentador de agua, mantenía un silencio incómodo; y cuando miraba por la ventanilla al guardabarreras, a los conductores de ómnibus, se sentía, en su nueva situación, como quien, al asistir a un funeral sin estar particularmente afligido por la pérdida del interfecto, ve a un conocido desde la ventanilla del furgón fúnebre, pero debe mantener un ademán solemne, indiferente, a cualquier circunstancia ajena.

Para ser indiferente a la compañía del caballero soltero se habrían necesitado unos nervios de acero. Nunca un carruaje llevó dentro —ni unos caballos tiraron de— un caballero tan inquieto como él. Jamás permanecía sentado en la misma posición más de dos minutos; agitaba constantemente brazos y piernas, levantaba las ventanillas para a continuación dejarlas caer violentamente, sacaba, la cabeza por una de ellas, la metía de nuevo, la sacaba otra vez por la de enfrente... Llevaba en el bolsillo una caja de fósforos de misteriosa fabricación y, cuando la madre de Kit cerraba los ojos, ¡zis, zas, zis, zas!, consultaba su reloj con la llama y dejaba que las chispas cayeran sobre la paja como si no existiera el peligro de que la madre de Kit y él se asaran vivos antes de que los postillones pudieran parar los caballos. Y, siempre que se paraban para cambiarlos, él se apeaba sin bajar el estribo e irrumpía en el patio de la posada como un petardo encendido, sacaba el reloj junto a una farola y, olvidándose de mirarlo, se lo metía otra vez en el bolsillo; en una palabra, que cometía tantas extravagancias que la madre de Kit empezó a tenerle miedo.

Una vez enganchados los caballos, se subía al coche como un rayo y, antes de haber recorrido kilómetro y medio, volvía a sacar el reloj y la caja de fósforos. La madre de Kit se despertaba de repente, cada vez con menos esperanzas de poder echar una cabezada en todo el viaje.

—¿Va cómoda? —le preguntaba el caballero soltero bruscamente después de una de estas escenas.

—Muy cómoda, señor. Gracias.

—¿Está segura? ¿No tiene frío?

—Un poquito, sí, señor —contestaba la madre de Kit.

—¡Lo sabía! —exclamaba el caballero soltero, bajando una de las ventanas delanteras—. Necesita un pequeño grog. Claro que lo necesita. ¡Cómo he podido no darme cuenta! ¡Eh! ¡Parad en la siguiente posada y pedid un vaso de grog!

En vano protestaba la madre de Kit" asegurándole que no necesitaba nada. El caballero soltero era inexorable: siempre que hacía una pausa en medio de su agitación, se le ocurría invariablemente que la madre de Kit necesitaba un grog.

Siguieron de esta guisa hasta cerca de la medianoche, cuando se detuvieron para cenar. El caballero soltero pidió todo cuanto de comer había en la casa; y como la madre de Kit no comió todo a la vez, ni se lo comió todo, se le metió en la cabeza que debía de estar enferma.

—Está débil —afirmó el caballero soltero, caminando de un lado a otro de la estancia—. Ya sé lo que le pasa, señora. Está exhausta.

—Gracias, señor, pero no lo estoy.

—Sé que lo está. Estoy seguro. Ay, he sacado a esta pobre mujer del seno de su familia sin dejarle ni un minuto para preparar nada, y naturalmente ahora está exhausta. Permítame que le pregunte (soy un hombre honrado): ¿cuántos hijos tiene, señora?

—Dos, señor, además de Kit.

—¿Chicos, señora?

—Sí, señor.

—¿Están bautizados?

—Sólo a medias, señor.

—Yo seré el padrino de los dos. Recuérdelo, señora, por favor. Debería tomar un poco de vino caliente.

—Me sentaría mal, de veras, señor.

—Pues debe tomar un poco —insistió el caballero soltero—. Está claro que lo necesita. Cómo no se me ha ocurrido antes.

Tocó inmediatamente la campana y pidió vino caliente con la misma impetuosidad que si se hubiera tratado de una persona ahogada. El caballero soltero le hizo beber a la madre de Kit hasta los topes un vaso de vino tan caliente que se le deslizaron varias lágrimas por las mejillas; a continuación, la llevó de nuevo corriendo al coche, donde —posiblemente bajo los efectos de tan agradable sedante— pronto se volvió insensible a la agitación de su compañero y cayó profundamente dormida. Los efectos de esta pócima no fueron pasajeros, pues, a pesar de que el viaje resultó más largo de lo que el caballero soltero había supuesto, no se despertó hasta que ya era de día y las ruedas traqueteaban sobre el empedrado de una población.

—¡Este es el lugar! —gritó al postillón el compañero de la señora Kit con todas las ventanillas bajadas—. ¡Diríjase al museo de cera!

El postillón más próximo a las ruedas se tocó el sombrero y espoleó al caballo para hacer una entrada triunfal. Los cuatro caballos se lanzaron al galope por las calles con tal estruendo que los lugareños se asomaron a puertas y ventanas, y no se pudo oír las campanadas de los relojes en el momento en que daban las ocho y media. Al final, se detuvieron delante de una puerta, en torno a la cual se había congregado una multitud.

—¿Qué es esto? —preguntó el caballero soltero, sacando la cabeza por la ventanilla—. ¿Ocurre algo especial aquí?

—¡Una boda, señor, una boda! —gritaron varias voces—. ¡Vivan los novios!

El caballero soltero, perplejo al descubrir que era el foco de atención de aquel gentío, se apeó asistido por uno de los postillones y ayudó a apearse a su vez a la madre de Kit. Al verlo, la plebe gritó entre saltos de júbilo: «¡Aquí viene otra boda!».

—Me parece que el mundo se ha vuelto loco —exclamó el caballero soltero, abriéndose paso entre la muchedumbre acompañado de su supuesta novia—. Quédese aquí un momento, señora, mientras llamo a la puerta.

Como cualquier cosa que produce ruido suele hacer las delicias de la plebe, una veintena de manos sucias se levantaron al mismo tiempo para llamar por él: raras veces se han oído nunca unos aldabonazos tan ensordecedores como aquellos. Prestado el servicio gratis et amore, la muchedumbre se retiró a un lado dejando al caballero soltero cargar enteramente con las consecuencias.

—Y bien, señor, ¿qué desea? —preguntó un hombre con un lazo blanco en

el ojal, abriendo la puerta y mirándolo con aire estoico.

—¿Quién se ha casado aquí, amigo mío? —preguntó el caballero soltero.

—Yo mismo.

—¿Usted? ¿Y con quién diablos se ha casado usted?

—¿Qué derecho tiene usted a hacer esa pregunta? —replicó el novio, mirándolo de arriba abajo.

—¿Que qué derecho tengo? —gritó el caballero soltero, apretando el brazo de la madre de Kit con más fuerza, pues le había parecido que quería salir huyendo—. Un derecho del que usted no tiene la menor idea. Escúchenme, buena gente: si este hombre se ha casado con una menor..., ¡no, no, eso no puede ser! ¿Dónde está la niña que guarda usted aquí, mi buen amigo? La niña que se llama Nell. ¿Dónde está?

Al oír aquella pregunta, de la que la madre de Kit se había hecho también eco, alguien que había cerca exhaló un grito. Era una señora fornida, vestida de blanco, que acudió enseguida y se apoyó en el brazo del novio.

—¿Dónde está? —gritó la señora—. ¿Qué noticias tiene de ella? ¿Qué ha sido de ella?

El caballero soltero dio un paso atrás y se quedó observando a la hasta hacía poco señora Jarley (casada aquella misma mañana con el filosófico George, para eterna ira y desesperación del señor Slum, el poeta) con una mirada de aprensión, desencanto e incredulidad a la vez. Al final, consiguió musitar:

—Soy yo quien está preguntando dónde está la niña. ¿Qué quiere decir usted, señora?

—¡Ay, señor! —exclamó la novia—. Si ha venido aquí por el bien de la pequeña, ¿por qué ha tardado tanto y no vino hace una semana, por ejemplo?

—¡No estará... muerta! —expresó él, de repente completamente pálido.

—No, la cosa no es para tanto.

—¡Gracias a Dios! —exclamó el caballero soltero con un hilillo de voz—. Permítame que entre.

Se apartaron para dejarlo entrar y cerraron la puerta.

—Mis queridos amigos —dijo, volviéndose a los recién casados—, he aquí un hombre que aprecia menos su propia vida que la de los dos a los que está buscando. Pero ellos no me conocerían. Mis rasgos les son extraños; pero si ellos dos, o alguno de ellos, están aquí, lleven a esta buena mujer con ustedes para que la vean primero, pues a ella la conocen bien. Si no quieren que yo los

vea por un miedo infundado o por alguna otra consideración, podrán juzgar mis intenciones cuando reconozcan a esta persona, que es una vieja y humilde amiga suya.

—¡Siempre lo dije! —exclamó la novia—. ¡Sabía que no era una niña cualquiera! Ay, señor, me temo que no podemos ayudarle, pues todos nuestros esfuerzos por encontrarlos han resultado vanos.

A continuación relató, sin ocultar ningún detalle, todo lo que sabían de Nell y de su abuelo, desde la primera vez que los vieron hasta el momento de su repentina desaparición, añadiendo (lo cual era completamente cierto) que no habían escatimado ningún esfuerzo en la búsqueda, aunque sin éxito alguno; que al principio se habían alarmado en extremo por su seguridad, teniendo en cuenta que podrían ser objeto de sospecha a causa de su repentina partida. Les hablaron también de la debilidad mental del anciano, de la incomodidad que la niña había mostrado siempre que él se ausentaba, de las compañías que al parecer este frecuentaba y de la tristeza que se había apoderado paulatinamente de la niña, lo que afectó tanto a su salud como a su humor. Si, al echar en falta al anciano una noche, ella había sabido o supuesto a dónde había dirigido este sus pasos, habría salido inmediatamente en su búsqueda; y si los dos habían abandonado la casa juntos, ya no había medio de saber a dónde. Había pocas esperanzas de tener noticias suyas y, ya hubiera sido planeada la huida por el anciano, ya por la niña, era difícil que pudieran regresar. Todo esto lo escuchó el caballero soltero con aire apesadumbrado y desencantado, echándose a llorar cuando hablaron del abuelo. El pobre estaba completamente consternado.

Para no alargar esta parte de nuestra narración y abreviarla en lo posible, diremos que, antes incluso del final de la entrevista, el caballero soltero estimó que tenía suficientes pruebas de que le habían contado la verdad, y quiso que los recién casados aceptaran una muestra de agradecimiento por su amabilidad para con aquella niña sin amigos, cosa que ellos no consintieron. Al final, la pareja feliz subió al carruaje para pasar la luna de miel en una excursión por la campiña, y el caballero soltero y la madre de Kit se quedaron cariacontecidos tras haberlos despedido.

—¿A dónde los llevamos, señor? —preguntó el postillón.

—Puede llevarme al... —el caballero soltero dudó antes de pronunciar la palabra «mesón», pero luego la dijo pensando en la madre de Kit, y al mesón se dirigieron.

Enseguida se extendió el rumor de que la niña que enseñaba el museo de cera era hija de una buena familia, robada en su más tierna infancia y cuya pista acababan de encontrar. Las opiniones se dividían sobre si era hija de un príncipe, un duque, un conde, un vizconde o un barón; pero todos convenían

en el hecho principal, a saber, que el caballero soltero era su padre. Todos se agolparon para captar un vislumbre, aunque fuera sólo de la punta de su noble nariz, mientras se alejaba abatido en su coche postal tirado por cuatro caballos.

¡Cuánto se habría dado por saber (y cuánto pesar se habría ahorrado) que en aquel momento la niña y su abuelo se hallaban sentados en el pórtico de la iglesia antigua, esperando pacientemente el regreso del maestro de escuela!

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Los rumores sobre el caballero soltero y el motivo de su viaje, que cada vez frisaban más lo maravilloso conforme se iban difundiendo —pues el rumor popular, a diferencia de la piedra del río, coge mucho musgo en su rodar—, ocasionaron que su llegada al mesón se convirtiera en un espectáculo apasionante, insuperable. En efecto, atrajo a un gran número de ociosos que, recientemente desempleados, por así decir, al cerrarse el museo de cera y celebrarse la ceremonia nupcial, vieron aquel acontecimiento como algo poco menos que providencial y lo saludaron, por consiguiente, con grandes muestras de júbilo.

Lejos de participar en la excitación general, y con el aire deprimido y preocupado de quien intenta digerir su desencanto en medio del silencio y la intimidad, el caballero soltero se apeó y dio la mano a la madre de Kit con una cortesía teñida de melancolía que impresionó a los espectadores en sumo grado. Tras lo cual, le ofreció el brazo y la escoltó hasta el interior de la casa mientras varios camareros se les adelantaban para despejarles el camino y enseñarles la habitación que desearan.

—Cualquier habitación puede valer —enunció el caballero soltero—. Que esté cerca, nada más.

—Pues entonces venga por aquí, señor, por favor.

—¿Y no le gustaría al caballero esta habitación? —prorrumpió una voz tras abrirse una puerta situada al pie de la escalera y asomar una cabeza—. Sea bienvenido. Tan bienvenido como las flores por mayo o el carbón por Navidad. ¿Le gustaría esta habitación, señor? Concédame el honor de entrar. Concédame ese honor.

—¡Dios bendito! —exclamó la madre de Kit, retrocediendo por la enorme sorpresa—. ¡No es posible!

Y no le faltaban motivos para asombrarse, pues la persona que había expresado tan gentil invitación no era otra que Daniel Quilp en carne y hueso.

La pequeña puerta por la que había sacado la cabeza se hallaba junto a la despensa del mesón. Allí estaba él, inclinando la cabeza con grotesca cortesía, con la misma desenvoltura que si fuera la puerta de su casa, infestando con su sola presencia cuantas piernas de cordero o pollos con arroz había, cual genio maligno salido de las entrañas de la tierra para perpetrar alguna acción perversa.

—¿No me va a hacer ese honor?

—Prefiero estar solo —contestó el caballero soltero.

—¡Ah! —exclamó Quilp, tras lo cual desapareció rápidamente detrás de la pequeña puerta, como el monigote de un reloj holandés después de dar la hora.

—¡Qué raro, señor! —susurró la madre de Kit—. Anoche mismo lo vi en la Pequeña Bethel, donde se quedó después de irme yo.

—¡No me diga! —dijo su compañero de viaje—. Camarero, ¿cuándo llegó ese hombre?

—Esta mañana, con la diligencia nocturna, señor. —¡Ah! ¿Y cuándo se va a marchar?

—Eso no se lo puedo decir, señor. Precisamente la mujer de la limpieza le ha preguntado hace poco si quería que le hiciera la cama, y él ha empezado a hacerle visajes y a intentar besarla.

—Dígale que se pase por aquí —ordenó el caballero soltero—. Me gustaría intercambiar unas palabras con él; dígaselo. Y que venga enseguida, ¿de acuerdo?

El hombre recibió aquellas instrucciones no sin cierto asombro, pues el caballero soltero no sólo había mostrado tanta extrañeza como la madre de Kit al ver al enano, sino que, aunque no le daba miedo, no había podido ocultar una buena dosis de disgusto y repugnancia. Pero salió disparado para dar el recado y volvió inmediatamente acompañado del objeto de su recado.

—Su fiel y seguro servidor, señor —profirió el enano—. He encontrado a su mensajero a medio camino. Sabía que me permitiría ofrecerle mis parabienes. Espero que se encuentre bien. Espero que se encuentre muy bien.

Hubo una breve pausa, durante la cual el enano, con los ojos entrecerrados y la cara fruncida, parecía esperar una respuesta. Al no recibir ninguna, se volvió hacia la persona que mejor conocía.

—¡Vaya, la madre de Christopher! —gritó—. Una señora muy querida, una mujer muy valiosa, bendecida con un hijo excelente. ¿Cómo está la madre de Christopher? ¿Mejor con el cambio de aires y de paisaje? ¿Están bien su pequeña familia y Christopher? ¿Prosperan? ¿Florecen? ¿Se están

convirtiendo en unos ciudadanos de pro?

El señor Quilp, que había ido elevando la voz en la escala musical con cada pregunta sucesiva, terminó con un grito agudo y retomó ese jadeo que le era habitual y que, ya fuera fingido o natural, tenía el efecto de dejarle el rostro vacío de toda expresión y de volverlo, en cuanto a cualquier indicio de sentimiento o intención, completamente en blanco.

—Señor Quilp —dijo el caballero soltero.

El enano se llevó la mano a su gran oreja y afectó suma atención.

—Creo que ya nos hemos visto antes...

—En efecto, señor —exclamó Quilp, asintiendo con la cabeza—. Así es. Dos veces, por si no lo sabía usted, señora, madre de Christopher. Dos veces. Algo difícil de olvidar. ¡Imposible de olvidar!

—Recordará sin duda que el día en que llegué a Londres, al encontrar la casa a la que me dirigí vacía y desierta, unos vecinos me remitieron a usted, y a usted acudí, sin detenerme siquiera a descansar ni a tomar un refrigerio...

—¡Qué acción tan precipitada y, sin embargo, tan seria y vigorosa! —exclamó Quilp a imitación de su amigo el señor Sampson Brass.

—En esa ocasión —prosiguió el caballero soltero— descubrí que usted, de manera hartó —extraña, se había apoderado de todas las pertenencias de otro hombre, y que éste hombre, que hasta el momento en que usted entró en su propiedad había sido una persona acomodada, se vio repentinamente reducido a la mendicidad, expulsado de su propia casa, de su hogar...

—Teníamos autorización para lo que hicimos, estimado señor —replicó Quilp—. Teníamos un mandato judicial. Y no diga tampoco «expulsado». Se fue por su propia voluntad. Desapareció en plena noche, señor.

—¡Qué importa! —repuso el caballero soltero con tono airado—. Se fue.

—Sí, se fue —asintió Quilp con el mismo aplomo exasperante—. No cabe duda de que se fue. La pregunta es: ¿a dónde? Pregunta que sigue en pie.

—¿Qué puedo yo pensar de usted —profirió el caballero soltero, mirándolo severamente—, quien, reacio entonces a facilitarme cualquier información (mejor dicho, ocultándose claramente de mí y escudándose en todo tipo de ardidés, tretas y evasivas), ahora resulta que me está siguiendo los pasos?

—¡¿Yo, seguirle los pasos?! —protestó Quilp.

—¿Ah, no? —replicó su acusador, presa de una gran irritación—. ¿No se hallaba usted hace unas pocas horas a cien kilómetros de aquí, en la misma

capilla a la que esta buena mujer acude a hacer sus oraciones?

—Ella estaba allí también, creo saber, sí, señor —reconoció Quilp aún perfectamente impasible—. Yo podría decir por mi parte, si tuviera la mínima inclinación a ser grosero, que es usted quien me está siguiendo los pasos a mí. Sí, anoche estuve en la capilla. ¿Y qué? He leído en los libros que los peregrinos solían acudir a la capilla antes de emprender un largo viaje para pedir su regreso sanos y salvos. ¡Qué sabios eran! En efecto, los viajes son muy peligrosos, sobre todo cuando se viaja en imperial. Ya sabe, ruedas que se salen, caballos que se asustan, cocheros que van demasiado deprisa, carruajes que se vuelcan... Yo siempre acudo a la capilla justo antes de emprender un viaje, se lo aseguro.

Para descubrir que Quilp mentía descaradamente no se necesitaba mucha penetración, pese a que, por ciertos gestos o el tono de la voz, alguien podría haber afirmado que decía la verdad con la misma calma y firmeza que un mártir.

—Permítame que le pregunte, pues este asunto puede volver loco a cualquiera —expresó el afligido caballero soltero—. ¿No se ha propuesto usted, por alguna razón desconocida para mí, emprender la misma búsqueda que yo? ¿Sabe con qué objeto he venido yo aquí, y si lo sabe, no puede ofrecerme alguna luz?

—¡Usted me cree tal vez un mago o adivino, señor! —protestó Quilp, encogiéndose de hombros—. Si lo fuera, me diría a mí mismo la buena fortuna, para intentar conseguirla.

—Muy bien. Creo que ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos —repuso el otro, dejándose caer con impaciencia en un sofá—. Por favor, déjenos ahora.

—Con mucho gusto —respondió Quilp—. Con mucho gusto. Madre de Christopher, mi buena amiga, adiós. Que tenga un feliz viaje de vuelta, señor. Ejem.

Con aquellas palabras de despedida, y una sonrisita indescriptible que parecía contener todas esas muecas monstruosas de que son capaces los hombres o los monos, el enano se retiró despacio y cerró la puerta.

«¡Ah! —exclamó para sí una vez en su habitación, sentado en un sillón con las manos en la cintura—. ¡Ah! ¡Qué cosas me cuenta, amigo mío! ¡Lo que hay que oír!».

Riéndose a gusto y recompensándose con toda suerte de muecas espantosas por el comedimiento que había tenido que mostrar, el señor Quilp empezó a mecerse en su sillón, sin dejar de mover al mismo tiempo la pierna

izquierda, y se sumió en un estado de meditación, cuyo contenido interesa referir aquí.

En primer lugar, pasó revista a las circunstancias que lo habían empujado a dirigirse a aquella ciudad, las cuales eran, brevemente, las siguientes: tras dejarse caer por el despacho del señor Sampson Brass la noche anterior, hallándose ausentes este caballero y su erudita hermana, se había topado con el señor Swiveller, que en aquel momento rociaba con un vaso hasta los topes de ginebra caliente el polvo del Derecho, humedeciendo su arcilla, como se suele decir, de manera copiosa. Pero como en general la arcilla, cuando está demasiado mojada, toma una consistencia vaga e incierta, resquebrajándose en puntos inesperados, reteniendo débilmente las improntas y perdiendo toda fuerza y constancia, así también la arcilla del señor Swiveller, habiendo bebido una considerable cantidad de líquido, se hallaba muy blanda e inconsistente, hasta el punto de que las varias ideas impresas en ella perdían de prisa su carácter distintivo y se entrechocaban las unas con las otras. No es inhabitual que, en tal estado, la arcilla humana se valore sobre todo por la prudencia y la sagacidad; pues bien, el señor Swiveller, que se preciaba especialmente de dichas cualidades, dijo en aquel momento que había hecho unos extraños descubrimientos con relación al caballero soltero que se alojaba en la habitación de arriba, los cuales decidió mantener en secreto, sin que torturas ni halagos cualesquiera pudieran inducirlo a revelarlos jamás. Determinación esta que el señor Quilp aprobó y ensalzó por su parte, aunque disponiéndose al mismo tiempo a agujonear al señor Swiveller para que le contara alguna que otra cosa. Al final, Quilp no tardó en descubrir que el caballero soltero había sido visto departiendo con Kit, y que ese era el secreto que no iba a revelarse jamás.

En posesión de aquella información, el señor Quilp supuso que el caballero soltero que ocupaba la habitación de arriba debía de ser el mismo individuo que había ido ya a su encuentro y, tras asegurarse por otras pesquisas de que su suposición era correcta, no le resultó difícil llegar a la conclusión de que la intención y finalidad de sus relaciones con Kit no eran otras que encontrar y hacer volver al anciano y a la niña. Muerto de curiosidad por saber lo que se estaba realmente tramando, eligió a la madre de Kit como la persona menos susceptible de resistir a sus artes, y consiguientemente la más idónea para ponerlo sobre la pista de las revelaciones que buscaba; así, despidiéndose rápidamente del señor Swiveller, se dirigió a la casa de la buena mujer. Pero como esta no se hallaba en casa, preguntó a una vecina, como el propio Kit haría poco después, y, al oír que había ido a la capilla, se dirigió hacia allí para seguirle la pista después, a la conclusión del servicio religioso.

No llevaba sentado en la capilla más de un cuarto de hora, riéndose por dentro de su proeza con los ojos piadosamente clavados en el techo, cuando

apareció el propio Kit. Fiándose de su ojo avizor, al enano le bastó una mirada para saber que este había ido allí con un asunto especial in mente. Aparentemente arrobado, como ya vimos, registró cada detalle de lo que hizo el chico y, cuando este se hubo retirado con su familia, salió detrás de él y los siguió hasta la casa del notario. Por uno de los postillones se enteró del destino del viaje y también de que había una diligencia nocturna que partía hacia el mismo destino, y en breve plazo, de una calle próxima; así pues, salió disparado hacia la oficina de las diligencias sin un minuto que perder y tomó asiento en la imperial. Tras cruzarse repetidas veces con la diligencia a la que perseguía en el transcurso de la noche, según la velocidad de la misma o la duración de las paradas, llegaron a la ciudad casi a la vez. Sin perder al carruaje de vista, se mezcló entre la multitud, se enteró del asunto que había llevado hasta allí al caballero soltero (y del fracaso de su intento) y, con esta información en su poder, se fue al mesón, a donde llegó antes que él, y donde tuvo lugar la entrevista que acabamos de referir, así como, una vez encerrado en su habitación, la meditación a la que se entregó.

«Así son las cosas, ¿no, amigo? —se repitió mordiéndose ávidamente las uñas—. Así que yo soy el sospechoso y el excluido, y Kit, tu agente confidencial, ¿no? Me temo que voy a tener que darle una lección. Si hubiéramos dado con los fugitivos esta mañana —siguió cavilando después de una pausa—, yo traía varios títulos legales para enseñárselos. Habría conseguido mi objetivo de no haber sido por los hipocritones de Kit y su madre, habría conseguido que este arrogante caballero cayera en mis redes igual que nuestro viejo amigo, nuestro común amigo, ¡ja, ja, ja!, y que la regordeta y sonrosada Nell. En el peor de los casos, es una oportunidad de oro que no hay que perder. Los encontraré yo antes y ya veré la manera de sacarte un poco de tu dinero superfluo, amigo mío, mientras haya cárceles con rejas y buenos cerrojos para mantener a tu amigo o pariente a buen recaudo. ¡Ah, cómo me repatean las personas virtuosas! —concluyó el enano, echándose al gizonte un vaso lleno de brandy y con los dientes castañeteándole—. ¡Ah, cómo me repatean todas y cada una de ellas!».

Tales cavilaciones no eran una fanfarronada hueca, sino la confesión en toda regla de sus verdaderos sentimientos, pues el señor Quilp, que no amaba a nadie, había acabado poco a poco odiando a todo el mundo relacionado de cerca o de lejos con su arruinado cliente: al anciano, porque había logrado engañarlo y eludir su vigilancia; a la niña, porque era el objeto de la conmiseración y constante remordimiento de la señora Quilp; al caballero soltero, a causa de la manifiesta aversión que le profesaba; y a Kit y a su madre más que a nadie por las razones anteriormente expuestas. Al margen y más allá de este sentimiento general de oposición, inseparable de su ardiente deseo de enriquecerse en estas nuevas circunstancias, Daniel Quilp los odiaba a todos.

Con tan animosa disposición, el señor Quilp se regaló a sí mismo y a sus odios otro poco de brandy; tras lo cual, cambió de lugar para dirigirse a una oscura y apartada cervecería, donde hizo una serie de averiguaciones tendentes a descubrir el paradero del anciano y de su nieta. Pero todo fue en vano. No consiguió ni una sola pista. Huidos de noche, nadie los había visto marcharse ni se había cruzado con ellos en el camino. Ningún conductor de coche, carro o carruaje había visto tampoco a ningún viajero que respondiera a dicha descripción. Nadie se había cruzado con ellos a pie ni había oído hablar de ellos. Convencido al fin de que, por el momento, todo intento estaba condenado al fracaso, se entendió con dos o tres individuos, a los que prometió una jugosa recompensa en caso de que le facilitaran alguna información, y regresó a Londres con la primera diligencia que encontró.

Le resultó sumamente grato descubrir, una vez acomodado en la imperial, que la madre de Kit viajaba dentro, ella sola; circunstancia que, en el transcurso del viaje, le supuso una gran fuente de diversión, pues el hecho de que viajara sola lo alentó a aterrorizarla con varias proezas grotescas, como descolgarse por los lados del coche, aun a riesgo de su propia vida, para quedarse mirándola fijamente con los ojos abiertos como platos, cosa que resultaba tanto más espeluznante cuanto que tenía la cabeza volcada; o trasladarse, también bocabajo, de una ventana a otra; o apearse en secreto siempre que cambiaban de caballos y asomar la cabeza por la ventana con un bizqueo fantasmagórico. Estas ingeniosas torturas afianzaron a la señora Nubbles en el convencimiento de que el señor Quilp era la encarnación misma del Maligno, tan vigorosamente denostado en la Pequeña Bethel, el cual, por haberse ella desviado del buen camino el día en que visitó el teatro de Astley y la ostrería, la atormentaba ahora con este arsenal de travesuras.

¡Cuál no fue la sorpresa de Kit, que había sabido por carta del regreso de su madre y estaba esperándola en la oficina de la diligencia, cuando, por encima del hombro del cochero, como un demonio familiar invisible a todos los ojos menos a los suyos, divisó la cara de Quilp!

—¿Cómo estás, Christopher? —graznó el enano desde la imperial—. Tranquilízate, Christopher. Tu madre viene dentro.

—¿Por qué, cómo es que viene él también, madre? —susurró Kit.

—No sé cómo ha sido ni por qué, cariño —contestó la señora Nubbles mientras se apeaba con la ayuda de su hijo—. Lo que sí sé es que ha estado aterrorizándome, sacándome de quicio, durante todo el viaje.

—¿Es cierto eso? —gritó Kit.

—No lo creerías, no lo creerías —corroboró su madre—. Pero no le digas ni una sola palabra porque, sinceramente, creo que no es humano. ¡Shhh! No

te vuelvas para que no note que te estoy hablando de él. Precisamente ahora me está haciendo visajes a la luz de la linterna del coche. ¡Es espantoso!

A pesar de las palabras de su madre, Kit se volvió para mirar. Pero el señor Quilp estaba ahora plácidamente contemplando las estrellas.

—¡Ah, qué tipo más falso! —exclamó la señora Nubbles. Pero vámonos. No le hables, por favor.

—Pues le voy a decir cuatro cosas, madre. ¡Eh, oiga, señor!

El señor Quilp se dignó mirarlo con una sonrisa.

—Oiga, haga el favor de dejar a mi madre en paz, ¿me oye? —espetó Kit—. ¡Cómo se atreve a meterse con una pobre mujer que viaja sola y atormentarla como si no tuviera ya bastantes agobios sin necesidad de los suyos! ¿No le da vergüenza, pequeño monstruo?

«¡Monstruo! —exclamó Quilp para sus adentros con una sonrisa—. El enano más feo que se pueda ver a cien leguas a la redonda, bueno. Pero ¡monstruo!».

—Como vuelva a molestarla otra vez —prosiguió Kit, echándose al hombro el bulto de su madre—, sepa, señor Quilp, que no lo voy a tolerar de ningún modo. No tiene usted derecho a hacer eso. Y sabe de sobra que nosotros nunca lo hemos molestado a usted. Esta no es la primera vez; y si vuelve a molestarla o a asustarla, me obligará (aunque lo sentiría mucho a causa de su pequeño tamaño) a darle una buena paliza.

Sin pronunciar palabra, Quilp se acercó a Kit, tanto que sus ojos casi se tocaron; lo miró fijamente unos instantes, a continuación se alejó un poco sin apartar la vista, volvió a acercarse, a alejarse, y así media docena de veces, como la cabeza de una fantasmagoría. Kit permaneció firme, alerta ante cualquier amago de ataque, pero, viendo que aquellas gesticulaciones no conducían a nada, chasqueó los dedos y se fue. Su madre lo empujaba todo lo que podía e, incluso mientras oía las buenas nuevas sobre el pequeño Jacob y el bebé, volvía de vez en cuando la cabeza para asegurarse de que Quilp no los seguía.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

La madre de Kit habría podido ahorrarse la molestia de volver la vista, pues nada era más ajeno a la intención del señor Quilp que andar detrás de ella (y de su hijo) o proseguir la discusión con la que se habían despedido. El enano se encaminó, más bien, hacia su casa silbando de vez en cuando alguna

tonadilla con el rostro tranquilo y sereno, deteniéndose mientras avanzaba para imaginar los temores y terrores que se habrían apoderado de la señora Quilp, la cual, al no saber nada de él, se hallaría en un estado de suma confusión y abatimiento, en constante trance de desmayarse.

Esta probabilidad le resultaba tan agradable y exquisitamente divertida al enano que se echó a reír con tanta fuerza que se le saltaron las lágrimas y, al llegar a una calle próxima de su casa, desahogó su contento con un grito tan estridente que aterrorizó a un transeúnte solitario que caminaba delante de él, lo que a su vez aumentó su júbilo y lo hizo más feliz todavía.

Con tan animosa disposición, el señor Quilp alcanzó Tower Hill y, al mirar hacia la ventana de su cuarto de estar, creyó divisar más luz de la que debía haber en una casa que se suponía sumida en la tristeza. Se acercó otro poco y oyó varias voces en animada conversación, entre las que reconoció no sólo las de su mujer y su suegra, sino también las de otros hombres.

—¡Ajá! —gritó el celoso enano—. ¡Así que recibiendo gente mientras yo estoy fuera!

La única respuesta que obtuvo fue una tos ahogada procedente del interior. Se palpó los bolsillos en busca de la llave, pero la había olvidado. No le quedaba más remedio que llamar a la puerta.

—¡Hay luz en el pasillo! —exclamó Quilp, mirando por el ojo de la cerradura—. Un golpecito muy suave y, con tu permiso, mi querida dama, entraré sin que te des cuenta. ¡Eh, quién hay ahí!

Al golpecito suave no lo siguió ninguna respuesta. Pero tras un segundo toque con la aldaba, no más fuerte que el primero, alguien abrió suavemente la puerta. Era el chico del muelle, a quien Quilp tapó enseguida la boca con una mano y con la otra lo empujó hasta la calle.

—Me va a ahogar, amo —expresó el chico con un hilillo de voz—. Suélteme, por favor.

—¿Quién está ahí arriba, cacho perro? —preguntó Quilp con el mismo tono—. Dímelo sin alzar la voz, o te ahogo ahora mismo.

El chico señaló a la ventana y contestó con una risita ahogada, que expresaba una alegría tan intensa que Quilp lo cogió por la garganta, y podría haber consumado su amenaza, o al menos haberla llevado a un punto propincuo a tal fin, si el chico no se hubiera soltado hábilmente para refugiarse detrás de una farola. Su amo, tras varios intentos vanos por cogerlo de los pelos o de la cabeza, se vio obligado a llegar a un acuerdo con él.

—¿Me vas a contestar, sí o no? —volvió a preguntar Quilp—. ¿Qué está pasando ahí arriba?

—Usted no deja hablar a la gente —se quejó el chico—. Creen..., je, je, je, creen que usted se ha muerto. Je, je, je.

—¡Muerto! —gritó Quilp, esbozando una lúgubre sonrisa—. ¡No! ¿Eso piensan, cacho perro?

—Creen que usted... se ha ahogado —contestó el chico, cuya naturaleza maliciosa presentaba una fuerte afinidad con la de su amo—. Como la última vez que lo vieron fue andando por el borde del muelle, creen que se resbaló y cayó al agua. Je, je.

La perspectiva de hacer de espía le resultaba a Quilp sumamente deliciosa. La posibilidad de desilusionarlos a todos entrando vivo y coleando le producía una mayor dicha que el mejor golpe de fortuna imaginable. Tanto él como su pícaro ayudante estuvieron unos segundos riéndose, jadeando y haciéndose muecas desde cada lado de la farola, como una pareja de figurillas chinas.

—¡Ni una palabra! —ordenó Quilp, dirigiéndose hacia la puerta de puntillas—. Ni un solo ruido ni una tabla que cruja ni un tropiezo con una telaraña. Conque ahogado, ¿eh, señora Quilp? Ahogado...

Dicho lo cual, apagó la vela, se quitó los zapatos y subió la escalera a tientas, mientras su regocijado amigo se entregaba a una orgía de volteretas en la acera.

Como la puerta de la alcoba en lo alto de la escalera estaba sin cerrar, el señor Quilp se introdujo en ella sigilosamente y se apostó detrás de la puerta que comunicaba con el salón, que, al estar entreabierta para dejar entrar el aire y tener una buena rendija (de la que se había servido a menudo para fines de espionaje, y que él mismo había ensanchado con su navaja a tal efecto), le permitía no sólo oír, sino también ver claramente lo que ocurría.

Desde tan cómoda posición, divisó al señor Brass sentado a la mesa provisto de pluma, tinta y papel, y, al alcance de su mano, la botella de ron —su ron importado de Jamaica—, así como agua caliente, limones olorosos, terrones de azúcar blanco y demás aditamentos. Con esta selección de materiales, Sampson, en modo alguno insensible al derecho que estos tenían a requerir su atención, había compuesto un excelente y vaporoso ponche, del que se había llenado un vaso hasta el borde; vaso que en aquel preciso momento agitaba con una cucharilla de té y contemplaba con unas miradas en las que un leve eco de duelo se aliaba con una alegría atemperada, relajada. En la misma mesa, con ambos codos encima, estaba sentada la señora Jiniwin, que ya no necesitaba probar el ponche de los demás a hurtadillas con una cucharilla de té; en efecto, estaba tomando unos buenos tragos de su propio vaso. Mientras, su hija —no precisamente con cenizas en la cabeza ni con un

saco como vestido, sino con una apariencia de tristeza modulada—, se encontraba arrellanada en una butaca aliviando su dolor con pequeñas dosis del mismo líquido reconfortante. También se hallaban presentes dos operarios del muelle provistos de sendas cuerdas con garfios para dragar el agua. A cada cual se le había servido un buen vaso de licor, que estaban bebiendo con sumo gusto; con la nariz roja y la cara iluminada, su presencia contribuía a reforzar el buen ambiente que reinaba entre la concurrencia.

—Si pudiera envenenar el ron y el agua de esa vieja —murmuró Quilp—, entonces sí podría morirme ya tranquilo.

—¡Ay! —exclamó el señor Brass, rompiendo el silencio y levantando los ojos al techo con un suspiro—. ¡Quién sabe si no nos estará viendo en este momento desde algún lugar, con su ojo especialmente avizor! ¡Ay, Señor! —hizo una pausa para beber la mitad de su ponche. Después siguió hablando con una sonrisa triste, pero sin perder de vista la otra mitad del vaso—. Casi creo ver sus ojos reluciendo en el culo del vaso. ¿Cuándo podremos verlos de nuevo? ¡Ay, ya nunca, nunca! ¡Qué vida esta! Este minuto, estamos aquí —tenía el vaso delante de los ojos—; al minuto siguiente, estamos ahí —se echó al gizonte el contenido y se golpeó enfáticamente debajo del pecho—, en la silenciosa tumba. ¡Y pensar que me estoy bebiendo nada menos que su mismísimo ron! ¡Se diría que estoy soñando!

Sin duda para asegurarse de que no era así, el señor Brass deslizó su vaso a la señora Jiniwin mientras hablaba con el objeto de que esta se lo devolviera lleno y, a continuación, se volvió hacia los operarios del muelle:

—Así que la búsqueda ha resultado completamente infructuosa, me dicen, ¿no?

—Completamente, jefe. Pero yo debería decir también que, si va a aparecer, saldrá a la superficie en alguna parte de Greenwich mañana, con la marea baja, ¿no, colega?

El otro operario asintió, observando además que se le esperaba en el Hospital Marítimo, donde algún enfermero lo recibiría a cualquier hora.

—Entonces, no nos queda más que resignarnos —sentenció el señor Brass—, más que resignarnos y esperar. Sería un alivio tener su cadáver. ¡Sería un triste alivio!

—¡Ah, y que lo diga! —asintió la señora Jiniwin—. Si lo encontráramos, entonces sí que podríamos estar ya completamente seguros.

—Pero pasemos ahora a la esquila y a la descripción del interfecto —señaló Sampson Brass empuñando la pluma—. Es un melancólico placer recordar sus rasgos. Respecto a sus piernas...

—Torcidas, desde luego —afirmó la señora Jiniwin.

—¿Cree que estaban torcidas de verdad? —preguntó Brass con tono insinuante—. Creo verlas ahora mismo muy separadas mientras camina por la calle con sus pantalones de nanquín algo cortos y sin correas... ¡Ah! ¡Qué valle de lágrimas el mundo en que vivimos! ¿Anotamos torcidas, entonces?

—Yo creo que estaban un poco torcidas, sí —refrendó la señora Quilp con un sollozo.

—Piernas torcidas, pues —zanjó Brass, escribiendo mientras hablaba—. Cabeza grande, cuerpo pequeño, piernas torcidas...

—Muy torcidas —insistió la señora Jiniwin.

—No pongamos muy torcidas, señora —sugirió Brass piadosamente—. No insistamos en las debilidades del fallecido. Se ha ido, señora, a donde sus piernas ya no tendrán ninguna importancia. Contentémonos simplemente con torcidas, señora Jiniwin.

—Creía que usted quería la verdad —opinó la vieja dama—. Eso es todo.

«¡Benditos sean sus ojos! ¡Cómo la quiero! —pensó Quilp—. ¡Ya va otra vez por más ponche!».

—La tarea que aquí nos ocupa —prosiguió el abogado, posando la pluma para concentrarse en el vaso— parece traer ante mis ojos el espectro del padre de Hamlet. Me parece estar viendo la ropa que solía llevar nuestro hombre los días de diario: la chaqueta, el chaleco, los zapatos, los calcetines, los pantalones, el sombrero, así como su ingenio, su humor, su patetismo y su paraguas. Todo viene a mi recuerdo cual visiones de juventud. ¡Y su ropa blanca! —exclamó el señor Brass, mirando sonriente la pared—. ¡Su ropa blanca, que tenía siempre un color particular, pues tal era su capricho y antojo! ¡Ah, parece que la estoy viendo ahora mismo!

—¿Por qué no sigue, señor? —acució la señora Jiniwin impacientemente.

—Cierto, señora, cierto —asintió el señor Brass. Nuestras facultades no deben paralizarse a causa del dolor. Le pediré una gotita más, señora. Bien, ahora se plantea otra pregunta, con relación a su nariz.

—Chata —estatuyó la señora Jiniwin.

—¡Aquilina! —gritó Quilp, asomando la cabeza y tocándose la nariz con la mano—. ¡Aquilina, vieja bruja! ¿No la está viendo? ¿Considera chata esta nariz? ¿Eh, eh?

—¡Oh, magnífico, fabuloso! —exclamó Brass como movido por un resorte—. ¡Excelente! ¡Qué bien lo veo! ¡Qué hombre tan notable, tan ingenioso! ¡Qué habilidad tan asombrosa para coger a la gente por sorpresa!

Quilp no prestó atención a ninguno de estos cumplidos ni al sesgo dubitativo y asustado que adoptó la mirada del abogado, ni a los chillidos de su esposa y de su suegra, ni, cuando lo vieron, a la estampida de la última y al desvanecimiento de la primera. Sin dejar de mirar fijamente a Sampson Brass, se acercó a la mesa, bebió el vaso de este, después bebió los otros dos y finalmente cogió la botella y se la guardó bajo el brazo con una sonrisita indescriptible.

—Todavía no, Sampson —proclamó Quilp—. Todavía no.

—¡Realmente maravilloso! —gritó Brass, recuperando un poco el ánimo—. ¡Ja, ja, ja! ¡Realmente estupendo! Ningún otro hombre vivo habría podido salir airoso de semejante situación. Una situación realmente difícil. Pero ¡este hombre tiene tanto ingenio y tanto humor!

—Buenas noches —dijo el enano, asintiendo expresivamente.

—Buenas noches, señor, buenas noches —respondió el abogado mientras se dirigía hacia la puerta—. Es una situación gozosa, sumamente gozosa. ¡Ja, ja, ja! ¡Oh, qué gracia, qué gracia, verdaderamente!

Mientras las exclamaciones del señor Brass se iban apagando en la distancia (pues este siguió profiriéndolas escaleras abajo), Quilp avanzó hacia los dos hombres, que se habían quedado paralizados, presas de una especie de asombro estúpido.

—Han estado dragando el río todo el día, ¿no es eso, caballeros? —preguntó el enano, manteniendo la puerta abierta con suma cortesía.

—Y ayer también, jefe.

—Pobrecitos, han tenido mucho trabajo. Por favor, consideren suyo todo lo que encuentren en... el cadáver. ¡Buenas noches!

Los hombres intercambiaron una mirada, evidentemente sin ningún interés por seguir hablando del asunto, y salieron de la habitación arrastrando los pies. Una vez despejada la estancia, Quilp cerró las puertas sin soltar la botella y, encogiéndose de hombros y cruzando los brazos, se quedó mirando a su esposa desvanecida cual demonio salido de una pesadilla.

CAPÍTULO CINCUENTA

Las disputas matrimoniales suelen tener la forma de un diálogo cuya mitad corresponde al menos a la mujer. Las del señor y la señora Quilp, en cambio, eran una excepción a esta regla, pues tenían invariablemente la forma de un

largo soliloquio del caballero, tal vez con alguna que otra expresión de disculpa de la dama, que no iba más allá de un trémulo monosílabo proferido en tono sumiso y humilde. En la presente ocasión, la señora Quilp pasó mucho tiempo sin aventurarse siquiera a esta escasa participación; en efecto, cuando se hubo recuperado de su desvanecimiento, permaneció sentada en silencio, escuchando mansamente los reproches de su amo y señor.

El señor Quilp los fue profiriendo con una especial animación y rapidez, retorciendo tanto los miembros y la cara que incluso su esposa, acostumbrada a la habilidad especial que tenía su marido para tales proezas, se sintió realmente asustada y alarmada. Pero el ron de Jamaica y la alegría de haber defraudado las expectativas de tanta gente fueron enfriando por grados la ira del señor Quilp, la cual pasó de un hervor salvaje al estadio de la chanza o la risita entre dientes, en el que permaneció a partir de entonces.

—Así que creías que había muerto y estaba desaparecido, ¿eh? —exclamó Quilp—. Creías que ya eras viuda, ¿eh? ¡Ja, ja, ja! ¡Qué risa me das, mujerzuela!

—Es verdad, Quilp —respondió su mujer—. Siento mucho...

—¡Quién lo duda! —exclamó el enano—. ¡Lo sientes mucho! Seguro que lo sientes, seguro. ¿Quién duda de que lo sientes mucho, muchísimo?

—No quiero decir que sienta que hayas vuelto a casa sano y salvo —aclaró su esposa—, sino que creas eso. Me alegro de verte, Quilp. De verdad que me alegro.

Ciertamente, la señora Quilp parecía mucho más contenta de contemplar a su señor de lo que se podría esperar, y mostraba un interés por su seguridad que, consideradas todas las circunstancias, resultaba un tanto inexplicable. No obstante, esto no le produjo a Quilp ninguna impresión; antes bien, se puso a chasquear los dedos cerca de los ojos de su mujer, entre muecas de triunfo y de burla.

—¡Cómo pudiste ausentarte de casa tanto tiempo sin decirme una sola palabra ni dejar ningún recado! —exclamó la pobre mujercita, sollozando—. ¡Cómo pudiste ser tan cruel, Quilp!

—¡Cómo pude ser tan cruel! ¿Por qué? —gritó el enano—. Porque tenía ganas de serlo. Ahora mismo, tengo ganas de serlo. Y seré cruel siempre que tenga ganas. Por cierto, me marcho otra vez.

—¡Otra vez, no!

—Sí, otra vez, sí. Me marcho ahora mismo. Salgo pitando. Me voy a donde me apetece. Me voy al muelle, a la contaduría, para vivir como un alegre soltero. Tú estabas deseando ser viuda. ¡Maldita seas! —gritó el enano

—. Pues bien, yo voy a ser un soltero de verdad.

—No puedes hablar en serio, Quilp —sollozó su mujer.

—Te repito —insistió el enano, exultante con su proyecto— que paso a ser soltero desde ahora mismo, un soltero alegre y confiado, y que voy a tener mi residencia de soltero en la contaduría; y acércate allí si te atreves. Y cuida de que no te sorprenda cuando menos te lo esperes, pues pienso espiarte, y entrar y salir como un topo o una comadreja. ¡Tom Scott! ¿Dónde está Tom Scott?

—¡Aquí estoy, amo! —se oyó la voz del chico al abrir Quilp bruscamente la ventana.

—¡Espera ahí, cacho perro! —gritó el enano—. Vas a llevar la maleta de un soltero. Haz la maleta, señora Quilp. Despierta a la vieja señora para que te ayude. Despiértala. ¡Eh, eh!

Profiriendo tales exclamaciones, el señor Quilp empuñó el atizador, se acercó a la puerta del pequeño dormitorio de la buena señora y golpeó con él hasta despertarla. De esta se apoderó súbitamente un inexpresable terror, pues pensaba que su cordial yerno intentaba asesinarla para vengarse de las piernas por ella difamadas. Poseída por tal pensamiento, en cuanto se despertó se puso a gritar salvajemente, y se habría precipitado por la ventana, y a través de un tragaluz, si su hija no se hubiera apresurado a sacarla de su error y a pedirle asistencia. Algo tranquilizada al enterarse del servicio que se le pedía, la señora Jiniwin apareció envuelta en una bata de franela; y tanto la madre como la hija, temblando de terror y de frío, pues la noche estaba ya muy avanzada, ejecutaron en sumiso silencio todas las directrices del señor Quilp. Prolongando todo lo posible tales preparativos para mayor fastidio de estas, el excéntrico caballero supervisó el traslado de su ropa a la maleta; tras meter con sus propias manos plato, cuchillo, tenedor, cuchara, taza de té, platillo y otros pequeños utensilios de parecida índole, ató con una correa la maleta, se la echó al hombro y se marchó sin decir palabra, con la botella de ron (que no había soltado en ningún momento) bien apretada bajo el brazo. Una vez en la calle, dejó la maleta al cuidado de Tom Scott, tomó un trago de la botella como premio a la diligencia y le propinó al chico con ella un golpe en la cabeza (sin duda para que también probara un poco su sabor). Tras lo cual, puso rumbo al muelle, adonde llegó entre las tres y las cuatro de la madrugada.

—¡El refugio ideal! —gritó Quilp cuando entró a tientas en la contaduría de madera y abrió la puerta con una llave—. ¡El refugio ideal! Llámame a las ocho, cacho perro.

Sin más despedida formal ni explicación, agarró el baúl, cerró la puerta para no dejar entrar a su ayudante y, encaramándose a la mesa, donde se enrolló como un erizo en un chaquetón de marinero, cayó profundamente

dormido.

Despertado por la mañana a la hora indicada, y cansado por las cuitas del día anterior, Quilp mandó a Tom Scott que preparara un fuego en el patio con pequeños trozos de madera vieja y algo de café para el desayuno; le dio asimismo unas monedas para que comprara bollos, mantequilla, azúcar, arenques ahumados y otros sucedáneos, y así, unos minutos después, había sobre la mesa una sabrosa comida humeante, con la que el enano se regaló hasta quedar saciado; sumamente satisfecho de una vida tan libre y bohemia (en la que había pensado a menudo, pues le permitía, siempre que quisiera, liberarse de los condicionamientos del matrimonio y mantener a la señora Quilp y a su madre en un estado de incesante agitación y suspense), se dispuso a acondicionar un poco su refugio para hacerlo más cómodo y confortable.

Con esta intención, se dirigió a un lugar próximo donde vendían artículos marítimos y compró un coy de segunda mano, que colgó a la manera marinera del techo de la contaduría. También mandó instalar, para protegerse de la humedad, la estufa de un barco viejo, provista de un tubo de ventilación oxidado para expulsar el humo a través del tejado. Concluidos los preparativos, permaneció un rato contemplándolos con inefable delicia.

«Tengo una casa a lo Robinson Crusoe —se dijo el enano—; una especie de islote solitario, apartado, desierto, donde estar completamente solo cuando tenga negocios importantes de que ocuparme, al socaire de espías y demás curiosos. No habrá nadie cerca de mí aquí, salvo las ratas, que son unas compañeras muy discretas; estaré entre ellas como pez en el agua. Buscaré una que se parezca a Christopher y la envenenaré. ¡Ja, ja, ja! Los negocios... Ah, no debo olvidarme de los negocios en medio de este placer. El tiempo ha pasado volando esta mañana...».

El enano mandó a Tom Scott que esperara su regreso y no se pusiera ni anduviera con la cabeza abajo y los pies arriba, ni diera volteretas, so pena de un castigo terrible; a continuación, se embarcó para pasar a la otra orilla del río y, prosiguiendo después a pie, alcanzó la casa de Bevis Marks donde el señor Swiveller solía matar el tiempo, en cuyo lúgubre salón lo encontró comiendo solo.

—Dick —apostrofó el enano, asomando la cabeza por la puerta—, mi predilecto, mi buen alumno, la niña de mis ojos..., ¡hola, hola!

—¡Ah, es usted! —exclamó el señor Swiveller—. ¿Cómo le va?

—¿Y cómo le va a Dick? —repuso Quilp—. ¿Cómo le va a la crema de la escribanía, eh?

—La crema está un poco agriada, a decir verdad, caballero —respondió el señor Swiveller—. Empieza a oler a agriada.

—¿Qué ocurre? —exclamó el enano, avanzando unos pasos—. ¿Se ha portado mal Sally? «De entre las más lozanas del lugar, ninguna tanto como...» —canturreó—. ¿Eh, Dick?

—Ciertamente —repuso el señor Swiveller, continuando con su colación con el semblante grave—, no hay ninguna como ella. Sally B. es la esfinge misma de la vida doméstica.

—Lo veo algo alicaído —comentó Quilp acercando una silla—. ¿Qué ocurre?

—El Derecho no es para mí —respondió Dick—. Es demasiado árido y exige demasiada reclusión. Estoy pensando en irme de aquí.

—¡Bah! —exclamó el enano—. ¿Dónde podría estar mejor que aquí, Dick?

—No sé —respondió el señor Swiveller—. Por qué no a Highgate. Tal vez las campanas repiquen: «Vuelve Swiveller, el nuevo alcalde de Londres». Whittington tenía Dick por nombre. Sólo que no deberían ponérselo tanto a los gatos.

Quilp dirigió a su compañero una mirada entre cómica y asombrada, y esperó pacientemente una ulterior explicación; la cual no llegó, pues el señor Swiveller parecía no tener ninguna prisa en hablar, concentrado como estaba en su almuerzo. Finalmente, apartó el plato, se arrellanó en el sillón, se cruzó de brazos y miró melancólicamente el fuego, en el que unas colillas fumaban por cuenta propia despidiendo su buen olor.

—Tal vez le apetezca un poco de tarta —habló finalmente Dick volviéndose hacia el enano—. Debería ser de su gusto, pues es obra suya.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Quilp.

El señor Swiveller sacó del bolsillo un pequeño y grasiento paquete, que abrió despacio; contenía un trozo de tarta de ciruela, de aspecto un tanto indigesto, cubierto de una capa de azúcar blanco de cuatro centímetros de espesor.

—¿Qué diría usted que es esto? —preguntó el señor Swiveller.

—Yo diría que es una tarta de boda —contestó el enano, sonriendo.

—¿Y de quién diría que es? —insistió el señor Swiveller, frotándose la nariz, afectando una calma olímpica—. ¿De quién?

—No será de...

—Sí —corroboró Dick—. De la misma. No tiene necesidad de mencionar el nombre. Aunque ya no se llama así. Ahora se llama Cheggs, Sophy Cheggs.

Ay de mí, que amé como nunca amó hombre sin pata de palo, y que ahora tengo el corazón destrozado por culpa de Sophy... Cheggs.

Con esta improvisada adaptación de una balada popular a las tristes circunstancias de su caso, el señor Swiveller volvió a cerrar el paquete, lo acható con las manos, se lo metió en el pecho, se abotonó la chaqueta y se cruzó de brazos.

—Espero que esté satisfecho, caballero —espetó Dick—, y espero que Fred esté también satisfecho. Ustedes dos se han asociado para jugarme una mala pasada, y espero que ya estén contentos. Este es el triunfo que yo iba a disfrutar tanto, ¿no? Es como la danza popular en la que hay dos caballeros para una dama, y uno se la lleva y el otro va cojeando detrás para completar la figura. Pero esto es el Destino, y el mío es demoledor.

Ocultando su secreta alegría por el chasco sufrido por el señor Swiveller, Daniel Quilp intentó consolarlo tocando la campanilla y pidiendo una botella de vino rosado (es decir, el habitual), que sirvió con suma prontitud, invitando al señor Swiveller a brindar con él con frases denigratorias de la Cheggs y laudatorias del hombre soltero. Tal fue el efecto en el señor Swiveller, unido a la reflexión que ningún hombre podía oponerse a su destino, que en muy breve plazo su estado de ánimo mejoró sorprendentemente; así, ofreció al enano un alegre relato sobre la recepción de la tarta, la cual, al parecer, había sido llevada hasta Bevis Marks por las otras dos señoritas Wackles y entregada en la puerta del bufete entre regocijantes risitas.

—¡Ja! —se rio Quilp—. Bueno, pronto nos tocará reírnos a nosotros. Lo cual me recuerda... A propósito, me estaba hablando del joven Trent, ¿no? ¿Dónde está?

El señor Swiveller explicó que su respetable amigo había aceptado recientemente un cargo de gran responsabilidad en una casa de juego ambulante y que en aquel momento se hallaba realizando una gira profesional con los espíritus aventureros de Gran Bretaña.

—¡Qué mala pata! —exclamó el enano—, pues en realidad yo venía a preguntarle por él. Dick, se me está ocurriendo una cosa: su amigo de arriba...

—¿Qué amigo?

—El del primer piso.

—¿Sí?

—Su amigo del primer piso... puede que él lo conozca, Dick.

—No, no lo conoce —negó el señor Swiveller sacudiendo la cabeza.

—No..., porque nunca lo ha visto —precisó Quilp—. Pero si los

juntáramos... Quién sabe, Dick, si Fred, debidamente presentado, no serviría casi igual a los propósitos del caballero que la pequeña Nell o su abuelo... Quién sabe si eso no redundaría en la fortuna del joven y, de rebote, en la suya propia... ¿Qué me dice?

—Bueno, es que... ahora que recuerdo, en realidad —contestó el señor Swiveller— ya se han conocido.

—¡No me diga! —exclamó el enano mirando sospechosamente a su compañero—. ¿A través de quién?

—A través de mí —reconoció Dick, ligeramente confundido—. Por cierto, ¿no se lo mencioné la última vez que nos vimos por la calle?

—Sabe que no me lo mencionó —replicó el enano.

—Sí, lleva razón —asintió Dick—. No se le mencioné, ahora que me acuerdo. Pues sí, los presenté aquel mismo día. Por sugerencia de Fred. —¿Y qué pasó?

—Bueno, en vez de que mi amigo rompiera a llorar al enterarse de quién era Fred, lo abrazara cariñosamente y le dijera que era su abuelo o su abuela disfrazada, como nos esperábamos lógicamente..., se lo llevaron los demonios: le lanzó toda clase de improperios, diciendo que él era el culpable en gran medida de que la pequeña Nell y el anciano vivieran ahora en la pobreza; ni lo invitó a beber nada. En resumen, que prácticamente nos echó de la habitación.

—¡Qué extraño! —opinó el enano, caviloso.

—Eso mismo nos dijimos nosotros entonces —repuso Dick fríamente—, pero así fue.

Quilp, cogido por sorpresa por aquella información, permaneció cavilando cierto tiempo. In silencio, levantando a veces los ojos hacia el señor Swiveller para escudriñar su expresión. Pero, como no consiguió leer en ella ninguna información adicional ni nada que lo indujera a pensar que le había mentado, y como el señor Swiveller, sumido en sus propios pensamientos, suspiraba de vez en cuando como consecuencia de su desengaño sentimental, el enano decidió interrumpir la entrevista y se marchó sin decir más, dejando solo con su melancolía al desconsolado escribano.

«Así que ya se han visto... ¡Vaya, vaya! —se decía el enano mientras callejeaba—. Mi amigo se me ha adelantado. No ha sacado ninguna tajada, y por tanto no tiene mayor importancia, salvo en la intención... Me alegro de que se haya quedado sin su novia. ¡Ja, ja! Hay que impedir que este tarugo deje el mundo de la abogacía por el momento. Lo tengo seguro aquí, donde está siempre a mano para mis fines; además, es un buen espía de Brass,

aunque no lo sepa, y en sus momentos de exaltación ética me puede contar todo lo que vea y oiga. Me resultas útil, Dick, y no me cuestas más que un pequeño regalito de vez en cuando. Y estoy seguro, Dick, de que, antes de que pase mucho tiempo, conseguiré ganarme el favor del forastero cuando le revele tus planes para con la niña. Pero por el momento seguiremos siendo los mejores amigos del mundo, con tu debido permiso».

Entregado a estos pensamientos y jadeando mientras caminaba con su peculiar modo, el señor Quilp cruzó otra vez el Támesis y se encerró en su refugio solteril. La estufa recién instalada, que volcaba el humo dentro de la estancia en vez de sacarlo por el techo, hacía que la estancia resultara menos agradable de lo que podría haber deseado una persona más delicada. Pero esta incomodidad, en vez de disgustar al enano, parecía ponerlo de mejor humor. Así, terminada la comida que había encargado, encendió una pipa y la fumó junto a la estufa. A causa de la humareda, no se veía de él más que dos ojos enrojecidos, encendidos, y un vago contorno de su cabeza y cara; de vez en cuando, tras un violento acceso de tos, apartaba ligeramente el humo para dispersar las espesas espirales que las oscurecían. En medio de aquella atmósfera, que habría sofocado infaliblemente a cualquier otro hombre, el señor Quilp pasó la tarde muy contento, solazándose todo el tiempo con su pipa y su botella de ron, y entregándose ocasionalmente a un ululato melodioso, que pretendía ser una canción, pero que no tenía el más remoto parecido con ningún fragmento musical, vocal o instrumental, jamás inventado por el hombre. Hacia la medianoche, volvió a encaramarse a su coy sumamente satisfecho.

El primer sonido que llegó a sus oídos por la mañana, con los ojos aún entreabiertos —al encontrarse tan inusualmente cerca del techo, abrigó la vaga idea de que se había transformado en una mosca o moscarda, en el transcurso de la noche—, fue un sollozo ahogado, plañidero, en medio de la estancia. Asomando precavidamente la cabeza por un borde del coy, divisó a la señora Quilp, a quien, tras contemplarla cierto tiempo en silencio, soltó de repente un terrible alarido:

—¡Uuuuu!

—¡Ay, Quilp! —gritó su pobre mujercita mirando hacia arriba—. ¡Qué susto me has dado!

—Eso pretendía, mujerzuela —repuso el enano—. ¿Qué haces tú aquí? Yo estoy muerto, ¿no?

—Por favor, vuelve a casa, vuelve a casa —suplicó la señora Quilp sollozando—. Nunca volveremos a hacerlo, Quilp. Después de todo, fue sólo un desliz producido por nuestra gran angustia.

—Por vuestra gran angustia... —hizo eco el enano con una mueca—. Sí, por la gran angustia que sentís por mi muerte iré a casa cuando me plazca, te lo aseguro. Iré a casa cuando me plazca, y me marcharé cuando me plazca. Seré un fuego fatuo, ahora aquí y después allí, bailando a vuestro alrededor sin parar, apareciendo por sorpresa cuando menos me esperéis y manteniéndoos en un constante estado de inquietud e irritación. ¿Quieres irte?

La señora Quilp sólo se atrevió a esbozar un gesto de súplica.

—¡Te he dicho que no! —gritó el enano—. No. Si te atreves a volver aquí, a no ser que te haya mandado recado, pondré unos perros en la puerta que te ladren y muerdan. Instalaré también unos cepos hábilmente trucados para atrapar mujeres. Colocaré trampas de alambre para escopeta que explotarán cuando pises el alambre y te harán pedazos. ¿Quieres irte?

—Perdóname. Vuelve a casa —repitió su mujer, sintiendo de verdad lo que decía.

—¡Que noooo! —aulló Quilp—. No hasta que me dé a mí la gana. Y volveré todas las veces que me plazca, y no responderé ante nadie de mis idas y venidas. Mira, ahí tienes la puerta. ¿Quieres irte de una vez?

El tono enérgico y el gesto violento con que el señor Quilp profirió esta última orden mostraba tan a las claras su intención de saltar del coy y, sin quitarse el gorro de dormir, llevar a rastras a su mujer hasta la casa por toda la vía pública, que esta se apresuró a marcharse de inmediato. Su meritorio señor tendió el cuello y los ojos hasta que ella hubo cruzado el patio; a continuación, como celebrando aquella oportunidad de hacer valer su voluntad y mantener la inviolabilidad de su fortaleza, soltó una risotada descomunal y se echó a dormir otra vez.

CAPITULO CINCUENTA Y UNO

El amable y sincero propietario del refugio de soltero durmió hasta bien entrado el día acompañado de cosas parecidas a él como la lluvia, el barro, el polvo, la humedad, la niebla y las ratas; llamó a su criado Tom Scott para que lo ayudara a levantarse y a preparar el desayuno, abandonó su lecho y procedió a su aseo personal, terminado el cual, y la colación, volvió a dirigir sus pasos hacia Bevis Marks.

Pero esta vez su visita no iba destinada al señor Swiveller, sino al amigo y patrón de este, el señor Sampson Brass; no obstante, ambos caballeros se hallaban ausentes y, en cuanto a la vivificante luz del Derecho, la señorita Sally, tampoco estaba en su puesto. Esta ausencia conjunta se daba a conocer a

los potenciales visitantes mediante un trozo de papel escrito a mano por el señor Swiveller, que estaba pegado junto al timbre y que, sin ofrecer al lector clave alguna del momento concreto en que había sido colocado, le suministraba la vaga e insatisfactoria información de que el citado caballero volvería «dentro de una hora».

«Seguro que hay alguna criada —se dijo el enano mientras llamaba a la puerta— que me podrá informar».

Tras un largo intervalo, la puerta se abrió e inmediatamente después se oyó una vocecita:

—Haga el favor de dejar tarjeta o mensaje.

—¿Eh? —exclamó el enano, bajando los ojos (algo completamente nuevo para él) hacia la pequeña criada.

A lo cual, la niña, intentando repetir lo que ya había dicho con ocasión de su primer encuentro con el señor Swiveller, respondió de nuevo:

—Haga el favor de dejar tarjeta o mensaje.

—Sí, dejaré una nota —resolvió el enano, entrando en el bufete delante de ella—, y procura que tu amo la lea en cuanto llegue a casa —dicho lo cual, el señor Quilp subió a un taburete alto para escribir la nota mientras la pequeña criada, debidamente instruida para tales emergencias, lo observaba con los ojos bien abiertos, lista para salir a la calle y dar la alarma a la policía si al visitante se le ocurría sustraer una sola galleta.

Mientras el señor Quilp plegaba la nota (rápidamente escrita, pues era muy breve), sus ojos se cruzaron con los de la pequeña criada, y se quedó mirándola un buen rato.

—¿Cómo estás? —le preguntó el enano, masticando una galleta con unas horribles muecas.

La pequeña criada, sin duda asustada, por su mirada, no dio ninguna respuesta audible; pero por el movimiento de sus labios parecía seguir repitiendo lo de «dejar tarjeta o mensaje».

—¿Te tratan mal aquí? ¿Es tu ama una tirana? —preguntó Quilp con una risita.

En contestación a esta última pregunta, la pequeña criada, con una mirada a la vez de desconfianza y de miedo, frunció su boca redondeada y asintió con fuerza. Ya fuera que en su gesto había alguna expresión de astucia que le gustó particularmente al, señor Quilp, ya fuera simplemente que este tuviera el capricho de ponerla nerviosa, lo cierto es que plantó los codos sobre la mesa del despacho y, pellizcándose los carrillos sin parar, se quedó mirándola

fijamente.

—¿De dónde eres? —le preguntó tras una larga pausa, acariciándose la barbilla.

—No lo sé.

—¿Cómo te llamas?

—No me llamo nada.

—No digas tonterías —replicó Quilp—. ¿Cómo te llama tu ama cuando te necesita para algo?

—Pequeño diablo —respondió la niña. Y añadió al mismo tiempo, como temiendo otra pregunta más—. Pero haga el favor de dejar tarjeta o mensaje.

Aquellas respuestas tan raras podrían naturalmente haber desencadenado otras cuantas preguntas. Pero Quilp no volvió a abrir la boca; apartó los ojos de la pequeña criada, se acarició pensativamente la barbilla y, doblando la nota como para escribir la dirección con la más escrupulosa exactitud, la miró, de manera tal vez algo encubierta pero persistente, por debajo de sus pobladas cejas. El resultado de aquel examen secreto fue el siguiente: se tapó la cara con las manos y esbozó una risita pícara y silenciosa, lo que hizo que una vena se le hinchara hasta el punto de que casi parecía que fuese a estallar; y, calándose el sombrero hasta las cejas para ocultar su alegría, y los efectos de esta, lanzó la carta sobre la mesa y se marchó.

Una vez en la calle, movido por cierto resorte secreto, empezó a reír como un loco mientras trataba de mirar a través de la sucia verja de hierro el interior del bufete para ver si la niña seguía allí..., hasta que al final se cansó. Rumbo al páramo, que estaba a un tiro de rifle de su refugio solteril, pidió té para tres personas para tomarlo aquella tarde en la caseta de verano, pues el objeto tanto de su viaje como de su nota había sido invitar a la señorita Brass y a su hermano a compartir con él la merienda en dicho lugar.

No era precisamente la estación del año más propicia para tomar té en una caseta de verano, y menos en aquella, que se hallaba en un avanzado estado de ruina, junto a la cenagosa orilla de un gran río con marea baja. Sin embargo, fue en aquel elegante lugar donde el señor Quilp pidió que prepararan una colación fría, y fue debajo de su tejado carcomido y cuarteado donde, unas horas después, recibió al señor Sampson y a su hermana Sally.

—Ustedes son aficionados a las bellezas de la naturaleza —declaró Quilp con una sonrisita—. Es un lugar encantador, ¿verdad, Brass? Un lugar inhabitual, sin artificios, primitivo, ¿verdad?

—Es delicioso, de veras, caballero —contestó el abogado.

—¿Un poquito frío? —preguntó Quilp.

—No particularmente, diría yo —respondió Brass, tiritando de frío.

—Tal vez un poco húmedo, palúdico incluso...

—Sólo lo suficientemente húmedo para que resulte alegre, señor Quilp —respondió Brass—. Ni más ni menos, señor Quilp.

—¿Y a Sally? —preguntó el enano con una expresión de delicia—. ¿Le gusta a ella?

—A ella le gustará más —respondió la dama de ideas firmes— cuando empiece a tomar el té; así que vamos a tomarlo ya, y deje de incordiar.

—¡Ah, la dulce Sally! —exclamó Quilp, alargando los brazos como para abrazarla—. ¡La gentil, encantadora y arrolladora Sally!

—Qué hombre tan notable... —mascullaba el señor Brass a manera de soliloquio—. Un auténtico troubadour, eso es, un auténtico troubadour.

Aquellos cumplidos fueron proferidos en un tono un tanto ausente y distraído, pues el desafortunado abogado, además de tener un fuerte resfriado, se había empapado de agua en el camino, y habría aceptado algún sacrificio pecuniario de haber podido desplazar aquel destemplado aposento a una habitación caldeada y ponerse delante de un fuego. Sin embargo, Quilp, quien, más allá de la gratificación de sus antojos demoníacos, debía a Sampson cierto premio por el papel que había desempeñado en la famosa escena fúnebre, de la que él había sido testigo oculto, observaba estos síntomas de incomodidad con una dicha indescriptible, extrayendo de ellos una alegría secreta que ni el más suntuoso banquete podría haberle proporcionado.

Es asimismo digno de notarse, ilustrador de un pequeño rasgo de carácter de la señorita Sally Brass, que, aunque por sí misma habría sobrellevado las incomodidades de aquel páramo de muy mala gana y probablemente se habría marchado antes de que fuera servido el té, en cuanto contempló la latente incomodidad y desazón de su hermano se llenó de una siniestra satisfacción y de una alegría especial. Aunque el agua se filtraba por el tejado y caía sobre sus cabezas, la señorita Brass no formuló ninguna queja, sino que presidió el servicio del té con imperturbable compostura. Mientras el señor Quilp, en su ajetreada hospitalidad, se sentaba sobre un barril de cerveza vacío y ensalzaba aquel lugar como el más hermoso y confortable de todo el Reino Unido y brindaba por la siguiente reunión en aquel mismo sitio; mientras el señor Brass, con la lluvia cayéndole en la misma taza de té, hacía desesperados intentos por mantener el buen humor y parecer satisfecho; mientras Tom Scott, que estaba de guarda en la puerta protegido por un viejo paraguas, exultaba en sus propios tormentos y parecía partirse de risa...; mientras pasaba todo esto,

la señorita Sally Brass, sin prestar la menor importancia al agua que goteaba sobre su femenina persona y su bello atavío, permaneció serenamente sentada a la mesa del té, rígida y gris, contemplando la infelicidad de su hermano con proverbial calma de espíritu y dispuesta, en su abnegado olvido de sí misma, a permanecer así toda la noche, presenciando con regocijo los tormentos que la avariciosa y servil naturaleza de su hermano la obligaba a soportar y no le permitía reprobar. Y esto, debe observarse para que el relato no resulte incompleto, pese a que, desde el punto de vista de los negocios, ella mantenía una perfecta sintonía con el señor Sampson y se habría indignado sobremanera si este hubiera defraudado a su cliente en cualquier sentido.

En el culmen de su estrepitoso júbilo, el señor Quilp, tras despedir momentáneamente bajo algún pretexto a su criado-duende, recobró enseguida su actitud, se bajó de su tonel y, poniendo la mano sobre la manga del abogado, declaró:

—Una palabra antes de seguir adelante. Sally, preste atención un minuto usted también.

La señorita Sally se acercó maquinalmente, acostumbrada como estaba a conferencias de negocios con su anfitrión, tanto más importantes cuanto menos lo parecían.

—Un asunto —precisó el enano, pasando la mirada de hermano a hermana—. Un asunto muy privado. Reflexionen bien sobre él cuando estén solos.

—Ciertamente, señor Quilp —respondió Brass sacando un cuaderno y un lápiz—. Tomaré nota, si le place, señor Quilp. Documentos notables —agregó el abogado, levantando los ojos al techo—. Documentos realmente notables. Expone sus argumentos con tanta claridad que es un placer anotarlos. No conozco a ningún parlamentario que lo iguale en claridad.

—Le voy a privar de ese placer —objetó Quilp—. Guarde ese cuaderno. No queremos ningún documento. Bien. Hay un chico llamado Kit...

La señorita Sally asintió con la cabeza, dando a entender que lo conocía.

—¡Kit! —exclamó el señor Sampson—. ¡Kit! Ja, he oído su nombre antes, pero no recuerdo bien cuándo. No recuerdo exactamente...

—Usted es más lento que una tortuga y más espeso de mollera que un rinoceronte —repuso su cortés cliente con gesto de impaciencia.

—¡Qué hombre tan agradable! —exclamó el obsequioso Sampson—. Sus conocimientos de historia natural son sorprendentes. Es todo un bufón.

No cabe duda de que el señor Brass quería hacerle un cumplido, pero le faltó pronunciar bien el nombre del famoso naturalista francés Buffon. Sea como fuere, Quilp no le dejó tiempo para corregirse, ya que él mismo realizó

esta tarea propinándole un golpe en la cabeza con el mango de su paraguas.

—Por favor, nada de peleas —profirió la señorita Sally, sujetándole la mano—. Le he dicho que lo conozco, y eso basta.

—¡Siempre destacando! —exclamó el enano, acariciándole la espalda y mirando despectivamente a Sampson—. No me gusta Kit, Sally.

—Ni a mí tampoco —repuso la señorita Brass.

—Ni a mí tampoco —recitó Sampson.

—Entonces, ¡muy bien! —exclamó Quilp. La mitad de nuestro trabajo ya está hecha. Este Kit es uno de esos tipos honrados o buenas personas; un perro fisgón, un hipócrita, un espía con doble cara, un cobarde, un chucho que lame a quienes lo alimentan y halagan, pero ladra a todos los demás.

—Terriblemente elocuente —exclamó Brass con un estornudo—. Completamente asombroso.

—Vamos al grano —exigió la señorita Sally, y menos retórica.

—¡Hela otra vez! —exclamó Quilp con otra mirada despectiva a Sampson—. ¡Ella siempre destacando! Digo, Sally, que es un perro insolente con todo el mundo, y sobre todo, conmigo. En una palabra, que no lo trago.

—Eso es suficiente, señor Quilp —zanjó Sampson.

—No, eso no basta, señor Brass —contradijo Quilp, mirándolo desdeñosamente—. Haga el favor de dejarme hablar. Además de que no lo trago por ese concepto, me está amargando la vida, se está interponiendo en un objetivo que podría resultar sumamente jugoso para nosotros tres. Aparte de eso, repito que no lo trago, lo odio. Como ya conocen al chico, pueden adivinar el resto. Piensen en la mejor manera de quitármelo de en medio, y ejecútenla. ¿Puedo contar...?

—Puede contar, señor Quilp —convino Sampson.

—Entonces, deme la mano —repuso Quilp—. Y usted, señorita Sally, también la suya. Señorita, cuento tanto, o más, con usted que con él. Tom Scott ya vuelve. ¡Eh, trae una lámpara, unas pipas, más grog... y bebamos en tan alegre velada!

No se dijo ni una palabra más ni se intercambió una mirada más que hicieran la menor referencia al asunto, al verdadero motivo de la reunión. Como los tres estaban acostumbrados a actuar juntos, unidos por lazos de interés y beneficios mutuos, no se necesitó nada más. Quilp volvió a ser con gran facilidad el bullicioso salvaje que había sido unos segundos antes. Eran las diez de la noche cuando la excelente Sally tuvo que ayudar a salir del páramo a su dilecto hermano, quien necesitó el máximo apoyo que la delicada

constitución de la hermana podía prestarle, pues, por alguna razón, sus pasos eran indecisos y sus piernas se doblaban constantemente.

Vencido, a pesar de los varios sueñecitos que había echado, por las fatigas de los últimos días, el enano se dirigió rápidamente a su primorosa mansión, y pronto empezó a soñar en su coy. Nosotros lo abandonaremos ahora en medio de sus sueños, en los que tal vez harán su aparición las silenciosas figuras que dejamos unos capítulos atrás en el viejo pórtico de la iglesia, para unirnos a ellas mientras están sentadas contemplando el apacible lugar.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Transcurrido un buen período de tiempo, el maestro de escuela asomó por el portillo del camposanto y se apresuró a reunirse con ellos; mientras se acercaba, hizo sonar un llavero oxidado que llevaba en la mano. Jadeando de satisfacción al llegar al pórtico, al principio sólo pudo señalar hacia el viejo edificio que la niña había estado contemplando con tanta atención.

—¿Ves esas dos casas viejas? —preguntó, recuperando al fin el resuello.

—Sí, claro —respondió Nell—. Las he estado mirando casi todo el tiempo que usted ha estado ausente.

—Y las habrías mirado con más curiosidad aún si hubieras adivinado lo que tengo que comunicar —agregó su amigo—. Una de ellas es mía. Sin decir nada más, ni dejar a la niña tiempo para responder, el maestro la cogió de la mano y, con el rostro exultante, la condujo a la casa a la que acababa de referirse.

Se detuvieron delante de la arqueada puerta vieja. Tras probar en vano varias llaves, el maestro dio por fin con la que encajaba en la inmensa cerradura; la giró en medio de un fuerte crujido y entraron en la casa.

Los acogió una estancia abovedada, en otro tiempo bellamente diseñada por diestros arquitectos y que aún conservaba, en su techo ornado con bellas nervaduras y rica tracería de piedra, exquisitas muestras de su antiguo esplendor. El follaje esculpido en piedra, que emulaba la maestría de la propia naturaleza, parecía querer contar cuántas veces las hojas de los árboles habían brotado y caído mientras él pervivía sin sufrir mutación alguna. Las figuras que soportaban la carga de la chimenea, aunque mutiladas, aún dejaban ver lo que habían sido antes de quedar recubiertas por el polvo del camposanto; se erguían melancólicas junto al hogar vacío, como seres que habían sobrevivido a su especie para lamentarse perpetuamente de su inexorable decadencia.

En alguna época antigua —pues hasta el cambio era antiguo en aquel vetusto lugar—, se había levantado un tabique de madera en un lado de la estancia para habilitar un pequeño dormitorio, al que, en la misma época, habían iluminado a través de una ventana tosca, o más bien de un nicho tallado en el espeso muro. Esta medianera, más dos sillones colocados junto a la amplia chimenea, había formado parte de la iglesia o convento en alguna fecha olvidada, pues el roble, rápidamente adecuado a su objetivo actual, se había alterado muy poco respecto a su forma anterior y presentaba a la vista una serie de fragmentos ricamente tallados provenientes de antiguas sillas de coros conventuales.

Una puerta abierta que comunicaba con una pequeña habitación o celda, mantenida en la penumbra a causa de la abundante hiedra, completaba el interior de esta zona de la ruina. La casa no estaba desprovista de muebles. Unas sillas extrañas cuyos brazos y patas parecían haber menguado con el paso del tiempo; una mesa o más bien un espectro de mesa; un viejo arcón que en otro tiempo había contenido registros de la iglesia, junto con otros enseres domésticos de estilo antiguo, más una provisión de leña para el invierno, se hallaban desparramados por la estancia, que daba evidentes muestras de haber sido utilizada como salón en una época no muy remota.

La niña miró a su alrededor con ese solemne sentimiento con que se contempla la obra de siglos convertidos en gotas de agua en medio del gran océano de la eternidad. El anciano venía detrás. Los tres permanecieron durante un buen rato con la respiración contenida, como temiendo romper el silencio con el más tenue sonido.

—¡Es un lugar muy hermoso! —expresó la niña en voz baja.

—Casi me temía que pensaras de otra manera —repuso el maestro—. Te has estremecido al entrar, como si notaras el lugar frío o sombrío.

—No era eso —se explicó Nell, mirando a su alrededor con un ligero escalofrío—. La verdad es que no puedo decirle qué ha sido, pero cuando vi la casa por fuera, desde el pórtico de la iglesia, me embargó el mismo sentimiento. Debe de ser por tratarse de un lugar tan antiguo y tan gris.

—Un lugar tranquilo para vivir, ¿no te parece? —preguntó su amigo.

—Ah, sí —respondió la niña juntando las manos con seriedad—. Un lugar tranquilo y feliz, un lugar para vivir y para aprender a morir —habría dicho más cosas, pero la energía de sus pensamientos hizo que su voz se quebrara y deviniera en un trémulo e inaudible susurro.

—Un lugar para vivir, para aprender a vivir y donde recoger nuestro espíritu y nuestro cuerpo —prosiguió el maestro—, pues esta vieja casa es... vuestra.

—¡Nuestra! —exclamó la niña.

—Sí —corroboró el maestro con alegría—, y por muchos y felices años, espero. Yo seré vuestro vecino, en la puerta de al lado. Pero esta casa es vuestra.

Tranquilizado ya del ataque de sorpresa, el maestro se sentó y, llevando a Nell a su lado, le contó que aquella antigua mansión había estado ocupada durante mucho tiempo por una mujer de casi cien años de edad, que se encargaba de abrir y cerrar la iglesia para los servicios religiosos y de enseñarla a los forasteros; que esta había muerto hacía unas pocas semanas; que no habían encontrado aún a nadie para sustituirla; que él se había enterado de todo aquello en el transcurso de una conversación con el sepulturero, que se hallaba en la cama con reuma, al cual él se había animado a mencionarle a su compañera de viaje —a Nell—, mención que había sido tan favorablemente recibida por tan alta autoridad que también se había atrevido, por consejo de este, a proponer el asunto al pastor. En resumidas cuentas, que Nell y su abuelo iban a ser presentados al susodicho pastor al día siguiente, si bien, siendo su aprobación una cuestión de pura formalidad, ya podían considerarse nombrados para el puesto vacante.

—Existe una pequeña asignación de dinero —agregó el maestro—. No es mucho, pero sí suficiente para vivir en este lugar retirado. Juntándolo todo, podremos salir adelante con desahogo, descuida.

—¡Que el cielo lo bendiga y lo haga prosperar! —manifestó la niña con un sollozo.

—Amén, cariño —respondió su amigo encarecidamente—. Que me bendiga, como ya nos ha bendecido haciéndonos olvidar tantas tristezas y tribulaciones y ofreciéndonos esta vida apacible. Pero vayamos a ver mi casa. ¡Vamos!

Fueron a ver la otra casa. Probaron todas las llaves oxidadas; al final, encontraron la correcta y abrieron la puerta carcomida. Entraron en una vieja estancia abovedada, como la que acababan de abandonar, pero no tan espaciosa, que tenía sólo una pequeña habitación contigua. Era fácil adivinar que la otra casa le correspondía al maestro de escuela, pero que él había decidido quedarse con la menos cómoda por consideración hacia ellos. Al igual que la casa contigua, sólo contenía los muebles imprescindibles, con su correspondiente provisión de leña.

Ahora les tocaba afanarse un poco para hacer sus moradas lo más habitables y cómodas posibles, tarea que no les resultó nada desagradable. Al poco tiempo, cada cual tenía su alegre fuego ardiendo y chisporroteando en la chimenea, enrojeciendo las viejas y pálidas paredes con un alegre resplandor.

Nell sacó su aguja y remendó las cortinas rotas y la alfombra raída y descosida por el paso del tiempo, dejándolas de nuevo íntegras y presentables. El maestro barrió y allanó el suelo delante de la puerta, cortó la hierba, igualó la hiedra y las melancólicas plantas trepadoras, y dio a los muros un aire de casa habitada. El anciano, a veces a su lado y a veces junto a la niña, prestó su ayuda a los dos; iba despacio de aquí para allá y parecía contento mientras prestaba sus pequeños servicios. También los vecinos, al volver del trabajo, les echaron una mano o mandaron a sus hijos con pequeños presentes u objetos prestados que pudieran necesitar. Fue un día muy ajetreado; al atardecer, se preguntaron cómo les quedaba aún tanto por hacer y cómo se les había podido echar la noche encima.

Cenaron juntos en la que a partir de ahora llamaremos la casa de la niña; cuando hubieron terminado, se reunieron alrededor del fuego y, casi en susurros —sus corazones estaban demasiado tranquilos y contentos para expresarse de manera ruidosa—, hablaron de sus planes para el futuro. Antes de separarse, el maestro leyó unas oraciones, y luego, con el corazón henchido de gratitud y felicidad, se separaron para ir a acostarse.

En aquella hora silenciosa, en que su abuelo ya dormía pacíficamente en su cama y toda actividad estaba paralizada, la niña se entretuvo delante de las últimas brasas pensando en sus pasadas vicisitudes como si estas hubieran sido un mal sueño del que acabará de despertar. El resplandor de las brasas en los paneles de roble, cuyos resaltes grabados se reflejaban débilmente en el techo oscuro; las antañonas paredes, donde extrañas sombras iban y venían con cada culebreo del fuego; dentro, la presencia solemne del paso del tiempo que deteriora los objetos más inanimados y, fuera, la presencia solemne de la propia muerte la llenaron de sentimientos profundos y graves, pero sin producirle terror ni alarma. Tras tantos días de soledad y tristeza, se había producido paulatinamente una metamorfosis en su espíritu. Con las fuerzas decaídas, pero con la resolución reforzada, había surgido dentro de ella una mente purificada y nueva; se habían abierto paso en su pecho esos pensamientos y esperanzas que sólo pertenecen a los débiles y menesterosos. No había nadie allí para ver cómo su figura frágil, delicada, se apartaba del fuego para ir a apoyarse pensativamente en el alféizar de la ventana abierta; nadie más que las estrellas contemplaban su cara vuelta hacia arriba y leían su historia. El reloj de la vieja iglesia dio la hora con un sonido lúgubre por tanta proximidad con los muertos y tanto avisar a los vivos sin ser oído. Las hojas caídas susurraban mientras la hierba se estremecía entre las tumbas. Todo lo demás estaba en silencio, dormido.

De los que dormían sin sueños, unos yacían a la sombra de la iglesia, como buscando en sus muros consuelo y protección; otros habían preferido la sombra cambiante de los árboles; otros, junto al camino, buscaban la

compañía de los peregrinos; otros, junto a las tumbas de los niños pequeños; otros, bajo el terreno que habían pisado en sus paseos cotidianos; otros, donde el sol los iluminara con sus últimos rayos al ponerse; y otros, en fin, donde esos mismos rayos los saludaran al amanecer. Tal vez ni una sola alma, prisionera ahora en la tumba, había pensado en vida separarse del todo de su vieja compañera. Y, si alguna lo hubiera pensado, habría sentido ese amor que sienten los cautivos por la celda en que han estado encerrados tanto tiempo y a la que miran con afectuosa nostalgia en el momento de dejarla.

Fue mucho antes de que la niña cerrara la ventana y se acercara a su cama; de nuevo, una sensación parecida, un estremecimiento involuntario, un momentáneo sentimiento afín al miedo, pero que se desvaneció inmediatamente y no dejó alarma alguna a su paso. Después, soñó otra vez con el pequeño alumno; el techo se abría y una columna de rostros radiantes que se elevaban hasta el cielo, como había visto alguna vez en un viejo cuadro de motivo bíblico, la miraba fijamente mientras dormía. Fue un sueño dulce, feliz. Fuera, el lugar seguía igual de silencioso, salvo que había una música en el aire y un sonido de alas de ángeles. Pasado cierto tiempo, llegaron las hermanas, cogidas de la mano, y estuvieron paseando un rato entre las tumbas. Después, el sueño se volvió impreciso, difuminado.

Con la luz y la alegría de la mañana llegó también la reanudación de las faenas del día anterior, el revivir de sus pensamientos agradables y la restauración de sus energías, alegrías y esperanzas. Trabajaron con buen ánimo, ordenando y arreglando sus casas hasta el mediodía, y después fueron a visitar al pastor.

Era un anciano de corazón sencillo y espíritu humilde, modesto, acostumbrado a la vida retirada y poco familiarizado con el mundanal ruido, que había abandonado muchos años atrás al instalarse en aquel lugar. Su mujer había muerto en la casa en la que él residía ahora.

Los recibió con suma amabilidad, mostrando enseguida gran interés por Nell, a la que preguntó cómo se llamaba, cuántos años tenía y dónde había nacido, así como las circunstancias que la habían llevado hasta allí y otros particulares. El maestro de escuela ya le había contado la historia de la niña: que no tenían amigos ni hogar, que compartían sus fortunas y que él quería a la niña como si fuera su propia hija.

—Bien, bien —asintió el pastor—. Sea como desee. Pero ella es muy joven.

—Curtida en la adversidad y en todo tipo de pruebas, señor —repuso el maestro.

—Que Dios la proteja. Procuremos que descanse aquí y se olvide de sus

tribulaciones —expresó el anciano pastor—. Pero una iglesia vieja es un lugar aburrido y tristón para una persona tan joven como tú, mi niña.

—¡Oh, no, señor! —replicó Nell—. Yo no tengo tales pensamientos, de veras.

—Yo preferiría verla bailando en el prado al anochecer —insistió el anciano pastor, posando la mano en la cabeza de la niña y sonriendo melancólicamente— en vez de verla sentada a la sombra de nuestros arcos en ruina. Mi buen amigo, usted debe procurar que su corazón no se apesadumbre entre estas ruinas solemnes. Su solicitud está concedida.

Después de intercambiar más palabras amables en el mismo tono cordial, se retiraron a la casa de la niña, donde siguieron conversando sobre el feliz desenlace de los acontecimientos. En esto apareció otro amigo.

Era un vejete que vivía en la casa parroquial (como supieron poco después) desde la muerte de la esposa del pastor, ocurrida quince años atrás. Los dos habían sido compañeros en la universidad y desde entonces nunca se habían separado; desde el primer momento de su aflicción, aquel había acudido a consolar y reconfortar a este, lo que estrechó más aún sus lazos de amistad. El vejete era el espíritu activo del lugar, el conciliador de todas las diferencias, el promotor de todas las festividades, el dispensador de la munificencia de su amigo y de no pocas obras de caridad propias; en una palabra, el mediador, consolador y amigo universal. Ninguno de entre los sencillos lugareños se había molestado en preguntarle su nombre ni, de haberlo oído pronunciar, de almacenarlo en el recuerdo. Tal vez por algún vago rumor acerca de sus títulos académicos difundido en la época de su llegada, unido tal vez al hecho de que no estaba casado y, por consiguiente, no tenía familia de la que ocuparse, lo apodaron «el viejo bachiller». Este nombre le agradaba o, al menos, le convenía tanto como cualquier otro, y con «el viejo bachiller» se quedó desde entonces. Por cierto, había sido el viejo bachiller, conviene decirlo, quien, con sus propias manos, había colocado la provisión de combustible que los viajeros encontraron al llegar en sus respectivas chimeneas.

El viejo bachiller, pues —por llamarlo como todo el mundo lo llamaba— levantó el pestillo, exhibió unos momentos en la puerta su pequeña cara redonda y bondadosa y entró en la habitación como si estuviera acostumbrado a ello.

—Usted es el señor Marton, el nuevo maestro de escuela, ¿no es cierto? —preguntó, dirigiéndose al amable amigo de Nell.

—Sí, soy yo, en efecto.

—Trae usted buenas referencias; me alegra conocerlo. Yo debería haber estado esperándolo ayer, pero tuve que llevar el mensaje de una madre

enferma a su hija, que trabaja a bastantes kilómetros de aquí, y prácticamente acabo de regresar. Esta es la joven guardesa de la iglesia, ¿verdad? Pues sea usted más bienvenido todavía, amigo mío, por haberla traído aquí, así como a este anciano; se es tanto mejor maestro cuanto más se aprende a practicar la humanidad.

—La niña lo ha pasado muy mal, caballero, no hace mucho —informó el maestro de escuela a su visitante después de que este diera un beso a Nell y se lo quedara mirando.

—Sí, sí. Ya sé que lo ha pasado muy mal —repuso—. Demasiado sufrimiento y demasiadas penalidades...

—Así es, caballero.

El vejete miró al abuelo y de nuevo a la niña, cuya mano tenía tiernamente apretada.

—Te sentirás feliz aquí —declaró—. Intentaremos, al menos, que así sea. Veo que ya has hecho grandes mejoras en la casa. ¿Ha sido trabajo tuyo?

—Sí, señor.

—Podemos hacer unos cuantos arreglos más, no mejores que estos, pero sí con más medios, tal vez —sugirió el bachiller—. Vamos a ver qué se puede hacer.

Nell lo acompañó a las otras pequeñas habitaciones, así como al resto de las dos casas, donde el vejete encontró algunas cosas que necesitaban mejorarse para que la casa resultara más cómoda, comprometiéndose al mismo tiempo a suministrarles algunos enseres que tenía en su casa y que debían de ser muy variados, pues comprendían los artículos más heterogéneos que imaginarse pueda. Todos estos artículos llegaron con bastante rapidez, ya que el vejete, tras una ausencia de cinco o diez minutos, volvió cargado con viejos estantes, alfombras, sábanas y otros cachivaches, seguido de un chico igualmente cargado. El montón resultante era de lo más variopinto. Hubo que trabajar mucho para seleccionar, ordenar y colocarlo todo; la supervisión de aquella tarea le supuso al vejete una dicha particular y lo mantuvo ocupado un buen rato. Terminada la tarea, encargó al chico que fuera corriendo a traer a sus condiscípulos para presentarles a su nuevo maestro con la mayor formalidad posible.

—Como podrá ver, Marton, los chavales forman un grupo bastante aceptable —dijo, volviéndose al maestro cuando el chico se hubo marchado—; pero no les diga que le he dicho eso. No les convendría, me parece a mí.

El mensajero volvió pronto a la cabeza de una larga fila de chavales, grandes y pequeños, los cuales, al verse en la puerta de la casa delante del

viejo bachiller, se entregaron a toda clase de aparatosas reverencias (los sombreros y las gorras parecían en sus manos reducirse a su mínima expresión), espectáculo que el vejete contempló con suma satisfacción y que aprobó con grandes asentimientos y sonrisas. Con todo, su aprobación de los escolares no fue tan disimulada como había hecho suponer al maestro, pues se desahogó con diversos cuchicheos y observaciones que todos pudieron oír perfectamente.

—Este primer jovencito, señor maestro —manifestó el viejo bachiller—, se llama John Owen, un chico con muchas cualidades y un carácter franco y sincero; pero también demasiado atolondrado, demasiado jugueteón, demasiado casquivano. Este chico, mi querido maestro, se puede romper el cuello en cualquier momento, privando así a sus padres de su principal consuelo; y, dicho sea entre nosotros, cuando usted lo vea jugar a la caza de la liebre, saltando vallas y zanjas y deslizándose a lo largo de la pequeña cantera, será un espectáculo que nunca olvidará. ¡Algo realmente magnífico!

John Owen, recibida aquella reprimenda, de la que no perdió detalle, dejó su lugar a otro compañero.

—Pasemos ahora a este jovencito, señor maestro —prosiguió el bachiller—. ¿Lo ve usted bien? Se llama Richard Evans. Este chico, que aprende de manera increíble, está dotado de una excelente memoria y una inteligencia rápida, amén de una buena voz y un buen oído para cantar salmos, en lo cual nos supera a todos. Pues bien, señor maestro, este chico acabará mal: no morirá en la cama; siempre se duerme durante el sermón. Bueno, para decirle la verdad, señor Marton, yo siempre hacía lo mismo cuando tenía su edad, y estoy seguro de que era algo connatural a mi carácter, y por tanto algo que no podía remediar.

Una vez que este prometedor alumno hubo recibido tan terrible reproche, el viejo bachiller pasó al siguiente de la fila.

—Pero si queremos hablar de ejemplos a no seguir —declaró—, si hablamos de jóvenes que deberían ser un aviso y faro para todos sus compañeros, he aquí uno, que espero no pase por alto, señor maestro. Es este chico de ojos azules y pelo rubio. Es un buen nadador y, ¡que el cielo nos proteja!, un excelente buceador. Este chico, señor maestro, tuvo la idea de zambullirse a más de cinco metros de profundidad, sin quitarse la ropa, para sacar al perro de un ciego que estaba ahogándose por el peso de su cadena y collar, mientras su amo se retorció las manos en la orilla lamentando la pérdida de su guía y amigo. Yo mandé dos guineas al chico de manera anónima en cuanto me enteré, señor maestro —agregó el viejo bachiller bajando la voz—, pero no se lo diga nunca, pues no tiene la menor idea de que fui yo.

Tras dar cuenta de aquel culpable, el viejo bachiller pasó revista a otro y

después a otro, y así sucesivamente hasta acabar con toda la joven tropa, insistiendo, para no salirse de los límites de la disciplina, en las cualidades que le eran más queridas y que incuestionablemente se referían más a sus propios preceptos y a su propio ejemplo. Completamente persuadido, al final, de haberles infundido un sano arrepentimiento con tales muestras de severidad, los despidió con un pequeño presente y la orden de que volvieran a casa sin armar jaleo, saltar, pelearse o desviarse de su camino, orden que, informó al maestro en el mismo tono confidencial, no creía que él hubiera obedecido cuando era pequeño, ni aun estando su vida en peligro.

Interpretando aquellas pequeñas referencias al carácter del viejo bachiller como tantas otras muestras de buen augurio para el futuro, el maestro se despidió de él con el corazón más ligero y alegre, considerándose uno de los hombres más felices de la tierra. Las ventanas de las dos viejas casas volvieron a enrojarse aquella noche con el resplandor de los alegres fuegos que ardían en el interior. El viejo bachiller y su amigo, de vuelta de su paseo vespertino, hicieron una pausa ante las dos casas para hablar en voz baja de la bella niña mientras miraban al camposanto y exhalaban algún que otro suspiro.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Nell se despertó temprano. Tras realizar las tareas domésticas y dejar todo en orden para el bueno del maestro (en contra de la voluntad de este, que habría deseado ahorrarle cualquier esfuerzo o fatiga), se acercó a un clavo que había junto al fuego y descolgó el pequeño manojito de llaves que el viejo bachiller le había entregado formalmente el día anterior; hecho lo cual, se dirigió sola a visitar la vieja iglesia.

El cielo estaba despejado, el aire era sereno, perfumado con el fresco aroma de las hojas recién caídas, vivificantes para los sentidos. El riachuelo cercano discurría entre destellos luminosos y emitiendo un sonido musical; el rocío centelleaba en los verdes montículos, como lágrimas vertidas sobre los muertos por espíritus benefactores. Unos niños correteaban entre las tumbas, jugando alegres al escondite. Tenían con ellos a un niño pequeño, al que habían dejado durmiendo sobre la tumba de un niño, en un pequeño lecho de hojas. Era una tumba reciente: el lugar de descanso, tal vez, de algún niño que, manso y paciente en su enfermedad, se había sentado a veces a verlos jugar y que ahora ocupaba aquel lugar para siempre.

Nell se les acercó y les preguntó de quién era la tumba. El niño contestó que no era una tumba, que era un jardín, el de su hermano. Era más verde, precisó, que todos los demás jardines, y los pájaros le tenían más cariño

porque su hermano les echaba siempre de comer. Cuando terminó de hablar, la miró con una sonrisa y, tras arrodillarse unos instantes con la cara tocando la hierba, salió corriendo alegremente.

Nell pasó por delante de la iglesia, se detuvo a contemplar la vieja torre, atravesó el portillo y entró en la aldea. El viejo sepulturero, que, apoyado en una muleta, había salido tomar el aire a la puerta de su casa, le dio los buenos días.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó la niña, deteniéndose al verlo.

—Ah, sí, gracias —contestó el anciano—. Puedo decir que estoy mejor.

—Estará del todo bien muy pronto.

—Si el cielo lo quiere, y con un poco de paciencia. Pero ¡entra, entra! —el anciano se le adelantó y, avisándola de un escalón, que bajó con cierta dificultad, la hizo entrar en su pequeña casa—. Como ves, sólo tiene una habitación. Hay otra arriba, pero las escaleras se me resisten y estos últimos años ya no las subo nunca. Aunque estoy pensando en subirlas otra vez el verano que viene.

La niña se preguntó cómo un hombre de pelo cano como él, y con la ocupación que tenía, podía hablar del tiempo con tanta desenvoltura. Este vio que los ojos de la niña se posaban en los aperos que colgaban de la pared y sonrió.

—Apuesto —profirió— a que crees que todos esos aperos se utilizan para cavar sepulturas.

—Pues sí; me estaba preguntando cómo es que necesitan tantos.

—Bueno, no te falta razón. Yo soy jardinero; cavo el suelo y planto cosas destinadas a vivir y crecer. No todos mis trabajos tienen que ver con lo que muere y se pudre en la tierra. ¿Ves esa pala, en el centro?

—¿Esa tan vieja, un poco desportillada?

—Esa pala es de sepulturero y, como ves, está muy gastada. En esta aldea vivimos muy sanos, pero esa pala ya se ha utilizado mucho; si tuviera boca para hablar, te hablaría de los muchos trabajos que ella y yo hemos hecho juntos. Pero ahora se me olvida todo, pues tengo muy mala memoria, ¿sabes? Esto que te estoy diciendo no es nada nuevo —agregó al instante—. Siempre ha sido así.

—Hay muchas flores y arbustos que dan testimonio de su otro trabajo —observó la niña.

—Ah, sí. Y árboles altos. Pero no son tan ajenos al trabajo de sepulturero como crees.

—¿Ah, no?

—No, al menos según mi creencia y mi recuerdo —respondió el anciano—. A veces ayudan a mi memoria, pues me recuerdan cuando planté tal árbol para tal persona. Ahí está para recordarme que murió. Cuando miro su extensa sombra, y recuerdo cómo era cuando la persona vivía, me ayuda a recordar la época de mi otro trabajo, y puedo decir con bastante precisión cuándo cavé la tumba.

—Pero puede recordarle también a alguien que está todavía vivo, ¿no? —repuso la niña.

—Veinte muertos por un vivo; esa es la proporción —replicó el anciano—. Esposas, maridos, padres, hermanos, hermanas, hijos, amigos... Sí, veinte por lo menos. Por eso la pala de sepulturero se desgasta y se abolla tanto. Voy a necesitar otra el verano que viene.

La niña lo miró fijamente: aquel anciano debía de estar bromeando, habida cuenta de su edad y sus achaques; pero el inconsciente sepulturero hablaba completamente en serio.

—¡Ah! —expresó tras un breve silencio—. La gente no aprende nunca. Nunca aprende. Sólo nosotros, los que removemos la tierra donde nada crece y todo muere, pensamos en tales cosas, pensamos en ellas como se debe pensar, me parece a mí. ¿Ya has estado en la iglesia?

—Voy ahora mismo —respondió la niña.

—Hay un viejo pozo —dijo el sepulturero—, justo debajo del campanario, un pozo profundo, oscuro, que hace eco. Hace cuarenta años, se dejaba bajar el cubo hasta que el primer nudo de la cuerda se liberaba de la noria, y entonces se oía el chapoteo del agua fría y oscura. Poco a poco, el agua se fue retirando, de manera que, diez años después, se hizo un segundo nudo, y había que desenrollar mucha cuerda si no se quería que el cubo se balanceara seco y vacío en el extremo. Diez años después, el agua volvió a retirarse, y se hizo un tercer nudo. Y diez años después, el pozo se secó. Actualmente, si se baja el cubo hasta que se te cansan los brazos, y se suelta casi toda la cuerda, se oirá un ruido metálico en el fondo, con un sonido tan profundo y tan lejano que el corazón te da un vuelco y te apartas como si fueras a caerte dentro.

—¡Un lugar terrible para acercarse a él en la oscuridad! —exclamó la niña, que había seguido las miradas y las palabras del anciano con tanta atención que le parecía estar en el borde mismo del pozo.

—Pero ¡qué es un pozo sino una tumba! —exclamó el sepulturero—. Nuestros viejos lo saben; y, sin embargo, cuando su primavera se desvanece, sus fuerzas decaen y su vida se extingue; ¿cuántos piensan en eso? ¡Ni uno

solo!

—Tiene usted muchos años? —preguntó la niña involuntariamente.

—Cumpliré setenta y nueve... el verano que viene.

—¿Todavía trabaja cuando está sano?

—¿Trabajar? Por supuesto. Puedes ver todos mis jardines. Mira por la ventana: yo he trabajado ese trozo de terreno con mis propias manos. Para el próximo año, apenas se verá el cielo de lo altas que estarán las ramas. Además, en invierno trabajo también por la noche.

Mientras decía aquello, abrió un armario y sacó unas cajitas de madera vieja rústicamente talladas.

—A algunas personas de buena familia, aficionadas a las antigüedades —explicó—, les gusta comprar estos recuerdos de nuestra iglesia y de nuestras ruinas. Unas veces, las hago con trozos de roble que encuentro aquí o allá; otras, con trozos de ataúdes conservados en las criptas. Mira esto: es un cofrecito guarnecido en los bordes con fragmentos de chapa de bronce; tenía inscripciones que ahora resultan difíciles de leer. Ya me quedan pocos ejemplares, pero estos estantes estarán llenos... el verano que viene.

La niña admiró y alabó su obra, y poco después se marchó, pensando, por el camino, en lo extraño que era que aquel anciano, que extraía de sus trabajos y de cuanto lo rodeaba una moral tan austera, no se la aplicara a sí mismo y que, mientras disertaba sobre lo aleatorio de la vida humana, pareciera considerarse a sí mismo, en palabra y obra, poco menos que inmortal. Pero sus cavilaciones no se detuvieron allí, pues era lo suficientemente lista para pensar que, por un designio misericordioso de la naturaleza, tal era el predicamento de los humanos y que el viejo sepulturero, con sus planes para el verano siguiente perfectamente trazados, era el prototipo mismo de la humanidad en su conjunto.

Sumida en estas meditaciones, alcanzó la iglesia. No le resultó difícil dar con la llave de la puerta exterior, pues cada cual estaba perfectamente anotada en un trozo de pergamino amarillo. Su giro en la cerradura pro dujo un sonido hueco y, al entrar Nell en la iglesia con paso vacilante, los ecos que oyó al cerrar la hicieron sobresaltarse.

Casi todo lo que hay en la vida, bueno o malo, nos afecta por contraste. Si la tranquilidad de la apacible aldea había impresionado profundamente a la niña a causa de las penalidades pasadas y de los caminos antes hollados con pies doloridos, no menos profunda fue la impresión que sintió al verse sola en aquel recinto solemne, donde la luz, que penetraba por unos ventanales rebajados, parecía también revejida y gris, y el aire, con su olor a tierra y a

moho, parecía impregnado de decadencia, purificado por el tiempo de sus partículas más groseras, exhalaba gemidos por las arcadas, naves y haces de columnas, como la respiración de edades pretéritas. Allí estaba el suelo cuarteado, gastado, tanto tiempo atrás, por pies piadosos, cuyas huellas había borrado el tiempo, siguiendo los pasos de los peregrinos, dejando sólo un área de losas desgastadas. Allí estaba la viga podrida, el arco rebajado, las paredes húmedas y desconchadas, el terreno hundido, la elegante tumba no ilustrada por ningún epitafio... Todo —mármol, piedra, hierro, madera y polvo— un monumento a la ruina. Las mejores y las peores obras, las más sencillas y las más elaboradas, las más elegantes y las menos imponentes, las obras del cielo y las del hombre..., todo se encontraba allí nivelado, como ofreciendo un mismo relato.

En una sección del edificio, que en otro tiempo había sido capilla baronial, se hallaban varias efigies de guerreros yacentes en lechos de piedra con las manos juntas y las piernas cruzadas. Los caballeros que habían peleado en las Cruzadas aparecían ceñidos con sus espadas y encerrados en sus armaduras. Algunos tenían las mismas armas, cascos y cotas de malla que habían tenido en vida colgados de unos ganchos oxidados en la pared adyacente; rotos y mutilados como estaban aquellos instrumentos, aún conservaban su antigua forma y algo de su antiguo aspecto. Así, las hazañas violentas sobreviven a los hombres que las realizaron, y las huellas de la guerra y de los derramamientos de sangre sobreviven durante mucho tiempo en sus formas fúnebres a quienes produjeron la desolación y se, vieron a sí mismos reducidos a simples átomos de tierra.

La niña se sentó entre las rígidas figuras esculpidas sobre las tumbas de aquel lugar antiguo, silencioso, las cuales, en su fantasía, lo volvían más silencioso: mirando alrededor con un sentimiento de reverencia atemperado por una sosegada dicha, sintió que en aquel momento era feliz y que ya podía descansar. Retiró una Biblia de un estante y leyó un pasaje. La colocó de nuevo en su sitio y pensó en los días de verano y en la alegre primavera que llegaría unos meses más tarde, en los rayos de sol que caerían sesgados sobre las formas dormidas, en las hojas que se agitarían en la ventana y proyectarían sombras luminosas sobre el pavimento, en los cantos de las aves y en la floración del jardín, en el aire dulce que se introduciría y movería suavemente los vetustos estandartes que pendían en lo alto. ¡Qué más daba si el lugar evocaba pensamientos sobre la muerte! Muriera quien muriera, siempre sería el mismo. Aquellas visiones y aquellos sonidos conservarían siempre el mismo encanto. No le resultaría doloroso dormirse entre ellos.

Salió de la capilla despacio, volviéndose a menudo para mirarla de nuevo; llegó a una puerta baja, que debía de comunicar con la torre, la abrió y subió la escalera de caracol en medio de la oscuridad, salvo cuando miraba a los

peldaños de abajo, a las estrechas troneras o, más arriba, a las polvorientas campanas. Finalmente, llegó a lo más alto de la torre.

¡Oh! ¡Que gloriosa explosión de luz, qué frescura! Los campos y los bosques que se extendían hasta confundirse con el cielo azul, el ganado que pastaba en los prados, el humo que ascendía sobre los árboles y parecía salir de la tierra verde, los niños que seguían brincando justo debajo, todo tan bello y tan feliz... Era como pasar de la muerte a la vida, como estar cerca del cielo.

Cuando emergió en el pórtico y cerró la puerta, los niños ya se habían ido. Al pasar por delante de la escuela, oyó un animado murmullo de voces. Su amigo había empezado su tarea aquel mismo día. Después, el ruido se hizo cada vez mayor; se volvió a mirar y vio a los niños salir en tropel y dispersarse entre alegres gritos y saltos. «Me gusta así —pensó la niña—. Me alegra que pasen por delante de la iglesia». Y se detuvo para imaginar cómo sonaría dentro el ruido, con qué delicia percutiría el eco al oído.

Por segunda vez aquel día, sí, por segunda vez, volvió a la vieja capilla, leyó en el mismo asiento otro pasaje del mismo libro sagrado y se dejó llevar por la misma clase de pensamientos sosegados. Ni siquiera con la llegada del crepúsculo, cuando la sombra de la noche volvió el lugar más solemne todavía, se movió la niña, como si hubiera echado raíces allí; no sentía miedo alguno ni pensaba en alejarse.

Al fin, la encontraron allí y la llevaron a casa. Parecía pálida, pero muy feliz, hasta el momento en que se separaron para ir a dormir. Y cuando el pobre maestro se inclinó para besarla, le pareció que una lágrima de la niña le rozaba la mejilla.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

El viejo bachiller, además de sus otras ocupaciones, encontraba en la antigua iglesia una fuente inagotable de interés y entretenimiento. Se sentía orgulloso de ello, al igual que otros se sienten orgullosos de las maravillas del pequeño mundo en que viven. Había convertido la historia de la iglesia en su estudio particular; y eran muchos los días de verano (en el interior de la iglesia) y muchas las noches de invierno (junto al fuego de la casa parroquial) en que el viejo bachiller se aplicaba al estudio de su historia para aumentar su pequeño acervo de relatos y leyendas.

Como el viejo bachiller no era de esos rudos espíritus que despojan a la bella Verdad de los velámenes y atavíos con que el tiempo y las fantasías gustan de adornarla —algunos le sientan muy bien, pues, como las aguas de

un pozo, sirven para añadir nuevas gracias a los encantos que los velan o revelan, y para despertar más el interés y la curiosidad que la languidez y la abulia—; y como, a diferencia de los rudos y de los insensibles, gustaba de ver a la diosa coronada con esas guirnaldas de flores silvestres con que la tradición la adorna de manera tan gentil y que suelen ser tanto más frescas cuanto más sencillas..., marchaba con paso ligero y posaba una mano también ligera sobre el polvo de los siglos para no hacer caer ninguno de los aireados santuarios erigidos encima y para no atropellar los buenos sentimientos o afectos que oculta el corazón. Así, por ejemplo, con respecto a un viejo sepulcro de piedra tosca, que durante muchas generaciones se supuso que contenía los huesos de cierto barón que, tras haber causado en tierras extranjeras numerosos estragos y saqueos, había regresado con el corazón penitente y apesadumbrado para morir en paz en su patria, aunque viejos eruditos habían demostrado recientemente que no había sido así, sino que el barón en cuestión había muerto en cruenta batalla rechinando los dientes y blasfemando hasta el último aliento, el viejo bachiller sostenía resueltamente que el antiguo relato era el verdadero; es decir, que el barón, arrepentido de sus pecados, había realizado grandes obras de caridad y había expirado con gran mansedumbre y que, si alguna vez un barón había ido al cielo, él se hallaba allí con toda seguridad. De manera parecida, cuando varios arqueólogos argumentaron y sostuvieron que cierta cripta secreta no era el sepulcro de una dama de pelo gris que había sido ahorcada, arrastrada por el barro y descuartizada por orden de la gloriosa reina Isabel por haber socorrido a un pobre sacerdote que se moría de sed y hambre a su puerta, el viejo bachiller mantuvo solemnemente, contra viento y marea, que la iglesia se veía santificada con las cenizas de la dama; que sus restos habían sido recogidos por la noche en los cuatro puntos cardinales de la ciudad y llevados en secreto a la cripta y allí depositados; asimismo, el viejo bachiller negaba (sumamente excitado en este punto) la gloria dula reina Isabel y ensalzaba la gloria, inconmensurablemente mayor, de cualquier mujer humilde de su reino que tuviera un corazón misericordioso y tierno. Y en cuanto a la afirmación de que la losa junto a la puerta no era la tumba del miserable que había desheredado a su único hijo y dejado una suma de dinero a la iglesia para comprar un carillón, el viejo bachiller sostenía de buen grado que aquel lugar no había visto nacer nunca a semejante hombre. En una palabra, que deseaba que toda piedra o placa de bronce sólo recordara hazañas de hombres cuya memoria fuera digna de sobrevivir. A los demás, él prefería olvidarlos; podrían ser enterrados en suelo consagrado, pero a poder ser en lo más profundo, para que no salieran nunca a la luz.

Fue de labios de este tutor de quien la niña aprendió su tarea. Impresionada sobremanera por el silencioso recinto y por la pacífica belleza del lugar en que se hallaba —vejez majestuosa rodeada de juventud perpetua—, cuando oía hablar de aquellas cosas, se le antojaba un santuario de bondad y virtudes. Era

un mundo en el que el pecado y la tribulación no tenían cabida, un lugar sosegado de descanso donde no podría entrar mal alguno.

Una vez que el viejo bachiller la hubo ilustrado acerca de las tumbas y lápidas de la iglesia, la bajó a la vieja cripta, convertida en un triste y sombrío sótano, y le habló de cómo había estado iluminada en tiempos de los monjes, cuando, entre las lámparas colgadas del techo, los incensarios oscilantes que olían a incienso, los hábitos bordados de oro y plata, cuadros, materiales preciosos y joyas, todos relucientes y esplendorosos a través de los bajos arcos, se había oído allí muchas veces a medianoche el canto de voces antiguas mientras figuras encapuchadas se arrodillaban para rezar el rosario. De allí la subió de nuevo a la iglesia, donde le enseñó, en la parte alta de los viejos muros, pequeñas galerías por las que las monjas acostumbraban a pasar sigilosamente, apenas visibles por hallarse tan lejos y por sus oscuros hábitos, o hacían una pausa cual sombras lóbregas, melancólicas, para escuchar el canto. También le contó cómo los guerreros, cuyas efigies reposaban sobre las tumbas, habían llevado donosamente aquellas armaduras que se oxidaban; cómo esto era un casco, eso un escudo y aquello un guante; o cómo los caballeros habían esgrimido grandes espadas a dos manos y abatido al enemigo con mazas de hierro. Todo cuanto le contó, la niña lo atesoró en lo más hondo de su espíritu; y a veces, cuando se despertaba en plena noche después de haber soñado con aquellos tiempos remotos, se levantaba de la cama para contemplar la iglesia oscura, y casi esperaba ver su ventana iluminada y oír el crescendo del órgano y el sonido de las voces en el viento.

El viejo sepulturero, ya recuperado, había vuelto a pasear. De él aprendió Nell también muchas cosas, aunque de una índole distinta. Aunque no podía trabajar, un día que había que cavar una tumba se acercó a supervisar el trabajo de otro hombre. Como vio que el hombre tenía ganas de hablar, la niña, al principio de pie a su lado y después sentada a sus pies en la hierba con rostro pensativo, empezó a conversar con él.

El hombre que oficiaba aquel día de sepulturero era un poco mayor que él, si bien mucho más activo; pero estaba sordo. Y cuando el sepulturero (que en caso de necesidad quizás habría podido caminar unos dos kilómetros como máximo en media jornada) intercambiaba alguna observación acerca de su trabajo, la niña no podía por menos de notar que lo hacía con una especie de impaciente piedad por su sordera, como si él fuera el hombre más fuerte y más sano de la tierra.

—Qué pena que haya que cavar una tumba —dijo la niña, acercándose—. No sabía que alguien hubiera muerto.

—La pobre mujer vivía en otra aldea, cariño —respondió el sepulturero—. A cinco kilómetros de aquí.

—¿Era joven?

—Sí, claro —respondió el sepulturero—, no más de sesenta y cuatro años, creo. David, ¿tenía más de sesenta y cuatro años?

David, que estaba cavando con energía, no oyó la pregunta; por lo que el sepulturero, que no alcanzaba a tocarlo con la muleta y estaba demasiado débil para levantarse sin ayuda, llamó su atención lanzando un pequeño terrón a su gorro de dormir rojo.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó David, levantando los ojos.

—¿Cuántos años tenía Becky Morgan? —preguntó el sepulturero.

—¿Becky Morgan? —repitió David.

—Sí —repitió el sepulturero, y añadió, en un tono medio compasivo, medio irritado, que el hombre no oía nada—. Te estás quedando muy sordo, Davy; estás más sordo que una tapia.

El viejo operario detuvo su trabajo y, limpiando la pala con un trozo de pizarra que guardaba al efecto, raspó en esta operación la esencia de sabe Dios cuántas Becky Morgan y se sentó a considerar el asunto.

—Déjame que piense —profirió—. Anoche lo vi escrito en el ataúd: eran setenta y nueve años, me parece, ¿no?

—No, no —negó el sepulturero.

—Sí, sí —contravino el anciano con un suspiro—. Ahora recuerdo haber pensado que tenía casi nuestros mismos años. Sí, eran setenta y nueve.

—¿Estás seguro de que cuentas bien los años, Davy? —preguntó el sepulturero con cierta emoción.

—¿Qué? —preguntó a su vez el viejo operario—. Dilo otra vez.

—Está muy sordo. Está más sordo que una tapia —se quejó el sepulturero malhumoradamente; y a continuación, levantando la voz—. ¿Estás seguro de que no te has equivocado al contar los años?

—Completamente —respondió el anciano—. ¿Por qué no?

—Está realmente sordo —musitó el sepulturero—. Creo que se está volviendo también un poco memo.

La niña se preguntó qué lo inducía a pensar aquello, pues, a decir verdad, el viejo operario parecía tan ingenioso como él, además de estar infinitamente más robusto. Como el sepulturero no dijo nada más, Nell se olvidó del asunto por el momento y dijo:

—Usted me estaba hablando de sus trabajos de jardinería. ¿No planta aquí

nada?

—¿En el camposanto? —preguntó el sepulturero—. Yo no.

—He visto algunas flores y pequeños matorrales por aquí —observó la niña—. Hay algunos allí, ¿los ve? Creí que eran obra suya, aunque a decir verdad crecen con poca fuerza.

—Crecen como el cielo lo quiere —corrigió el sepulturero—. Y ordena clementemente que nunca florezcan aquí.

—No le entiendo.

—Bueno, se trata de esto —explicó el sepulturero—: señalan las tumbas de quienes tenían amigos muy queridos.

—Estaba segura de ello —exclamó la niña—. Me alegra saberlo.

—Sí —repuso el anciano—, pero espera. Mira esas flores. Mira cómo bajan la cabeza y se marchitan. ¿Adivinas el motivo?

—No —respondió la niña.

—Porque el recuerdo de los que están enterrados se olvida pronto. Al principio cuidan las flores mañana, tarde y noche. Pero pronto empiezan a venir con menos frecuencia y pasan de una vez al día a una vez a la semana, y luego de una vez a la semana a una vez al mes; luego acuden de muy tarde en tarde, y al final ya ni vienen. Estos testimonios raras veces florecen mucho tiempo. Te aseguro que hay flores de verano que viven más que ellas.

—Me produce mucha pena oír eso.

—¡Ah! Eso dice también la buena gente que viene aquí a verlas —repuso el anciano, sacudiendo la cabeza—. Pero yo opino otra cosa. «Qué, bonita costumbre la que se tiene en esta parte del país», me dicen a veces, «la de plantar flores en las tumbas, pero qué triste verlas marchitarse y morir». Yo les pido perdón y les contesto que, tal y como yo lo veo, eso es señal de que los vivos son felices. Y que así sea. Es ley natural.

—Tal vez los apenados familiares y amigos aprenden así a mirar al cielo azul de día y a las estrellas de noche y piensan que los muertos están allí y no en las tumbas —afirmó la niña con tono serio.

—Tal vez —articuló el anciano con tono dubitativo—. Podría ser.

«Ya sea como yo pienso o no —se dijo la niña para sus adentros—, haré de este lugar mi jardín. No hará daño a nadie que yo trabaje aquí todos los días; mis pensamientos serán más agradables, estoy segura».

Sus mejillas al rojo vivo y sus ojos humedecidos pasaron inadvertidos al sepulturero, que se volvió hacia el viejo David y lo llamó por su nombre. Era

evidente que la edad de Becky Morgan aún lo tenía muy preocupado; aunque la niña no alcanzaba a entender por qué.

La segunda y tercera repetición de su nombre atrajo la atención del viejo operario, el cual hizo una pausa en su trabajo, se apoyó en la pala y se llevó una mano a su duro oído.

—¿Me has llamado? —preguntó.

—He estado pensando, Davy... —repuso el sepulturero— que ella — señaló la tumba— debía de tener muchos más años que tú y que yo.

—Setenta y nueve —reiteró el anciano, moviendo la cabeza—. Te digo que lo vi.

—¿Lo viste? —replicó el sepulturero—. Sí, pero ya sabes, Davy, las mujeres no siempre dicen la verdad cuando se trata de la edad.

—Eso es muy cierto —asintió el otro con una repentina chispa en los ojos—. Es posible que tuviera más años.

—Sí, seguro. Sólo hay que pensar en lo vieja que parecía. Tú y yo habríamos parecido unos niños a su lado.

—Sí que parecía vieja, sí —concedió David—. Llevas razón. Parecía bastante vieja.

—Haz memoria y recuerda cuánto tiempo hace que te parecía vieja y dime si podía tener sólo setenta y nueve años como tú —instó el sepulturero.

—Sí, ¡era cinco años más vieja por lo menos! —gritó el otro.

—¿Cinco? —objetó el sepulturero—. ¡Diez! Por lo menos tenía ochenta y nueve. Recuerdo cuando murió su hija. Te digo que tenía ochenta y nueve años, día más o menos; y ahora trata de pegárnosla y quitarse diez años de encima. ¡Ah, la vanidad humana!

El otro no se quedó atrás en aquellas reflexiones morales tan jugosas, y los dos adujeron muchas pruebas al caso que permitían suponer no ya que la finada tuviera la edad sugerida, sino que incluso había alcanzado la edad patriarcal de los cien años. Una vez zanjada la cuestión, para su mutua satisfacción, el sepulturero, con la ayuda de su amigo, se levantó para marcharse.

—Hace frío aquí sentado, y debo tener cuidado... hasta el verano explicó mientras se iba cojeando.

—¿Qué? —preguntó el viejo David.

—¡Qué sordo está el pobre! —gritó el sepulturero—. ¡Adiós!

—¡Ay! —dijo el viejo David, siguiéndolo con la mirada—. El pobre está empeorando muy deprisa. Cada día está más viejo.

Y así se separaron, ambos convencidos de que al otro le quedaba menos tiempo de vida y muy consolados y reconfortados con la conversación que habían mantenido sobre Becky Morgan, cuyo fallecimiento ya no era un precedente de incómoda aplicación ni asunto que los afectara al menos durante una década más.

La niña permaneció unos minutos viendo cómo el hombre sordo sacaba tierra con la pala y, deteniéndose a menudo para toser y coger aire, seguía mascullando, con una especie de risita sofocada, que el sepulturero estaba envejeciendo muy deprisa. Al final, Nell dio media vuelta y, atravesando pensativamente el camposanto, se tropezó con el maestro de escuela, que estaba sentado sobre una tumba verde tomando el sol con un libro en la mano.

—¡Hombre, Nell por aquí! —exclamó con alegría mientras cerraba el libro—. ¡Qué alegría verte rodeada de aire y de luz! Temía que estuvieras otra vez en la iglesia, donde pasas tanto tiempo.

—¿Temía? —objetó la niña sentándose a su lado—. ¿No es un buen lugar?

—Sí, sí —admitió el maestro—. Pero debes estar alegre. No, no muevas la cabeza con esa sonrisa tan triste.

—Usted no diría que es triste si conociera el fondo de mi corazón. No me mire como se mira a una persona amargada. Ahora mismo no hay en la tierra nadie más feliz que yo —llena de agradecimiento y ternura, la niña tomó la mano del maestro—. ¡Es voluntad de Dios! —manifestó cuando llevaban varios minutos en silencio.

—¿Qué?

—Todo esto —contestó ella—. Todo lo que nos rodea. ¿Quién de nosotros está triste ahora? Ya ve que estoy sonriendo.

—Yo también sonrío —repuso el maestro— al pensar en cuánto nos reiremos en este mismo lugar. Estabas hablando con alguien, ¿verdad?

—Sí —afirmó la niña.

—¿De algo que te ha puesto triste? Hubo una larga pausa.

—¿Qué ha sido? —preguntó el maestro con ternura—. Venga, cuéntame.

—Me da pena, me da bastante pena pensar —contestó la niña mientras se le saltaban las lágrimas— que quienes están con nosotros y se mueren sean olvidados tan rápidamente.

—¿Y crees —preguntó el maestro, notando la mirada que ella dirigía

alrededor— que una tumba no visitada, una o dos flores marchitas, son muestras de olvido o de frío desdén? ¿Crees que no hay cosas fuera de aquí con las que estos muertos pueden ser mejor recordados? Nell, querida Nell, puede que, en este momento, haya personas en el mundo cuyas buenas acciones y buenos pensamientos tengan su origen en estas mismas tumbas, por mucho que nos puedan parecer objeto de olvido.

—Sí, no siga hablando —expresó la niña vivamente—. No diga nada más. Sí, lo sé. ¡Cómo he podido no reparar en ello sabiendo que estaba hablando con usted!

—No hay nada —prosiguió su amigo—, no, nada que sea inocente o bueno y que se muera o se olvide. Si no creemos esto, ¿qué vamos a creer entonces... Un niño pequeño, un niño que aún no sabe hablar, que muere en la cuna, vivirá de nuevo en los buenos pensamientos de las personas que lo amaron y, a través de ellas, desempeñará un papel importante en las acciones redentoras del mundo, aunque su cuerpo esté reducido a cenizas o sepultado en las profundidades del mar. No hay ningún ángel nuevo en la corte celestial que no haga un trabajo santo en la tierra a través de quienes lo amaron aquí abajo. ¡Olvidados! Ah, si las buenas acciones de los seres humanos pudieran remontarse a su fuente, ¡qué hermosa parecería incluso la muerte, pues cuánta caridad, compasión y afecto purificado veríamos que procede de las tumbas polvorientas!

—Sí —asintió la niña—, es verdad. Lo sé. ¡Quién puede conocer esa verdad mejor que yo, en quien su pequeño alumno aún sigue viviendo! ¡Querido amigo, si usted supiera cuánto consuelo me ha dado ese niño!

El pobre maestro no contestó; se inclinó simplemente hacia ella en silencio, con el corazón rebosante.

Así permanecieron sentados hasta que se acercó el abuelo. Antes de que hubieran podido intercambiar algunas palabras, el reloj de la iglesia recordó la hora de la vuelta a la escuela y el maestro se retiró.

—Un buen hombre —apreció el abuelo mientras lo veía alejarse—; un hombre de bien. Estoy seguro de que no nos hará nunca daño. Nell, aquí estamos seguros por fin, ¿eh? Nunca nos iremos de aquí, ¿verdad?

La niña sacudió la cabeza y sonrió.

—Ah, ella necesita descanso —expresó el anciano, acariciándole la mejilla—. Demasiado pálida, demasiado pálida. No tiene la cara que tenía en otro tiempo.

—¿En qué tiempo? —preguntó la niña.

—¡Ja! —rio el anciano—. Buena pregunta. ¿En qué tiempo? ¿Cuántas

semanas hace de eso? ¿Podría contarlas con los dedos? Mejor olvidarlo. Menos mal que todo eso ya es agua pasada.

—Menos mal, abuelito —asintió la niña—. Debemos olvidar eso y, si alguna vez lo recordamos, será como el mal sueño del que uno ya se ha despertado.

—¡Chitón! —exclamó el anciano, haciendo un gesto enérgico con la mano y mirando por encima del hombro—. No hables más de ese sueño ni de todas las miserias que encerraba. Aquí no hay sueños. Este es un lugar tranquilo adonde no llegan esos sueños. No volvamos a pensar en ellos, no vaya a ser que vuelvan a atormentarnos. Los ojos hundidos, la cara enjuta, humedad, frío, hambre... y otros horrores aún peores... Debemos olvidar esas cosas si queremos vivir tranquilos aquí.

«Gracias sean dadas al cielo —exclamó la niña para sus adentros— por este cambio tan venturoso».

—Seré paciente —prometió el anciano—, humilde, agradecido y obediente, si me dejas estar contigo. Pero no te apartes de mí, no me dejes solo; déjame estar a tu lado. Y te seré sincero y dócil, Nell.

—¡Dejarte yo solo! ¡Qué cosas dices! —repuso la niña, fingiendo reír—. ¡Qué broma sería! Mire, abuelo, nosotros convertiremos este lugar en nuestro jardín. ¿Por qué no? Es un lugar ideal. Mañana mismo empezamos, y trabajaremos juntos, codo con codo.

—¡Es una idea estupenda! —convino su abuelo—. Mañana mismo empezaremos, cariño.

¡Quién más contento que el abuelo cuando se pusieron manos a la obra al día siguiente! ¡Quién más olvidadizo que él de todas las asociaciones que sugería aquel lugar! Arrancaron las hierbas más largas y las ortigas de las tumbas, escardaron los matorrales y las raíces, cortaron el césped y lo limpiaron de todas las hojas y malas hierbas. Estaban en plena faena cuando la niña, levantando la cabeza del suelo, observó que el viejo bachiller los observaba en silencio sentado en el portillo.

—¡Bonito trabajo! —exclamó el vejete, asintiendo con la cabeza a Nell cuando esta le hizo una reverencia—. ¿Lo habéis hecho todo esta mañana?

—No es mucho, señor —respondió la niña con la mirada baja—, para lo que queremos hacer.

—Buen trabajo, buen trabajo —repitió el viejo bachiller—. Pero observo que sólo trabajáis en las tumbas de los niños y los más jóvenes...

—Pronto les tocará a las demás, señor —respondió Nell, volviendo la cabeza y hablando en voz baja.

Fue una observación sin mayor importancia, ya fuera hecha a propósito o al azar o fruto de la simpatía especial que sentía la niña por los pequeños. Pero pareció causar una fuerte impresión en su abuelo, quien no había pensado antes en tal cosa. Este miró de manera apresurada, nerviosa, las tumbas y luego a la niña, a la que llevó a su lado para decirle que debían descansar un poco. Algo que había olvidado desde hacía tiempo parecía abrirse paso en su mente, algo que no iba a desaparecer como habían desaparecido otras cosas más importantes. Le vino a la cabeza una y otra vez durante aquel día, y muchas veces después. Un día, mientras estaban trabajando, la niña, viendo que se giraba a menudo para mirarla con inquietud, como tratando de disipar alguna duda dolorosa o de recordar algún pensamiento, lo instó a que le contara el motivo. Pero él dijo que no era nada, nada y, poniéndole la cabeza sobre su brazo, le acarició su bella mejilla mientras musitaba que cada día se estaba haciendo más fuerte y que pronto sería una mujer.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

A partir de entonces, surgió en el espíritu del anciano una constante preocupación por la niña. Hay cuerdas en el corazón humano —cuerdas extrañas, variables— que, pulsadas por accidente, permanecen mudas e insensibles a las llamadas más apasionadas y serias, pero responden al toque más fortuito. En las mentes más insensibles o infantiles existe una cadena de reflexiones que rara vez puede el arte guiar o la destreza asistir; pero esta, como las grandes verdades, se revela por casualidad al descubridor ante la vista del objeto más sencillo. A partir de aquel ligero incidente, el anciano no se olvidó nunca, ni un solo momento, de la debilidad y abnegación de la niña; a partir de aquel momento, él, que había sido testigo de tantas penalidades y angustias de la niña, que había considerado menos graves —y no deploraba más— que las suyas propias, despertó a la conciencia de lo mucho que le debía y de la vida acongojada que ella llevaba. Nunca, desde entonces, ni una sola vez, ni en un momento de descuido, ni una sola preocupación por sí mismo, ni un solo pensamiento sobre su propia comodidad ni ninguna otra consideración egoísta distrajeron sus pensamientos del tierno objeto de su amor.

La seguía a todas partes, y esperaba el momento en que se sintiera cansada para que se apoyara en su brazo; se sentaba frente a ella en un rincón de la chimenea, contento de mirarla, esperando a que ella levantara la cabeza y le sonriera como en otros tiempos; realizaba a hurtadillas las faenas domésticas que pudieran resultarle demasiado pesadas; se levantaba en medio de noches oscuras y frías para escuchar su respiración mientras dormía, y a veces

permanecía acurrucado varias horas al lado de su cama simplemente para poder tocarle la mano. Sólo quien lo conoce todo puede conocer las esperanzas, temores y pensamientos de profundo afecto que se cruzaron en aquel cerebro desordenado, y el cambio tan profundo que se operó en el pobre anciano.

A veces —al cabo de varias semanas—, la niña, agotada aunque sin haber realizado ningún trabajo duro, pasaba la velada sentada en un sillón junto al fuego. En tales ocasiones, el maestro le llevaba libros, que leía en voz alta; y raras eran las veces que el viejo bachiller no acudía también a la casa para participar en las lecturas. El anciano escuchaba en silencio sin enterarse bien del relato, pues tenía los ojos puestos en la niña, y si ella sonreía o se alegraba con lo relatado, él decía que era un libro muy bueno. Cuando, en el transcurso de tales veladas, el viejo bachiller contaba algún cuento que le gustaba mucho a ella (casi todos le gustaban), el anciano se esforzaba por almacenarlo en su mente, y más de una vez, cuando el viejo bachiller se despedía para marcharse, él lo seguía y le pedía humildemente que le repitiera algún pasaje para contárselo luego a la niña y ganarse así una sonrisa suya.

Pero, afortunadamente, tales ocasiones eran raras, pues a la niña le encantaba el aire libre y pasear por su solemne jardín. También venían forasteros a visitar la iglesia, los cuales hablaban de la niña a sus conocidos, que acudían a su vez. Ello explica que incluso en aquella estación del año hubiera visitantes casi a diario. El anciano los seguía a poca distancia escuchando la voz que tanto amaba, y cuando se iban, y se despedían de Nell, se mezclaba con ellos para enterarse de lo que decían o, con el mismo fin, se apostaba en la puerta, con su cabeza gris descubierta, para verlos pasar.

Todos alababan a la niña (su fina percepción y su belleza), y él se sentía orgulloso. Pero ¿qué era eso que tan a menudo comentaban también, y que a él le oprimía el corazón y le hacía sollozar y llorar en algún rincón oscuro? ¡Ay! Incluso los forasteros indiferentes, los que no tenían ninguna relación con ella, excepto el interés del momento, los que se iban y a la semana siguiente se olvidaban de que semejante joven vivía, incluso ellos veían eso, incluso ellos sentían lástima de Nell, incluso ellos saludaban al anciano compasivamente y susurraban algo al pasar.

También los del pueblo, donde no había nadie que no sintiera cariño por la pobre Nell, también ellos tenían el mismo sentimiento: una gran ternura, una gran compasión que aumentaba con el paso de los días. Los niños de la escuela, alegres y despreocupados, también le profesaban un gran afecto. El más revoltoso se lamentaba si no la veía en su lugar habitual cuando acudía a la escuela y entonces se desviaba para preguntar en la reja misma de la ventana. Si estaba sentada en la iglesia, la miraban tímidamente a través la puerta abierta; pero no le hablaban a no ser que ella se levantara y se acercara

a hablar con ellos. Veían en ella algo que la situaba por encima de los demás.

Cuando llegaba el domingo, la iglesia se llenaba de gente pobre, pues el castillo en el que había residido la antigua familia noble se hallaba en ruinas, y sólo había gente humilde a once kilómetros a la redonda. En la iglesia, como en otras partes, toda la gente se interesaba por Nell; se congregaba a su alrededor en el pórtico antes y después del servicio. Los niños se arracimaban a sus faldas, y los ancianos y las ancianas interrumpían sus charlas para tributarle un saludo efusivo. Nadie, joven o viejo, pasaba por delante de ella sin dirigirle una palabra amable. Muchos de los que vivían a cinco o seis kilómetros de allí le llevaban pequeños regalos; y los más humildes y los más rústicos se contentaban con desearle sus mejores augurios.

Nell sentía una predilección especial por los pequeños que había visto jugando el primer día en el camposanto. Uno de ellos, el que le había hablado de su hermano, era su amigo favorito; a menudo este se sentaba a su lado en la iglesia o subía con ella hasta lo alto de la torre. Le encantaba poder ayudarla o imaginar que la ayudaba. No tardaron en hacerse inseparables.

Ocurrió un día que, mientras ella se hallaba leyendo en el viejo camposanto, este niño llegó corriendo con los ojos inundados de lágrimas y, tras apartarla un poco para mirarla mejor, le echó los brazos apasionadamente alrededor del cuello.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nell con un tono que pretendía ser tranquilizador—. ¿Ha ocurrido algo?

—¡Ella todavía no lo es! —gritó el niño abrazándola con más fuerza aún—. No, no. Todavía no.

Nell lo miró perpleja; apartándole el pelo de la cara, lo besó y le preguntó qué quería decir.

—¡Querida Nell, tú no debes serlo! —gritó el niño—. No podemos verlos. Nunca vienen a jugar ni a hablar con nosotros. Por favor, tú sigue como hasta ahora. Así estás mejor.

—No te entiendo —insistió la niña—. Dime qué quieres decir.

—Es que por ahí dicen —respondió el niño, mirándola a la cara— que serás un ángel antes de que los pájaros canten otra vez. Pero tú no lo serás, ¿verdad? No nos dejes, Nell, aunque el cielo sea tan brillante. ¡No nos dejes!

La niña inclinó la cabeza y escondió la cara entre las manos.

—¡Ah, qué bien! ¡No quiero ni pensarlo! —profirió exultante el niño en medio de un mar de lágrimas—. No te irás. Sabes lo tristes que nos dejarías. Querida Nell, dime que te quedarás con nosotros. Oh, por favor, dime que te quedarás —la criatura cruzó las manos y se arrodilló ante ella—. Mírame, Nell

—pidió—, y dime que te quedarás, y así sabré que están equivocados y no lloraré más. Dime que sí, Nell.

Nell seguía con la cabeza gacha y la cara escondida entre las manos, completamente en silencio, a excepción de algunos sollozos.

—Pasado un poco de tiempo —prosiguió el niño, tratando de cogerle una mano—, a los santos ángeles no les importará que no estés con ellos, sino aquí, con nosotros. Willy se fue con ellos, pero, si hubiera sabido que yo lo iba a echar tanto de menos por la noche, nunca me habría dejado solo, estoy seguro.

La niña no podía contestar. Sollozaba con más fuerza, como si el corazón le fuera a estallar.

—¿Para qué ibas a irte, querida Nell? Sé que no serías feliz cuando nos vieras llorando por haberte perdido. Dicen que Willy está ahora en el cielo, y que allí siempre es verano; pero yo estoy seguro de que a él le da pena cuando me acerco a su cama del jardín y no puede volverse para besarme. Pero, si te vas, Nell —prosiguió el niño, acariciándola y apretando su cara contra la de ella—, quíerele mucho por mí. Dile cuánto lo quiero aún y cuánto te quise a ti; y cuando yo piense en que los dos estáis juntos y sois felices, trataré de resignarme y de no causarte pena portándome mal. ¡De veras que no lo haré!

La niña dejó que le cogiera las manos y se las echara alrededor del cuello. Después de un silencio entre lágrimas, lo miró con una sonrisa y le prometió, con voz suave y sosegada, que se quedaría y sería su amiga, mientras el cielo se lo permitiera. Él aplaudió de alegría y le dio las gracias repetidas veces. Ella le pidió que no le contara a nadie lo que habían hablado, y él se lo prometió con la mayor seriedad.

Y no se lo contó a nadie, que la niña supiera. A partir de entonces, se convirtió en su silencioso compañero en sus paseos y meditaciones, y nunca más volvió a referirse al tema que le había producido tanta pena, aunque él no sabía por qué. No obstante, aún persistía en él un poco de desconfianza, pues venía a menudo, incluso por la noche, y con voz tímida le preguntaba si se encontraba bien, y cuando ella le decía que sí, y le pedía que entrara, él se acomodaba en un taburete a sus pies y se quedaba allí hasta que venían a buscarlo y se lo llevaban a casa. Y por la mañana volvía a la casa para preguntarle de nuevo si se encontraba bien; y ya fuera mañana, tarde o noche, y adonde quiera que ella fuese, él dejaba a sus compañeros de juego para hacerle compañía.

—Te has echado un buen amiguito —le dijo el viejo sepulturero una vez—. Cuando su hermano mayor murió (bueno, «mayor» parece una palabra extraña, pues sólo tenía siete años), le partió el corazón.

La niña recordó lo que le había dicho el maestro de escuela y sintió que sus palabras se aplicaban también a aquel niño.

—Parece muy sosegado —prosiguió—, aunque a veces también se le ve animado. Apuesto a que él y tú os habéis acercado al pozo viejo a poner el oído.

—No —replicó la niña—. Me da miedo acercarme; además, voy poco por esa parte de la iglesia. Ni siquiera conozco el lugar.

—Ven conmigo —la invitó—. Yo lo conozco desde que era niño. Ven.

Bajaron los estrechos peldaños que conducían a la cripta y, entre arcos oscuros, se detuvieron en un lugar tenebroso y melancólico.

—Es aquí —indicó el viejo sepulturero—. Dame la mano mientras retiras la tapa para que no tropieces y vayas a caerte dentro. Yo soy demasiado viejo (quiero decir, que tengo reuma) para inclinarme.

—¡Qué negro está... es horrible! —exclamó la niña.

—Mira al interior —la invitó el otro, señalando abajo con el dedo.

La niña obedeció y miró abajo, al interior del agujero.

—Parece el interior de una tumba —comentó el viejo sepulturero.

—Sí, es verdad —asintió la niña.

—He pensado a menudo —afirmó el sepulturero— que probablemente lo cavaron para que la vieja iglesia pareciera un lugar más sombrío y los antiguos monjes se volvieran más devotos. Dicen que lo van a tapar.

La niña aún seguía mirando pensativamente al interior de la cavidad.

—En fin... —agregó el sepulturero—. Veremos sobre cuántas cabezas alegres se habrá arrojado tierra cuando la luz esté excluida de aquí. ¡Sólo Dios lo sabe! Lo van a tapar la primavera que viene.

«Los pájaros cantarán de nuevo en primavera —pensó la niña mientras, apoyada en el alféizar de su ventana, contemplaba la puesta de sol—. La primavera. ¡Qué estación tan hermosa y tan feliz!».

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Un día o dos después de que Quilp invitara al té en el páramo, el señor Swiveller se dirigió al bufete de Sampson Brass a su hora acostumbrada. Al ver que estaba solo en aquel templo de probidad, colocó su sombrero sobre la

mesa y, tras sacar del bolsillo un paquetito con cinta de crespón negro, la colocó alrededor del sombrero y la prendió con alfileres. Una vez colocado este apéndice ornamental, supervisó su obra con suma complacencia y se caló el sombrero, más ladeado que de costumbre para resaltar el efecto fúnebre. Plenamente satisfecho de la componenda, se metió las manos en los bolsillos y se puso a pasear por el despacho con pasos medidos.

«Siempre ha sido igual en mi vida —se dijo el señor Swiveller—, siempre. Desde mi más tierna infancia, siempre he visto frustradas mis más queridas esperanzas, nunca he amado árbol o flor que no se marchitara rápidamente, nunca he criado a una gacela que, tras llegar a conocerme y amarme, y haberme alegrado con sus tiernos ojos negros, no acabara casándose con algún jardinero».

Abrumado por tales pensamientos, el señor Swiveller se detuvo junto al sillón del cliente y se aposentó en él.

«Y esta —siguió cavilando el señor Swiveller con un rictus burlón—, esta es la vida. ¡Ah, ciertamente, por qué no! Estoy muy satisfecho». Y, quitándose el sombrero y mirándolo como si sólo lo disuadieran motivos pecuniarios de aplastarlo con los pies, se dijo: «Llevaré este emblema de la perfidia femenina en recuerdo de aquella con la que nunca volveré a dar vueltas en los bailes, con la que nunca volveré a brindar con vino rosado..., en recuerdo de esa que envenenará el bálsamo de mi existencia el tiempo que me reste de vida. ¡Ja, ja!».

Tal vez convenga observar, para que no parezca una incongruencia, que el señor Swiveller no concluyó su soliloquio con una risa realmente hilarante, que habría contradicho a todas luces sus cachazudas reflexiones, sino que, al hallarse en un estado de ánimo teatral, simplemente se entregó a eso que en los melodramas se llama «reír como un demonio», pues al parecer nuestros demonios siempre se ríen en sílabas escandidas (que siempre son tres, ni una más ni una menos); notable propiedad de tal gremio merecedora de perdurable remembranza.

Apenas habían amainado los lamentos del señor Swiveller, que seguía sentado muy afligido en el sillón del cliente, cuando llamaron a la puerta o, por adaptar el sonido al humor que lo embargaba a la sazón, tocaron a difuntos. Se apresuró a abrir la puerta y se encontró con el expresivo semblante del señor Chuckster, con quien intercambió numerosos saludos fraternales.

—Ha venido diabólicamente temprano a este pestilente y viejo matadero —declaró el caballero, apoyando el peso del cuerpo sobre una pierna mientras balanceaba la otra con desenvoltura.

—Más o menos —comentó Dick.

—¡Más o menos! —replicó el señor Chuckster con ese tono de linda socarronería que tanto le convenía—. Eso diría yo. Pero, mi querido colega, ¿sabe qué hora es? Las nueve y media de la mañana.

—¿No va a entrar? —preguntó Dick—. Estoy solo. Swiveller solus. «Es la hora de las brujas...».

—«... la hora de medianoche...».

—«... en que los cementerios se entreabren...».

—«... y las tumbas devuelven a los muertos».

Al final de aquella cita dialogada, en la que ambos caballeros habían adoptado una pose poética, descendieron a la prosa común y entraron en el despacho. Tales arrebatos eran corrientes entre los Gloriosos Apolos; eran, hablando propiamente, los vínculos que los mantenían unidos y los elevaban por encima del resto de los mortales.

—Bien... ¿y qué tal le va a mi buen barbián? —preguntó el señor Chuckster, apoderándose de un taburete—. Me he visto obligado a venir a la City por un pequeño asunto privado, y no podía pasar cerca de aquí sin hacerle una visita; pero a fe mía que no esperaba encontrarle. Es tan terriblemente temprano...

El señor Swiveller expresó su agradecimiento y, dejando claro en la conversación que él gozaba de buena salud, y que el señor Chuckster gozaba de una salud igualmente envidiable, ambos caballeros, de acuerdo con una solemne costumbre de la venerable cofradía a la que pertenecían, se unieron a coro en un fragmento del popular dúo «Bien está lo que bien acaba», que concluyeron con un largo apretón de manos.

—¿Qué, hay algo de nuevo? —preguntó Richard.

—La ciudad está plana, mi querido amigo —contestó el señor Chuckster—, más plana que la capa de un queso holandés. No hay ninguna noticia. Por cierto, el inquilino suyo es una persona sumamente extraordinaria. Se hurta a la comprensión más perspicaz, se lo aseguro. ¡Nunca se vio un individuo semejante!

—¿Qué está haciendo ahora? —inquirió Dick.

—Por Júpiter, señor —exclamó el señor Chuckster, sacando una caja de rapé oblonga, cuya tapadera estaba adornada con una cabeza de zorro esculpida en bronce—, que es un hombre realmente insondable. Este señor ha trabado amistad con nuestro aprendiz de notario. No es que este sea mal individuo, pero es tan extremadamente lento y zalamero... Ahora bien, si

buscaba un amigo, ¿por qué no haberse fijado en uno que sabe un par de cosas y puede mejorar a cualquiera con sus buenos modales y su amena conversación! Yo tengo mis defectos, señor —reconoció el señor Chuckster.

—Qué va, qué va... —lo interrumpió el señor Swiveller.

—Oh, claro que sí, claro que tengo mis defectos. Nadie conoce sus defectos tan bien como yo conozco los míos. Pero —prosiguió el señor Chuckster— yo no soy un mansurrón. Mis peores enemigos (todo hombre tiene sus enemigos, señor, y yo tengo también los míos) nunca me han acusado de ser un mansurrón. Y le diré una cosa, señor: si yo no tuviera las cualidades que suelen hacer querible a una persona en mayor número que nuestro aprendiz de notario, robaría un queso de Cheshire, me lo ataría al cuello y me ahogaría. Moriría degradado, igual que había vivido. Palabra de honor.

El señor Chuckster hizo una pausa, propinó unos golpecitos al hocico del zorro con el nudillo del dedo índice, tomó una pizca de rapé y miró fijamente al señor Swiveller, como dándole a entender que estaba muy equivocado si creía que iba a estornudar.

—No contento, señor —continuó el señor Chuckster—, con haber trabado amistad con Abel, cultiva también la compañía de sus padres. Desde que regresó de esa caza del ganso salvaje, no deja de pasarse por allí. Y encima apadrina al joven esnob; notará, señor, que entra y sale constantemente de la casa. En cambio, no creo que, más allá de las normas de urbanidad más elementales, haya intercambiado conmigo más de media docena de palabras. Ahora bien, le digo con toda sinceridad —apostilló, sacudiendo la cabeza gravemente como suele hacer quien descubre que las cosas están yendo demasiado lejos— que esto empieza a rayar en lo rastrero, y que si no fuera por los sentimientos que me unen a mi patrón, y porque sé que no podría salir adelante sin mí, me vería obligado a cortar las relaciones. No tendría más remedio.

El señor Swiveller, que estaba sentado en el taburete frente a su amigo, atizó el fuego en un exceso de simpatía, pero no dijo nada.

—En cuanto al joven esnob, señor —prosiguió el señor Chuckster con mirada profética—, verá cómo acaba mal muy pronto. En nuestra profesión, conocemos un poco la naturaleza humana, y estoy segurísimo de que este individuo, que volvió un día para completar un chelín, mostrará dentro de poco su verdadera naturaleza. Es un miserable ladrón, señor; no puede ser otra cosa.

En su excitación, probablemente el señor Chuckster habría proseguido en el mismo tono, y con un lenguaje más enfático todavía, de no haberse oído un golpe en la puerta que parecía anunciar la llegada de un cliente; así pues,

mostró de repente una mayor mansedumbre que la que habría convenido a su anterior declamación. Al oír el mismo golpe en la puerta, el señor Swiveller rotó rápidamente su taburete sobre una pata para acercarse a la mesa, en la que dejó el atizador, que, en medio de su turbación, había olvidado colocar en su sitio, y gritó:

—¡Adelante!

La persona que se presentó no fue ni más ni menos que Kit, el motivo mismo de la ira del señor Chuckster. Nunca se envalentonó tan rápidamente un hombre ni pareció tan feroz como el señor Chuckster al descubrir quién era. El señor Swiveller lo miró fijamente unos instantes y después, saltando de su taburete y cogiendo el atizador, esgrimió, presa de una especie de frenesí, varios floreos de ataque y defensa.

—¿Está el caballero en casa? —preguntó Kit un tanto extrañado ante semejante recibimiento.

Antes de que el señor Swiveller pudiera articular una respuesta, el señor Chuckster se lanzó a expresar su protesta e indignación por aquella pregunta, que según él tenía un cariz irrespetuoso y esnob en tanto que el inquiridor, al ver a dos caballeros allí presentes, debería haber dicho «el otro caballero» o, mejor aún (pues no era improbable que el objeto de su inquisición fuera de rango inferior), haber mencionado su nombre y dejado a sus oyentes determinar el rango según juzgaran más oportuno. El señor Chuckster manifestó asimismo que tenía buenas razones para creer que aquella pregunta era un insulto dirigido a él en especial, pero que con él no jugaba nadie, como ciertos esnobs (a los que no señaló ni describió con más detalle) podrían descubrir a su propio coste y riesgo.

—Me refiero al caballero que vive arriba —precisó Kit, volviéndose hacia Richard Swiveller. ¿Está en casa?

—¿Por qué? —quiso saber Dick.

—Porque, si está, traigo una carta para él.

—¿De parte de quién? —preguntó Dick.

—Del señor Garland.

—¡Ah! —profirió Dick con extremada cortesía—. Entonces, puede dejarla encima de la mesa, señor. Y si desea una respuesta, puede esperar en el pasillo, que está muy aireado y bien ventilado, señor.

—Gracias —repuso Kit—, pero se la debo entregar en mano, si no le importa.

La excesiva audacia de aquella respuesta irritó tanto al señor Chuckster, y

movió hasta tal punto su elevada consideración del honor de su amigo, que declaró que, de no haberlo retenido consideraciones de índole legal, ciertamente habría aniquilado a Kit allí mismo; que una afrenta acompañada de circunstancias tan agravantes no podía por menos de ser recibida con la debida sanción y aprobación de un jurado inglés, el cual, no le cabía la menor duda, habría emitido un veredicto de homicidio justificado al tiempo que habría dejado constancia de la alta moralidad y buen carácter del vengador. El señor Swiveller, que no estaba tan acalorado como su amigo y se avergonzaba un poco de la arrebatada reacción de este, no supo qué decir (toda vez que Kit estaba completamente tranquilo y de buen humor) y sintió alivio cuando oyó de repente al caballero soltero gritar desde lo alto de las escaleras:

—¿No ha venido por casualidad alguien a verme?

—Sí, señor —respondió Dick—. En efecto, señor.

—¿Y dónde está? —rugió el caballero soltero.

—Está aquí, señor —contestó el señor Swiveller—. Oye, jovencito, ¿no has oído que debes subir arriba? ¿Es que estás sordo?

Kit no consideró oportuno entrar en discusiones; salió rápidamente del despacho y dejó a los Gloriosos Apolos mirándose en silencio.

—¿Qué te había dicho yo? —exclamó el señor Chuckster—. ¿Qué dices de todo esto?

El señor Swiveller, del que se puede decir que tenía un buen natural y no percibía en la conducta de Kit ningún tipo de villanía, no supo qué respuesta darle, y se sintió aliviado al ver entrar al señor Sampson y a su hermana Sally. El señor Chuckster, por su parte, se retiró al instante.

Parecía como si el señor Brass y su adorable compañera hubieran estado hablando de algo importante en el transcurso de su frugal desayuno. Cuando ocurrían tales cosas, solían asomar por el despacho una media hora más tarde de lo que era habitual en ellos y con un semblante particularmente sonriente, como si lo que habían tramado hubiera tranquilizado su espíritu y arrojado un rayo de luz sobre su penosa existencia. En aquella ocasión, pues, parecían particularmente alegres. El aspecto de la señorita Sally era untuoso, en tanto que el señor Brass se frotaba las manos de una manera jocosa y jovial.

—Bien, bien, señor Richard —empezó Brass—. ¿Qué tal estamos esta mañana? ¿Con buena disposición y buen humor, eh, señor Richard?

—Estamos estupendamente, señor —respondió Dick.

—Eso me gusta —celebró Brass—. ¡Ja, ja! Es agradable ver a la gente más alegre que unas pascuas. ¿No está de acuerdo conmigo, señor Richard? Vivimos en un mundo agradable, muy agradable, diría yo incluso. Hay gente

mala también en él, señor Richard, pero, si no hubiera gente mala, tampoco habría buenos abogados. ¡Ja, ja! ¿Ha traído algo el cartero esta mañana, señor Richard?

El señor Swiveller contestó con una negativa.

—¡Ja! —se rio Brass—. No importa. Si hoy hay poco negocio, mañana habrá más. Un espíritu contento, señor Richard, hace más dulce la existencia. ¿No ha venido nadie, señor?

—Sólo mi amigo —contestó Dick—. «Que nunca nos falte...».

—«... un amigo» —metió baza Brass— «ni una botella que ofrecerle». ¡Ja, ja! Así continúa la canción, ¿no? Una canción muy bonita, señor Richard, muy bonita. Me gusta el sentimiento que rezuma. ¡Ja, ja! Su amigo es el joven del despacho de Witherden, me parece..., sí, «que nunca nos falte un...». ¿No ha venido nadie más, señor Richard?

—Ha venido alguien, pero era para el inquilino —contestó el señor Swiveller.

—¡Ah, no me diga! —exclamó Brass—. Alguien para el inquilino, ¿eh? ¡Ja, ja! «Que nunca nos falte un amigo ni una...». Así que era para el inquilino, ¿eh, señor Richard?

—Sí —afirmó Dick un tanto extrañado del excesivo buen humor que irradiaba su patrón—. Está con él en estos momentos.

—¡Está con él en estos momentos! —exclamó Brass—. ¡Ja, ja! Pues que sean felices, tralarí tralará, ¿eh, señor Richard? ¡Ja, ja!

—Pues sí —asintió Dick.

—¿Y quién —preguntó Brass mientras revolvía unos papeles—, quién es el visitante del inquilino? No será una visitante, espero, ¿eh, señor Richard? La moral de Marks, ya sabe, señor... «Cuando hermosas mujeres insensatas se vuelven...», etcétera. ¿Eh, señor Richard?

—Otro joven que trabaja también para Witherden, o al menos a tiempo parcial —informó Richard—. Un tal Kit; así lo llaman.

—Conque Kit, ¿eh? —exclamó Brass—. Extraño nombre, como el cofrecito de un maestro de danza, ¿no, señor Richard? ¡Ja, ja! Así que Kit está ahí arriba, ¿no? Bien, bien.

Dick miró a la señorita Sally, preguntándose cómo es que no reprimía tan inhabitual exuberancia de parte del señor Sampson; pero como no la vio dispuesta en este sentido, sino que parecía mostrar más bien una especie de tácita aquiescencia, concluyó que los dos debían de haber estado engañando a alguien y le habían sacado bastante dinero.

—¿Tendría la bondad, señor Richard —le pidió Brass, sacando una carta de un cajón de la mesa— de llevar esto a Peckham Rye? No se necesita respuesta, pero es una carta especial que conviene entregar en mano. Dígale al cochero que se le pagará a la vuelta, ya sabe. No se gaste ni un penique de su bolsillo. Hay que gorronear todo lo que se pueda... ¿No es ese el lema del buen escribano, señor Richard? ¡Ja, ja!

El señor Swiveller se quitó con parsimonia la chaqueta de marinero, se puso el sobretodo, retiró el sombrero de la percha, se metió la carta en el bolsillo y partió. Acto seguido, la señorita Sally Brass se levantó y, sonriendo dulcemente a su hermano (que asintió con la cabeza y se pellizcó la nariz en respuesta), se retiró también.

En cuanto Sampson Brass se hubo quedado solo, abrió la puerta del despacho de par en par y, sentándose en la mesa mirando a la puerta, para que no se le escapara nadie que bajase en dirección a la calle, empezó a escribir con alegría y aplicación, canturreando un aire que era cualquier cosa menos musical: cierto estribillo que parecía hacer referencia a la unión entre la Iglesia y el Estado, una fusión entre el «Himno de la tarde» y «Dios salve al rey».

El abogado de Bevis Marks siguió escribiendo y canturreando durante un buen rato, salvo cuando, con cara pícara, se detenía para ver si oía algo; pero como no oía nada, siguió cantando más fuerte y escribiendo más despacio. Al final, en una de tales pausas, oyó abrirse y cerrarse la puerta de su inquilino y los pasos de alguien que bajaba las escaleras. El señor Brass dejó de escribir y, con la pluma en la mano, canturreó más fuerte, balanceando al mismo tiempo la cabeza como un hombre completamente embebido por la música y sonriendo de manera seráfica.

Al bajar, Kit se encontró con aquel espectáculo y con aquellos alegres sonidos. Cuando llegó a la puerta, el señor Brass dejó de cantar, pero no de sonreír ni de asentir obsequiosamente con la cabeza al tiempo que le hacía una señal con la pluma.

—Kit —dijo el señor Brass con el tono de voz más agradable que imaginarse pueda—, ¿qué tal estamos?

Kit, que tendía a rehuir a aquel hombre, le respondió de manera educada y, cuando ya tenía la mano en el picaporte para irse, el señor Brass le dijo con voz suave que se acercara.

—No te vayas, Kit, por favor —le rogó el abogado con un tono de misterio y al mismo tiempo de hombre de negocios—. Acércate, por favor. ¡Vaya, vaya! Cuando te veo —formuló el abogado, levantándose del taburete y acercándose a la chimenea—, me acuerdo de la carita más dulce que jamás han contemplado mis ojos. Recuerdo también que tú fuiste allí dos o tres

veces, cuando estábamos ejecutando el embargo legal. Ah, Kit, mi querido amigo, las personas de mi profesión tenemos que desempeñar a veces tareas muy dolorosas, por las que no debes envidiarnos de ningún modo.

—Desde luego que no le envidio, señor —repuso Kit—, aunque yo no soy quién para juzgar a nadie.

—Nuestro único consuelo, Kit —continuó el abogado, sumido en una suerte de abstracción meditativa—, es que, si bien no podemos desviar el curso del viento, sí podemos suavizarlo; podemos atemperarlo, por así decir, para los corderos trasquilados.

«Y bien trasquilados —pensó Kit—. ¡Hasta la misma piel!». Pero no lo dijo.

—En aquella ocasión, Kit —abundó el señor Brass—, en aquella ocasión a la que acabo de aludir, libré una dura batalla contra el señor Quilp (pues el señor Quilp es un hombre muy duro) y conseguí para ellos la indulgencia que obtuvieron. Podría haberme costado la pérdida de un cliente. Pero la virtud del sufrimiento me inspiró, y gané.

«No es tan malo, después de todo», pensó el honrado Kit mientras el abogado se mordía los labios como hombre que lucha para sacar a flote sus mejores sentimientos.

—Siento un gran respeto hacia ti, Kit —profirió Brass con emoción—. Por aquella época fui testigo de tantas muestras de buena conducta por tu parte que sentí y sigo sintiendo un gran respeto hacia ti, a pesar de tu condición humilde y de tu escasa fortuna. No es al chaleco adonde yo miro. Es al corazón. Las rayas del chaleco son como las varillas de la jaula. Pero el corazón es el pajarillo. ¡Ah, cuántos pajarillos se consumen eternamente sacando el pico por entre las varillas para ganarse el afecto de la humanidad!

Este símil poético, que Kit consideró una alusión especial a su propio chaleco de rayas, lo venció al fin. La voz y el ademán del señor Brass contribuyeron no poco a tal efecto, pues discurría con la suave austeridad de un eremita, y sólo faltaba un cordón que ciñera su abrigo raído y una calavera en la repisa de la chimenea, para parecer un religioso en toda regla.

—Bien, bien —prosiguió Sampson, sonriendo como sonríen los hombres buenos cuando se compadecen de sus propias debilidades, o de las del prójimo—. Pero... para no andarnos tanto por las ramas..., toma esto, por favor —apostilló, señalando dos medias coronas que había sobre la mesa.

Kit miró primero las monedas, después a Sampson y vaciló.

—Son para ti —insistió Brass.

—¿Son de...?

—No importa la persona de la que puedan provenir —repuso el abogado—. Escucha una cosa, por favor. Tenemos unos amigos un tanto excéntricos ahí arriba, Kit, y no debemos hacer preguntas ni hablar demasiado; tú me comprendes, ¿verdad? Cógelas, y nada más. Y, aquí entre nosotros, no creo que sean las últimas que vas a coger de la misma mesa. Espero que no. Adiós, Kit. ¡Adiós!

Con grandes expresiones de agradecimiento, y reprochándose haber sospechado por motivos tan leves de alguien que, en su primera conversación, había resultado ser un hombre muy distinto del que había supuesto, Kit cogió el dinero y se fue a casa. Todavía junto al fuego, el señor Brass reanudó sus proezas vocales con el semblante atravesado por una sonrisa seráfica.

—¿Puedo entrar? —preguntó la señorita Sally, asomando la cabeza.

—¡Ah, claro que puedes entrar! —respondió el hermano.

—Ejem... —tosió la señorita Brass a modo de pregunta.

—Sí, sí —respondió Sampson—. Yo diría que lo tenemos en el saco.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

La aprensión e indignación del señor Chuckster no carecían de fundamento. En efecto, la amistad entre el caballero soltero y el señor Garland no parecía enfriarse, sino, antes bien, aumentar día tras día; pronto empezaron a frecuentarse con asiduidad. El hecho de que el caballero soltero se hallara por entonces algo delicado de salud —consecuencia, sin duda, de las grandes emociones que había experimentado últimamente y de su subsiguiente desencanto— fue una ocasión más para verse con mayor frecuencia todavía. En suma, que los residentes de la finca de Abel, en Finchley, entraban y salían casi a diario de la casa Bevis Marks.

Como para entonces el poni se había despojado de cualquier disfraz y, sin ambages ni rodeos de ningún tipo, se negaba en redondo a ser conducido por cualquiera que no fuera Kit, ocurría que, fuera el visitante el anciano señor Garland o el señor Abel, Kit siempre se hallaba presente. Kit era, por las prerrogativas que le otorgaba su cargo, el portador de cualquier mensaje o encargo. De modo que, mientras el caballero soltero permaneció indispuerto, Kit acudió cada mañana a Bevis Marks casi con la misma regularidad que el correo de Su Majestad.

El señor Sampson Brass, que tenía sus buenos motivos para mantenerlo bajo su vigilancia, estaba siempre atento al trote del poni y al traqueteo del

calesín por la calle. En cuanto el sonido alcanzaba sus oídos, dejaba la pluma inmediatamente y se frotaba las manos con muestras de gran júbilo.

—¡Ja, ja! —solía exclamar—. ¡Aquí está el poni de nuevo! Un poni de lo más notable, sumamente dócil, ¿eh, señor Richard?

Dick respondía cualquier cosa, y el señor Brass, encaramado a un taburete para ver mejor a través del opaco cristal superior de la ventana, permanecía observando a los visitantes.

—¡El anciano caballero de nuevo! —exclamaba—. Es un anciano caballero muy agradable, señor Richard, de semblante sumamente encantador; parece la tranquilidad y la benevolencia encarnadas. Plasma perfectamente mi idea del rey Lear, tal y como aparecía cuando tenía en sus manos las riendas del reino, señor Richard: el mismo buen humor, el mismo pelo blanco y calva parcial, la misma facilidad para dejar hacer. ¡Ah! Un tema muy bonito para la charla, señor Richard, muy bonito...

Una vez que el señor Garland se había apeado y había desaparecido en la habitación de arriba, Sampson asentía sonriente a Kit desde la ventana y salía inmediatamente a la calle para saludarlo. En tales ocasiones, la acción solía desenvolverse de la manera siguiente:

—Admirablemente almohazado, Kit —el señor Brass acaricia al poni—. Tu manejo del poni te deja en muy buen lugar. Es un animal asombrosamente suave y reluciente. Parece literalmente como si lo hubieran barnizado.

Kit se toca el sombrero, sonrío, acaricia al poni y expresa su convicción de que «el señor Brass no encontrará a muchos ponis como este».

—Hermoso ejemplar, en verdad —lo ensalza Brass—. ¿Y sagaz, también?

—¡Vaya que si es sagaz! —responde Kit—. Comprende todo lo que se le dice como el mejor cristiano.

—¿De veras? —exclama Brass, que ha oído decir lo mismo una docena de veces en el mismo lugar a la misma persona y con las mismas palabras, pero que no por eso deja de quedarse boquiabierto—. ¡Realmente asombroso!

—La primera vez que lo vi, señor —abunda Kit, complacido del interés que dispensa el abogado a su favorito—, no creí que acabaría familiarizándome tanto con él como lo estoy ahora.

—¡Ah! —responde el señor Brass, inagotable pozo de preceptos morales y de respeto a la virtud—. Encantador tema de reflexión, realmente encantador. Un tema para sentirse orgulloso y congratularse, Christopher. La honradez es la mejor política. Conmigo pasa lo mismo. Precisamente he perdido esta mañana cuarenta y siete libras y diez chelines por ser honrado. Pero eso no es una pérdida, ¡es una ganancia!

El señor Brass se acaricia pícaramente la nariz con la pluma y mira a Kit, que tiene los ojos inundados de lágrimas. Kit piensa que si alguna vez ha habido hombre cuyas apariencias engañen, ese hombre es Sampson Brass.

—Un hombre —continúa Sampson— que pierde cuarenta y siete libras en una sola mañana a causa de su honradez es un hombre al que hay que envidiar. Si hubieran sido ochenta libras, la plenitud de mi corazón habría sido aún mayor. Cada libra perdida habría sido un quintal de felicidad ganada. Hay una vocecilla, Christopher —eleva la voz Brass, sonriendo y dándose una palmadita en el pecho—, que me canta unas canciones dulces, que son pura felicidad y alegría para mí...

Kit se siente moralmente estimulado con aquella conversación (le parece que llega a lo más hondo de sus sentimientos); está pensando qué podría contestar cuando, en esto, aparece el señor Garland. El anciano caballero es ayudado a subir al calesín con gran obsequiosidad por el señor Sampson Brass; y el poni, tras sacudir la cabeza varias veces (llevaba tres o cuatro minutos quieto, con las cuatro patas firmemente plantadas en el suelo, como decidido a no moverse nunca de aquel lugar, sino a vivir y morir allí mismo), sale de repente disparado y sin dar el menor aviso a una velocidad de veinte kilómetros por hora. Acto seguido, el señor Brass y su hermana, que se le ha unido en la puerta, intercambian una extraña sonrisa —que no es nada agradable— y vuelven con el señor Richard Swiveller, el cual, durante su ausencia, ha estado regalándose con varias demostraciones pantomímicas y es descubierto sentado a la mesa, con la cara roja y encendida, garabateando violentamente con un cortaplumas.

Cuando Kit acudía solo, sin el calesín, Sampson Brass se acordaba de algún recado y llamaba al señor Swiveller para que fuera, si no a Peckham Rye de nuevo, a algún lugar distante, del que no pudiera volver antes de transcurridas dos o tres horas, o probablemente un período mucho más largo, como quiera que este caballero no se caracterizaba precisamente, a decir verdad, por mostrar una especial celeridad en tales ocasiones, sino más bien por entretenerse y alargar el tiempo hasta los límites de la verosimilitud. En cuanto el señor Swiveller desaparecía de la vista, la señorita Sally se retiraba a su vez. El señor Brass dejaba entonces abierta de par en par la puerta del bufete y empezaba a canturrear viejos aires con grandes muestras de alegría mientras sonreía seráficamente. Cuando Kit bajaba por las escaleras, se le invitaba a entrar; primero se le entretenía con alguna conversación amena o de carácter moral y después se le obsequiaba con una o dos medias coronas, según los casos. Lo cual ocurrió tantas veces que Kit, convencido de que las monedas provenían del caballero soltero, que ya había recompensado a su madre con gran liberalidad, se quedaba asombrado de tanta generosidad y compraba con ellas pequeños regalos a su madre, al pequeño Jacob y al bebé,

y también a Bárbara. La escena se repitió tantas veces que no pasaba día sin que cada uno de ellos recibiera alguna nueva fruslería.

Mientras estos hechos e incidentes se sucedían dentro y fuera del bufete de Sampson Brass, a Richard Swiveller, que se quedaba a menudo dentro, empezó a parecerle que el tiempo pasaba demasiado despacio y, para no perder su alegría natural, e impedir que sus demás facultades se oxidaran, compró un tablero de cribbage y una baraja, y empezó a jugar al cribbage con un muerto por veinte, treinta e incluso a veces cincuenta mil libras de cada lado, y a hacer apuestas arriesgadas por cantidades considerables.

Como, a pesar de la magnitud de las apuestas, tales juegos se desarrollaban en medio de un gran silencio, el señor Swiveller empezó pensar, en las veladas en que el señor y la señorita Brass estaban fuera (y por entonces estaban fuera muy a menudo), que oía una especie de estornudo o respiración fuerte cerca de la puerta y, tras un poco de reflexión, dedujo que la causante debía de ser la pequeña criada, que siempre arrastraba un resfriado por vivir en un sótano bastante húmedo. Un día, descubrió que en efecto alguien estaba mirando por el ojo de la cerradura; y como ya no le cabía ninguna duda sobre quién era, se deslizó suavemente hasta la puerta y la abrió de golpe antes de que la espía pudiera darse cuenta de que alguien se había acercado.

—¡Ay! ¡Yo no quería hacer ningún daño, le doy mi palabra de honor! —gritó la pequeña criada, defendiéndose como si fuera mucho mayor—. ¡Se vive con tanta tristeza ahí abajo! ¡Por favor, no diga que me ha visto, no diga nada!

—¡Decir que te he visto! —exclamó Dick—. Quieres decir que mirabas por el ojo de la cerradura simplemente porque buscabas compañía, ¿no?

—Sí, le doy mi palabra de que ha sido así —contestó la pequeña criada.

—¿Cuánto tiempo hace que te congelas el ojo mirando por esa cerradura? —preguntó Dick.

—¡Oh! Desde que empezó usted a jugar a las cartas. Bueno..., antes.

El señor Swiveller recordó vagamente algunos ejercicios fantásticos a los que se había entregado después de la jornada de trabajo, de todos los cuales, no cabía duda, la pequeña criada había sido testigo; pero, en vez de enfadarse, decidió no perder la compostura.

—Bueno, entra —la invitó tras reflexionar unos instantes—. Aquí, siéntate aquí; te enseñaré a jugar.

—¡Oh, no me atrevo! —replicó la pequeña criada—. La señorita Sally me mataría si se enterara de que he subido aquí.

—¿Tienes chimenea ahí abajo? —preguntó Dick.

—Una muy pequeña —respondió la pequeña criada.

—La señorita Sally no podría matarme a mí si se enterara de que he bajado al sótano; así que bajaré —decidió Richard mientras se metía las cartas en el bolsillo—. ¡Caramba, qué delgada estás! ¿Cómo es eso?

—No es por mi culpa.

—¿Te apetece comer algo de pan y de carne? —preguntó Dick, cogiendo el sombrero—. ¿Sí? ¡Bien! Lo imaginaba. ¿No has probado nunca la cerveza?

—Tomé un sorbito una vez —respondió la pequeña criada.

—¡Qué situación tan extraña! —exclamó el señor Swiveller, levantando los ojos al techo—. Nunca la has probado, pues no se puede tomar sólo un sorbito. Dime, ¿cuántos años tienes?

—No lo sé.

El señor Swiveller abrió los ojos como platos y permaneció unos instantes meditando. Después, pidió a la niña que vigilara la puerta hasta su vuelta y desapareció.

Volvió al poco tiempo seguido del chico de la taberna, que traía en una mano un plato con pan y rosbif y en la otra una gran jarra llena de una mezcla que olía muy bien y despedía unos vapores muy agradables; era un ponche de cerveza exquisito, hecho según una receta especial que el señor Swiveller le había revelado al tabernero, en la época en que figuraba en la lista de sus deudores y deseaba granjearse su amistad. El señor Swiveller aligeró al mozo de la carga en la puerta y le dijo a su pequeña compañera que la bajara deprisa a la cocina para evitar sorpresas, que él iría detrás.

—¡Ahí tienes! —indicó Richard, una vez en la cocina, poniendo la comida delante de la pequeña criada—. Acaba primero con esto, y luego probarás lo otro.

La pequeña criada no necesitó de una segunda orden, y el plato quedó pronto vacío.

—Y ahora —la invitó Dick, pasándole el ponche—, toma un trago de esto, pero con moderación, ya sabes, pues no estás acostumbrada. ¿Qué, te gusta?

—¡Oh, vaya que si me gusta! —exclamó la pequeña criada.

El señor Swiveller, sumamente satisfecho con la contestación, tomó un largo trago sin dejar de mirar a su compañera al mismo tiempo. Concluidos estos preliminares, se dispuso a enseñarle a jugar a las cartas, cosa que ella aprendió muy deprisa, pues era una joven lista y astuta.

—Y ahora —declaró el señor Swiveller después de colocar dos monedas

de seis peniques en un platillo, de despabilar la vela mortecina y de cortar y repartir las cartas—, este es el palo. Si tú ganas, te lo llevas todo; si yo gano, me lo llevo yo. El juego parece así más real y más agradable. A partir de ahora te llamaré marquesa, ¿de acuerdo?

La pequeña criada asintió con la cabeza.

—Bien, marquesa —dijo el señor Swiveller—. Echa una carta.

La marquesa, con las cartas bien sujetas en la mano, dudó un momento sobre cuál echar mientras el señor Swiveller, con el aire jovial y elegante que se esperaba de él, procedía a tomar otro buen trago.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

El señor Swiveller y su compañera jugaron varias partidas con diferentes resultados hasta que la pérdida de seis peniques, el claro descenso del nivel del ponche y el sonido del reloj anunciando las diez de la noche recordaron al caballero el vuelo del tiempo y la conveniencia de retirarse antes de que llegaran el señor Sampson y la señorita Sally Brass.

—En vista de tales circunstancias, marquesa —declaró el señor Swiveller con gravedad—, le pido su venia para meterme el cartón en el bolsillo y hurtarme a su presencia en cuanto termine esta jarra, observando asimismo, marquesa, que, puesto que la vida, al igual que el agua de un río, no deja de correr, a mí no me importa lo deprisa que discurra mientras un ponche semejante crezca en la orilla y unos ojos semejantes iluminen las ondas en su discurrir. ¡Marquesa, a su salud! Me disculparé que me ponga el sombrero, pero el palacio está húmedo y el suelo de mármol (si se me permite usar la palabra), bastante sucio.

Como precaución contra esto último, el señor Swiveller había permanecido sentado todo el tiempo con los pies encima de la placa de la chimenea, postura que mantenía aún mientras daba curso a estas observaciones de disculpa y sorbía despacio las últimas y exquisitas gotas del néctar.

—¿El barón Sampson Brasso y su bella hermana están, me dice, en el teatro? —preguntó el señor Swiveller, dejando caer pesadamente el brazo izquierdo sobre la mesa y elevando la voz y la pierna derecha como hacen los bandidos en el teatro.

La marquesa asintió con la cabeza.

—¡Ja! —se rio el señor Swiveller, y frunció de un modo espectacular el entrecejo—. Eso está bien, marquesa. Qué nos importa. Un poco de vino aquí.

¡Viva! —como ilustración de estos fragmentos melodramáticos, levantó la jarra con especial unción, bebió con avidez y se relamió los labios con salvaje satisfacción.

La pequeña criada, que no estaba tan familiarizada con los convencionalismos teatrales del señor Swiveller (pues no había visto nunca ni oído hablar de ninguna obra, salvo casualmente a través de rendijas de puertas o en otros lugares prohibidos), se alarmó tanto con aquellas demostraciones tan noveles para ella y mostró su preocupación tan manifiestamente en sus miradas que el señor Swiveller creyó oportuno cambiar sus modales truhanescos por otros más adecuados a la vida cotidiana y preguntó:

—¿Van a menudo donde la gloria los espera, y dejan a su señoría aquí sola?

—Sí, claro que me dejan aquí sola —respondió la pequeña criada—. La señorita Sally es muy mandanta, vaya que sí.

—¿Es muy qué? —preguntó Dick.

—Muy mandanta —repitió la marquesa.

Tras un momento de reflexión, el señor Swiveller decidió renunciar a la conveniencia de corregir la dicción y permitir que siguiera expresándose a su manera particular. Como era evidente que se le había soltado un poco la lengua a la pequeña criada a causa del ponche, y que sus oportunidades de conversación eran muy infrecuentes, no juzgó oportuno, pues, corregir la pequeña incorrección.

—Van a menudo a ver, al señor Quilp —prosiguió la pequeña criada con una mirada pícara—. Van a muchos lugares, que Dios los bendiga.

—¿Es un mandante también el señor Brass? —quiso saber Dick.

—No le llega a la señorita Sally ni a la suela de los zapatos, no —respondió la pequeña criada, sacudiendo la cabeza—. Que Dios lo bendiga, pero nunca hace nada sin ella.

—¿Ah, no? ¿Es eso verdad? —inquirió Dick.

—La señorita Sally lo mantiene siempre a raya —explicó la pequeña criada—; él siempre le pide consejo en todo, y a veces ella se lo da. Dios lo bendiga, usted no creería cómo él los sigue al pie de la letra.

—Supongo —expresó Dick— que los dos hablan de todo, y también de todos. Por ejemplo, a veces hablan también de mí, ¿no, marquesa?

La marquesa asintió de manera categórica.

—¿Cosas buenas? —siguió preguntando el señor Swiveller.

La marquesa cambió el movimiento de la cabeza de arriba abajo por otro de lado a lado con tal vehemencia que pareció que se le iba a descoyuntar el cuello.

—Bien, bien —musitó Dick—. ¿Sería abusar de su confianza, marquesa, rogarle que me diga qué opinan del humilde servidor que tiene ahora el honor de...?

—La señorita Sally dice que usted es un poco payaso —contestó su amiga.

—Bueno, marquesa... —respondió el señor Swiveller—, eso no deja de ser un cumplido. La alegría, marquesa, no es un defecto ni nada degradante. El rey Cole fue también un viejo alegre, si hemos de dar crédito a los libros de Historia.

—Pero ella dice —prosiguió su compañera— que usted no es una persona de fiar.

—No me diga, marquesa —respondió el señor Swiveller, pensativo—. Bueno, varias damas y caballeros, personas no exactamente profesionales sino simples tenderos, señora, me han hecho la misma observación. El oscuro ciudadano que regenta el restaurante del otro lado de la calle se ha inclinado también esta noche por expresar la misma rotunda opinión al pedirle yo que me preparara un banquete. Es un prejuicio popular, marquesa, cuyo fundamento, empero, desconozco, pues a menudo me han fiado cantidades considerables, y puedo afirmar en voz alta que yo nunca he renegado del crédito hasta que este no ha renegado de mí. Nunca. El señor Brass es de la misma opinión, ¿no?

Su amiga asintió de nuevo con una mirada astuta, como dando a entender que el señor Brass tenía al respecto unas opiniones más contundentes aún que su hermana. Pero, como si hubiera recordado algo, añadió al instante cocí voz suplicante:

—Pero no diga que yo le he contado todo esto, o me matarán a palos.

—Marquesa —declaró el señor Swiveller, levantándose—, la palabra de un caballero es tan buena como su firma, y a veces mejor, como en el caso presente, en que mi firma podría revelarse una garantía dudosa. Yo soy su amigo, y espero que juguemos muchas partidas más juntos en este salón. Pero, mi querida marquesa —agregó Richard, deteniéndose antes de llegar a la puerta y describiendo despacio un círculo alrededor de la pequeña criada, que portaba una vela—, permítame opinar que, para estar, como está, al corriente de tantas cosas, su ojo debe de resfriarse a menudo de tanto mirar por los agujeros de las cerraduras.

—Yo sólo intento saber dónde se esconde la llave de la despensa, nada más

—respondió la marquesa con voz temblorosa—, y no me habría llevado muchas cosas si la hubiera encontrado; sólo lo suficiente para matar el hambre.

—Así que no ha encontrado la llave, ¿no? —preguntó Dick—. Claro que... cómo la iba a encontrar. De lo contrario, no estaría tan flaca. Buenas noches, marquesa. Adiós, y si ha de ser para siempre, que la vida le sea eternamente grata... Ah, y ponga la cadena, marquesa, para evitar incidentes.

Con estas palabras de despedida, el señor Swiveller salió de la casa y, sintiendo que había bebido mucho y que seguir bebiendo podría resultar perjudicial para su salud (pues el ponche era bastante fuerte y mareante), resolvió sabiamente dirigir sus pasos hacia sus aposentos y meterse en la cama. Y a su casa llegó pronto, pues sus aposentos (era él quien seguía utilizando esta ficción del plural) no se hallaban muy lejos del bufete. Una vez en su dormitorio, se quitó una bota (olvidándose de quitarse la otra) y cayó en un estado de profunda meditación.

«Esta marquesa —se dijo cruzado de brazos— es una persona fuera de lo común, rodeada de misterios: no conoce el sabor de la cerveza (cosa notable) ni tampoco su propio nombre (lo cual es menos notable) y tiene una visión de la sociedad limitada a lo que ve a través del ojo de la cerradura. ¿Están estas cosas dictadas por su destino o se ha entrometido alguna persona desconocida en los designios del mismo? ¡Misterio insondable!».

Llegadas sus meditaciones a tan satisfactoria conclusión, fue consciente de que aún tenía una bota puesta y procedió a descalzarse también de ella mientras sacudía la cabeza con gravedad y solemnidad y suspiraba profundamente.

«Estas partidas —se dijo el señor Swiveller, calándose el gorro de dormir del mismo modo que se calaba el sombrero— me recuerdan el hogar conyugal. La esposa de Cheggs juega al cribbage y también al cincuenta y dos. Ahora mismo está haciendo sonar sus monedas sobre la mesa de juego. De esparcimiento en esparcimiento, la empujan para que olvide sus nostalgias, y cuando la ven sonreír, piensan que las ha olvidado; pero no, no las olvida. En estos momentos yo debería decir —agregó Richard, poniendo el carrillo izquierdo de perfil y mirando complacido una punta de su bigote en el espejo —..., en estos momentos, diría yo, el hierro ya ha penetrado en su alma. ¡Le está bien merecido!».

Pasando de este humor negro a otro más tierno y patético, el señor Swiveller gimió un poco, dio unos pasos por su cuarto e incluso hizo amago de arrancarse los pelos; pero, pensándolo mejor, retorció la borla del gorro de dormir. Al final, se desvistió con poca resolución y se metió en la cama. Otras personas en su lamentable situación habrían empezado a beber; pero, como el

señor Swiveller ya se había entregado antes a tal ocupación, decidió ponerse a tocar la flauta para conjurar el pensamiento de que había perdido a Sophy Wackles para siempre; tras sosegada consideración, concluyó que era una ocupación buena, sana y lúgubre, al unísono con sus pensamientos tristes, pero también capaz de despertar unos sentimientos parecidos en los pechos de los vecinos. En cumplimiento de su resolución, arrastró una mesita hacia la cama y, disponiendo adecuadamente la luz y su oblongo cuaderno de música, sacó la flauta del estuche y empezó a tocar al estilo fúnebre.

La canción se llamaba «Adiós, melancolía», una composición que, cuando se toca muy despacio con la flauta en la cama (con la ulterior desventaja de ser interpretada por un caballero sólo imperfectamente familiarizado con el instrumento, que repite una nota muchas veces antes de dar con la siguiente), no produce un efecto de especial vivacidad. Sin embargo, durante media noche, o más, el señor Swiveller, acostado unas veces mirando al techo y otras casi fuera de la cama para seguir mejor el cuaderno, tocó esta melodía infausta una y otra vez, no deteniéndose salvo de tanto en tanto un minuto o dos para tomar aire, comentar algo sobre la marquesa y reanudar después el concierto con nuevos bríos. Hasta que no hubo agotado sus temas de meditación, salpicado en la flauta toda la esencia del ponche y conseguido que se volvieran locos todos los que vivían en la misma casa, así como los de las casas de al lado y de enfrente, no cerró el cuaderno de música, apagó la vela y, por fin aligerado y aliviado de su pensamiento, dio media vuelta en la cama y cayó dormido.

Llegada la mañana, se despertó con muy buena disposición, ejercitó media hora más con la flauta y leyó una notificación de la dueña —que había estado esperándolo en la escalera desde el alba— en la que le comunicaba que debía marcharse de la casa; tras lo cual, dirigió sus pasos hacia Bevis Marks, donde la bella Sally ya estaba en su puesto, con aspecto radiante pero sosegado, parecido al que irradia la virginal luna.

El señor Swiveller la saludó con un movimiento de cabeza y cambió su sobretodo por la chaqueta de marinero, operación que solía llevarle algún tiempo, pues, al ser estrecha de mangas, sólo conseguía enfundarla tras toda una serie de intentos. Superado aquel escollo, tomó asiento a la mesa.

—Una pregunta: no habrá visto esta mañana por casualidad un plumier de plata —preguntó la señorita Brass, rompiendo el silencio.

—No me he cruzado con muchos por la calle —respondió el señor Swiveller—. He visto un plumier de aspecto respetable, pero como se hallaba conversando animadamente con un cortaplumas anciano y un palillo de dientes joven, no me ha parecido bien decirles nada.

—Estoy hablando en serio —protestó la señorita Brass.

—¡Hay que ser un perro aburrido para preguntarme a mí semejante cosa en serio! —contestó el señor Swiveller—. ¿No ve que acabo de llegar en este preciso momento?

—Bueno, lo único que sé —repuso la señorita Sally— es que no lo encuentro y que ha desaparecido hoy o cualquier otro día de esta semana; estoy segura de que lo había dejado en la mesa.

«Caray —pensó Richard—, espero que la marquesa no tenga nada que ver con esto».

—Había un cortaplumas también —añadió la señorita Sally— del mismo modelo. Me los regaló mi padre hace muchos años, y los dos han desaparecido. Usted no echará también algo en falta, por casualidad.

De manera maquinal, el señor Swiveller se dio unas palmadas en la chaqueta para asegurarse de que era una chaqueta y no un frac lo que tenía puesto; y como lo único que pertenecía a Bevis Marks era esa chaqueta, respondió con una negativa.

—Es un asunto muy desagradable, Dick —insistió la señorita Brass sacando la caja metálica y solazándose con una pizca de rapé—; pero... aquí, entre usted y yo, entre amigos, ya sabe, pues si Sammy supiera, la cosa no terminaría nunca..., algo del dinero del despacho, que se había dejado a la vista, ha, desaparecido también de la misma manera. Yo, por ejemplo, echo en falta tres medias coronas desaparecidas en tres ocasiones distintas.

—¡No estará hablando en serio! —exclamó Dick—. Tenga cuidado con lo que dice, vieja amiga, pues es un asunto grave. ¿Está completamente segura? ¿No se habrá equivocado?

—Completamente segura; no puede haber equivocación alguna —respondió la señorita Brass con énfasis.

«Entonces, por Júpiter —pensó Richard dejando la pluma—, mucho me temo que ha sido la marquesa».

Cuanto más debatía Dick el tema para sus adentros, más probable le parecía que fuera cosa de la pobre pequeña criada. Cuando consideraba la escasa ración de comida con la que se veía obligada a sobrevivir, lo des cuidada y dejada en la ignorancia que estaba, la manera en que su natural picardía se había visto aguzada por la necesidad y la privación, dejó ya de albergar dudas. Y, sin embargo, le daba tanta pena, y se sentía tan contrariado por la posibilidad de que un asunto de semejante gravedad pudiera enturbiar aquella singular amistad que pensó, y lo pensó de verdad, que habría preferido renunciar a cincuenta libras antes que ver comprometida la inocencia de la marquesa.

Mientras seguía sumido en tan profunda y grave meditación, la señorita Sally sacudía la cabeza con un aire misterioso y dubitativo. En esto que se oyó en el pasillo la voz de su hermano Sampson, que venía canturreando una tonadilla alegre; a continuación hizo su entrada el caballero en persona con una sonrisa radiante y virtuosa en la cara.

—Buenos días, señor Richard. Hemos aquí de nuevo, señor, entrando en un nuevo día con el cuerpo revitalizado por el sueño y el desayuno, y con el espíritu fresco y dispuesto. Hemos aquí, señor Richard, elevándonos con el sol para emprender nuestra pequeña carrera, la carrera del deber, señor, y, a semejanza de él, realizar el trabajo de la jornada con honor para nosotros y ventaja para nuestros semejantes. Una encantadora reflexión, señor, realmente encantadora.

Mientras el señor Brass abordaba a su escribano con tales palabras, examinaba a la luz, de manera tan ostentosa como minuciosa, un billete de cinco libras esterlinas que llevaba en la mano al entrar.

Como el señor Richard no acogió las observaciones de su patrón con particular entusiasmo, este lo miró fijamente y observó que tenía mala cara.

—Lo encuentro a usted algo turbado y desanimado, señor —proclamó Brass—. Señor Richard, conviene que nos pongamos a trabajar con alegría, sin abatimiento. Nos conviene a todos, señor Richard.

Aquí, la casta Sarah exhaló un profundo suspiro.

—Santo cielo —exclamó el señor Sampson—, también tú. ¿Es que ha pasado algo? Señor Richard...

Dick miró a la señorita Sally y vio que esta le hacía señales para que pusiera al corriente a su hermano acerca del asunto poco antes tratado. Como su propia situación no pintaba muy bien hasta que dicho asunto no se resolviera de una u otra manera, así lo hizo. La señorita Brass, manoseando su caja de rapé a una velocidad inusitada, corroboró el relato.

El semblante de Sampson se alargó y el nerviosismo se extendió por todos sus rasgos. Pero, en vez de lamentar patéticamente la pérdida de su dinero, como la señorita Sally había esperado, se dirigió de puntillas hasta la puerta, la abrió, miró afuera, la cerró suavemente, volvió también de puntillas y susurró:

—Se trata de una circunstancia sumamente extraordinaria y dolorosa, señor Richard, una circunstancia sumamente penosa. El hecho es que, últimamente, a mí también me faltan unas pequeñas sumas de la mesa, aunque me he abstenido de mencionarlo a la espera de que algún incidente descubriera al culpable; pero no ha sido así. Estimada Sally, y estimado señor Richard, estamos ante un asunto particularmente infausto.

Dicho lo cual, Sampson dejó el billete en la mesa entre unos papeles con aire ausente y se metió las manos en los bolsillos. Richard Swiveller señaló el billete y le aconsejó que lo quitara de allí.

—No, señor Richard —replicó Brass con emoción—, no lo quitaré de ahí. Ahí se quedará, señor. Quitarlo de ahí, señor Richard, implicaría dudar de usted, y el caso es que en usted, señor, tengo una confianza ilimitada. Lo dejaremos ahí, señor, si no le importa, y no lo quitaremos de ahí bajo ningún concepto —acto seguido, el señor Brass le dio un par de palmaditas en la espalda de una manera sumamente amigable, asegurándole una vez más que tenía tanta fe en su honradez como en la suya propia.

Aunque en otro momento el señor Swiveller habría podido considerar aquello un cumplido de dudosa interpretación, dadas las circunstancias sintió un gran alivio al quedar claro que no sospechaban equivocadamente de él y dio una respuesta adecuada. Entonces el señor Brass se sumió en una sombría meditación, al igual que la señorita Sally. También Richard se sumió en un estado pensativo, temeroso de que en cualquier momento acusaran a la marquesa e incapaz de ahuyentar la idea de que esta era probablemente la culpable.

Cuando los tres llevaban varios minutos en ese estado, la señorita Sally dio de repente un golpe en la mesa y gritó:

—¡Ya he dado con el misterio! —independientemente del misterio al que se refiriera, lo cierto es que la señorita Sally hizo saltar una astilla de la mesa del golpetazo que dio.

—¡Y bien! —gritó Brass impaciente—. Explícate, por favor.

—¡Y bien! —respondió su hermana con aire de triunfo—, ¿acaso no ha habido alguien que, las tres o cuatro últimas semanas, ha estado entrando y saliendo sin parar de este despacho? ¿Y no se ha quedado ese alguien solo aquí algunas veces..., gracias a ti? ¡Y no irás a decirme que ese alguien no es el ladrón!

—¿Qué alguien? —bramó Brass.

—¡Cómo no lo has adivinado! ¿Cómo lo llamáis? Kit.

—¿El mozo del señor Garland?

—El mismo que viste y calza.

—¡Imposible! —exclamó Brass—. ¡Imposible! No quiero ni oír hablar de eso —rebató Sampson, sacudiendo la cabeza y manoteando como si estuviera quitándose diez mil telarañas—. Nunca podré creerme eso. ¡Nunca!

—Pues yo te digo —repitió la señorita Brass, tomando otra pizca de rapé—

que él es el ladrón.

—Y yo te digo —replicó Sampson violentamente— que no lo es. ¿Qué quieres decir? ¿Cómo te atreves? ¿Cómo se puede calumniar a una persona semejante de esa manera! ¿No sabes que es el joven más honrado y leal que he visto en mi vida, y que goza de una fama irreprochable? ¡Adelante, adelante!

Estas últimas palabras no iban dirigidas a la señorita Sally, aunque se pronunciaron con el mismo tono indignado con que se habían pronunciado las anteriores protestas. Iban dirigidas a quien había llamado a la puerta del despacho. Apenas salidas de los labios del señor Brass, hizo su entrada Kit en persona.

—Por favor, señor, ¿me puede decir si el caballero está arriba?

—Sí, Kit —respondió Brass, aún encendido con una especie de virtuosa indignación y mirando a su hermana con el ceño fruncido—. Sí, Kit, está arriba. Me alegro de verte, Kit. Me alegro de verte. Pásate por aquí cuando bajes luego, ¿de acuerdo, Kit? ¡Que ese joven es un ladrón! —exclamó Brass cuando ya se había ido—. ¡Con este semblante tan franco, tan afable! Yo le confiaría cualquier tesoro que tuviera. Señor Richard, tenga la bondad de dirigirse ahora mismo a Wrasp y Cia, en Broad Street, para preguntar si han recibido la notificación para presentarse en el juicio contra Carkem y Painter. ¡Este joven un ladrón! —protestó Sampson con tono mitad airado, mitad burlón—. ¿Acaso soy ciego, sordo, tonto? ¿Acaso no sé discernir la naturaleza humana cuando la tengo delante de mí? ¡Kit, un ladrón! ¡Vamos, vamos!

Lanzada esta última interjección en dirección a la señorita Sally con un inconmensurable alarde de desprecio y desdén, Sampson Brass hundió la cabeza en la mesa, como para excluir al rastrero mundo de su vista, y exhaló otras frases desafiantes bajo la tapa medio cerrada.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

Cuando, realizado su encargo, Kit bajó del apartamento del caballero soltero un cuarto de hora después, el señor Sampson Brass se hallaba solo en el despacho. No estaba cantando como de costumbre ni sentado a la mesa del despacho. La puerta abierta lo mostraba de pie, de espaldas al fuego, con un aire tan extraño que Kit supuso que le había pasado algo.

—¿Le ocurre algo, señor? —preguntó Kit.

—¿Que si me ocurre algo? —exclamó Brass—. No, ¿por qué debería ocurrirme algo?

—Está tan pálido —respondió Kit— que apenas si lo he reconocido.

—¡Bah! Mera fantasía —exclamó Brass, agachándose para remover las brasas—. Nunca me he sentido mejor, Kit, nunca me he sentido mejor en toda mi vida. Y también estoy alegre. ¡Ja, ja! ¿Qué tal se encuentra nuestro amigo de arriba?

—Mucho mejor —respondió Kit.

—Me alegra oído —repuso Brass—. Lo celebro, si puedo decirlo. Un caballero excelente, digno, generoso, espléndido, que no ocasiona ninguna molestia, un inquilino admirable. ¡Ja, ja! El señor Garland... está bien igualmente, espero, ¿no, Kit? Y el poni, mi amigo, mi amigo tan especial, como sabes. ¡Ja, ja!

Kit dio una contestación satisfactoria respecto a todos los habitantes de la finca de Abel. El señor Brass, que parecía algo distraído e impaciente, se encaramó a su taburete y, haciéndole señas para que se acercara, lo cogió por los botones del abrigo.

—Estaba pensando, Kit —empezó el abogado—, que podría conseguir para tu madre un pequeño emolumento. Tú tienes una madre, ¿no? Si mal no recuerdo, me contaste...

—Sí, claro, señor. Ciertamente.

—Viuda, me parece, ¿no? Una viuda muy hacendosa, ¿no?

—Una mujer que trabaja duro y una madre como no hay otra en el mundo, señor.

—¡Ah! —exclamó Brass—. ¡Qué emocionante, realmente emocionante! Una pobre viuda que se desvive por que sus huérfanos lleven una vida decente y acomodada..., un verdadero dechado de bondad humana. Quítate el sombrero, Kit.

—Gracias, señor, pero debo irme ahora mismo.

—Quítatelo por lo menos el poco tiempo que estés —dijo Brass, quitándoselo y removiendo papeles para buscarle un sitio en la mesa—. Estaba pensando, Kit, que a menudo tenemos casas para alquilarlas a clientes nuestros, y asuntos parecidos. Ahora bien, tú sabes que estamos obligados a meter en esas casas a gente para que las vigile, y que muy a menudo esa gente no se revela digna de nuestra confianza. ¿Quién puede impedirnos tener a una persona en la que podamos confiar, con la satisfacción añadida de hacer una buena obra al mismo tiempo? Yo digo: ¿qué puede impedirnos emplear a una mujer digna como tu madre? Con un poco de trabajo, tendría alojamiento gratis todo el año, y muy bueno, además, y encima una asignación semanal. Kit, eso le supondría muchas comodidades de las que no disfruta actualmente.

¿Qué te parece? ¿Tienes alguna objeción? Mi único deseo es prestarte servicio, Kit. Así que di libremente lo que piensas al respecto.

Mientras Brass hablaba, movió el sombrero dos o tres veces y revolvió entre los papeles como en busca de algo.

—¿Cómo puedo tener alguna objeción a un ofrecimiento tan amable, señor? —respondió Kit de la manera más cordial—. No sé cómo agradeceréelo, señor. De verdad que no sé cómo agradeceréelo.

—Bien, bien —expresó Brass, volviéndose de repente hacia él y acercando la cara a la suya con una sonrisa tan repelente que Kit, pese a la inmensa gratitud que lo embargaba, se retiró sobresaltado—. Entonces, está hecho.

Kit lo miró con cierta confusión.

—Hecho, pues —agregó Sampson, frotándose las manos nuevamente con su habitual ademán untuoso—. ¡Ja, ja! Ya verás, Kit, ya verás. Pero ¡cielo santo! —expresó de repente—. ¡A qué hora se ha ido el señor Richard! ¡Qué tardón es, la verdad sea dicha! ¿Te importaría vigilar un minuto el despacho mientras yo subo? Sólo un minuto, te lo aseguro, Kit. Bajo enseguida.

Acto seguido, el señor Brass salió del despacho, y en efecto volvió al punto. El señor Swiveller volvió casi al mismo tiempo, y cuando Kit salía de la habitación a toda prisa para recuperar el tiempo perdido, la señorita Brass se tropezó con él en el umbral de la puerta.

—¡Oh! —exclamó desdeñosamente esta mientras lo veía irse—. Ahí va tu ojito derecho, Sammy, ¿no?

—¡Ah! Ahí va —repitió Brass— mi ojito derecho, si te gusta la expresión. Un chico honrado, señor Richard; un chico leal, de veras.

—¡Ejem! —tosió la señorita Brass.

—Te repito, mujer rijosa y quejumbrosa —profirió Sampson con tono enfadado—, que apostaré mi vida por defender su honradez. ¿Vas a estar siempre con el mismo cantar? ¿Debo soportar verme constantemente hostigado y acosado por tus ruines sospechas? ¿No sientes consideración alguna hacia el verdadero mérito, maliciosa mujer? Pues te diré una cosa: si me apuras, yo sospecharé antes de tu honradez que de la suya.

La señorita Sally sacó la tabaquera y tomó una pizca de rapé despacio, sin dejar de mirar a su hermano.

—¡Esta mujer me saca de quicio, señor Richard! —exclamó Brass. Me exaspera hasta límites insospechados. Estoy inflamado y excitado, señor; sé que lo estoy. Pero estos no son modales para una persona que desempeña semejante profesión. Le aseguro que me saca de quicio.

—¿Por qué no lo deja en paz? —preguntó Dick.

—No puede, señor —repuso Brass—, porque irritarme y vejarme forman parte de su naturaleza, señor, y si no lo hiciera, creo que caería enferma. Pero no se preocupe —continuó Brass—, no se preocupe. Yo me he salido con la mía. Le he demostrado al joven mi mayor confianza. He vuelto a dejarle que se ocupara del despacho. ¡Ja, ja! ¡Ah, pérfida víbora!

La virginal hermana tomó otra pizca de rapé y se metió la tabaquera en el bolsillo sin dejar de mirar al hermanó ni perder la compostura.

—Ha cuidado del despacho de nuevo —refrendó Brass triunfalmente—. Tiene toda mi confianza, y seguirá teniéndola. Por cierto, ¿dónde está el...?

—¿Qué ha perdido? —preguntó el señor Swiveller.

—¡Cielo santo! —exclamó Brass, metiéndose las manos en los bolsillos, mirando a la mesa del despacho, por encima y por debajo, y revolviendo salvajemente todos los papeles—. ¡El billete, señor Richard, el billete de cinco libras esterlinas! ¿Qué ha sido de él? Lo dejé ahí. ¡Que Dios me bendiga!

—¿Qué? —gritó la señorita, levantándose como un resorte, agitando las manos y dejando caer los papeles al suelo—. ¿Que ha desaparecido? Y ahora, ¿quién lleva razón? Y ahora, dime: ¿quién se lo ha llevado? No importan las cinco libras, ¿qué son cinco libras? Es tan honrado..., tan absolutamente honrado. Sería de ruines sospechar de él. No corras detrás de él. No, no. ¡Por Dios!

—¿Se han esfumado de verdad? —preguntó Dick, mirando a Brass con la cara aún más pálida.

—¡Por mi honor que así ha sido, señor Richard! —contestó el abogado, palpándose todos los bolsillos con una mirada de espanto—. Me temo que tenemos que hacer frente a un asunto muy feo. Se han esfumado, en efecto, señor. ¿Qué se puede hacer?

—¡No corras detrás de él! —exclamó la señorita Sally, tomando más rapé—. ¡No corras detrás de él bajo ningún concepto! Dale tiempo para que se escabulla. Claro, ¡sería tan cruel intentar pillarlo in fraganti!

El señor Swiveller y Sampson Brass miraron con suma perplejidad a la señorita Sally, después se miraron el uno al otro e ipso facto, como movidos por un común impulso, cogieron sendos sombreros y salieron pitando a la calle; en su carrera, iban apartando a todos los viandantes como si les fuera en ello la vida.

Kit también iba corriendo, aunque no tan deprisa, llevándoles sólo unos minutos de ventaja. Pero, como ellos conocían perfectamente el camino que él siempre tomaba y no aminoraron el paso, acabaron alcanzándolo en el

momento mismo en que él se había parado a descansar para ponerse de nuevo en marcha.

—¡Alto! —gritó Sampson, poniéndole la mano en un hombro mientras el señor Swiveller lo agarraba del otro—. No tan deprisa, amigo. ¿Cómo es que tienes tanta prisa?

—Sí, sí la tengo —contestó Kit, mirando primero a uno y luego al otro con extrema sorpresa.

—Pues resulta... no puedo creerlo —se explicó Sampson jadeando—, pero algo de valor falta en el despacho. Espero que tú no sepas qué es.

—¿Saber qué? ¡Cielo santo, señor Brass! —gritó Kit, temblando de los pies a la cabeza—. No pensará que...

—No, no —repuso Brass rápidamente—. Yo no pienso nada. Yo no he afirmado en ningún momento que hayas sido tú. Volverás tranquilamente al despacho, espero, ¿no?

—Por supuesto —respondió Kit—. ¿Por qué no?

—Por supuesto —hizo eco Brass—. ¡Por qué no! Espero que al final no haya necesidad de volver. Si supieras todo lo que he tenido que tragar esta mañana por ponerme a tu favor, Christopher, sentirías pena.

—Y yo estoy seguro de que usted sentirá pena por haber sospechado de mí, señor —respondió Kit—. Vamos. Volvamos cuanto antes.

—Ciertamente —asintió Brass—. Cuanto antes, mejor. Señor Richard, tenga la bondad de agarrarlo por ese brazo. Yo lo agarraré por este. No es fácil caminar los tres de frente, pero, dadas las circunstancias, ha de ser así, señor. No queda otro remedio.

Kit pasó del color blanco al rojo, y del rojo al blanco de nuevo, cuando se vio apresado de aquella manera y, por un momento, le entraron ganas de salir corriendo. Pero rápidamente recordó que, si ofrecía resistencia, podrían arrastrarlo del cuello por las calles; así que se limitó a repetir, con la mayor seriedad y con lágrimas en los ojos, que se arrepentirían de lo que estaban haciendo y dejó que lo llevaran. Entretanto, el señor Swiveller, muy molesto con la tarea que se le había encomendado, aprovechó para susurrarle a Kit que si confesaba la culpa, incluso con un simple movimiento de cabeza, y prometía no volver a hacerlo, él haría la vista gorda si le daba una patada a Sampson Brass en las espinillas y salía corriendo. Pero, como Kit rechazó con aire indignado dicha propuesta, al señor Richard no le quedó más que seguir sujetándolo hasta que llegaron a Bevis Marks y se presentaron ante la encantadora Sarah, la cual tomó inmediatamente la precaución de cerrar la puerta con llave.

—Ahora, ya sabes, Christopher —dijo Brass—; si se trata de un caso de inocencia, lo mejor es esclarecer cuanto antes los hechos para la plena satisfacción de todos. Por lo tanto, si consientes que se proceda a un examen —frase que ilustró arremangándose las mangas de la chaqueta—, la cosa quedará resuelta satisfactoriamente para todas las partes.

—Regístreme —respondió Kit, levantando los brazos con ademán orgulloso—. Pero le advierto, señor, que lamentará haberlo hecho el resto de su vida.

—Es ciertamente una acción muy dolorosa —convino Brass, suspirando mientras metía la mano en uno de los bolsillos de Kit y sacaba una variopinta colección de pequeños objetos—, muy dolorosa. Nada por aquí, señor Richard; todo perfectamente satisfactorio. Ni por aquí tampoco, señor. Ni en el chaleco, señor Richard, ni en los faldones. Hasta ahora me siento satisfecho, desde luego.

Richard Swiveller, que sostenía entretanto el sombrero de Kit, observaba el proceso con sumo interés, al tiempo que disimulaba una leve sonrisa, mientras Brass, con un ojo cerrado, miraba por una de las mangas del pobre chico como por un telescopio. De repente, Sampson se volvió hacia él y le pidió que mirara bien en el sombrero.

—Aquí hay un pañuelo —señaló Dick.

—No hay ningún mal en ello, señor —comentó Brass, mirando en la otra manga con voz de quien contempla una inmensa perspectiva—. No hay nada de malo en tener un pañuelo, señor, ninguno. La profesión médica no considera una costumbre saludable, creo saber, señor Richard, llevar un pañuelo en el sombrero; al parecer, hace que la cabeza se caliente demasiado. Pero, por lo demás, no hay nada que objetar. Nada en absoluto.

Una triple exclamación (de Richard Swiveller, la señorita Sally y el propio Kit) sobresaltó al abogado, el cual, volviendo la cabeza, vio que Dick tenía el billete en la mano.

—¿En el sombrero? —gritó Brass en una especie de chillido.

—Debajo del pañuelo, escondido en el dobladillo —profirió Dick pasmado por el descubrimiento.

El señor Brass miró sucesivamente a este, a su hermana, a las paredes, al techo, al suelo, a todas partes, en fin, menos a Kit, que, estupefacto, estaba completamente inmóvil.

—¡He aquí —exclamó Sampson, restregándose las manos— el mundo girando sobre su propio eje sometido al influjo lunar, a las revoluciones de los cuerpos celestes y así sucesivamente! ¡He aquí la naturaleza humana! ¿No?

¡Oh, naturaleza, naturaleza! He aquí el desgraciado a quien yo iba a premiar con mis pequeños recursos, por quien incluso ahora siento una simpatía tal que casi lo dejaría marchar. Pero —agregó elevando el tono— yo soy también abogado y estoy obligado a dar ejemplo y a hacer cumplir las leyes de mi feliz país. Sally, querida, perdóname, y sujétalo por el otro lado. Señor Richard, señor, tenga la bondad de ir a llamar a un guardia. Mi debilidad ya ha pasado, señor, y la fuerza moral vuelve a investirme. ¡Un guardia, señor Swiveller, por favor!

CAPÍTULO SESENTA

Kit estaba como en trance, con los ojos como platos mirando al suelo, sin prestar atención ni a la mano temblorosa del señor Brass que lo sujetaba por un extremo de la bufanda ni a la más firme de la señorita Sally que lo sujetaba por el otro, aunque esta última constricción le resultaba particularmente molesta, pues la fascinante dama, amén de tenerle los nudillos, clavados en la garganta, lo agarraba con tanta fuerza que él, incluso en medio del desorden y la confusión de sus pensamientos, no podía por menos de experimentar una desagradable sensación de ahogo. Así, permaneció en esta postura, entre hermano y hermana, sin ofrecer la menor resistencia hasta que volvió el señor Swiveller con un guardia a sus talones. El funcionario, que estaba acostumbrado, por ser algo connatural al desempeño de sus funciones, a todo tipo de hurtos (desde pequeños latrocinios hasta robos con efracción y atracos a carruajes) y veía a los infractores como clientes que acudían a la tienda al por mayor y al por menor del Derecho Penal, en la que él atendía detrás del mostrador, recibió la declaración del señor Brass con el mismo interés y la misma sorpresa que muestra un empresario de pompas fúnebres cuando se le pide que escuche el relato pormenorizado de la última enfermedad del difunto recién transportado, y arrestó a Kit con indiferencia funcional.

—Nos convendría llegar al juzgado —afirmó el agente de la justicia y del orden— antes de que se marche el magistrado. Le pediré, señor Brass, que nos acompañe —apostilló, mirando a la señorita Sally sin saber bien si estaba ante un grifo o algún otro monstruo mitológico.

—¿Y la dama? —preguntó Sampson.

—¡Ah, sí, de acuerdo! —convino el agente—. E igualmente el joven que ha encontrado el objeto del delito.

—¡Señor Richard! —exclamó Brass con tono fúnebre—. Triste necesidad, pero el altar de la patria, señor...

—Supongo que querrá alquilar un coche, ¿no? —interrumpió el guardia, sujetando maquinalmente a Kit (libre ya de sus precedentes captos) por encima del codo—. Tenga la bondad de traer uno, ¿le parece?

—Pero déjeme antes decirle una cosa —rogó Kit, alzando la vista y mirándolo con ojos suplicantes—. Déjeme decirle sólo una cosa. Yo no soy más culpable que ninguno de ustedes. ¡Por mi vida que soy inocente! ¿Yo, un ladrón? Ah, señor Brass, usted me conoce bien. Estoy seguro de que sabe que soy inocente. No es justo que haga esto.

—Le doy mi palabra, señor agente... —declaró Brass.

Pero el agente lo interrumpió recordando el principio constitucional de que «las palabras se las lleva el viento», añadiendo de su propia cosecha que las palabras eran la papilla de los bebés, mientras que los juramentos eran la comida de los hombres fuertes.

—Cierto, señor agente —asintió Brass con el mismo tono fúnebre—. Absolutamente cierto. Pues bien, señor agente, yo le juro que, hace unos minutos, cuando se hizo este fatídico descubrimiento, yo tenía, en este muchacho una confianza tan grande que le habría confiado... ¡Un coche, señor Richard! Es usted algo lento, señor...

—¡No encontrará a nadie que me conozca —exclamó Kit— que no tenga confianza en mí! Pregunte a quien quiera si ha dudado alguna vez de mí o si yo he sustraído alguna vez un solo penique. Yo era tan honrado como el que más cuando era pobre y pasaba hambre... ¡Cómo voy a dejar de serlo ahora! Ah, piensen bien en lo que están haciendo. ¿Cómo, después de esta terrible acusación, podré yo volver a hablar con los amigos más amables que jamás ha habido?

El señor Brass repuso que habría sido mejor si el detenido hubiera pensado aquello antes; y cuando estaba a punto de hacer alguna otra sombría observación, se oyó arriba la voz del caballero soltero preguntando qué pasaba y cuál era la causa de tanto alboroto. Kit hizo un involuntario movimiento hacia la puerta con la intención de ir a contestarle él mismo, pero fue rápidamente retenido por el guardia y no le quedó más remedio que ver cómo Sampson Brass se dirigía a ofrecerle su propia versión de los hechos.

—Le ha pasado como a todos nosotros: le cuesta trabajo creer lo que ha sucedido —comentó Sampson al volver—. Ojalá pudiera yo dudar de lo que me revelan los sentidos; pero el testimonio de los sentidos es irrecusable. Es inútil someter los ojos a un examen cruzado —exclamó Sampson, guiñando los ojos y frotándoselos—: se atenderán al primer relato, por mucho que queramos cambiar las cosas. Sarah, oigo que ha llegado el coche. Ponte el gorro y vámonos. ¡Qué triste recado! Un funeral moral, diría yo.

—Señor Brass —suplicó Kit—, hágame un favor. Lléveme primero a casa del señor Witherden.

Sampson sacudió la cabeza, indeciso.

—Por favor —insistió Kit—. Mi amo está allí ahora. Por el amor de Dios, lléveme allí primero.

—Bueno, no sé... —tartamudeó Brass, pensando que tal vez así daría una mayor apariencia de legalidad a los ojos del notario—. ¿Cómo andamos de tiempo, señor agente?

El agente, que durante todo ese rato no había dejado de masticar una brizna de paja con perfecta filosofía, contestó que si salían ya tendrían tiempo de sobra, pero que si seguían entreteniéndose, habría que ir directamente a Mansion House; finalmente expresó la opinión de que, como esta institución no iba a cambiar de sitio, le daba igual a dónde ir primero.

Como el señor Richard Swiveller se había quedado dentro del coche, en el rincón más cómodo (mirando los caballos), el señor Brass le dijo al guardia que ya se podía llevar al detenido, que ya estaban listos. Este, que seguía sujetando a Kit de la misma manera, lo hizo avanzar (manteniendo la distancia reglamentaria de unos tres cuartos de brazo) y, ya en la calle, lo empujó al interior del vehículo, subiendo él inmediatamente después. La señorita Sally lo hizo a continuación, y como ya había cuatro personas dentro, Sampson Brass se encaramó al pescante y le dijo al cochero que ya podían irse.

Completamente anonadado por tan repentino y terrible vuelco producido en su vida, Kit miraba por la ventanilla del coche, deseando casi que algún fenómeno monstruoso pudiera proporcionarle algún motivo para creer que aquello era un simple sueño y no la realidad. Pero, ¡ay!, todo resultaba demasiado real y familiar: la misma sucesión de curvas, las mismas casas, el mismo reguero de gente afanándose en ambas aceras, el mismo bullicio de carros y carruajes en la calzada, los mismos artículos en los escaparates; una cotidianeidad en el ruido y el trajín que ningún sueño podría poseer jamás. Sí, lo que le estaba ocurriendo no era un sueño, era real. Estaba acusado de robo: le habían encontrado un billete, aunque era inocente de pensamiento y de obra; y lo llevaban preso.

Sumido en estas dolorosas cavilaciones, pensando con el corazón encogido en su madre y el pequeño Jacob, diciéndose que la conciencia misma de su inocencia sería insuficiente para mostrarse firme en presencia de sus amigos si ellos lo creían culpable, y cada vez con menos esperanza y ánimo conforme se acercaban a la notaría, el pobre Kit iba mirando con rostro serio por la ventanilla, sin fijarse en nada, cuando, de repente, como por arte de magia, se le apareció la cara de Quilp.

¡Qué sonrisita en su cara! El enano miraba por la ventana abierta de una taberna; estaba tan asomado, con los codos apoyados en el alféizar y la cabeza descansando en las dos manos, que, entre la postura y la risa reprimida, parecía como hinchado, como si hubiera alcanzado de repente el doble de su tamaño habitual. El señor Brass, al reconocerlo, mandó inmediatamente detener el coche, que se paró justo delante del enano; este se quitó el sombrero y saludó a la comitiva con grotesca cortesía.

—¡Ajá! —gritó—. ¿A dónde vamos ahora, Brass, a dónde? ¿Y Sally con usted también? ¡La dulce Sally! ¿Y Dick? ¡El simpático Dick! ¡Y Kit! ¡El honrado Kit!

—Está muy alegre —dijo Brass al cochero—. Muy alegre. ¡Ay, señor! Nos ocupa un triste asunto. No vuelva a creer nunca en la honradez, señor.

—¿Por qué no? —quiso saber el enano—. ¿Por qué no, abogado tunante, por qué no?

—Un billete desaparecido en nuestro despacho, señor —contestó Brass, sacudiendo la cabeza—. Encontrado en el sombrero de Kit, señor. Se había quedado solo unos minutos en el despacho. No hay ninguna duda al respecto, señor. La cadena de las pruebas está completa. No falta ni un eslabón.

—¡Qué! —gritó el enano, sacando medio cuerpo por la ventana—. ¿Kit, un ladrón? ¡Kit, un ladrón! ¡Ja, ja, ja! Desde luego que es el ladrón más feo que se pueda encontrar por un penique. Así que robando, ¿eh, Kit, eh? ¡Ja, ja, ja! ¿Han detenido a Kit antes de que tuviera tiempo y oportunidad de golpearme? ¿Eh, Kit, eh? —y, a continuación, soltando una terrible risotada, que aterrorizó al propio cochero, apuntó a la varilla de una tintorería próxima, de donde colgaba un traje que ofrecía cierto parecido con un ahorcado—. ¡Hacia eso se dirige Kit! —aulló, frotándose las manos violentamente—. ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Vaya chasco para el pequeño Jacob, y para su querida madre! Que el pastor de Bethel vaya a consolarlo y a reconfortarlo, Brass. ¿No crees tú también, Kit? ¡Siga, cochero, siga! ¡Adiós, Kit, adiós! ¡Que te vaya muy bien! ¡Ánimo, muchacho! Ah, y mis más cariñosos recuerdos para los Garland, tanto para la querida anciana como para el querido anciano. Diles que les mando mis mejores recuerdos, ¿se lo dirás? ¡Mis mejores votos para ti, y para todo el mundo, Kit! ¡Mis mejores votos para todo el mundo!

En medio de este torrente de buenos deseos, proferidos hasta que ya no se le oía, Quilp los vio alejarse; acto seguido, metió la cabeza y se echó a rodar por el suelo presa de un ataque de hilaridad.

Llegados al poco tiempo a la notaría, pues habían encontrado al enano en una bocacalle a poca distancia de la casa, el señor Brass se apeó y, abriendo la portezuela del coche con aire fúnebre, pidió a su hermana que lo acompañara

al interior del despacho a fin de preparar a las excelentes personas allí presentes para la tristísima noticia que les llevaban. La señorita Sally accedió y pidió al señor Swiveller que los acompañara también. Así, entraron los tres en la notaría: el señor Sampson y su hermana cogidos del brazo y el señor Swiveller siguiéndolos a poca distancia.

El notario se hallaba de pie delante de la chimenea del despacho principal charlando con el señor Abel y el anciano señor Garland, mientras el señor Chuckster escribía algo sentado a una mesa, intentando captar al mismo tiempo todos los retazos de la conversación. Esta escena la observó el señor Brass a través del cristal de la puerta mientras giraba el picaporte; al ver que el notario lo había reconocido, empezó a sacudir la cabeza y a suspirar profundamente sin haber entrado todavía.

—Señor notario —expuso Sampson, quitándose el sombrero y besándose los dos dedos más largos de su guante derecho de castor—, me llamo Brass, Brass de Bevis Marks. Señor, alguna vez he tenido el honor y el placer de defender contra usted algún que otro pequeño asunto testamentario. ¿Cómo está usted, señor?

—Mi ayudante atenderá cualquier asunto que pueda haberle traído aquí, señor Brass —repuso el notario, empezando a retirarse.

—Gracias, señor —expresó Brass—, gracias. Estoy seguro de ello. Permítame, señor, presentarle a mi hermana, uno de nosotros, señor, aunque del sexo débil, muy ducha en asuntos jurídicos, le puedo asegurar. Señor Richard, tenga la bondad de acercarse, por favor. No, realmente... —continuó Brass, situándose entre el notario y su gabinete privado (hacia el que este había empezado a retirarse) y hablando con el tono de un hombre ofendido—, realmente, señor, debo pedirle que me permita decirle una palabra o dos.

—Señor Brass —repitió el otro con tono resuelto—, estoy ocupado. Ya ve que estoy ocupado con estos caballeros. Si no le importa, exponga su asunto al señor Chuckster, que ve ahí, y recibirá la debida atención.

—Caballeros —insistió Brass, metiéndose la mano derecha en la chaqueta y mirando al padre y al hijo con una sonrisa meliflua—, caballeros, apelo a ustedes, caballeros; consideren realmente..., por favor, que pertenezco a la institución togada. Yo ostento el título de gentleman por acto parlamentario, título que me viene renovado tras el pago anual de doce libras esterlinas. Yo no soy uno de esos músicos, actores, escritores o pintores que ostentan títulos que las leyes no reconocen. Yo no pertenezco al gremio de los vagabundos y los gandules. Quien quiera pleitear contra mí debe tratarme como a un gentleman, o su causa resultará nula y sin efecto. Permítanme formular la siguiente pregunta: ¿es este el recibimiento que merezco? Considérenlo, caballeros...

—Bien, ¿quiere tener la amabilidad de especificar el objeto de su visita, señor Brass? —le pidió el notario.

—Señor —repuso Brass—, eso haré. ¡Ah, señor Witherden! Usted dista mucho de dudar..., pero no me andaré más por las ramas, señor. Creo que uno de estos caballeros se llama Garland, ¿no?

—Los dos —asintió el notario.

—¡Ah! —exclamó Brass con excesivo asombro—. Debía haberlo adivinado, por el sorprendente parecido. Me complace tener el honor de presentarme a dos caballeros tan distinguidos, aunque la ocasión es sumamente dolorosa. ¿Uno de ustedes, caballeros tiene por casualidad un criado al que llaman Kit?

—Los dos —respondió el notario.

—¿Dos Kit? —exclamó Brass, sonriendo—. ¡Cielo santo!

—Un solo Kit, señor —replicó el señor Witherden airadamente—, que trabaja para los dos caballeros. ¿Qué ocurre con él?

—El asunto tiene que ver precisamente con él, señor —respondió Brass, bajando la voz con afectación—. Este joven, señor, en quien yo tenía una gran e ilimitada confianza, y a quien había tratado como a un igual, este joven ha cometido esta mañana un robo en mi despacho y ha sido prácticamente sorprendido in fraganti.

—Eso debe de ser una falsedad —protestó el notario.

—No es posible —encareció el señor Abel.

—No me creo ni una palabra de eso —exclamó a su vez el anciano caballero.

El señor Brass los miró a todos con mansedumbre mientras se disponía a hacer su alegato:

—Señor Witherden, sus palabras son justiciables, y si yo fuera un hombre de más baja condición, que no pudiera soportar valientemente una calumnia, debería denunciarlo por daños y perjuicios. Sin embargo, al ser quien soy, señor, prefiero preterir tales expresiones. Respeto la impulsiva indignación del otro caballero, he de decir que lamento verdaderamente ser el mensajero de tan desagradable noticia. Yo no me habría visto en esta situación tan engorrosa, le aseguro, si el muchacho no hubiera expresado él mismo su deseo de ser traído aquí primero, deseo al que yo he accedido. Señor Chuckster, ¿tendría la amabilidad de golpear en la ventana para hacer entrar al guardia que está esperando en el coche?

Los tres caballeros se contemplaron con sendas miradas de incredulidad al

oír aquellas palabras y el señor Chuckster, haciendo como se le había pedido, y saltando del taburete con la excitación de un profeta inspirado cuyas profecías se ven cumplidas, mantuvo la puerta abierta para que entrara el malhadado detenido.

¡Qué escena cuando entró Kit! Expresándose con la llana elocuencia con que lo inspiraba la verdad misma, puso al cielo por testigo de que era inocente y de que no sabía cómo habían podido encontrarle dicho billete. ¡Qué confusión de lenguas antes de que se relataran todas las circunstancias y se desvelaran todos los detalles! ¡Y qué silencio lúgubre cuando, al terminar de hablar, sus tres amigos intercambiaron varias miradas de duda y asombro!

—¿No es posible —sugirió el señor Witherden después de una larga pausa — que ese billete se introdujera en el sombrero por accidente, como por ejemplo al remover los papeles de la mesa?

Pero se demostró claramente que aquello era completamente imposible. El señor Swiveller, aunque testigo involuntario, no pudo por menos de afirmar, por la posición en la que fue encontrado el billete, que debía de haber sido escondido a propósito.

—Resulta lamentable —exclamó Brass—, inmensamente lamentable, desde luego. Cuando se le juzgue, yo intentaré convencer al tribunal para que tenga presente su buena conducta anterior. Debo decir también que antes había perdido dinero, pero eso no quiere decir en absoluto que lo cogiera él. La presunción está en su contra, bastante en su contra; pero, en fin, somos cristianos, ¿verdad?

—Supongo —dijo el agente del orden mirando a su alrededor— que ningún caballero aquí presente desea aportar pruebas de haberlo encontrado con dinero últimamente. ¿Conoce usted algo de esto por casualidad, señor?

—Bueno, él recibía dinero de vez en cuando, eso es cierto —contestó el señor Garland, a quien el agente había formulado la pregunta—. Pero ese dinero, como él me dijo siempre, se lo había dado el propio señor Brass.

—Por supuesto —corroboró Kit vivamente—. En esto podría usted defenderme, ¿no, señor?

—¿Eh? —exclamó Brass, paseando la mirada de una cara a otra con estúpido asombro.

—El dinero que usted conoce tan bien, las medias coronas que me dio usted de parte del inquilino —precisó Kit.

—¡Oh, cielos! —exclamó Brass, sacudiendo la cabeza y frunciendo el ceño—. Mal asunto este, mal asunto.

—¿Cómo? ¿No le dio ningún dinero de parte de nadie, señor? —preguntó

el señor Garland con cierto nerviosismo.

—¿Yo darle dinero, señor? —replicó Sampson—. ¡Vamos, por Dios! Esto raya en la desfachatez. Señor agente, mi buen amigo, creo que es mejor que nos vayamos ya.

—¿Quéee? —gritó Kit—. ¿Niega que me lo dio? Que se lo pregunte alguien, por favor; que diga si no me lo dio.

—¿Se lo dio? —preguntó el notario.

—Les diré una cosa, caballeros —repuso Brass con el mismo tono grave—. Esto no coadyuvará a su causa y, la verdad, si sienten verdadero interés por él, sería mejor aconsejarle que cambie de táctica. ¿Que yo le di qué? Por supuesto que no le di nada.

—Caballeros —exclamó Kit, súbitamente iluminado por una luz—. Mi amo, señor Abel, señor Witherden, les aseguro a todos y a cada uno de ustedes que él me dio ese dinero. No sé qué he podido hacer para ofenderle, pero sí sé que esto es un complot para arruinarme. Escúchenme bien, señores, esto es un complot y, resulte lo que resulte, les aseguro, hasta mi último aliento, que fue él quien puso el billete en mi sombrero. Mírenlo, caballeros, miren cómo cambia de color. ¿Quién de los dos parece el culpable, él o yo?

—¿Lo oyen, caballeros? —profirió Brass, sonriendo—. ¿No lo han oído? ¿No les parece que este caso está tomando muy mal cariz? ¿No creen que es un caso de pura traición y no de simple culpabilidad ordinaria? Tal vez, señores, si él no hubiera dicho esto en su presencia y lo hubiera referido yo, ustedes lo habrían considerado imposible, ¿no les parece?

Con aquellas observaciones pacíficas y socarronas refutó el señor Brass el tosco asalto a su persona; pero la virtuosa Sarah, movida por sentimientos más fuertes, y mostrando sin duda una consideración más celosa del honor de su familia, dejó la compañía de su hermano sin ninguna indicación previa de lo que intentaba hacer y se abalanzó contra el detenido con furia desatada. Y ciertamente habría impactado con dureza contra la cara de Kit si el atento guardia, adivinando sus intenciones, no hubiera apartado a este en el momento crítico, dejando así situado al señor Chuckster en circunstancias de indudable riesgo, pues sobre este caballero, que se hallaba junto al objeto de su ira (y al igual que el amor y la fortuna, la ira también es ciega), fue a caer la bella guerrera, arrancándole en la embestida el falso cuello y dejándole despeinado, antes de que los esfuerzos conjuntos de los allí presentes pudieran volverla consciente de su error. El guardia, advertido por aquel ataque desesperado y convencido de que sería más satisfactorio para la justicia que el detenido fuera presentado íntegro ante el magistrado que no en pequeños trozos, lo llevó al coche sin mayor dilación y propuso que la señorita Brass viajara en la parte

exterior, a lo que la encantadora criatura, tras una pequeña y airada discusión, accedió al fin. Así, ocupó el asiento de su hermano Sampson en el exterior del vehículo mientras este, no sin cierta renuencia, ocupaba su asiento dentro. Terminadas estas componendas, se dirigieron al juzgado a toda velocidad, seguidos por el notario y sus dos amigos en otro coche. El señor Chuckster se quedó solo en la notaría para su gran indignación, pues estaba tan convencido de que su testimonio sobre el regreso de Kit a trabajar para completar el chelín era esencial para demostrar el carácter hipócrita e intrigante de este que su marginación le pareció poco menos que un acto de corrupción judicial.

En el juzgado encontraron al caballero soltero, que había acudido por su cuenta y los estaba esperando con gran impaciencia. Pero ni cincuenta caballeros solteros juntos habrían podido ayudar al pobre Kit, quien, media hora después, era inculcado y acompañado a la cárcel por un benévolo guardia, el cual le dijo por el camino que no había motivos para el desánimo, pues el juicio se celebraría pronto y, con toda probabilidad, la sentencia se dictaría en un santiamén; y, en menos de dos semanas, sería felizmente deportado a Nueva Gales del Sur.

CAPÍTULO SESENTA Y UNO

Digan lo que digan los moralistas y los filósofos, es muy discutible que un hombre culpable hubiera sentido aquella noche ni la mitad de la amargura que sintió el inocente Kit. El mundo, permanentemente aquejado de injusticia, tiende a consolarse con la idea de que, si la víctima de las falsedades y malicias tiene la conciencia tranquila, no podrá por menos de mostrarse fuerte en medio de sus pruebas y, de una u otra manera, disfrutar de un final feliz; «en cuyo caso —dicen quienes han perseguido a dicha víctima—, aunque no nos lo esperábamos, nadie más contento que nosotros». Sin embargo, el mundo haría bien en considerar que esta injusticia es en sí misma, para todo espíritu cabal y generoso, el más insufrible de todos los delitos, el más atormentador y el más difícil de soportar, y que son muchas las conciencias tranquilas que se han extraviado y muchos los corazones sanos que se han destrozado por esta misma razón, pues el conocimiento de los propios méritos no hace sino agravar los sufrimientos y tornarlos menos soportables aún.

El mundo no era culpable en el caso de Kit. Pero Kit era inocente y, sabiendo esto y sintiendo que sus mejores amigos lo consideraban culpable, que el señor y la señora Garland lo mirarían como a un monstruo ingrato, que Bárbara lo asociaría con cuanto había de malo y delictivo en la vida, que Whisker se consideraría un poni abandonado y que hasta su propia madre

podría tal vez ceder a los fuertes indicios en su contra y creerlo el desgraciado que parecía; sabiendo y sintiendo todo esto, experimentó al principio una angustia que ninguna palabra puede describir y empezó a ir y venir por la pequeña celda en la que lo habían encerrado, casi ido del dolor que lo roía.

Cuando la violencia de estas emociones se hubo calmado un poco, acudió a su mente un nuevo pensamiento, trayendo también consigo una angustia no menor. La niña, la estrella brillante en la vida de este joven sencillo, que siempre la miraba como un sueño hermoso, que había convertido la fase más pobre de su existencia en la mejor y más feliz, que había sido siempre tan amable, considerada y buena con él..., si alguna vez llegaba a enterarse de lo ocurrido, ¡qué iba a pensar! Cuando pensó en la niña, le pareció que las paredes de la cárcel se desmoronaban para dejar sitio a la vieja tienda tal y como era en las noches de invierno: el fuego de la chimenea, la mesa con la cena, el sombrero, el abrigo y el bastón del anciano, la puerta entornada del cuarto pequeño, los tres allí. Y Nell y él riendo con todas sus ganas, como tantas veces antes... Pero Kit sintió de repente como si algo le impidiera imaginar aquellas cosas; se dejó caer sobre el catre y rompió a llorar.

Fue una noche larga, que no parecía tener fin. Pero Kit también durmió, y soñó. Soñó que estaba libre, paseando primero con una persona y luego con otra, pero con el vago temor de que lo llamaran para que volviera a la cárcel; no a aquella en concreto, sino a una de la que tenía una idea imprecisa, que no era tanto un lugar como un estado de angustia y de tristeza: una sensación opresiva y omnipresente, pero imposible de definir. Al final, amaneció, y Kit vio que seguía allí, en aquella prisión fría, negra y lúgubre. Con todo, le producía cierto consuelo encontrarse solo. Le dieron permiso para salir a un pequeño patio pavimentado y, a través del carcelero que le había dicho dónde podía lavarse, supo que cada día había una hora para visitas, y que le avisarían si venía alguien a visitarlo. Dada esta información, junto con un plato de hojalata que contenía el desayuno, el hombre volvió a echar la llave a la celda y se alejó por el pasillo de piedra, abriendo y cerrando muchas otras puertas, y produciendo un ruido que resonó por todo el edificio largo tiempo, como si los sonidos estuvieran también encarcelados y no pudieran salir.

Este carcelero le había comunicado que se hallaba alojado, como algunos presos más, en una galería aparte, pues se suponía que no estaba completamente depravado ni era incorregible, al ser la primera vez que visitaba aquel lugar. Kit le agradeció sus palabras indulgentes y después se puso a leer el catecismo con gran atención (aunque lo conocía de memoria desde pequeño). De repente, oyó la llave de la cerradura y el grito del carcelero:

—¡Venga, vamos!

—¿A dónde, señor? —preguntó Kit.

El hombre se limitó a responder: «Visita» y, llevándolo del brazo exactamente de la misma manera que lo había llevado el guardia el día anterior, lo condujo por varias galerías y puertas de hierro hasta una sala, donde lo colocó ante un gran enrejado y a continuación se dio media vuelta. Al otro lado del enrejado, a poco más de un metro de distancia, había otro enrejado exactamente igual. En el espacio intermedio, un carcelero leía un periódico, y, más allá del otro enrejado, Kit vio (y se le cayó el alma a los pies) a su madre con el bebé en brazos, a la madre de Bárbara con su infalible paraguas y al pequeño Jacob, que miraba con toda la intensidad del mundo, como si buscara un pájaro, o más bien una bestia salvaje, pensando que los hombres eran meros accidentes con los que las rejas no podían tener ninguna relación.

Pero al ver el pequeño Jacob a su hermano y, tras meter los brazos entre las rejas para abrazarlo y descubrir que no podía acercarse, sino que este seguía lejos de él, con la cabeza descansando en el brazo con el que tenía agarrado un barrote, empezó a llorar desconsoladamente, tras lo que la madre de Kit y la madre de Bárbara, que hasta entonces habían logrado contenerse, empezaron a llorar también. El pobre Kit no pudo por menos de unirse a ellos, y hubo una pausa desgarradora en la que nadie pudo articular una sola palabra. Entretanto, el carcelero leía el periódico con expresión divertida (era evidente que algo le hacía gracia), y sólo después, levantando los ojos del periódico, como para sacarle el jugo a una ocurrencia del periodista, pareció darse cuenta por primera vez de que alguien estaba llorando.

—Un momento, señoras mías —exclamó con una mirada sorprendida—, yo les aconsejaría que no perdieran el tiempo de esa manera. El tiempo de la visita es limitado, ¿no lo saben? Y no dejen que ese niño arme tanto jaleo. Va contra las normas.

—Yo soy su pobre madre, señor —sollozó la señora Nubbles, haciendo una humilde reverencia—, y el que llora es su hermano, señor. ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

—Lo siento —respondió el carcelero, colocándose el periódico sobre la rodilla para leer con mayor comodidad la parte superior de la siguiente columna—. No está permitido, ya se lo he dicho. No es el único en esta situación. No debe hacer tanto ruido.

Dicho lo cual, volvió a enfrascarse en la lectura. No es que fuera un hombre particularmente cruel ni que tuviera un corazón de piedra. Simplemente, contemplaba el delito como una especie de enfermedad, como la fiebre escarlata o la erisipela: unas personas la tenían y otras no, según los casos.

—¡Ay, mi querido Kit! —profirió su madre, a quien la madre de Bárbara le había cogido de los brazos al bebé en caritativo gesto—. ¡Que tenga yo que ver aquí a mi pobre hijo!

—No creerá, madre querida, que yo he cometido el delito del que me acusan, ¿verdad? —dijo Kit con voz ahogada.

—Yo, ¿pensar semejante cosa? —exclamó la pobre mujer—. ¡Yo, que nunca te he oído decir una mentira ni te he visto cometer una mala acción desde la cuna, que nunca he pasado un mal rato por culpa tuya, salvo por las escasas comidas que te daba a veces y que tú tomabas tan contento que me olvidaba de que eran escasas, y me alegraba de lo bondadoso y considerado que eras, aunque no eras más que un niño pequeño! ¿Puedo pensar eso del hijo que ha sido un consuelo para mí, desde la hora de su nacimiento hasta este mismo instante, y que ni una noche ha dormido con mala cara? ¿Cómo puedo yo pensar eso de ti, Kit?

—¡Ah, alabado sea Dios! —profesó Kit, agarrando las rejas con una intensidad tal que estas temblaron—. Entonces, puedo soportar esta prueba, madre. Ocurra lo que ocurra, siempre tendré una gota de felicidad en el corazón pensando en lo que ha dicho.

Al oír aquello, la pobre mujer rompió a llorar de nuevo, y la madre de Bárbara también. Y el pequeño Jacob, cuyos pensamientos inconexos se habían aclarado para entonces un poco y había sacado la conclusión de que Kit no podría salir a dar un paseo si quisiera, y de que no había pájaros, leones, tigres ni otras curiosidades naturales detrás de las rejas, sólo su querido hermano enjaulado, se unió al llanto de las mujeres, aunque con el menor ruido posible.

La madre de Kit, secándose los ojos (más, mojándose los que secándose los, la pobre mujer), recogió del suelo una pequeña cesta y se dirigió dócilmente al carcelero para rogarle que la escuchara un momento. Este, que seguía absorto en el chistoso artículo, movió hacia ella la mano como para indicarle que por favor siguiera callada un minuto más; además admonitorio que mantuvo hasta que terminó el último párrafo. Sólo entonces hizo una pausa, con una sonrisa en la cara que decía: «Este articulista es un señor muy agudo, un individuo muy divertido», y le preguntó qué quería.

—Le he traído algo de comer —le dijo la buena mujer—. ¿Podría dárselo usted, por favor?

—Sí, sí puedo. No hay ninguna norma en contra. Démelo a mí, y ya me encargará de dárselo después.

—Sí, pero..., por favor, señor, no se enfade conmigo, señor, no se enfade con una madre... Usted tuvo también una madre... Con que lo vea comer un

poco, me iré mucho más contenta de como he venido.

Y de nuevo se le saltaron las lágrimas a la madre de Kit y a la madre de Bárbara y al pequeño Jacob. En cuanto al bebé, berreaba y reía con todas sus fuerzas, convencido sin duda de que toda la escena había sido ideada y montada para su particular diversión.

El carcelero pareció primero considerar la petición como algo extraño y fuera de lugar; pero luego dejó el periódico y, acercándose a donde estaba la madre de Kit, tomó la cesta, inspeccionó el contenido, se la entregó a Kit y volvió a su asiento. Aunque el preso, es fácil imaginar, no tenía gran apetito, se sentó en el suelo y comió todo lo que pudo; con cada bocado que daba, su madre sollozaba y rompía a llorar de nuevo, aunque con un dolor algo menor por la satisfacción le que producía verlo comer.

Entretanto, Kit intercaló algunas preguntas sobre sus amos, queriendo saber ante todo si habían expresado alguna opinión sobre él; como contestación, se le dijo que el señor Abel había dado la noticia a su madre la noche anterior con gran amabilidad y delicadeza, pero sin expresar ninguna opinión en cuanto a la inocencia o culpabilidad. Cuando Kit, armado de valor, iba a preguntar a la madre de Bárbara por su hija, volvió a aparecer el carcelero que lo había conducido, por detrás de sus visitantes apareció un segundo carcelero y el carcelero del periódico gritó: «¡La hora!», añadiendo acto seguido: «¡El turno para la visita siguiente!», para enfrascarse de nuevo en la lectura del periódico. Kit fue retirado entre bendiciones maternas y llantos del pequeño Jacob, que resonaron con especial intensidad en sus oídos. Mientras atravesaba el patio con la cesta en la mano, conducido por su primer guía, otro carcelero gritó para que se detuvieran y se les acercó con una pinta de cerveza negra en la mano.

—¿Es este Christopher Nubbles, que entró anoche por hurto? —preguntó.

Su colega contestó que sí, que era el individuo en cuestión.

—Entonces, aquí está tu cerveza —dijo el otro hombre a Christopher—. ¿Por qué pones esa cara? No hay que pagar nada.

—Perdone que le pregunte, señor —dijo Kit—, pero me gustaría saber quién me la ha mandado.

—¿Quién va a ser? Tu amigo —respondió el hombre—. Podrás recibirla todos los días, si la paga, claro.

—¿Mi amigo? —repitió Kit.

—Pareces bastante despistado —repuso el otro hombre—. Toma, toma la carta.

Kit la cogió y, una vez solo en la celda, leyó lo siguiente:

«Bebe de esta copa y en cada gota encontrarás un hechizo contra los males de la humanidad. ¡Recuerda el cordial que chispeaba para la bella Helena! Su copa fue una ficción, pero esta es real (Barclay y Cía). Si te la dan sin burbujas, quéjate al director. Atentamente, R. S.».

«R. S. —se dijo Kit después de cavilar un poco—. Debe de ser del señor Richard Swiveller. Bueno, muy amable por su parte; se lo agradezco profundamente».

CAPÍTULO SESENTA Y DOS

Una pálida y parpadeante luz proveniente de la ventana de la contaduría de Quilp, enrojecida como un ojo inflamado a través de la niebla, advirtió aquella noche al señor Sampson Brass, al acercarse a la cabaña de madera con paso cauteloso, de que el excelente propietario de la misma, su estimado cliente, estaba dentro, probablemente esperando, con su habitual paciencia y dulzura, el cumplimiento de la misión que lo llevaba hasta tan señorial dominio.

—Traicionero camino para recorrerlo de noche —musitó Sampson mientras tropezaba por vigésima vez con un palo y se levantaba dolorido. «Creo que el criado coloca los palos de manera diferente cada día para que el que venga se lastime y se quede cojo; aunque también puede ser que el amo lo haga con sus propias manos, lo cual me parece más probable. No me gusta nada venir a este lugar sin Sally. Ella me protege mejor que una docena de hombres».

Tras dedicar aquellos cumplidos a la encantadora ausente, el señor Brass se detuvo y miró azorado primero a la luz y luego por encima del hombro.

—Qué estará tramando; me gustaría saberlo —murmuró el abogado de puntillas, esforzándose por captar un vislumbre de lo que ocurría dentro, algo que a aquella distancia resultaba imposible—. Bebiendo, supongo, volviéndose más feroz y furioso de lo que es y llevando su redomada malicia al punto de ebullición. No me gusta venir aquí solo cuando su nivel etílico alcanza altas cotas. No creo que le importara más estrangularme y arrojarme sigilosamente al río con la marea alta que matar a una rata. Seguro que hasta se lo tomaba a guasa. ¿Eh? ¡Parece que está cantando!».

En efecto, el señor Quilp se hallaba entreteniéndose con un ejercicio vocal y, más que cantar una canción, estaba canturreando o recitando: la monótona repetición de una frase con un acento especial en la última palabra, que inflaba de manera horrisona. El canturreo no hacía referencia al amor, a la guerra, al vino, a la lealtad ni a ninguno de los demás temas habituales de las canciones,

sino a otro raras veces puesto en música y muy poco corriente en las baladas. La letra era la siguiente: «El señor magistrado, al ver que al preso le resultará muy difícil convencer al jurado de la verdad de su versión, ha decidido que comparezca ante el juez en fecha próxima y ha solicitado que se agilicen los trámites pertinentes con vistas al en-jui-cia-mien-to».

Cada vez que Quilp llegaba a esta última palabra, la deletreaba una docena de veces con una colosal risotada y, a continuación, volvía a canturrearla desde el principio.

—Es terriblemente imprudente —musitó Brass después de escuchar dos o tres veces la cantinela—. Terriblemente imprudente. ¡Ojalá estuviera mudo o sordo o ciego! ¡Ojalá lo ahorcaran! —gritó Brass mientras oía de nuevo la melopea—. Ojalá se muriera.

Con tan amigables votos a la intención de su cliente, el señor Sampson recuperó su habitual talante manso y, notando una pausa en la ruidosa recitación, se acercó a la puerta de la casa de madera y llamó.

—¡Adelante! —gritó el enano.

—¿Qué tal estamos esta noche, señor? —preguntó Sampson, asomando la cabeza—. ¡Ja, ja, ja! ¿Qué tal está el señor? ¡Oh, qué original, realmente, original! ¡Asombrosamente original!

—Entre, cretino —respondió el enano—, y no se quede ahí parado sacudiendo la cabeza y enseñando los dientes. Entre, falso testigo, perjurado, sobornador de pruebas. ¡Adelante!

—¡Ah! ¡Este hombre tiene un humor increíble! —exclamó Brass, cerrando la puerta—. ¡Qué vena cómica tan asombrosa! Pero no me parece muy juicioso, señor.

—¿Qué? —gritó Quilp—. ¿Qué dice, Judas?

—¡Ah, Judas! —gritó Brass—. ¡Qué humor tan extraordinario! ¡Un humor tan sumamente jocoso! ¡Judas! ¡Ah, sí, qué risa! ¡Ja, ja, ja!

Durante todo este tiempo, Sampson se frotaba las manos y contemplaba con sorpresa y consternación un muñeco enorme, sin duda proveniente del casco de un barco viejo, de ojos saltones y nariz chata, que estaba pegado a la pared en el rincón de la estufa y parecía un duende o ídolo feo al que el enano estuviera adorando. Un pedazo de madera en la cabeza, esculpido a la manera de un tricornio, junto con una imitación de estrella en el pecho izquierdo y charreteras en los hombros, denotaba que pretendía ser la efigie de algún almirante famoso; pero, sin estas ayudas, cualquier observador habría supuesto que era el retrato de un tritón o un gran monstruo marino. Al ser demasiado grande para decorar la estancia, había sido serrado por la cintura. Pero, incluso

en este estado, llegaba hasta el techo e, inclinado hacia delante (con ese aspecto excesivamente despabilado y ese aire de cortesía algo importuna que caracterizan a los mascarones de proa), parecía reducir cuanto había alrededor a proporciones pigmeas.

—¿No lo reconoce? —preguntó el enano mirando fijamente a Sampson—. ¿No adivina el parecido?

—¿Eh? —preguntó Brass, echando la cabeza a un lado y luego un poco hacia atrás, como hacen los expertos—. Ahora que lo veo bien, parece... Ah, sí, hay algo en la sonrisa que me recuerda a... Y sin embargo, a fe mía, no...

Conviene señalar que Sampson, que no había visto nunca nada que se pareciera en absoluto a aquel fantasma tan enjundioso, se hallaba sumido en la mayor perplejidad, no sabiendo si el señor Quilp le veía parecido a sí mismo, y por tanto lo había comprado para tenerlo en la familia, o si se divertía considerándolo como el retrato de algún enemigo. Pero no permaneció mucho tiempo en la duda, pues, mientras lo observaba con esa mirada crítica que la gente adopta cuando contempla por primera vez un retrato que debería reconocer pero no reconoce, el enano arrojó al suelo el periódico del que había extraído las palabras anteriormente canturreadas y, empuñando una barra de hierro oxidada a modo de atizador, le propinó al muñeco en la nariz un golpe tal que lo hizo tambalearse.

—Es Kit, es su imagen misma, su retrato, su yo, ¿no? —gritó el enano, lanzando una lluvia de golpes al semblante insensible y llenándolo de magulladuras—. Es el modelo y contrapartida exactos de ese perro, ¿no lo parece, eh? —y con cada repetición de la pregunta, propinaba un nuevo golpe al gigante cabezudo, de modo que pronto se le inundó la cara de sudor.

Aunque aquella escena habría podido resultar divertida vista desde una distancia segura, como una corrida para quienes la ven desde la barrera o una casa en llamas para quienes no viven en ella, había algo en los gestos serios del señor Quilp que hizo sentir a su consejero jurídico que aquella contaduría era un habitáculo demasiado pequeño y demasiado solitario para poder disfrutar a gusto del espectáculo. Así, se mantuvo lo más alejado que pudo mientras el enano proseguía con su actuación, a lo sumo aplaudiendo débilmente de cuando en cuando. Entonces Quilp paró y se sentó de puro agotamiento, y Brass se le acercó para decirle con tono obsequioso, mientras miraba alrededor como reclamando la aprobación del almirante magullado:

—¡Excelente, excelente! ¡Bravo! ¡Muy bien, señor! ¡Realmente extraordinario!

—Siéntese —le dijo el enano—. Ayer compré ese perro. Lo he perforado con el taladro, le he metido tenedores por los ojos y le he grabado mi nombre

en la cara. Pienso quemarlo al final.

—¡Ja, ja! —se rio Brass—. ¡Enormemente divertido!

—Acérquese más —le pidió Quilp con un gesto de la mano—. ¿Qué es lo que ha dicho sobre algo que era poco juicioso, eh?

—Nada, señor, nada. Sólo una mención sin más importancia, señor. Me ha dado la impresión de que su canción, admirablemente humorística desde luego, era tal vez un poco...

—¿Sí? ¿Un poco qué?

—Que rozaba un poco, o digamos que frisaba ligeramente, los confines de lo poco juicioso, señor —respondió Brass, mirando tímidamente a los ojos astutos del enano, que los tenía puestos en el fuego, reflejando su luz roja.

—¿Y eso por qué? —quiso saber Quilp sin levantar la mirada.

—Bueno, ya sabe, señor —replicó Brass, intentando ser más familiar—. El hecho es, señor, que cualquier alusión a nuestros pequeños consensos de amigos, en sí sumamente laudables, pero que el Derecho califica de conspiraciones, son, ya me entiende, señor, bueno, que es mejor mantenerlos ocultos, entre amigos.

—¿Eh? —exclamó Quilp, levantando los ojos con mirada ausente—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Pues que... prudencia, suma prudencia, prudencia extrema —contestó Brass, asintiendo con la cabeza—. Silencio, señor, incluso aquí. Eso quería decir, señor.

—¿Qué pretende decir exactamente, insolente espantapájaros, qué pretende decir? —replicó Quilp—. ¿Por qué me habla a mí de consensos? ¿Es que yo consensúo algo con alguien? ¿Es que yo sé algo de sus consensos?

—No, no, señor, ciertamente no. De ninguna manera —respondió Brass.

—Como siga parpadeando y moviendo la cabeza así delante de mí —amenazó el enano, mirando en torno a él en busca del atizador—, le voy a desbaratar esa mueca de mono que pone, se lo aseguro.

—Señor, no pierda los estribos, por favor —repuso Brass, controlándose con alacridad—. Usted lleva toda la razón, señor, toda la razón. Yo no debería haber dicho eso, señor. Es mucho mejor no decir tales cosas. Lleva usted toda la razón, señor. Cambiemos de tema, si no tiene inconveniente, señor. Creo que preguntaba usted, señor, según me ha dicho Sally, por nuestro inquilino. Pues bien, no ha vuelto todavía, señor.

—¿Ah, no? —exclamó Quilp, calentando un poco de ron en un cazo, que

observaba para impedir que hirviera—. ¿Por qué no?

—¿Que por qué no? —repitió Brass. Eh..., oh, señor Quilp...

—¿Qué ocurre? —preguntó el enano, deteniéndose mientras se llevaba el cazo a la boca.

—Se ha olvidado del agua, señor —respondió Brass—. Y disculpe, señor, pero está muy caliente.

El señor Quilp, no dignándose dar más que una respuesta práctica a esta última observación, se llevó el cazo caliente a los labios y bebió resueltamente todo el licor que contenía (media pinta, más o menos), que un momento antes de sacarlo del fuego había estado burbujeando y silbando con fuerza. Después de ingerir tan magnífico estimulante, y de levantar el puño en dirección al almirante, le pidió al señor Brass que prosiguiera.

—Pero antes —apostilló Quilp con su habitual risita— tome usted también una gotita, una gotita de este licor tan tonificante, tan calentito.

—Bien, señor —asintió Brass—. Pero antes... Si pudiera echarle una cucharada de agua... Así no me sentaría mal.

—¡Aquí no se hacen semejantes cosas! —gritó el enano—. ¿Agua para abogados? Plomo hirviendo y azufre, querrá decir; resina y alquitrán candentes. Eso es lo que se merecen, ¿no cree, Brass?

—¡Ja, ja, ja! —se rio el señor Brass. ¡Ah, qué mordacidad! Y, sin embargo, me siento como cuando le hacen a uno cosquillas. También se siente cierto placer en ello, sí señor.

—Beba esto —le intimó el enano, que para entonces había calentado un poco más—. Bébaselo de un trago, sin dejar nada. ¡Quémese la garganta y sea feliz!

El desgraciado Sampson tomó unos tragos de aquel licor, que inmediatamente se destiló en lágrimas vivas que cayeron rodando por sus carrillos hasta el cazo mismo, haciendo que su cara y sus párpados se volvieran de un color rojo oscuro y originándole un violento ataque de tos, a pesar del cual se le oyó declarar, con la constancia de un mártir, que era «muy bueno, muy bueno realmente». Mientras Brass se debatía en medio de aquel tormento indecible, el enano reanudó la conversación.

—El inquilino... —empezó Quilp—, ¿qué pasa con él?

—Sigue todavía, señor... —se esforzó Brass por contestar entre intervalos de tos—, sigue alojado con la familia Garland. Sólo ha pasado por casa una vez, señor, desde el día en que interrogaron a ese culpable. Al parecer, señor, le ha hecho saber al señor Richard que no puede seguir viviendo en la casa

después de lo ocurrido allí; que se siente mal en ella como quiera que se considera en parte responsable del suceso. Un inquilino excelente, señor. Espero no perderlo.

—Bah —soltó el enano—. Siempre pensando en usted mismo, sólo en usted mismo. ¿Por qué no economizamos un poco, ahorramos, retenemos, ahuchamos, eh?

—¿Por qué, señor? —quiso saber Brass—. A fe mía, señor, que Sarah es la mejor economizadora que hay en el mundo. Lo creo y afirmo, señor Quilp.

—¡Mójese el gaznate, hombre; mójese el otro ojo, beba! —le intimó el enano—. Usted contrató a un escribano para hacerme un favor, ¿no?

—Con mucho gusto, señor, se lo aseguro, sumamente encantado —confirmó Sampson—. Sí, señor, eso hice.

—Bien, pues ya puede despedirlo —decretó Quilp—. Así reducirá gastos. Será una buena manera de ahorrar.

—¿Despedir al señor Richard, señor? —se asombró Brass.

—¿Tiene contratado acaso a más de un escribano, so mochuelo, para hacerme esa pregunta? ¡Sí!

—Permítame que le diga, señor —afirmó Brass—, que no estaba preparado para eso.

—¡Cómo iba a estarlo —se rio socarronamente el enano— cuando yo mismo no lo estaba tampoco! ¿Cuántas veces le voy a decir que yo se lo llevé para poder tenerlo vigilado y saber dónde estaba en todo momento, y que yo tenía un plan, una pequeña diversión en proceso, el meollo de la cual era que el viejo y la niña (a los que parece haberse tragado la tierra) eran más pobres que las ratas mientras que Richard y su precioso amigo los creían forrados de dinero?

—Lo entiendo perfectamente, señor —repuso Brass—. Perfectamente.

—Bien, señor —prosiguió Quilp—. ¿Y no ve que ya no son pobres, que no pueden serlo cuando tienen a alguien como a su inquilino detrás de ellos, rastreando el país de cabo a rabo?

—Ya veo, señor; ya veo —respondió Sampson.

—Ya veo, señor; ya veo —repitió el enano con retintín—. Entonces, entenderá que no se me ha perdido nada con ese tipo. Entenderá que no tiene ninguna utilidad para mí ni, de paso, tampoco para usted. Lo entiende ahora, ¿no?

—Claro, precisamente le he dicho muchas veces a Sarah, señor —abundó

Brass— que él no era de ninguna utilidad en nuestro bufete. Y es que no se puede fiar uno de él, señor. No sé si me creará, pero le aseguro que ese individuo tergiversa siempre la verdad, por pequeños que sean los asuntos que se le confíen, incluso cuando se le ha avisado expresamente para que tenga cuidado. Retener a ese individuo es un engorro de lo más insoportable. Ha sido sólo por el respeto y la consideración que le debo a usted, señor...

Como era evidente que Sampson estaba a punto de entregarse a un discurso laudatorio si no era oportunamente interrumpido, el señor Quilp le propinó cortésmente con el cazo un golpecito en la coronilla y le pidió que tuviera la amabilidad de estarse callado un rato.

—¡Práctico, señor, siempre tan práctico! —exclamó Brass, rascándose en el lugar del golpe con una sonrisa—. Y extremadamente ameno al mismo tiempo, inmensamente ameno.

—Présteme atención, ¿quiere? —replicó Quilp. O seré más agradable todavía esta vez. No hay probabilidades de que el compañero y amigo de Swiveller vuelva. Ese bribón se ha visto obligado a huir, creo saber, por alguna bellaquería que ha cometido y se ha largado al extranjero. Que se pudra allí.

—En efecto, señor. Muy bien dicho. Contundente —expresó Brass, mirando de nuevo al almirante como si formara parte también de la compañía—. Extremadamente contundente.

—Yo lo odio —masculló Quilp. Siempre lo he odiado, por razones familiares. Además, es un rufián intratable; de lo contrario, se le habría podido sacar algún partido. En cuanto a este otro individuo, es un pusilánime y un descerebrado. No quiero tener más que ver con él. Que se ahorque, se ahogue o se muera de hambre; en fin, que se vaya al diablo.

—Ciertamente, señor —replicó Brass—. ¿Y cuándo desearía, señor, ¡ja, ja!, que tuviera lugar esa pequeña excursión?

—Cuando haya concluido el juicio —respondió Quilp—. En cuanto haya concluido, mándelo a freír espárragos.

—Eso haré, señor —contestó Brass—. Eso haré sin ninguna dilación. Aunque será un pequeño golpe para Sarah, señor; pero bueno, ella tiene sus sentimientos bajo control. ¡Ah, señor Quilp! A veces pienso, señor, que ojalá hubiera querido la Providencia emparejarlo a usted con Sarah, en otra fase anterior de la vida. ¡Qué resultados tan venturosos se habrían seguido de semejante unión! Usted nunca vio a nuestro querido padre, ¿verdad, señor? Un caballero encantador. Sarah era su prez y su orgullo, señor. El viejo zorro habría cerrado los ojos más feliz, señor Quilp, si hubiera podido encontrarle un compañero semejante. ¿Usted la estima, señor?

—Yo la amo —graznó el enano.

—Usted es tan bueno, señor... —profirió Brass—. ¿Tiene algún otro deseo, señor, del que pueda tomar nota, además de este pequeño asunto sobre el señor Richard?

—Ninguno más —contestó el enano, agarrando el cazo—. Brindemos por la amable Sarah.

—Señor, si pudiéramos brindar con algo que no estuviera hirviendo tanto —sugirió Brass humildemente—, yo lo preferiría. Creo que Sarah estará más contenta, cuando haya oído las palabras tan honrosas que ha dicho usted sobre ella, si le digo también que el licor no estaba tan hirviendo como el anterior, señor.

Pero a este comentario quejumbroso el señor Quilp hizo oídos sordos. Sampson Brass, que en aquellos momentos no estaba precisamente sobrio, al verse obligado a beber más de aquel licor tan fuerte notó que, en vez de recuperarse, la contaduría empezaba a dar vueltas y vueltas con extremada velocidad y el suelo y el techo se ponían a bailar de manera alarmante. Tras un breve período de letargo, se despertó y descubrió que se hallaba parcialmente bajo la mesa y parcialmente bajo la parrilla del fuego. Como tal posición no era la más cómoda que hubiera podido elegir, le costó mucho trabajo levantarse (para lo que tuvo que agarrarse al almirante), e inmediatamente después miró por todas partes en busca de su anfitrión.

Su primera impresión fue que este se había ido y lo había dejado encerrado allí, tal vez para toda la noche. Pero un fuerte olor a tabaco le hizo mirar hacia arriba y descubrir al enano, que estaba fumando en la hamaca.

—Adiós, señor —dijo Brass débilmente—. Adiós, señor.

—¿No se queda a pasar la noche? —preguntó el enano, sacando la cabeza—. ¡Quédese aquí a pasar la noche si quiere!

—No puedo, de veras, señor —contestó Brass, a quien el olor a cerrado y a podrido de la estancia le estaba produciendo unas náuseas terribles—. Si tuviera la bondad de alumbrarme para poder cruzar el patio, señor...

Quilp bajó de un salto, no sacando primero las piernas ni la cabeza ni los brazos, sino el cuerpo entero.

—Por cierto —le avisó Quilp, tomando una linterna, la única luz que había en el lugar—, tenga cuidado al salir, mi querido amigo. Mire bien por dónde pisa con tantos maderos que hay, pues están llenos de clavos oxidados. Ah, y hay también un perro. Anoche mordió a un hombre y anteanoche a una mujer, y el martes pasado mató a un niño. Historias para echarse a reír. 'No se acerque a él.

—¿En qué lado del camino está, señor? —preguntó Brass, presa del pánico.

—En el derecho —le informó Quilp—, pero a veces se esconde en el izquierdo, dispuesto siempre a saltar sobre el primero que pasa. No parece observar ninguna norma. Tenga mucho cuidado. No le perdonaré si no lo tiene. Le doy un poco de luz; no se preocupe, ya conoce el camino: ¡todo derecho!

Quilp oscureció aviesamente la linterna dirigiendo el cristal hacia su pecho y empezó a reírse y a temblar de alegría de los pies a la cabeza mientras oía al abogado tropezar al cruzar el patio y caerse pesadamente al suelo una y otra vez. Al final, Brass consiguió alejarse y Quilp dejó de verlo y oírlo.

Entonces volvió a la cabaña, donde se encaramó de nuevo a la hamaca.

CAPÍTULO SESENTA Y TRES

El funcionario de la cárcel que había comunicado a Kit la consoladora noticia sobre una pronta celebración del juicio en el Tribunal de Old Bailey, así como la probabilidad de que la sentencia se dictara con rapidez, acertó en sus pronósticos. Tan sólo ocho días más tarde comenzó la vista, y al día siguiente, el Gran Jurado declaró que había indicios suficientes para hacer comparecer ante el juez a Christopher Nubbles. Dos días más tarde, al reo Christopher Nubbles se le preguntaba si se declaraba culpable o inocente de la acusación de sustracción dolosa y robo en la morada y bufete de Sampson Brass, gentleman, de un billete de cinco libras esterlinas emitido por el gobernador y la compañía del Banco de Inglaterra, en contravención de los estatutos redactados y previstos para el caso, así como de la paz de nuestro soberano y dueño el rey y de la majestad de la Corona.

Christopher Nubbles, con voz baja y temblorosa, se declaró inocente de tales cargos. Quienes acostumbran a formarse juicios precipitados guiados por las apariencias, aquellos que habrían preferido que Christopher, al ser inocente, se expresara con un tono de voz bien alto, harían bien en observar que la reclusión y la angustia amortiguan los corazones más valerosos y que, para quien ha estado preso, aunque sea sólo diez u once días, sin ver más que paredes de piedra y caras indiferentes, la repentina entrada en una sala grande y ajetreada puede resultar sumamente confusa y alarmante. A esto se debe añadir que las personas con peluca son para mucha gente más terribles e intimidantes que las que lucen su pelo natural y que si, además de estas consideraciones, se tiene asimismo en cuenta la lógica emoción de Kit al ver a

los dos señores Garland y al pequeño notario con el rostro muy pálido y un aspecto muy nervioso, tal vez no debería asombrar a nadie que se sintiera algo aturdido y particularmente incómodo.

Aunque Kit no había visto a los señores Garland ni al señor Witherden desde su detención, sabía que le habían buscado un abogado defensor. Así pues, cuando uno de los señores con peluca se levantó y pronunció: «Señoría, yo defiendo al acusado», Kit le tributó una reverencia, y cuando otro señor con peluca se levantó y pronunció: «Y yo defiendo a la parte ofendida, señoría», Kit se echó a temblar y le tributó, no obstante, otra reverencia. ¡Cómo ansiaba que su abogado le ganara la partida al otro y le hiciera irse con las orejas gachas!

Al abogado de la acusación le tocó hablar primero; como estaba de un humor terriblemente bueno (pues en el juicio anterior casi había conseguido la absolución de un joven caballero que había tenido la desgracia de asesinar a su padre), habló con un tono de voz muy elevado e hizo saber al jurado que si absolvía al acusado, corría el riesgo de padecer no menos tormentos y remordimientos que los que habría padecido el otro jurado si hubiera condenado al otro acusado. Y una vez que hubo expuesto todos los particulares sobre el caso, y afirmado que nunca había conocido un caso peor, marcó una pausa, como quien tiene algo terrible que contar, y aseveró que entendía que su honorable colega (y aquí miró de reojo al defensor de Kit) intentara invalidar el testimonio de los inmaculados testigos a los que él citaría ante el tribunal, pero que esperaba y confiaba en que su honorable colega mostrara el mayor respeto y veneración por la parte ofendida, pues, como bien sabía, no existía, y nunca había existido, un miembro más honorable de la venerable profesión a la que él pertenecía, que dicha parte ofendida. Acto seguido, preguntó al jurado si conocía Bevis Marks y afirmó que, como sin duda conocía Bevis Marks (habida cuenta de las cualidades que adornaban a tan distinguido jurado) conocería también el meritorio historial de tan notabilísimo lugar. ¿Era posible que creyeran que un hombre como Brass podía residir en un lugar como Bevis Marks y no ser un abogado virtuoso y sumamente recto? Y, dichas unas cuantas cosas más a este respecto, agregó que era un insulto a su entendimiento seguir insistiendo en algo que los miembros del jurado creían con tanta convicción y que por lo tanto pedía al propio Sampson Brass que subiera al estrado de los testigos.

El señor Brass acude enérgico y vivaz y, tras hacer una reverencia al juez, a quien mira como quien ha tenido la ocasión y el placer de conocerlo y le desea que siga con buena salud desde su última entrevista, se cruza de brazos y mira a su abogado como diciendo: «Aquí estoy, rebotante de pruebas. No tienes más que abrir la espita». Y su abogado abre la espita, con suma discreción, y saca varias pruebas y las exhibe claras y luminosas a la vista de todos los

presentes. El defensor de Kit lo interroga después, pero no saca provecho alguno para su causa; y, tras muchas preguntas prolijas y muchas respuestas breves, el señor Sampson Brass baja del estrado rodeado de una aureola de gloria.

Le sucede Sarah, la cual se entiende asimismo muy bien con el abogado del señor Brass, pero se muestra particularmente arisca con el de Kit; así, este no puede sacarle nada más que la repetición de lo que ya ha dicho antes (sólo que un poco más fuerte esta vez, pues se trata de la parte contraria) y, un tanto confuso, la deja marchar. A continuación, el abogado del señor Brass llama a Richard Swiveller, quien se presenta al punto.

Ahora bien, al abogado del señor Brass le han susurrado al oído que puede que este testigo se muestre algo amigable con el acusado, lo que, a decir verdad, a él le parece muy bien, pues confía en sus artes para no dejar respirar al testigo, como se suele decir. Por lo cual, empieza pidiendo al ujier que se asegure de que el testigo besa el libro y a continuación se aplica a interrogarlo con uñas y dientes.

—Señor Swiveller —interpela a Dick cuando este ya ha dado su versión con evidente renuencia y el deseo de atenuar el delito en lo posible—, ¿quiere decirme, señor, dónde almorzó usted ayer?

—¿Que dónde almorcé ayer?

—Sí, señor, ¿dónde almorzó usted ayer? ¿Fue cerca de aquí, señor?

—Ah, pues a decir verdad, sí, ahí enfrente.

—A decir verdad, sí, ahí enfrente —repite el abogado del señor Brass, mirando al tribunal—. ¿Solo, señor?

—¿Cómo dice? —pregunta el señor Swiveller, que no ha entendido la pregunta.

—¿Solo, señor? —repite el abogado del señor Brass con voz airada—. ¿Almorzó solo? ¿Invitó a alguien, señor? ¡Vamos!

—Ah, claro, ciertamente —responde el señor Swiveller con una sonrisa.

—Tenga la bondad de dejarse de frivolidades, señor, algo muy poco indicado habida cuenta del lugar en el que se encuentra (aunque tal vez tenga usted motivos para alegrarse de encontrarse en el estrado de los testigos) —espeta el abogado del señor Brass con un asentimiento de la cabeza como insinuando que el banquillo de los acusados sería el lugar más apropiado para el señor Swiveller—, y présteme atención. Usted andaba merodeando por aquí ayer, esperando que este juicio se celebrara. Usted almorzó cerca de aquí. Usted invitó a alguien. Y dígame, ¿era ese alguien por casualidad hermano del preso aquí presente?

El señor Swiveller se dispone a explicar.

—¡Sí o no, señor! —grita el abogado del señor Brass.

—Pero ¿quiere dejarme...?

—¿Sí o no, señor?

—Sí, pero...

—¡Sí, pero...! —grita el caballero, interrumpiéndolo bruscamente—. ¡Valiente testigo que es usted!

Y, sin una palabra más, el abogado del señor Brass vuelve a su asiento. El abogado de Kit, que no sabe muy bien de qué se ha estado hablando realmente, tiene miedo de continuar con este tema, y Richard Swiveller se retira, aturdido. Juez, jurado y público se lo imaginan de parranda acompañado de un individuo de mala catadura, bigotes grandes, casi dos metros de alto. La realidad es que se trata del pequeño Jacob, con las pantorrillas al aire, envuelto en una manta. Nadie conoce la verdad, todo el mundo cree que se trata de una falsedad, y todo a causa de la habilidad del abogado del señor Brass.

Es el turno de los testigos de descargo, y aquí el abogado del señor Brass vuelve a brillar. Resulta que el señor Garland había contratado a Kit sin tener ninguna otra referencia, ninguna otra recomendación, que la de su propia madre, y que el inculpado había sido despedido repentinamente por su anterior amo por motivos desconocidos.

—Realmente, señor Garland —le reconviene el abogado del señor Brass —, para ser alguien de su edad, es usted, lo menos que se puede decir, un tanto imprudente, me parece a mí.

Al jurado le parece también lo mismo, por lo que declara a Kit culpable. Y este es sacado de la sala defendiendo humildemente su inocencia. El público se sienta con renovada atención, pues hay varios testigos de la parte contraria que van a ser interrogados en la siguiente causa, y se rumorea que el abogado del señor Brass va a divertirse mucho interrogándolos.

La madre de Kit, pobre mujer, espera junto al enrejado de la sala de visitas acompañada por la madre de Bárbara (la cual, alma bendita, no hace otra cosa que llorar con el bebé en brazos), y se produce un triste diálogo. El carcelero que lee el periódico les cuenta todo; pero no cree que Kit sea deportado de por vida, pues aún queda tiempo para probar su buena conducta anterior, lo que seguro va a ayudarle. Se pregunta por qué lo hizo.

—¡No lo hizo! —grita la madre de Kit.

—Bueno —decreta el otro—. No voy a contradecirla; pero, lo hiciera o no, ahora ya da igual.

La madre de Kit alcanza a tocar la mano, de este a través de los barrotes (¡con qué desconsuelo sólo lo saben Dios y aquellos hacia quienes él ha mostrado también ternura!). Kit le pide que se mantenga fuerte y, mientras ella levanta a los niños para que le den un beso, le ruega a la madre de Bárbara con un susurro que la lleve a casa.

—Alguna persona amiga saldrá en nuestra defensa, madre —profiere Kit—. Estoy seguro. Si no ahora, dentro de poco. Mi inocencia quedará probada, madre, y volveré a ser libre. Tengo plena confianza. Usted debe contarle al pequeño Jacob y al bebé cómo ha sido todo, pues si me enterara de que, cuando sean lo bastante mayores para entender, piensan que yo he sido alguna vez poco honrado, se me romperá el corazón, aunque me encuentre a dos mil kilómetros de aquí... ¡Eh! ¿Es que no hay aquí ninguna buena persona que la pueda socorrer?

La mano se ha soltado de la de Kit, y la pobre mujer cae al suelo sin conocimiento. Richard Swiveller acude rápidamente, aparta a los curiosos, la coge (no sin dificultad) con un brazo, a la manera de un rapto teatral y, asintiendo con la cabeza a Kit y pidiendo a la madre de Bárbara que le siga, pues tiene un coche esperando, se la lleva rápidamente.

Richard la llevó a casa. ¡Qué cosas tan sorprendentemente absurdas contenía la canción y el poema que recitó en el camino! Nadie lo oyó. La llevó a casa, donde él se quedó hasta que la mujer recobró el conocimiento y, dado que no tenía dinero para pagar el coche, se digirió pomposamente a Bevis Marks, donde pidió al cochero (pues era sábado por la noche) que esperara a la puerta mientras iba por «cambio».

—¡Hombre, el señor Richard! —exclamó Brass alegremente—. ¡Buenas noches!

Si al señor Richard le había parecido monstruoso el caso de Kit al principio, aquella noche empezó a sospechar que su afable patrón había cometido una espantosa villanía. Tal vez lo que infundió en aquel joven de carácter algo inconstante dicho sentimiento fue la triste escena que acababa de presenciar; sea como fuere, lo cierto es que fue un sentimiento muy fuerte, que le hizo decir con el menor número de palabras posible lo que quería.

—¿Dinero? —exclamó Brass, sacando su bolsa—. ¡Ja, ja! Sin duda, señor Richard, sin duda, señor. Todos los hombres tenemos derecho a vivir. No tendrá usted cambio de un billete de cinco libras, ¿verdad que no, señor?

—No —respondió Dick secamente.

—¡Ah! —dijo Brass. Aquí tiene la suma exacta. Esto nos ahorra ulteriores engorros. Usted es siempre bienvenido en esta casa, ya lo sabe... ¡Señor Richard, señor...!

Dick, que en aquel momento ya estaba en la puerta, se dio media vuelta.

—... No tiene usted necesidad —prosiguió Brass— de molestarse en volver, señor.

—¿Cómo?

Ya ve, señor Richard —explicó Brass con las manos en los bolsillos mientras se mecía de un lado a otro en su taburete—. El hecho es, señor, que un hombre de sus capacidades está perdido, completamente perdido en una profesión tan árida y enmohecida como la nuestra. Es un trabajo muy aburrido, terrible, enervante. Yo diría, si me lo permite, que el teatro o el ejército, señor Richard, o un puesto superior en el comercio de la alimentación sería el tipo de empleo que pide a gritos un talento como el suyo. Espero, no obstante, que venga a vernos de vez en cuando. Sally estará encantada, señor, estoy seguro. Ella lamenta extremadamente perderle, señor Richard, pero su sentido del deber para con la sociedad la hace conformarse y resignarse. ¡Qué criatura tan increíble, señor! Como puede ver, se le ha pagado todo el dinero. Hay una ventana rota, señor, pero no la he deducido de la suma global. Siempre que nos despedamos de nuestros amigos, señor Richard, mostremos liberalidad. ¡Sentimiento delicioso y virtud deliciosa, señor!

A toda esta serie de divagaciones el señor Swiveller no contestó palabra alguna; recogió la chaqueta de marinero y la enrolló a modo de pelota mientras miraba fijamente a Brass, como reprimiendo el deseo de arrojársela a la cara. Se limitó a llevarla bajo el brazo y salió del despacho en completo silencio. Cerrada ya la puerta, la reabrió, volvió a mirar unos momentos con la misma portentosa gravedad y, asintiendo con la cabeza una vez, de manera lenta, fantasmagórica, desapareció.

Pagó al cochero y dio la espalda a Bevis Marks, lleno de grandes proyectos a favor de Kit y de su madre.

Pero la existencia de caballeros como Richard Swiveller, dedicados a la vida placentera, suele ser sumamente precaria. La excitación espiritual de las dos últimas semanas, unida en no pequeño grado a los excesos étlicos de los últimos años, resultó excesiva para él. Aquella misma noche, el señor Richard cayó gravemente enfermo y veinticuatro horas después todavía seguía delirando.

CAPÍTULO SESENTA Y CUATRO

Dando vueltas en su cama caliente e incómoda, acuciado por una sed terrible e imposible de calmar, incapaz de encontrar una postura que le diera

un momento de paz y vagando sin rumbo por desiertos de pensamiento en los que no había reposo ni visión ni sonido que le ofrecieran el menor vislumbre de sosiego, sino una eterna y monótona desolación, y sin experimentar más cambio que el movimiento perpetuo de su cuerpo miserable y el fatigoso vagabundeo de su mente, anclada en una angustia eterna, en la sensación de algo por hacer, de algún temible obstáculo que lo esperaba, de algún afán lacerante que no conseguía apartar y que atormentaba su cerebro perturbado con una forma vaga y borrosa como un fantasma, haciéndole ver todo bajo la sombra de la mala conciencia y volviendo vano el intento del sueño; torturado así, a fuego lento, por su terrible enfermedad, el desafortunado Richard yacía en la cama consumiéndose poco a poco. Por fin, tras luchar denodadamente por levantarse, y verse anclado a la cama por unos diablos, cayó sumido en un sueño profundo en el que no soñó nada.

Se despertó. Con una sensación de descanso reparador, mejor que un sueño, empezó a recordar paulatinamente algunos de los tormentos pasados. ¡Qué noche tan larga! Recordó haber delirado dos o tres veces. Con estos pensamientos, al levantar la mano le sorprendió descubrir lo pesada que la notaba, pese a lo delgada e ingravida que le parecía al mismo tiempo. Le embargaba una sensación de indiferencia y felicidad; pero, no queriendo saber nada, permaneció en el mismo estado de semivigilia hasta que una tos llamó su atención. Se preguntó entonces si había cerrado la puerta por la noche. Asimismo, se asombró de que pudiera haber alguien en la habitación. Sin embargo, como carecía de energía para seguir con esta cadena de pensamientos, casi sin darse cuenta empezó a fijarse, hartado tal vez de tanto dormir, en unas rayas verdes que había sobre la ropa de la cama, que asoció extrañamente con unas manchas de hierba fresca, mientras que el fondo amarillo le hizo pensar en caminos arenosos en una amplia perspectiva de jardines bien cuidados.

Después de pasear su imaginación por estos jardines, entre los que acabó perdiéndose por completo, oyó de nuevo la tos. Al oírla, los caminos se redujeron de nuevo a rayas. Se incorporó un poco en la cama y, manteniendo la cortina entreabierta con una mano, intentó ver qué era.

La misma habitación. La vela seguía encendida. Pero ¡con qué ilimitado asombro contempló todos aquellos frascos, tazones y la ropa secándose junto a la chimenea, más esos objetos que se encuentran habitualmente en la habitación de un enfermo! Todo muy limpio y ordenado, muy distinto de como él lo había dejado al meterse en la cama. Lo mismo ocurría con el ambiente, lleno de un fresco olor a hierbas y a vinagre; con el suelo recién fregado; con la... ¿la marquesa?

Sí, jugando sola al cribbage en la mesa. Allí estaba sentada, atenta al juego, tosiendo de vez en cuando muy bajito para no hacer ruido, como si temiera

molestarlo, barajando las cartas, cortando, dando, jugando, contando, marcando los puntos, recorriendo todos los misterios del cribbage como si hubiera aprendido a jugar desde la cuna... El señor Swiveller contempló aquello durante un breve período de tiempo, soltó la cortina y posó la cabeza en la almohada de nuevo.

«Estoy soñando —pensó—. No cabe duda. Cuando me metí en la cama, las manos no parecían hechas de cáscara de huevo y casi transparentes como ahora. Si esto no es un sueño, es que me he despertado, por error, en una de las mil y una noches de Arabia en vez de en la noche de Londres. Pero no me cabe ninguna duda de que estoy dormido. Ninguna».

La pequeña criada tosió de nuevo.

«¡Realmente asombroso! —siguió pensando el señor Swiveller—. Nunca antes había soñado con una tos tan real. En realidad, no sé si alguna vez he soñado con toses o estornudos. Tal vez forme parte de la filosofía de los sueños el que no haya cosas así. ¡Otra tos, y otra! Está claro que estoy soñando muy deprisa».

A fin de comprobar su verdadero estado, el señor Swiveller, después de reflexionar un poco, se pellizcó en el brazo.

«¡Más extraño todavía! —pensó—. Me metí en la cama con mucha más carne; ahora no tengo dónde pellizcar. Echaré otro vistazo».

La siguiente inspección convenció al señor Swiveller de que los objetos que lo rodeaban eran reales y que los veía, más allá de toda duda, con los ojos bien abiertos.

«Debo de estar viviendo la escena de un cuento oriental, eso es —pensó Richard—. Estoy en Damasco o en el Gran Cairo. La marquesa es un genio y, tras apostar con otro genio sobre quién es el joven más bello de la tierra, y el más digno de ser el marido de la princesa de China, me ha transportado, habitación incluida, para hacer la comparación. Tal vez —siguió pensando el señor Swiveller mientras dejaba caer la cabeza lánguidamente sobre la almohada y miraba la pared—, tal vez la princesa siga aquí. Pero no, ya se ha ido».

No del todo satisfecho con aquella explicación (pues, aun considerándola correcta, seguía conteniendo algo de misterio), el señor Swiveller levantó la cortina de nuevo, decidido a aprovechar la primera oportunidad que tuviese para abordar a su compañera. Y la ocasión se le presentó pronto. La marquesa dio las cartas, volvió una sota y se olvidó de anotarse dos puntos, a lo que él gritó con todas sus fuerzas:

—¡Dos puntos para la sota!

La marquesa dio un salto y empezó a aplaudir.

«Las mil y una noches, de veras —pensó el señor Swiveller—; allí suelen dar palmas en vez de tocar la campanilla. Ha llamado a los dos mil esclavos negros, que acudirán al punto con las correspondientes tinajas llenas de joyas en la cabeza».

Sin embargo, parecían simples palmas de alegría, pues inmediatamente después ella empezó a reír y a llorar a la vez, declarando, no con melodiosas palabras árabes, sino en lengua vernácula, que estaba «tan contenta que no sabía qué hacer».

—Marquesa —dijo el señor Swiveller con premiosidad—, ten la amabilidad de acercarte. Ante todo, ¿me puedes decir, por favor, cómo podría recuperar la voz?, y, en segundo lugar, ¿qué le ha pasado a mi cuerpo?

La marquesa se limitó a sacudir la cabeza con una gran expresión de tristeza y se echó a llorar de nuevo; el señor Swiveller, que estaba muy débil, notó que a él también se le humedecían los ojos.

—Por tus gestos y por lo que veo a mi alrededor, creo inferir, marquesa —expresó Richard después de una pausa con una sonrisa y labios temblorosos—, que he estado enfermo.

—¡Y que lo diga! —corroboró la pequeña criada, secándose los ojos—. ¡Y la de tonterías que habrá podido decir!

—¿Eh? —exclamó Dick—. ¿Tan enfermo he estado, marquesa?

—Casi se muere —respondió la pequeña criada—. No creía que se fuera a poner bien. ¡Gracias al cielo que se ha puesto bien!

El señor Swiveller permaneció un rato en silencio. Poco a poco, empezó a hablar de nuevo y preguntó cuánto tiempo había pasado en la cama.

—Mañana hará tres semanas —contestó la criada.

—¿Tres qué?

—¡Semanas! —contestó la marquesa con énfasis—. Tres largas y eternas semanas.

La idea de haber pasado semejante trance sumió a Richard de nuevo en completo silencio, tras lo que volvió a tumbarse cuan largo era. La marquesa recolocó la ropa de la cama para mayor comodidad del enfermo y le tocó las manos y la frente; al notar que estaban bastante frías, sintió una gran alegría y se echó a llorar de nuevo. A continuación, se puso a preparar té y a cortar unas rebanadas finas de pan para tostarlas.

Mientras se ocupaba de esta tarea, el señor Swiveller la miró con el

corazón agradecido y al mismo tiempo asombrado de verla desenvolverse como si estuviera en su propia casa (atención que atribuyó a Sally Brass, hacia la que se sentía enormemente agradecido). Después de hacer las tostadas y un poco de té suave, la marquesa extendió un paño limpio sobre una bandeja y acercó a Richard el refrigerio, que era, le dijo, lo que el médico le había recetado para cuando despertara; asimismo, le ayudó a incorporarse sobre la almohada, si no con la habilidad de una enfermera profesional, sí con el mismo o mayor esmero, y se lo quedó mirando con una satisfacción indecible mientras él —que de vez en cuando se detenía para apretarle la mano— tomaba su frugal colación con mayor apetito y gusto que si le hubieran puesto delante el manjar más succulento del mundo. Después, la marquesa retiró la bandeja, recompuso la ropa de la cama para mayor comodidad del paciente y se sentó a la mesa para tomar también ella un poco de té.

—Marquesa —susurró el señor Swiveller—, ¿cómo está Sally?

La pequeña criada esbozó una mueca de extrañeza y picardía y sacudió la cabeza.

—¿Cómo, no la has visto últimamente? —se asombró Dick.

—¿Que si la he visto? —gritó la pequeña criada—. ¡Cómo la voy a ver, si me he escapado!

El señor Swiveller se dejó caer de golpe en la cama, donde permaneció tumbado unos cinco minutos. Al poco tiempo, se incorporó ligeramente y volvió a preguntar:

—¿Y dónde vives ahora, marquesa?

—¿Que dónde vivo? —exclamó la pequeña criada—. ¡Aquí!

—¡Ah! —expresó el señor Swiveller.

Exhalada esta exclamación, el señor Swiveller se desplomó sobre la cama como si le hubieran pegado un tiro; allí permaneció, inmóvil y privado del habla, hasta que ella hubo terminado su colación, colocado todo en su sitio y barrido la chimenea. Entonces el señor Swiveller le hizo señas para que cogiera una silla y se acercara a la cama, y, apoyándose de nuevo sobre la almohada, prosiguió la conversación:

—Así que te has escapado, has dicho, ¿no? —preguntó Dick.

—Sí —confirmó la marquesa—, y me han anunciado.

—¿Que te han anunciado? —repitió Dick—. ¿Qué quieres decir?

—Que me han anunciado, ya sabe, en los periódicos —repuso la marquesa.

—Ah, ya entiendo —dijo Dick—. Que han puesto un anuncio en el

periódico.

La pequeña criada asintió con la cabeza y guiñó el ojo. Pero sus ojos estaban tan rojos de tanto velar y llorar que hasta la musa de la tragedia habría podido guiñar el ojo con mayor alegría. Al menos eso pensó Dick.

—Dime una cosa —le preguntó de nuevo—: ¿cómo es que se te ocurrió venir aquí?

—Pues, verá —respondió la marquesa—, cuando se fue usted, yo no tenía ningún amigo. Además, el inquilino no volvió, y yo no sabía dónde encontrarlos ni a él ni a usted, ya sabe. Pero una mañana, mientras yo estaba...

—... Con el ojo puesto en la cerradura, ¿no? —continuó la frase el señor Swiveller al verla titubear.

—Sí, eso —reconoció la pequeña sirvienta—. Cuando estaba mirando por el ojo de la cerradura del despacho, como usted me vio hacer un día, ya sabe, oí a alguien decir que vivía aquí (era la dueña de esta casa) y que usted se encontraba muy mal y no tenía a nadie que lo cuidara. Entonces el señor Brass va y dice: «Eso no es asunto mío», y la señorita Sally va y dice: «Es un tipo muy raro, y tampoco es asunto mío». Así que la señora se marchó, ¡y menudo portazo que dio al irse, menudo portazo! Y entonces yo me escapé aquella noche y me vine aquí, y dije que usted era mi hermano, y me creyeron, y desde entonces estoy aquí.

—¡Esta pobre marquesa está muerta de fatiga! —exclamó Dick.

—No, qué va —replicó ella—. No, no. No se preocupe por mí. A mí me gusta velar, y a veces he conseguido echar una cabezadita, a Dios gracias, en uno de esos sillones. Pero ¡si se hubiera visto usted intentando saltar por la ventana..., y cómo se ponía a cantar y a echar discursos!, ¡no, no se lo habría creído! ¡Qué contenta estoy de que esté mejor, señor Viverer!

«Sí, el señor Vivaracho, el señor Vivo —se dijo Dick para sus adentros—. ¡Qué suerte que estoy aún vivo! Estoy seguro, marquesa, que ahora no estaría vivo si no hubiera sido por ti».

En este punto, el señor Swiveller tomó de nuevo la mano de la pequeña criada en la suya y, tan estropeado físicamente como estaba, en su esfuerzo por darle las gracias habría conseguido que sus ojos se volvieran tan rojos como los de la marquesa si esta no hubiera cambiado rápidamente de conversación y lo hubiera obligado a tenderse de nuevo en la cama y dejar de hablar.

—El médico —cambió de tema— dijo que tenía que estar usted tranquilo y callado, y que no debía haber en la habitación ruido ni nada parecido. Ahora intente descansar otro poco, y después seguiremos hablando. Yo me sentaré a su lado. Si cierra los ojos, tal vez consiga dormir algo. El sueño le sentará

bien, ya verá.

Mientras decía aquello, la marquesa acercó una mesita a la cama, se sentó y empezó a preparar un refrigerio con la habilidad de veinte farmacéuticos juntos. Como Richard Swiveller estaba muy cansado, cayó dormido enseguida. Media hora después, se despertó y preguntó qué hora era.

—Acaban de dar las seis y media —respondió su pequeña amiga, ayudándole a sentarse de nuevo en la cama.

—Marquesa —articuló Richard, pasándose la mano por la frente y volviéndose de pronto hacia ella como si acabara de ocurrírsele algo importante—, ¿qué ha pasado con Kit?

Ella contestó que lo habían condenado a un montón de años de deportación.

—¿Se ha ido ya? —preguntó Dick—. Y su madre ¿cómo está, qué ha sido de ella?

Su enfermera sacudió la cabeza y contestó que no sabía nada de ellos.

—Si yo supiera —insinuó— que no va a hablar usted y que no le va a volver la fiebre, le contaría..., pero ahora no.

—Sí, por favor —le rogó Dick—. Eso me distraerá.

—¿Que eso lo distraerá? —repuso la pequeña criada con una mirada de espanto—. No, no lo creo. Espere a sentirse mejor; entonces se lo contaré.

Dick lanzó una mirada muy seria a su pequeña amiga; esa mirada, unida a las ojeras que tenía a causa de la enfermedad, hizo que ella se asustara y le pidiera que por favor no pensara más en ello. Pero lo que le había insinuado no sólo picó la curiosidad de Dick, sino que además lo alarmó seriamente, por lo que la instó a que se lo contara sin dilación, por enojoso que fuera.

—Oh, no es que sea muy enojoso —repuso la pequeña criada—. No tiene nada que ver con usted.

—Tiene que ver con... algo que oíste a través de la rendija de una puerta o del ojo de una cerradura que, se suponía, no tenías que oír, ¿verdad? —preguntó Dick con la respiración entrecortada.

—Sí —respondió la pequeña criada.

—¿En... en Bevis Marks? —agregó Dick precipitadamente—. ¿Una conversación entre Brass y Sally?

—Sí —asintió la pequeña criada de nuevo.

Richard Swiveller sacó de la cama su brazo escuálido y, agarrándola por la

muñeca y acercándola a él, le pidió que le contara todo, con pelos y señales, o no respondería de las consecuencias si se sentía totalmente inca paz de soportar el nerviosismo que lo invadía. La marquesa, al ver que estaba tan agitado y que aplazar la revelación podría resultar más perjudicial que contárselo todo al instante, prometió hacerlo a condición de que se mantuviera en calma y no se sobresaltara ni se moviera mucho en la cama.

—Si veo que hace algo de eso —decretó la pequeña criada—, me paro y no sigo. Se lo advierto.

—No puedes parar si no has empezado —señaló Dick—. Empieza, querida. Habla, hermana, habla. Mi bella Polly, cuenta. ¡Oh, dime cuándo, dónde, por favor, marquesa, te lo suplico!

Incapaz de resistirse a ruegos tan fervientes y expresados de una manera tan solemne y tremenda, su compañera inició el relato.

—Pues bien... Antes de escaparme, yo dormía en la cocina, donde jugábamos a las cartas, ya sabe. La señorita Sally se guardaba en el bolsillo la llave de la puerta de la cocina y bajaba por la noche para llevarse la vela y apagar el fuego de la chimenea. Con lo cual, yo tenía que acostarme a oscuras. Ella cerraba la puerta con llave por fuera, se metía la llave en el bolsillo y me tenía encerrada hasta que bajaba por la mañana, bastante temprano, y me dejaba salir. Yo tenía miedo de quedarme allí encerrada, pues, si se producía un incendio, seguro que ellos sólo pensaban en salvarse y se olvidaban de mí, ya sabe. Así que siempre que veía una llave oxidada en alguna parte, la cogía y probaba a ver si encajaba en la cerradura, hasta que al final encontré en el basurero del sótano una que encajaba.

El señor Swiveller agitó violentamente las piernas. Pero, como vio que la pequeña criada se detenía al instante, se calmó enseguida y, alegando un momentáneo olvido de lo pactado, la invitó a continuar.

—Me hacían pasar mucha hambre —continuó la pequeña criada—. ¡Ah! ¡No se puede imaginar el hambre que pasaba! Yo salía por la noche después de acostarse ellos y, a tientas en medio de la oscuridad, buscaba trozos de galleta o de bocadillos que usted había dejado en el despacho, incluso trozos de cáscara de naranja que metía en agua fría e imaginaba que aquello era vino. ¿No ha probado nunca piel de manzana con agua?

El señor Swiveller contestó que nunca había probado ese ardiente licor y volvió a pedirle que reanudara el hilo de su narración.

—Si nos esforzamos para que nos guste, acaba gustándonos —prosiguió la pequeña criada—; pero si no, ya sabe, parece como si le faltara un poco de fuerza. En fin, que a veces yo salía después de que ellos se acostaran, y a veces incluso antes, ¿sabe? Y una o dos noches antes de que se armara todo

ese jaleo en el despacho (cuando se llevaron a ese muchacho, ya sabe), subí mientras el señor Brass y la señorita Sally estaban sentados en el despacho junto al fuego; aunque, para decirle la verdad, había ido para ver si hablaban del sitio donde escondían la llave de la despensa.

El señor Swiveller, mirándola con sumo interés, recogió las rodillas, formando un gran cono con la ropa de cama. Pero, como la pequeña criada hizo una pausa y levantó el dedo, el cono se deshizo como se había formado, aunque no la mirada de interés.

—Allí estaban él y ella —prosiguió la pequeña criada—, sentados junto al fuego y hablando en voz baja entre ellos. El señor Brass le dice a la señorita Sally: «Te digo que a mí esto me parece muy peligroso y que podría acarrearlos muchos engorros. No me gusta ni un pelo». Ella le dice, ya sabe cómo habla: «Eres un pusilánime, un debilucho, un gallina, y te voy a decir una cosa: que yo debería haber sido el hermano y tú la hermana. ¿Acaso no es Quilp nuestro principal valedor?». «Sí, por supuesto que lo es», contesta el señor Brass. «¿Y con lo que hacemos en el bufete no estamos constantemente contribuyendo a que una persona u otra se arruine?», le pregunta ella. Y el señor Brass le contesta: «Sí, ciertamente». «Entonces», sigue ella, «¿tiene alguna importancia provocar la ruina de Kit si Quilp así lo desea?». «Ciertamente, no tiene importancia», responde el señor Brass. Y pasan un rato cuchicheando y riéndose porque no ven ningún peligro si todo lo hacen bien, y entonces el señor Brass saca su cartera y dice: «Mira, aquí está. El billete de cinco libras del señor Quilp. Estamos de acuerdo, entonces, en que lo haremos así. Me he enterado de que Kit viene mañana por la mañana. Mientras él esté arriba, tú te retiras y yo me encargo de que el señor Richard se vaya. Cuando esté yo solo con Kit, me pongo a conversar con él y meto el dinero en el sombrero. Y me las apañaré de manera que el señor Richard lo descubra, y eso nos sirva de prueba. Si con eso no conseguimos que el señor Quilp se quite de encima a Christopher de una vez y se quede satisfecho, entonces es que algún diablo se ha metido por medio». La señorita Sally se rio y dijo que era un buen plan, y, como me pareció que se iban y yo tenía miedo de quedarme allí más tiempo, bajé al sótano otra vez. Eso es lo que pasó.

Como la pequeña criada se había ido alterando progresivamente al igual que el señor Swiveller, no lo reprendió esta, vez cuando vio que se sentaba en la cama y le preguntaba con nerviosismo si le había contado aquello a alguien más.

—¿Cómo iba a contarlo? —contestó su enfermera—. A mí me daba miedo saber lo que sabía, y esperaba que absolvieran al muchacho. Cuando me enteré de que lo habían condenado por algo que no había hecho, usted ya se había ido y también el inquilino, aunque creo que me habría dado un poco de miedo decírselo a él si no se hubiera ido. Y desde que vivo aquí, usted ha estado todo

el tiempo inconsciente. Además, ¿de qué habría servido contárselo a alguien!

—Marquesa —declaró el señor Swiveller, arrancándose el gorro de dormir y lanzándolo al otro extremo de la habitación—, hazme el favor de retirarte un momento a ver qué tiempo hace, que voy a levantarme.

—¡Ni se le ocurra! —gritó la enfermera.

—¡Tengo que hacerlo! —replicó el paciente, mirando alrededor de la estancia—. ¿Dónde está mi ropa?

—Ah, me alegro de que no tenga ropa —respondió la marquesa.

—¡Señora! —exclamó el señor Swiveller, boquiabierto.

—No he tenido más remedio que venderla, prenda a prenda, para conseguir las cosas que le han recetado. Pero no la tome conmigo —le rogó la marquesa mientras Dick se desplomaba en la cama—. Está demasiado débil para levantarse, ¿no se da cuenta?

—Me temo que llevas razón —se lamentó Richard—. Pero... ¿qué puedo hacer! ¡Qué se debe hacer!

Después de reflexionar un poco, vio que el primer paso a dar era comunicarse enseguida con uno de los señores Garland. Era muy probable que el señor Abel se encontrara todavía en la notaría. En un santiamén, el señor Swiveller le escribió a lápiz a la pequeña criada la dirección en un trozo de papel, le describió con cuatro palabras al padre y al hijo para que pudiera reconocer a cualquiera de los dos sin dificultad y le advirtió que tuviera mucho cuidado con el señor Chuckster, que sentía una gran antipatía por Kit. Provista de estas pocas indicaciones, la pequeña criada se alejó a toda prisa con la misión de traer en persona a la casa al anciano señor Garland o al señor Abel.

—Supongo —dijo Dick mientras ella cerraba la puerta despacio y se asomaba de nuevo para echar un vistazo a la habitación y asegurarse de que lo dejaba en buen estado—, supongo que no me queda nada, ni siquiera un chaleco...

—No, nada.

—Sería un poco violento —apostillo el señor Swiveller— en caso de incendio. Incluso un paraguas me habría servido de algo. Pero actuaste bien, mi querida marquesa. Ahora estaría muerto de no ser por ti.

CAPÍTULO SESENTA Y CINCO

Le vino bien a la pequeña criada tener un carácter vivo y despierto, pues de lo contrario haber andado sola por aquel barrio, donde corría el riesgo de ser vista por la señorita Sally, habría tenido probablemente como consecuencia la devolución de su persona a su suprema autoridad. Consciente, pues, de dicho riesgo, en cuanto salió de la casa enfiló el primer callejón oscuro con que se topó y, sin saber adónde se dirigía, lo primero que hizo fue poner toda la tierra de por medio posible respecto de Bevis Marks.

Cumplido este objetivo, corrigió el rumbo hacia la notaría, lo que consiguió sin problemas preguntando astutamente (para no llamar la atención) a verduleras y pescaderos de bocacalles en vez de a comerciantes de tiendas iluminadas o a personas bien vestidas. Al igual que las palomas mensajeras, que, al soltarlas por primera vez en un lugar extraño, revolotean al azar cierto tiempo antes de lanzarse hacia su destino, así también la marquesa dio unas cuantas vueltas hasta que se creyó a salvo, y sólo entonces se encaminó velozmente hacia su destino.

No llevaba sombrero, sino una especie de turbante que, en alguna época pasada, había llevado la propia Sally Brass, cuyo gusto por los tocados era, como hemos visto, un tanto peculiar; asimismo, su velocidad se vio más retardada que coadyuvada por los zapatos, unos zuecos que se le salían constantemente y resultaban difíciles de encontrar entre la multitud de transeúntes. Así, la pobre criatura sufrió tanto retraso por tener que buscar estas prendas entre el fango y los arroyos (y se vio en esta búsqueda tan zarandeada, empujada, apretujada y llevada de mano en mano) que cuando llegó a la calle del notario estaba cansada hasta el grado del agotamiento y no pudo reprimir un torrente de lágrimas.

Pero haber llegado allí era ya un gran consuelo, especialmente cuando vio luz en la ventana del despacho, lo que alimentó su esperanza de no haber llegado demasiado tarde. La marquesa se secó los ojos con el dorso de ambas manos, subió los escalones con suma cautela y miró por el cristal de la puerta.

Divisó la silueta del señor Chuckster detrás de la tapa levantada de su mesa, preparándose para poner punto y final a la jornada (lo vio bajarse los puños, subirse el cuello, ajustarse coqueto la corbata y atusarse sigilosamente el bigote con la ayuda de un trozo de espejo triangular). Ante las cenizas del fuego estaban de pie dos caballeros, uno de los cuales debía de ser el notario y el otro (que se estaba abotonando el abrigo y parecía a punto de irse), el señor Abel Garland.

Realizadas estas observaciones, la pequeña espía juzgó más prudente esperar fuera hasta que saliese el señor Abel, pues en la calle no sería escuchada por el señor Chuckster y le resultaría más fácil transmitir el mensaje. Con tal propósito, bajó de nuevo los escalones y, atravesando la

calle, se sentó en los de la casa de enfrente.

Al poco de sentarse, vio que se acercaba un poni por el extremo de la calle con las patas zigzagueando y la cabeza bamboleándose. El poni tiraba de un pequeño faetón montado por un hombre; pero ni el hombre ni el faetón parecían incomodar lo más mínimo al animal, pues tan pronto levantaba las patas delanteras como se detenía o seguía trotando o volvía a pararse o echaba marcha atrás o se iba de lado a lado... sin prestarles la menor atención; sólo obedecía a su propia fantasía, como si fuera el animal más libre de la Creación. Llegado el carruaje ante la puerta del notario, el hombre gritó de una manera muy respetuosa: «¡So, párate aquí!», dando a entender que si expresaba un deseo, no sería otro que el de detenerse allí mismo. El poni se detuvo unos instantes; pero, como si se le hubiera ocurrido de repente que detenerse cuando se le pedía podría sentar un precedente incómodo y peligroso, salió disparado hasta la siguiente esquina, dio media vuelta, volvió y se detuvo por voluntad propia.

—¡Oh, qué precioso animal! —exclamó el hombre, sin atreverse a describir al poni con las palabras que le habría gustado emplear hasta no hallarse a salvo, con un pie en tierra—. ¡Ojalá pudiera darte tu merecido!

—¿Qué ha pasado? —preguntó el señor Abel, enrollándose una bufanda al cuello mientras bajaba los escalones.

—Este animal puede volver loco al más paciente de los hombres —respondió el mozo de cuadra—. Es el animal más bribón y más salvaje que he visto en mi vida. ¡Sooo! ¿Quieres estarte quieto?

—No se calmará si lo insulta —advirtió el señor Abel, montando y empuñando las riendas—. Es muy manso si se le sabe tratar. Esta mañana ha sido la primera vez que ha salido desde hace tiempo, pues no está el que solía llevarlo y no le gusta que lo lleve ninguna otra persona. Los faroles están listos, ¿no? Bien. Procure estar aquí mañana a la misma hora para ocuparse del poni, por favor. ¡Buenas noches!

Tras un par de cabriolas de su propia invención, el poni se plegó a las amables órdenes del señor Abel y salió trotando suavemente.

Como durante todo este tiempo el señor Chuckster había estado en la puerta, la pequeña criada no quiso acercarse. Así pues, decidió salir corriendo detrás del calesín y gritarle al señor Abel que se detuviera. Casi sin aliento, logró acercarse, pero sin hacerse oír. La situación era desesperada, pues el poni empezó a acelerar el paso. La marquesa siguió corriendo otro poco, pero, sintiendo que le flaqueaban las fuerzas, con un esfuerzo supremo consiguió encaramarse al asiento trasero, perdiendo para siempre en esta acción uno de los zapatos.

El señor Abel, completamente enfrascado en sus reflexiones y preocupado por mantener controlado al poni, no miró a ninguno de los lados y, por tanto, no reparó en que llevaba a una persona sentada junto a él hasta que la marquesa, después de recuperarse un poco de la terrible carrera, de la pérdida del zapato y de lo insólito de la situación, le dijo al oído:

—Disculpe, señor...

El señor Abel volvió la cabeza rápidamente y, tras detener al poni, gritó, visiblemente asustado:

—¡Cielo santo, qué es esto!

—No se asuste, señor —pidió la mensajera, aún jadeante—. ¡Oh, he corrido tanto detrás de usted!

—¿Qué quieres de mí? —preguntó el señor Abel—. ¿Cómo es que estás aquí?

—He subido por detrás —contestó la marquesa—. ¡Oh, por favor, siga avanzando, señor, no se pare, y diríjase a la City, por favor! Y cuanto antes, mejor, pues el asunto es muy urgente. Hay alguien allí que quiere verlo. Me ha mandado para que le pida que vaya allí inmediatamente, ya que conoce toda la verdad sobre Kit y podría salvarlo y demostrar su inocencia. —¿Qué dices, niña?

—Lo que oye, le doy mi palabra de honor. Pero, por favor, no se detenga. Vaya deprisa, por favor. He perdido mucho tiempo, y él va a pensar que me he extraviado.

El señor Abel instó involuntariamente al poni a que acelerara la marcha, y este, como impelido por alguna secreta simpatía o algún nuevo antojo, salió disparado a todo galope y no aflojó el ritmo ni se entregó a ninguna fantasía pasajera hasta que no llegaron a la puerta de la casa donde se alojaba el señor Swiveller, donde, oh, maravilla, se detuvo al instante cuando el señor Abel se lo ordenó.

—Es la habitación de ahí arriba —le informó la marquesa, señalando una ventana de donde salía una débil luz—. ¡Vamos, deprisa!

El señor Abel, que era un hombre sumamente tranquilo y retraído, y además muy tímido, vaciló unos instantes, pues había oído hablar de personas que eran engañadas y conducidas a lugares donde las robaban o asesinaban en circunstancias muy parecidas a aquellas y, por lo que podía barruntar, por guías similares a la marquesa. Pero el aprecio que le tenía a Kit venció todas estas consideraciones y, tras confiar a Whisker al cuidado de un hombre que parecía buscar ese tipo de trabajo, dejó que su compañera lo cogiera de la mano y lo guiara hasta arriba por aquellas escaleras oscuras y estrechas.

Se asombró no poco al encontrarse en una habitación escasamente iluminada, donde había un hombre durmiendo en la cama.

—¡Qué alegría me da verlo dormir tan tranquilo! —le susurró su guía—. ¡Ah, si lo hubiera visto hace tan sólo dos o tres días!

El señor Abel no contestó a aquel comentario y se mantuvo lo más alejado de la cama y lo más cerca de la puerta que pudo. Su guía se dio cuenta enseguida de su reserva y aprestó la vela; al acercarse a la cama con esta en la mano, el enfermo se despertó sobresaltado y el señor Abel reconoció en su cara estragada los rasgos de Richard Swiveller.

—Pero ¿qué veo? —exclamó el señor Abel, acercándose rápidamente a la cama—. ¿Ha estado usted enfermo?

—Muy enfermo —respondió Dick—. Y no me he muerto de milagro. Eso habría podido oír usted (que el Richard que ve aquí yacía en su féretro) de no haber sido por esta amiga que he mandado en su busca. Dame la mano otra vez, marquesa, por favor. Tome asiento, señor Garland.

El señor Abel, no poco asombrado al oír que su guía ostentaba un título nobiliario, tomó asiento junto a la cama.

—He mandado avisarle, señor —empezó Dick—, pero ¿le ha dicho ella por qué?

—Sí. Estoy completamente aturdido con todo esto. Realmente, no sé qué decir ni qué pensar —respondió el señor Abel.

—Lo sabrá ahora mismo —repuso Dick—. Marquesa, siéntate al pie de la cama, ¿quieres? Y cuéntale ahora a este caballero todo lo que me has contado a mí, con pelos y señales. Y usted, señor, no la interrumpa, por favor.

La marquesa contó todo exactamente igual que antes, sin omitir ni añadir detalle alguno. Richard Swiveller, que durante la narración mantuvo los ojos fijos en su visitante, concluida esta volvió a tomar la palabra:

—Ya ha oído el relato, un relato que no creo que pueda olvidar. Yo me encuentro demasiado mareado y débil para sugerir nada a nadie; pero usted y sus amigos sabrán sin duda qué hacer. Habida cuenta del retraso que llevamos, cada minuto cuenta por un siglo. Señor, si alguna vez en su vida ha vuelto a casa muy deprisa, hágalo igual esta noche. No pierda tiempo en decirme nada; márchese cuanto antes. A ella la encontrará aquí, si la necesita para algo; y en cuanto a mí, esté seguro de encontrarme aquí también, al menos durante un par de semanas. Por desgracia, hay muchos motivos para ello. ¡Marquesa, una vela! Si pierde un minuto más mirándome, señor, ¡no se lo perdonaré nunca!

El señor Abel no necesitó de más reproches ni de más palabras persuasivas y se marchó al instante. La marquesa lo acompañó para alumbrarlo hasta la

puerta. Al volver, anunció que el poni no había puesto ninguna objeción y que había salido disparado a todo galope.

—¡Eso está bien! —exclamó Dick—. Tiene un buen corazón; se lo tendré en cuenta a partir de ahora. Pero, marquesa, toma algo de cena y una jarra de cerveza, pues estoy seguro de que estás muy cansada. Sí, toma una jarra de cerveza. Ver cómo te la tomas me producirá el mismo placer que si me la tomara yo mismo.

Aquellas palabras bastaron para convencer a la pequeña enfermera de que podía concederse dicho lujo. Después de comer y beber, para gran contento del señor Swiveller, de darle a este su bebida y de poner todo en orden, se echó una manta vieja a la espalda y se sentó sobre la alfombra junto al fuego.

Poco después, el señor Swiveller murmuraba mientras dormía: «Pétalos de flores sobre tu cama, donde yaceremos hasta mañana. ¡Buenas noches, marquesa!».

CAPÍTULO SESENTA Y SEIS

Al despertarse por la mañana, Richard Swiveller percibió, de manera lenta y gradual, un murmullo de voces en la habitación. Miró entre las cortinas y vio al señor Garland, al señor Abel, al notario y al caballero soltero departiendo con la marquesa con tono serio pero en voz muy baja, sin duda para no molestarlo. No perdió tiempo en hacerles saber que dicha precaución era innecesaria; los cuatro caballeros se acercaron inmediatamente a la cama. El anciano señor Garland fue el primero en alargarle la mano y preguntarle cómo se encontraba.

Dick estaba a punto de contestar que se sentía mucho mejor, aunque, como era lógico, aún bastante débil, cuando su pequeña enfermera, apartando a los visitantes y ayudando a Dick a incorporarse en la cama, como celosa de la interferencia, le puso el desayuno delante e insistió en que lo tomara antes de correr el riesgo de cansarse hablando o escuchando. Al señor Swiveller, que tenía buen apetito y había tenido un sueño —que recordaba perfectamente— sobre chuletas de cordero, jarras de cerveza y otros manjares, incluso el suave té y las simples tostadas le parecieron unas tentaciones tan irresistibles que accedió a comer y beber con una condición.

—Que no es otra —especificó Dick, devolviendo al señor Garland el apretón de manos— que me conteste a esta pregunta con la mayor sinceridad antes de tomar yo nada: ¿es demasiado tarde?

—¿Para completar el trabajo que usted inició tan estupendamente anoche?

—concluyó la pregunta el anciano caballero—. No. Puede estar tranquilo a este respecto, se lo aseguro.

Consolado con aquella respuesta, el paciente se aplicó a desayunar con gran apetito, aunque no tan grande como el placer que parecía sentir su enfermera viéndole comer. El desayuno transcurrió más o menos de la siguiente manera:

El señor Swiveller, con una tostada o la taza de té en la mano izquierda, con la que tomaba un bocado o un sorbo, según el caso, tenía fuertemente agarrada con la derecha la mano de la marquesa, y para apretarla más, o incluso para besarla, se detenía de vez en cuando en medio de la degustación con circunspección y gravedad. Cuando comía o bebía, la cara de la marquesa se iluminaba de una manera indescriptible; pero, siempre que le daba estas muestras de agradecimiento, a la marquesa se le ensombrecía el semblante y empezaba a sollozar. Ahora bien, ya estuviera riendo o llorando, se volvía a los visitantes con una mirada suplicante, que parecía decir: «Están viendo a este hombre tan enfermo. ¿Puedo yo hacer otra cosa que cuidarlo con el mayor cariño del mundo?». Y ellos, al verse convertidos, por así decir, en actores de la representación, contestaban invariablemente con una mirada que parecía decir: «No; ciertamente, no». Esta especie de teatro mudo, en el que el propio enfermo, pálido y demacrado, desempeñó un papel importante, duró todo el desayuno, y nos permite preguntarnos con todo derecho si ha habido alguna vez una comida como esta, en la que no se dijo ninguna palabra, buena o mala, de principio a fin, en la que se expresaran tantas cosas con gestos de por sí tan poco importantes.

Al final, y a decir verdad no mucho tiempo después, el señor Swiveller dio cumplida cuenta de todas las tostadas y del té que en aquel escenario de su recuperación se le permitió tomar con moderación. Pero los cuidados de la marquesa no se pararon allí, pues, después de desaparecer un instante, volvió con una jofaina llena de agua clarísima, le lavó la cara y las manos, le peinó el pelo y, en una palabra, lo dejó todo lo aseado y pulcro que permitían las circunstancias; y todo ello de manera rápida y desenvuelta, como si él fuera un niño pequeño y ella una enfermera adulta. Y a todas estas variadas atenciones el señor Swiveller se sometió con un asombro y agradecimiento indecibles. Terminada la ceremonia del aseo, la marquesa se retiró a un rincón para tomar un frugal desayuno (ya frío para entonces), y el señor Swiveller, volviendo la cara unos momentos, la saludó con la mano efusivamente.

—Caballeros —profirió Dick, girándose tras aquella pausa—, les ruego me disculpen. Las personas que han pasado por un estado de postración como yo se fatigan fácilmente. Pero ahora estoy de nuevo fresco y listo para hablar. Además de otras comodidades, aquí faltan sillas, pero yo los invito a sentarse en la cama...

—¿Qué podemos hacer por usted? —preguntó el señor Garland con tono afable.

—Si, por arte de magia, pudieran convertir a la marquesa que está ahí en una marquesa de verdad —respondió Dick—, se lo agradecería en el alma. Pero como no pueden, y como además no se trata de lo que ustedes pueden hacer por mí, sino de lo que pueden hacer por otra persona que en este momento merece más sus desvelos, siéntense, por favor, y díganme lo que pretenden hacer.

—Es principalmente por este motivo por lo que hemos venido a verle —afirmó el caballero soltero—, aunque enseguida recibirá otra visita. Como temíamos que estuviera muy inquieto si no conocía por nosotros mismos los pasos que pensábamos dar, hemos decidido venir a hablar con usted antes de mover el asunto.

—Caballeros —respondió Dick—. Les doy las gracias. Cualquier persona en el estado de desvalimiento en que me yo me encuentro estaría naturalmente inquieta. No me permita interrumpirlo, señor.

—Entonces, verá, mi buen amigo... —empezó el caballero soltero—, si bien no albergamos ninguna duda en cuanto a la verdad de este descubrimiento, que ha salido a la luz de manera tan providencial...

—¿Quiere decir gracias a ella? —preguntó Dick, señalando a la marquesa.

—Quiero decir gracias a ella, por supuesto. Decía que, si bien no albergamos ninguna duda al respecto, ni de que su debido uso procurará el indulto inmediato y puesta en libertad del pobre muchacho, nos invade una gran duda sobre si dicho descubrimiento nos permitiría también dar caza a Quilp, el principal instigador de esta villanía. Le diré, además, que esta duda se ha convertido casi en certeza según la opinión que nos hemos formado en este breve espacio de tiempo. Usted convendrá con nosotros en que darle la más remota posibilidad de huida, pudiendo evitarlo, sería algo realmente monstruoso. Y convendrá también, sin duda, en que si alguien debe huir, que sea cualquiera menos él.

—Sí —convino Dick—, ciertamente. Así sería si alguien debiera escaparse. Pero a fe mía que no deseo que nadie se escape. Desde que se hicieron leyes para doblegar el vicio en los demás así como en uno mismo, etcétera, como todos sabemos... ¿No lo ve usted bajo esta luz?

El caballero soltero sonrió como si la luz bajo la cual el señor Swiveller había planteado su pregunta no fuera la más clara del mundo y le explicó que pensaban proceder mediante una estratagema, ya que su idea era intentar sacarle una confesión a la gentil Sarah.

—Cuando descubra lo que sabemos y cómo lo sabemos —agregó—, y que está completamente implicada en el caso, confiamos, a través de los medios que ella nos ofrezca, poder castigar a los otros dos de manera eficaz. Si lo lográsemos, no me importaría que ella se fuera de rositas.

Dick recibió aquel plan con poco entusiasmo, opinando por su parte, con las pocas fuerzas que tenía, que encontrarían a la arpía (refiriéndose a Sarah) más difícil de manipular que al propio Quilp; que con ningún ardid, amenaza ni engatusamiento conseguirían impresionarla lo más mínimo ni hacerla claudicar; que estaba hecha de una pasta o metal imposible de derretir o moldear; en una palabra, que no podrían domeñarla y que saldrían clamorosamente derrotados en su intento. Pero era inútil inducirlos a adoptar cualquier otra estrategia. Se ha dicho que el caballero soltero había expuesto las intenciones de los tres, pero debería señalarse también que todos hablaban a la vez, que si por casualidad alguno se callaba un momento era sólo para recuperar el aliento y hablar de nuevo; en una palabra, que habían alcanzado ese nivel de impaciencia y nerviosismo en que los hombres no atienden a razones y que habría sido más fácil desviar el viento más impetuoso que instarlos a reconsiderar su determinación. Así, tras decirle al señor Swiveller que no habían dejado de lado a la madre de Kit ni a sus hijos, que tampoco habían dejado de lado al propio Kit, sino que se habían esforzado al máximo para que su condena se viera atenuada, divididos como estaban entre unas pruebas tan contundentes en cuanto a su culpabilidad y unas esperanzas respecto de su inocencia cada vez más débiles, tras asegurarle que podía estar tranquilo, pues todo se solucionaría antes del anochecer; después de decirle todo esto y añadir muchísimas expresiones amables y cordiales que no es necesario referir aquí, el señor Garland, el notario y el caballero soltero se despidieron en el momento oportuno, pues de lo contrario Richard Swiveller habría vuelto a tener fiebre, con resultados a buen seguro fatales.

El señor Abel se quedó en la casa, mirando a menudo el reloj y la puerta de la habitación, hasta que el señor Swiveller fue despertado de un breve sueñecito por un ruido tremendo producido por algo muy pesado que un mozo había dejado caer en el rellano de la escalera, un estruendo que casi hizo temblar la casa y tintinear los frascos de medicinas que había en la repisa de la chimenea. El señor Abel se sobresaltó al oír tan descomunal porrazo, se acercó cojeando a la puerta, la abrió y... ¿qué vio? Un hombre forzado con una canasta enorme, que, arrastrada a la habitación y destapada al instante, desembuchó tesoros tales como té, café, vino, bizcochos, naranjas, uvas y pollos preparados para su cocción, más jalea de pie de ternera, arruruz, sagú y otros delicados reconstituyentes; al verlos la pequeña criada, que nunca había visto semejantes cosas, salvo en los escaparates de las tiendas, se quedó pegada al suelo con su único zapato, la boca y los ojos hechos agua y momentáneamente privada de la facultad del habla. Pero no así el señor Abel

ni el hombre forzado, que vació el canastón, grande como era, en un abrir y cerrar de ojos, ni una señora mayor que apareció tan repentinamente que parecía haber salido por ensalmo del propio canastón (tenía capacidad suficiente para contenerla a ella también) y que, de puntillas y sin hacer ruido, se puso —aquí y allí y en cualquier sitio— a llenar de jalea las tazas de té, a preparar caldo de pollo en pequeñas cacerolas, a pelar naranjas para el enfermo (que partió en diminutos gajos) y a hacer probar a la pequeña criada varias clases de vino y trozos exquisitos de cuanto allí había antes de aplicarse a preparar un guiso de carne sustancioso para reponer fuerzas. Todo lo que allí había le resultó tan inesperado y desconcertante al señor Swiveller que, tras tomar dos naranjas y un poco de jalea, y una vez que se hubo marchado el forzado con el canastón vacío, dejando manifiestamente toda aquella promesa de festín para su personal usufructo y beneficio, no se le ocurrió nada mejor que tumbarse de nuevo en la cama y dormirse, abrumado por la visión de tanto prodigio.

Por su parte, el caballero soltero, el notario y el señor Garland se encaminaron hacia un café, donde redactaron una misiva para la señorita Sally Brass solicitándole, en términos misteriosos y escuetos, honrara con su compañía a un amigo desconocido que deseaba hacerle una consulta lo antes posible. El recado le llegó tan pronto que, a los diez minutos de volver el mensajero informando de la debida entrega, se presentó la señorita Brass en persona.

—Por favor, señorita —le rogó el caballero soltero, que se había quedado solo en la sala—, siéntese.

La señorita Brass se sentó, con la columna tiesa y rígida, visiblemente asombrada de que el inquilino y su misterioso corresponsal fueran la misma persona.

—Supongo que no esperaba verme, ¿verdad? —formuló el caballero soltero.

—No me lo imaginaba, no —respondió la belleza—. Creía que se trataba de un asunto relacionado con el bufete. Si es sobre la habitación, ya sabe que le basta con entregar a mi hermano una notificación o bien dinero. Ese asunto se puede solucionar rápidamente. Usted es una persona solvente y, en su caso, el dinero de curso legal o una notificación vienen a ser lo mismo.

—Le estoy agradecido de su buena opinión —repuso el caballero soltero—, y comparto plenamente lo que dice. Pero no es ese el asunto sobre el que deseo hablar con usted.

—¿Ah, no? —dijo Sally—. Entonces, dígame de qué se trata. Supongo que de un asunto relativo a nuestra profesión, ¿no?

—Bueno..., sí, está relacionado con el mundo del Derecho, ciertamente.

—Muy bien —contestó la señorita Brass—. Mi hermano y yo somos iguales a ese respecto. Yo puedo aceptar cualquier encargo o darle a usted algún consejo.

—Bueno..., como hay otras partes interesadas en este asunto, además de mí mismo —manifestó el caballero soltero, levantándose y abriendo la puerta de un salón interior—, sería mejor que estuviéramos todos presentes. ¡Caballeros, aquí está la señorita Brass!

Acto seguido hicieron su aparición el señor Garland y el notario con rostro muy serio, los cuales, acercando sendas sillas, una a cada lado del caballero soltero, formaron una especie de cerca alrededor de la gentil Sarah, prácticamente arrinconándola. En tales circunstancias, su hermano Sampson habría dado claras muestras de confusión o nerviosismo; pero ella, sin perder en ningún momento la compostura, sacó su tabaquera y tomó tranquilamente una pizca de rapé.

—Señorita Brass —enunció el notario, tomando la palabra en ese momento crítico—, como los de nuestra profesión solemos entendernos bastante bien, creo que lo mejor es decir con pocas palabras lo que tengamos que decir. ¿Puso usted un anuncio el otro día con relación a una criada fugada?

—Sí —respondió la señorita Sally con un repentino rubor, que se extendió por todos sus rasgos—. ¿Tiene algo que decirme al respecto?

—Que se la ha encontrado, señorita —le hizo saber el notario, sacándose el pañuelo del bolsillo con un floreo—. Se la ha encontrado.

—¿Quién la encontró? —preguntó Sarah al instante.

—Nosotros, señorita, nosotros tres. Anoche mismo, pues, de haber sido hallada antes, se lo habríamos comunicado antes también.

—Y ahora que me lo han comunicado —repuso la señorita Brass, cruzándose de brazos como si estuviera a punto de negar algo con rotundidad—, ¿qué tienen que alegar? Me refiero a qué se les ha metido en la cabeza con relación a ella. Pues bien, pruébenlo, por favor; no pido nada más. Pruébenlo. Ustedes la han encontrado, dicen. Y yo puedo asegurarles, por si no lo saben, que han encontrado a la zorrilla más artera, embustera, ratera y endemoniada que pueda haber en la tierra. ¿La han traído aquí? —agregó, lanzando una mirada feroz a su alrededor.

—No, no está aquí —respondió el notario—. Pero se encuentra completamente a salvo.

—¡Ja! —exclamó Sally, sacando bruscamente una pizca de rapé de la caja como si, en su despecho, fuera a retorcerle y arrancarle la nariz a la pequeña

criada—. Se encontrará lo bastante a salvo a partir de ahora, descuide.

—Eso espero —refrendó el notario—. Otra pregunta: ¿no se le ocurrió, cuando descubrió que había escapado, que había dos llaves de la puerta de la cocina?

La señorita Sally tomó otra pizca de rapé y, con la cabeza ladeada, miró a su interrogador con una especie de espasmo alrededor de la boca, pero con una expresión de inmensa astucia.

—Dos llaves —repitió el notario—, una de las cuales le brindaba la oportunidad de pasearse por la casa de noche cuando ustedes la suponían dormida en su lugar de encierro, y de oír conversaciones confidenciales, como por ejemplo la conversación (de la que se dará debida cuenta hoy ante el juez y que usted tendrá oportunidad de oír) que usted y el señor Brass mantuvieron la noche anterior a que el desafortunado e inocente joven fuera acusado de robo como consecuencia de una horrible conchabanza de la que sólo diré que merece los mismos epítetos que usted acaba de aplicar a esa desgraciada joven, más otros más fuertes todavía.

Sally tomó otra pizca de rapé. Aunque su cara aparentaba una asombrosa imperturbabilidad, saltaba a la vista que había sido tomada completamente por sorpresa y que la acusación que había esperado que le formularan no tenía nada que ver con su pequeña criada.

—Vamos, vamos, señorita Brass —insistió el notario—. Usted puede aparentar un perfecto dominio de su fisonomía, pero siente, como puedo ver, que por una casualidad que nunca imaginó ha quedado al descubierto este rastrero plan y que al menos dos de sus maquinadores van a ser llevados ante el juez. Ahora bien, como usted conoce los castigos físicos y pecuniarios a los que se expone, no necesito extenderme sobre ellos. Pero tengo una propuesta que hacerle. Usted tiene el dudoso honor de ser hermana de uno de los granujas más grandes que andan por ahí sueltos; y, si puedo aventurarme a decir esto a una dama, usted es, a todos los efectos, completamente digna de él. Pero conchabado con ustedes dos hay un tercer individuo, un miserable llamado Quilp, el principal instigador de esta diabólica trama, que es peor que ustedes dos. Teniendo esto presente, señorita Brass, haga el favor de contárnoslo todo. Permítame recordarle que, si hace lo que le aconsejamos, se encontrará en una posición segura y cómoda (la actual no es nada envidiable); que no puede perjudicar a su hermano, pues contra él y contra usted tenemos, como ya ha oído, pruebas suficientes. No diré que le sugerimos esto movidos por un sentimiento de piedad (pues, para decirle la verdad, no sentimos ninguna consideración hacia usted), sino por la pura necesidad a la que nos vemos reducidos; así pues, yo le recomiendo esta vía como la mejor política a seguir. El tiempo, en un asunto como este —apostilló el señor Witherden,

sacando el reloj—, es de un valor incalculable. Háganos, pues, el favor de manifestar su decisión con la mayor prontitud, señorita.

Con una sonrisa, y mirando a cada uno de los tres de manera sucesiva, la señorita Brass tomó dos o tres pizcas más de rapé y, como ya quedaba muy poco, raspó en el fondo de la caja con el índice y el pulgar hasta conseguir otra pizca. Hecho lo cual, y metiéndose la caja parsimoniosamente en el bolsillo, formuló la siguiente pregunta:

—Debo aceptar o rechazar ahora mismo, ¿no?

—Así es —respondió el señor Witherden.

Cuando la encantadora criatura estaba entreabriendo los labios para contestar, se abrió repentinamente la puerta y Sampson Brass asomó la cabeza.

—Disculpen —dijo este apresuradamente—. Esperen un momento.

Dicho lo cual, y completamente indiferente al asombro que su presencia acababa de suscitar, pasó a la sala, cerró la puerta, besó su grasiento guante con un servilismo extremo e hizo una reverencia rayana en la abyección.

—Sarah —exclamó Brass—, haz el favor de no decir nada y déjame hablar a mí. Caballeros, si pudiera expresar el placer que me produce ver a tres hombres semejantes mostrando tan feliz unanimidad, creo que les costaría trabajo creerme. Pero aunque yo soy un desgraciado, sí, caballeros, un delincuente, si hemos de utilizar expresiones tan duras delante de una compañía tan selecta, debo manifestar que conservo aún sentimientos como los demás mortales. Recuerdo haber oído decir a un poeta que los sentimientos eran patrimonio común de toda la humanidad. Aunque hubiera sido un cerdo quien expresó dicho sentir, caballeros, habría sido igualmente inmortal.

—No digas idioteces —espetó la señorita Brass rudamente— y cierra la boca.

—Sarah, querida —repuso su hermano—, gracias, pero yo sé lo que me digo, queridísima, y me tomaré la libertad de expresarme en consecuencia. Señor Witherden, el pañuelo se le está cayendo del bolsillo, ¿me permite, señor?

Como el señor Brass avanzaba para remediar este accidente, el notario se apartó con aire de evidente repugnancia. Brass, que además de sus habituales atractivos, tenía la cara llena de rasguños, un parche verde en un ojo y un sombrero penosamente aplastado, se detuvo en seco y miró alrededor con una sonrisa lastimera.

—¡Se aparta de mí! —exclamó Sampson—, como si yo fuera a ponerle, por así decir, carbones encendidos en la cabeza. ¡Ay! Soy una casa que se derrumba, y las ratas (si se me puede permitir la expresión con referencia a un

caballero al que respeto y quiero por encima de todo) ¡huyen de mí! Caballeros, con respecto a la conversación que acaban de tener, les diré que he visto a mi hermana salir de casa y encaminarse hacia aquí y, preguntándome a dónde podía dirigirse y siendo (¿puedo aventurarme a decirlo?) de temperamento algo suspicaz, la he seguido. Y he escuchado todo lo que se ha dicho.

—No hagas locuras —lo interrumpió la señorita Sally— y no digas nada más.

—Sarah, mi querida hermana —repuso Brass con igual cortesía—. Te lo agradezco en el alma, pero seguiré hablando. Señor Witherden, como tenemos el honor de ser miembros de la misma profesión, por no hablar de este otro caballero que, habiendo sido mi inquilino y disfrutado, como atañe decir, de la hospitalidad de mi techo, permítame exponer mi creencia de que ustedes me habrían negado a mí la anterior propuesta. Eso creo. Ahora, estimado señor —exclamó Brass al ver que el notario estaba a punto de interrumpirlo—, le ruego me permita expresarme.

El señor Witherden guardó, silencio, y Brass siguió hablando:

—Si me hacen el favor —prosiguió, levantando el parche verde y revelando un ojo horriblemente magullado—, les pido que miren esto. Naturalmente, ustedes se preguntarán cómo me lo he hecho. Si miran el resto de la cara, se preguntarán cuál ha podido ser la causa de todos estos rasguños. Y si de ahí llevan la mirada hasta el sombrero, se preguntarán asimismo cómo ha llegado al estado en que lo ven. Pues bien, caballeros —concluyó Brass, golpeando el sombrero ferozmente con un puño—, a todas estas preguntas yo respondo con un nombre: «¡Quilp!».

Los tres caballeros se miraron entre sí, pero no dijeron nada.

—Repito —prosiguió Brass, mirando de reojo a su hermana como si estuviera informándole a ella con agresiva malignidad, en violento contraste con su habitual suavidad—, repito que a todas estas preguntas yo respondo igual: Quilp. Quilp, que me atrae a su cueva infernal y se recrea y ríe mientras yo me abraso, me quemo, me magullo y me lisio. Quilp, que ni una sola vez, ni una sola en todas nuestras conversaciones, me ha tratado de otra manera que como a un perro. Quilp, al que he odiado siempre de todo corazón, pero nunca tanto como lo odio últimamente; ahora se hace el loco sobre este asunto como si no tuviera nada que ver con él, como si no hubiera sido él el primero en proponerlo. No puedo fiarme de él. Cuando le da por aullar, delirar o echar sapos por la boca, yo creo que no se detendría ante nada, ni siquiera ante el asesinato, con tal de aterrorizarme. Y bien —apostilló Brass, cogiendo el sombrero, volviendo a colocarse el parche en el ojo y agachándose con el mayor de los servilismos—, ¿a qué conduce todo esto? ¿A qué dirían ustedes

que me ha llevado esto, caballeros? ¿Pueden intentar adivinarlo?

Nadie habló. Brass sonrió afectadamente unos instantes, como si hubiera planteado una adivinanza sutilísima, y prosiguió de esta guisa:

—Intentaré ser breve, caballeros. Si la verdad ha salido a la luz, de una manera tan meridiana que no se puede contradecir (y qué cosa tan sublime, tan grande es la verdad, caballeros, aunque, como todas las demás cosas sublimes y grandiosas, por ejemplo las tormentas y los rayos, no siempre nos llena de contento tenerla delante), haré lo posible para que este hombre se pierda antes que perderme yo del todo. Yo tengo claro que estoy acabado. Así pues, si alguien tiene que desvelar la maquinación, prefiero hacerlo yo primero y sacar de ello alguna ventaja. Sarah, querida, habida cuenta de las circunstancias, tú estás a salvo. Pasaré a referir los hechos pensando en mi propio beneficio.

Dicho lo cual, el señor Brass refirió, a gran velocidad, toda la historia, cargando las tintas en lo posible contra su amigable cliente e intentando mostrarse él mismo como una especie de santo varón, aunque sujeto, eso sí, a las debilidades propias de todo ser humano. Y concluyó de este modo:

—Y sepan, caballeros, que yo no soy de esos hombres que dejan las cosas a medias. Como se suele decir, de perdidos al río. Hagan ustedes conmigo lo que gusten, y llévenme a donde gusten. Si desean tener mi declaración por escrito, me sentaré a redactarla inmediatamente. Ustedes serán compasivos conmigo, estoy seguro. Confío completamente en que serán compasivos conmigo. Ustedes son unos hombres de honor y tienen unos corazones sensibles. Yo cedí por necesidad a Quilp, pues, aunque la necesidad no tiene ley, tiene quien la cultive. Me he sometido a ustedes por necesidad, por política y por unos sentimientos que desde hace tiempo me corroen. Castiguen a Quilp, caballeros. Caiga el peso de la ley sobre él. Redúzcanlo a polvo. Pisotéenlo. Él ha hecho eso conmigo durante mucho, mucho tiempo.

Concluido por fin su discurso, Sampson contuvo la corriente de su ira, besó de nuevo su guante y sonrió como lo hacen los parásitos y los cobardes.

—Este —explotó la señorita Brass, levantando el rostro, que hasta ese momento había tenido entre las manos, y mirándolo de los pies a la cabeza con una sonrisita amarga—, este es mi hermano. ¡Valiente hermano! He aquí el hermano para el que tanto he trabajado y penado. ¡Esperaba que al menos fuera un poco hombre!

—Sarah, querida —repuso Sampson, frotándose las manos débilmente—, estás molestando a nuestros amigos. Ya sé que estás decepcionada, Sarah, y no sabes qué decir. Te estás poniendo en evidencia.

—Sí, lamentable piltrafa —replicó la adorable damisela—. Te entiendo. Lo que pasa es que temías que me adelantara. Pero ¿crees que yo habría dejado

que me sacaran una palabra? Habría resistido aunque hubieran estado acuciándome veinte años seguidos.

—Ji, ji —se rio afectadamente Brass, quien, en medio de su profunda degradación, parecía haber cambiado de sexo con su hermana y haberle traspasado la última chispa de masculinidad que pudiera quedarle—. Eso es lo que crees, Sarah, pero habrías actuado de otra manera, mi querida amiga. No habrás olvidado la famosa máxima del viejo zorro (nuestro honorable padre, caballeros): «Sospecha siempre de todo el mundo». Esa es la máxima con la que hay que vivir a lo largo de toda la vida. Si tú no hubieras estado a punto de comprar tu salvación cuando yo aparecí, estoy seguro de que lo estarías haciendo ahora. Pero no te preocupes: lo he hecho yo mismo y té he ahorrado así la molestia y la vergüenza. La vergüenza, caballeros —añadió Brass con aire de una persona abrumada—, si hay alguna, es para mí. Es mejor que se le ahorre a una mujer.

Con la debida humildad y los debidos respetos a la opinión del señor Brass, y más particularmente a la autoridad de su honorable ancestro, cabe dudar de que el edificante principio formulado por este y aplicado por su descendiente se revele siempre atinado y de que vaya acompañado en la práctica de los resultados deseados. Es, probablemente, una duda temeraria y presuntuosa en tanto que son muchos los personajes distinguidos llamados hombres de mundo (caras alargadas, miradas astutas, manos hábiles para los negocios y demás) que han convertido, o convierten a diario, dicho axioma en su estrella polar y su brújula. Sin embargo, es una duda que se puede insinuar discretamente. Como ilustración, puede observarse que si, sin fisgonear ni poner el oído, el señor Brass, que no era excesivamente suspicaz, hubiera dejado a su hermana dirigir la conversación para beneficio de ambos o si, fisgoneando y poniendo el oído, no hubiera tenido tanta prisa por anticiparse a ella (prisa que no habría tenido de no haber estado movido por la desconfianza y los celos), probablemente habría salido mucho mejor parado. Así, ocurre que estos hombres de mundo, que lo recorren con armadura, se defienden tanto del bien como del mal, por no decir nada de lo inconveniente y absurdo que es estar vigilando con un microscopio en todo momento o llevar puesta una cota de malla hasta en las ocasiones más inocentes.

Los tres caballeros departieron en privado unos momentos. Al concluir su consulta, que fue muy breve, el notario colocó material de escribir sobre la mesa e informó al señor Brass de que, si deseaba hacer alguna declaración por escrito, tenía la oportunidad de hacerla. Al mismo tiempo, se sintió obligado a decirle que requerirían su presencia delante del juez de paz y que se dejaba enteramente a su discreción cualquier cosa que hiciera o dijera.

—Caballeros —respondió Brass, quitándose el guante y arrastrando su espíritu por el suelo—, yo justificaré la benevolencia con la que sé que seré

tratado; y como, sin su benevolencia, ahora que se ha producido esta revelación, yo sería el peor situado de los tres, pueden contar con que lo confesaré todo. Señor Witherden, siento que cierto desfallecimiento se está apoderando de mi espíritu. Si hiciera el favor de tocar la campanilla y pedir una copa de algo caliente y fuerte, yo, a pesar de todo lo ocurrido, sentiría un placer melancólico en beberla a su salud. Yo esperaba —agregó Brass, mirando a su alrededor con una sonrisa fúnebre— verlos a ustedes tres uno de estos días sentados a la mesa de caoba de mi humilde salón de Marks. Pero, ay, las esperanzas, son tan fugaces... Que Dios me asista.

El señor Brass se sintió tan emocionado en aquel punto que no pudo decir nada más hasta que llegó el refrigerio. Tras haberlo ingerido, bastante liberalmente para alguien en un estado tan agitado, se sentó a escribir.

La adorable Sarah, ora con los brazos cruzados, ora con las manos a la espalda, paseaba por la sala con pasos masculinos mientras su hermano realizaba su tarea, deteniéndose a veces para sacar la caja de rapé y morder la tapa. De esta manera siguió paseando hasta que, cansada, cayó dormida en un sillón junto a la puerta.

Se ha supuesto desde entonces, no sin razón, que dicho sueño fue una impostura o fingimiento, pues la durmiente encontró el modo de deslizarse sin ser observada al llegar el crepúsculo. Si lo hizo intencionadamente y despierta, o más bien a la manera sonámbula, es una cuestión abierta a discusión; pero en un punto (y el más importante) todas las partes están de acuerdo: ya no se le vio el pelo.

Y ya que se ha hecho mención de la oscuridad, se inferirá que la tarea del señor Brass le llevó bastante tiempo, pues no la terminó hasta el anochecer. Terminada al fin, este meritorio individuo y los tres amigos se dirigieron en un coche de caballos al despacho privado de un juez, quien tributó al señor Brass un caluroso recibimiento y lo retuvo en un lugar seguro para así garantizarse el gusto de verlo por la mañana; asimismo, despidió a los otros asegurándoles al mismo tiempo que al día siguiente se emitiría una orden de detención contra la persona del señor Quilp y que, expuestas todas las circunstancias al secretario de Estado (que afortunadamente se hallaba a la sazón en la ciudad), se procedería sin dilación a la absolucón y puesta en libertad de Kit.

Todo parecía indicar que la malvada carrera de Quilp estaba acercándose a su fin y que el debido castigo, que a menudo viaja muy lentamente —sobre todo cuando es de cierta magnitud—, le seguía la pista con pasos seguros y parecía echársele rápidamente encima. Ignara de su paso sigiloso, su víctima seguía su curso triunfal. Pero el castigo, una vez en marcha, no se despega ya de sus talones.

Concluida su tarea, los tres caballeros volvieron prestamente a los

aposentos del señor Swiveller; a quien encontraron muy recuperado; en efecto, este había permanecido sentado media hora seguida conversando con gran animación. La señora Garland se había ido a casa hacía ya un rato, pero el señor Abel seguía haciéndole compañía. Después de contarle todo lo que habían hecho, los dos señores Garland y el caballero soltero, como por algún convenio tácito, se despidieron hasta el día siguiente, dejando al enfermo con el notario y la pequeña criada.

—Como está mucho mejor —dijo el señor Witherden, sentándose a los pies de la cama—, me aventuraré a comunicarle una noticia que me ha llegado a la notaría.

La idea de cualquier noticia relacionada con asuntos legales tendía a despertar en Richard cualquier sensación menos una anticipación agradable. Sin duda la relacionó esta vez con un par de cuentas por saldar, con relación a las cuales él ya había recibido diversas cartas de apremio. Su semblante denotaba abatimiento cuando respondió:

—Muy bien, señor. Espero no sea nada particularmente desagradable.

—Si fuera algo de esa índole, habría escogido un momento más propicio para comunicárselo —contestó el notario—. Permítame decirle, primero, que mis amigos que acaban de irse no saben nada de ello y que su amabilidad para con usted ha sido completamente espontánea y sin ánimo de verse correspondida. Conviene que un hombre irreflexivo y descuidado esté informado al respecto.

Dick le dio las gracias y asintió a lo dicho.

—Pues bien, he realizado algunas pesquisas sobre usted —le informó el señor Witherden—, sin pensar en absoluto que lo encontraría en las circunstancias que nos han hecho reunirnos aquí. Usted es el sobrino de Rebecca Swiveller, soltera, fallecida, residente en Cheselbourne, Dorsetshire.

—¡Fallecida! —exclamó Dick.

—Fallecida. Si usted hubiera sido otra clase de sobrino, habría heredado (según consta en el testamento, y yo no veo ninguna razón para impugnarlo) la cantidad de veinticinco mil libras. Pero, dadas las circunstancias, tiene que contentarse con una renta anual de ciento cincuenta libras, cantidad por la que creo que puedo felicitarlo.

—¡Oh, señor! —expresó Dick, sollozando y riendo a la vez—. Claro que puede felicitarme. Pues así, quiéralo Dios, podremos convertir en una dama a la pobre marquesa. Ahora llevará ropajes de seda y tendrá dinero en abundancia o... ¡que no me levante yo nunca más de esta cama!

CAPÍTULO SESENTA Y SIETE

Desconocedor de los hechos fidedignamente narrados en el capítulo anterior, y sin adivinar que tenía un explosivo atado a un pie (pues, para que no sospechara nada, se había procedido con el mayor sigilo), el señor Quilp se hallaba recluido en su ermita, sin barruntar nada y sumamente satisfecho con el resultado de sus maquinaciones. Ocupado en repasar algunas cuentas —una ocupación para la que el silencio y la soledad de su retiro eran particularmente propicios—, llevaba dos días enteros sin salir de su guarida. El tercer día de su dedicación a este asunto lo encontró aún trabajando y poco dispuesto a moverse.

Era el día siguiente a la confesión del señor Brass, es decir, un día en que corría peligro la libertad del señor Quilp, pues se le iba a dar parte de unos asuntos particularmente ingratos. Pero, sin intuir el nubarrón que se cernía sobre su persona, el enano se encontraba con su habitual humor jovial y, cuando descubría que una excesiva atención a los negocios podía mermar su salud y su buen humor, variaba su monótona rutina con un pequeño chirrido o rugido, o alguna otra inocente relajación de índole parecida.

Como de costumbre, estaba asistido por Tom Scott, quien, agachado junto al fuego a la manera de un sapo, imitaba, cuando su amo le volvía la espalda, sus muecas con asombrosa exactitud. El mascarón de proa seguía en pie en el mismo emplazamiento. La cara, horriblemente quemada por las frecuentes embestidas del atizador al rojo vivo, y últimamente adornada con la inserción, en la punta de la nariz, de un clavo enorme, aún sonreía ligeramente en sus partes menos laceradas y, recordando a un mártir tenaz, parecía provocar en su atormentador la comisión de nuevos desmanes e insultos. En los barrios más altos y elegantes de la ciudad hacía un día desapacible: húmedo, oscuro, frío y sombrío. En aquel lugar bajo y pantanoso, la niebla llenaba cada recoveco de una oscuridad densa, espesa. No se veía nada a un metro de distancia. Las luces y fuegos de señalización del río eran impotentes bajo aquella mortaja atmosférica y, si se ignoraba el frío crudo y penetrante del aire (y, de cuando en cuando, el grito de algún barquero que, posados los remos, se esforzaba por orientarse), parecía que el río estaba a muchos kilómetros de distancia.

La niebla, aunque lenta y perezosa, era incisiva y penetrante. Se filtraba a través de los abrigos de pieles y de los chaquetones más recios. Parecía calarles los huesos a los que pasaban encogidos, mordiéndolos y torturándolos. Todo estaba humedecido. Sólo una llama cálida, chispeante, podía desafiarla. Era un día para estar en casa, junto al fuego, contando cuentos de viajeros que habían perdido el rumbo con un tiempo semejante entre brezales y aguas

pantanosas; un día, en fin, para permanecer al amor de la lumbre.

Como sabemos, al enano le gustaba disfrutar del fuego cuando estaba de humor alegre y festivo. No insensible al gozo de estar en casa, mandó a Tom Scott atiborrar la pequeña estufa de carbón y, dando por terminada su jornada de trabajo, decidió divertirse un poco.

A este fin, encendió velas nuevas y echó más combustible al fuego. Para la cena tomó un bistec, que preparó él mismo de una manera algo salvaje y caníbal, puso a calentar una escudilla llena de ponche, encendió una pipa y se sentó para disfrutar de la velada.

En aquel momento, un golpecito en la puerta de la cabaña llamó su atención. Al oírlo dos o tres veces, abrió suavemente el ventanuco y, sacando la cabeza, preguntó quién era.

—Sólo soy yo, Quilp —respondió la voz de una mujer.

—¡Sólo soy yo! —gritó el enano, alargando el cuello para obtener una visión mejor de su visitante—. ¿Qué te trae por aquí, mujerzuela? ¿Cómo te atreves a acercarte al castillo del ogro, eh?

—Tengo una noticia que darte —respondió su esposa—. No te enfades conmigo.

—¿Es una buena noticia, una noticia agradable, una noticia para saltar de alegría y chasquear los dedos? —preguntó el enano—. ¿Se ha muerto la vieja señora?

—No sé qué noticia es ni si es buena o mala —repuso su esposa.

—Entonces es que está viva —dedujo Quilp— y no le pasa nada. Vuelve a casa, pájaro de mal agüero, ¡vete a casa!

—¡Te traigo una carta! —gritó la dócil mujercita.

—Pásala por la ventana y vete —ordenó Quilp—, o salgo y te araño.

—No, por favor, Quilp. Escúchame, por favor —insistió la dócil esposa, llorando.

—Habla, pues —gruñó el enano con una mueca maliciosa—. Date prisa y sé breve. Habla ya, ¿quieres?

—La han dejado en casa esta tarde —dijo la señora Quilp, temblando—. Un chico que dijo que no sabía de quién procedía, pero al que le dijeron que debía entregarla en mano, pues se trataba de un asunto muy grave. Pero, por favor —agregó mientras su marido alargaba la mano—, por favor, déjame entrar. No imaginas lo mojada que traigo la ropa y el frío que tengo, ni las veces que he me perdido antes de llegar aquí con esta niebla tan espesa.

Déjame que me seque al fuego sólo cinco minutos. Me iré enseguida si me lo ordenas, Quilp. Te doy mi palabra.

Su amable marido vaciló unos instantes, pero, pensando que la carta podría exigir una respuesta, de la que ella podría ser la perfecta portadora, cerró la ventana, abrió la puerta y la dejó entrar. La señora Quilp entró al punto y, arrodillándose delante del fuego para calentarse las manos, le entregó un paquetito.

—Me alegro de que estés mojada —espetó Quilp, quitándole la carta de la mano y mirándola con ojos bizcos—. Me alegro de que tengas frío. Me alegro de que te hayas extraviado. Me alegro de que tengas los ojos rojos de tanto llorar. Se me alegra el corazón al ver tu naricita más roja que un tomate y completamente helada.

—¡Ay, Quilp! —sollozó su esposa—. ¡Qué cruel eres!

—¿Creía ella que yo me había muerto? —exclamó Quilp, arrugando la cara en una serie de muecas—. ¿Creía que se iba a quedar con todo el dinero y que podría casarse con alguien que le gustara? ¡Ja, ja! ¿Se lo creía acaso?

Aquellos escarnios no suscitaron ninguna respuesta en la pobre mujercita, que seguía de rodillas calentándose las manos y sollozando, para suma delicia del señor Quilp. Pero, mientras la contemplaba, desternillándose de risa, el enano observó que Tom Scott se divertía también y, como no quería tener ningún compañero que presumiera de participar en su júbilo, al instante lo agarró del cuello, lo arrastró hasta la puerta y, tras una breve refriega, lo echó al patio de una patada. Como respuesta a esta atención personal, Tom se puso inmediatamente a andar cabeza abajo con los pies para arriba junto a la ventana, de manera que, si se permite la expresión, el chico miró al interior con los zapatos (aporreando el cristal con los pies cual duende bocabajo). Como era de esperar, el señor Quilp no tardó en recurrir al infalible atizador, con el que, tras una serie de fintas y floreos, dispensó a su joven amigo una o dos atenciones tan inequívocas que este desapareció al punto y dejó a su amo vencedor absoluto en el campo de batalla.

—Bien, despachado este pequeño asunto —declaró el enano—, procedo a leer mi carta. Caramba, esta escritura me es conocida —musitó, mirando la dirección—. ¡Es de la bella Sally!

La abrió y leyó la escritura redonda, legal de la misiva, que decía:

Sammy se ha dejado engatusar y ha revelado el secreto. Todo saldrá a la luz. A usted le convendría quitarse de en medio, pues unos extraños van a ir a buscarlo. Han estado muy tranquilos hasta ahora porque querían pillarlo por sorpresa. No pierda tiempo. Yo no lo he perdido. A mí no me podrán encontrar en ninguna parte. En su lugar, yo actuaría igual. S. B., ex B. M.

Para describir los cambios que acusó la cara de Quilp mientras leía aquella carta (al menos media docena de veces) se necesitaría por lo menos un idioma nuevo; en efecto, nunca se ha escrito, leído ni hablado nada semejante. Quilp permaneció un buen rato sin decir palabra; tras el largo intervalo, durante el cual la señora Quilp había estado paralizada por el terror que le infundía la mirada del enano, se le oyó mascullar algo así:

—Ah, si lo tuviera aquí delante... Si lo tuviera aquí delante...

—¡Oh, Quilp! —exclamó por fin su esposa—. ¿Qué ocurre?'¿Con quién estás enfadado?

—Lo ahogaría —continuó el enano sin hacerle caso—. Es una muerte demasiado fácil, demasiado breve, demasiado rápida. Pero el río está a dos pasos de aquí. ¡Ah, si lo tuviera aquí delante! Lo llevaría hasta la orilla mimándolo, acariciándolo, cogiéndolo por la solapa, bromeando con él... y, con un empujoncito repentino, lo mandaría al fondo del río. Dicen que los que se ahogan salen tres veces a la superficie ¡Ah! ¡Verlo esas tres veces y reírme al contemplar su cara flotando! ¡Oh, qué regalo tan magnífico sería!

—¡Quilp! —tartamudeó su esposa, aventurándose al tiempo a tocarlo por la espalda—. ¿Ha pasado algo malo?

Estaba tan aterrorizada por el regusto con el que Quilp imaginaba aquellas torturas que apenas si consiguió hacerse oír.

—¡Cacho perro con sangre de horchata! —exclamó Quilp, frotándose las manos despacio y apretujándolas después—. Creí que su cobardía y servilismo eran suficientes garantías para que mantuviera la boca cerrada. ¡Ah, Brass, Brass, mi querido amigo, mi afectuoso, fiel, lisonjero y encantador amigo! ¡Si te tuviera aquí delante!

Su esposa, que se había apartado para que no la sorprendiera escuchando aquellas palabras susurradas, se aventuró a acercarse de nuevo, y estaba a punto de hablar cuando él se acercó bruscamente a la puerta y llamó a Tom Scott, quien, al recordar la última gentil amonestación, juzgó más prudente presentarse de inmediato.

—¡Llévatela! —le ordenó el enano, metiéndolo en la cabaña de un empujón—. Llévala a la casa. No vuelvas aquí mañana, pues este lugar estará cerrado. No regreses más hasta que vuelvas a oír de mí o hasta que vuelvas a verme. ¿Has entendido?

Tom asintió de mala gana y después le hizo a ella un gesto con la cabeza para que saliera.

—En cuanto a ti —agregó el enano, dirigiéndose a ella—, no preguntes por mí, no intentes buscarme, no digas nada sobre mí. Yo no estaré muerto,

querida, y eso te consolará. Este se ocupará de ti.

—Pero Quilp, ¿qué ha pasado? ¿A dónde vas? Dime algo.

—Como no te vayas ahora mismo, diré cosas... —amenazó el enano, cogiéndola del brazo—, diré y haré cosas que más te vale que no diga ni haga nunca.

—¿Es que ha ocurrido algo? —persistió su esposa—. ¡Oh, dime qué ha sido!

—Sí —gruñó el enano—. No. A ti qué te importa. Ya te he dicho lo que tienes que hacer. ¡Ay de ti como no lo hagas o no me obedezcas! ¿Quieres irte ya?

—Ya me voy. Ya me voy. Pero —suplicó su esposa con voz trémula— dime al menos una cosa. ¿Tiene algo que ver esta carta con la querida pequeña Nell? Debo hacerte esta pregunta, Quilp, pues no sabes los días y las noches de angustia que he pasado desde que engañé a la niña. No sé qué daño he podido hacerle con eso, pero, sea grande o pequeño, lo hice por ti, Quilp. Desde entonces, no ha dejado de remorderme la conciencia. Contéstame a eso, por favor.

Exasperado, el enano no le contestó nada, sino que se volvió y agarró su arma preferida con tal vehemencia que Tom Scott sacó de allí a su encomienda a rastras y lo más velozmente que pudo. Y menos mal que lo hizo, pues Quilp, que en aquel momento se asemejaba a un perro rabioso, los persiguió hasta el camino y habría continuado la caza de no ser por la densa niebla que los hizo invisibles, una niebla que parecía espesarse por momentos.

—Será una buena noche para huir —comentó mientras volvía despacio, jadeando por la carrera—. Cuidado. Conviene extremar la prudencia. Aquí se puede colar cualquiera:

Con un gran esfuerzo, cerró los dos batientes de la vieja cancela, que estaba hundida en el barro, y los atrancó con un palo. Hecho lo cual, se despejó la cara del pelo enmarañado y los comprobó. Fuertes y seguros.

—La valla que separa este embarcadero del vecino se franquea fácilmente —dijo el enano después de tomar estas precauciones—. Hay un camino ahí detrás. Ese será el camino que tomaré para huir. Hay que orientarse bien para no perderse por aquí esta noche. No debo temer ninguna visita indeseada mientras dure este tiempo, creo.

Aunque tuvo que avanzar a tientas (la noche se había vuelto muy oscura y la niebla muy densa), consiguió volver a la guarida y, tras meditar un rato junto al fuego, se dispuso a preparar la huida sin más dilación.

Mientras recogía algunos objetos imprescindibles y se los metía en los

bolsillos, no dejaba de hablar consigo mismo en voz baja, entre dientes, abundando en el tema que lo tenía obsesionado desde que leyera la nota de la señorita Brass.

—¡Ay, Sampson! —musitó—, amiguito del alma, si pudiera abrazarte... Si pudiera tenerte en mis brazos y aplastarte las costillas, te las aplastaría cuando te tuviera bien agarrado. ¡Qué encuentro tan maravilloso sería el nuestro! Si volvemos a encontrarnos, Sampson, te dispensaré una acogida que no olvidarás fácilmente, te lo prometo. ¡Ay, Sampson querido..., ahora que todo había salido a pedir de boca, después de estar tan bien planeado! ¡Ah, qué persona tan considerada, tan penitente, tan buena! ¡Ah, si estuviéramos cara a cara en esta habitación, mi querido leguleyo pusilánime..., qué a gusto se iba a quedar uno de los dos!

Se detuvo, levantó la escudilla del ponche hasta su boca reseca y bebió un trago largo y abundante, como si fuera agua cristalina; tras dejarla de nuevo, reanudó los preparativos mientras seguía hablando consigo mismo:

—¡Ahí tenemos a Sally! —exclamó con ojos brillantes—, una mujer con temple, con determinación, con resolución. Pero ¿es que se quedó dormida o petrificada? Habría podido asestarle una puñalada, envenenarlo sin riesgo alguno. Habría podido prever lo que iba a pasar. ¿Por qué me da el aviso cuando es demasiado tarde? Cuando ese pelirrojo estaba sentado ahí, en esa silla, con su cara pálida y su sonrisa enfermiza, ¿por qué no supe leer lo que se cocía en su corazón? Debería haber dejado de latir aquella misma noche si yo hubiera adivinado su secreto, pues ¿acaso no hay drogas para adormilar a un hombre ni fuego para quemarlo?

Otro trago a la escudilla; agazapado de nuevo junto al fuego con aspecto feroz, siguió cavilando en voz baja:

—Y esto, como todos los quebraderos de cabeza y sinsabores que he tenido en los últimos meses, procede de ese viejo chocho y su querida nieta, esos dos malditos vagabundos. Intentaré seguir siendo su genio malo. Y tú, dulce Kit, honrado Kit, virtuoso e inocente Kit, mira bien por dónde pisas, pues a quien yo odio, lo muerdo. Yo te odio, mi querido pajarito, con muy buenos motivos. Esta noche tú ganas, pero a mí me tocará la próxima vez. ¿Eh? ¿Qué ha sido eso?

Un golpe a la puerta de la cancela atrancada. Un golpe fuerte, violento. Luego, una pausa, como si los que habían golpeado se hubieran detenido a escuchar. Después, ruido de nuevo, más fuerte e importuno que antes.

—¡Tan pronto! —exclamó el enano—. ¡Qué impaciencia! Pero me temo que se van a quedar con las ganas. Menos mal que estoy preparado. ¡Gracias, mi querida Sally!

Terminado este rápido soliloquio, apagó la vela. En su impetuoso intento por atenuar el brillo del fuego, volcó la estufa, que cayó encima de las brasas caídas, dejando la estancia en la más completa oscuridad. Como aún continuaba el ruido en la cancela, se dirigió a tientas a la puerta de la cabaña y salió al aire libre.

En aquel momento cesaron los golpes. Eran las ocho aproximadamente, pero la más tenebrosa de las noches habría sido mediodía en comparación con la nube espesa que cubría la tierra e impedía ver nada. Quilp avanzó unos pasos, como si se metiera en la boca de una enorme caverna oscura; luego, pensando que se había equivocado, se detuvo un instante, sin saber hacia dónde dirigirse.

—Si vuelven a golpear —dijo, tratando de ver algo a través de la oscuridad que le rodeaba—, el sonido podría guiarme. ¡Vamos, golpead otra vez!

Permaneció con el oído aguzado, pero el ruido no volvió a oírse. Nada más que, a lo lejos, ladridos de perros. Se oían a lo lejos, ora en un barrio, ora en otro, pero no le servían de orientación, pues sabía bien que a menudo provenían de la cubierta de un barco.

—Si pudiera encontrar una pared o una valla —dijo el enano, extendiendo los brazos y avanzando lentamente—, sabría qué camino tomar. ¡Es la perfecta noche de brujas para tener aquí a mi querido amigo! Si pudiera ver cumplido al menos este deseo, por mí como si no volviera a amanecer.

Mientras musitaba estas últimas palabras, tropezó y cayó, y un momento después estaba luchando contra el agua oscura, helada.

A pesar de tener los oídos llenos de agua, consiguió oír de nuevo los golpes en la cancela, el grito que los siguió, y reconoció la voz. A pesar de su lucha contra el agua, se enteró de que su mujer y su mozo se habían extraviado y habían vuelto al punto de partida; que estaban delante de la puerta exterior mientras él se ahogaba; que estaban cerca, pero no podían hacer nada por salvarlo; que él mismo les había cortado el paso. Respondió al grito con un alarido que hizo que los cien fuegos que bailaban delante de sus ojos temblaran y vacilaran como movidos por una ráfaga de viento. No sirvió de nada. El agua embravecida le inundó la garganta, y se lo llevó en su rápido curso.

Otra lucha a muerte, y de nuevo en la superficie, batiendo desesperadamente el agua con las manos y viendo con ojos salvajes y ardientes un objeto negro que se le acercaba. ¡El casco de un barco! Pudo tocar su superficie suave y resbaladiza con la mano. Un grito fuerte, pero el agua impetuosa lo arrastró antes de que pudiera hacerse oír... y se lo llevó por delante. Pero lo que llevaba era ya un cadáver.

El agua jugueteó y se divirtió con aquel bulto fantasmagórico, ora magullándolo contra las pilastras fangosas, ora escondiéndolo en el barro o en los altos hierbajos, ora remolcándolo por encima de piedras quebradas y cascajos, ora fingiendo que se lo tragaba para acto seguido vomitarlo lejos, hasta que, cansada del horrísono juguete, lo arrojó en una ciénaga (un lugar funesto donde se había ahorcado a piratas con cadenas en noches ventosas) y lo dejó allí para que se decolorara.

Y allí se quedó, solo. El cielo estaba rojo y llameante, y el agua que lo había llevado hasta allí se tiñó también de una claridad rosácea: el tugurio donde hacía poco había un hombre vivo era un amasijo de madera en llamas. Había algo de ese resplandor en la cara del ahogado. El pelo, despeinado por la brisa húmeda, se enmarañaba en una burla fúnebre (¡las burlas que al muerto tanto le gustaban vivo!) mientras la ropa ondeaba lánguida con el viento de la noche.

CAPÍTULO SESENTA Y OCHO

Estancias iluminadas, chimeneas resplandecientes, rostros alegres, la música de voces contentas, amables palabras de bienvenida, corazones esponjosos y lágrimas de felicidad. ¡Qué cambio tan grande! Pero sí, a tales delicias se acerca Kit presuroso. Sabe que están esperándolo y teme morir de alegría antes de estar con quienes ama.

Durante todo el día lo han preparado para este momento. Antes le han comunicado que no partirá al día siguiente con los demás deportados. De manera gradual, le hacen saber que han surgido motivos concretos para replantear su causa, que se están haciendo pesquisas y que es muy posible que acaben indultándolo. Al caer la tarde, lo llevan a una sala en la que se hallan reunidos varios señores. Entre ellos se encuentra el bueno de su amo, que se acerca a cogerlo de la mano. Kit oye decir a alguien que se ha probado su inocencia y que, por tanto, queda indultado. No puede ver al que ha hablado, pero se vuelve hacia la voz y, cuando va a decir algo, pierde el conocimiento.

Lo hacen volver en sí y le dicen que debe mostrarse fuerte y portarse como un hombre. Alguien añade que piense en su pobre madre. Pero es precisamente por pensar tanto en ella por lo que la feliz noticia lo ha dejado exánime. Se arremolinan a su alrededor y le hacen saber que la verdad se ha difundido por doquier y que toda la ciudad y el país entero sienten una gran simpatía por él y lamentan su infortunio. Pero él no tiene oídos para eso. Sus pensamientos, por el momento, no van más allá de su casa. ¿Se ha enterado su familia? ¿Qué ha dicho su madre? ¿Quién le ha dado la noticia? No habla de

otra cosa.

Le dan a probar un poco de vino y charlan amigablemente con él hasta que lo encuentran más sosegado. Kit les da las gracias; ha quedado en libertad. El señor Garland piensa que, si se siente mejor, es el momento de marcharse. Los señores se apiñan a su alrededor y le dan la mano. Él se siente muy agradecido por el interés que le prodigan y por las amables promesas que le hacen; pero vuelve a quedarse sin habla y no habría podido mantenerse en pie de no haberse apoyado en el brazo de su amo.

Mientras atraviesan los tétricos pasillos, los funcionarios de servicio lo felicitan, a su manera ruda, por su puesta en libertad. El guardián del periódico está entre ellos, pero su actitud no es del todo cordial: hay cierto desabrimiento en sus cumplidos, pues tiene a Kit por una especie de intruso, por alguien que ha sido admitido en aquel lugar haciéndose pasar por lo que no es, que ha disfrutado de un privilegio sin estar debidamente acreditado. Puede que sea un joven honrado, piensa, pero allí no se le ha perdido nada, y cuanto antes se vaya, mejor.

La última puerta se cierra detrás de él. Han franqueado el muro exterior y ya está al aire libre, en la calle, en la que tan a menudo ha pensado cuando estaba encerrado entre aquellos muros sombríos, la calle que ha aparecido en todos sus sueños. Parece más amplia y más animada que nunca. Hace una noche de perros y, sin embargo, ¡qué alegre y festiva le parece! Uno de los señores, al despedirse de él, le ha dado algo de dinero. No lo, ha contado, pero, cuando han dado unos pasos más allá del cepillo para reclusos pobres, vuelve rápidamente para echarlo dentro.

El señor Garland, que tiene un coche esperando en una bocacalle, le dice a Kit que suba y al cochero qué ya puede partir. Al principio, avanzan al paso, con antorchas alumbrando el camino a causa de la espesa niebla. Pero, conforme se alejan del río y van dejando atrás la ciudad, se arriesgan a ir a un paso más rápido. Con todo, incluso al galope, a Kit le parece que van demasiado despacio. Cuando se acerca el final del viaje, pide ir con más lentitud y, cuando ya se divisa la casa solariega, ruega detenerse un momento, sólo un par de minutos, el tiempo suficiente para respirar un poco.

Pero no se detiene, pues el anciano caballero eleva la voz, los caballos reanudan el trote y ya están junto a la puerta del jardín. Al otro lado se oye un rumor de conversaciones, de pisadas. Se abre la puerta. Kit entra a toda prisa y, sin saber cómo, tiene a su madre colgada del cuello.

Está también la fiel madre de Bárbara, de nuevo con el bebé en brazos, como si no lo hubiera soltado desde aquel triste día en que tenían tan pocas esperanzas de poder sentir semejante alegría; allí está, pues, y que el cielo la bendiga, llorando a lágrima viva y sollozando como nunca antes ha sollozado

mujer alguna. Y está la pequeña Bárbara, ¡pobre pequeña Bárbara!, mucho más delgada y mucho más pálida y, sin embargo, tan guapa, temblando como una hoja y apoyada en la pared. Y está la señora Garland, más elegante y amable que nunca, que se cae al suelo mareada antes de que nadie pueda ayudarla. Y está el señor Abel, sonándose violentamente la nariz y con ganas de abrazar a todo el mundo. Y está el caballero soltero, que parece multiplicarse y que no para ni un instante. Y está el bueno, querido y pensativo pequeño Jacob, sentado solo en el último escalón, con las manos posadas en las rodillas como un adulto, llorando terriblemente, pero sin molestar a nadie. Y todos sin saber qué hacer e incurriendo en toda suerte de tonterías.

Pero, cuando todos se han tranquilizado un poco, y empiezan a hablar con normalidad y a sonreír, resulta que Bárbara, la pequeña Bárbara afectuosa, gentil y locuela, ha desaparecido, y la encuentran desvanecida en el saloncito contiguo, desvanecimiento del que pasa a una suerte de histeria, e histeria de la que pasa a un nuevo desvanecimiento; en fin, que se encuentra tan mal que, a pesar de una terrible cantidad de vinagre y agua fría, apenas si se siente algo mejor de lo que estaba al principio. Entonces interviene la madre de Kit y dice que por qué no va Kit a hablarle. Y Kit dice: «Claro que sí», y acude; y susurra: «Bárbara», y la madre de Bárbara le dice que es Kit, y Bárbara pregunta (con los ojos cerrados todo el tiempo): «¿De verdad es él?», y la madre de Bárbara contesta: «Pues claro que lo es, cielo; ya no le pasa nada». Y para asegurarle otra vez que está sano y salvo, Kit le habla de nuevo, y entonces a Bárbara le entra un ataque de risa seguido de un ataque de llanto, y a continuación la madre de Bárbara y la madre de Kit se miran asintiendo con la cabeza y hacen como si la reprendieran, pero, ¡gracias sean dadas al cielo!, con ello han conseguido que vuelva en sí más rápidamente y, siendo madres experimentadas que saben percibir los primeros síntomas de una recuperación, consuelan a Kit asegurándole que ya está del todo bien y le dejan que vuelva al lugar del que ha venido.

¡Qué maravilla! En aquel lugar, que es el gran salón, hay garrafas llenas de vino y toda clase de exquisiteces dispuestas de manera fastuosa, como si Kit y sus amigos fueran de la sociedad más selecta. Y ahí está el pequeño Jacob, que va derecho hacia una tarta de fruta casera con el ojo puesto en los higos y naranjas que se van a servir y aprovechando el tiempo de la mejor manera posible, podemos creerlo. En cuanto entra Kit, el caballero soltero (nunca se vio a un caballero más atareado) llena todos los vasos y brinda a su salud y le dice que nunca le faltará un amigo mientras él viva, y eso mismo declaran también el señor Garland, la señora Garland y el señor Abel. Pero esta muestra de atención y de amistad no es todo, pues el caballero soltero ha sacado de su bolsillo un enorme reloj de plata que marca la hora con increíble precisión y en cuyo dorso aparece grabado el nombre de Kit, con florituras alrededor, e inmediatamente le hace entrega del mismo, pues lo ha comprado

expresamente para él. Podemos estar seguros y tranquilos de que el señor y la señora Garland por su parte aluden a los regalos que le tienen asimismo reservados, y lo mismo el señor Abel, y de que Kit es en este momento el más feliz de los mortales.

Queda todavía un amigo al que no ha visto y, como no resulta fácil introducirle en el círculo familiar por tratarse de un cuadrúpedo calzado con herraduras, Kit aprovecha la primera oportunidad que se le presenta para escabullirse y dirigirse a toda prisa al establo. En cuanto pone la mano en el pestillo, el poni exhala el relincho más fuerte que ningún poni ha podido exhalar jamás y, antes de que Kit haya cruzado el umbral, empieza a corcovear en su cuadra completamente a sus anchas (pues no tolera la indignidad de un ronzal), loco por darle la bienvenida; y cuando Kit se acerca para saludarlo, él le restriega el hocico en el abrigo y le hace las carantoñas más cariñosas que ningún poni ha hecho jamás a un ser humano. Para Kit, esta es la guinda que corona tan magnífica recepción; pasa el brazo alrededor del cuello de Whisker y lo abraza.

Pero ¿acaso no ha entrado Bárbara? ¡Ah, qué bonita está de nuevo! Sin duda ha ido a mirarse en un espejo después de volver en sí. ¿Cómo es que a Bárbara se le ha ocurrido venir al establo? Porque, desde que se ausentara Kit, el poni no quería tomar comida de otras manos que no fueran las de ella. Así, Bárbara, sin saber que Christopher está aquí, echa un vistazo al interior para ver si todo está, en orden y se tropieza con Kit. ¡Qué colorada se ha puesto Bárbara!

Puede que Kit haya acariciado al poni lo suficiente. Puede que haya cosas mejores que acariciar ponis. Lo cierto es que Kit lo deja por Bárbara y le expresa a esta su deseo de que se encuentre mejor. Sí, Bárbara se encuentra mucho mejor; teme, y aquí mira al suelo y se ruboriza más todavía, que la considere un poco tontuela.

—No, en absoluto —protesta Kit.

Bárbara se siente muy contenta al oír esto y tose. «¡Ejem!», la tos más ligera que se puede oír.

¡Qué poni tan discreto cuando quiere! Está completamente callado, como si fuera de mármol. Tiene una mirada cómplice; claro que... ¡cuándo no la ha tenido!

—Apenas si hemos tenido tiempo para darnos la mano, Bárbara —expresa Kit.

Bárbara le da la mano. ¡Cómo tiembla! ¡Qué boba es Bárbara, temblar así!

¿Estaban a la distancia de un brazo? La longitud de un brazo no es gran

cosa. El brazo de Bárbara no era largo, y además no lo tenía extendido, sino un poco plegado. Kit estaba tan cerca cuando se dieron la mano que vio una pequeña lágrima brillando en una pestaña. Era natural que quisiera mirarla, sin decirle nada a Bárbara. Era natural que Bárbara levantara los ojos inconscientemente y se encontrara con los suyos. ¿Y no era natural que, en aquel instante, sin ninguna premeditación, Kit besara a Bárbara? La besó, fuera natural o no. Bárbara dijo: «Me da vergüenza», pero dejó que la besara dos veces. Kit habría podido besarla tres veces si el poni no hubiera pataleado con fuerza y sacudido la cabeza repentinamente invadido por una oleada de alegría, lo que asustó a Bárbara y la hizo salir corriendo, pero no a donde estaban su madre y la de Kit, para que no notaran sus mejillas encendidas y no le preguntaran el motivo. ¡Picaruela Bárbara!

Cuando remitieron los arrebatos de júbilo entre la concurrencia, entre Kit y su madre, entre Bárbara y la suya, entre el pequeño Jacob y el bebé, y cuando ya habían terminado de cenar (lo que no hicieron precipitadamente, pues iban a quedarse a dormir allí), el señor Garland llamó a Kit y, después de llevarlo al salón contiguo para hablarle confidencialmente, le dijo que tenía aún algo que comunicarle, algo que lo sorprendería. Kit se puso tan nervioso y tan pálido al oír aquello que el anciano caballero se apresuró a añadir que se trataba de una sorpresa agradable, tras lo cual le preguntó si estaría dispuesto a emprender un viaje a la mañana siguiente.

—¿Un viaje, señor? —preguntó Kit.

—Sí, en mi compañía y la de mi amigo de la habitación contigua. ¿Puedes adivinar el destino?

Kit empalideció aún más y sacudió la cabeza.

—¡Cómo que no! Seguro que lo adivinas si lo intentas un poco.

Kit murmuró algunos términos vagos e ininteligibles, si bien pronunció claramente las palabras «la señorita Nell» tres o cuatro veces, sacudiendo la cabeza convencido de que no podía tratarse de eso.

Pero el señor Garland, en vez de decirle «inténtalo de nuevo», como Kit creía que le pediría, le dijo seriamente que había acertado.

—Se ha descubierto el lugar donde se encuentran refugiados —aseveró—; por fin. Y ese será el destino de nuestro viaje.

Kit preguntó titubeando cuál era el lugar, cómo lo habían descubierto, desde hacía cuánto tiempo y si ella se encontraba bien y feliz.

—Feliz sí se encuentra, de eso no cabe duda —lo tranquilizó el señor Garland—. Y bien... Espero que se encuentre pronto bien. Ha estado débil y enferma, según he sabido; pero ya se encuentra mejor, según las

esperanzadoras noticias recibidas esta mañana. Siéntate, y oirás el resto.

Sin atreverse apenas a respirar, Kit hizo lo que se le pedía. El señor Garland le contó entonces que tenía un hermano (de quien recordaba haberle hablado ya alguna que otra vez y cuyo retrato, pintado cuando era joven, colgaba en el salón principal); que este hermano vivía muy lejos de allí, en una zona rural, en la casa de un clérigo de cierta edad con el que le unían lazos de amistad desde joven; que, aunque se querían como buenos hermanos, llevaban muchos años sin verse, si bien se carteaban de vez en cuando, esperando tener una oportunidad para darse la mano, pero dejando pasar el presente, como suelen hacer los hombres, que al futuro lo tornan pasado; que este hermano, de temperamento afable, tranquilo y retraído, parecido al señor Abel, era muy amado por la gente sencilla del pueblo donde vivía, la cual, objeto constante de su caridad y benevolencia, sentía verdadera veneración por él, al que llamaban con el nombre de «el bachiller»; que dichos particulares habían llegado a su conocimiento muy lentamente y en el transcurso de los años, pues el bachiller era de esas personas cuya bondad rehúye la luz y que sienten más placer en descubrir y ensalzar las buenas acciones de los demás que en divulgar las propias, aunque estas sean mayores; que, por este motivo, raras veces les hablaba de sus amigos, si bien últimamente se había encariñado tanto de dos de ellos —una niña y un anciano, con quienes se había mostrado muy generoso— que había dedicado una carta entera a hablar de ellos, relatando de tal manera su vida errante y el amor recíproco que se profesaban que le había resultado difícil no emocionarse e incluso echarse a llorar al leerla; que él, el destinatario de aquella carta, había concluido que estas dos personas que el cielo había confiado al cuidado de su hermano eran los vagabundos que con tanto ahínco andaban buscando; que había escrito para obtener ulteriores informaciones y despejar toda duda al respecto; y que aquella misma mañana le había llegado una carta que confirmaba plenamente su impresión y que era la causa inmediata de que se proyectara dicho viaje, que iban a emprender sin mayor dilación al día siguiente.

—Y ahora —concluyó el anciano, levantándose y poniendo una mano sobre el hombro de Kit— es menester que vayas a descansar, pues un día como el que has pasado hoy puede dejar muy fatigado al hombre más robusto de la tierra. Buenas noches, y ¡quiera el cielo que sea un viaje venturoso!

CAPÍTULO SESENTA Y NUEVE

A Kit no se le pegaron las sábanas por la mañana, pues saltó de la cama antes del amanecer y empezó a prepararse para la ansiada expedición. La

excitación de su espíritu, fruto de los acontecimientos del día anterior y la noticia inesperada recibida antes de acostarse, le produjo unos sueños tan agitados que le pareció un alivio levantarse de la cama.

Pero, aunque hubiera tenido que realizar algún trabajo fatigoso con el mismo fin, un largo viaje a pie en aquella inclemente estación del año (realizado con toda suerte de privaciones y dificultades y que terminaría con angustia, cansancio y sufrimiento); aunque hubiera sido el inicio de una empresa dolorosa que pusiera a prueba su fortaleza y su capacidad de resolución y aguante... si todo ello redundara en la fortuna y dicha de Nell, el entusiasmo de Kit habría sido igualmente intenso: su ardor e impaciencia habrían sido, cuanto menos, iguales.

Y no era el único que estaba excitado y nervioso. Un cuarto de hora antes de levantarse, toda la casa se hallaba ya en movimiento. Cada cual tenía algo que preparar con vistas al viaje. El caballero soltero, es cierto, tenía poco que hacer él mismo, pero lo supervisaba todo y estaba más activo que nadie. Los preparativos se desarrollaron a tan buen ritmo que al amanecer toda la faena ya estaba terminada. Entonces Kit pensó que ojalá no hubieran tenido tanta prisa, pues el carruaje alquilado para la ocasión no iba a llegar hasta las nueve de la mañana y no había nada más que el desayuno para llenar la hora y media que todavía faltaba. Bueno, no se puede decir que no hubiera nada más. Estaba Bárbara. Bárbara tenía mucho que hacer, pero mejor para él, pues así podría ayudarla y el tiempo pasaría de manera más agradable. Como Bárbara no puso ninguna objeción, Kit, recordando lo ocurrido la noche anterior, pensó que seguramente él le gustaba a Bárbara y que Bárbara le gustaba a él.

Ahora bien, Bárbara, si se ha de decir la verdad, como sin duda conviene y se debe, de todos los de la casa parecía la menos entusiasmada por el viaje; y cuando Kit, abriéndole el corazón, le dijo que aquel viaje le hacía a él mucha ilusión, ella pareció menos entusiasmada todavía que antes.

—Llevas tan poco tiempo en casa, Christopher... —dijo Bárbara, afectando indiferencia—, no llevas casi nada en casa y ya te hace ilusión marcharte otra vez.

—Ah, pero ya sabes para qué es el viaje —replicó Kit—. Es para traer de nuevo a la señorita Nell. Para verla de nuevo. ¡Sólo de pensar en eso! También me hace ilusión que tú la conozcas, Bárbara, por fin.

Bárbara no dijo expresamente que no sentía ilusión, pero expresó su sentir tan claramente con un pequeño movimiento de cabeza que Kit se quedó desconcertado y se preguntó, en su ingenuidad, por qué se mostraba tan fría.

—Tú misma dirás que tiene la cara más dulce y bonita que se puede ver, estoy convencido —insistió Kit, frotándose las manos—. Estoy seguro de que

lo dirás.

Bárbara volvió a menear la cabeza.

—Pero ¿qué te ocurre, Bárbara? —preguntó Kit.

—Nada —respondió Bárbara. E hizo un mohín, no malhumorado ni feo, pero lo bastante expresivo para resaltar aún más el color cereza de sus labios.

No hay una escuela en la que un alumno se haya vuelto jamás tan aventajado como aquella en la que Kit le dio a Bárbara un beso. Ahora vio lo que Bárbara quería decir. Aprendió la lección enseguida: ella era un libro abierto en el que él leía con mucha facilidad.

—Bárbara —dijo Kit, ¿estás enfadada conmigo?

Oh, no, por favor. ¡Por qué iba a estar Bárbara enfadada! Además, ¿qué derecho tenía ella para estar enfadada? ¿Y qué importaba si estaba enfadada o no? ¿Quién se preocupaba por ella?

—Yo me preocupo —le hizo saber Kit—. Por supuesto que me preocupo.

Bárbara no veía por qué había dicho «por supuesto».

Kit estaba seguro de que ella sí lo veía. ¿Por qué no lo pensaba un poco?

Ciertamente, Bárbara lo pensó un poco. Pero no, no veía por qué había dicho «por supuesto». No entendía lo que Christopher quería decir. Además, estaba segura de que ya la necesitaban en las habitaciones de arriba. Debía irse, de verdad.

—No, pero... Bárbara —la llamó Kit, deteniéndola suavemente—. Despidámonos como amigos. Yo siempre he pensado en ti en mis momentos malos. Habría sido mucho más desgraciado si no hubiera sido por ti.

¡Cielo santo, qué guapa estaba Bárbara tan ruborizada y temblorosa como un pajarillo acurrucado!

—Te estoy diciendo la verdad, Bárbara, te doy mi palabra, aunque ni con la mitad de la fuerza con que me gustaría decírtela —profirió Kit—. Si quiero que te guste ver a la señorita Nell es sólo porque me gustaría que a ti te gustara también lo que me gusta a mí, nada más. En cuanto a ella, Bárbara, creo que yo podría hasta morir con tal de prestarle servicio; pero tú pensarías igual si la conocieras como yo. Estoy seguro.

Bárbara estaba emocionada y lamentaba haberse mostrado indiferente.

—Yo me he acostumbrado, ya ves —agregó Kit—, a hablar de ella y a pensar en ella como si fuera un ángel. Cuando pienso que voy a verla de nuevo, pienso en que va a sonreír como solía sonreír y a alargar la mano y a decir: «¡Es mi viejo amigo Kit!» o algunas palabras parecidas, como las que

me solía decir. Pienso en que la veré feliz, con amigos a su alrededor, y tratada como merece y como debe ser. Cuando pienso en mí, lo hago como su antiguo criado, como alguien que amó mucho a su amable, bondadosa y gentil ama; y como alguien que correría (sí, aún correría) cualquier riesgo para poder servirla. En cierta ocasión en que la vi volver con amigos, no pude evitar tener miedo de que se olvidara de mí o se avergonzara de conocerme a mí, un muchacho humilde; tenía miedo de que me hablara con frialdad. Eso me habría dolido lo indecible, Bárbara. Pero cuando lo pensé de nuevo, sentí que estaba siendo injusto con ella, y seguí, como antes, deseando verla otra vez. Esa esperanza, ese recuerdo han renovado mi deseo de agradarle, de mostrarme ante ella como me gustaría mostrarme si siguiera estando a su servicio. Si soy mejor por eso, y no creo que sea peor, le estaré agradecido, y la amaré y honraré todavía más. Esa es la pura y desnuda verdad, mi querida Bárbara. Te doy mi palabra de que es así.

La pequeña Bárbara, que no era de temperamento antojadizo ni caprichoso, sintió remordimientos y se echó a llorar. Cómo habría podido continuar la conversación es algo que sólo podemos barruntar, no saber a ciencia cierta, ya que en aquel momento se oyeron las ruedas del carruaje, las cuales, seguidas por el sonido de la campanilla en la puerta del jardín, hicieron que el bullicio de la casa, que había decaído en los últimos minutos, se multiplicara en intensidad.

Simultáneamente al coche de caballos, llegó también el señor Chuckster en un tálburi alquilado, con algunos papeles y provisión de dinero para el caballero soltero, a quien entregó todo. Desempeñada esta tarea, pasó a relajarse en el seno de la familia; mientras se regalaba con un desayuno de pie, o peripatético, observaba con altiva indiferencia el proceso del cargamento.

—El esnob forma parte también de la comitiva, ¿no, señor? —preguntó al señor Abel Garland—. Creía que no había realizado el viaje anterior por considerarse que su presencia le resultaría poco grata al viejo carcamal.

—¿A quién? —preguntó el señor Abel.

—Al anciano anticuario —respondió el señor Chuckster un poco cortado.

—Nuestro cliente desea que lo acompañe en esta ocasión —puntualizó el señor Abel secamente—. Ya no hay necesidad de tal precaución, pues el parentesco de mi padre con un caballero en quien ellos tienen plena confianza será suficiente garantía para que todo se desarrolle de manera amistosa.

«¡Ah! —pensó el señor Chuckster, mirando por la ventana—, ¡todo el mundo menos yo! El esnob por delante de mí, por supuesto. Parece que al final no robó ese billete de cinco libras, pero no me cabe la menor duda de que anda siempre tramando alguna cosa parecida. Siempre lo dije, mucho antes de

que ocurriera eso. ¡Vaya, qué jovencita tan guapa, qué criatura tan asombrosa!».

Bárbara era el objeto de los elogios del señor Chuckster; como esta se hallaba cerca del carruaje (ya estaba todo listo para la partida), él mostró repentinamente un gran interés por lo que estaba sucediendo y salió al jardín contoneándose y situándose a una distancia cómoda del acontecimiento para no perder detalle. Como era muy avezado en el arte del galanteo (estaba perfectamente familiarizado con los pequeños artificios de la seducción), el señor Chuckster, al escoger su terreno, plantó una mano en la cadera mientras con la otra se agitaba el pelo. Esta es una pose corriente en los círculos elegantes, que, acompañada de un silbido gracioso, se supone que produce gran impresión en el bello sexo.

Tan grande es, empero, la diferencia entre ciudad y campo que nadie reparó lo más mínimo en aquella postura insinuante: la gente sencilla que lo rodeaba estaba ocupada en despedir a los viajeros besando manos, ondeando pañuelos y practicando otras cosas igual de vulgares y corrientes. En efecto, el caballero soltero y el señor Garland ya habían subido al carruaje, el postillón estaba listo sobre su montura y Kit, bien abrigado, ocupaba la silla trasera. Y allí cerca estaban la señora Garland y el señor Abel y la madre de Kit y el pequeño Jacob, mientras que la madre de Bárbara estaba algo más lejos cuidando del siempre despierto bebé; todos saludando con la cabeza, con las manos, haciendo reverencias o gritando «¡buen viaje!» con toda la energía de que eran capaces. Un minuto después, el carruaje había desaparecido de la vista y el señor Chuckster seguía solo en el mismo lugar, teniendo todavía en la retina la imagen de Kit, de pie sobre la silla, saludando con la mano a Bárbara, y Bárbara en la plena luz y fulgor de sus ojos (de los suyos, de Chuckster, Chuckster el conquistador, a quien las damas miraban con agrado desde sus faetones al pasear por los parques los domingos) respondiendo al saludo de Kit.

No nos corresponde a nosotros relatar cómo el señor Chuckster, atónito por este hecho monstruoso, permaneció un rato clavado en el suelo clamando en su fuero interno contra Kit, príncipe de los delincuentes y emperador o gran mongol de los esnobs, ni cómo relacionó esta circunstancia nauseabunda con la famosa villanía del chelín, pues nuestro propósito es seguir la pista de las ruedas en movimiento y hacer compañía a los viajeros en su frío y destemplado viaje.

Hacía un día de perros. Soplaban un viento afilado como un cuchillo que se precipitaba contra ellos con ferocidad mientras barría el suelo endurecido y sacudía la escarcha blanca de los árboles y las vallas en un torbellino de polvo. Pero poco le importaba a Kit el tiempo que hacía. Había en el viento ululante una libertad y frescura tales que, de no haber sido tan cortante, le habría

resultado incluso agradable. Mientras el viento lo barría todo en medio de una nube de escarcha, arramblando con las ramas secas y las hojas marchitas en un revoltijo indescriptible, parecía como si en el ambiente hubiera una simpatía general, como si todo tuviera prisa, igual que ellos. Cuanto más fuertes eran las ráfagas de viento más deprisa parecía que iban. Estaba bien pelear con ellas y vencerlas; ver cómo partían y, tras recobrar fuerza y furia, volvían de nuevo; cómo se doblaban un momento mientras pasaban silbando y se alejaban a toda velocidad rugiendo cada vez menos en la distancia, si bien acobardando a los recios árboles a su paso.

El viento no dejó de soplar en todo el día. Era una noche clara y estrellada, pero el viento no cesaba y el frío seguía calando los huesos. A veces, al final de una etapa muy larga, Kit deseaba ardientemente que hiciera menos frío. Pero, al detenerse para el relevo de caballos, pudo andar un rato mientras pagaban al viejo postillón, despertaban al nuevo y enganchaban los caballos; entonces notó que tenía la sangre muy caliente (le hormigueaba por todo el cuerpo y le picaba en las puntas de los dedos) y le pareció que de hacer menos frío se habría esfumado la mitad de la dicha y gloria del viaje. Y de un salto se encaramó de nuevo a su silla y se puso a cantar al alegre son de las ruedas lanzadas a gran velocidad. Dejando atrás a los habitantes de la aldea en sus camas bien calientes, prosiguieron el viaje por carreteras solitarias.

Por su parte, los dos caballeros que iban dentro, poco inclinados a dormir, mataban el tiempo conversando. Como los dos estaban nerviosos y expectantes, la conversación giró naturalmente sobre el objeto de su viaje, el desencadenante del mismo y las esperanzas y temores que albergaban. Esperanzas tenían muchas; temores, pocos, tal vez sólo ese indefinible malestar que es inseparable de una esperanza repentinamente suscitada y de una espera aplazada.

En medio de una pausa, cuando había transcurrido ya la mitad de la noche, el caballero soltero, que paulatinamente se había ido volviendo más silencioso y pensativo, se volvió de repente hacia su compañero y lo interpeló con estas palabras:

—¿Le gusta a usted oír historias?

—Como a la mayoría de los humanos, supongo —respondió el señor Garland, sonriendo—. Me gustará si me interesa; y si no me interesa, trataré de aparentarlo. ¿Por qué me hace esa pregunta?

—Tengo una pequeña historia que me gustaría contarle —respondió su amigo—; probaré su capacidad de aguante. De todos modos, no es muy larga.

Sin esperar respuesta, puso la mano sobre la manga del anciano caballero y empezó su relato:

—Había una vez dos hermanos que se tenían mucho cariño. Se llevaban bastantes años: doce. No estoy seguro de si esta era una razón suplementaria por la que se querían tanto. Sin embargo, a pesar de la distancia que los separaba, se volvieron rivales muy pronto. El afecto más profundo y fuerte de sus respectivos corazones tenía un mismo objeto.

»El más joven, por circunstancias que le hicieron mostrarse particularmente sensible y vigilante, fue el primero en descubrirlo. No hablaré del dolor que sufrió, de la angustia que experimentó, de la lucha espiritual que libró. Había sido un niño enfermizo. Su hermano, paciente y considerado, al mismo tiempo que saludable y robusto, se negaba muchos días a sí mismo las diversiones que más amaba para sentarse a la cabecera de su cama y contarle viejas historias hasta que su pálida cara se iluminaba con un brillo insólito; o llevaba en brazos al pobre niño pensativo a algún paraje verde donde pudiera distraerse y disfrutar de un hermoso día de verano en la naturaleza, todo saludable, excepto él mismo; en una palabra, que era su enfermero afectuoso y fiel. No puedo entretenerme en todo lo que hizo para hacerse querer por la pobre y débil criatura, pues de lo contrario mi relato no tendría fin. Pero cuando llegó el momento de la prueba, el corazón del hermano menor no olvidó aquellos viejos días. El cielo lo fortaleció para compensar los sacrificios de un inconsiderado joven con el acto de un reflexivo adulto. Decidió que su hermano fuera feliz. Esta verdad nunca se escapó de sus labios, y se marchó del país con la intención de morir en el extranjero.

»El hermano mayor se casó con ella, y ella se fue al cielo antes de que pasara mucho tiempo, dejándole una hija pequeña.

»Si ha visto la colección de cuadros de una vieja familia convendrá conmigo en que una misma cara y figura, a menudo la más hermosa y simple, se perpetúa a lo largo de varias generaciones, y en que reencontramos a la misma dulce muchacha a través de una larga sucesión de retratos, que no envejecen ni cambian nunca: el ángel bueno de la estirpe que está a su lado en los momentos difíciles y redime todos sus pecados.

»En esta hija vivía de nuevo la madre. Puede imaginar fácilmente con qué devoción aquel que había perdido a la esposa casi en el mismo momento de tenerla se aferró a aquella niña, su viva imagen. Se hizo mujer y le dio su corazón a un hombre que no era digno de ella. Pero su afectuoso padre no podía verla languidecer y marchitarse. Tal vez aquel hombre era en el fondo mejor de lo que él creía. Algo que seguramente resultaría más fácil teniendo al lado a una mujer como ella. Él juntó sus manos, y se casaron.

»A través de toda la miseria que siguió a aquella unión, de todos los desdenes y reproches no merecidos, de toda la pobreza que él le hizo pasar y de todas las luchas de la vida cotidiana (esas luchas demasiado mezquinas para

contarlas, pero terribles de soportar), ella lo soportó todo con la mayor devoción y la mejor disposición, como sólo las mujeres pueden hacerlo. Sus medios de subsistencia se agotaron, y su padre se vio prácticamente obligado a mendigar por causa del marido y se convirtió en testigo cotidiano (pues vivían bajo el mismo techo) de los malos tratos y desdicha de la hija, la cual nunca se quejó de su suerte, pensando siempre en su marido. Paciente, y sostenida por un fuerte afecto hasta el final, murió unas tres semanas después de su marido, dejando a su padre el cuidado de dos huérfanos: un niño de diez o doce años y una niña (¡aún en la cuna!) semejante en su desvalimiento, edad, figura y rasgos a su joven madre en el momento de morir.

»El hermano mayor, abuelo de estos dos niños, tenía el corazón destrozado; se sentía menos aplastado y vencido por el peso de los años que por el dolor inconmensurable que lo embargaba. Con lo que le quedaba de su hacienda, empezó a comerciar, con cuadros al principio y después con antigüedades. La afición a tales cosas, que conservaba desde niño y no había dejado de cultivar, le sirvió para subsistir de manera un tanto penosa y precaria.

»El niño se parecía a su padre en el espíritu y en el físico; la niña, a su madre, hasta el punto de que, cuando el anciano la tenía sobre las rodillas y contemplaba sus dulces ojos azules, sentía como si hubiera despertado de un extraño sueño y su hija fuera de nuevo niña. El chico, voluble y rebelde, no tardó en abandonar el hogar en busca de compañía más acorde con sus gustos y antojos. El anciano y la niña se quedaron solos.

»Fue entonces cuando el amor a dos personas muertas tan adoradas se volcó por completo sobre aquella criatura tan menuda; cuando su cara, que tenía constantemente delante de él, le recordaba los cambios que había visto demasiado temprano en la otra cara, todos los sufrimientos que había observado y conocido y todo lo que su hija había padecido. Fue entonces cuando el despilfarro y la insensibilidad del joven, en la misma estela del padre, lo dejaron sin dinero, e incluso haciéndole pasar a veces momentos de verdadera privación y angustia; fue entonces cuando su mente empezó a sentirse acosada por un miedo terrible a la pobreza y a la necesidad, no pensando en él, sino en la niña. Era un espectro que lo perseguía y atormentaba noche y día.

»El hermano más joven había viajado por muchos países llevando una vida de peregrino solitario. Su voluntario destierro había sido malinterpretado, pero él había soportado (no sin dolor) reproches y desdenes por hacer algo que había apenado su corazón y proyectado una sombra lúgubre sobre su peregrinar. Entretanto, la comunicación con su hermano mayor se había vuelto difícil, incierta y a menudo interrumpida; pero, a pesar de los largos intervalos sin noticias, consiguió estar al tanto de todo lo que le he contado.

»Entonces, recuerdos de su vida joven, feliz (aunque acompañada de dolor y de afanes prematuros) visitaron su almohada más a menudo que antes, y cada noche, vuelto de nuevo un muchacho, se imaginaba al lado de su hermano. Con la mayor celeridad que pudo, puso en orden todos sus negocios, convirtió en dinero cuantos bienes poseía y, con una fortuna suficiente para los dos, con las manos y el corazón abiertos, con todo el cuerpo temblando y con una emoción difícil de soportar, llegó una noche a la puerta de su hermano.

El narrador, con voz algo quebrada, se detuvo.

—El resto —repuso el señor Garland, apretándole la mano después de una pausa—, lo conozco.

—Sí —asintió su amigo—, podemos ahorrarnos el resto. Usted conoce el pobre resultado de mis pesquisas. Incluso cuando, después de algunas pesquisas sagaces, supimos que habían sido avistados en compañía de dos pobres titiriteros, a los cuales descubrimos después, junto con, más tarde, el lugar mismo de su refugio, incluso entonces llegamos demasiado tarde. ¡Ojalá no ocurra lo mismo otra vez!

—No puede ocurrir —le aseguró el señor Garland—. Esta vez vamos a tener éxito.

—Eso he creído y esperado —repuso el otro—. E intento creerlo y esperarlo todavía. Pero un peso cruel me oprime el alma, mi buen amigo, y la tristeza que me invade no cede ni a la esperanza ni a la razón.

—No me sorprende —convino el señor Garland—: es la consecuencia natural de los acontecimientos que ha recordado, de aquellos tiempos infelices y, sobre todo, de esta noche espantosa. Una noche realmente espantosa. ¡Escuche! ¡Escuche el rugido del viento!

CAPÍTULO SETENTA

Al amanecer seguían de camino. Desde que salieran de casa, habían parado para tomar el refrigerio necesario y se habían entretenido frecuentemente, sobre todo durante la noche, mientras esperaban el relevo de los caballos. No habían realizado más paradas, pero el tiempo seguía siendo inclemente y las carreteras eran a menudo escarpadas y casi impracticables. Sería de noche de nuevo antes de llegar al punto de destino.

Kit, abotargado y curtido por el frío, seguía soportando la intemperie virilmente, y, como tenía suficiente con mantener la sangre en circulación, pensar en el feliz desenlace de su aventura y mirar alrededor y asombrar se de

todo, no le quedaba tiempo para quejarse de las incomodidades. Aunque su impaciencia, y la de sus compañeros de viaje, iba en aumento conforme el día declinaba, las horas transcurrían rápidamente. La luz del corto día invernal no tardó en desaparecer, y empezó a caer la noche cuando aún les quedaban muchos kilómetros por delante.

Al anochecer, el viento cesó; sus lamentos ya no eran graves y lúgubres, y, conforme se arrastraba por la carretera, desflorando los zarzales resecos a cada lado, parecía un fantasma al que el camino le resultaba demasiado estrecho; al final, se calmó del todo. Luego empezó a nevar.

Los copos, que caían rápidos y espesos, cubrieron de prisa el suelo con varias capas y llenaron el espacio de una tranquilidad solemne. Las ruedas ya no hacían ruido, y el tableteo y retumbe de los cascos de los caballos se habían convertido en un martilleo sordo, amortiguado. Avanzaban lentamente, envueltos por una especie de silencio mortal.

Cerrando los ojos a la abundante nieve que caía y le helaba las pestañas (oscureciéndole la visión), Kit trataba de captar el primer resplandor de luces vacilantes que pudiera denotar la proximidad de una población. Vislumbraba algo de vez en cuando, pero nada de manera clara. Ahora aparecía ante su vista el esbelto campanario de una iglesia, que se convertía al instante en un árbol, un granero, una sombra en el suelo proyectada por los relucientes faroles del carruaje. Ahora veía personas a caballo o la pie, carruajes que iban delante o que se cruzaban con ellos en tramos estrechos y que, al acercarse, se convertían también en sombras. Un muro, una ruina, un hastial recio que se elevaba en medio de la carretera y que, cuando se topaban con él, se convertía en la carretera misma. También extrañas curvas, puentes y corrientes de agua que parecían insinuarse aquí y allí, haciendo el camino dudoso e incierto; y sin embargo, seguían en la misma carretera desnuda, y todas aquellas cosas se transformaban, una vez pasadas, en meras ilusiones ópticas.

Bajó despacio de su silla —pues tenía el cuerpo aterido— cuando llegaron a una casa de postas solitaria a preguntar cuánto faltaba para su destino. Era una hora tardía y la gente ya estaba acostada; pero una voz contestó des de una ventana que faltaban dieciséis kilómetros. Los diez minutos que siguieron parecieron una hora; pero al final una figura sacó tiritando los caballos que necesitaban y, después de otro breve retraso, se pusieron de nuevo en camino. Era una carretera secundaria que, cinco o seis kilómetros más adelante, estaba llena de hoyos y surcos, los cuales, al estar cubiertos de nieve, eran otras tantas trampas para los caballos acobardados, que empezaron a marchar al paso. Como no era posible que unos hombres tan nerviosos, como ellos estaban entonces, siguieran sentados tranquilamente mientras se avanzara tan despacio, los tres se apearon y siguieron al carruaje con pasos lentos. La distancia parecía infinita, y el progreso, sumamente laborioso. Mientras cada

cual pensaba que el postillón debía de haber perdido el rumbo, un campanario próximo dio las doce y el carruaje se detuvo; cuando dejó de aplastar nieve, el silencio era tan sobrecogedor que parecía como si en aquel lugar reinara una tranquilidad perfecta.

—¡Hemos llegado, caballeros! —anunció el cochero, bajándose del caballo y llamando a la puerta de una pequeña posada—. ¿Hay alguien ahí? Vaya, después de la medianoche, aquí todo parece muerto.

Los golpes eran fuertes y persistentes, pero no lograron despertar al posadero. Todo seguía oscuro y silencioso. Dieron unos pasos atrás y miraron a las ventanas, meras manchas negras en la fachada blanca. No se veía ninguna luz. Tal vez no había nadie en la casa o los que dormían se habían muerto, pues no se apreciaba el menor signo de vida.

Hablaban con una extraña incoherencia, en susurros, como si temieran perturbar los ecos siniestros que acababan de suscitar.

—Sigamos adelante —propuso el hermano más joven— y dejemos a este buen hombre la tarea de despertar al posadero, si puede. Yo no puedo descansar hasta que no sepa que no hemos llegado demasiado tarde. ¡Vamos, por el amor del cielo!

Y eso hicieron, dejando al postillón que se encargara del alojamiento y consiguiera del posadero todo lo que pudiera. Kit los acompañó portando un pequeño objeto que había colgado en el carruaje en el momento de partir y del que no se había olvidado en ningún momento: el pájaro en la misma jaula en que se lo dejó. A ella le haría ilusión ver de nuevo a su pajarillo, estaba seguro.

La calle describía una inclinación suave. Según avanzaban, perdieron de vista la iglesia cuyo reloj habían oído y las casas agrupadas a su alrededor. Los renovados golpes en la puerta, que en medio del silencio general podían oírse claramente, los turbaron un tanto. ¡Ojalá que el hombre dejara de seguir aporreando la puerta! ¡Ojalá le hubieran dicho que no rompiera el silencio hasta su vuelta!

El campanario de la vieja iglesia, envuelto en un sudario del color de la nieve, se elevaba de nuevo ante ellos; unos momentos después, ya estaban junto a la iglesia, un edificio venerable, gris a pesar de la blancura general. En el muro del campanario, un viejo reloj de sol apenas se percibía a causa de la nieve caída. El propio tiempo parecía haberse vuelto amostazado y viejo, como si el día no fuera nunca a desplazar aquella noche melancólica.

Divisaron el camposanto; había un portillo cerca, pero varios caminos para llegar a él. Como no sabían cuál tomar, volvieron a detenerse.

La calle del pueblo (si podía llamarse calle el camino que discurría entre

un grupo irregular de casas rústicas de diversa altura, de las cuales unas se presentaban de frente, otras de espaldas y otras con hastiales asomando a la calle, más, aquí y allí, una señal viaria o un cobertizo que invadía la calzada) estaba cerca. Un leve resplandor salía por la ventana de una habitación cercana, y Kit corrió hacia allí para pedir información.

A la primera llamada contestó un viejo, que se asomó a la ventana envuelto en una gran bufanda para protegerse del frío y preguntó quién llamaba a aquellas horas intempestivas y qué quería.

—Con este tiempo —murmuró—, estas no son horas para llamar a la puerta. Mi oficio no me obliga a levantarme de la cama. Para lo que la gente me necesita, cuanto más frío hace, más puede esperar, especialmente en esta estación del año. ¿Qué es lo que quieres?

—No le habría despertado si hubiera sabido que era usted una persona de edad y estaba enfermo —respondió Kit.

—¿Una persona de edad? —repitió el otro de mal humor—. ¿Cómo sabes que yo soy una persona de edad? No tengo tanta edad como supones, amigo. En cuanto a estar enfermo, verás a muchos jóvenes con peor salud que yo. Lástima que sea así; no que yo esté fuerte y vigoroso para mis años, quiero decir, sino que ellos no deberían estar tan débiles y frágiles. Pero te pido disculpas —agregó el viejo— si te he hablado un poco rudamente al principio. Mi vista no es buena de noche, no por la edad ni por una enfermedad; es que no fue nunca buena, y no he visto que eras forastero.

—Siento haberlo sacado de la cama —se excusó Kit—, pero estos caballeros que puede ver junto al portillo del camposanto son forasteros también, que acaban de llegar de un largo viaje y buscan la casa del pastor. ¿Puede indicarnos el camino?

—Puedo indicarlo —respondió el viejo con voz trémula—, pues el verano que viene hará cincuenta años que hago de sepulturero. A mano derecha, amigo, es el camino que hay que seguir. No traerá malas noticias para nuestro buen clérigo, espero.

Kit le dio las gracias al tiempo que le respondía con una negativa. Cuando volvía, le llamó la atención la voz de un niño. Miró hacia arriba y vio a una criatura asomada a una ventana.

—¿Qué es eso? —gritó el niño vivamente—. ¿Algún sueño hecho realidad? Por favor, hábleme quien quiera que se haya despertado y levantado.

—¡Pobre niño! —exclamó el sepulturero antes de que Kit pudiera contestar—. ¿Cómo estás, mi prenda?

—¿Se ha hecho realidad mi sueño? —preguntó el niño de nuevo con un

tono de voz ferviente capaz de estremecer cualquier corazón humano—. Pero no, eso no puede ser. ¡Cómo iba a serlo! ¡Ah, cómo iba a serlo!

—Me imagino su significado —manifestó el sepulturero—. Vete a la cama otra vez, mi pobre niño.

—¡Ay! —gritó el niño en un arrebato de desesperación—. Yo sabía que no podría ser; estaba demasiado seguro antes de preguntarlo. Pero toda esta noche..., y anoche también..., ha sido lo mismo. No puedo dormirme sin que me vuelva ese sueño cruel una y otra vez.

—Intenta dormirte de nuevo —le pidió el viejo con tono afable—. El sueño no volverá.

—No, no. Prefiero que vuelva, por cruel que sea, prefiero que vuelva —replicó el niño—. No tengo miedo de volver a tenerlo, pero estoy tan triste, estoy tan triste...

El viejo lo bendijo, el niño le dio las buenas noches entre lágrimas y Kit se quedó nuevamente solo.

Volvió deprisa, emocionado por lo que había oído, aunque más por la manera de expresarse del niño que por sus palabras, pues su significado se le escapaba. Tomaron el camino indicado por el sepulturero y llegaron enseguida ante los muros de la casa parroquial. Volviéndose para mirar alrededor una vez llegados, entre unos edificios en ruinas vieron una luz solitaria.

Lucía a través de la que parecía una vieja ventana de piedra; rodeada por las sombras profundas de los muros que sobresalían, centelleaba como una estrella. Viva y radiante como las estrellas en lo alto del firmamento, solitaria e inmóvil como ellas, parecía de la misma familia que las eternas lámparas del cielo y resplandecía a su vera.

—¿Qué luz es esa? —preguntó el hermano más joven.

—Seguramente —aventuró el señor Garland— proviene de la ruina en que viven. No veo otras ruinas por aquí.

—No pueden estar despiertos tan tarde —replicó el hermano más joven precipitadamente.

Kit intervino para pedirles que, mientras llamaban y esperaban, le dejaran acercarse al lugar de donde salía aquella luz para tratar de averiguar si había allí alguien. Obtenido el permiso, salió disparado sin apenas respirar y con la jaula en una mano.

No era fácil correr deprisa entre las tumbas, y en otro momento habría ido sin duda más despacio o dado algún rodeo. Pero, sin reparar en posibles obstáculos, siguió sin aminorar el ritmo y pronto llegó a un palmo de la

ventana. Se acercó sin hacer ruido a la pared, hasta tocar la hiedra blanqueada por la nieve, y aplicó el oído. No se oía nada. La propia iglesia no podía estar más en silencio. Tocando el cristal con la cara, intentó de nuevo oír algo. Nada. Y, sin embargo, como reinaba tal silencio por doquier, estaba seguro de haber oído algo parecido a la respiración de alguien que dormía, si es que había alguien durmiendo.

¡Qué extraña circunstancia, una luz en semejante lugar a semejante hora, sin nadie dentro!

Como una cortina tapaba la parte inferior de la ventana, no veía el interior del dormitorio. Pero sobre aquella cortina no se proyectaba ninguna sombra. Trepár por la pared para intentar mirar al interior desde más arriba habría comportado cierto peligro (producir ruido y la probabilidad de aterrorizar al niño, si ese era su cuarto). Aplicó el oído una vez más, y una vez más escuchó el mismo silencio pertinaz.

Avanzando con pasos lentos y cautelosos, bordeó la ruina y llegó a una puerta. Llamó. Nada. Pero había un curioso ruido dentro. Era difícil describirlo. Parecía el sollozo tenue de alguien dolorido; pero no, no era eso era demasiado regular y constante. Tan pronto le parecía un canturreo como un lamento; le parecía, es decir, a su fantasía tornadiza, pues el sonido era uniforme, continuo. No se asemejaba a nada de lo que había oído en su vida; y con aquel tono sonaba como algo terrible, glacial, sobrenatural.

La sangre del que escuchaba se volvió más fría en aquel momento que en todas las horas pasadas entre el hielo y la nieve; pero eso no le impidió volver a llamar. No obtuvo ninguna respuesta, y el sonido continuaba. Puso la mano suavemente en el pestillo y presionó con la rodilla la puerta, la cual, al no estar cerrada por dentro, cedió a la presión y giró sobre los goznes. Kit vio el reflejo de una chimenea sobre las viejas paredes y entró.

CAPÍTULO SETENTA Y UNO

El resplandor tenue y rojo del fuego —pues ninguna lámpara ni vela ardían dentro de la estancia— le permitió a Kit ver una figura sentada junto a la chimenea, de espaldas a la puerta, inclinada sobre la claridad mortecina. La postura era la de alguien que briscaba un poco de calor. Era así y a la vez no lo era; era ciertamente una postura encorvada, encogida, pero no había ninguna mano extendida para buscar el amor de la lumbre, ningún encogimiento ni estremecimiento del cuerpo para comparar aquel calor con el penetrante frío de fuera. Con los miembros recogidos, la cabeza inclinada, los brazos

cruzados sobre el pecho y los puños bien cerrados, la figura se mecía de un lado a otro en el sillón sin un momento de pausa, acompañando la acción con ese sonido fúnebre que había oído antes.

La pesada puerta se había cerrado detrás de él al entrar, con un golpe que lo sobresaltó. La figura no habló ni se volvió a mirar ni dio el menor signo de haber oído nada. Tenía el aspecto de un hombre viejo, con un pelo blanco semejante a las cenizas de las brasas que miraba. La figura, la luz vacilante, el fuego moribundo, la estancia antañona, la soledad, la vida quebrantada y la penumbra... formaban un todo armonioso. ¡Cenizas, polvo, ruina!

Kit intentó hablar y balbuceó unas palabras, aunque sin saber bien lo que decía. El hombre viejo seguía meciéndose en el sillón con el mismo terrible grito apagado. Aquella figura acongojada no había reparado lo más mínimo en su presencia.

Kit tenía de nuevo la mano en el pestillo cuando se detuvo de repente. Un leño de la chimenea, que se había desplomado y encendido súbitamente, le permitió distinguir con claridad la figura. Volvió al sitio de antes, avanzó un paso, otro, otro más y vio la cara. ¡Sí! A pesar de lo cambiada que estaba, la conocía demasiado bien.

—Pero ¡si es mi amo! —gritó, arrodillándose y cogiéndole una mano—. ¡Mi querido amo! ¡Por favor, hábleme!

El anciano se volvió despacio hacia él y musitó con voz hueca:

—¡Un espíritu más! ¡Cuántos espíritus me han visitado esta noche!

—No soy un espíritu, amo. Soy simplemente su antiguo criado. Usted me reconoce, estoy seguro. Y la señorita Nell... ¿dónde está? ¿Dónde está la señorita Nell?

—¡Todos dicen lo mismo! —exclamó el anciano—. Todos hacen la misma pregunta. ¡Un espíritu!

—¿Dónde está? —insistió Kit—. ¡Oh, dígame sólo eso, sólo eso, querido amo!

—Está dormida, ahí al lado.

—¡Oh, gracias a Dios!

—Sí, gracias a Dios —repitió el anciano—. Yo le he rezado muchas noches sin parar mientras ella estaba dormida. Él lo sabe bien. ¡Eh, atención! ¿Ha llamado?

—Yo no he oído ninguna voz.

—Sí la has oído. Acabas de oírla. No me digas que no has oído eso. Se

levantó y escuchó de nuevo.

—¿Ni eso? —exclamó con una sonrisa de triunfo—. ¿Hay alguien que conozca esa voz tan bien como yo? ¡Chitón! ¡Chitón! —haciéndole un gesto para que guardara silencio, se deslizó hasta la habitación contigua.

Tras una breve ausencia (durante la cual se le oyó hablar con un tono de voz dulce, sosegado), volvió con una lámpara en la mano.

—Sigue dormida —susurró. Llevabas razón. No ha llamado, como no haya sido durmiendo. Me ha llamado antes muchas veces mientras dormía, señor; mientras estaba sentado a su lado, velándola, he visto sus labios moverse y, aunque ningún sonido saliera de ellos, he sabido que hablaba de mí. Temía que la luz pudiera deslumbrarla y despertarla; por eso he traído aquí la lámpara.

Hablaba consigo mismo más que con el visitante. Tras colocar la lámpara en la mesa, la volvió a coger, como impelido por algún recuerdo momentáneo o por curiosidad, y la sostuvo cerca de la cara de Kit. Pero, acto seguido, como olvidado de lo que quería hacer, se volvió y la dejó de nuevo.

—Duerme profundamente —prosiguió—, pero no tiene nada de extraño. Las manos de los ángeles han cubierto todo el suelo de nieve para que hasta los pasos más ligeros sean todavía más ligeros, y las mismas aves han muerto para no despertarla. Ella solía darles de comer, señor. Aunque tuvieran mucho frío y mucha hambre, estos tímidos animalillos huirían de nosotros; pero ¡nunca huían de ella!

Se paró de nuevo a escuchar y así estuvo un rato con la respiración contenida. Después, como si se le hubiera ocurrido otra idea, abrió una vieja cómoda, sacó un vestido con el mismo cariño que si se hubiera tratado de algo vivo y empezó a alisarlo y acariciarlo con la mano.

—¿Por qué remoloneas en la cama, querida Nell —murmuró—, cuando ahí fuera hay bayas rojas esperando que las cojas? ¿Por qué remoloneas en la cama cuando tus amiguitos se acercan a la puerta gritando «¿dónde está Nell, la dulce Nell?», y sollozan y lloran porque no te ven? ¡Ah! Era siempre tan amable con los niños... Hasta los más desabridos la obedecían: los trataba con una ternura especial.

Kit no podía hablar. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Su vestidito de casa, ¡su favorito! —exclamó el anciano, apretándolo contra el pecho y acariciándolo con su mano arrugada—. Lo echará de menos cuando despierte. Se lo han escondido de broma, pero lo encontrará, lo encontrará. No me gustaría que se enfadara mi niña por nada del mundo. Mira esto. Son sus zapatos. ¡Qué gastados están! Los conserva como recuerdo de nuestro último y largo viaje. ¿Ves cómo iba medio descalza todo el tiempo?

Después me dijeron que las piedras le habían hecho muchas heridas y magulladuras. Ella nunca me dijo nada. No, nada. ¡Que Dios la bendiga! Yo he recordado después, Señor, que, para que yo no viera lo mal que iba, caminaba un poco por detrás, pero cogiéndome de la mano para guiarme...

Se los llevó a los labios y, dejándolos cuidadosamente de nuevo, siguió hablando solo, lanzando miradas anhelantes de vez en cuando hacia la habitación que acababa de visitar.

—Antes no estaba tanto en la cama, pero es que entonces se encontraba bien. Tengamos paciencia. Cuando vuelva a estar bien, se levantará temprano como siempre y saldrá a pasear con el frescor de la mañana. Yo a veces seguía el camino que ella había hecho, pero sus piecitos no dejaban rastro en el suelo, cubierto de rocío. ¿Quién está ahí? Cierra la puerta. ¡Deprisa! Con lo que nos cuesta ahuyentar este frío de mármol y mantener la habitación caliente...

La puerta se había abierto, en efecto, con la entrada del señor Garland y del hermano del anciano; acompañados por otras dos personas, las cuales no eran sino el maestro de escuela y el bachiller. El primero sostenía una luz. Al parecer, había ido a su casa a rellenar la lámpara de combustible en el momento de la llegada de Kit; por eso había encontrado solo al anciano.

Este se suavizó de nuevo al ver a sus dos amigos; dejando a un lado su irritación, si se puede calificar así la agitación tan débil y tan triste con la que había hablado al abrirse la puerta, se sentó nuevamente y poco a poco volvió al balanceo de antes y al lúgubre y vago lamento.

A los desconocidos no les hizo ningún caso. Los había visto, pero parecía completamente incapaz de mostrar el menor interés o curiosidad. El hermano más joven se había quedado en un segundo plano. El bachiller acercó una silla a donde estaba el anciano y se sentó a su lado. Después de un largo silencio, se arriesgó a hablar de esta manera:

—¡Otra noche sin acostarse! —lo reprendió suavemente—. Esperaba que esta noche cumpliera la promesa que me hizo. ¿Por qué no va a descansar un poco?

—El sueño ha huido de mí —replicó el anciano—. ¡Se lo ha llevado todo ella!

—A ella le daría mucha pena saber que usted no duerme —repuso el bachiller—. Sé que no quiere producirle ninguna pena, ¿verdad?

—No estoy seguro... Si eso sirviera para despertarla... Ella ha dormido demasiado tiempo. Y sin embargo, no, no llevo razón. Es un sueño bueno y feliz, ¿no?

—Sí, sí lo es —respondió el bachiller—. Claro que lo es.

—Entonces, está bien. Pero ¿y el despertar? —preguntó el anciano titubeando.

—Será feliz también. Más feliz de lo que ninguna lengua puede decir ni corazón de hombre concebir.

Vieron cómo se levantaba para acercarse de puntillas a la otra habitación, donde había vuelto a llevar la lámpara, y oyeron lo que decía en el interior de sus paredes silenciosas. Los unos miraban a los otros; ninguna mejilla estaba libre de lágrimas. Al volver, el anciano susurró que seguía dormida aunque, creía, se había movido. Era su mano, dijo, un poco, muy poco, pero estaba seguro de que se había movido..., tal vez buscando la suya. La había visto hacer lo mismo antes, incluso estando profundamente dormida. Dicho esto, se dejó caer en el sillón de nuevo, entrelazó las manos por encima de la cabeza y exhaló un grito que nunca sería olvidado.

El pobre maestro de escuela le hizo señas al bachiller para que se acercara a hablarle. Entre los dos le separaron suavemente las manos con las que se aferraba su pelo gris.

—Probablemente me oiga a mí —opinó el maestro—. O a mí o a usted, si se lo pedimos. Ella nos oiría siempre.

—Yo escucharé cualquier voz que a ella le hubiera gustado escuchar —exclamó el anciano—. Yo amo todo lo que ella amaba.

—Lo sé —repuso el maestro—. Estoy seguro. Piense en ella, piense en todas las penalidades y aflicciones que han pasado los dos juntos, en todas las pruebas y en todos los placeres pacíficos que han conocido juntos.

—Sí, sí, no pienso en ninguna otra cosa.

—Me gustaría que esta noche no pensara en nada más, en nada más que en cosas que le sosieguen el corazón, mi querido amigo, y lo abran a los afectos de los viejos tiempos. Es así como ella le habría hablado a usted, y es en su nombre como yo le hablo ahora.

—Hace bien en hablar bajito —aprobó el anciano—. No la despertaremos. Me alegraría ver sus ojos otra vez para verla sonreír. Ahora he visto una sonrisa en su joven rostro, pero está fija e inmóvil. Me gustaría verla ir y venir. Pero eso será cuando el cielo quiera. Ahora no la despertaremos.

—No hablemos de ella dormida, sino de cómo era cuando viajaban juntos, por regiones alejadas, o cuando estaba en casa, en la vieja casa de la que huyeron juntos, de cómo era en los viejos días alegres —sugirió el maestro de escuela.

—Ella estaba siempre tan alegre, tan alegre... —exclamó el anciano, mirándolo fijamente—. Siempre tuvo desde el principio un no sé qué suave y sosegado, lo recuerdo bien. Tenía una naturaleza alegre.

—Le hemos oído decir a usted —prosiguió el maestro— que en esto y en todas sus cualidades era como su madre. Piense en su madre, recuérdela.

Él mantuvo la misma mirada fija y no contestó.

—O incluso en otra mujer antes de ella —agregó el bachiller—. Hace de eso muchos años, y la aflicción alarga la duración del tiempo, pero usted no ha olvidado a aquella cuya muerte contribuyó a que esta niña le fuera tan querida, incluso antes de conocer su valía o poder leer su corazón. Intente recordar también aquellos días lejanos, los primeros años de su vida en que, a diferencia de esta bella flor, usted no pasó solo su juventud. Recuerde, por ejemplo, que hace muchos años había otro niño a quien usted quería entrañablemente siendo también niño. Recuerde que tenía un hermano, al que ha olvidado desde hace mucho tiempo, al que no ha visto desde hace mucho tiempo, que ahora, cuando usted se encuentra en estos momentos tan difíciles, ha vuelto al fin para consolarlo y reconfortarlo.

—¡Para ser para ti lo que tú fuiste para él hace tanto tiempo! —exclamó el hermano más joven, cayendo de rodillas ante él—. Para devolverte su viejo afecto, hermano querido, con esmero, solicitud y amor constantes; para ser, a tu lado, lo que él nunca dejó de ser cuando los océanos nos separaron, para dar permanente testimonio de su fidelidad invariable durante días, años enteros de desolación. Dime, hermano mío, aunque sea con una sola palabra, que me reconoces y que nunca, ni en los momentos más brillantes de nuestros tiempos jóvenes, en que, pobres niños atolondrados, creíamos que íbamos a pasar juntos toda la vida, nunca nos hemos querido ni la mitad de lo que nos vamos a querer a partir de ahora.

El anciano miró de una cara a otra, y sus labios se movieron; pero de ellos no salió ninguna respuesta.

—Si estuvimos tan unidos entonces —prosiguió el hermano más joven—, ¡cómo será de fuerte el lazo que nos va a unir ahora! Nuestro afecto y nuestra intimidad comenzaron en la infancia, cuando teníamos toda la vida por delante, y los reanudaremos ahora que sabemos lo dura que es, ahora que, al final, nos hemos vuelto otra vez niños. Como muchos espíritus inquietos que, tras lograr fortuna, fama o placer recorriendo el mundo, se retiran en su declive al lugar donde respiraron por primera vez, buscando en vano ser niños de nuevo antes de morir, así nosotros, menos afortunados que ellos en los primeros años de la vida, pero más felices en los momentos finales, buscaremos reposo de nuevo entre los lugares de nuestra infancia y, volviendo a casa sin haber visto realizada ninguna de las esperanzas surgidas en la vida

adulta, sin nada de lo que nos llevamos más que nuestro recíproco afecto, sin salvar ningún resto del naufragio de la vida, excepto eso que nos la hizo grata al principio, volveremos a ser niños como al principio. E incluso —agregó en un tono de voz distinto—, aunque ocurra lo que temo nombrar, aunque eso sea así o tenga que ser así (¡que el cielo no lo quiera y nos lo evite!), aun así, querido hermano, no nos separaremos y esto nos servirá de consuelo en nuestra aflicción.

Poco a poco, mientras eran proferidas aquellas palabras, el anciano se había ido retirando hacia la habitación interior. Hacia ella señalaba cuando contestó con labios temblorosos:

—Ustedes se han conjurado para que mi corazón se aparte de ella. Pero nunca lo conseguirán, nunca, mientras yo siga con vida. Yo no tengo ningún pariente ni amigo más que ella, nunca los he tenido ni nunca los tendré. Ella es todo y lo único que tengo. Es demasiado tarde para separarnos.

Haciéndoles una señal con la mano para que se fueran, e invocando suavemente el nombre de ella, entró con sigilo en la habitación. Pero ellos, que al principio se quedaron atrás, se fueron acercando cada vez más y, tras unas palabras susurradas, rotas por la emoción, lo siguieron. Se movían tan despacio que sus pasos no hicieron ningún ruido. Pero se les escaparon sollozos y gemidos de dolor y de duelo.

La niña había muerto. Reposaba en su pequeño lecho. El solemne silencio reinante no podía extrañar a nadie.

Había muerto. Ningún sueño más hermoso y tranquilo, más libre de toda huella de dolor, más bello. Parecía una criatura recién salida de la mano de Dios, esperando el hálito de la vida, no una criatura que había vivido y conocido la muerte.

Sobre la cama había bayas de invierno y hojas verdes, recogidas de un lugar por el que a ella le gustaba pasear.

«Cuando muera, echad encima algo que ame la luz y tenga siempre el cielo por techo». Eso había dicho.

Había muerto. La querida, gentil, paciente y noble Nell había muerto. Su pajarillo —una cosa leve, muy pequeña, que se podía aplastar con la presión de un dedo— se movía ágilmente en su jaula; pero el corazón potente de la niña, su ama, estaba mudo e inmóvil para siempre.

¿Dónde quedaban las huellas de sus tempranos cuidados, sufrimientos, fatigas? Todo había quedado atrás. El dolor había muerto en ella, pero habían nacido una paz y felicidad perfectas, reflejadas en su tranquila belleza y profundo reposo.

Y lo que ella había sido antes persistía allí, invariable pese a aquel cambio. Sí. El viejo fogón se reflejaba sonriente sobre la misma cara dulce que había pasado, como en un sueño, por tantos momentos de miseria y angustia: por la puerta del pobre maestro aquella noche de verano, ante el fuego de la estufa una fría y húmeda noche, a la cabecera de la cama del niño moribundo... Allí había estado la misma mirada suave y amable. Así conoceremos a los ángeles en su majestad, después de la muerte.

El anciano tomó uno de los brazos inertes de Nell y acercó la mano al pecho, como para darle calor. Era la mano que ella le había alargado con su última sonrisa, la mano que lo había guiado a lo largo de su peregrinar. De vez en cuando se la llevaba a los labios, y luego, acariciándola, de nuevo al pecho murmurando que así estaba más caliente. Y, mientras decía aquellas cosas, miraba con angustia a los presentes como implorándoles que la ayudaran como fuera.

Había muerto, y ya no necesitaba ayuda. Las viejas habitaciones que ella parecía haber llenado de vida (mientras su propia vida declinaba deprisa), el jardín que había cuidado, los ojos que había alegrado, los lugares silenciosos que había visitado en sus momentos de ensoñación, los caminos que había hollado ya no volverían a verla.

—No es —dijo el maestro, inclinándose para besarla en la mejilla, con las suyas inundadas de lágrimas—, no es en la tierra donde se cumple la justicia del cielo. Pensemos en qué es la tierra comparada con el mundo al que su joven espíritu ha levantado el vuelo tan temprano y preguntemos, si un deseo formulado en términos solemnes junto a su cama pudiera devolverla a la vida, quién de nosotros se atrevería a expresarlo.

CAPÍTULO SETENTA Y DOS

Cuando llegó la mañana, y pudieron hablar con más calma sobre el motivo de su dolor, oyeron el relato de las últimas horas que pasó Nell con vida.

Llevaba dos días muerta. Los más próximos habían estado alrededor de la cama, conscientes de que se acercaba el fin. Murió poco después del alba. Le habían estado leyendo y hablando desde el atardecer, pero con el paso de las horas cayó dormida. La oyeron hablar en sueños de sus viajes con el anciano, y no de escenas dolorosas ni de personas desagradables, sino de personas que los habían ayudado y tratado amablemente, pues repetía con frecuencia «que Dios le bendiga». Al despertarse, sólo había delirado una vez, diciendo que oía una música muy bonita. Quién sabe. Puede que fuera verdad.

Abrió los ojos al fin, después de un sueño muy tranquilo, y pidió que la besaran una vez más. A continuación, se volvió hacia el anciano con una dulce sonrisa (que, según dijeron, no habían visto nunca ni podrían olvidar) y se agarró fuerte a su cuello con ambas manos. Al principio, no se dieron cuenta de que había muerto.

Había hablado con frecuencia de las dos hermanas, a las que, dijo, consideraba igual que si fueran unas amigas muy queridas. Deseaba que les hicieran saber lo mucho que había pensado en ellas, cómo las había observado mientras paseaban al anochecer a la orilla del río. Asimismo, había dicho a menudo que le gustaría ver al pobre Kit, o al menos que alguien le transmitiera el gran afecto que le tenía; e, incluso en aquellos momentos, sólo pensaba en él o hablaba de él con la sonrisa límpida, alegre, de antes.

Por lo demás, nunca murmuró ni se quejó de nada, y, con el espíritu sosegado y sin ningún cambio aparente —salvo que cada día se volvía un poco más seria y más agradecida—, se fue apagando como se apaga la luz una tarde de verano.

El niño que había sido su pequeño amigo acudió, en cuanto se hizo de día, con una ofrenda de hojas secas, que pidió pusieran sobre su pecho. Fue él quien había salido a la ventana la noche anterior a hablar con el sepulturero. Vieron en la nieve las huellas de sus pies pequeños, cerca de la habitación en la que ella reposaba; había estado allí antes de irse a la cama, pues temía que la hubieran dejado sola, algo que no podía soportar. Les habló de nuevo del sueño que había tenido, en el que ella les era devuelta en su estado habitual. Pidió con insistencia verla, asegurando que se portaría bien y que no tendrían ningún motivo de queja, pues él había permanecido solo junto a su joven hermano todo el día de su muerte, contento de poder estar tan cerca de él. Le concedieron su deseo, y él cumplió su palabra, y su comportamiento infantil fue una verdadera lección para todos.

Hasta aquel momento, el anciano no había hablado ni una sola vez, salvo para dirigirse a ella, ni se había movido de la cabecera de la cama. Pero, cuando vio al amigo preferido de su nieta, se emocionó —como no lo habían visto nunca antes— y le hizo una señal para que se acercara. Entonces, señalando la cama, rompió a llorar por primera vez, y los que estaban allí presentes, viendo que la compañía de aquel niño le hacía bien, los dejaron solos. El niño lo calmó con sus palabras tiernas sobre ella y lo convenció para que descansara un poco y saliera a dar un paseo; parecía como si consiguiera de él todo lo que quería.

Y cuando llegó el día en que Nell debía sustraerse para siempre a los ojos mortales en su forma terrenal, el niño se llevó al anciano para que no supiera cuándo se la quitaban.

Había que coger hojas y bayas frescas para su cama. Era una tarde de domingo radiante, clara, ventosa, y mientras atravesaban la calle del pueblo, los transeúntes se retiraban para dejarles pasar mientras los saludaban amigablemente. Unos estrechaban afectuosamente la mano del anciano, otros se descubrían la cabeza al verlo pasar con su paso vacilante y muchos gritaban a su paso: «¡Que Dios lo asista!».

—¡Vecina! —exclamó el anciano, deteniéndose en la casa en la que vivía la madre de su pequeño guía—, ¿cómo es que casi toda la gente va hoy vestida de negro? No he visto a nadie que no llevara un brazalete de luto o un trozo de crespón.

No sabía qué decirle, le respondió la mujer.

—¡Cómo que no, si usted misma va vestida del mismo color! —insistió—. Las ventanas están cerradas, y nunca antes habían estado cerradas de día. ¿Qué significa eso?

De nuevo, la mujer contestó que no sabía qué decirle.

—Debemos volver —dijo el anciano con premura—. Debemos saber a qué se debe esto.

—¡No, no! —exclamó el niño, deteniéndolo—. Recuerde lo que me ha prometido: debemos ir a ese sendero verde adonde ella me llevaba tan a menudo, y donde usted nos vio más de una vez haciendo guirnaldas para su jardín. ¡No volvamos, por favor!

—¿Dónde está ella ahora? —preguntó el anciano—. Dímelo.

—¿No lo sabe? —respondió el niño—. ¿Es que no recuerda que la acabamos de dejar?

—Cierto, cierto. La acabamos de dejar, ¿no?

Se llevó la mano a la frente, miró con gesto abstraído a su alrededor y, como impelido por un pensamiento repentino, atravesó la carretera y entró en casa del sepulturero. Este se hallaba sentado, acompañado de su ayudante sordo, junto a la chimenea. Los dos se levantaron al ver quién era.

El niño les hizo una señal rápida con la mano. Aquel gesto repentino, más la mirada del anciano, bastaron.

—¿Entierra a alguien hoy? —preguntó el anciano con impaciencia.

—¡No, no! ¿A quién íbamos a enterrar, señor? —expresó el sepulturero.

—Claro, a quién, en efecto. Yo digo lo mismo que usted: ¿a quién?

—Hoy tenemos vacación, amable caballero —respondió el sepulturero con tono afable—. Hoy no tenemos trabajo.

—Bien, entonces iré a donde quieras —resolvió el anciano, volviéndose hacia el niño—. ¿Estás seguro de lo que me dices? ¿No me engañas? He cambiado mucho desde la última vez que me viste, aunque hace poco de eso.

—Siga su camino con él, señor —le aconsejó el sepulturero—, y que el cielo los proteja a los dos.

—Estoy listo —dijo el anciano mansamente—. Vamos, pequeño, vamos — y se dejó conducir.

Y ahora, la campana, esa campana que ella había oído tan a menudo, de noche y de día, y escuchado con solemne placer casi como si fuera una voz viva, dio su toque inexorable... por ella, tan joven, tan bella, tan buena. Ancianos decrepitos, adultos vigorosos, jóvenes floridos, pequeños desvalidos, todos acudieron en masa —con muletas, con el orgullo de la fuerza y de la salud, en la flor de las promesas futuras, en la mera aurora de la vida—, para reunirse alrededor de su tumba. Allí había ancianos con los ojos embotados y los sentidos debilitados, abuelas que podían haber muerto hacía diez años y seguían siendo viejas, sordos, ciegos, cojos, paralíticos, muertos vivientes de todo tipo y aspecto, para ver cerrarse aquella tumba tan temprana. ¡Qué era esa muerte que la tumba iba a encerrar frente a la que aún se arrastraba por encima!

La llevaron por una calle abarrotada de gente, más pura que la nieve recién caída que la cubría (y, como ella, efímera también sobre la tierra). Pasaron bajo el porche, donde ella había estado sentada cuando el cielo, en su merced, la llevó a aquel lugar pacífico, y la vetusta iglesia la recibió bajo su sombra silenciosa.

La llevaron a un viejo rincón, donde ella se había sentado muchas veces a reflexionar, y posaron la carga suavemente en el suelo. La luz se filtraba a través de la vidriera, una vidriera que las ramas de los árboles acariciaban en verano y donde las aves cantaban dulcemente todo el día. Con cada sople de aire que agitara las ramas al sol, algo de aquella luz temblorosa, cambiante, caería sobre su tumba.

Vuelva la tierra a la tierra, la ceniza a la ceniza, el polvo al polvo. Muchas manos jóvenes depositaron una pequeña corona mientras se oía más de un sollozo ahogado. Algunos —y no fueron pocos— se arrodillaron. Todos eran sinceros, verdaderos, en su dolor.

Terminada la ceremonia, los más íntimos se quedaron en un rincón y los lugareños se congregaron alrededor de la tumba antes de que se colocara la lápida. Uno recordó cómo la había visto sentada en aquel mismo lugar con un libro en el regazo mirando al cielo con aire pensativo. Otro expresó su asombro de que una persona tan delicada como ella hubiera podido ser tan

atrevida: no había tenido nunca miedo de entrar sola en la iglesia de noche e incluso parecía que le gustaba pasearse por su interior cuando reinaba el más completo silencio y subir al campanario sin más luz que la de los rayos de luna filtrados por las troneras del viejo muro. Entre los más viejos circuló el rumor de que la habían visto hablando con los ángeles; y, recordando su aspecto, el tono de su voz y su temprana muerte, algunos concluyeron que debía de ser cierto. La gente se iba acercando a la fosa en pequeños grupos para mirar dentro, luego dejaba sitio a otros y se alejaba con gran recogimiento; así, la iglesia se fue despejando poco a poco, y al final sólo quedaron el sepulturero y los más allegados.

Observaron la colocación de la losa. Entonces, cuando la noche ya había caído y ningún ruido perturbaba el sagrado silencio, cuando la luna derramaba su claridad sobre el monumento, las columnas, los muros, los arcos y, en especial (les pareció), sobre su tumba silenciosa, en ese momento sosegado en que las cosas y los pensamientos rebosan promesas de inmortalidad y las esperanzas y temores mundanos se humillan en el polvo, con corazones apaciguados y sumisos se alejaron y dejaron a la niña con Dios.

¡Oh, qué difícil es aprender la lección que algunas muertes nos enseñan! Que nadie la rechace, pues es una lección que todos debemos aprender, con su verdad poderosa, universal. Cuando la muerte golpea al inocente y al joven, por cada forma frágil que libera el espíritu anhelante surgen cien virtudes, presididas por la misericordia, la caridad y el amor, para caminar por el mundo y bendecirlo. De cada lágrima derramada sobre estas tumbas verdeantes brota algo bueno, algo gentil. Tras los pasos de la muerte destructora surgen creaciones radiantes que desafían su poder y su camino oscuro se convierte en un camino de luz hacia el cielo.

Ya era tarde cuando el anciano volvió a casa. El niño había conseguido llevárselo a su casa con algún pretexto. El anciano, agotado por el largo paseo y la falta de descanso de los últimos días, cayó profundamente dormido junto a la chimenea. Tuvieron mucho cuidado para no despertarlo. Durmió mucho tiempo, y cuando al final despertó, la luna aún seguía brillando.

El hermano más joven, inquieto a causa de tan prolongada ausencia, estuvo esperando su llegada a la puerta hasta que, al final, apareció en el camino de entrada acompañado por su pequeño guía. Avanzó a su encuentro y, ofreciéndole cariñosamente el brazo para que se apoyara en él, lo condujo con pasos lentos y temblorosos hasta la casa.

El anciano se dirigió inmediatamente a la habitación de Nell. Al no hallar ahí a la pequeña, volvió, con la mirada temerosa, a la habitación en la que habían estado reunidos. De allí se fue rápidamente a la casa del maestro, gritando el nombre de la niña. Sus amigos permanecieron a su lado mientras

buscaba en vano y después se lo llevaron de nuevo a casa.

Con las palabras más persuasivas que la piedad y afecto podían sugerir, lo convencieron para que se sentara a escuchar lo que tenían que decirle y, recurriendo a cualquier pequeño artificio para preparar su espíritu y hablándole con palabras afectuosas sobre la vida feliz de la niña, le contaron finalmente la verdad. En cuanto oyó la noticia, cayó en medio de ellos cual hombre asesinado.

Durante varias horas albergaron pocas esperanzas de que pudiera sobrevivir; pero resistió el dolor y se recuperó.

Si hay alguien que no haya conocido nunca el vacío que sigue a una muerte, la sensación de amargura que sobreviene a los espíritus más fuertes cuando algo familiar y querido falta en la casa —la relación entre las cosas inanimadas y mudas y el objeto del recuerdo—, cuando cualquier cosa se convierte en un monumento y cada habitación en una tumba..., si hay alguien que no haya conocido nunca esto ni haya tenido esta experiencia, tampoco podrá adivinar nunca, ni de lejos, cómo, día tras día, el anciano pasaba el tiempo andando de un lado a otro como un fantasma, buscando algo sin encontrarlo.

Fuera cual fuera la fuerza de los pensamientos o de los recuerdos que tenía, todos estaban ligados a ella. Nunca prestaba atención, ni parecía interesarle, lo que le decían sobre su hermano. Se mostraba siempre indiferente a cualquier atención o muestra de cariño. Si le hablaban de cualquier tema —salvo de uno—, escuchaba pacientemente un rato y luego se daba media vuelta para reanudar su búsqueda.

Sobre este único tema, que estaba en su mente y en la de todos, era imposible hablar. ¡Muerta! No podía oír esa palabra. La menor alusión a la misma lo hacía entrar en una especie de trance, como el que había sufrido al recibir la noticia por primera vez. Nadie sabía exactamente qué esperanza albergaba, pero lo cierto es que tenía alguna esperanza de volver a encontrarla..., una esperanza leve y vaga que cada día disminuía un poco y lo volvía, a la vista de todos, más enfermo y abatido.

Barajaron la posibilidad de retirarlo de la escena del último y supremo dolor para ver si el cambio de lugar lo despertaba o alegraba un poco. Su hermano buscó el consejo de médicos expertos en la materia, y algunos se desplazaron para verlo: conversaban con él cuando lo veían dispuesto a conversar y lo observaban mientras paseaba solo y en silencio. Pero lo llevaran a donde lo llevaran, concluyeron, siempre trataría de volver allí para seguir buscándola. Su mente estaría siempre adherida a aquel lugar. Podrían mantenerlo encerrado, vigilado, prisionero incluso, pero en cuanto tuviera algún medio de escapar, volvería con toda seguridad a aquel lugar, si no moría

por el camino.

El niño a quien había obedecido al principio ya no ejercía ningún influjo sobre él. A veces le permitía caminar a su lado e incluso se paraba para darle la mano o besarlo o acariciarle la cabeza; pero en otras ocasiones le pedía —pero nunca de manera descortés— que se fuera, pues quería estar solo. Con todo, ya estuviera solo, con aquel pequeño amigo, incluso con los que le habrían dado, a costa de lo que fuera, un poco de consuelo o paz de espíritu —si finalmente hubieran encontrado la manera de hacerlo—, en ningún momento mostraba el menor interés por la vida; era, en una palabra, un hombre con el corazón destrozado.

Un día se levantó temprano y, con la mochila a la espalda, el sombrero de paja en la cabeza, el bastón en una mano y en la otra una pequeña cesta llena de las cosas que ella solía llevar, salió de casa. Cuando se disponían a seguirlo, llegó asustado un niño de la escuela que lo había visto antes sentado en la iglesia, sobre la tumba de la niña.

Salieron corriendo y, asomando la cabeza, sigilosamente por la puerta, lo vieron sentado con la postura de quien espera con paciencia. No lo molestaron, pero todo el día lo estuvieron vigilando. Cuando se hizo de noche, volvió a casa y se fue a la cama susurrando: «¡Vendrá mañana!».

Al día siguiente, volvió al mismo lugar, donde permaneció desde la salida del sol hasta el ocaso; y, al llegar la noche, fue a descansar susurrando: «¡Vendrá mañana!».

Y, en lo sucesivo, todos los días, y a lo largo del día, la esperaba sentado sobre su tumba. ¡Cuántas escenas de nuevos viajes por campos amenos —con momentos de descanso bajo el amplio cielo—, de excursiones por montes y valles, por caminos poco hollados! ¡Cuántos recuerdos de su voz, de su figura, de su vestido, de su pelo ondeando tan alegremente al viento! ¡Cuántas visiones de lo que ella había sido y lo que él esperaba que fuera todavía, no surgirían ante él en la iglesia austera, silenciosa! Nunca les decía qué pensaba ni a dónde iba. Se sentaba con ellos todas las noches imaginando —con una satisfacción secreta pero manifiesta— la huida que ella y él emprenderían al día siguiente. Y en sus oraciones lo oían a menudo susurrar: «¡Señor, que vuelva mañana!».

La última vez que lo oyeron fue un alegre día de primavera. Como no había vuelto a la hora acostumbrada, fueron a buscarlo. Yacía muerto sobre la tumba.

Le dieron sepultura junto a la que tanto había amado. La niña y el anciano dormían ahora juntos en la iglesia donde tantas veces habían rezado y meditado cogidos de la mano.

ÚLTIMO CAPÍTULO

El ovillo mágico, después de girar y girar, lleva al cronista hasta aquí, reduce la velocidad y se detiene. La meta está delante. La carrera ha tocado a su fin.

No queda sino despedir a los actores de la pequeña compañía, que nos han acompañado en el camino, y terminar así el viaje.

El zalamero Sampson Brass y Sally, cogidos de la mano, quieren destacarse de los demás y son los primeros en reclamar nuestra atención.

El señor Sampson, después de ser detenido, como ya hemos visto, por el juez al que se había presentado, y tan encarecidamente apremiado a prolongar su detención que no pudo negarse de ningún modo, permaneció bajo la protección de la ley durante un tiempo considerable, vigilado con tanta atención y solicitud que la sociedad lo dio prácticamente por perdido y sin salir siquiera a ejercitarse, salvo a un pequeño patio pavimentado. Y su temperamento modesto y retraído fue tan bien entendido por aquellos con quienes tenía que tratar, y tanto celo mostraron estos por su ausencia que le exigieron una especie de fianza amistosa, rubricada por dos personas acomodadas, de una cuantía de mil quinientas libras esterlinas por cabeza para poder abandonar aquel techo hospitalario, ya que, al parecer, se dudaba de que volviera, si alguna vez se le dejaba libre, fuera cual fuera el plazo fijado. El señor Brass, impresionado por el humor de esta broma, y tomándola completamente en serio, buscó entre el gran número de sus amigos a dos cuyo caudal no alcanzó los quince peniques y los propuso como garantes —pues esa era la graciosa palabra convenida por ambas partes—. Como dichos señores fueron rechazados tras veinticuatro horas de jocosa deliberación, el señor Brass aceptó permanecer, y permaneció, donde estaba hasta que un selecto club de espíritus llamado Gran Jurado (cuyos miembros estaban también en el ajo) lo citaron a juicio por perjurio y fraude delante de otros doce espíritus burlones, quienes a su vez lo declararon culpable con una alegría sumamente chistosa; es más, el populacho mismo entró en el capricho cómico y, cuando el señor Brass era trasladado en un coche de alquiler hacia el edificio donde estos bromistas se reunían, lo saludó con huevos duros y gatos ahogados y simuló que iba a hacerlo pedazos, lo que aumentó no poco el cariz cómico de la escena, y a él mismo debió de gustarle también, no cabe duda.

Para explotar esta vena divertida todavía más, el señor Brass, por medio de su abogado, recurrió la sentencia con el pretexto de que había decidido autoinculparse por las garantías de seguridad y promesas del indulto recibidas,

por lo que reclamaba la indulgencia que la ley muestra con naturalezas tan confiadas, víctimas de su credulidad. Tras solemne debate, este punto (junto con otros de naturaleza técnica cuya extravagancia humorística resultaría difícil exagerar) fue remitido a los jueces para que dictaminaran mientras Sampson era reconducido a su antigua residencia. Finalmente, vencedor en unos puntos y vencido en otros, el resultado fue que, en vez de viajar durante cierto tiempo por latitudes extranjeras, se le permitió quedarse a honrar el suelo patrio bajo ciertas restricciones de poca monta.

Como, por ejemplo, que, durante cierto número de años, debía residir en una mansión espaciosa donde otros señores se hallaban también alojados y pensionados a expensas del erario público, los cuales iban vestidos con un sobrio uniforme gris con rayas amarillas, el pelo cortado al rape y eran alimentados principalmente a base de gachas grumosas y sopa clara. También se le exigía compartir un ejercicio consistente en subir y bajar unas escaleras sin fin y, para que sus piernas, no acostumbradas a tal esfuerzo, no se debilitaran, debía llevar en un tobillo un amuleto de hierro. Estipuladas estas condiciones, una tarde fue conducido a su nueva morada, junto con otros nueve caballeros y dos damas, nada menos que a bordo de una carroza de Su Majestad.

Además de estas insignificantes penalidades, su nombre quedó borrado de la lista del colegio de abogados, medida que en los últimos tiempos supone una extrema degradación, ya que implica la comisión de alguna villanía fuera de lo común, como en efecto parecía ser el caso, pues son muchos los nombres despreciables que permanecen tranquilamente registrados en dicha lista sin ser molestados.

Sobre Sally Brass corrían rumores divergentes. Unos sostenían que se había dirigido a los astilleros con traje de hombre y se había hecho marinero; otros insinuaban que se había alistado como soldado raso en el segundo regimiento de la guardia de a pie y que la habían avistado una noche con uniforme y de servicio, es decir, apoyada en un mosquetón y de guardia en una garita de St. James' Park. Circulaban también otros rumores parecidos; pero la verdad parece ser que, tras el espacio de unos cinco años (durante los cuales no hay ninguna prueba concluyente de que fuera vista), se vio por la noche a dos personas miserables saliendo de los agujeros más recónditos de St. Giles, que, arrastrando los pies, encogidas y tiritando, se pusieron a rebuscar en los arroyos y estercoleros restos de comida y bazofia. Estas sombras se vieron después, sobre todo las noches frías y cerradas, en que estos espectros espantosos, que durante el día se ocultaban en los escondrijos más obscenos de Londres, en soportales oscuros y sótanos, se aventuraban a arrastrarse por las calles cual espíritus personificados de la enfermedad, el vicio y el hambre. Quienes conocían a Sampson y a su hermana Sally susurraban que eran ellos;

y hasta el día presente, se dice, algunas noches tenebrosas sé les ve vestidos con los mismos harapos intentando arrimarse a los transeúntes, los cuales se apartan de inmediato.

Al encontrarse el cadáver de Quilp, no antes de que pasaran varios días, se abrió una investigación sobre el lugar en el que lo habían encontrado. La creencia general era que se había suicidado y, como todas las circunstancias avalaban dicha creencia, ese fue el veredicto. Lo dejaron en un cruce de caminos para que lo enterrarán con un palo atravesándole el corazón.

Después se rumoreó que no se había ejecutado esta ceremonia horrible y bárbara, y que se habían entregado los restos en secreto a Tom Scott. Pero incluso en este punto, las opiniones se dividían, pues unos decían que Tom los había enterrado a medianoche en un lugar indicado por la viuda. Es probable que las dos historias tuvieran su origen en el simple hecho de que Tom vertió lágrimas durante la investigación, cosa que ciertamente hizo, por extraordinario que pueda parecer. Además, el chico mostró un claro deseo de atacar al jurado, pero, al ver que no podía hacerlo y que lo sacaban de la sala, tapó la única ventana plantándose de cabeza sobre el alféizar, hasta que fue diestramente puesto en pie por un habilidoso ujier.

Al verse arrojado en medio del mundo tras la muerte de su amo, decidió recorrerlo con las manos en el suelo y se puso a dar volteretas para ganarse el pan. No obstante, al ver que su origen inglés le resultaba un obstáculo insuperable para lograr su objetivo (a pesar de que su arte gozaba de gran reputación y favor), tomó el nombre de un vendedor ambulante de figuras de origen italiano con quien había trabado amistad y a partir de entonces daba volteretas con extraordinario éxito delante de un público cada vez más numeroso.

La pequeña señora Quilp nunca se perdonó su único engaño, que pesaba como una losa sobre su conciencia, y siempre que pensaba o hablaba de ello lo hacía entre lágrimas amargas. Como su marido no tenía parientes, de repente se vio convertida en una mujer rica. Quilp no había dejado testamento, pues de lo contrario ella habría quedado sumida en la mayor pobreza. Casada la primera vez por instigación de su madre, en su segunda elección no consultó a nadie más que a sí misma. Fue a dar con un joven de buena presencia, y como este puso, como condición previa que la señora Jiniwin viviera fuera del hogar conyugal, con una pensión alimenticia, vivieron después de la boda sin más sobresaltos que el promedio de dimes y diretes cotidianos, llevando una vida desahogada gracias al dinero del enano muerto.

El señor y la señora Garland y el señor Abel siguieron viviendo como de costumbre (salvo por un cambio del que hablaremos enseguida) y con el tiempo este último se asoció con su amigo el notario, hecho que se celebró con

una cena, un baile y toda suerte de diversiones. A dicho baile fue invitada la joven más vergonzosa que jamás se haya podido ver, pero de la que el señor Abel se enamoró. Cómo sucedió o cómo se dieron cuenta, o cuál de los dos fue el primero en comunicar al otro el descubrimiento, nadie lo sabe. Lo único cierto es que con el paso del tiempo se casaron y fueron los más felices de los mortales (y no es menos cierto que lo merecían). Y resulta grato dejar por escrito que tuvieron mucha descendencia, pues todo lo que contribuye a propagar la bondad y la benevolencia contribuye también a acrecentar la aristocracia de la naturaleza, así como la alegría general de la humanidad.

El poni mantuvo su actitud independiente hasta el último momento de su vida, que fue inusualmente larga, lo que le valió el apodo de matusalén de los ponis. A menudo iba y venía con el pequeño faetón entre las casas del señor Garland padre y el señor Garland hijo, y, como los mayores y los pequeños estaban con frecuencia juntos, le construyeron un establo en la nueva casa, en la que entraba solo con sorprendente dignidad. Condescendió a jugar con los niños cuando estos fueron lo bastante mayores para cultivar su amistad, y recorría con ellos la pequeña dehesa como un perro; pero, aunque se relajara hasta ese punto y les permitiera pequeñas libertades, como acariciarlo, revisarle las herraduras o colgarse de su cola, nunca permitió a ninguno montarlo ni conducirlo, mostrando así que también su familiaridad debía tener sus límites y que había aspectos serios en la vida que no se debían tomar a la ligera.

Hacia el final de su vida demostró que aún era capaz de nuevos afectos, pues, cuando el buen bachiller fue a vivir con el señor Garland a la muerte del pastor, se hizo muy amigo suyo, permitiendo de buen grado ser conducido por sus manos sin la menor resistencia. Los dos o tres últimos años de su vida no trabajó y vivió a cuerpo de rey, siendo su último acto (digno de un viejo colérico) dar una patada al veterinario.

El señor Swiveller se recuperó muy despacio de su enfermedad y, cuando pudo disponer de su renta vitalicia, le compró a la marquesa una bonita colección de vestidos y la matriculó en una escuela ipso facto, conforme a la promesa hecha en su lecho de fiebre y delirio. Después de un tiempo buscando un nombre que fuera digno de ella, se decidió por el de Sophronia Sphynx, al ser este a la vez eufónico y culto, amén de sugerir cierto misterio. Con este nombre, la marquesa se encaminó entre lágrimas a la escuela por él elegida, de la que, como quiera que pronto aventajó a todas sus competidoras, a los pocos trimestres pasó a un establecimiento de grado superior. Hay que decir en honor a la justicia que el señor Swiveller, aunque los gastos de la educación de la marquesa no le permitieron vivir holgadamente durante media docena de años, nunca decayó en su celo, viéndose sobradamente recompensado por los relatos que oía (con particular gravedad) en sus visitas mensuales al centro sobre los

grandes progresos realizados por la estudiante. La directora lo consideraba un caballero de hábitos algo excéntricos, muy literario, con un talento prodigioso para las citas.

En fin, el señor Swiveller mantuvo en este establecimiento a la marquesa (a la sazón muy guapa, lista y con buen carácter) hasta que, según una moderada conjetura, esta cumplió diecinueve años, momento en que consideró seriamente qué hacer en el futuro inmediato. En una de sus visitas periódicas, mientras él seguía agitando esta cuestión en su mente, la marquesa bajó a la sala sola, con un aspecto más sonriente y más lozano que nunca. Entonces se le ocurrió —aunque no por primera vez— que si se casaban podrían ser muy felices. Y Richard le hizo la propuesta. Dijera ella lo que dijera, no dijo que no. Y se casaron una semana después. Lo cual, en numerosas ocasiones subsiguientes, dio pie al señor Swiveller para observar que, después de todo, una señorita lo había esperado.

Como en Hampstead alquilaban una casita que tenía en su jardín un fumadero, la envidia del mundo civilizado, acordaron ser sus inquilinos y, cuando terminó la luna de miel, se mudaron allí. A este lugar de retiro acudía el señor Chuckster todos los domingos a pasar el día —iniciándolo generalmente con el desayuno— y a suministrar todo tipo de noticias, generales y de sociedad. Durante algunos años, siguió siendo enemigo mortal de Kit, alegando que lo había considerado más cuando se suponía que había robado el billete de cinco libras que cuando se demostró que era completamente inocente del delito imputado, en tanto que la culpa habría encerrado algo de osado, de arriesgado, mientras que la inocencia había sido una prueba más de su carácter acomodaticio y artero. Sin embargo, de manera gradual, al final acabó reconciliándose con él e incluso honrándolo con su patrocinio, al tratarse de alguien que se había rehabilitado en cierta medida y que era, por lo tanto, digno de perdón. Pero nunca olvidó ni perdonó la historia del chelín, sosteniendo que si Kit hubiera vuelto para conseguir otro, habría actuado correctamente, pero que volver para terminar de ganar lo que ya se le había regalado era una mancha en su vida moral que ninguna penitencia ni contrición podrían lavar nunca del todo.

El señor Swiveller, que desde siempre había tenido un sesgo mental algo filosófico y reflexivo, adoptaba a veces un aire contemplativo en el fumadero, y en tales momentos solía darle vueltas a la misteriosa cuestión del parentesco de Sophronia. Esta suponía que era huérfana, pero el señor Swiveller, según algunos pequeños indicios que había reunido, pensaba a menudo que la señorita Brass debía de saber más y, desde que su mujer le había contado la extraña entrevista mantenida con Quilp, sospechaba que ese hombre, en vida, habría podido resolver el enigma de haberle interesado. Sin embargo, estas especulaciones no lo inquietaban particularmente, pues Sophronia era una

esposa alegre, afectuosa y previsor, y él (salvo en ocasionales discusiones con el señor Chuckster, que ella tendía a alentar más que a impedir) era con ella un marido atento y cariñoso. Y jugaron cientos de miles de partidas al cribbage. Y, para honra de Dick, añádase que, aunque a ella la hemos llamado Sophronia, él la llamó marquesa desde el principio hasta el final y que, cada aniversario del día en el que él la encontró en su habitación de enfermo, el señor Chuckster acudía a casa y se preparaba una comida especial.

Los jugadores Isaac List y Jowl, junto con su socio el señor James Groves, de intachable memoria, prosiguieron su carrera con variable fortuna hasta que el fracaso de una empresa algo arriesgada en el desempeño de su profesión los dispersó en varias direcciones e hizo que su actividad se viera súbitamente abortada por el alargado y poderoso brazo de la ley. Esta derrota tuvo su origen en la desafortunada asociación con el joven Frederick Trent, quien reveló sus maquinaciones y de ese modo se convirtió en instrumento inconsciente de su castigo y del suyo propio.

En cuanto a este joven, marchó al extranjero, donde vivió guiado por sus instintos, lo que significa pisoteando toda facultad que, dignamente empleada, eleva al hombre por encima de las bestias, pero que, mal aplicada, lo hunde muy por debajo de las mismas. No mucho tiempo después, su cadáver fue reconocido por un extranjero que visitó por casualidad el hospital de París donde se exponían los ahogados para su reconocimiento, y ello a pesar de las magulladuras y los numerosos golpes que se dijo habían sido ocasionados por una reyerta. Pero el forastero guardó silencio hasta que volvió a la patria, y el cadáver nunca fue reclamado por nadie.

El hermano más joven, o caballero soltero, designación esta que nos es más conocida, quiso sacar al pobre maestro de escuela de su solitario retiro para convertirlo en su compañero y amigo. Pero el humilde maestro rural tenía miedo de perderse en el mundanal ruido, acostumbrado como estaba a su habitación en el viejo camposanto. Sosegadamente feliz con su escuela, con aquel lugar y con el recuerdo de su pequeña y llorada amiga, prosiguió en paz su vida tranquila y, merced a la generosidad de su amigo —baste esta breve mención—, dejó de ser un maestro de escuela pobre.

Este amigo —el caballero soltero o hermano más joven, como más guste— sentía en su corazón un pesar muy grande, pero nunca se convirtió en un misántropo ni en un monje. Siguió en el mundo, amando a sus semejantes. Durante mucho, mucho tiempo, su principal dicha fue seguir los pasos del anciano y la niña (en la medida en que pudo rastrearlos), deteniéndose donde ellos se habían detenido, entristeciéndose donde ellos habían sufrido y alegrándose donde ellos se habían alegrado. Quienes habían sido amables con ellos eran objeto de una atención especial. Las hermanas del internado —que se habían vuelto amigas suyas por no tener ellas mismas ninguna amiga—, la

señora Jarley, del museo de cera, Codlin, Short..., a todos fue a verlos, y, crean mi palabra, el hombre que alimentaba el horno tampoco fue olvidado.

Como la historia de Kit era públicamente conocida, hizo un montón de amigos y recibió muchas y generosas ofertas para la vida futura. Al principio no quiso abandonar su empleo en casa del señor Garland, pero, tras serios reproches y consejos de este mismo caballero, empezó a contemplar la posibilidad de cambiar de trabajo. Le fue propuesto un empleo, con una rapidez increíble, por uno de los letrados que lo habían condenado por el delito del que se le había acusado con las pruebas aportadas. Merced al mismo amable intermediario, su madre dejó de pasar necesidad y fue muy feliz. Así, como el propio Kit solía decir a menudo, su gran infortunio se había convertido al final en la fuente misma de la subsiguiente prosperidad.

¿Vivió Kit como un soltero o se casó? Por supuesto que se casó, ¡y con quién iba casarse sino con Bárbara! Y lo mejor de todo es que se casó tan pronto que el pequeño Jacob fue tío antes de que sus pantorrillas, ya mencionadas en esta historia, se cubrieran con pantalones de paño fino, aunque eso no fue tampoco lo más reseñable, pues lógicamente el bebé fue tío también. La alegría de la madre de Kit y de la madre de Bárbara en ocasión tan señalada fue simplemente inenarrable; y, como se mostraban en la práctica de acuerdo en todos los asuntos de la vida, se fueron a vivir juntas siendo a partir de entonces una pareja de amigas muy armoniosa. Y ¿no recibía el teatro de Astley la visita de las dos madres una vez al trimestre —en el patio de butacas—, y no decía siempre la madre de Kit, cuando veían pintar la fachada, que el último regalo de Kit había contribuido al éxito de aquel teatro, preguntándose qué diría el director, de conocer la historia, cuando pasaban por delante del edificio?

Cuando los hijos de Kit tenían seis o siete años, había entre ellos una Bárbara —una Bárbara muy bonita, por cierto—, y no faltaba una copia exacta del pequeño Jacob tal y como era en los remotos días en que le enseñaron lo que eran las ostras. Por supuesto, hubo también un Abel, apadrinado por el señor Abel Garland, y un Dick, que era el favorito del señor Swiveller. El pequeño grupo se reunía a menudo por la noche alrededor de Kit para oírle contar una vez más la historia de la buena señorita Nell, muerta tan joven. Y cuando lloraban después de oírla, diciendo que ojalá hubiera sido más larga, él les aseguraba que estaba en el cielo, como todas las buenas personas, y que si ellos eran buenos, como ella, podrían esperar estar allí también un día y verla y conocerla tal y como había sido cuando él era un niño. Entonces les contaba lo menesteroso que había sido y cómo ella le había enseñado todo lo que él no podía aprender por ser demasiado pobre y cómo el anciano solía decir: «Nelly siempre se ríe como Kit», ante lo cual todos se secaban las lágrimas y se reían pensando que ella se estaría riendo también, y volvían otra vez a estar alegres.

A veces él los llevaba a la calle donde ella había vivido, pero las mejoras la habían modificado tanto que ya no parecía la misma. Hacía tiempo que habían derribado la vieja casa para que la atravesara una avenida. Al principio, Kit, trazaba con el bastón un cuadrado en el suelo para mostrarles la ubicación. Pero luego decía que no estaba del todo seguro del lugar exacto y que aquellas modificaciones lo habían dejado un poco confuso.

Así son los cambios producidos por los años, y así pasan las cosas, igual que un cuento contado.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es